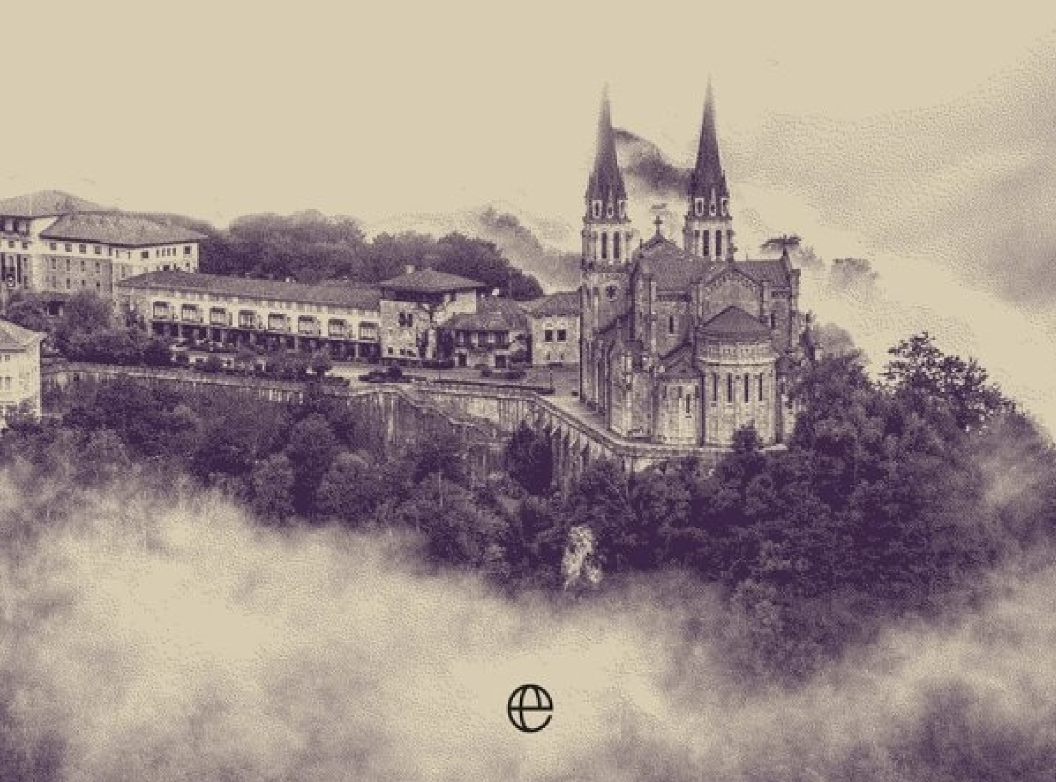
PIO MOA

LA RECONQUISTA Y ESPAÑA



Pío Moa

LA RECONQUISTA Y ESPAÑA

la esfera de los libros

La Esfera de los Libros
Madrid, 2018



PRIMERA PARTE. CUESTIONES PREVIAS

1. ¿EXISTIÓ EN REALIDAD LA RECONQUISTA?

En 711 una invasión procedente de África inició una profunda transformación política, religiosa y más genéricamente cultural en la Península Ibérica. Hasta entonces Hispania o Spania, era un estado de religión cristiana, lengua y derecho latinos, integrado en la civilización eurooccidental como el reino quizá más consolidado entre los surgidos del derrumbe del Imperio romano de Occidente. Desde la invasión se iría imponiendo el Islam, la lengua árabe, el derecho musulmán o *sharía*, sustituyendo a Spania por Al Ándalus en una cultura asiático-africana.

No fue la primera vez en la historia en que la Península Ibérica, por su situación geográfica, estuvo muy cerca de escapar del ámbito cultural europeo para entrar en el africano-oriental. Lo mismo había ocurrido unos diez siglos antes, durante las guerras entre Roma y Cartago: la península había quedado en el área de influencia de Cartago y, de no haber vencido Roma en la II Guerra Púnica, muy otro que el que conocemos habría sido su destino. Y no solo el de España, también el de Europa, cuya base cultural echó el Imperio romano. Para España, la disyuntiva que cabe simplificar como «o África o Europa», quedó resuelta entonces en una dura contienda, seguida de penosos esfuerzos romanos por dominar Hispania. Y esa disyuntiva volvió a plantearse a principios del siglo VIII con la invasión islámica, que pudo ser definitiva hasta hoy, como en el Magreb y otros países.

España, pues, desapareció, pero no del todo. Pronto surgieron en las regiones más inaccesibles del norte reductos que reivindicaban la España anterior. Y cerca de ocho siglos más tarde, los descendientes de aquellos rebeldes norteños tomaban Granada, último bastión islámico en Iberia. Después de tan larga pugna, cuajada de altibajos y alternativas, treguas y batallas, algún comercio y préstamos mutuos, la península volvía a llamarse España, con una cultura cristiana, latina e inmersa, con particularidades, en la civilización eurooccidental. Las circunstancias habían originado varios reinos cristianos, o más propiamente españoles, y lo más probable habría sido que el fin del Islam hubiera dejado una dispersión en varios estados rivales, al modo de los Balcanes. Pero, con la excepción de Portugal, la lucha culminó en unidad política, resultado tan improbable como revelador. Este dilatado proceso histórico se ha descrito con la palabra «Reconquista», empleada desde hace mucho por autores españoles y extranjeros, actualmente por M. González Jiménez, Stanley Payne, Serafín Fanjul, Luis Suárez, D. W. Lomax, Luis Molina, Javier Esparza, J. A. Maravall, P. Linehan, Menéndez Pidal, F. García Fitz (este casi disculpándose), M. A. Ladero Quesada, P. Guichard, A. Vanolli y tantos más. García de Cortázar lo acepta, pero solo desde el siglo XI.

Sin embargo han surgido desde principios del siglo XX versiones que negaban valor al término Reconquista o al hecho que la palabra describe, tachándolo de «mito». Ortega y Gasset escribió que un proceso tan largo no puede ser llamado Reconquista, aunque no explica por qué su duración lo invalidaría; tesis relacionable con otra suya atribuyendo a España una «historia enferma» o «anormal». I. Olagüe niega

hasta la invasión islámica, suponiendo que una gran masa de españoles se habría convertido pacífica y espontáneamente al Islam. Otros insisten en que la realidad se limitó a la formación de varios reinos cristianos, sin propósito común alguno, fuera de ocupar ajenas tierras moras: la propia palabra España tendría solo valor geográfico, al modo de río Danubio o península de Kola, y no cultural ni político. Los estudiosos marxistas Barbero y Vigil en *Los orígenes sociales de la Reconquista*, que hizo mucho ruido en su momento, han negado la Reconquista por haber partido de tierras no romanizadas ni cristianizadas o todavía tribales, aunque posteriormente se utilizara el recuerdo de los visigodos como justificación ideológica y fuente de legitimidad (fraudulenta, claro) de la expansión hacia el sur.

Recientemente el catedrático J. Peña ha tachado la Reconquista de mito ya desde la misma palabra, que solo se habría usado desde el siglo XIX, según él para legitimar la ideología de una nación (España) antes inexistente. Y critica a Sánchez Albornoz por decir que Pelayo empezó a fundar la nación española, cuando, asegura Peña, «no existía entonces la noción de España como unidad política, y menos como noción de patria». Para colmo de males, Franco habría utilizado el término nefando, lo que acabaría de desacreditarlo para Peña y otros. En suma, la Reconquista habría sido una invención «nacionalista» y hasta, actualmente, «franquista», «sin utilidad alguna para analizar el pasado medieval. Es hora de que le confinemos al lugar que le corresponde: al rincón de los fósiles culturales, donde duermen los mitos gastados el sueño de sus mejores —o más inquietantes— recuerdos». Es claro que para Peña se trata de un recuerdo inquietante. Ideas parejas gozan de predicamento en medios intelectuales y políticos desde hace

años, y las citas podrían multiplicarse.

Los rebuscamientos son interminables, como la eliminación de los estados cristianos e hispánicos por «sociedades tributario-mercantiles» (Al Ándalus) y «tributario-feudales» (los reinos cristianos), como sostiene una tal R. Pastor de Tognery. Otros diluyen el rasgo puramente hispánico subsumiéndolo en una supuesta *Expansión de Europa en el escenario español* (García de Cortázar), desde el siglo XI, equiparándola a movimientos como las cruzadas y otros, debidos, dicen, a «una dinámica de crecimiento demográfico, económico, técnico y cultural». Casualmente, la mayoría de esas expansiones, empezando por las cruzadas, fracasaron en gran medida, al revés que en España, y tienen poco en común las luchas contra paganos del este o la conversión de los vikingos con la lucha contra el Islam en España, que al revés que en el otro extremo del Mediterráneo, terminó venciendo. Y todas estas vanas lucubraciones coloreadas con pretensiones científicas.

Por asombroso que suene, un origen de la negación de la Reconquista se encuentra en ¡Menéndez Pelayo! (quizá Ortega la sacó de él, a quien nunca cita), según expone P. Linehan en su *Historia e historiadores de la España medieval*: aquella larga lucha no habría sido «una vaga aspiración a un fin remoto, sino un continuo batallar por la posesión de realidades concretas». Quizá fue un despiste en la obra del gran polígrafo.

El holandés Dozy remachó la idea: «Un caballero español de la Edad Media no luchaba por su país ni por su religión. Luchaba, como el Cid, por conseguir algo de comer, ya fuera bajo el mando de un príncipe cristiano o musulmán». Aparte de que los caballeros solían tener posesiones que les quitaban el hambre y serían muy estúpidos si en tales condiciones

arriesgasen la vida por tener un poco más de comida innecesaria, los hechos comprobadísimos son que, dentro de los altibajos y alternativas de la lucha, la idea del reino hispanogótico no dejó de estar nunca presente; que los caballeros y no caballeros se consideraban radicalmente cristianos; y que señalaron ambas cosas una y otra, cuando no las dieron por obvias, desde las primeras crónicas hasta Juan Manuel y los Reyes Católicos. Estos datos incuestionables no pesan nada para muchos autores al lado de la anécdota de que un caballero como el Cid se viera forzado ocasionalmente, por las circunstancias, a servir a algún régulo musulmán o que lo hicieran otros por traición (la traición, por razones económicas o de poder, es parte de la historia de todos los países, y clave en la caída del reino de Toledo). Quizá estos desdenes a los hechos comprobados partan de la propia consideración de sus autores, que acaso escriban de historia simplemente por «alguna realidad concreta», como ganar algún dinero o prestigio «dando la campanada», y no por amor a algo tan difícil de asir como la verdad o simplemente por aclarar algo real.

En fin, descartando ocurrencias puramente especulativas como las de Olagüe (y de seguidores pintorescos de este como González Ferrín), o los supuestos de Barbero y Vigil, demolidos a conciencia por Sánchez Albornoz, parte del debate gira sobre este punto: ¿es el término Reconquista adecuado para definir el proceso histórico aludido? Los hechos indiscutibles son como señalamos, que antes de la invasión árabe la península estaba ocupada por un estado europeo, cristiano, latino algo germanizado, etc., llamado Hispania o Spania, es decir, España; que por un tiempo fue sustituido por otro radicalmente distinto, Al Ándalus; que finalmente Al Ándalus fue expulsado por unos

reinos que se decían españoles y reivindicaban con más o menos fuerza el reino hispanogodo anterior; que, con la sola excepción de Portugal, los diversos estados se reunificaron finalmente; y que el proceso que sustituyó a España por Al Ándalus y a la inversa se dirimió ante todo por las armas.

Cierta opinión historiográfica concede poca importancia a las guerras, suponiéndolas sucesos estridentes y episódicos, frente a los procesos económicos, institucionales o ideológicos más consistentes y significativos. Pero basta echar un vistazo al siglo XX para comprobar cómo las guerras han volatilizado los imperios alemán, otomano, ruso, austrohúngaro, italiano, chino, francés, indirectamente el inglés; cómo han provocado tremendas crisis ideológicas, sistemas comunistas sin precedente histórico, cambios profundos de concepciones políticas y económicas, y de fronteras; o expulsado a Europa de su primacía política, militar y cultural alcanzada durante siglos… Las guerras no son el único elemento explicativo de la historia, claro, pero han tenido casi siempre una incidencia sustancial y no pocas veces decisiva en la biografía de la humanidad. Y la Reconquista fue ante todo un fenómeno bélico, en los actos o en los espíritus.

El término Reconquista, pues, describe bien tal proceso. Que se haya empleado antes o después, no es relevante: nadie habló de la Guerra de los Cien Años mientras tenía lugar, ni de la Edad Media cuando esta se desarrollaba… con la diferencia de que «Edad Media» es un término absurdo, pues todas las edades son medias y antiguas en relación con otras, y contemporáneas o modernas para ellas mismas. Cabría sustituir Reconquista por Recristianización, Relatinización, Reeuropeización o el tradicional de Restauración, los cuales no

serían falsos, pero sí menos adecuados y expresivos al omitir su esencial carácter militar (subtendido por repoblación). La victoria de los reinos españoles y finalmente de España, entrañaba la desaparición de Al Ándalus, y viceversa. Los debates al respecto son típicamente bizantinos, señal también de la situación intelectualmente poco boyante de nuestra universidad, frecuentemente denunciada por unos y otros, sin mucho efecto.

* * *

Según otra versión harto divulgada, España fue construyéndose en esos ocho siglos, negligiendo los anteriores períodos romano e hispanogodo. Pretensión chocante para un historiador, pero sostenida por muchos profesores. En tal caso tampoco valdría el término Reconquista, sino algo así como «Construcción Nacional». La idea parte de Américo Castro, quien asegura que nada significativo tenían de españoles los peninsulares romanizados, cristianizados e hispanogodos anteriores a la invasión árabe, a pesar de que hoy hablamos un derivado del latín, el derecho es de base romana, la mayoría se sigue considerando católica y el país se inscribe sin duda en la civilización europea. La gran difusión de las tesis de Castro, en España y en el exterior indica cierta penosa deformación ideológica en el mundo académico.

Castro imaginó una España «de las tres culturas», musulmana, judía y cristiana, en fructífera tolerancia mutua, aun con encontronazos. La Reconquista, si se la quisiera llamar así, habría sido un fenómeno negativo, en que la convivencia habría sido destruida por las armas cristianas, es decir, por el grupo social más fuerte pero también más atrasado, fanático e inculto. Y de ese trauma histórico habría nacido el «cainismo»

español, su tendencia a la guerra civil, etc. Es obvio que Castro partía de unos conocimientos parciales y mediocres tanto sobre la Reconquista —se lo reprochó y demostró Sánchez Albornoz— como sobre otros países europeos próximos, en los que podría encontrar ejemplos de cainismo y guerracivilismo no menores que en España; por no hablar del Magreb o Marruecos, donde las guerras civiles han sido más regla que excepción. El «castrismo» caló en ambientes que cultivaban mitos de «tolerancia», por ajenos a la realidad que fuesen.

A su vez, Sánchez Albornoz, con cierto exceso patriótico y sus tesis sobre una evanescente «herencia temperamental española», cae en el oxímoron de hablar de una «España musulmana», no mejor que mencionar un «Al Ándalus cristiano». Y recoge la idea de una reconquista necesaria pero un tanto perjudicial: la invasión musulmana habría quebrado la dinámica interna de España, y la necesidad de luchar contra ella habría originado un «retraso» con respecto a «Europa», con «superexcitación guerrera» e «hipertrofia de la clerecía», según explicaba en una conferencia en Praga en 1928. Se nota ahí la impronta orteguiana de la «historia anormal», suponiendo en el resto de Europa Occidental una «normalidad» desde luego ilusoria. Más tarde cambió de registro, aunque mantuvo la idea de una ruptura de la evolución *natural* de la sociedad española. Pero todos los países han sufrido quiebras y rupturas a lo largo de su historia, y una particular de España ha sido su larga lucha contra el Islam, que por lo demás proseguiría mucho tiempo después de la toma de Granada, no solo en defensa propia sino de la civilización europea.

Tema relacionado es el legado del reino hispanogodo de Toledo destruido por los invasores. Como sabemos, la

Reconquista se hizo invocando aquel reino y tratando de establecer una continuidad y legitimidad con él. ¿Fue una idea tardía con propósitos oportunistas, como sugieren muchos críticos? Ciertamente la identificación con los godos solo aparece documentada en la *Crónica albeldense*, donde le es atribuida a Alfonso II, casi un siglo después del comienzo de la resistencia asturiana en Covadonga. Si hubo crónicas anteriores, se han perdido, por lo que hay más de un siglo y medio del que apenas nos han llegado fuentes escritas. Este vacío permite cualquier especulación sustentada en conjeturas más o menos lógicas o acordes con la ideología del autor. Se sostiene, así, que ni Pelayo ni sus rebeldes tenían relación con el reino hispanogodo, cuya memoria incluso habría desaparecido en los pocos años que median entre la conquista islámica y Covadonga; o atribuyen la rebelión a causas económicas, como los impuestos; o la asimilan a las tradicionales correrías de saqueo de los astures, en realidad terminadas en tiempos del emperador romano Augusto. Esas explicaciones son un tanto traídas por los pelos. Como han señalado Armando Besga o Yves Bonnaz en su estudio de las crónicas asturianas de finales del siglo IX, debió de haber una emigración de nobles visigodos a Asturias desde los primeros momentos, los nombres de los monarcas y el modo de elegirlos son típicamente godos y la vinculación de Pelayo a la nobleza de Toledo es mucho más probable que la historia de un caudillo local ajeno a romanos y godos.

Así, Alfonso II solo habría oficializado unas ideas y formas políticas aplicadas de modo espontáneo desde el principio. Esto suena más creíble que una imposición desde la nada con un siglo de tardanza, y contra la dinámica anterior. En un siglo, el

reino hispanogodo de Toledo podría haber quedado como un fracaso remoto y semiolvidado, pero al comenzar la resistencia la memoria de la España derrotada estaba fresquísima y «en carne viva». Más lógica y probable, con mucho, es la continuidad de formas hispanogodas desde el principio, pues de otro modo la revuelta se habría agotado en sí misma. La discusión sobre si Pelayo era un rebelde sin mayor intención que sobrevivir más o menos como un jefe de bandas de pillaje, o tenía designios más vastos, es típicamente vacua. Nunca sabremos qué pensaba en su conciencia, pero sí sus efectos: fundó un reino y una dinastía con extraordinaria capacidad para sobrevivir y seguir combatiendo a los musulmanes, y para extenderse a su costa, lo cual habría sido imposible sin un designio político, que por lo demás solo podía ser el hispanogótico.

La cuestión de la reivindicación de la legitimidad visigótica no debe confundirse con la realidad del nuevo reino o reinos posteriores. La idea de la continuidad y legitimidad, y la conservación de diversas formas culturales, derecho, etc., era clave, pero el nuevo reino difería mucho, inevitablemente, del de Toledo, empezando por su pobreza y aislamiento inicial, y por la rápida disolución de la etnia goda, si la mayoría de ella, salvo la aristocracia, no estaba disuelta ya antes en la población hispanorromana.

El relato tradicional, naturalmente abierto a matiz y desarrollo, es así el más reconocible en la historia; sus detractores suelen crear problemas artificiosos como la supuesta no romanización o cristianización de Asturias y Cantabria. Ciertamente estaban romanizados y cristianizados, aun si en menor grado que otras regiones peninsulares, como ha ido demostrando la arqueología; y sin duda allí fueron a refugiarse

godos y otros cristianos huidos de la invasión islámica.

Los bizantinismos anti Reconquista atañen a otro problema: el de la nación, con mezcla habitual de los conceptos de nación y nacionalismo. ¿Era una nación el reino hispanogodo? Peña —y tantos más— dogmatiza por las buenas que en tiempos de Pelayo no existía noción de España como unidad política y menos aún de patria. La realidad bien documentada es que existían ambas desde Leovigildo y Recaredo, como veremos. Claro que todo depende de cómo se quiera definir la «nación». Si la definimos según las ideas de la Revolución francesa, es decir, como un estado cuya soberanía radica en la nación, en el pueblo y no en el antiguo «soberano» o monarca, entonces no habrían existido naciones anteriores en Europa. Así lo expone J. A. Maravall, autor en otros aspectos serio, en su prefacio de 1981 a *El concepto de España en la Edad Media*: «Tal vez uno de los más firmes resultados de la investigación histórica haya sido (…) que no se puede hablar de nación plenamente antes de fines del siglo XVIII (!!!) (…) Con feudalismo o régimen señorial no hubo naciones; con partido único y dictadores, tampoco (!!!)». Es decir, en el franquismo habría desaparecido la nación española, la cual sería perfecta en la república, cuando estuvo cerca de colapsar por su propio caos interno. ¡Lo que hizo la patética ansiedad, en el posfranquismo, por difuminar la trayectoria política personal!

Pero el concepto de nación, con diversas formas políticas, es mucho más antiguo. Lo que cambia en el XIX es el depósito de la soberanía, originando nacionalismos. Por lo demás, las naciones actuales difieren bastante de las del XIX, con lo que tampoco las de ese siglo serían propiamente naciones. O no lo serían las de hoy.

He propuesto una definición que creo más clara y acorde con la historia y menos expuesta a disputas verbalistas o bizantinas: nación sería una comunidad cultural bastante homogénea y con estado propio. Esto evita también confusiones sobre «nación cultural» y «nación política»: una comunidad cultural no es una nación si no dispone de un estado. Así, la nación existe en España desde Leovigildo y Recaredo. No como estado «moderno», claro, pero sí como estado bastante centralizado, con leyes propias, ejército, aparato fiscal, red de comunicaciones internas, etc., reconocido como tal por otras potencias de la época, y edificado sobre la base homogeneizadora de la romanización y la cristianización católica. Aparte de corresponder a la historia conocida es muy lógico (y no es lógico lo contrario), que quienes luchaban por expulsar a los invasores islámicos tuvieran desde el principio muy presente el reino hispanogodo de Toledo. La Reconquista es muy difícil de imaginar sin ese precedente nacional, y el resultado más probable habría sido, bien una península integrada culturalmente y sin vuelta atrás en el Magreb, bien una balcanización en unos cuantos pequeños estados, culturalmente hispanos, pero separados y mal avenidos entre sí, como en parte había ocurrido durante el proceso reconquistador. La negación de la Reconquista ha de apoyarse, por tanto, en la negación del estado hispanogodo o nación anterior (o en su denigración).

Del nivel de los por otra parte escasísimos debates que produce la anémica historiografía universitaria española puede dar idea la polémica suscitada entre J. L. Villacañas Berlanga y J. A García de Cortázar en torno al libro del primero *La formación de los reinos hispánicos*, torneo de pedanterías inconcluyentes que

abocan a la compartida devoción por la Constitución del 78. En ella encuentran ambos su ideal y desde ella enjuicia el pasado el señor Villacañas, siempre en busca de «un orden político justo, libre y equilibrado, que sea responsable y esté al servicio de los ciudadanos, y no uno propio de nuevos señores patrimoniales de una idea de España que parece adecuada para mantener sus privilegios». Esta jerga ingenua, cuando no ilusa o mojigata, no logra disfrazar cierto afán totalitario. Pues claro está que él tiene su propia idea de España y que quiere patrimonializarla, excluyendo cualquier otra, que a su juicio sería injusta, opresiva y desequilibradora, propensa al privilegio, etc. Pero no ya un historiador, cualquiera con sentido crítico, percibe las grandes debilidades intelectuales e históricas de esa Constitución, y si es historiador conocerá la forma algo chapucera y poco regular como fue elaborada. Cortázar comparte el fervor por una Constitución que «asegura mi condición de ciudadano en una España en libertad».

Desde luego, si hasta esa Constitución no había un orden justo, libre, responsable, etc., la historia anterior de España, no digamos ya la de la Reconquista, habrá sido harto deplorable. Desde el pináculo de sus autoafirmadas virtudes morales y constitucionales, Villacañas se siente juez del pasado hispano, el cual le causa «poco entusiasmo, bastante piedad y (no explica por qué) mucho respeto». Porque los españoles, dice, al enfrentarse «al más profundo problema político de Europa (…) una y otra vez fueron derrotados por la realidad», debido a vivir en un país de frontera «bajo el sueño del Apocalipsis» (encuentra una excepción en Cataluña). Y es que los valores e instituciones de la Reconquista, «no son favorables a innovar (…), no reconocen lo diferente». Claro que él tampoco reconoce a los

diferentes sino solo a los «ciudadanos ilustrados, anclados en un sistema común de derechos y deberes y deseosos de saber la verdad de su historia política». Es decir, escribe para sus afines, loándose a sí mismo al paso que a ellos. Sospecho que esa retórica de aire virtuoso, pero vacuo, proporcionará al ciudadano ilustrado escasa claridad sobre su historia política.

Cortázar replica con una frase de Vicens Vives sobre la célebre polémica —de más calado—, entre Castro y Sánchez Albornoz, acusando a Villacañas de «demasiada angustia unamuniana para una comunidad mediterránea, con problemas muy concretos, reducidos y epocales: los de procurar un modesto pero digno pasar a sus millones de habitantes». A Villacañas le repele la frase de Vicens, no sin razón, ya que trata a los españoles como bestias solo ansiosos de comer, cosa que tampoco van a darles los historiadores ni los políticos. Y como no osa criticar a Vicens, achaca la trivialidad de su frase a la necesidad de disimular bajo la férrea dictadura franquista. ¡Nada menos!

La historia tiene un elemento misterioso que impide narrarla e interpretarla con plena seguridad —aunque hay grados de aproximación—. En definitiva, nadie puede saber hacia dónde se dirige la historia o la evolución humana (aunque las ideologías, en general, suelen mostrarse muy seguras al respecto), y en los acontecimientos históricos existen elementos invisibles e inconcretables, ocultos en la intimidad psicológica de los protagonistas, o en detalles que pueden ser importantes y que nunca llegan a materializarse en documentos. Los documentos son imprescindibles en la investigación, pero aparte de que la ausencia de pruebas no es prueba de ausencia, muchos hechos no han pasado jamás a los documentos. Hecho molesto

y desconcertante, que las ideologías quieren superar recurriendo a la razón… la cual produce a su vez versiones contradictorias y no menos desconcertantes. Estas limitaciones debe tenerlas presentes el historiador que no quiera pontificar con simplezas, como tantas veces ocurre. O creerse el juez moral de la historia.

Dedico el libro al gran público, incluido el universitario, hoy tan desorientado en muchos temas elementales. Lo he basado en la parte dedicada a aquellos siglos en *Nueva historia de España*, ampliándola y corrigiendo algunos errores de detalle, inevitables en una obra que sintetiza una gran cantidad de información. El texto puede parecer a veces algo reiterativo, pero dado que algunas tesis son bastante novedosas no me parece un defecto demasiado grave. He prescindido de notas, limitándome a referencias diversas en el propio texto, tanto porque las referencias son hoy cómodamente localizables en Internet como por facilitar la lectura al lector medio. Procuro transcribir los nombres árabes según la tradición (Abderramán en lugar de Abd al- Rahman, o Mahoma en vez de Muhammad, etc.), porque así sonaban a los hispanos de entonces, y así han sido escritos durante mucho tiempo. Utilizo a veces el término «moros» a la manera tradicional, como sinónimo de musulmanes, aunque propiamente la palabra designaba desde los romanos a los habitantes de Mauritania («Mauri»), es decir, a los bereberes. Finalmente, empleo el término Reconquista con mayúscula al principio y al final del libro, y en el resto lo haré con minúscula, por evitar cierta pomposidad, no por restarle valor, desde luego.

2. LA HISPANOFOBIA COMO IDEOLOGÍA

Propiamente, la negación de la Reconquista no deja de ser un ariete verborreico contra la evidencia histórica. Y no se comprendería sin integrarlo en la Leyenda Negra como una negación más amplia, la de la propia España. De ahí han salido tesis como que España no existe hasta los Reyes Católicos, o hasta Felipe V, o hasta la (no aplicada) Constitución liberal y nacionalista de Cádiz. O que, en fin, nunca existió una nación española, sino un revoltijo de naciones o pueblos variopintos solo atados por «una cuerda de arena». Esto último lo sostiene el historiador inglés Raymond Carr, muy prestigiado en España, citando al viajero Richard Ford o a Gerald Brenan («España es un conjunto de pequeñas repúblicas, hostiles o indiferentes entre sí, aunadas en una federación escasamente cohesionada»). Y ello pese a que España es abundantísimamente citada desde muchos siglos antes, dentro y fuera del país, como referencia política y cultural, no solo geográfica. Y pese a ser la nación, salvo alguna menor, que conserva las fronteras más antiguas de Europa. El Reino Unido, por ejemplo, ha debido cambiarlas drásticamente en tiempos tan recientes como los años veinte del siglo pasado. Siglo en el que las fronteras de países europeos supuestamente más cohesionados han sufrido mil cambios decisivos. ¿Cómo se explica este milagro de permanencia a partir de las divagaciones de Carr y demás?

Pese a la evidencia, la hispanofobia, también en su versión antirreconquista, ha avanzado en la universidad, la política y los

medios de difusión hasta convertir en tabú el concepto Reconquista en departamentos de historia e institutos, con prohibición despótica de usarlo a los alumnos. La aversión permite a veces la palabra, pero como hecho nefasto. Uno de los periodistas más influyentes en los últimos decenios, Juan Luis Cebrián, ha calificado la Reconquista de «insidiosa», calificativo absurdo, pues de insidiosa no tuvo nada, pero de intención denigratoria. Y sin réplica de casi nadie. Los ejemplos podrían multiplicarse. Hoy suele aplicarse a la Reconquista y al pasado hispanogodo un materialismo no dialéctico y harto ramplón, que se transforma en desmedido idealismo acrítico hacia Al Ándalus.

Esa actitud se ha impuesto con gran amplitud también en ámbitos académicos y políticos extranjeros, muy en relación con las hoy habituales ideologías LGTBI, el multiculturalismo y una supuesta tolerancia. Al Ándalus reluce como un modelo para las sociedades que se pretende implantar en Occidente, según aseguraban profesores del Whitney Humanities Center de la Universidad de Yale en un ensayo titulado *Cultura en el tiempo de la tolerancia: Al Ándalus como patrón a imitar en nuestro tiempo*: «Bienestar extraordinariamente vigoroso de esa cultura: pluralismo étnico, tolerancia religiosa y una variedad de formas importantes de lo que podríamos llamar secularismo cultural —poesía y filosofía secular— que no podían entender quienes los perseguían, a-islámicos o antiislámicos». Mª Rosa Menocal, de Harvard, ha escrito una peculiar narración: *La joya del mundo: musulmanes, judíos y cristianos, y la cultura de la tolerancia en al-Ándalus*. Estas oficiosidades perfectamente ilusorias no solo expulsan a la realidad del relato histórico, también fundamentan políticas actuales muy discutidas pero que se pretenden

indiscutibles.

O bien, un profesor de historia de la Universidad de Nueva York y otro ganador de dos premios Pulitzer, «informaban» sobre la *Edad Media*: «Emergieron dos Europas, una (la musulmana) segura de sus defensas, tolerante en religión, y en trance de madurar en perfeccionamientos culturales y científicos; la otra (la cristiana), un escenario de guerra incesante en la que la superstición pasaba por religión y la llama del conocimiento apenas chisporroteaba». Hasta el político Tony Blair se permitía escribir que las normas de tolerancia se encontraban mucho más entre los muslimes que entre los cristianos. Otro profesor de filosofía de Princeton tampoco se paraba en barras en un ensayo titulado *Cómo los musulmanes hicieron Europa*: «El espíritu de tolerancia creado por los árabes (en Al Ándalus) sobrevivió a su salida (en el siglo XI), de modo que fueron precisos cuatro siglos para imponer la intolerancia religiosa de la Inquisición española». Estas fantasías matan dos pájaros de un tiro: oscurecen a España (o a la Europa cristiana) y engalanan a Al Ándalus con una suma de perfecciones… desde unos enfoques ideológicos herederos de la destreza marxista para *adaptar* la historia. Pero el error es doble: a) describir el muticulturalismo, la irreligión, el homosexismo, etc., como el culmen de la civilización; y b) identificar a Al Ándalus con tales ideas.

Ciertos medios académicos anglosajones, en su afán de difuminar la Reconquista llegan a eliminar el término España para la época, pese a ser citado universalmente. Lo subsumen en el concepto «Iberia», admisible solo como término geográfico —y con todo inexacto, pues los íberos solo ocuparon el tercio levante-sur de España—. Como si en vez de historia de

Inglaterra se pretendiese escribir la de Gran Bretaña Sur.

Expresiones tan crudas, recogidas por Fernández-Morera en su libro *The Myth of the Andalusian Paradise*, son menos frecuentes en España, por demasiado chocantes, pero la tónica es en el fondo la misma. En monumentos, museos, etc., se exalta la impronta musulmana y se exhibe con indiferencia o implícita desvaloración la cristiana. Los políticos islamófilos, comúnmente incultos y corruptos —realidad tan constatable como deplorable— acosan la herencia cristiana so pretexto de «laicismo», como en la catedral de Córdoba; y no persiguen —de hecho amparan— las crecientes agresiones contra iglesias y personas católicas mientras exhiben preocupación por lo que llaman islamofobia; o favorecen la inmigración de unos musulmanes que no han olvidado a Al Ándalus. O desacreditan cualquier reivindicación del pasado histórico real de España como «fascista» o «facha».

No menos significativo, todos los partidos veneran en Andalucía a Blas Infante, un personaje perturbado, converso al Islam y reivindicador de Al Ándalus: lo titulan «padre de la patria andaluza», le rinden honores todos los años, han impuesto para Andalucía la bandera musulmana creada por él, y ensalzan sistemáticamente las dudosas glorias andalusíes precisamente contra España. La fobia a la Reconquista ha ido cobrando tonos cada vez más agresivos, como en los habituales incidentes y manifestaciones contra el aniversario de la toma de Granada.

Al respecto cabe espigar, entre otros comentarios, este de César Alonso de los Ríos, en un artículo titulado «Don Julián, hoy», sobre el tic antiespañol de amplia parte de la izquierda (y de la derecha). A Don Julián, el legendario conde traidor que

facilitó la invasión sarracena, lo ha reivindicado Juan Goytisolo, discípulo de Américo Castro: con la invasión árabe habrían ganado los buenos, cultos y tolerantes; y con la Reconquista los brutos y tiranos: «La negación del suelo patrio, de las tradiciones, de la moral convencional, incluida la heterosexualidad… Quizá esta última nota fue la menos celebrada: se tomó como un dato puramente personal aun cuando la consigna de Goytisolo era bien clara: la revolución total, la traición total, el entreguismo total pasaba por la reconversión sexual». Resulta interesante comprobar cómo esa aversión extrema a la Reconquista coincide hoy con fenómenos como la ideología LGTBI o los separatismos que aspiran a disgregar a España, con complacencias hacia ciertos terrorismos, y tendencias similares.

* * *

Asombra que tantos descendientes de los reconquistadores, influidos por políticos e intelectuales diversos, infamen a sus antepasados, inciensen a sus enemigos, nieguen las más obvias evidencias históricas y muestren aversión o indiferencia a su propio país, su cultura e historia, en definitiva a sí mismos. Actitudes enfermizas que repercuten inevitablemente en las políticas actuales. Entender este curioso fenómeno exige remontarse a la gran quiebra moral del «Desastre del 98». Una derivación del Desastre fue el «regeneracionismo», que propugnaba «doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar» (Costa) o calificaba la historia de España, desde los visigodos, como «enferma» (Ortega), o explicaba la edad de mayor poder cultural y político de la España salida de la Reconquista, como «un imperio de mendigos y frailes aliñado con miseria y superstición» (Azaña). Y un largo etc. Aquella

sarta de dislates mereció la célebre denuncia de Menéndez Pelayo contra los «gárrulos sofistas» que denigran por sistema el pasado español y hasta niegan su misma existencia nacional.

Sobre el regeneracionismo escribí en *Una historia chocante*: «Las antaño ensalzadas hazañas y glorias hispanas, como el descubrimiento de medio mundo, las conquistas y colonización de América, la evangelización, la fundación de ciudades y universidades, el establecimiento de relaciones entre todos los continentes habitados, la Reforma católica, la contención de los turcos y de los protestantes, etc., eran miradas con desprecio o con burla, o ignoradas por los regeneracionistas. Para ellos, España había sido el país de la Inquisición y los genocidios, la miseria, el oscurantismo y la superstición, y las supuestas glorias debieran más bien avergonzarnos. Los *buenos* habían sido casi siempre los enemigos de España, empezando por los cultos y refinados islamistas. El Siglo de Oro suscitaba despego, salvo algunos autores prestigiosos, sobre todo Cervantes, a quienes querían convertir en precursores de las ideas de los críticos».

Y una clave más o menos precisa de todo el asunto habría estado en la *nefasta* Reconquista. Ortega llevaba el mal o la enfermedad hasta los visigodos, un pueblo decadente, contaminado por el contacto con la decadencia romana, al revés que los francos dominadores de la Galia, frescos y puros en su barbarie creadora.

No es difícil percibir la extraordinaria semejanza de aquel regeneracionismo con los nacionalismos vasco y catalán, a todos los cuales cabe calificar también de regeneracionistas a su modo. Los regeneracionistas despreciaban el pasado real de España tal como Arana o Prat de la Riba despreciaban el pasado real de Cataluña y de *Euzkadi,* supuesta historia de opresión consentida

hasta con abyecta alegría por vascos y catalanes. Aunque, a diferencia de aranistas y pratistas, los regeneradores no sembraban el odio o rencor hacia ninguna parte de España, coincidían en fomentar la aversión por el común legado hispano y por el liberal régimen de la Restauración. También se asemejaban sus estilos, entre plañideros y amenazantes, y sus tonos exagerados y un tanto megalómanos, de parva sustancia intelectual, con pretensión de fundar naciones. Curiosa en cambio la divergencia en las conclusiones a partir de las mismas premisas: unos aspiraban a refundar la nación española, de tan «anormal» pasado; los otros a desarticularla y hundirla de una vez por todas, lo que no sería menos lógico.

Los regeneracionistas pretendían destruir el liberal régimen de la Restauración, tildado de «necrocracia» o dominio de los muertos, para refundar España «como si nunca hubiera existido». ¡Refundar una nación que tan honda huella había dejado en la historia humana! Tarea titánica, en comparación con la cual las pretensiones de Prat o de Arana sonaban a modestas empresas provinciales. Pero, sorprendentemente, aquellos refundadores no tenían nada de titanes ni de héroes. Ante todo procuraban «arreglarse la vida» mediante alguna oposición que les hiciese funcionarios de la «necrocracia» para verter impunemente sus prédicas desde esa seguridad, aprovechando las libertades del régimen. No respondían al tipo de fanático entregado a una causa imaginaria, como Arana o Prat, ni al hombre inspirado o al hombre de acción, sino más bien al tipo del «señorito» clásico, frívolo y desconocedor de los rigores de la vida.

El regeneracionismo contribuyó, con el terrorismo anarquista, la demagogia socialista y el auge de los separatismos,

a hundir el régimen que les permitía organizarse y hacer propaganda. Tras el fallido intento estabilizador de la dictadura de Primo de Rivera, los regeneracionistas tuvieron su oportunidad histórica con la II República, que fue entre otras cosas una orgía de palabrería desenfrenada. Allí demostraron su incapacidad política, hasta verse arrastrados a la guerra civil por los extremismos totalitarios y guerracivilistas, a cuyo triunfo habían colaborado en unas elecciones fraudulentas. La refundación de España engendraba procesos de descomposición nacional y social.

Cuando tachan de «franquistas» las reivindicaciones del pasado español como la de la Reconquista, no dejan de tener cierta razón, porque un rasgo del franquismo fue esa reivindicación frente a la denigración permanente que inventa una historia tan ideologizada como ficticia. Por lo demás la reivindicación de la historia de España admitió versiones diversas, a veces algo romas o esquemáticas, pero dentro de un respeto esencial a los hechos. Y no es esta ocasión de entrar en detalles al respecto, pero ya antes de morir Franco cundían versiones semejantes a las regeneracionistas, complicadas con enfoques marxistas y similares. Adornadas como «científicas» y subrayadas por un estilo impositivo, tales versiones han recobrado vigencia y dominio, debido a la tímida réplica intelectual, paralizada por el miedo a ser motejada de «franquista». Se impuso en muy amplios medios el veto a cualquier versión así tildable; y sobre ese veto han cundido las distorsiones más extremas, parejas a las del regeneracionismo, de las que he ofrecido un pequeño muestrario en relación con la Reconquista. Sobre el propio franquismo han prevalecido las campañas presuntamente historiográficas más ajenas a la

realidad histórica, y por ello más empobrecedoras intelectual y culturalmente, según he expuesto en *Los mitos del franquismo*.

Cabe comparar el antifranquismo con la fobia a la Reconquista. El primero ha elaborado una historia ficticia, con verdaderas sartas de majaderías a partir de una, generadora de las demás y producto de la propaganda comunista: que la guerra civil se libró entre la democracia y el fascismo, entre la libertad y la opresión, entre el progreso y la reacción oscurantista. Esta visión, con diversas variantes, sigue predominando pese a que la menor observación crítica basta para echarla por tierra. El Frente Popular, que agrupó de hecho o de derecho al bando perdedor, consistió en una alianza entre partidos totalitarios soviéticos o sovietizantes, partidos separatistas-racistas, anarquistas y grupos golpistas como el de Azaña. Basta tener en cuenta este hecho indudable y obvio, pero casi siempre «olvidado», para entender la causa y sentido de la guerra civil, nacida de una amenaza inminente de disgregación del país e imposición de regímenes totalitarios (lo que nunca fue el franquismo). Y basta ignorar el hecho para que la historia resultante se convierta en una catarata de disparates, como sigue siendo comúnmente el caso.

Con ello, el criterio de la realidad cede a la pura incriminación ideológica. Un caso, sobre la Reconquista: «Me refiero a la historiografía tradicionalista de la época franquista, que tiene escasos continuadores en escritores de ensayo como Pío Moa (*Nueva historia de España)*». El autor de este «análisis», un tal Iván Pérez, no dice nada sobre mi estudio, solo lo adjetiva con las palabras «tradicionalista» y «franquista», que para él son suficientemente descalificadoras; junto con el «argumento de masas» de que son pocos quienes piensan como yo. Bueno, pues

tales «análisis», nada raros, exhiben el nivel de nuestros flamantes «historiadores profesionales», pocas excepciones aparte.

La Reconquista caracterizó la historia de España durante las edades llamadas Alta y Baja Edad Media, y que aquí llamo, provisionalmente, de Supervivencia y de Asentamiento. Por sus características supone un caso muy particular en la evolución europea que no pudo dejar de marcar su impronta en cierto carácter nacional perdurable hasta hoy. De los caracteres nacionales se han extraído a veces conclusiones exageradas, pero su realidad es bien visible en cada país europeo. La particularidad hispana, unida a cierto pesimismo causado por el retraso de España en cuanto a potencia cultural, política y militar en el siglo XVIII y más aún en el XIX y parte del XX, han motivado esas reinterpretaciones del pasado arriba criticadas, tales como el mito de las «tres culturas» o la idealización desmedida e ilusa de Al Ándalus o Alandalús.

Un relato algo pormenorizado de un proceso tan largo y complicado como la Reconquista, tan rico en sucesos épicos y líricos, en personajes notables y anécdotas, en evoluciones culturales, políticas, económicas e influencias externas intrincadas y contradictorias, requeriría muchas veces más páginas que el presente estudio. Son temas inagotables. Existen miles de trabajos parciales sobre tales o cuales períodos, momentos o personas, etc… aunque muy pocos de síntesis sobre el conjunto de la Reconquista (el de D. W. Lomax de 1978, se presentaba como el primero. Otro más reciente es el de García Fitz). El presente libro es también una síntesis que busca poner en orden lógico los hechos más relevantes e indudables, tanto de los reinos hispanos y su dinámica como de Al Ándalus.

En ese aspecto no ofrece nada nuevo al especialista, salvo el mero hecho de recordarlos, que ya resulta novedoso ante su oscurecimiento o tergiversación por las hispanofobias ideologizadas al uso.

En otros aspectos sí hay algunos elementos nuevos, creo, y espero que no inútiles.

En primer lugar, la consideración de las relaciones humanas como básicamente conflictivas entre individuos y entre grupos, incluso en la psique de cada individuo; tesis ya expuesta en *Europa, una introducción a su historia* y en *Nueva historia de España*. El conflicto deriva de forma inevitable de la fuerte individuación del ser humano, con la consiguiente variedad y oposición de intereses, sentimientos, aspiraciones, etc., radicalizados a menudo por la potencia del ego personal. La vida en sociedad se haría imposible si esos impulsos no fueran corregidos por normas sociales basadas en la complementariedad, que busca transformar el conflicto en armonía, sin lograrlo nunca del todo. De ahí dos tipos de conflicto: la tensión y el antagonismo. La tensión consiste en una combinación de oposición y complementariedad en diversos grados, generadora de equilibrios sociales que encauzan el enfrentamiento evitando o limitando su tendencia destructiva. Los equilibrios nunca son del todo estables. Aspiran a estabilizarse en un orden y paz perpetua… por lo demás inalcanzable, salvo a costa de mutilar al ser humano de varios de sus rasgos característicos.

En el antagonismo, el conflicto excluye cauces o armonías y la colisión predomina de modo casi absoluto: cada parte siente que no hay espacio para las dos. El antagonismo implica la guerra, o bien una paz en permanente amenaza; la tensión

puede traer también guerras, pero en un nivel en que la complementariedad persiste como rasgo fundamental a la larga. Por poner ejemplos recientes, la guerra fría supuso un antagonismo entre potencias democráticas y comunistas, mientras que dentro de cada grupo de potencias menudearon las tensiones, sin excluir choques armados ocasionales. Lo mismo ocurre entre Israel y sus vecinos, una relación donde los enfrentamientos armados dejan períodos de una paz sostenida sobre la impotencia de una de las partes ante la superioridad militar contraria, mientras que los espíritus permanecen en lucha.

De modo similar, entre los reinos españoles formados en la Reconquista hubo tensión, incluidas guerras; y también la hubo entre ellos y otros reinos al norte de los Pirineos. Por el contrario, la relación con Al Ándalus fue la típica de colisión, antagónica, que no impidió treguas, períodos de paz y algunas influencias mutuas, si bien muy secundarias y dentro de una mentalidad de enfrentamiento radical, a pesar de los buenos o malos deseos de bastantes comentaristas. El combate desempeñó en todo ello un papel crucial, como evidencia su desenlace. Por ello el relato de algaras, aceifas, cabalgadas, batallas y saqueos podría hacerse interminable y pesado o caer en la historiografía burocrática hoy al uso, pese a su dramatismo y tragedia. De modo que aquí lo he resumido mucho, procurando destacar los hechos, rasgos y personajes más relevantes en función de sus efectos, siempre con alguna dosis inevitable de arbitrariedad.

En segundo lugar, y aparte de la tesis sobre estado y nación, la conflictividad humana exige el poder, inevitable y necesario para evitar la descomposición social. El poder se apoya en último extremo en la violencia, y la acapara absorbiendo la

violencia difusa en el grupo social; aunque no puede mantenerse solo sobre ella. Y frente a la tradicional distinción entre monarquía, oligarquía y democracia, estas no existen en forma pura, sino que todo poder algo estable combina las tres, en proporciones y formas diversas.

En tercer lugar, creo también relativamente novedosa la diferenciación entre el contenido religioso y el político de la Reconquista, no siempre claramente expuesta en otros estudios: aunque las dos facetas van muy unidas, no son lo mismo y tienen rasgos incluso contrarios. Los reinos que se crean durante la lucha contra el Islam pueden ser llamados cristianos, sobreentendiendo «cristianos españoles», pues fuera de España otros reinos y poderes cristianos tenían poco que ver con los sucesos peninsulares. Estos, ante todo el papado y Francia, compartían el ideal de lucha contra el Islam, pero la Reconquista como tal, la aspiración a reconstituir la unidad nacional destruida en 711, era un objetivo solo español. De ahí que las influencias y a veces injerencias del papado, de Borgoña o de Francia o de Inglaterra, tendieran a difuminar el ideal reconquistador y a facilitar la dispersión de la empresa en reinos diversos y enfrentados, aunque todos cristianos. La llamaré «tensión godo-franca», caricaturizándola un poco: la influencia ultrapirenaica sobre un designio esencialmente hispánico. El hecho final es que la Reconquista se logró en cuanto a la expulsión del Islam, pero no cuajó del todo —sí en lo esencial— en cuanto a la reconstitución de la nación que la justificó. Pues Portugal, por influencia borgoñona-papal reafirmada por intervención inglesa, permaneció ya definitivamente separada, salvo por un corto período posterior.

Asimismo he prestado atención, aunque esquemática, a la

evolución europea, como telón de fondo de los acontecimientos de España y porque muchos de estos no se entenderían sin los exteriores. Y viceversa, la lucha de España libró al resto de Europa Occidental de muchos peligros, y finalmente la toma de Granada fue celebrada por la Cristiandad como compensación por el desastre de la caída de Constantinopla en poder turco pocos decenios antes. Los éxitos en España venían a ser casi el único motivo de satisfacción en la lucha contra el Islam, después del fracaso de las cruzadas y mientras las victorias otomanas amenazaban ya a Italia y al centro de Europa.

3. EVOLUCIÓN DEL CRISTIANISMO

La reconquista fue un fenómeno político, militar, económico y más ampliamente cultural en el que la religión desempeñó un papel clave. En medida esencial, aunque no única, fue una lucha entra el cristianismo y el Islam. Esto se da por sabido en las historias, pero más allá del supuesto convienen aquí algunas pinceladas sobre ambas religiones, según su aparición histórica.

En su mayor parte, la historiografía actual concede poco valor a la religión, pese a que todas las culturas la han considerado su máximo signo generador de identidad. La religión surge de la radical incertidumbre de la condición y el destino humano, causante de una angustia íntima paralizante. Por ello los mitos religiosos ofrecen una explicación del mundo y del destino de las personas que calma esa angustia y libera sus energías para la gran variedad de actividades englobadas con el término cultura. Menciono aquí «mitos» no en el sentido de ideas falsas, sino de relatos que reflejan o tratan de reflejar el destino humano, y que han generado el arte y de modo al menos indirecto, la ciencia, y dado un signo peculiar a las demás actividades humanas, a través de la moral y la sugestión.

Pocos objetarán a la tesis de que el cristianismo ha sido la raíz de la cultura no solo española, sino europea y occidental. Peculiar de Europa ha sido también la sustitución —no completa— del cristianismo por las ideologías surgidas de la Ilustración, como el liberalismo, el socialismo o el fascismo, que de hecho operan como religiones sucedáneas. Baste aquí esta afirmación, que he desarrollado más ampliamente en el ensayo

Europa, una introducción a su historia. Se entienda como se quiera, la reconquista, muy anterior a la Ilustración, no puede explicarse sin una referencia cardinal al conflicto religioso.

El cristianismo nació de las prédicas de Jesús en Israel, una tierra en su mayor parte árida, parcialmente desértica, semejante al Levante español o a Castilla, un tanto marginal dentro del Imperio romano. Exteriormente, Jesús podía haber sido uno de tantos jefes de sectas que proliferaban debido a la crisis de los politeísmos y a la inquietud moral del tiempo. En Israel esa inquietud alcanzaba especial intensidad. Pese a la abundancia de predicaciones, casi todas perdidas, la de Jesús daría lugar a una doctrina con mayor proyección espiritual que ninguna otra en la historia. No obstante, hoy gran parte de las sociedades europeas se siente ajena al cristianismo y, en especial los jóvenes, ignoran casi todo en relación con él, aparte de algunas críticas y acusaciones más o menos tópicas.

Por aquel tiempo, el actual Israel estaba sometido a Roma, y los judíos divididos en diversas corrientes religiosas, las principales los fariseos, los saduceos y los zelotes. Los zelotes, rebeldes a Roma, usaban métodos terroristas para preparar un alzamiento; los saduceos colaboraban con Roma; y los fariseos, sin posición política abierta, trataban de mantener la pureza de su fe, los ritos, y evitaban todo roce con los no judíos (*gentiles*). La palabra fariseo significa precisamente «autosegregado». El odio era el sentimiento dominante entre saduceos y fariseos. Otro grupo significativo, de notables similitudes con el cristianismo, los esenios, vivían en sociedades apartadas y en comunidad de bienes. Estos creían en la inmortalidad del alma, en un juicio final, en el cual la salvación no vendría solo de los méritos contraídos por los hombres, méritos insuficientes para

justificar su vida sin la misericordia divina, que lavaría los pecados de los arrepentidos. Los esenios eran también pacifistas, al revés que los zelotes. Entre el pueblo predominaba una rebeldía soterrada hacia los romanos, con esperanza en una próxima llegada del Mesías, concebido como un héroe político y militar que expulsaría a los romanos y traería paz universal, haciendo de Israel el pueblo rector del mundo.

En ese escenario cumplió Jesús su predicación, en sermones y parábolas o relatos metafóricos, junto con milagros. Al no dejar nada escrito, sus hechos fueron recogidos como tradiciones orales y puestos por escrito como Evangelios («buenas nuevas» o «mensajes»). De estos Evangelios la Iglesia solo ha reconocido cuatro, atribuidos a San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan (los demás se consideran no válidos, apócrifos); los tres primeros son bastante similares y el último tiene notables diferencias y un lenguaje filosófico más refinado. Los cuatro son posteriores a la muerte de Jesús, siendo probablemente el de Marcos el primero, fechado por los estudiosos en años tan distintos como el 40 y el 70. Suele suponerse un documento anterior perdido, llamado *Q,* por *Quelle*, «fuente» en alemán, del que beberían los demás.

De acuerdo con los Evangelios, Jesús anunciaba el reino de Dios, de quien se proclamaba Hijo. Curiosamente, los relatos pasan por alto a los zelotes y los esenios, y mencionan poco a los saduceos, centrándose las críticas en los fariseos. Estos compartían con los futuros cristianos una gran parte de la fe, como la inmortalidad del alma, el libre albedrío, la resurrección de los muertos o el castigo eterno a los malvados, ideas que no estaban en la Biblia pero sí en la tradición oral o *Halajá* y que los saduceos despreciaban. Pero Jesús los trataba de «víboras» y

de hipócritas, de cumplir de modo puramente formal y exterior los rituales y gestos del judaísmo, vaciándolos de espíritu. Por eso «fariseo» ha pasado a significar hipócrita. Por resumir las condenas de Jesús en dos frases: «No se ha hecho el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre», y «¡ay de vosotros, que echáis sobre los demás cargas insoportables y vosotros no las tocáis ni con un dedo!».

Jesús se rodeó de doce discípulos o apóstoles («enviados») número simbólico como el de los hijos de Jacob y las tribus de Israel, aunque tenía más seguidores. Él mismo era de procedencia humilde —carpintero—, como también los suyos. Según explica el Evangelio de Mateo, entre sus discípulos eligió a Simón, un pescador, como la «piedra» o «roca» sobre la que edificaría su Iglesia, y de ahí el sobrenombre de «Pedro» por el que se haría conocido en el cristianismo. En sus sermones Jesús ensalzaba a los pobres y desdichados y criticaba severamente a los ricos o a quienes presumían de su ciencia y saber. En las conversaciones con sus discípulos se proclamaba Mesías en un sentido nuevo, no político sino espiritual, e hijo de Dios y partícipe de la divinidad, y en consecuencia se atribuía el poder de perdonar los pecados.

Tanto estas ideas como sus acusaciones a los fariseos despertaron un odio tal que fariseos y saduceos juntos tramaron matarle, mientras desertaban las multitudes que le seguían atraídas por sus milagros. Valiéndose de la traición de un discípulo, Judas, le prendieron en Jerusalén, lo golpearon y acusaron de blasfemia. Pero como ese cargo no interesaba a la autoridad romana, única con potestad para condenar a muerte (principio no siempre cumplido), afirmaron que, al declararse mesías, atentaba contra Roma, dando al título de mesías el

contenido político tradicional que Jesús rechazaba, como ellos sabían. Lo llevaron así ante el gobernador romano Pilato, verdadero poder por encima del rey títere Herodes Agripa. Pilato no halló a Jesús culpable, pero ante la furia de los sacerdotes y de la multitud soliviantada, les dio a elegir entre liberar a Jesús o a Barrabás, un bandido o rebelde. La multitud exigió liberar a Barrabás. Pilato aceptó la condena, lavándose las manos en señal de inocencia por lo que iba a venir.

Jesús fue flagelado, objeto de burlas y golpes, y crucificado, castigo especialmente lento y cruel, reservado para delitos infames y gente mísera. La cruz se erigió sobre un montículo llamado Gólgota (*calavera*, por su forma), entre dos ladrones y bajo un cartel que lo proclamaba «rey de los judíos» (*INRI*), por mofa o por exponer la causa legal de la ejecución. Según la tradición, Jesús tenía entonces treinta y tres años, probablemente algunos más. Su predicación le había ocupado los últimos tres años de su vida, en el curso de los cuales había viajado entre su pueblo de origen, Nazaret, y Jerusalén.

Sus seguidores, asustados y desmoralizados, se desbandaron, y de aquella forma catastrófica pareció acabar todo. Sin embargo, según los Evangelios, su tumba fue hallada desierta por algunas de sus seguidoras. Poco después Jesús resucitado se habría mostrado a sus discípulos, recomendándoles que predicasen al mundo la buena nueva de su doctrina, resurrección y victoria sobre la muerte.

El nombre de Evangelio responde a la resurrección de Cristo, que anunciaba la salvación de la humanidad. Salvación con respecto a las consecuencias del pecado original de Adán y Eva.

* * *

Tiene interés comparar la biografía de Jesús con la de otros fundadores de religiones. Sidarta o Sidharta, príncipe nepalí, anterior en más de cinco siglos y también con una historia pródiga en milagros, se declaró o fue declarado solamente *Buda*, es decir «Despierto» o «Iluminado», o «Sabio». Abandonó sus riquezas, esposa e hijo para alcanzar la iluminación viviendo ascéticamente como mendigo, predicó con relativo éxito y falleció a los ochenta años, de alguna indigestión o intoxicación. Su doctrina cobraría mayor impulso desde que el emperador Asoka la convirtió prácticamente en religión oficial. Confucio, contemporáneo chino de Buda, fue un funcionario sin pretensión de otra cosa y tuvo altibajos en sus tentativas de que algún príncipe adoptara sus enseñanzas; pero gozó siempre de respeto como hombre sabio y justo, y falleció apaciblemente a los setenta y dos años. Le decepcionaron sus contemporáneos, pero sus prédicas conocerían una aceptación muy grande cuando las autoridades las entendieron como un instrumento excelente de orden y buen gobierno. La historia de Lao Tse, *Viejo Maestro,* acaso contemporáneo de Confucio o dos siglos posterior, entra en la leyenda: algo amargado por el poco eco de sus enseñanzas, saldría de China internándose en algún país bárbaro. Solo tras su desaparición se extenderían sus doctrinas. Zoroastro habría vivido setenta y siete años, falleciendo de muerte natural, o tal vez asesinado. Casi ninguno conoció la expansión de sus ideas, que fue posterior a su muerte, pero esta no adquirió en ningún caso el carácter extremadamente trágico de la de Jesús, ni provocó reacciones tan violentas en sus medios sociales y políticos.

La pasión de Cristo cobra un significado decisivo en su enseñanza. Supone el triunfo del Mal sobre el Bien, de la

iniquidad sobre la justicia, del mundo sobre el espíritu… triunfo que la resurrección trueca en derrota. De no ser así, el fracaso de Jesucristo en una muerte afrentosa habría sido absoluto; si no creyeran en ella, sus seguidores no habrían tenido fuerza para seguir. Así, en el cristianismo la resurrección simboliza la victoria del Bien, posible por primera vez desde el pecado de Adán y Eva, con el que el ser humano entró en el mundo del bien y el mal, es decir, de la moral.

Otra diferencia esencial con las demás religiones es que Jesús se presenta como Hijo y partícipe de la divinidad del Padre. Esto es necesario para que el simbolismo de la pasión y la resurrección tenga alcance universal; aportaba una «salvación» espiritual y universal, una redención no ya política y limitada al pueblo hebreo. Y difícil de interpretar, porque los efectos del pecado original han persistido desde entonces.

Por otra parte, los sacrificios que exigía a sus discípulos confirman su idea de ser Dios: no solo renunciar a los bienes y riquezas del mundo: «Quien ama a su padre, a su madre, a su hijo, más que a mí no es digno de mí», recoge Mateo, idea que Lucas extrema aún: «Quien venga a mí sin odiar a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, sus hermanos, sus hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo». Como siempre, cabe interpretar el sentido de la palabra «odio» aquí. En todo caso resume el primero y fundamental mandamiento: «Amar a Dios —a Jesús— sobre todas las cosas».

Los Evangelios y San Pablo insisten absolutamente en la importancia decisiva de creer que Jesús es Dios como segunda persona de la Trinidad, y que resucitó de entre los muertos. Pero ¿qué significa esa fe, en el plano práctico, en la conducta vital? ¿En qué se manifiesta concretamente? Se supone que en

una especie de renacimiento moral.

En las religiones la moral no es una construcción meramente humana, sino que viene al hombre del exterior («Las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses», de *Antígona*) y se opone a tendencias o inclinaciones fuertemente arraigadas en las personas. La moral viene a ser un mandato de los dioses, del Orden Cósmico, del Cielo, de Dios… y debe estar por encima de las leyes humanas y a la vez inspirarlas. Las leyes son, en definitiva, convenciones variables entre pequeñas minorías de la sociedad, que pueden expresar conveniencias particulares y resultar injustas o intolerables. Esta concepción inscribe al hombre en un designio superior, mejor o peor intuido, vulnerar el cual traería la desgracia sobre la sociedad y los individuos. En el cristianismo es el propio Jesús, en su condición divina, quien determina los principios morales.

Las enseñanzas morales de Jesús no eran nuevas, en general. Confucio predicó la paz y la justicia, «no hagas a los demás lo que no quieras para ti», de donde nacerían la bondad, el amor al prójimo, la lealtad y el respeto a las jerarquías y a los antepasados. La armonía jerárquica, desde el príncipe al cabeza de familia, aseguraría una sociedad pacífica y próspera (otra escuela, la legista, sostenía lo contrario: los hombres pueden estimar la justicia, pero en la práctica son necios y opuestos a ella, por lo que precisan un gobernante absoluto, cuya voluntad hace la ley y la justicia, para mantener la paz). El taoísmo proponía las «tres joyas»: compasión, moderación y humildad. El budismo o el estoicismo (que influiría mucho en la moral cristiana) promovían también una vida virtuosa y compasiva, desprendimiento de las riquezas y los bienes materiales y hasta de los mismos deseos, fuentes de sufrimiento. Hay también

semejanzas formales con el zoroastrismo o mazdeísmo, religión persa que debió de influir al hebraísmo, y a través de él al Islam. Así la idea de ángeles y arcángeles, la simbolización del mal en la serpiente y la oscuridad, y la de Dios en la luz, creencias sobre las postrimerías del universo, la salvación del hombre, oposición entre el Bien y el Mal, etc.

La moral predicada por Jesús partía de la Biblia. «Lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe». «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo, en estos dos mandamientos se fundan toda la Ley y los Profetas». «Si quieres entrar en la vida eterna, cumple los mandamientos: no matar, no cometer adulterio, no hurtar, no levantar falso testimonio, honrar padre y madre y amar al prójimo como a uno mismo». Exigía devoción «con todo el corazón, toda el alma y toda la mente» a estos arduos deberes. Respondió a un joven rico sobre si era posible un compromiso aún mayor: «Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y da el producto a los pobres, así tendrás riqueza en el cielo; luego vuelve y sígueme». Ese amor-fe sin formalismos debía dotar al individuo de inmensa fuerza moral frente al mundo. En el Sermón de la Montaña prometió el reino de los cielos a los «pobres de espíritu», los mansos, los ansiosos de justicia y perseguidos por su causa, los misericordiosos, los pacíficos. Exaltar a los desdichados del mundo era una doctrina novedosa.

El cristianismo proponía la igualdad de los hombres en un sentido espiritual, fácil de extrapolar a otros terrenos e interpretable en términos políticamente subversivos, otra fuente de los más variados movimientos. Como en la doctrina estoica, implicaba un rechazo a la esclavitud, admitida, con todo, en la práctica como efecto maligno del pecado original. Proponía una

igualdad esencial entre hombre y mujer —«compañera y no sierva»— que, unidos, forman «un solo ser» o «una sola carne», aun si con autoridad prevalente del varón; y matrimonio exclusivamente monogámico y de fidelidad hasta la muerte, con evidentes repercusiones en cuanto a la estabilidad familiar, la educación de la prole y la transmisión cultural; condena drástica de la homosexualidad, siguiendo la tradición judaica, que también en este aspecto se separaba de costumbres, a menudo mal vistas pero sin condena religiosa en el mundo politeísta. Todo ello chocaba con costumbres e ideas muy extendidas en la Antigüedad.

La cuestión del amor es clave en el mensaje evangélico, que exige amar incluso a los enemigos, aunque Jesús no cesa de expresar aversión a los filisteos, y de otros dice que mejor no hubieran nacido. Por esa insistencia en el amor como clave de la moral, se la ha llamado la religión del amor. «Ama y haz lo que quieras», resumirá San Agustín. En ninguna otra religión es el amor un tema tan central, Sin embargo el amor concreto a alguna cosa suele implicar el odio a la contraria.

* * *

Jesús encargó a sus apóstoles la misión de predicar y divulgar sus enseñanzas por el mundo, y nombró a Simón algo así como el jefe de la Iglesia, con el nombre simbólico de «Piedra» (Pedro). La Iglesia (*Asamblea*) se compondría de los fieles, guiados por el clero, encargado de instruir a los demás en la doctrina, de interpretarla, de animar a los demás a perseverar en ella y en una vida virtuosa, y orientarlos en las dificultades de la vida. No parece que estos apóstoles, al igual que Jesús, se hubieran casado, o quizá abandonaron a sus familias por seguirle. Jesús había invitado a algunos a abstenerse de

relaciones sexuales para dedicarse más enteramente al reino de Dios, y lo mismo Pablo. Esto iba también contra la tradición judaica, que condenaba el celibato. Más tarde, desde el Concilio de Elvira (Granada) hacia principios del siglo IV, se fue haciendo obligatorio el celibato, hasta oficializarse en el siglo XII (Concilios de Letrán).

El celibato buscaba, en principio, que el clérigo dedicase todas sus energías a la Iglesia, sin la distracción del matrimonio, tanto por las obligaciones que conlleva la vida familiar como por la «tentación carnal», a la que, por otra parte, han sucumbido muchos clérigos, incluidos papas, a lo largo de la historia. El celibato ha tenido algunos efectos importantes, como dificultar la formación de grupos o clanes familiares para el reparto del poder, que no era estrictamente espiritual; o permitir el acceso al mismo de personas de origen social diverso. En la sociedad estamental fue uno de los pocos medios que permitían mejorar su posición a personas de origen humilde.

* * *

La doctrina expuesta en los Evangelios es poco precisa y con incoherencias, y sería San Pablo, unos veinte años después de morir Cristo —a quien no conoció— el sistematizador de la nueva religión en cartas a diversas comunidades cristianas. Con Pablo el cristianismo mantenía la Biblia hebrea como raíz y fundamento, pero rompía de modo fundamental con el judaísmo, declarando innecesaria la ley de Moisés después del sacrificio de Cristo, y abolidas las ceremonias y ritos hebreos, empezando por el más decisivo de la circuncisión. Y rompía en un plano más profundo al definirse como católico, es decir universalista: «Ya no hay judío y griego, esclavo y libre, varón y mujer…» (*Carta a los Gálatas*). Los judíos ya no eran el pueblo

elegido por Dios, y al haber preferido a Barrabás contra Jesús y exigir la muerte de este, mostrándose luego refractarios a la nueva fe, se convertían implícitamente en un pueblo réprobo.

Estas tesis hicieron romper a Pablo no solo con las comunidades judías dispersas, sino con varios de los mismos apóstoles anteriores a él, en especial Santiago y Juan, adeptos a la ley mosaica, y con quienes llegó a tener graves choques. Hacia el año 50 se habría celebrado el Concilio de Jerusalén, en el cual se afirmó innecesaria la circuncisión y otras normas bíblicas para los gentiles conversos, lo que indica un éxito, al menos parcial, de las tesis de Pablo. Pero pocos años después este viajó a Jerusalén, no sin recelo, a exponer sus puntos de vista a los cristianos de la ciudad, y casi fue linchado por una turba de judíos, salvándole los legionarios romanos. *Hechos de los Apóstoles* presenta a aquellos judíos como venidos de Asia, pero probablemente fueron seguidores de Santiago. Por eso algunos estudiosos creen falso el previo Concilio de Jerusalén. *Los hechos de los Apóstoles* se atribuyen a San Lucas, autor del tercer Evangelio, un gentil a quien Pablo había convertido, e incondicional de este. Tanto las *Cartas* de Pablo como *Los hechos* parecen ser anteriores cronológicamente a los cuatro Evangelios, aunque quizá no a la fuente de ellos (*Q),* anterior y perdida.

Pablo, como los demás apóstoles, sostenía, en efecto, que Jesús era el Hijo de Dios y Mesías, redentor espiritual de la humanidad y no solo de los judíos, y no político ni militar. Pero en definitiva eran todos judíos y, salvo Pablo, querían mantener la ley mosaica en lo esencial, de acuerdo con las palabras de Jesús según Mateo: «No he venido a abolir la Ley y los profetas, sino a cumplirla». Si bien cabe interpretar que su pleno

cumplimiento en Jesús la volvía ya innecesaria. La posición de Pablo era mucho más radical que la de los otros, y más apropiada para una predicación universal.

Sintetizando mucho, la doctrina de Pablo giraba en torno a la resurrección y el amor: «Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe», explicó en *Carta a los corintios*. La resurrección significaba la victoria sobre la muerte, y ponía esa victoria al alcance de todos. El concepto «muerte» lo expresa Pablo de modo interpretable, ya en sentido físico y directo, ya en sentido simbólico, como muerte del espíritu dentro de la vida física, suceso que alcanzaría a toda la humanidad desde Adán y Eva. La fe en Cristo permitiría resucitar espiritualmente en la vida terrena y finalmente salvarse en el juicio final. Pero sin el amor (*agape*, *caritas*), la misma fe serviría de poco.

No sabemos cómo se dirimió la diferencia entre los cristianos partidarios de la ley mosaica y los partidarios de Pablo, pero es posible que estos últimos acabaran de imponerse tras la destrucción de Jerusalén y del templo por los romanos, en el año 70, tras una rebelión judía. Otro resultado crucial del triunfo póstumo de Pablo fue el creciente influjo de la filosofía griega, en especial de Platón, de Aristóteles, o de los estoicos, en el cristianismo, de modo que se ha definido esta religión como un híbrido de Jerusalén y de Atenas, o de la fe y la razón, en continuo diálogo, atormentado con frecuencia, pero generador del pensamiento, el arte y la ciencia que caracterizan a la cultura europea. El conflicto entre razón y fe alcanzaría su mayor intensidad durante la llamada Ilustración del siglo XVIII, cuna de ideologías opuestas entre sí, que rechazan o menosprecian la fe cristiana y afirman asentarse en la razón y la ciencia.

Desde muy pronto, los Evangelios y las cartas de Pablo

sugirieron interpretaciones variadas, provocando agudos y a veces violentos debates doctrinales que amenazaban diluir a la Iglesia en diversas sectas. Finalmente una versión se adoptaba por mayoría, apartando a las demás como heréticas. Por lo que afectará a la reconquista, el arrianismo, profesado por los visigodos, fue precisamente una de las herejías mayores, y para asegurar la unidad se convocó el Primer Concilio de Nicea, en 325. Lo presidió Osio, obispo de Córdoba, y condenó las doctrinas de Arrio sobre el carácter de Jesús como figura no propiamente divina, sino creada por Dios. De ese concilio salió el *Credo*, debido probablemente al mismo Osio, resumen de la fe cristiana y por ello uno de los textos fundamentales de la historia, no solo la religiosa.

No menos relevante, el Concilio organizó a la Iglesia en obispados y patriarcados, ostentando los patriarcas la jerarquía máxima. La organización eclesiástica tendría valor cardinal en el Occidente europeo para salvar la civilización e impedir que la caída de Roma derivase en una absoluta barbarie.

Los patriarcados de Nicea serían cuatro: Jerusalén, Roma, Alejandría y Antioquía, en igualdad jerárquica. Con el tiempo quedaron dos, enfrentados: el de Roma y el de Constantinopla. Roma reclamaba la primacía por ser la sede de San Pedro, a quien Jesús había nombrado la «piedra» base de su Iglesia (aunque el texto de Mateo al respecto es inequívoco, otros comentaristas han dudado de que la resolución de Jesús se refiriese a Pedro). Por lo demás, al crecer la disputa, ya caído el Imperio de Occidente, Roma estaba arruinada, mientras que Constantinopla aún brillaba como capital del Imperio romano de Oriente o bizantino, como se le llamaría modernamente, de modo no muy adecuado. La disputa entre Roma y

Constantinopla, complicada con cuestiones de doctrina daría lugar al primer gran cisma de la Iglesia, en 1054, el mayor antes de la escisión protestante y que, como esta, perdura hasta hoy contra todos los esfuerzos reunificadores. Los partidarios de Roma se llamaron católicos o universalistas, y los de Constantinopla ortodoxos, es decir, fieles a la recta doctrina.

Pero, diferencias dogmáticas aparte, la disputa encierra el punto clave de la relación entre religión y poder político, entre «el poder espiritual y el poder temporal». Jesús había establecido su separación con la frase «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», o al definir su reino como «no de este mundo». Esto era nuevo, porque en todas las civilizaciones el poder y la religión iban estrechamente unidos, por lo común sirviendo la segunda al primero. Algo así pasaba en Constantinopla, pero no en Roma, sede eclesial independiente de los variados reinos del resto de Europa Occidental. Esta separación entre Iglesia y poder causaría mil conflictos, pero al mismo tiempo sería clave en el desarrollo doctrinal, el pensamiento político y la contención del poder frente a su tendencia tiránica.

Otra magna disputa surgiría en el siglo XVI. De modo similar a los esenios, de las *Cartas* de San Pablo, en especial la dirigida a los romanos, se desprende que ninguna buena obra bastaría para justificar los pecados de los hombres, por lo que la salvación no vendría de una vida más o menos virtuosa —vanidad en el fondo— sino de la fe en Jesucristo y de su misericordia. Esta idea es ambigua en San Pablo, pues también acepta obras virtuosas como mérito salvífico. En cambio la *Epístola de Santiago*, al parecer otro apóstol, insiste en que la fe sin obras es muerta y no vale nada. La diferencia entre Pablo y Santiago

podría considerarse secundaria o armonizable, pero llegaría a provocar una revolución en el cristianismo en el siglo XVI, cuando Lutero, siguiendo a San Pablo, hizo de la salvación por la fe la clave de su dogma. El Concilio de Trento intentó superar la escisión, sin lograrlo, aunque clarificó la doctrina católica. Así, aunque el cristianismo parte de las predicaciones de Jesús, debe entenderse como una doctrina que ha seguido elaborándose a lo largo de los siglos, desde San Pablo, en medio de discusiones y no pocos choques doctrinales que han afectado a todos los aspectos de la sociedad, desde la política al pensamiento filosófico y la ciencia.

* * *

La cultura occidental quedaría profundamente marcada por los relatos, los ritos y las frases del mensaje evangélico. El tiempo pasó a contarse desde antes y después del nacimiento de Cristo, y muchos de sus elementos, reales o simbólicos, tomados a veces de los Evangelios apócrifos, pasarían al imaginario colectivo con fuerza inspiradora y artística: así el nacimiento en el pesebre, la matanza de los inocentes, milagros como el de los panes y los peces o la resurrección de Lázaro, bienaventuranzas y parábolas como la del hijo pródigo, episodios como el de Marta y María, frases como «no solo de pan vive el hombre» o «quien esté libre de culpa tire la primera piedra»; «la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio»… Y especialmente el final: la entrada triunfal en Jerusalén, la última cena, el lavado de pies, el huerto de los olivos, el beso de Judas, el lavado de manos de Pilatos, la corona de espinas, la resurrección. Y la cruz, emblema identificatorio por excelencia de los cristianos, transformada de signo de suplicio infamante en símbolo de triunfo sobre el mal. El año sería regulado por la Navidad, la Pasión y otras fases del

Evangelio, y este sería predicado de modo permanente para ilustrar a los fieles, de preferencia los domingos, nuevo día santo para distinguirlo del sábado judaico. Los poderes políticos surgidos en Europa desde la caída de Roma, y más tarde en América, se han justificado y legitimado en las creencias cristianas, mientras que la Iglesia, aunque en parte vinculada a ellos, guardaría mejor o peor su independencia, de modo que todavía aún hoy el Vaticano constituye un poder espiritual y en buena medida material, aun careciendo de ejército, industrias y casi de territorio propio.

Con toda su insistencia en el amor, los Evangelios no transmiten un moralismo sentimental. Jesús señaló que sus prédicas desatarían la violencia. Según el Evangelio de Mateo: «No he venido a traer la paz, sino la espada, porque yo he venido a enfrentar al hijo con su padre, y a la hija con su madre, y la nuera con su suegra…». O, en Lucas: «He venido a traer fuego a la tierra ¡y cuándo deseo ya que se abrase! (…) ¿Creéis que he venido a traer la paz al mundo? Os digo que no, sino la división. Pues en adelante estarán divididos cinco en una casa, tres contra dos y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo y el hijo contra el padre…». Lutero lo entendería literalmente, como una invitación a la guerra civil. Los católicos, en general, prefieren mirarlo como la reacción violenta que la doctrina de Jesús provocaría en un mundo culpable.

Los cristianos sufrieron una primera persecución de los judíos ortodoxos, que cesó al ser destruida Jerusalén y su templo por los romanos. A su vez, el Imperio desató persecuciones contra ellos porque negaban el culto religioso al emperador y por considerarlos «enemigos del género humano», por sus chocantes exigencias morales.

Sin embargo, solo diez años después de la última persecución, la de Diocleciano, y casi trescientos desde el nacimiento de Cristo, un nuevo emperador, Constantino, proclamó, en 313, la tolerancia oficial al cristianismo. Ello indica la lentitud con que se difundió. Pero sesenta y siete años más tarde, otro emperador, Teodosio, lo declaró religión oficial, contra los paganos. Los cristianos ejercieron cierto grado de persecución contra el paganismo, menos dura que la sufrida antes, y cuando cayó Roma, fueron culpados de ello por haber abandonado a los viejos dioses. La Iglesia sufrió los desmanes y destrucciones de las invasiones bárbaras, pero logró mantener su organización, y ese hecho permitió recuperar la civilización poco a poco. No hace falta detallar aquí las sangrientas divisiones y querellas a partir de la Reforma protestante, las persecuciones por la Revolución francesa, por la rusa o, en España, durante la guerra civil. De modo semejante a los romanos, las ideologías surgidas de la Ilustración, o parte de ellas, encontraron en el cristianismo, y especialmente en la Iglesia católica, el enemigo a batir para asegurar, según sus versiones, el progreso y la libertad.

* * *

Según una tradición tardía, Santiago el Mayor (para diferenciarlo del Menor, otro de los doce apóstoles) habría predicado el cristianismo en España. La península debía de estar ya latinizada, aunque de modo irregular. Los cultos romanos convivían con otros ancestrales, y el cristianismo no debió de encontrar mucha aceptación, ni entre los campesinos, aferrados a sus creencias seculares latinizadas, ni entre las élites de las ciudades, afectas al ideal de la paz y la civilización romanas y su cultura, difíciles de conciliar con las nuevas prédicas.

Puesto que, según otra tradición algo nebulosa, Santiago fue

decapitado en Jerusalén en 44, solo once años después de la muerte de Jesús, debió de haber llegado muy pronto a España, donde habría entrado por Gallaecia o, según otra versión, por la actual Cataluña (Tarraco), desde donde habría seguido el valle del Ebro y las estribaciones cantábricas hasta Galicia. La indiferencia de la población le habría desanimado, y la Virgen se le habría aparecido sobre un pilar, en Caesaraugusta (Zaragoza), para reconfortarle y anunciarle su (de ella) próxima partida del mundo. En el lugar se construiría más tarde una iglesia, y de ahí vendría el conocido nombre de mujer español, Pilar. Al poco, Santiago habría vuelto a Jerusalén, un viaje por entonces largo y penoso, y allí habría perdido la vida, siendo el primer apóstol mártir. Sus restos habrían sido llevados a Galicia en un barco de piedra sin timón, desembarcados en Iria Flavia, junto al Padrón actual, y enterrados algo hacia el interior, en el lugar donde los bueyes que conducían el carro con el sarcófago decidieron por su cuenta pararse.

Esta tradición, mezcla de historia, leyenda e improbables notas milagrosas, señalaría una muy temprana penetración del cristianismo en España. Pero ha sido puesta en duda, pues su referencia más antigua data del siglo VI, en época visigoda, y no existen menciones en los *Hechos de los apóstoles* ni en otros documentos contemporáneos. Tal ausencia no constituye una prueba, pues numerosos escritos cristianos primitivos desaparecieron en las persecuciones, pero vuelve harto dudosa la tradición. Queda, así, como uno de tantos sucesos acaso con un fondo real, pero de comprobación hoy imposible. Como fuere, el relato de la predicación jacobea había de tener la mayor repercusión cultural y política para España en los siglos siguientes, convirtiéndose la invocación del apóstol en grito de

guerra de la reconquista.

Hay constancia, en cambio, de la decisión de Pablo de predicar en Hispania, pues él mismo la expuso en su *Epístola a los romanos.* Si cumplió su intención, no tenemos medio de saberlo con certeza, pues sus movimientos en sus últimos años son confusos. Diversos historiadores prefieren creer, también sin base documental concluyente, que el cristianismo penetró en España más tardíamente y desde comunidades ya establecidas en el norte de África. Con el tiempo hubo bastante relación entre la Iglesia hispana y las próximas de la Mauritania latinizada y de las Galias. La entrada del cristianismo, más o menos temprana, tuvo un éxito considerable, pues en el año 250, durante la persecución de Decio, hay testimonios de comunidades cristianas en lugares tan al norte como Astorga y León o tan interiores como Mérida, las tres sobre la llamada posteriormente Vía de la Plata, una calzada de origen tartésico que unía por el medio-oeste peninsular Andalucía (Sevilla) con el norte (Gijón). Y en el Concilio de Nicea fue significativo el protagonismo de Osio, obispo de Córdoba. Seguramente la expansión cristiana siguió el denso entramado de calzadas que cruzaba la península y conformaría, con la latinización, los dos elementos espiritual y culturalmente más decisivos en la historia posterior de España. Y los que harían posible la reconquista, junto con la experiencia del estado visigodo a partir de Leovigildo, como veremos.

4. EVOLUCIÓN DEL REINO HISPANOGODO

Puesto que la invasión islámica de 711 destruyó el reino hispanogodo, o reino de Toledo, es necesario trazar unas líneas generales de su evolución para entender lo que terminó entonces. Durante mucho tiempo, aquella época fue poco estudiada, debido a la escasez de fuentes y a la mezcla de realidad y leyenda en los relatos, así como a una antipatía inversa a la simpatía por el Islam andalusí. El interés ha aumentado desde hace decenios, particularmente con estudios como los de Orlandis, Rosa Sanz, R. Collins, E. A. Thompson, J. Arce, o especialmente. L. A. García Moreno, entre varios más.

Los godos provenían de Suecia o tal vez de los países bálticos. Antes de llegar a España habían peregrinado, desde poco después de Cristo, por las actuales Polonia, Bielorrusia y Ucrania, hasta que, a partir del siglo II d. C., entraron por los Balcanes en el Imperio romano, al que causaron graves daños, aunque integrándose también, parcialmente, en su ejército. Hacia finales del siglo III se dividieron en dos grupos, visigodo o tervingio y ostrogodo o greutungo. Presionados por los hunos, los visigodos fueron admitidos dentro del Imperio. Roma iba siendo ya incapaz de contener a aquellos pueblos que rompían sus fronteras, y aunque a veces los aplastaba, debía asentarlos y tratar de subordinarlos ofreciéndoles tierras y oro, sobornando a sus jefes con cargos y honores y utilizando a unos contra otros. Aquellos godos así tolerados se rebelaron y en 378 derrotaron a las legiones en la batalla de Adrianópolis. Después recorrieron

imparables parte de los Balcanes e Italia, depredando ciudades y campos.

Adrianópolis marcó el comienzo del derrumbe de Roma en un proceso militar fatal. Para entonces, los godos habían sido cristianizados por el obispo Ulfilas en la versión arriana, que negaba la igualdad de las tres personas de la Trinidad, haciendo del Hijo y del Espíritu Santo subordinados al Padre. Eso les distanciaba de la mayoría católica que iría imponiéndose en el Mediterráneo desde el Concilio de Nicea, en 325.

Si los finales del siglo IV fueron nefastos, el V resultó ya decisivo. En el invierno de 405 a 406 otras tribus germánicas cruzaron el Rin helado por Maguncia, penetraron en la Galia y la devastaron en brutales correrías. En 409, después de arrasar las Galias, entraron en Hispania los suevos, vándalos y alanos, que constituyeron reinos nominalmente autorizados (*foederati*) por el emperador romano Honorio.

Y en 410 ocurrió lo inaudito: los visigodos saquearon la propia Roma. No había sucedido desde ocho siglos antes, con los celtas de Breno. Al llegar los godos, Roma ya no era la capital del Imperio, que se había dividido en dos: el de Oriente, con sede en Constantinopla, y el de Occidente, cuya capital había pasado a Milán y luego a Rávena. Pero aun así, Roma era «la ciudad eterna», el símbolo máximo del Imperio; y el choque moral de su conquista conmovió hasta el tuétano a todo el ámbito mediterráneo. Parecía el anuncio del fin del mundo, y en efecto, lo era del fin de un mundo.

El emperador no tuvo más remedio que admitir a los visigodos como *foederati* en el sur de la Galia y parte de España, con sede en Tolosa (Toulouse). Y los godos, aliados teóricos de Roma, expulsaron de Iberia a vándalos y alanos desde 427,

dejando en pie solo al reino suevo. En 451 tuvieron un papel decisivo, junto a los romanos y otros, en la derrota de los hunos de Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos. Cuatro años más tarde, los vándalos, que habían emigrado al Magreb, volvían a saquear Roma. Y en 476 otro jefe germano, Odoacro, destituía al emperador Rómulo Augústulo, poniendo así fin a un Imperio que era una ficción política desde mucho antes. De esta forma gris y vulgar acababa una historia prodigiosa comenzada con la fundación de Roma mil doscientos años antes. El Imperio de Oriente o Bizantino, sobreviviría aún durante un milenio, hasta la caída de Constantinopla en poder de los turcos, en 1453.

Había transcurrido casi exactamente un siglo entre la batalla de Adrianópolis y la deposición de Augústulo. Un siglo subrayado por tremendos desórdenes en todo el Imperio. El cronista galaico Idacio resume: «Los bárbaros (…) devastaron el país en luchas sangrientas (…) desparramándose en Hispania, sobre la que se ensañó también el azote de la peste (…). Reina un hambre espantosa…». Una «pavorosa revolución», en palabras del historiador inglés Gibbon. Las estructuras políticas y sociales quebraron, la escritura y el comercio desaparecieron de muchas zonas, ciudades y bibliotecas fueron pasto de las llamas. Para los bárbaros fue una época de proezas legendarias contra la arrogancia de un Imperio enfermo, guiado por gentes sin valor ni destreza para defender el estado, con grandes masas de esclavos y una población carente de las virtudes militares de antaño, que sufría impuestos impagables para sostener un aparato estatal a un tiempo imprescindible y demasiado costoso. Desde 380 el emperador Teodosio había elevado el cristianismo a religión oficial, y los paganos le achacaban las derrotas.

Acusación a la que replicaban San Agustín y otros.

* * *

El reino visigodo o tervingio empezó a instalarse con exclusividad en España a partir de 507, cuando los francos, que se habían hecho católicos, lo derrotaron en Vouillé y lo empujaron al sur de los Pirineos, salvo por una pequeña zona meridional de la Galia, la Septimania. Para entonces, los hispanos, sociedad latinizada y cristianizada, con bolsas aún paganas en el agro y pequeños núcleos hebreos en varias ciudades, difícilmente llegarían a tres millones (aunque otros autores los han estimado entre seis y nueve, cosa muy improbable). Bajo la paz romana la población debió de haber aumentado mucho, aun frenada por eventuales epidemias; pero las hambres, pestes y matanzas ligadas a la caída de Roma, hubieron de causar un fuerte retroceso. El latín empezó por entonces su derivación hacia el romance. El valle del Betis, con Sevilla y Córdoba, conservó su preeminencia económica y cultural, aunque Mérida, Gallaecia y el valle del Ebro serían también zonas activas y hasta brillantes para la época, conservando un reflejo del esplendor de los tiempos imperiales.

Los visigodos instalados en la península no dejaban de ser un pueblo bárbaro, si bien en proceso de rápida civilización. Ya durante la etapa de Tolosa, el rey Eurico, comprendiendo que el derecho consuetudinario germano, no escrito, servía mal a la nueva situación, promulgó el primer código de leyes realizado por cualquier reino bárbaro. Escrito en latín, recopila costumbres y normas visigodas condicionadas por el derecho latino, solo aplicadas a su pueblo, lo que debía de provocar bastantes querellas con los indígenas, regidos por normas más refinadas. Alarico II, el último rey tolosano, muerto en la batalla

de Vouillé, ordenó un nuevo código que recogía y adaptaba el derecho romano compilado por Teodosio, un paso hacia la latinización.

El reino hispano cayó por un tiempo bajo tutela de los ostrogodos instalados en Italia, que intentaban civilizarse en la herencia romana. En 567 los visigodos trasladaron su capital de Barcelona a Toledo, situada estratégicamente en el centro de la península, a la que así podían controlar mejor. Aunque solo parcialmente, pues quedaba en el noroeste un reino suevo extenso y comarcas no dominadas, mientras que los vascones habían descendido de las montañas y destruido la huella romana en su región, al modo como había ocurrido en el Magreb. Como en todas las monarquías germánicas, las querellas entre familias nobles eran constantes, así como las luchas por el poder, estimuladas por la elección de los reyes. De ahí, en los godos, el frecuente asesinato de los monarcas (*morbo gótico*) y guerras civiles intermitentes. En una de estas, uno de los bandos llamó en su auxilio a los bizantinos, que con el emperador Justiniano trataban de reconstruir, desde Constantinopla, la parte occidental del Imperio. Los bizantinos aprovecharon para instalarse a partir de 552 en una larga franja de Levante y Bética, y en las Baleares. Ello volvía a mermar el territorio controlado por los godos.

Numéricamente, aquellos tervingios constituían una pequeña minoría estimada entre 15.000 y 200.000 personas, según autores; arrianos, dominaban a una población hispanorromana católica y desarmada, mediante una organización militar jerarquizada y una red de guarniciones. Como les resultaba imposible, con sus estructuras y costumbres primarias, administrar adecuadamente al país, los

hispanorromanos mantuvieron sus costumbres y leyes, disponían de su propia nobleza o clase superior, y se organizaban de forma religioso-política en torno a los obispados, iglesias y, pronto, monasterios: pese a carecer de poder político directo, distaban de ser una masa dispersa y sin derechos. Eran también superiores culturalmente, y eso debió de influir para que el idioma germánico fuera progresivamente abandonado, si no lo había sido en gran medida ya antes de entrar en España: de ahí el escaso vocabulario dejado en la lengua española, y casi todo él de carácter militar («guardia», «espía», «guerra», «bando»…), algunas palabras relacionadas con la ropa o con faenas agrarias, así como nombres germánicos de personas (Alfonso, Álvaro…), que llegarían a hacerse muy comunes.

Parece que la masa popular goda se estableció sobre todo en el valle del Duero. Los romanos habían prohibido los matrimonios mixtos y los godos conservaron el veto, quizá por temor a diluirse en la mayoría indígena, pero no siempre se cumplía. Así, la implantación tervingia y su relación con los hispanorromanos se iba haciendo más densa. Con todo, seguían siendo dos pueblos diferenciados, con derechos y religión distintos, y sin verdadera identificación, por lo que, si alguna causa les presionaba, los godos podrían haber continuado su peregrinación de siglos: hacia África del norte, por ejemplo, como habían hecho los vándalos, o de vuelta a las Galias.

* * *

Esta situación iba a cambiar de modo radical en un momento de grave crisis, con la ascensión de Leovigildo al trono, en 568. Los reyes anteriores habían sido política y militarmente mediocres, sin más horizonte que conservar el poder y un ten-con-ten con el episcopado y la aristocracia

hispanorromana, dentro de una mutua antipatía. Pero desde su ascensión al trono, Leovigildo emprendió una serie de exitosas campañas en las que demostró una pericia militar fuera de lo común. Empezó en 570 expulsando a los bizantinos de la costa atlántica del sur; dos años después los alejaba del valle del Betis, reduciéndolos a una estrecha cinta costera desde el Estrecho de Gibraltar a Alicante, más Baleares. A continuación sometió bolsas rebeldes entre las actuales Cáceres y Zamora, y derrotó a otras de Asturias y Cantabria, a quienes arrebató en 574 la estratégica fortaleza de Amaya, su capital. Dos años después repelía ofensivas de los suevos y luego venció una rebelión en torno a las fuentes del Betis (Oróspeda); y algo más tarde, en la misma zona, una sublevación campesina. A principios de los ochenta rechazó unas incursiones de vascones, reduciéndolos a las montañas y fundando las ciudades de Vitoria y Olite. Antes había fundado asimismo la ciudad de Recaredópolis o Recópolis, en honor de su hijo Recaredo, y de la que quedan ruinas, en Guadalajara. Debe señalarse que el único reino germánico capaz por entonces de fundar ciudades era el godo de España, lo que implica una destacada potencia técnica y económica.

Su brillante carrera militar prosiguió en los años ochenta con una lucha, contra ataques de los suevos y de los francos. En 583 venció a su hijo Hermenegildo, que, pasado al catolicismo, se había alzado contra él en la Bética, ayudado por los bizantinos y poniendo en peligro su labor unificadora. Aprovechando la lucha entre padre e hijo, los suevos intentaron ofensivas, así como los francos, por lo que le fue preciso luchar en varios frentes, ayudado por Recaredo, derrotando siempre a sus enemigos. Su mayor victoria, que casi completó la unificación

política de la península, fue la conquista definitiva del reino suevo del noroeste, en 585.

Leovigildo reinó quince años extraordinariamente activos, y murió de muerte natural, caso infrecuente en sus antecesores. Sus campañas muestran un plan tenaz y enérgico por crear la unidad de toda Hispania, conseguida salvo por una franja que persistía en poder bizantino. Sin embargo toda esa agitación habría quedado como una simple sucesión de éxitos guerreros si no la hubieran subrayado otros designios de más vasto alcance, en particular tres: pasar del estado bárbaro a un estado moderno (según la época); unificar las leyes para todos los habitantes, godos y no godos; y acercar el arrianismo al catolicismo para superar la división religiosa.

Su nuevo estado se inspiró en el modelo bizantino: usó corona y manto, contra la tradición germánica, emitió moneda con su efigie (antes se usaba la ficción de los emperadores de Constantinopla), saneó las finanzas, rompió con los ostrogodos y dio a Toledo, definitivamente, la calidad de capital, realzándola con edificios relativamente suntuosos como un palacio y una basílica arriana. Asimismo trató de romper con la tradicional elección de los reyes, causa de permanente inestabilidad, y de imponer en cambio la sucesión hereditaria, cosa que logró en su hijo Recaredo. Con todo ello reforzaba la autoridad monárquica sobre la siempre revoltosa oligarquía nobiliaria, y de paso hizo ejecutar a los más rebeldes, expropiando sus bienes para el tesoro real.

Los nobles, en frecuentes querellas entre sí, constituían el asiento del poder político: disponían de séquitos armados y clientelas políticas, poder territorial, derechos y privilegios tradicionales. Su número es desconocido, pero se dice que otro

rey posterior, Chindasvinto, hizo ejecutar o desterrar a 700 de ellos, lo que indica una cifra considerable. La oligarquía se dividía entre *maiores* e *inferiores* (o *mediocres* o *humiliores)*. Los primeros incluían a los *fideles* o *gardingos* —el grupo más próximo al rey, muy variable al cambiar los reyes y que, junto con los prelados más próximos al monarca formaban un órgano consultivo, el Aula Regia o *Senatus*—, y a los *seniores* o *viri illustres*, que copaban altos cargos: seis duques o *duces,* uno por cada provincia: Bética, Lusitania, Gallaecia, Cartaginense, Tarraconense y Narbonense (la estructura administrativa romana se mantuvo); y condes o cómites, a cargo de circunscripciones menores, hasta unas ochenta. Junto a esta aristocracia, que en algunas épocas debió de quedar diezmada por las represiones, existía otra hispanorromana, sin poder político directo, compuesta de terratenientes y potentados urbanos que retuvieron cierta autonomía y debieron de ir mezclándose poco a poco con la nobleza germánica.

La creación de un estado avanzado en relación con el anterior fue acompañada de un cambio jurídico importante, el *Codex Revisus* (revisaba el de Eurico). No se conservan ejemplares de este código, por eso algunos lo han dado por inexistente, pero hay referencias a él en el posterior *Liber iudiciorum* y en San Isidoro. Aunque no hay conformidad entre los historiadores, se le atribuye unidad territorial con aplicación igual para godos e hispanorromanos, así como la abolición de la prohibición de matrimonios mixtos, concomitante con lo anterior. Esta derogación tenía algo de revolucionaria, pues implicaba la disolución progresiva de la población goda en la hispanorromana, incluso, a más largo plazo, la de la nobleza, aunque esta resistiese con más tenacidad, por el orgullo de su

herencia de sangre.

En lo religioso, Leovigildo aspiraba a un país arriano, pero su ejemplo no cundía en el pueblo, que oponía una resistencia pasiva frente a sugerencias, amenazas y algunas persecuciones no sangrientas; y en cambio existía la tendencia contraria, hacia el catolicismo en medios godos, como indica el caso de Hermenegildo y sus seguidores. Solo en esto fracasó Leovigildo, a pesar de que trató de acercar ambas creencias e hizo reconocer la divinidad del Hijo, pero no la del Espíritu Santo. Pese a este fracaso, prácticamente el único en su carrera, el reino godo se había convertido en hispano o hispanogodo. Y su hijo Recaredo culminó la labor de su padre: en 587 se hizo bautizar católico y presionó a los obispos arrianos para que siguiesen su ejemplo. Lo consiguió, no sin resistencias y conspiraciones, por lo que excluyó a los arrianos de los cargos públicos e hizo destruir sus textos.

Y en mayo de 589 comenzó el trascendental III Concilio de Toledo, con 72 prelados de Hispania y protagonismo especial de Leandro, obispo de Sevilla y organizador de la asamblea. A la demanda de un prelado, los nobles allí presentes abjuraron públicamente de su herejía como también los obispos arrianos de Barcelona, Valencia, Palencia, Lugo, Viseu, Tuy, Tortosa, Oporto y quizá Pamplona. Tras varias conjuras y alguna revuelta menor, el arrianismo quedó definitivamente vencido.

El III Concilio de Toledo tiene máxima transcendencia en la historia de España: culminaba la conversión de España en una nación, es decir, en una comunidad cultural bastante homogénea dotada de un estado propio. Importa señalar, no obstante, que así como la unidad política implicaba, antes o después, la unidad católica, la unidad católica no implicaba la

política. Hermenegildo y sus aliados suevos y bizantinos eran todos católicos, y España pudo haber quedado dividida indefinidamente en cuatro estados, incluyendo la Bética de Hermenegildo. Algo similar pasaba en Francia, dividida entre varios reinos enfrentados entre sí, pero todos católicos y francos.

Con Recaredo, el catolicismo se hizo oficial con «alianza del trono y el altar», como sería normal en Europa hasta tiempos recientes. El rey nombraría los obispos e influiría en la Iglesia, a cuyos rangos superiores accederían algunos nobles germánicos. Una última conspiración de oligarcas para matar al rey fue, como las anteriores, descubierta a tiempo, y la nueva situación se hizo irreversible. La conversión de los visigodos causó sensación en todo Occidente, por tratarse del reino probablemente más fuerte y mejor organizado; y el más culto después de Italia. Aunque las riendas políticas seguían principalmente en manos de la nobleza tervingia, el estado nacía con moldes culturales, políticos y religiosos hispanorromanos.

El IV Concilio tuvo que esperar cuarenta y cuatro años, pero después se hicieron frecuentes, casi uno cada cuatro años de promedio. Los concilios eran una institución original, inexistente en el resto de Europa, y se los ha valorado como un embrión de gobierno representativo, precursor lejano de los parlamentos. A ellos asistían obispos y nobles para resolver sobre asuntos religiosos y políticos. Los nobles se retiraban después de tratarse las cuestiones políticas. Los acuerdos o cánones, firmados por todos los asistentes, cobraban carácter legal y obligatorio mediante sanción real. El poder necesitaba la anuencia moral y religiosa de la Iglesia, que presionaba para acabar con las violencias y arbitrariedades de oligarcas y monarcas, e imponer respeto a la ley, sin nunca conseguirlo del

todo. Un caso destacado fue el XIII Concilio (683), que condenó los juicios basados en torturas y estableció el *habeas corpus*, en principio para los nobles, y en menor medida para los hombres libres. El *habeas corpus* suponía ser juzgado en presencia y por iguales, que el reo podía rechazar si los consideraba enemigos: es la base de los derechos que se desarrollarían mucho después en Europa. Otros concilios legislaron contra la mutilación de siervos o contra los judíos, alternando normas muy duras con otras más benévolas; o contra la inmoralidad y politización del clero, y muchas otras cuestiones.

La era iniciada por Leovigildo propició la exaltación del ideal de España, cuya expresión más conocida es la *Loa* de Isidoro de Sevilla. «De todas las tierras que se extienden desde el mar de Occidente hasta la India, tú eres la más hermosa, ¡oh sacra y siempre venturosa España, madre de príncipes y de pueblos! (…) Natura se mostró pródiga en enriquecerte; tú, exuberante en frutas, henchida de vides, alegre en mieses…». Desde luego, había países más fértiles, pero España era de los más ricos y ordenados de Europa, y la *Loa* expresa un clima optimista y esperanzado. Isidoro vivió adulto con Leovigildo y Recaredo, y treinta y cinco años más. Significativamente entiende al país, figuradamente, como matrimonio entre el pueblo godo y el hispanorromano.

* * *

Desde el reinado de Leovigildo y durante el siglo VII, el reino de Toledo vivió un destacado auge cultural. Un hermano de Isidoro, Leandro, fundó en Sevilla la que era quizá mejor biblioteca de Occidente, adquiriendo manuscritos latinos y griegos de España, Roma, África y Constantinopla. Muerto

Leandro, Isidoro continuó su obra, fundó escuelas episcopales y un equipo de copistas para aumentar los ejemplares. Por indicación suya el IV Concilio (633) obligó a los obispos a instalar escuelas y seminarios, con enseñanzas de griego, hebreo, artes liberales, derecho y medicina. Isidoro fue realmente un intelectual de extraordinaria altura y actividad. En la Europa de entonces, la Iglesia hispanogoda era reconocida como la más avanzada en derecho y teología, y su liturgia y normas llamadas *Hispana*, eran copiadas ampliamente.

De Isidoro se conservan varias obras, la principal *Etimologías*, probablemente el libro más difundido en Europa Occidental durante varios siglos. La obra intenta compilar lo que quedaba de los saberes clásicos y los cristianos, recogiendo a autores que de otro modo habrían quedado ignorados (los documentos más antiguos sobre Roma son copias realizadas durante la llamada Edad Media); o reproduce a pensadores como Boecio. Engloba y amplía el sistema del *trivium* y el *quadrivium*, ideado por Marciano Capella, autor africano de los siglos IV y V, que fundaría la educación europea en los siglos siguientes y su desarrollo hasta hoy. El *trivium* (gramática, lógica o dialéctica, y retórica) enseñaba reglas de pensamiento y expresión; el *quadrivium* (música, aritmética, geometría, astronomía: Isidoro describió la tierra como redonda) aportaba conocimientos científicos o prácticos. En conjunto debían formar personalidades ilustradas y completas. Las *Etimologías* abordan la teología y temas eclesiásticos, historia natural, agricultura, derecho, literatura, medicina y otras materias, y reintroduce a Aristóteles en la cultura occidental. Sus explicaciones caen a veces en lo pintoresco, pero sus méritos resaltan mucho más: preludia los índices y la clasificación

alfabética, de tanta difusión y utilidad posterior, y se trata de la primera enciclopedia de la Europa Occidental, facilitada por la biblioteca de Leandro.

A Isidoro se debe la primera afirmación escrita conocida sobre la misión de Santiago el Mayor en España. Debía de ser ya una tradición corriente por entonces. Como indicamos, la predicación jacobea en España no está documentada, pero, veraz o no, tendría extraordinario efecto religioso-político en la reconquista, y aun hasta hoy.

El pensamiento político de Isidoro subraya la independencia de la Iglesia, si bien en estrecha simbiosis con el poder regio, cuya autoridad atribuye a Dios. La simbiosis debía impedir la conversión del poder en tiranía, así como las revueltas populares y las intrigas oligárquicas. La Iglesia debía asegurar la paz pública con su predicación, influjo y lealtad al monarca. A su vez, el rey tenía obligación de obrar con justicia y piedad, pues de otro modo podría ser excomulgado y legítimamente derrocado. Este pacto entre la Iglesia y los monarcas garantizaba, idealmente, la estabilidad del poder y la evitación de la tiranía, aunque la realidad distase siempre del ideal.

Otra obra suya, *De la naturaleza de las cosas*, trata de astronomía, astrología e historia natural. En él se perciben los retrocesos con respecto a Grecia, pero también el interés por tales cuestiones. El libro, dedicado al rey Sisebuto, a su vez aficionado a las letras y saberes, y autor de algunas obras, sugiere el deseo de elevar el nivel cultural de, por lo menos, los altos dirigentes visigodos. Braulio, obispo de Zaragoza, hombre también de fuertes inquietudes intelectuales y gran amigo de Isidoro, consideró a este un hombre elegido por la Providencia para salvar a Hispania de la marea de barbarie tras la caída de

Roma. Y en gran medida lo fue.

Isidoro, Leandro y Braulio no fueron los únicos intelectuales, ni Sevilla una isla culta en un mar de barbarie. Por el contrario, la unificación de España fue seguida de un auténtico florecimiento cultural muy notable e influyente en la Europa de entonces. Coetáneo de ellos fue el historiador Juan de Bíclaro, godo católico en plena época arriana, de origen lusitano, que fundaría un monasterio en Tarragona. Su mejor obra es una crónica del reinado de Leovigildo, extendida hasta el III Concilio, que recoge noticias valiosas y el espíritu de aquel tiempo.

Toledo, Zaragoza y Braga fueron otros focos intelectuales de relieve, a juzgar por personajes como Braulio, Tajón, Ildefonso, Julián de Toledo, fallecido en 690, o Eugenio, autores de obras históricas, poéticas o teológicas. Eugenio, obispo de Toledo fallecido en 658, impulsó la cultura y la música sacra, compuso poemas delicados, como uno dedicado al ruiseñor («*Tu voz, ruiseñor, anima a hacer canciones/ por eso mi pobre lengua entona tus alabanzas (…)./ Tu voz se eleva con admirables notas sobre el viento sonoro./ Tu voz, ruiseñor, aleja la semilla de la congoja/ aligera al angustiado corazón con suaves sonidos*…); o un sentido *Lamento por la llegada de mi propia vejez* (*Los tiempos felices huyen y los malos se imponen/ males de todas clases se acercan y los bienes huyen volando./ Llora, mísero Eugenio: la detestable enfermedad se apresura./ La vida pasa, el fin viene presto, la ira del cielo se cierne/ y he ahí, llamando a la puerta para entrar, al mensajero de la muerte*). Los poemas hispanogóticos serían imitados largo tiempo en Europa Occidental, en la corte de Carlomagno o en Inglaterra, alabados por Alcuino de York o Beda el Venerable cuando el reino de Toledo era ya un

recuerdo, tras la invasión árabe.

Tajón escribió unas *Sentencias* no muy originales pero de gran difusión a las que se atribuye influjo en la posterior escolástica. Las escribió, llamativamente, en 653, en una Zaragoza asediada por Froya, un jefe rebelde visigodo apoyado por francos y vascones. Estos, aún paganos, demolieron iglesias y asesinaron clérigos. Zaragoza resistió, y Froya fue vencido, sufriendo «la ignominia de una muerte atrocísima».

Por entonces comenzó también el movimiento religioso del monacato, cuyo influjo cultural y político sería decisivo en los siglos siguientes, hasta el punto de haber salvado la civilización europea: los monasterios asegurarían la expansión del cristianismo entre los germanos, la continuidad de la alfabetización, la transmisión de parte de la cultura clásica, la recuperación o roturación de grandes espacios agrícolas y la divulgación de técnicas agrarias y artesanas. Y «conquistarían» a los conquistadores de la segunda oleada de invasiones, en especial a los vikingos (aunque no a los islámicos).

El monaquismo surgió en Egipto y Siria en el siglo IV, con un carácter ascético hasta extremos chocantes. Especial interés tuvieron los monasterios irlandeses, focos culturales que civilizaron en lo posible los reinos anglosajones y francos. Los monasterios españoles seguían normas de Juan de Bíclaro, Leandro e Isidoro, y su auge correspondería a la segunda mitad del siglo VII. Fructuoso de Braga, noble godo, repartió sus bienes, liberó a sus siervos y se refugió en Compludo, valle del Bierzo, al que convirtió en un centro de ascetas. Fundó monasterios desde las rías gallegas hasta Cádiz. El monacato hispano compartía con el irlandés unas normas de penitencias interminables, trabajo duro en el campo y la biblioteca,

alimento escaso… Esa rigidez excesiva hizo que el movimiento monástico de más éxito fuera el benedictino, organizado por San Benito de Nursia. Benito fundó en 540, en Montecasino, un convento con una regla menos ascética y con mayor armonía entre el trabajo manual, el intelectual y la oración. La incidencia histórica de los benedictinos fue tal que a su fundador se le ha considerado con buenas razones «el padre de Europa». El monaquismo hispano, cortado por la invasión de 711, apenas cundió fuera de la península.

* * *

A lo largo del siglo VII, el reino hispanogodo conocería arduas vicisitudes. El principio monárquico hereditario no se impuso sino que volvió el principio electivo y el derrocamiento y asesinato de reyes. Las tensiones, dentro de la oligarquía y entre esta y los monarcas, siguieron como una costumbre, si bien algo atenuada. No obstante, en conjunto el reino de fortaleció y expulsó a los últimos restos bizantinos. El rey Chindasvinto reinó once años, hasta 653, efectuó una verdadera carnicería de nobles (acaso ejecutó a 200) y reelaboró los códigos jurídicos anteriores, que su hijo y sucesor Recesvinto (rey hasta 672), promulgaría como *Liber Iudiciorum* (Libro de los jueces), muy superior a cuanto existía en Europa Occidental. Estas leyes perdurarían para los cristianos bajo poder islámico, y serían recogidas y aplicadas por los reconquistadores. Seis siglos más tarde, el rey castellano Fernando III lo haría traducir al romance como *Fuero Juzgo*, aunque parece haber existido una versión catalana algo anterior. Y ha tenido enorme proyección histórica, pues inspiró las leyes en España hasta su derogación ya en el siglo XIX.

Fallecido Recesvinto en 672 volvió a imponerse el principio

electivo, recayendo la monarquía en Wamba, un noble de edad avanzada y renuente al cargo. Wamba fue destronado por una conspiración en 680, y suele suponerse que desde entonces el estado padecería una crisis aguda, la cual explicaría por qué sucumbió con relativa facilidad al ataque islámico treinta años después. Sin embargo la tesis es dudosa, como veremos al final del próximo capítulo.

* * *

El reino hispanogodo fue uno de los resultantes de la caída de Roma, por lo que resulta ilustrativo compararlo a grandes rasgos con otros contemporáneos. Paralelo al de España fue el francés de los merovingios desde 496, año de la conversión de Clodoveo al catolicismo, hasta 752, cuando fue sustituido por los carolingios. Clodoveo extendió su poder por casi toda la Francia actual y parte de Alemania, puso su capital en París, expulsó a los visigodos de las Galias a España, y su conversión, primera entre los reyes germánicos, hizo de Francia «la hija primogénita de la Iglesia», llamada también predilecta. Clodoveo podría ser el equivalente a Leovigildo, pero no lo fue. Al morir, en 511, repartió el reino entre cuatro hijos, dando pie a guerras cuajadas de asesinatos (las reyertas ocasionadas por las rivalidades entre Fredegunda, amante y luego esposa de uno de los reyes, y Brunegilda, visigoda y esposa de otro, supera a cualquier novela *gótica*). Los merovingios no mejoraron al hacerse católicos, incluso empeoraron, y el cronista Gregorio de Tours en su *Historia de los francos*, describe un tiempo de crimen, impiedad, corrupción y luchas feroces, apenas atenuadas por el clero.

Hasta 613, con Clotario II, no se recobró cierta unidad, que volvió a descomponerse al fallecer su hijo Dagoberto, en 639.

Las escasas fuentes sobre el siglo VII muestran dispersión del poder entre duques y mayordomos de palacio, con reyes insignificantes (*rois fainéants*, holgazanes o inútiles) El mayordomo Pipino *el Joven* derrotó en 687 a sus rivales, y aunque no asumió la realeza, actuó como tal. Murió en 714, habiendo visto la ruina del reino de Toledo. Su muerte desató una guerra civil entre los partidarios de su nieto y los de su hijo bastardo Carlos Martel (*Martillo*). Finalmente, Pipino *el Breve*, hijo de Martel, se coronaría rey deponiendo oficialmente a los merovingios en 751, con apoyo de la Iglesia. Para entonces el reino franco había recobrado fuerza bastante para derrotar a los lombardos en Italia y regalar al papado amplios territorios.

La historia de Italia en este período fue aún más accidentada. Tras deponer al último emperador romano, en 476, el hérulo Odoacro se declaró rey de Italia. Doce años después los ostrogodos, al mando de Teodorico, invadieron el país y acosaron a los hérulos hasta Rávena, donde, en 492, tras llegar a un acuerdo de reparto de poder, el propio líder ostrogodo asesinó a Odoacro en un banquete, tras hacer un brindis (se dice que Odoacro gritó: «¿Dónde está Dios?»). Teodorico, llamado *el Grande*, trató de romanizar a los ostrogodos —aunque estos mantuvieron sus leyes—, aprovechó las estructuras imperiales y fundó su propio imperio, con sede en Rávena, que se extendía al otro lado del Adriático, tutelaba la España visigoda e influía en los demás reinos germánicos. Y siendo arriano se mostró muy dispuesto a colaborar con Roma, aunque al final de su reinado inició persecuciones en represalia por las de Justiniano en Constantinopla contra los arrianos. Pudo ser el Leovigildo de Italia, pero a su muerte, en 526, el poder ostrogodo decayó entre contiendas civiles, y solo nueve años después los bizantinos

iniciaron la conquista de Italia en una larga «Guerra Gótica» que devastó el país: en 553, el reino ostrogodo había caído: solo había durado sesenta años.

A su vez, el poder bizantino (*exarcado*) sobre el conjunto de la península solo duró quince años, pues una nueva invasión germánica, la de los lombardos, ocupó pronto el norte de Italia, ensanchándose por el sur a lo largo del siglo VII. Los bizantinos retuvieron varias regiones hasta 751, cuando los lombardos asesinaron a su último exarca. Estos no unificaron el país, pues su poder era difuso entre duques y señores territoriales. Por fin los francos de Pipino, a petición del papa, los repelieron.

En cuanto a Inglaterra, apenas hay fuentes de los siglos V y VI. Las legiones romanas abandonaron la isla, lo que aprovecharon los pictos de Escocia para atacar al sur, cuyos celtas llamaron en su auxilio a los sajones, los cuales se quedaron. Anglos, sajones y jutos fueron penetrando e imponiéndose a los celtas en prolongadas luchas, que debieron de dar lugar a la leyenda del Rey Arturo, de tan fuerte proyección literaria, muy posterior. A comienzos del siglo VII empezó la cristianización de la isla. Los invasores, en un grado de barbarie más acentuado que los godos y los francos, carecían de cualquier designio unitario. Así, crearon siete o más reinos en continua pelea entre ellos, con hegemonía poco duradera de uno u otro. La sucesión de reyes por medio del asesinato fue aquí, como en todos los reinos germánicos, bastante habitual.

En todas las sociedades existen tensiones disgregadoras e integradoras, y en sociedades como las germánicas de entonces, las disgregadoras solían ser mucho más potentes que las contrarias. El caso de España fue más bien la excepción, con un tenaz empeño por asegurar la unidad política, sin que las

frecuentes reyertas oligárquicas llegaran a impedirla o invertirla. En la formación de España actuaban tres fuerzas principales: el episcopado, la monarquía y la nobleza, en inestable equilibrio. Tanto el episcopado como los reyes —a partir de Leovigildo— pugnaron por consolidar una nación hispana abandonando los moldes germánicos y adaptándose a un modelo cultural y jurídico esencialmente latino, aun si teñido de germanismo. No haría igual la oligarquía nobiliaria, principal factor de disgregación.

5. EL ISLAM SE ACERCA A ESPAÑA

En 610, terminó en España el reinado de Witerico, un tirano que rompió con la monarquía hereditaria asesinando a Liuva II, hijo de Recaredo, y volvió al juego de apoyarse en una fracción oligárquica contra otra. Witerico fue a su vez asesinado y su cadáver arrastrado por las calles de Toledo. Le sucedió Gundemaro.

Ese mismo año, a 4.500 kilómetros de Toledo, en las profundidades de Arabia, tenían lugar unos sucesos que iban a cambiar la faz de gran parte de Oriente y Occidente y a repercutir en España un siglo después. Damos por supuesto que los hispanos de la época solo podían tener una idea muy remota de Arabia, o ninguna en absoluto. Acaso en el Imperio bizantino, mucho más cercano, tampoco supieran mucho de aquellas inhóspitas y alejadas regiones. El suceso aludido fue el comienzo de la predicación del Islam por Mahoma (Muhammad), partiendo de una cueva donde solía retirarse a meditar, cerca de La Meca.

Por entonces los árabes poblaban de manera muy dispersa la península de su nombre, cuatro veces mayor que la Ibérica pero desértica casi toda ella, salvo por oasis y zonas más verdes en el suroeste y el noroeste, con muy escasas y pequeñas ciudades, principalmente Medina y La Meca. La Meca, cerca del Mar Rojo, prosperaba como centro de peregrinaciones, por contener diversos ídolos en una construcción particular, la Kaaba. Eran pueblos no civilizados, tribus nómadas a menudo en lucha entre ellas, sin un poder común, y con creencias animistas o

politeístas, a las que la nueva religión presentada por Mahoma iba a tener que someter, así como enfrentarse a algunos grupos judíos diseminados por Arabia. Los desiertos aislaban a aquellos árabes de las dos grandes civilizaciones del norte, la persa sasánida y la bizantina, lo que no excluía tratos comerciales a través de rutas caravaneras que llegaban del suroeste de la península hasta Siria. Precisamente Mahoma era un mercader boyante, y sus tratos le habían puesto en contacto con judíos y cristianos, cuyas religiones parecen haberle sido hasta cierto punto familiares.

Sus prédicas eran estrictamente monoteístas, lo que chocaba, por razones religiosas y otras derivadamente económicas, con las creencias de los habitantes de La Meca, de modo que el trabajo por imponer sus ideas iba a ser largo y penoso. Sus adeptos fueron rechazados y perseguidos, y Mahoma tuvo que refugiarse en Yatrib, unos 350 kilómetros al norte. Yatrib cambiará su nombre por Medina (*Medina al-Nabi*, Ciudad del Profeta). La marcha a Medina, llamada «Hégira», el año 622 de la era cristiana, marca el comienzo de la datación musulmana. En Medina, Mahoma se convirtió en un líder no solo religioso, sino también político y militar. Empezó asaltando caravanas hasta ser capaz de derrotar sucesivamente a las fuerzas enviadas por La Meca para aniquilarle, y en 629 llegó a vencer a una pequeña tropa bizantina en la actual Jordania. Estos éxitos le dieron fama de invencible, así como control sobre las rutas caravaneras, debilitando económicamente a La Meca. Por fin, ocho años después de haber huido de allí, el profeta pudo volver con 10.000 soldados a la ciudad, que se le entregó sin apenas lucha. Mahoma falleció en 632, con unos sesenta y tres años, y para entonces los suyos dominaban prácticamente toda la península.

Sus últimas recomendaciones fueron que el Islam debía abarcar a todo el mundo, por lo que convirtió a Arabia en el foco de nuevas conquistas.

La muerte de Mahoma apenas llegaría a ser conocida fuera de Arabia, salvo en alguna medida en los imperios del norte, que seguramente no le darían mucha importancia. El año anterior, en España, el rey Suintila había sido derrocado por Sisenando, que volvió a imponer el principio electivo en la monarquía, contra el hereditario que había promovido Leovigildo, lo que no ayudaba mucho a la estabilidad; y endureció las penas contra los judíos, probablemente poco cumplidas.

* * *

La doctrina de Mahoma le fue inspirada, según la tradición, por el ángel Gabriel de parte de Dios (Alá o Allah). Dios le habría elegido como el profeta definitivo, después de Abraham, Jacob, Moisés o Jesús —a quien admitía como profeta, sin carácter divino—. Al parecer Mahoma era analfabeto, por lo que memorizaba cuidadosamente las revelaciones del ángel para transmitirlas a los demás, quienes a su vez debían repetirlas palabra por palabra para evitar cualquier desvirtuación. Las enseñanzas fueron escritas después de su muerte en el *Corán* (*Recitación*), dividido en capítulos o *suras*, y a su vez en *aleyas* o versículos. También se recogieron en *hadices* (referencias) frases, actos y actitudes prácticas atribuidas a Mahoma y contadas por sus compañeros. El conjunto de ellos forma una especie de código moral, la *sunna* (Conducta), que debía orientar la vida de los fieles, aunque no todas las corrientes musulmanas aceptan todos los *hadices*. De la *sunna* deriva la tendencia «sunita», mayoritaria pero no única en el Islam.

El Corán establece «seis artículos o pilares de la fe»: creencia

en Dios, en los ángeles, en la revelación (el Corán ante todo), en los profetas, la resurrección y juicio final, y la predestinación. La última ha recibido diversas interpretaciones: Alá tiene presente toda la creación y todos los hechos y dichos de cada persona, y permite el mal, pero este, de un modo que el hombre no logra concebir, se tornará finalmente en bien. A pesar de ello, el hombre es responsable de sus actos al elegir entre el bien y el mal, si bien no tiene capacidad para creer en su salvación o condena, que dependen exclusivamente de la voluntad divina, atemperada por las súplicas del profeta en el Paraíso. La palabra *Islam* significa literalmente sumisión, es decir, a la doctrina de Alá transmitida por Mahoma, y une a los creyentes en la *umma* o comunidad musulmana. El Corán recoge aspectos de las religiones mosaica y cristiana, de la «gente del libro», por referencia a la Biblia, con la que Mahoma hubo de entrar en contacto durante sus viajes; pero su doctrina es más simplificada y fácil de interpretar, lo que le daría considerable fuerza para aplacar la natural angustia humana. Es un hecho llamativo que así como el cristianismo ha logrado convertir a los germanos, eslavos, vikingos, magiares y muchos otros, no lo consiguiera casi nunca, al menos de forma masiva, con los musulmanes.

La fe islámica exige cinco clases de acción exterior: el credo repetido con frecuencia «no hay más que un Dios, y Mahoma es su profeta»; la peregrinación a La Meca al menos una vez en la vida; oración cinco veces al día en dirección a La Meca; el ayuno de Ramadán, y la limosna. Junto con las orientaciones morales la *sharia* (senda de la paz) o ley islámica, de elaboración progresiva y más interpretable, que marca al creyente las obligaciones prácticas para alcanzar el buen fin en este mundo y en el otro, y abarca todos los aspectos de la vida: religiosos,

políticos, culturales, higiénicos, económicos, sexuales, familiares, nutricionales (admite unos alimentos y prohíbe otros como la carne de cerdo, el alcohol), etc.; recuerda las minuciosas estipulaciones del judaísmo. Esta ley es invariable, al revés que las leyes comunes, cambiantes aunque deben inspirarse en la *sharia*. El Islam proscribe estrictamente el politeísmo, cuyas manifestaciones incluirían las imágenes o estatuas, o las súplicas a profetas y santos. Por ello, y por el concepto de la Trinidad, los musulmanes solían considerar politeístas a los cristianos, que, como los judíos, habrían deformado o malinterpretado las enseñanzas contenidas en la Biblia.

Al haberse dado la Revelación en árabe, esta se convertía en lengua sagrada. Más aún, los árabes se elevaban a «la mejor nación que haya surgido de la Humanidad: ordenáis el bien, prohibís el mal y creéis en Alá» (sura 3:110). Hasta cierto punto reproducía la idea de un pueblo elegido, como los judíos, con la diferencia esencial de que estos se replegaban sobre sí mismos, mientras que los árabes se adjudicaban la tarea de propagar su doctrina por el mundo entero. En todos los países conquistados, los clanes árabes se hicieron dominantes, de modo muy notorio en España, como veremos, debido a su privilegio religioso-político. Tanto judíos como árabes pertenecen al mismo tronco étnico y lingüístico semita. Según el relato bíblico, los árabes provenían también de Abraham solo que no de su esposa sino de una esclava, Agar, con quien el patriarca tuvo a Ismael; de ahí también el nombre de agarenos o ismaelitas aplicado a los árabes. «La mano de Ismael será contra todos y la de todos contra él».

Alcance esencial ha tenido en el Islam la *yijad*, literalmente lucha o esfuerzo, entendida como guerra santa contra los

infieles; con una versión más espiritual como lucha personal contra las malas tendencias (el diablo); la cual no excluye a la anterior: «Combatid por la causa de Alá a quienes os combatan, pero no seáis agresores, porque Alá no ama a los agresores. Y matadles dondequiera los encontréis, y expulsadles de donde os hubieran expulsado» (Corán 2, 190). Al principio, los musulmanes habían sido perseguidos por los politeístas de La Meca, pero la idea de hacer guerra por sistema, y no solo defensivamente, a los infieles resalta en otras citas, pues «Alá envió a Su Mensajero con la guía y la religión verdadera para hacerla prevalecer sobre todas las religiones». «Los creyentes combaten por la causa de Alá. Los incrédulos, en cambio, combaten por Satanás (…). ¿No has reparado en aquellos a quienes se les dijo: no combatáis ahora, cumplid con la oración y haced caridades? Pero cuando se les prescribió combatir, algunos temieron (…) y dijeron: ¡señor nuestro! ¿Por qué nos has ordenado combatir? ¿Por qué no extiendes el plazo de nuestras vidas un poco más? Diles: el goce de la vida mundanal es corto, en cambio la otra vida es mejor para los piadosos y serán recompensados justamente» (74, 77).

Abundan mucho las citas del Corán llamando a la guerra contra los infieles y prometiendo un premio maravilloso a quienes la practiquen: «Cuando os enfrentéis a los infieles, matadles hasta que los sometáis, y entonces apresadles (…). Si Alá lo hubiese querido, os habría concedido el triunfo sobre ellos sin combate, pero quiso poneros a prueba con la guerra; y a quien caiga en la batalla por la causa de Alá, Él lo premiará en todas sus obras» (47, 4). «Pasados los meses sagrados, matad a los idólatras dondequiera les halléis, capturadles, cercadles y tendedles emboscadas; pero si se arrepienten y aceptan el Islam

(…) dejadles en paz (…) Alá es el Absolvedor, el Misericordioso». «Alá recompensará con el paraíso a los creyentes que sacrifican sus vidas y sus bienes combatiendo por su causa hasta vencer o morir (…). Así obtendréis un triunfo grandioso (…). Los creyentes que obren rectamente entrarán en jardines por donde corren los ríos, en los que estarán eternamente. Tendrán esposas purificadas y se albergarán bajo una hermosa sombra» (4, 57) Para los contrarios solo habrá tribulaciones: «Dice Alá a los ángeles: inspirad valor a los creyentes, que ciertamente Yo infundiré terror en los corazones de los incrédulos. Cortadles los cuellos y los dedos» (8,12). «Lo merecieron porque combatieron a Alá y a su Mensajero (…). A quienes no crean en nuestros signos los arrojaremos al fuego. Cuando se les queme la piel se la cambiaremos por una nueva, para que sigan sufriendo el castigo. Alá es Poderoso, es Sabio» (4,56).

La doctrina no solo promete el paraíso a quienes caigan por la fe, de antemano libra de culpa a quienes maten por ella, pues son solo los instrumentos de la divinidad: «Sabed que no fuisteis vosotros quienes los matasteis, sino que fue Alá quien les dio muerte» (47,4). También recomienda: «No toméis a los judíos ni a los cristianos por aliados. Ellos son aliados unos de otros. Y quien de vosotros se alíe con ellos será uno de ellos. Alá no guía a los inicuos» (5, 51).

En su desarrollo, antes de un siglo la doctrina dividió el mundo en dos territorios: «La casa del Islam (*Dar al Islam*)», que sería también casa de la paz, y «La casa de la guerra (*Dar al Jarb*)», los territorios no musulmanes. Se distinguiría también la Casa de la Tregua, la de los no musulmanes que aceptasen el yugo y supremacía islámica.

La personalidad de Mahoma fundó igualmente el poder político, cuya legitimidad se basaba en los lazos familiares o tribales con él. Sus sucesores, llamados *califas* (precisamente «sucesores» o delegados) ostentaban el poder político, religioso y militar.

* * *

Son radicales las diferencias con el cristianismo, empezando por la personalidad de sus fundadores. Mahoma respondía al tipo de mesías hebreo, un jefe religioso, político y militar que pusiera a los judíos por encima de los demás pueblos. Y eso hizo Mahoma con los árabes, creando de paso una nueva religión (el mesías judío solo cumpliría la de Moisés). El mesías Jesús no era político o militar, y no mató a nadie sino que sufrió suplicio y muerte injustamente. Además, se proclamó de naturaleza divina, mientras que Mahoma solo se tituló enviado o profeta, si bien el último y definitivo. Mahoma murió en pleno éxito, tras haber logrado imponerse sobre los árabes y unirlos en una fuerza poderosa, mientras que la predicación de Jesús fue pacífica y terminó en un fracaso desastroso y sangriento para él mismo, si limitamos la historia a sus años de vida.

Diferencia clave fue también la actitud ante el sexo: Jesús fue célibe, Mahoma tuvo entre nueve y veinticinco esposas, según versiones, incluyendo una niña de nueve años. Jesús exigió el matrimonio monógamo y por vida, Mahoma admitió cuatro esposas, número que él mismo superó, así como el divorcio, muy fácil para el varón. Parece evidente que la monogamia permite un mejor cuidado y atención a los hijos que la poligamia, la cual tiene también el problema de que, al ser igual en número varones y mujeres, los ricos podían acaparar a varias, mientras que muchos pobres carecerían de una sola, lo que sin

duda favorecía la prostitución y la homosexualidad, por más que esta estuviera también prohibida: en Al Ándalus estaría muy difundida.

Parejo a sus diferencias personales fue el contenido de sus predicaciones. Para los cristianos, la pasión y resurrección de Cristo es un sacrificio del mismo Dios para «borrar los pecados del mundo» y abrir al hombre el camino a una vida no determinada por el pecado original, ideas por completo ajenas a Mahoma. El amor no es central en el Islam, pero sí en el cristianismo, donde puede volverse un tanto asfixiante, pero también deja más campo a la iniciativa personal y a la especulación. El concepto musulmán de sumisión a la voluntad de Dios difiere del cristiano católico, en quien el libre albedrío, y por tanto la libertad personal, cobra dimensión superior. Tampoco en el Islam existe la idea de la mansedumbre ante la injusticia, «poner la otra mejilla», o el perdón, que es solo para quienes se someten. Y la visión del paraíso *post mortem* difiere de modo radical. En el Islam es un lugar de delicias terrenales, ante todo carnales: huríes para los hombres. Los placeres incluirán finalmente la visión del rostro de Alá. Para las mujeres, claramente en inferioridad, la doctrina es más ambigua. En el cristianismo, los goces del paraíso son imprecisos, iguales para ambos sexos y de orden espiritual, como contemplación beatífica de la divinidad.

Diferencia esencial es también la actitud hacia el poder político, claramente separado del religioso en el cristianismo e inextricablemente confundido con el religioso en Mahoma: el Corán fija el orden legal y de conducta humana en todos los aspectos. Por ello tampoco existe propiamente en el Islam un cuerpo de clérigos preparados y encargados de estudiar la

revelación, interpretarla y predicarla. Cualquier musulmán puede ser imán, le basta acreditar ante los fieles conocimiento de los textos sagrados para dirigir las oraciones y aconsejar. Algo más aproximado al clero existe en la rama chií. Dado que el corpus religioso está bien claro y es sagrado, lo que resta es aplicarlo jurídicamente a los variados casos prácticos. Los *ulemas* o *mulás* son ante todo expertos jurídicos (eruditos) en la sharia y los demás textos. Ello no impide que hayan surgido diversas escuelas de espiritualidad, como la sufí, y herejías y movimientos político-religiosos agudamente enfrentados dentro del Islam.

El cristianismo creció lenta y penosamente, entre persecuciones, hasta hacerse oficial en el Imperio romano, mientras que la expansión del islamismo fue fulgurante y por medios bélicos (guerra santa o yijad). Ni en Jesús ni en su religión existe algo semejante, aunque se haya empleado el término cruzada o guerra santa en acciones de defensa ante agresiones o, típicamente, de recuperación de territorios perdidos a manos de la yijad, como Tierra Santa. Se ha supuesto siempre que la predicación y la persuasión serían la principal arma de la expansión cristiana, y en general así ha sido. Pero importa otra faceta de la cuestión: el Islam, extendido de preferencia por la espada, debería haber creado una situación religioso-política precaria una vez la espada dejaba de blandirse de forma inminente sobre la multitud. Y sin embargo los países islamizados en la guerra santa han persistido en esa religión con tanta o más fuerza que si hubieran sido simplemente atraídos por prédicas, ejemplo y convencimiento personal.

Quizá esta resistencia religiosa obedezca a otra diferencia de calado: Jesús no dejó un cuerpo de doctrina más allá de parábolas sugestivas y orientaciones generales, en parte mosaicas

y en parte no; pero Mahoma sí estableció un cuerpo doctrinal con mandatos y prohibiciones precisas. Orientaciones tan genéricas como «quien ama al prójimo ha cumplido toda la Ley», o la renuncia a todos los bienes terrenales para alcanzar la perfección, son ajenas al Islam. Y en la concreción coránica radica probablemente el apego y extraordinaria resistencia de los muslimes a convertirse al cristianismo.

* * *

Mientras Mahoma predicaba y combatía en su tierra, los dos grandes imperios del norte, el persa sasánida y el romano de Oriente o bizantino, se desgastaban en costosas guerras entre sí. Tras imponerse en Arabia, los mahometanos emprendieron una yijad contra ellos, los cuales debían ser invulnerables para unas tropas primitivas y poco numerosas salidas del desierto, aunque fanatizadas. Pero el año 636, cuatro después de muerto su profeta, los árabes, en inferioridad numérica y peor armados, desbarataban a los persas en Qadisia y al año siguiente tomaban su capital, Ctesifonte. Los persas se rehicieron y en 642 entablaron la batalla de Nihavand, y volvieron a perder. Estas dos batallas sellaron el hundimiento persa, a falta de resistencias menores: en siete años, los árabes habían conquistado un inmenso imperio desde Mesopotamia hasta India y Afganistán. No menos asombroso fue su ataque simultáneo al Imperio bizantino: este resistió, pero perdió Mesopotamia en solo nueve meses, y luego Siria y Egipto, sus tierras más ricas, así como porciones de Anatolia y el Cáucaso. Parece que las minorías judías colaboraron con los árabes. Cuando, en 656, fue asesinado Uzmán, el tercero de los cuatro califas llamados ortodoxos o «bien guiados», el poder árabe abarcaba desde Afganistán hasta la actual Túnez, y desde el norte del Cáucaso

hasta el Yemen: solo veinticuatro años después de muerto Mahoma.

Las victorias árabes se debieron a factores como una dirección militar muy experta, tácticas de caballería y camellería que les daban gran movilidad, colaboración de minorías como la judía y la cristiana en el Imperio persa, y la propia inestabilidad de los imperios vencidos. Siguieron en muchos lugares matanzas y destrucciones, la célebre Academia de Gundishapur, en Persia, considerada por muchos como el mayor centro intelectual del mundo por entonces, fue convertida en escuela islámica y decayó hasta desaparecer. La Biblioteca de Alejandría, otro gran foco cultural que ya había sufrido incendios y devastaciones, fue definitivamente arruinada (según otra versión, la Biblioteca ya estaba arruinada y las grandes quemas de manuscritos por los musulmanes procederían de otras bibliotecas). No obstante, poco a poco los árabes aprendieron a tomar elementos culturales de los vencidos y a traducir al árabe obras griegas y otras. Importancia excepcional tuvo la adopción, a través de Persia, de los llamados «números arábigos», en realidad indos, así como el cero y la numeración posicional.

El asesinato de Uzmán, perteneciente al clan de los omeyas, desató una guerra civil (*fitna*) entre los islamistas. Uzmán había sido acusado de repartir entre sus familiares los cargos públicos y las riquezas adquiridas en las últimas conquistas. Siguió una confusa y sangrienta pugna entre los partidarios de Alí, primo de Mahoma, que se llamarán chiíes, los de Muauía, hermano de Uzmán, llamados más tarde sunnitas, y una tercera facción, llamada *jariyí*. Fue la primera gran división del mundo islámico, que pervive en chiíes y sunnitas. Alí fue asesinado a principios de 661 y Muauía se impuso: reafirmó a los omeyas como

dinastía, trasladó la capital a Damasco, prosiguió las conquistas y enriqueció desmesuradamente a su clan, generando descontento.

Ukba ibn Nafi, uno de los generales de Muauía, se ocupó de conquistar el Magreb contra los bizantinos y los bereberes o moros, muchos de los cuales se convirtieron pronto. Instaló a lo largo de la ruta desde Egipto, en gran parte desértica, puestos militares y de abastecimiento que le permitían progresar sistemáticamente. En 680 llegaba a la costa Atlántica por el actual Marruecos, y algo después moría en una emboscada. Los conquistadores siguieron hacia el norte, aplastando revueltas bereberes. En 708 tomaban Tánger, ya en el Estrecho de Gibraltar; y solo tres años después desembarcaban en España.

* * *

Probablemente los árabes ya habían realizado incursiones sobre la península, desde tiempos de Wamba, depuesto en 680, siendo rechazados. Desde el derrocamiento de Wamba quedaban al reino hispanotervingio treinta y cuatro o treinta y cinco años de existencia. En este breve período hubo en Toledo cuatro reyes (más dos parciales y sin poder efectivo), siete concilios, alguna rebelión de cierto peligro y varias catástrofes naturales. Cuando los yijadistas alcanzaron el Estrecho de Gibraltar, el reino hispanogodo sufría una seria crisis. Los intentos de dar estabilidad al reino pasando de la monarquía electiva a la hereditaria no habían llegado a cuajar, y el IV Concilio se había inclinado por el sistema electivo. De todas maneras, a partir de Leovigildo, la mitad de los dieciséis monarcas hasta la invasión musulmana lo habían sido por herencia y, de modo alternativo, la otra mitad por elección o por algo semejante al golpe de estado. Los penúltimos reyes

godos, Égica y Witiza, habían llegado al trono prácticamente por herencia.

La historia de aquellos últimos tiempos resulta en extremo confusa, pues las fuentes contemporáneas se perdieron con la invasión y todas son posteriores, con imprecisiones y contradicciones en hechos, personajes y cronología. Sus evidentes arbitrariedades han dado pie a su vez a arbitrariedades especulativas en muchos historiadores actuales, según su inclinación ideológica o sus gustos personales.

La realidad más probable, dentro de su vaguedad, sería esta: en el XVII Concilio, de 694, con Égica (del XVIII y último se han perdido las actas), se percibe una profunda inquietud y cierta histeria por las amenazas de traiciones y disgregación, y se toman durísimas disposiciones contra los judíos, considerados enemigos del estado, acaso por las noticias de sus colaboraciones con los árabes en Oriente Próximo y norte de África. Esto ocurría cuando la amenaza árabe se cernía desde el sur, lo que ya debía alarmar mucho, máxime cuando la península había entrado en un período de sequías, con las consiguientes hambrunas y pestes, que debilitaban al reino y causaban incertidumbre y agitación en la capa rectora.

El año 700 Witiza sucedió a su padre, parece que reinó diez años y debió de intentar la norma hereditaria con algún hijo o pariente suyo. Pero entonces un aspirante al trono, llamado Rodrigo, duque de la Bética y muy ajeno al grupo witizano, se proclamó rey «con violencia» y apoyo de un sector nobiliario. Otro sector le rechazó y eligió a Ágila II, acaso familiar de Witiza y en todo caso identificado con el bando witizano. Ágila difícilmente podía ser hijo de Witiza, ni este tener hijos en edad de reinar, si los datos sobre la edad del rey son ciertos. Ágila,

quizá con apoyo de francos y vascones, dominó el noreste del país y estalló una guerra civil. En 711 el país parece haber estado dividido en dos grandes zonas enfrentadas. Y en ese momento los musulmanes cruzaron el Estrecho de Gibraltar.

SEGUNDA PARTE. EL SIGLO VIII

6. EL AÑO 711

Hacia finales de abril de 711, un ejército de bereberes recientemente islamizados, mandados por Tárik ben Siad, lugarteniente moro de Musa ben Nusair («el moro Muza»), gobernante árabe del Magreb, arribó a Gibraltar, peñón que lleva su nombre: *Yebel Tárik*, Monte de Tárik. El número de sus soldados debió de ser de unos 7.000, luego reforzados hasta 12.000 o 13.000, y habrían sido transportados desde Ceuta en barcos suministrados por el conde de esta ciudad, Don Julián, godo según unos, bizantino según otros. La tradición dice que Julián había enviado a su hija, Florinda «La Cava» a Toledo a educarse como joven de la nobleza, y allí habría sido violada por el rey Rodrigo. El padre, en venganza, habría facilitado a los moros el paso del Estrecho, por lo que su nombre, Don Julián, ha quedado como sinónimo de traidor. El relato es incomprobable por falta de fuentes coetáneas, y muchos historiadores lo rechazan, pero no es inverosímil, y el supuesto hecho pudo haberse combinado con la pertenencia de Julián al clan enemigo de Rodrigo. Otro personaje turbio y legendario, Don Oppas, habría colaborado con los invasores. Oppas aparece unas veces como jefe militar y otras como obispo, y como hermano o como hijo de Witiza, esto último muy improbable. Al igual que en tantas leyendas, se percibe en esta un fondo de realidad, más o menos desfigurada por el tiempo y versiones orales, recogidas por escrito tardíamente.

Lo que es claro es que Tárik eligió un momento muy propicio, pues Rodrigo se ocupaba entonces en guerrear a gran

distancia, en el noroeste peninsular, contra witizanos de Ágila, o vascones, o contra ambos juntos. Y esta información debió de haber llegado a Tárik por alguno de los enemigos de Rodrigo. No era infrecuente, en España y en otros reinos, que una facción política se aliase con una fuerza exterior para que le ayudase a tomar el poder. Un caso se había dado en 552, cuando un bando visigodo había solicitado ayuda de los bizantinos… con el resultado de que estos ocupasen amplias zonas del sur y levante peninsular, de donde había sido difícil desalojarles. Algo muy parecido, según todos los indicios, ocurrió en esta ocasión con los islámicos, solo que estos iban a ocupar toda España.

Rodrigo, al llegarle noticias del desembarco, lo entendió como asunto prioritario, por lo que abandonó su campaña en el noreste y reclutó rápidamente un gran ejército, estimado en cifras tan diversas como 100.000, 40.000 o 25.000 hombres, siendo la última la más probable, aun así doble que la de los invasores. Sospechosamente, la recluta no parece haber encontrado oposición de los witizanos, contra quienes probablemente estaba combatiendo, de modo que pareció restablecerse la unidad política frente al enemigo exterior. Por tanto, Rodrigo debió de creer que los musulmanes serían fácilmente expulsados, como habría ocurrido con incursiones anteriores.

Tres meses después del desembarco, hacia el 19 de julio, tuvo lugar el choque entre ambos ejércitos, por la zona del río Guadalete. Las fuentes árabes y cristianas coinciden en que una parte del ejército godo abandonó a Rodrigo en el momento álgido del combate, por lo que sus tropas fueron envueltas y destruidas por los moros. El *Ajbar Machmúa* (Recopilación de

tradiciones) lo cuenta con viveza: «Acercóse Rodrigo con la flor de la nobleza española y los hijos de sus reyes conferenciaron y se dijeron: "Este hijo de puta se ha adueñado de nuestro reino sin ser de estirpe real y siendo inferior a nosotros. Esa gente no trata de establecerse en nuestro país; lo único que busca es botín. Cuando lo consigan se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el momento del combate y el hijo de puta será derrotado"». Y así lo habrían hecho, facilitando que los moros exterminasen prácticamente a las tropas de Rodrigo. Lo interesante es que los witizanos no podían haber imaginado de repente que los invasores solo querían botín: debían haberse puesto antes de acuerdo con ellos. Y a los árabes no les convenía recordar el acuerdo o pacto, que desde luego incumplieron luego.

Sobre la traición no hay duda razonable, pues diversas fuentes la comentan, y un musulmán descendiente de una nieta de Witiza se jactaba de que gracias a sus abuelos había penetrado el Islam en España, según expone Sánchez Albornoz.

Los métodos de terror de la yijad eran seguramente ya conocidos en España, y la derrota causó pánico: la gente huía al campo o a la sierra según se acercaban los moros, y en las ciudades quedaban solo pequeñas guarniciones al mando de jefes que actuaban descoordinados, como explica la crónica del Moro Rasis. Tuvo que haber tratos inmediatos entre los witizanos y los moros para establecer la recompensa a estos, pero Tárik, comprendiendo la debilidad en que había quedado el reino, emprendió sin tardanza una ofensiva para asegurar el dominio en el sur. Sitió Sevilla, y al parecer tardó un mes en conquistarla, dando tiempo a algunos hispanos a rehacerse parcialmente en Écija. Allí, tropas y ciudadanos infligieron

cuantiosas bajas a los atacantes, pero fueron finalmente vencidos y en gran parte exterminados. Otras grandes ciudades de la Bética, como Córdoba o Málaga, con escasa guarnición y abandonadas por sus moradores, fueron tomadas con bastante facilidad.

Entonces quedó abierto el camino hacia Toledo, centro político y administrativo del reino. Tárik apenas tuvo que esforzarse en tomar la ciudad, pues, como de otras, habían huido gran parte de sus habitantes, y también la guarnición y los nobles, salvo algunos ancianos. Debió de intervenir en la entrega Don Oppas, que también escapó, quizá después de haber provocado o animado la huida de los demás. Los nobles viejos que se habían quedado fueron degollados en público. Tárik avanzó algo más hacia el noreste y se detuvo, al parecer en espera de autorización de su superior Muza.

La caída de Toledo sucedió a finales de aquel año 711, tan crucial en la historia de España. Para entonces los islámicos solo habían conquistado un quinto de la península, y el dominio total les exigiría aún bastantes campañas, pero ya habían hecho lo esencial: la pérdida de Toledo significaba en la práctica el final del reino, al desarticular su defensa. Tanto por esto como por su posición central en la península, que facilitaba las ofensivas sobre el resto, fue para los islámicos un éxito estratégico invalorable. La dispersión del poder godo y la dificultad para reagrupar sus fuerzas se agravaron en extremo, aunque parece que se nombraron algunos reyes posteriores a Rodrigo y Ágila II. No menos importante fue la captura del enorme tesoro acumulado por los visigodos, que asombró a los invasores y privó a sus contrarios de recursos financieros. Gran parte de aquellas riquezas procedían del saqueo de Roma en

410, justo tres siglos antes. Diversas piezas provendrían del Templo de Jerusalén, saqueado a su vez por Tito el año 70; entre ellas la legendaria «mesa de Salomón», hecha de oro y esmeraldas, motivo de querellas entre Tárik y Muza. El hecho de que las autoridades hispanogodas se dieran a la fuga sin llevar consigo la mayor parte del tesoro indica o bien un pánico extraordinario, o bien una traición. O quizá la facción contraria a Rodrigo, que habría llamado a los islámicos en su ayuda, esperase todavía mantenerse en el poder.

Al año siguiente, Muza desembarcó a su vez con 18.000 hombres, esta vez árabes casi todos, y emprendió la conquista por el oeste, hacia Mérida, que le resistió largo tiempo, y hacia el norte. Aun tardarían siete años en completar la conquista de España, pero lo principal quedaba alcanzado en dos años. Pronto empezaron a llamar a España *Al Ándalus*, nombre de significado incierto, que se ha relacionado con los vándalos, lo que cuadraría más a Túnez y Argelia, o con la Atlántida. El nombre entrañaba mucho más que un cambio nominal: el cambio de una civilización por otra, una transformación progresiva y cada vez más radical de religión, idioma, costumbres y política.

Muza y Tárik se encontraron en Toledo, y el primero, fuera por una disputa sobre el tesoro o por la autoridad, o por el prestigio o por todo ello, maltrató a Tárik en público, golpeándole con un látigo en la cabeza, lo que motivaría un odio feroz entre ambos. Tárik parece haber obrado sin autorización de Muza, el cual seguramente deseaba la gloria de la conquista para sí y no para su subalterno.

Entretanto, los witizanos debieron de esperar que sus triunfantes aliados les repusieran en el trono y, según un relato,

Ágila II lo habría reclamado a Tárik y a Muza. Estos lo habrían remitido a Damasco para que el califa, Al Ualid I, decidiese. Habría sido recibido con afabilidad y cortesía, pero no se le concedió el poder, sino solo numerosas fincas que le convertían en gran terrateniente. Este acuerdo, si se produjo, solo podía redundar en mayor desmoralización de los dispersos poderes godos, algunos de cuyos oligarcas, witizanos u otros, pactaban con los invasores a cambio de conservar vida y hacienda. El más conocido, Teodomiro, de Orihuela, según parece un jefe militar muy capaz, causó serios reveses a los moros, pero terminó pactando con ellos, dada la imposibilidad de una acción coordinada para expulsarlos. Alguno más se convirtió oportunamente al Islam.

Las proezas de Tárik y Muza no iban a dar a ambos mucha felicidad. Tárik informó al califa acusando a Muza de corrupción y nepotismo, por repartir entre sus hijos los altos cargos en España y ambos fueron llamados a Damasco. Entre tanto Ualid falleció y su sucesor, Suleimán, quiso celebrar con grandes festejos su accesión al poder. Según alguna versión, Muza, imprudentemente, entró en la ciudad como triunfador haciendo alarde del botín ocupado en España, y Suleimán, enfurecido, le arrebató el tesoro y lo paseó por Damasco con una soga al cuello. El hijo de Muza, Abdelazis, había quedado como gobernador de Al Ándalus, pero tuvo la desgracia de enamorarse de la viuda de Rodrigo, llamada Egilo o Egilona, y por influencia de ella adoptó costumbres y algunos rituales del poder gótico. Se rumoreó que se había hecho cristiano en secreto, y otros musulmanes lo degollaron y enviaron su cabeza a Damasco. Suleimán le preguntó a Muza, con sarcasmo, si la reconocía, y también hizo asesinar a otros dos hijos del

desdichado, que habría muerto de melancolía mientras peregrinaba a La Meca. Tárik debió de vivir pocos años más, oscuro y olvidado en Damasco.

Por el tiempo de la caída de España, la expansión árabe había alcanzado los confines de China por Turquestán, y de India por Cachemira. Y en el Mediterráneo, la relación entre el norte y el sur quedó cortada comercial y culturalmente para varios siglos, algo que no ocurría desde hacía milenios, al menos desde la Grecia clásica.

* * *

No disponemos de relatos contemporáneos de la caída del reino hispanogodo, sea porque no existieron o por haber desaparecido, lo que ayuda a percibir la amplitud y profundidad de la catástrofe. El documento más próximo que trata con algún detalle los sucesos es la *Crónica Mozárabe*, escrita casi seguramente en torno a 754, posterior en cuarenta y tres años a la caída de Toledo (la palabra «mozárabe» con que suele conocérsela no es apropiada. Significa «arabizado» y los cristianos de Al Ándalus no fueron llamados así hasta mucho después). Las siguientes crónicas cristianas conservadas, aunque tal vez hubo otras, son la *Crónica Albeldense* (por el monasterio de Albelda, en La Rioja, donde fue escrita) y la *Crónica Profética*, posteriores en unos ciento setenta años, y la *Crónica de Alfonso III*, a casi dos siglos de los sucesos.

Por parte árabe el relato más antiguo es la *Crónica del moro Rasis* (Al-Razi), también posterior en más de dos siglos, y el *Ajbar Machmúa*, aún más tardío. De la conquista islámica debieron de quedar durante mucho tiempo solo relatos orales con numerosas variantes y detalles fantásticos, que dan origen a divergencias cronológicas, de personajes y de hechos, y a su vez,

a las habituales interpretaciones y especulaciones actuales. Por ejemplo, muchos dudan de la existencia de Don Julián o Don Oppas, o de la violación de Florinda, o de si Muza golpeó a Tárik, de si fue Muza o Tárik quien tomó Toledo, o si ambos llegaron a Damasco bajo el poder de Al Ualid o de Suleimán, o de la ida de Ágila II a Damasco, etc. En mi opinión, y dejando de lado detalles particulares, son hechos *grosso modo* verosímiles, aunque inseguros y envueltos en la leyenda. Si tenemos en cuenta la cantidad de versiones realmente inverosímiles que circulan sobre hechos tan recientes como la guerra civil española del siglo XX, podemos hacernos cargo de ciertas dificultades historiográficas no siempre relacionadas con la escasez de documentos.

Al margen de episodios personales, lo cierto es que Spania cayó con relativa facilidad, y que su causa real fue la división interna después de Witiza. Esa facilidad impresionó en Europa, y a muchos comentaristas o historiadores hasta hoy. De ahí especulaciones, desde las extravagantes que niegan la invasión, hasta las que suponen un reino en estado semicomatoso o en trance de «protofeudalización», con una población oprimida por los impuestos, la cual habría acogido gustosa a los invasores por odio a un poder sentido, supuestamente, como extraño y enemigo, etc. Esta última lucubración tiene la misma verosimilitud que achacar la rapidísima conquista de Francia por Alemania en la II Guerra Mundial a simpatía de los franceses por los invasores, debido a los impuestos o similares, cosa que por ahora no pretende nadie. La misma crónica de Rasis expone cómo la gente huía de las ciudades presa de pánico ante la cercanía de los musulmanes.

Y ello nos vuelve a la práctica de la yijad, pintada a menudo

con rasgos complacientes y hasta beatíficos, como un proceso de pactos con los jefes hispanos, más alguna violencia secundaria (pasando así a la nobleza la imaginaria obsequiosidad popular con los invasores). Se trata de una falsedad que Darío Fernández-Morera se ha encargado de demoler a conciencia en *El mito del paraíso andalusí*. La táctica consistía en el terror frente a cualquier resistencia, lo que no excluía componendas con quienes aceptasen someterse, en condiciones de inferioridad y humillación; acuerdos que los vencedores cumplían o no, según les conviniese. El ejemplo más notable de tales acuerdos fue el del conde Casio, gobernante de una extensa comarca en torno al curso medio del Ebro. Casio no solo colaboró con los árabes, se islamizó él mismo y fundó una dinastía, los Banu Qasi (hijos de Casio), que ampliaría sus dominios durante más de un siglo y medio. Pero tales pactos solo eran posibles bajo el terror, al creer inútil una resistencia que solo atraería el exterminio de quienes la intentaran.

Tanto las fuentes árabes como las hispanas coinciden en señalar la crueldad de la invasión, con matanzas y degollaciones similares a las del actual estado islámico. Muza ya había aniquilado revueltas bereberes, y tenía práctica en tales métodos. En España incendió las ciudades que le resistían, y crucificó, decapitó o descuartizó a prisioneros para infundir pavor general. En Córdoba, 300 cristianos que se rindieron fueron degollados. Lo mismo ocurrió en Toledo. A una rebelión en Sevilla siguió una matanza general. Mujeres y muchachos jóvenes eran apresados como esclavos sexuales. También fueron ingentes los daños culturales antes de que, como en Persia y otros lugares, los invasores recogieran parte de la cultura del país sometido y le impusieran su sello: fueron arrasados monumentos

hispanogóticos y romanos, y bibliotecas, y robados o derruidos o convertidos en mezquitas decenas o cientos de templos cristianos. Tales métodos caracterizaban la yijad desde Mahoma, en Oriente o en el norte de África. La *Crónica bizantino-arábiga*, por lo demás promusulmana, expone sobre la yijad en el norte de África bizantino: «El musulmán Habedela alcanzó Trípoli y atacó con su ejército Cidamo y Leptis Magna. Después de destruir muchas ciudades sometió al poder sarraceno todas estas devastadas provincias. Después, aún sediento de sangre, avanzó y todo el ejército de los mauritanos se dio a la fuga y toda la nobleza (bizantina) de África, con el Conde Gregorio a la cabeza, fue completamente exterminada. Entonces Habedela volvió a Egipto, cargado con un enorme botín».

A la conquista seguía un rebautismo en árabe de gran cantidad de lugares, si bien para los cristianos el nombre de España permaneció, así como la fuerza de su recuerdo y cultura. Los mismos árabes empleaban a veces el nombre *Ishbaniah*.

Otro rasgo de la invasión, acreditado por fuentes musulmanas, fue la colaboración de grupos hebreos. No siendo las tropas musulmanas muy cuantiosas, solo podían dejar a sus espaldas guarniciones débiles, y pudieron hacerlo gracias a los judíos, dándoles el mando sobre los cristianos. Como ya vimos, las normas antijudías se habían hecho más drásticas en los últimos tiempos, quizá por noticias de su colaboración con los árabes en Oriente Próximo y por cierta histeria sobre una conspiración para derrocar a la Cristiandad. Aquella represión se volvió contra el reino de Toledo cuando este llevó las de perder. Como fuere, los judíos no recibirían gran recompensa, iban a sufrir marginación y humillación, y hasta más que los cristianos.

También se ha querido explicar el desastre por causas

económicas, recurso hoy en boga. Y sin duda tuvieron peso, porque el país había entrado en un ciclo de sequías, con la miseria, enfermedades y hambre consiguientes, agravadas por plagas de langosta. Según el *Ajbar Machmúa*, pocos años antes de la invasión habría muerto por hambre más de la mitad de la población, dato seguramente exagerado, pero indicativo de una hecatombe demográfica. Y una peste importada de Bizancio casi había despoblado la Narbonense y afectado al resto. El horror impotente queda expreso en homilías: «He aquí, hermanos, que nos heló de espanto la funesta noticia traída por los mensajeros de que los confines de nuestra tierra están ya infestados por la peste y se nos avecina una cruel muerte». No hay modo de comprobarlo, pero en el catastrófico derrumbe del Imperio romano la población hispana pudo bajar a menos de cuatro millones y no crecería mucho luego. Y al llegar los islámicos no pudo haberse repuesto de unas desgracias harto más aniquiladoras que las guerras. Por ellas cabe explicar a su vez fenómenos como la huida del campo de siervos o esclavos, frecuente y quizá masiva, o la «epidemia» de suicidios causados por la desesperación, referidas en los cánones conciliares. A su vez se haría difícil la recogida de impuestos, y el descontento por ellos, pese a alguna amnistía fiscal, con el consiguiente debilitamiento del estado.

Sin embargo estos datos no explican gran cosa: no impidieron a Rodrigo reunir un ejército muy superior al de Tárik, que bien pudo haber aplastado a este de no haber mediado la traición referida. Por lo demás, no muchos años antes pequeños ejércitos árabes habían vencido a otros mucho mayores en Oriente Medio y Próximo. La derrota del más fuerte por el más débil dista de ser un caso raro en la historia. La

invasión se vio favorecida también por la extensa red de calzadas romanas que seguían en pleno uso. En cualquier caso la caída de España no resulta tan chocante como se dice.

Otra explicación corriente desde Sánchez Albornoz habla de «protofeudalización» a partir de Wamba: declive monárquico y disgregación en territorios cuasi independientes bajo poder efectivo de los magnates: sería un reino carcomido, próximo a romperse en una diversidad de poderes particulares. En ello incidiría el *morbo gótico* —el frecuente asesinato de los reyes por las querellas nobiliarias—. Pero otros datos pesan en sentido opuesto. De los dieciocho reyes desde Leovigildo, solo dos fueron asesinados, Liuva II y Witerico, y justamente al principio y no al final del período, con sospechas sobre otros dos, Recaredo II y Witiza; tres más fueron derrocados sin homicidio (Suíntila, Tulga y Wamba). Por contraste, de los catorce anteriores a Leovigildo, nueve murieron asesinados, dos en batalla y solo tres en paz. En cuanto a la inestabilidad debida al sistema electivo de los monarcas, no se acentuó, sino que disminuyó después de Leovigildo y también de Wamba: la mitad de los reyes posteriores heredaron a sus padres o a deudos próximos. La duración media de los reinados desde Wamba también apunta a la estabilidad: diez años, si excluimos a Rodrigo, que casi no tuvo tiempo de gobernar, frente a siete y pico en el período anterior. Asimismo debe tenerse en cuenta la instauración del *habeas corpus*, al menos para los nobles, innovación jurídica muy transcendente, que menguaba la arbitrariedad de las represiones.

Otro dato revelador es la frecuencia de los concilios, una institución estabilizadora, a un tiempo factor de nacionalización y principio de poder representativo, existente solo en España.

Pues bien, la frecuencia de los concilios no cesó de aumentar. En los noventa y dos años que median entre el III y el XII, el intervalo medio entre uno y otro es de algo más de nueve años; y entre 680, año del derrocamiento de Wamba, y 702, se sucedieron siete, uno cada tres años de media. Los anteriores al III no cuentan, pues se celebraron con un distanciamiento de tiempo excesivo, el II a ciento treinta años del I, y a sesenta y dos del III. Esta distancia temporal indica la escasa compenetración del poder godo y del poder hispano. La evolución de los concilios revela el creciente peso hispanorromano en el poder y la institucionalización de una monarquía ya muy alejada de la barbarie inicial. No obstante, el hecho de que el último concilio se celebrase nueve años antes de la invasión mora, puede indicar un período de crisis, aunque realmente faltan datos para afirmarlo.

También se ha invocado una desmoralización popular, que debió de ocurrir, debida a las sequías y pestes; pero no parece haber afectado a las instituciones. Los críticos aluden asimismo a una decadencia intelectual y corrupción en la jerarquía eclesiástica al compás de su creciente peso político; pero se trata de una especulación algo etérea. Se ha apreciado una germanización del clero (tal vez hasta un 40 por ciento de los cargos), relacionándola con un incomprobable descenso moral. Los cánones de los últimos concilios condenaban la sodomía y otros vicios en la Iglesia, lo cual puede significar mucho o poco: tales vicios habían existido siempre en algún grado, y no sabemos si aumentaban o si solo se reparaba en ellos, o si se los mencionaba por algún motivo político. Los cánones también indican tirantez entre la oligarquía y los obispos. Respecto al declive intelectual, Julián de Toledo, último escritor de talla

conocido, murió en fecha tan avanzada como 690, y no sabemos si la posterior falta de figuras relevantes indica decadencia, bache pasajero, o pérdida de obras por la invasión; en todo caso diversos intelectuales huyeron a Francia y algunos, como Teodulfo o Benito Aniano, descollarían en la Escuela de Aquisgrán y en el renacimiento carolingio.

Es probable que a principios del siglo VIII el reino sufriera de sequilibrios más o menos agudos y, desde luego, una crisis política por la elección de Rodrigo; pero no tenían por qué determinar un derrumbe. Leovigildo recondujo el país partiendo de una grave crisis, y la de principios del siglo VIII podía haberse superado igualmente. En conjunto, los datos disponibles sugieren creciente estabilidad institucional, más bien que una especial «protofeudalización». Como señala García Moreno, la pérdida de Toledo fue decisiva, indicio de una considerable centralización del estado. Volviendo a Francia y otros países en la II Guerra Mundial, nadie sostiene que sus regímenes políticos estuvieran corroídos hasta el punto de hacer inevitable su asombroso fracaso militar.

* * *

Dentro de la tendencia semitizante de Américo Castro, solemos leer frases despectivas hacia el estado hispanogótico. Opiniones más emocionales que fundadas y que, observa Serafín Fanjul de discursos parecidos, «patentizan de modo dramático la indigencia documental y discursiva de algunos gurús omnipresentes en la inculta cultura española». Así, niegan cualquier influjo significativo de los godos sobre la historia posterior, fuera de un puñado de palabras. Y los godos dejaron muy poco léxico, pero ello revela más bien su pronta aculturación en el mundo latino-español. Hasta los nobles

abandonaron su religión y muchas de sus costumbres Y documentos de educación de jóvenes, como *Institutionum disciplinae* indican cómo en su formación pesaba más la tradición católica y clásica que las reminiscencias germánicas, aun sin ser estas desdeñables. Al revés que luego los árabes, los godos se latinizaron profundamente en España, y sus rasgos ancestrales quedaron reducidos a un cierto estilo, tendencias e instituciones secundarias.

También resta muy poco de su arte, pues fue anegado por la invasión árabe, y asolada la mayor parte de sus bibliotecas y edificios, muchos de procedencia romana, y que despertaron la admiración, aunque no tanto el respeto, de los invasores. Quedaron algunos restos menores, pero de valor, como el arco de herradura, que los árabes llevarían a la perfección. Sus tradiciones orales existieron, aunque se han perdido y la imposición musulmana impidió que alguien las recogiese, como harían siglos más tarde escritores europeos con leyendas célticas, germánicas o vikingas.

Tiene más relieve la onomástica. Los nombres de origen germánico aumentaron desde comienzos de la reconquista, llegando a superar a los latinos. Probablemente ya abundaban antes, y siguen siendo hoy muy frecuentes. Y si, como sostienen algunos, los apellidos en -ez tienen origen godo (suelen formarse con nombres germánicos), la gran mayoría de los españoles, en todas las provincias, responden a esa influencia. Debida, de un lado, al prestigio social de su nobleza, y de otro — y sobre todo — a un espíritu de identificación con la «perdida» España visigótica. Influencia no étnica, pues la población goda no pasó de un 10 por ciento de la indígena, probablemente mucho menos, y ya debió de encontrarse en buena parte diluida en la

hispanorromana cuando llegaron los árabes, nueve o diez siglos después de haber emprendido su marcha desde Escandinavia y rodeando a Europa por el este y el sur.

Ortega y Gasset ha atribuido a los godos un papel similar al de los ingleses en India, idea disparatada. Los ingleses formaron allí una casta superior que jamás se mezcló ni abandonó su idioma, cultura y costumbres. Por el contrario, la cultura propiamente goda era inferior a la hispanorromana y esta prevaleció, conquistando a los conquistadores y absorbiéndolos. Lo cual no impide un legado transcendental de los godos, el político: la fundación, por Leovigildo y Recaredo, de una nación, dotando de estado a una comunidad cultural latina considerablemente homogénea. Con sus desaciertos y desmanes, inevitables en toda obra humana, los reyes y al menos parte de la nobleza visigoda, en colaboración con los representantes hispanorromanos, impulsaron la idea y la concreción de la nación de Spania. Y por ello el súbito hundimiento del estado no lo fue por completo: la resistencia al Islam, tras unos años de desconcierto, se organizó sobre la base de las leyes de Recesvinto y Chindasvinto, sobre una concepción muy distinta de la musulmana acerca del poder religioso y el político, y una idea de la libertad personal, de una monarquía no despótica y de un esbozo de representatividad que no surgieron de la nada. No menos relevante, la noción y el recuerdo de la «pérdida de España» forjaron una motivación poderosa en el imaginario colectivo.

Sin ese legado esencial se habría consolidado definitivamente Al Ándalus, un país arabizado y africano, inmerso en el Islam. La España cristiana, latina y europea se habría desvanecido en la historia como desaparecieron las sociedades cristianas y

latinizadas del norte de África. Los efectos de este hecho histórico son cruciales. Debe afirmarse, pues, que si España siguió una ruta histórica distinta del Magreb se debió a la herencia hispano-tervingia. Cosa distinta es que, por las razones que sean, algunos lamenten este pasado, deseen reintegrar la península al ámbito musulmán-magrebí, fantaseen con una inexistente «España» de tres culturas y, por aversión a la España histórica, insistan en borrar o desvirtuar sucesos ingratos a sus aspiraciones.

7. PELAYO Y COVADONGA

Como quedó indicado, el relato más antiguo disponible de la invasión árabe es la *Crónica Mozárabe*, del año 754. La conquista de España está mencionada también, sin más detalle, en un documento algo anterior, de en torno a 743, la *Crónica bizantino-arábiga*. Esta es un breve relato de monarcas y sucesos bizantinos y árabes, muy favorable a los últimos, con algunas referencias intercaladas a reyes y sucesos de España. Debió de ser compuesta en Siria o Egipto y traducida al latín en España por algún cristiano de Al Ándalus servidor del poder andalusí, como indica el investigador José Carlos Martín. Por el contrario, la *Crónica Mozárabe*, bastante más amplia, probablemente escrita por un clérigo culto, detalla mucho más la invasión, la forma brutal como se produjo, alude a la traición entre los godos y deplora con gran sentimiento «la ruina» o «la pérdida de España».

Llama la atención en los dos casos la falta de mención a la rebelión de Pelayo en Asturias, que obtuvo su primer éxito en Covadonga, en 722 o acaso en 718, bastante antes de la composición de ambas crónicas. Aquella rebelión fue el comienzo de un proceso de vasto alcance, el cual podría haber entendido el desconocido autor de la *Crónica Mozárabe* como inicio de la recuperación de la España perdida. Acaso no la aludió por temor a significarse ente el poder andalusí, el cual, en cambio, no iba a perseguirle por llorar la derrota y el terror sufrido, que eran para los islámicos motivo más bien de orgullo.

También acaso por entonces la rebelión de Asturias fuese

vista en el resto de la península como un suceso remoto y sin futuro. Sin embargo entre 722 y la muerte de Pelayo, quince años después y cinco antes de la primera crónica, en Asturias y Cantabria se había asentado un reino ya bastante extenso y expansivo, capaz de rechazar ataques andalusíes. Dado que, con todo, la región ofrecía poco interés económico, es posible, aunque no muy probable, que los islámicos le concediesen poca atención. El *Ajbar Machmúa* relatará así la rebelión: tras la conquista árabe, solo había quedado por someter un pequeño reducto montañoso, donde un rey llamado *Belay* (Pelayo) se había refugiado con trescientos hombres que, asediados por los musulmanes, murieron de hambre todos menos treinta, con diez mujeres, que se alimentaban de miel. Los islámicos, viendo difícil llegar hasta ellos, los dejaron: «Treinta hombres, ¿qué pueden importar?». La narración es claramente legendaria, pero su fondo real indudable, como sabemos por sus consecuencias. La cita es comentada a veces como prueba de que los islámicos despreciaban a los rebeldes. A los cronistas musulmanes no les gusta extenderse sobre sus derrotas, actitud muy común por otra parte, pero el autor del relato, más razonable, concluye que aquellos *asnos salvajes* «llegaron a ser un problema muy grave».

Las crónicas hispanas son lógicamente más detalladas. La tradición explica que Pelayo, un noble partidario de Rodrigo y enemigo de los witizanos, que habían asesinado a su padre, Fáfila o Fávila, habría huido de Witiza refugiándose en Asturias. Habría participado en la batalla del Guadalete, logrando salvarse y volver a Asturias con parte del tesoro de Toledo. Seguramente le habrían acompañado bastantes godos e hispanorromanos más. El gobernador musulmán de la región, Munuza, se había enamorado de la hermana de Pelayo, Adosinda, con quien había

intentado casarse, provocando la ira de Pelayo. Este, apresado y llevado a Toledo, logró fugarse y volver a las montañas de Asturias, donde inició en serio la rebelión con trescientos seguidores, haciéndose fuerte en torno a la cueva de Covadonga, en el monte Auseva. Las crónicas ofrecen relatos con detalles distintos, pero básicamente no son contradictorias y en lo esencial vienen confirmadas por las fuentes árabes.

Enseguida Munuza envió un ejército para aniquilarlos. Junto con los musulmanes iba el obispo Oppas, encargado de convencer a los rebeldes de la inutilidad de su resistencia. Oppas habló así con Pelayo: «Trabajas en vano. Sabes bien cómo todo el ejército godo fue incapaz de resistir el empuje de los ismaelitas. ¿Cómo podrás tú solo resistir en esa cueva? Escucha mi consejo y retírate a gozar de los muchos bienes que fueron tuyos, en la paz que te concedan los árabes». A Pelayo no le pareció bien la propuesta, y replicó. «No quiero amistad con los sarracenos ni sujetarme a su imperio. Porque, ¿no sabes tú que la Iglesia de Dios se compara a la luna, que estando eclipsada vuelve a su plenitud? Confiamos, pues, en la misericordia de Dios, que de este monte que ves saldrá la salud para España. Tú y tus hermanos, Don Julián, ministros de Satanás, determinasteis entregar a esas gentes el reino godo; pero nosotros, teniendo por abogado ante Dios Padre a nuestro Señor Jesucristo, despreciamos a esa multitud de paganos…». De modo que Oppas se volvió a sus aliados islámicos: «Aprestaos a luchar, porque no tendréis con él trato hasta que lo venzáis por la espada».

Y a pesar de la enorme superioridad numérica de los islámicos, la batalla, en el lugar de Covadonga, habría terminado en victoria cristiana. Según la *Crónica de Alfonso III* habrían

perecido entonces 124.000 *caldeos*, muriendo los 63.000 restantes aplastados por los propios montes. Las cifras disparatadas y el aplastamiento montaraz debieron de sonar increíbles a mucha gente, por lo que el cronista exhorta: «No juzguéis este milagro inútil o fabuloso, y recordad que aquel que sumergió en el mar Rojo a los egipcios que perseguían a Israel, es el mismo que sepultó bajo la inmensa mole de la montaña a los árabes que perseguían a la Iglesia del Señor».

Las disparidades entre las crónicas musulmanas y las cristianas, y dentro de cada grupo, han dado lugar, como es lógico, a interpretaciones variadas, desde las que solo conceden a la batalla el valor de escaramuza hasta las que niegan la existencia de la batalla y del mismo Pelayo. La realidad poco dudosa es que sí se produjo esa batalla, que fue mucho más que una escaramuza, puesto que obligó a los árabes a abandonar un punto tan importante como Gijón y dio lugar a la formación de un reino, cosa que los invasores no habrían consentido en modo alguno si no se hubieran visto muy forzados a ello. El lugar del combate bien pudo ser Covadonga y su entorno, una zona sumamente escabrosa y llena de bosques, donde una tropa pequeña y conocedora del terreno podía haber emboscado y destruido a otra más grande. Con la mayor probabilidad los musulmanes no debieron de pasar de un millar o dos, y los cristianos de unos cientos. La historia, despojada de tonos legendarios como el de la miel o el del número de *caldeos*, no solo resulta muy verosímil, sino la única explicación que casa con la historia posterior. Incluso la conversación entre Pelayo y Oppas, aunque indemostrable, pudo haber tenido lugar, como debieron de tener lugar tratos semejantes en otros lugares, sea o no fiel la transcripción del diálogo.

En suma, hubo indiscutiblemente una revuelta y una batalla de importancia bastante para que los árabes evacuasen una amplia comarca. Los rebeldes tuvieron que contar con un líder que las tradiciones, cristiana y musulmana coincide en llamar Pelayo, el cual hubo de poseer un valor extraordinario para desafiar a un poder que tan aplastante se había demostrado. Y dio lugar a una nueva autoridad en la región, es decir, a un reino nuevo, precariamente estructurado en los primeros momentos, pero que se organizaría pronto a más alto nivel, por las exigencias de la gobernación y por la seguridad de que antes o después vendrían las contraofensivas agarenas.

A su vez, Pelayo ha sido víctima de desmitificadores hipercríticos y de patriotismos locales, amparados en las imprecisiones de las crónicas. Así, dejando aparte a quienes niegan su existencia, básicamente porque les parece bien negarla, se le ha atribuido origen astur, gallego, cántabro y hasta británico. La tradición de su carácter de noble godo ha sido negada arguyendo que su nombre no es germánico, o que Asturias era una región tradicionalmente rebelde contra romanos y contra godos, por lo que un jefe de ese origen no podría haber movilizado a los naturales de la región. Nada de ello tiene mucho sentido. Entre los dirigentes godos aparecen nombres latinos, como Claudio, Casio o Pedro, y el origen griego de Pelayo (*Pelagio*) no debió de extrañar en el reino de Toledo, próximo ideológicamente al bizantino. Tales nombres podrían designar a godos que hubieran adoptado nombres latinos, como sin duda había hispanorromanos que adoptaban nombres germanos. Los reyes siguientes, empezando por su hijo Fávila, luego Alfonso o Fruela, son claramente germánicos, y predominarán en general. Y desde la sumisión de los astures por

Augusto, la región había quedado pacificada, por más que restos de paganismo y grupos no romanizados persistiesen en las zonas más montañosas del Cantábrico y los Pirineos. Que algunos de estos integrasen las fuerzas de Pelayo no es solo posible, sino lo más probable, así como que los nobles godos huidos a las montañas conservasen parte de sus séquitos.

Existe además otro elemento que distingue decisivamente al nuevo reino de las antiguas tribus astures, cántabras o vasconas y sus acciones de pillaje sin ningún objetivo político, y es la instauración inmediata de un reino, con una sede y designio de sostenerse y crecer. Y ello solo podían hacerlo líderes godos o/y hispanorromanos, aunque se apoyaran, cosa lógica, en la población local, incluso la menos romanizada. A veces se lee, hasta en autores solventes como Luis Suárez, siguiendo a Sánchez Albornoz, que no puede hablarse de un estado hasta finales de aquel siglo o principios del siguiente, con Alfonso II, porque fue este rey quien construyó un palacio y una corte, y estableció relaciones con Carlomagno. ¿Qué habría entonces? Solo un «movimiento de resistencia o como se le quiera considerar», un grupo de guerreros con un caudillo. Es decir, algo muy semejante a la época anterior a Augusto, una idea ridícula. Pues ni fue Carlomagno quien creó, directa o indirectamente, el reino de Asturias, que Alfonso II simplemente heredó; ni el palacio parece algo muy significativo. Con seguridad la sede en Cangas de Onís y luego en Pravia, exigiría alguna forma de residencia regia, fuera más o menos vistosa. Suele atenderse poco al dato tradicional de que Pelayo fue a Asturias con un tesoro, elemento importante para sufragar una rebelión.

Otra corriente admite la existencia histórica de Pelayo y su

alzamiento, pero no le da más valor que el de una revuelta local sin apenas proyección política o religiosa, motivada por descontento ante los impuestos u otra razón parecida: poco más que un alboroto de bandidos que tuvo la suerte de no haber sido aplastado a tiempo, por haber sucedido en un lugar remoto y sin interés económico. Esa versión supone que sería con bastante posterioridad cuando unos poderes más estables utilizaran ideológicamente a Pelayo y Covadonga, convirtiéndolos en mitos útiles. Desde luego, tal interpretación se apoya solo en un oscuro deseo de negar los hechos, favorecido por la ausencia de documentos contemporáneos. Pero si esos poderes posteriores se asentaron se debió sin duda a la victoria anterior de Pelayo, hay una continuidad muy precisa entre ambos; y una revuelta en condiciones tan difíciles contra una potencia abrumadora exigía bastante más que molestias personales o el deseo de evitarse algunos impuestos, que el resto del país aceptaba con resignación. Hay tendencia entre bastantes historiadores, probablemente por las condiciones de su propia existencia, a descartar otras motivaciones que no sean las económicas, pero ello no deja de resultar arbitrario, aunque las mismas estén presentes muy a menudo.

Por otra parte, el diálogo entre Oppas y Pelayo, sea una invención posterior o no, tiene máximo valor histórico como exposición de un espíritu sin duda muy difundido, presente también en la *Crónica bizantino-arábiga:* los prodigiosos éxitos árabes daban la impresión de marcar el futuro del mundo, de modo que lo único sensato sería adaptarse, sometiéndose a lo inevitable, o incluso islamizarse para aprovechar aún mejor aquel mundo nuevo. También queda claro el aprecio por el reino de Toledo como un estado, que, a pesar de su fuerza y

solidez, había sucumbido ante el empuje ismaelita.

La versión tradicional, despojada de exageraciones y milagrería, resulta con mucho la más verosímil a la luz de la historia posterior. Pelayo era casi con seguridad un noble, hijo del duque de Asturias asesinado por Witiza, aunque no tenía por qué ser de sangre real. Por eso su familia disponía de clientela y séquito y de una buena red de relaciones en una región donde el poder islámico aún no había tenido tiempo de afianzarse, salvo en Gijón y su zona costera. Estos datos, más el mencionado tesoro, encajan mejor con los hechos conocidos que cualquier otra versión especulativa. Solo en condiciones tales habrían favorecido la arriesgadísima decisión de Pelayo de retar a quienes tan pocos años antes habían destruido el impresionante estado en que él había hecho su carrera y, más ampliamente, encontrado el sentido de su vida.

Llamamos oscuros a aquellos tiempos porque tenemos pocas noticias de ellos, pero obviamente no fueron oscuros para quienes los vivieron. Es difícil captar desde el hoy los sentimientos de unas gentes en peligro constante, porque no era de esperar que los árabes se contentaran con aquella situación. Una resistencia así difícilmente respondería a conveniencias económicas, que más bien inclinarían al pacto y la sumisión: debían estar presentes desde el principio los motivos evidenciados documentalmente más tarde, es decir, la memoria y reivindicación del antiguo reino y del cristianismo. Pelayo fundó un reino cristiano, ello es evidente. No hay constancia de que tuviese la idea de recuperar el reino hispanogodo, pero ello es con mucho lo más lógico, pues el recuerdo de la España perdida, tan reciente, hubo de pesar de modo decisivo como justificación y motivo de una rebeldía más allá de una mera

resistencia o explosión momentánea. Lo contrario sí suena sumamente improbable y rebuscado.

Pelayo no se encastilló en las montañas, sino que estableció la capital en Cangas de Onís, cerca pero fuera de la zona más agreste, y desde allí amplió su dominio por el norte, hacia el mar, y por el este y el oeste. Éxito decisivo fue la fácil toma de Gijón, unos 80 kilómetros al noroeste de Cangas, de donde habrían huido ya los musulmanes. Gijón era el puerto español más importante del Cantábrico, y su dominio suponía salir de un reducto montañoso casi inaccesible, pero aislado, y abrir relaciones y comercio con Francia o Inglaterra. Además, el prestigio de tales hechos no dejaría de atraer a otros españoles que huyeran de Al Ándalus, lo cual reforzaría la potencia del reino.

Hacia el este, Pelayo empleó la diplomacia. En Cantabria, había habido un duque godo, llamado Pedro, a quien los musulmanes habían tomado la capital, Amaya. Pedro debió refugiarse en las zonas más abruptas, quizá había intervenido en Covadonga o la habría aprovechado para afirmarse en Cantabria. En cualquier caso, Pelayo casó a su hija Ermesinda con el hijo de Pedro, Alfonso, quien reinaría como Alfonso I unos años más tarde. Quedaron así fusionados los territorios astur y cántabro, aumentando la extensión y pujanza de los «asnos salvajes» perdidos entre riscos. Los musulmanes no pudieron evitar el crecimiento del reino, aunque parece que en 735 infligieron una derrota no demasiado relevante a los asturianos. La rebeldía se había extendido a los vascones, que el año anterior habían desbaratado otra expedición islámica; en una nueva campaña, los árabes ocuparon o reocuparon Pamplona hasta 740. Pelayo buscó atraerse a los vascones, así

como a los gallegos descontentos del nuevo yugo. Y debió de afrontar incursiones y escaramuzas de los andalusíes, que serían de escaso efecto.

Cuando Pelayo falleció, en 737, su reino se estaba convirtiendo ya en un problema bastante grave para Al Ándalus. Le sucedió su hijo Fávila o Fáfila, de temple muy distinto al del padre. Al parecer ni los andalusíes le atacaron ni él atacó a los andalusíes, dedicando sus esfuerzos más bien a las cacerías, a las que era aficionado. Como fuere, no tuvo tiempo de hacer nada reseñable o reseñado, pues a los dos años y medio lo mató un oso. Muy distinto sería su sucesor, Alfonso I.

8. LA GRAN EXPANSIÓN DE ASTURIAS CON ALFONSO I

Los musulmanes apreciaron como una de sus mayores glorias la conquista de España, deslumbrados, según sus poetas, por su belleza, riqueza y fertilidad. Sus crónicas también expresan admiración por la riqueza del reino sometido y por los monumentos y edificios de sus ciudades, como Sevilla, Córdoba, Mérida o Toledo, aunque la yijad destruyera gran parte de ellas y otras menores. Todavía hoy muchos islámicos recuerdan con intensidad a Al Ándalus y no renuncian a recobrarlo de algún modo.

Geográficamente España es, con Italia y los Balcanes, la más occidental de las tres grandes penínsulas europeas que se adentran en el Mediterráneo; con la particularidad de que también se abre al Atlántico, hecho que tendrá la máxima importancia en la historia de España y del mundo al terminar la reconquista. Dichas tres penínsulas, muy montañosas, difieren también de la Europa Central, caracterizada por extensas llanuras. Geográficamente, la Península Ibérica se articula *grosso modo* en cinco grandes zonas llanas o mesetas en las cuencas de los río Duero, Tajo, Guadiana, Guadalquivir y Ebro, más otras menores en Levante y el noroeste, enmarcadas por cordilleras más o menos abruptas. Esta disposición, tan distinta de las llanuras centroeuropeas, dificulta las comunicaciones y algunos historiadores han querido explicar por esa causa una tendencia a la dispersión política… que no ha existido. Las divisiones geográficas por montes o ríos nunca han señalado fronteras

políticas internas. Y ya notamos cómo en una Francia básicamente llana la dispersión y división del poder franco fue muy acentuada, mientras que la España visigótica tendió a una creciente unificación.

La ocupación de la península, un territorio extenso, relativamente rico y bien organizado proporcionaba una base excelente para continuar la yijad hacia el resto de Europa, como se intentaría tempranamente.

Y en el país iba tomando forma una nueva sociedad muy distinta de la anterior: Al Ándalus, con un carácter africano-oriental cada vez más acentuado. El poder lo ostentaba una oligarquía árabe, que mantenía en posición inferior a los moros o bereberes, pese a estar estos islamizados, formar parte de los vencedores y haber sido los primeros debeladores del reino de Toledo. Los moros estaban descontentos además porque se les aplicaban impuestos mayores que a los árabes, y habían recibido las peores tierras. Y tan pronto como el año 730 un caudillo bereber llamado Munuza se rebeló en el noreste, aliándose con el duque de Aquitania, Odón o Eudes, y fue precisa una campaña militar de los árabes para aplastar la revuelta. En la población hispana comenzó una corriente de conversiones al Islam, pero lenta, al contrario de lo que había ocurrido en el norte de África: hasta finales del siglo no llegaría al 20 por ciento. Los conversos fueron conocidos como *muladíes*, es decir, «mezclados», mirados como inferiores por los musulmanes de origen o «puros». También aumentó el número de esclavos, característica mantenida todo el tiempo que duró Al Ándalus.

La masa de la población seguía siendo cristiana y hablaba el latín muy vulgarizado de la época. Pero como *dimís* (monoteístas no islámicos) debían pagar gravosos impuestos

especiales, uno personal, la *yidzia*, y otro sobre la tierra o *jaray*, que suponían en torno a la mitad de la cosecha, con deudas acumulables de una generación en otra. La aportación de los impuestos hacía que el poder musulmán no sintiera grandes deseos de hacer proselitismo con ellos. Los cristianos vivían en permanente discriminación y humillación. Se les impedía reconstruir sus iglesias, edificar otras nuevas, el toque de campanas, cualquier tipo de proselitismo (castigado con la muerte), poseer armas o montar a caballo o con ropas lujosas, o tener casas más altas que las de los musulmanes. Su testimonio, en juicio, valía lo mismo que el de una mujer, equiparado a la mitad del de un varón musulmán. En los conflictos dentro de la comunidad se regían por el *Liber iudiciorum* visigodo, pero en los litigios con musulmanes se aplicaba la ley islámica, que los ponía automáticamente en inferioridad. Estas normas, como ocurre con frecuencia, no siempre se cumplían de modo escrupuloso, pero establecían la diferencia. Raramente, algunos podían ser utilizados en cargos públicos a falta de muslimes idóneos, y lo mismo ocurría con los judíos. A partir de un siglo y medio más tarde, estos cristianos fueron llamados *mozárabes*, es decir «arabizados», aunque en los reinos del norte se les llamó siempre españoles. Según se fue asentando la rebelión de Asturias, bastantes de ellos huirían allí, elevando el nivel cultural del naciente estado rebelde.

* * *

Los muslimes debieron de suponer en un principio que la sublevación de Pelayo, en zonas casi inaccesibles, pobres y poco pobladas, les traería pocas preocupaciones, de modo que concentraron su mayor empeño en la conquista de Francia. Cuando la invasión de España, el poder franco sufría un proceso

de disgregación y decadencia, con reyes ineptos y poder efectivo de los mayordomos de palacio. Pero mientras los islámicos completaban sus campañas en Spania, uno de esos mayordomos, Carlos Martel («Martillo»), enérgico y eficaz, fue imponiéndose en campañas civiles, de 715 a 718, hasta reunificar el reino y extenderlo en guerras exteriores no solo por las actuales Francia y Países Bajos, sino también por el oeste y sur de Alemania. Sin proclamarse rey, lo era de hecho, cambió a los monarcas y dio pasos para sustituir la dinastía merovingia por la carolingia de sus descendientes. De modo que cuando los árabes se lanzaron a fondo a la conquista de Francia, no se repitió la experiencia de España: los francos se hallaban nuevamente unidos bajo un dirigente capaz, que también hizo más temible su ejército dotándolo de cuerpos de caballería a imitación de los árabes.

En 721, alrededor de la fecha de Covadonga, los árabes sufrían una seria derrota en Tolosa (Toulouse), aunque ello no les impidió proseguir sus campañas, de modo que en 725 ya dominaban el sureste de Francia y se internaban por Borgoña, lanzando incursiones hacia el norte. El choque mayor, que la historia recuerda como decisivo, tuvo lugar entre Poitiers y Tours. Al revés que en el Guadalete, las tropas francas se mantuvieron firmemente unidas, derrotaron a los musulmanes y los persiguieron hacia el sur. Los historiadores tradicionales valoran esta batalla como una de las más transcendentales de la historia, al impedir que Francia sufriera la suerte de España, lo que habría abierto el paso probablemente a la islamización del resto del continente. De haber sido otro el desenlace, la civilización europea habría tenido muy poco que ver con lo que conocemos. Poitiers tuvo lugar en 732, diez o doce años después

de Covadonga y cinco antes de la muerte de Pelayo. Varios decenios más tarde, la victoria franca repercutiría también en España.

No obstante, otras versiones «de los historiadores modernos» quieren suponer, como en el caso de Covadonga, que se trató de uno de tantos encuentros, poco más que escaramuzas, y que los invasores no pretendían conquistar Francia, sino solo saquear aquí y allá; y que en su momento se habló poco de Poitiers, siendo más tarde cuando, por razones ideológicas, se creó el «mito». Realmente son razonamientos muy traídos por los pelos. Los árabes no habían cesado en su yijad para conquistar nuevos países, y Poitiers se encuentra en el centro-norte de Francia, prueba de la gravedad y profundidad de sus avances. Martel hubo de combatir aún varios años hasta expulsarlos de la Borgoña y el sureste, sin conseguirlo del todo. Y también en este caso quedó de relieve el efecto del terror yijadista: diversos nobles francos dieron por inútil la lucha, claudicaron y aceptaron pactos, como otros en España. Martel se ocupó de ajustarles duras cuentas, privándoles de su posición y de sus bienes.

Por su parte, Al Ándalus no era un oasis de paz. Lo mandaban *valíes*, gobernadores, nombrados desde Kairuán, en la actual Túnez o directamente desde Damasco, sede de los omeyas, y que se encargaban de continuar la yijad hacia Francia. Uno de ellos, Al-Hurr puso la capital de Al Ándalus en Córdoba, que le pareció una ciudad espléndida, donde permanecería hasta comienzos del siglo XI. En un primer momento la habían puesto en Sevilla, impresionados por su monumentalidad, y donde habían residido gran parte de los magnates hispanorromanos, mientras los godos lo habían hecho

en Toledo. Tanto Córdoba como Sevilla estaban en el valle del Betis, rebautizado como Guadalquivir («río grande»), y la elección de esa región como sede principal del nuevo poder no era arbitraria: se trataba de la zona más rica y culta de la península ya desde antes de los romanos, y seguía manteniendo su preeminencia.

En los veintiocho años desde la invasión a la muerte de Fávila, se sucedieron nada menos que dieciséis valíes, uno cada menos de dos años de promedio, lo que indica inestabilidad o desconfianza. Y la irritación de los bereberes creaba una tensión permanente que no tardaría en estallar en revueltas.

* * *

Hacia finales de 739 fue proclamado monarca del reino astur-cántabro el yerno de Pelayo, Alfonso I. Para entonces aquel territorio independiente podría cubrir entre 15.000 y 20.000 kilómetros cuadrados, es decir, unas treinta veces menor que el conjunto de la península. Pese a su pequeñez, las escabrosas sierras del sur le protegían de las expediciones de castigo andalusíes, por lo que acaso hubo la tentación de enquistarse en la zona en posición defensiva, como quizá hizo Fávila. Alfonso, en cambio, retomó multiplicado el ímpetu expansivo o propiamente reconquistador de Pelayo. Según la *Crónica de Alfonso III,* posterior en un siglo y medio, ocupó gran número de localidades más o menos importantes en la antigua Gallaecia, que incluía Galicia y el norte de Portugal. La crónica menciona Lugo, Tuy, Oporto, Braga, Viseu y otras. Sus ofensivas se dirigieron también hacia León, Zamora, Palencia, Valladolid, llegando hasta Ávila, y más al este otras localidades en La Rioja. Sin embargo, en la mayoría de los casos era imposible conservarlas, de modo que se trataba en realidad de

incursiones o algaras a caballo. Los andalusíes realizarían «aceifas», ofensivas con verdaderos ejércitos, sin descuidar las algaras, generalmente de menor profundidad.

Con ello, el reino cubría ya unos 30.000 kilómetros cuadrados, y precariamente algunas extensiones más, fracción ya considerable del medio millón largo de la península. En cualquier caso fue una expansión asombrosa, teniendo en cuenta la debilidad inicial. Exceptuando partes de Galicia, seguía siendo una de las zonas más pobres y menos pobladas del país. Alfonso demostró talento estratégico al despoblar el valle del Duero y llevarse al norte a gran parte de sus gentes. De este modo dificultaba las expediciones árabes al tiempo que reforzaba la población de los núcleos astures y gallegos. Este aumento demográfico obligó a roturar nuevas tierras, y esa sería ya una característica de la reconquista: si bien al principio se realizó desde el sur hacia el norte, en lo sucesivo seguiría la dirección contraria, según se recuperaban tierras al Islam. Es posible que las gentes desplazadas por Alfonso incluyeran las de los llamados Campos Góticos, más tarde Tierra de Campos, en la actual Palencia: una comarca en la que debió de haberse asentado una gran parte de la población étnicamente visigoda, la cual acabaría de fundirse entre la de Galicia y Asturias, tantos siglos después de haber abandonado Escandinavia y peregrinado por media Europa.

Ciertamente Alfonso fue un caudillo audaz y de grandes ánimos. Según la crónica citada, llevó una ejemplar vida cristiana, sin ofender a Dios ni a la Iglesia, e hizo restaurar muchos templos destruidos por los islámicos, y construir otros nuevos.

Al morir este monarca, el reino fundado por Pelayo se había

convertido, como decía el *Ajbar Machmúa*, en motivo de seria intranquilidad para los andalusíes. Lo cual libró a Francia de nuevas embestidas ismaelitas desde la península. En adelante, las energías islámicas iban a concentrarse en aplastar o al menos contener a los osados hispanos del norte. Lo cual no debería resultar muy difícil, ya que económica y demográficamente, Al Ándalus retenía una superioridad abrumadora.

Seguramente las empresas de Alfonso I no habrían podido realizarse sin una gran ventaja ocasional: la guerra civil entre bereberes y árabes, que supo aprovechar a fondo. Las necesidades de dinero para sostener las campañas militares, unidas al desprecio de los árabes hacia los moros, habían llevado a imponer a estos los mismos impuestos que a los infieles, en contra de las normas coránicas. Surgieron entonces movimientos igualitaristas (*jariyíes* y otros) contra las pretensiones árabes de constituir, dentro del Islam, una minoría privilegiada y exclusivista en el disfrute del poder. Como es natural, esas ideas calaron pronto entre los bereberes y terminaron dando lugar a una gran rebelión en el norte de África desde finales de 739, por las mismas fechas en que Alfonso tomaba el cetro. La rebelión se extendió por todo el Magreb, derrotó en varias ocasiones y masacró a los árabes, obligando a estos a llamar en su auxilio a un ejército de sirios. Los sirios eran igualmente árabes, aunque existía una agria rivalidad entre ellos y los de la propia Arabia, sobre todo yemeníes, que predominaban en el Magreb. De ahí que la colaboración entre unos y otros fuera poco eficaz y los moros volvieron a derrotarlos en una gran batalla, en octubre de 734, en Bagdura, en el centro del actual Marruecos. Los restos del ejército sirio se refugiaron en Ceuta, mientras los vencedores

avanzaban hacia Kairuán, donde fracasarían más tarde.

Estos sucesos soliviantaban a los bereberes de Al Ándalus, que recibían un trato semejante al de los del Magreb y eran empleados en las guarniciones de vanguardia y en los puestos más peligrosos, aparte de recibir peores tierras. Los árabes, preocupados, mejoraron algo el trato, pero la rebelión terminó estallando al conocerse el resultado de la batalla de Bagdura. Se produjo además una sequía y el hambre consiguiente. Los moros abandonaron los puestos de vanguardia frente a los españoles y convergieron hacia los centros de poder árabes, Toledo, Córdoba y el Estrecho. Los árabes de Al Ándalus no querían en modo alguno traer a los sirios a la península, pero ante la ofensiva bereber no tuvieron más remedio que hacerlo, con promesa de que una vez dominada la revuelta, abandonarían Al Ándalus. La conjunción de ambos funcionó mejor que en el Magreb, y en 742 aplastaron la revuelta mora. Pero los sirios se negaron a marcharse, pese al acuerdo, lo que dio lugar a una nueva guerra, esta vez entre los árabes de Siria y los de Arabia, estos apoyados por algunos bereberes. Finalmente la guerra concluyó a mediados de 743, por agotamiento, y los sirios se quedaron en el país, sin que disminuyera la rivalidad con los otros semitas, por lo que se repetirían los choques sangrientos entre unas facciones y otras.

Las noticias de estos sucesos debieron de llegar pronto a oídos de los españoles, y Alfonso supo explotarlos, tomando numerosas ciudades casi desguarnecidas. A pesar de sus tumultos internos, los andalusíes no dejaron de lanzar incursiones o aceifas para castigar a los cristianos o recuperar territorios perdidos, pero Alfonso consiguió rechazarlas. En adelante resultaría ya muy difícil a los musulmanes desalojar a

los cristianos del territorio ganado.

Mientras el poder hispano se consolidaba en el norte, la guerra interna y los ataques de Alfonso habían sumido a Al Ándalus en una crisis duradera, que el último valí, Yusuf Al-Fihri, no llegó a superar pese a gobernar de 747 a 756, nueve años, el período más largo de gobierno de valíes hasta entonces.

9. ABDERRAMÁN I CAMBIA EL RUMBO DE AL ÁNDALUS

Sobre la inestabilidad de Al Ándalus incidieron por entonces otros sucesos en Oriente Próximo. La dinastía Omeya había ensanchado prodigiosamente el Islam, y de ella dependía Al Ándalus. La integraba un linaje tribal, encabezado por una familia que ejercía el gobierno y se beneficiaba sin remilgos de él. Pese a sus éxitos militares, soportaba la cólera sorda de los discriminados musulmanes no árabes y las resistencias y maquinaciones de otros clanes que la acusaban de no islamizar a fondo sus conquistas, y le disputaban la legitimidad del califato, por contar con antecesores más próximos a la familia de Mahoma. Uno de estos bandos, el de los chiíes, había perdido en 680 a su líder Husein, hijo de Alí y de Fátima, una hija de Mahoma. Husein y su comitiva habían sido vencidos, torturados y asesinados, y sus mujeres vendidas como esclavas; pero sus seguidores mantuvieron núcleos de resistencia en Persia, pese al martirio de varios de sus jefes. Otro clan familiar, descendiente de Abás, un tío de Mahoma, fomentaba el descontento, hasta promover una rebelión en 748. En 750, el Omeya Maruán II fue derrotado en el norte de Irak y el aspirante Abú Abás al Safah se proclamó califa. El vencedor convocó a la familia Omeya a un banquete con el fin de negociar acuerdos, y antes de servirse el primer plato hizo asesinar a los convidados, sin exceptuar los niños. La dinastía Omeya había gobernado durante noventa años. La nueva dinastía, conocida por los abasidas, pronto abandonó Damasco

y fundó Bagdad como capital propia.

Por esas fechas, la España septentrional se consolidaba, mientras que Al Ándalus vivía en una semianarquía que amenazaba con desintegrarlo, debido a las disputas por las tierras, a los privilegios y discriminaciones entre los propios musulmanes y a las lealtades tribales, mucho más fuertes que cualquier idea de un estado común, y que enfrentaban a sirios, yemeníes y otras facciones ismaelitas.

El exterminio de la familia Omeya no fue completo, pues dos hijos se salvaron, confundiéndose con otros fugitivos en Damasco para refugiarse entre los beduinos del desierto. Descubiertos, lograron escapar, pero al tratar de cruzar el Éufrates a nado, uno fue capturado y degollado; el otro, llamado Abderramán, consiguió llegar a la otra orilla y eludir a sus perseguidores. Acompañado por un pequeño grupo de leales, y siempre con los asesinos en los talones, emprendió una huida que le llevaría por Siria, Palestina y el norte de África, hasta encontrar asilo en una tribu bereber a la que había pertenecido su madre, al sur del actual Marruecos. Terminó expulsado de allí, por lo que se dirigió a Al Ándalus después de entrar en contacto con andalusíes próximos al clan Omeya. Con estos apoyos desembarcó en la costa de Granada en otoño de 755, cinco años después de la matanza de su familia, y a partir de ahí su destino cambiaría.

En Al Ándalus gobernaba el valí Yusef al-Fihrí, que se bandeaba malamente entre las reyertas de grupos árabes y bereberes. El desorden ofrecía oportunidades a aventureros audaces, y Abderramán supo reunir un pequeño ejército de seguidores. Llegó, además, en momento propicio, como Tárik cuarenta y cuatro años antes, pues Al-Fihrí se encontraba

luchando a gran distancia, en Zaragoza. De manera también similar a Rodrigo, el valí dejó Zaragoza y marchó a afrontar la nueva amenaza. Entre tanto, Abderramán se impuso en Sevilla y remontó la ribera del río hacia Córdoba, de donde bajaba a su encuentro Al-Fihrí. Este no se atrevió a combatir, sino que intentó un acuerdo pacífico ofreciendo a su rival el matrimonio con una hija suya. Abderramán no aceptó el trato, se entabló combate y perdió el valí. A continuación entró en Córdoba, expuesto a ser asesinado por algunos suyos a quienes había impedido el pillaje. En la ciudad se proclamó emir, es decir, gobernador de un nivel superior al de los valíes. No se tituló califa, máximo dirigente político-religioso, pero se declaró independiente de los abasidas que habían intentado completar en él el exterminio de su familia.

Abderrramán iba a gobernar treinta y dos años, hasta 788, en lucha casi permanente con las distintas facciones andalusíes: el derrocado Al-Fihrí, luego sus hijos, diversas tribus árabes y bereberes. A los jefes abasíes los degolló y envió sus cabezas, conservadas con sal y alcanfor, a Damasco o Bagdad, en desafío a la nueva familia califal. Esta careció de fuerzas o de arrestos para someter directamente al rebelde, pero no dejó de enviar agitadores que sublevaron algunas zonas, como Barcelona y Zaragoza, o ciudades del sur y la misma Sevilla. En las revueltas participaron también muladíes, es decir, conversos. Los bereberes, pese a estar divididos y militar muchos en el ejército de Abderramán, fueron su enemigo quizá más peligroso. En sus rebeliones anteriores, una larga sequía había obligado a muchos de ellos a volver al Magreb desde Galicia y otras regiones, retorno intensificado por sus derrotas frente al emir. Este venció siempre a las revueltas, que rebrotaban una y otra vez, con su

cortejo de miles de cabezas cortadas y crucifixiones públicas. Al principio, Abderramán solo dominaba el valle del Guadalquivir y el este de la actual Andalucía, pero con sus victorias llegó a imponerse hasta el valle del Ebro y los Pirineos orientales, y hasta las difusas fronteras del valle del Duero con los cristianos. En sus últimos años, a las revueltas les sucedieron las conspiraciones de palacio por parte de familiares suyos, pero las descubrió a tiempo e hizo pagar con sus cabezas a los intrigantes.

Estos tumultos y luchas intestinas impidieron al emir concentrar sus fuerzas contra el reino asturiano, pero no dejó de lanzar contra él algunas peligrosas aceifas. Una de ellas, por el oeste, concluyó en una dura derrota en fecha incierta, probablemente mediados de los años sesenta. El lugar de la batalla, Pontuvio, no identificado con claridad, estaba en Galicia o acaso de Asturias. Otra aceifa por la parte oriental, en el territorio de los vascones, tuvo más éxito, devastando amplias comarcas y obligando a los naturales a pagar tributo. En todo caso, el reino cristiano permaneció básicamente incólume.

Abderramán fue ante todo un magnífico organizador. Para afrontar las continuas sublevaciones creó un ejército de 40.000 hombres, mucho más numeroso que los de sus contrarios, y le dio una composición que se haría permanente: el grueso de la tropa lo formaban bereberes y esclavos africanos o de procedencia eslava, ya que no se fiaba ni de la población local, cristiana en su gran mayoría, ni de los conversos o muladíes, ni de los sirios y otros árabes. El mando, al igual que la corte política, lo integró principalmente con miembros del linaje Omeya, presentes en la península o inmigrados de Oriente. Superando así la anarquía anterior, puso en pie un verdadero

estado andalusí bastante bien organizado, que duraría dos siglos y medio.

Al mismo tiempo emprendió obras públicas, atendió al mantenimiento de calzadas, puentes y acueductos heredados del reino hispanogótico, y construyó otros nuevos. Se ocupó asimismo en dotar a Córdoba de nuevos edificios vistosos que la convirtieran en un magno centro urbano y monumental, capaz de competir con la odiada Bagdad. Hacia 780 o 785 empezó a construir la gran mezquita, en el lugar de la basílica cristiana de San Vicente y aprovechando sus materiales y los de construcciones romanas y visigóticas, traídos hasta de Mérida. La mezquita, armoniosa y con cierta originalidad, llegaría a ser la mayor del Islam después de la de La Meca.

Todas estas empresas absorbían cuantiosos recursos económicos, por lo que el nuevo poder se vio obligado a buscar dinero por diversas vías. Una de ellas fue el incremento de los impuestos sobre la población cristiana, que constituía probablemente el 80 por ciento de la total; otra fue la sistemática confiscación de bienes a los rebeldes vencidos, así como las fincas, o parte de ellas, que Muza había cedido, por pacto, a Teodomiro de Orihuela o a los descendientes de Witiza.

Contra lo que a veces se afirma, Abderramán no creó una atmósfera de tolerancia religiosa, sino al contrario. La construcción de la mezquita sobre la basílica cristiana es el símbolo de una mayor dureza, manifiesta también en los impuestos. Por lo demás, continuaron las normas profundamente humillantes, que convertían a los cristianos en parias, en lo que había sido su país: el agua, los alimentos, la ropa o los utensilios tocados por un cristiano se convertían en

«impuros» para los fieles de Alá.

Aunque algunos cristianos y judíos llegarían a ser utilizados, por sus conocimientos especiales, como auxiliares por así decir técnicos, ganando cierta posición, se trataba de casos excepcionales.

* * *

En 757, casi en simultaneidad con el establecimiento de Abderramán en Al Ándalus, en Asturias sucedía Fruela I a su fallecido padre Alfonso. La posición del reino había mejorado mucho, aunque seguía muy expuesto ante la gran superioridad material andalusí. Fruela mostró energía tratando de consolidar el reino, asegurando sus fronteras, y fue capaz de derrotar, en la mencionada batalla de Pontuvio, a las fuerzas de Abderramán, cuyo general Omar fue capturado y decapitado. Con esta seguridad, pudo reforzar la frontera de Galicia en el río Miño, y repoblar la zona con colonos cristianos, seguramente procedentes del desertificado valle del Duero y cristianos huidos de Al Ándalus. Su padre había incursionado muy profundamente en la parte sur de Gallaecia, actualmente Portugal, así como en tierras de León y la futura Castilla, pero no había contado con fuerzas suficientes para asegurar el control de zonas tan amplias, entre otras cosas por la débil demografía de Asturias.

No está claro si el reino incluía ya a una parte considerable de los vascones, pero lo cierto es que tuvo que sofocar una revuelta de estos, llevándose como rehén a una princesa vascona, Munia, al parecer prima segunda de él mismo, y con la que matrimonió. En 766 hubo de enfrentarse a una nueva rebelión, esta de magnates gallegos. Tal vez los ataques de Abderramán se produjeran por aquellas fechas, aprovechando la inestabilidad

causada por las turbulencias en Galicia y Vasconia. Como quedó indicado, en la zona vascona el ataque musulmán tuvo más éxito.

No está claro si los impulsos disgregadores por el este y el oeste del reino nacieron espontáneamente o si fueron provocados por medidas quizá demasiado inflexibles de Fruela, el *hombre de hierro* según alguno de sus apelativos. Disgustó también a parte del clero, al obligarle a cumplir estrictamente el celibato, costumbre que cíclicamente decaía. Gran relevancia para el futuro tendría su apoyo a la orden benedictina, verdadera civilizadora de Europa Occidental. Fruela fundó varios monasterios de dicha orden, que, como en otros países, desempeñarían un papel inestimable en la preservación del legado clásico, el mantenimiento de la escritura, la introducción de técnicas agrarias y metalúrgicas, de medicina según los conocimientos de entonces, etc. Uno de los conventos creados por Fruela daría lugar a Oviedo, villa que conocería cierto esplendor cultural más adelante, convertida en capital del reino.

La energía del monarca, acaso también un tanto rígida en su afirmación monárquica frente a los nobles, le creó numerosos enemigos que conspiraban contra él. Resuelto a acabar con ellos, Fruela mató personalmente a su hermano Vimarano, en torno a quien se tramaba una conjura, lo que le valió el apodo de *cruel*. Pero no consiguió detectar a tiempo otra conspiración, y fue asesinado en la capital, Cangas de Onís, en 768. Había reinado once años, con más problemas internos que externos, debido a que Abderramán, que le sobreviviría veinte años como emir de Córdoba, estaba a su vez agobiado con sublevaciones más graves y continuas. Durante esos veinte años, los problemas de Al Ándalus no serían explotados por los tres reyes siguientes como

lo había hecho Alfonso, con lo que prácticamente se paralizó el inicial impulso expansivo desde Pelayo.

Después de Fruela, los oligarcas eligieron a Aurelio, que pudo haber tenido parte en la muerte de su antecesor. Solo reinó seis años, falleciendo de muerte natural. De su reinado, como del de Fávila, no se reseña nada especial, aparte de una revuelta de siervos o de «libertos» en alguna comarca no identificada, y que resolvió probablemente combinando la represión y las concesiones. A pesar de sus dificultades, el poder de Córdoba pesaba como una amenaza intimidante, y Aurelio no tenía arrestos para desafiarla, de modo que no intentó conquistar nuevas tierras, sino que aprovechó la situación para comprar la paz mediante el pago de tributos a Abderramán o, según una leyenda improbable, la entrega de cien doncellas, supuesto hecho atribuido también a otro rey posterior.

Fallecido en 774, fue elegido para sucederle Silo, cuyo gobierno de nueve años tampoco dio mucho que hablar. Derrotó, como Fruela, a un tumulto de nobles gallegos, mantuvo la paz con Córdoba y cambió la capital de Cangas de Onís a Pravia. En 783 fue proclamado a su vez Alfonso II, hijo de Fruela y Munia, pero un golpe palaciego le desposeyó del trono. El nuevo monarca, Mauregato, pasaría a la historia o las crónicas como un sujeto depravado. Es posible, incluso, que accediera al poder con apoyo de Abderramán, interesado en injerirse en los asuntos del reino, a falta de poder aplastarlo. Al igual que los anteriores, Mauregato careció de cualquier ímpetu de conquista, buscando ante todo conservar su posición con acuerdo de Abderramán, a quien pagaba tributo (o las improbables cien doncellas).

La inactividad de estos monarcas frente a la de sus

antecesores sugiere la tentación, no ilógica, de abandonar la idea de España inspirada en la anterior nación cristiana, desechar así la motivación que había dado lugar al reino, reducirse a lo ya logrado sin ulteriores aspiraciones y aceptar la sumisión al poderoso emirato. Tentación recurrente, pero imposible.

Mauregato falleció en 789, un año después de que Abderramán, y por entonces cambiaron las circunstancias en Al Ándalus. Los denodados esfuerzos del primer emir por asegurar el poder omeya en la península dieron sus frutos, y su sucesor, Hixem (o Hisham) I, pudo disfrutar de un período de paz interna solo turbada por una revuelta de dos hermanos suyos y alguna agitación bereber y yemení, liquidadas con facilidad. Esta situación favorable le permitió reemprender guerras contra los cristianos, tanto contra el reino asturiano como contra los francos, con éxito considerable al principio. Durante su emirato de ocho años se implantó en Al Ándalus la escuela de jurisprudencia islámica *malikí*, fundada unos años antes en Medina, muy rigorista en la observancia coránica, con un casuismo exagerado y en gran parte estéril, que no dejaba lugar a la especulación. La tendencia general en Al Ándalus sería a un creciente rigorismo coránico, matizado por su incumplimiento parcial en las costumbres, pues el consumo del vino, prohibido por Mahoma, parece haber sido bastante común.

En Asturias, a Mauregato le sucedió Bermudo I, llamado *el diácono* por referencia a su estado clerical, que no obstante le permitía ser casado, como en efecto lo estuvo. Bermudo duraría en el poder solo dos años, sufriendo rudos embates de Hixem. Este atacó por el este, es decir, hacia Vasconia, y por el oeste, hacia el Bierzo y Galicia. Estas ofensivas causaron graves daños, los andalusíes se retiraron con botín constituido por bienes

diversos, cautivos y esclavas, pero sin llegar a destruir el molesto reino del norte. En 791, cuando los musulmanes se retiraban cargados con su botín, Bermudo los atacó en el río Burbia (Bierzo), pero sus enemigos, más diestros, lo derrotaron por completo. Bermudo, hombre razonable, concluyó que sus habilidades guerreras no estaban a la altura de lo necesario, de modo que cedió el cetro voluntariamente al antes desposeído Alfonso II. Y con este daría fin el período de estancamiento en la reconquista, que había durado veintitrés años.

10. LA MARCA HISPÁNICA Y LA TENSIÓN GODO-FRANCA EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Aproximadamente por el tiempo en que Abderramán edificaba su estado islámico y el reino de Asturias conocía unos años de estancamiento, más allá de los Pirineos, bajo la dirección de Carlomagno, tomaban forma cambios que influirían profundamente en la historia de Europa y en cierta medida también en la de España. Carlomagno, rey de los francos y los lombardos y futuro emperador, nieto de Carlos Martel, subió al trono en 768, en tiempos de Aurelio de Asturias. Gobernaría cuarenta y seis años, hasta 814. Su reinado fue una sucesión de campañas, generalmente triunfales, para someter a pueblos germánicos y eslavos, que extendieron su poder sobre Francia, Países Bajos, la mayor parte de Germania y algunas zonas eslavas. Dominó así toda la Europa Central. Pero lo que dio especial significado a su gobierno fueron sus profundas reformas políticas, educativas y económicas, que perdurarían mucho más allá del pronto derrumbe de la estructura imperial tras su fallecimiento. Estas reformas constituyen lo que a menudo se denomina «Renacimiento carolingio», estimado especialmente en el plano cultural.

Aunque el soberano era probablemente analfabeto, tenía en mucho la cultura y a las personas cultas, y promovió en su capital, Aquisgrán, una gran Academia palatina. Desde 782 la dirigió el clérigo inglés Alcuino de York, uno de los más

destacados intelectuales de la época, que tenía el ambicioso designio de crear una nueva Atenas, es decir, un magno centro de saberes científicos y de especulación filosófica y teológica, capaz, gracias a su carácter cristiano, de superar incluso a la misma ciudad griega. En ello le ayudó la ocupación de Lombardía, que a pesar de las destrucciones, guardaba la mayor reserva cultural del Imperio romano. Asimismo la invasión islámica de España hizo huir a Francia a varios escritores e intelectuales que hallaron refugio en Aquisgrán. La escuela reavivó el interés por los textos clásicos, por el *trivium y quadrivium*, es decir, las ciencias, las artes y el pensamiento, método ya recogido y aplicado por Isidoro de Sevilla; y acogió a numerosos sabios procedentes de Irlanda, España, Alemania y Francia. En 796 sustituyó a Alcuino el español Teodulfo, teólogo y poeta, hombre de confianza de Carlomagno, que le nombró obispo de Orleans. Teodulfo dedicó grandes esfuerzos a impulsar escuelas monásticas, episcopales y parroquiales sobre el modelo de la de Aquisgrán, que formaran al mayor número posible de gente cultivada. De la labor de Aquisgrán derivaría cierta posterior preeminencia cultural de Francia en Europa.

Un rasgo del espíritu carolingio fue su estrecha relación con el papado, heredada de los merovingios, cuando la conversión de Clodoveo había hecho de Francia «hija primogénita de la Iglesia». Desde muy pronto Roma, como sede de San Pedro, había aspirado a la hegemonía sobre el resto, a presidir la Cristiandad, pero en el siglo VI el emperador bizantino Justiniano había creado la *pentarquía*, cinco patriarcados iguales en rango: Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Roma. Solución inestable, resuelta en parte cuando los árabes ocuparon Alejandría y Jerusalén, y neutralizaron Antioquía.

Había crecido entonces una rivalidad soterrada entre Constantinopla y Roma, agravada por el *cesaropapismo*, el poder de nombrar y revocar patriarcas y obispos que se atribuían los emperadores bizantinos, uno de cuyos títulos era el de *Igual a los Apóstoles*. El patriarca de Constantinopla aceptaba esa autoridad imperial, pero Roma la soportaba a disgusto. Desde 727, cuando en España comenzaba la reconquista, aumentó el malestar al imponer los emperadores la iconoclasia o destrucción de imágenes, por considerarlas una forma de idolatría, cosa que Roma tampoco aceptaba. Al final ganaron los partidarios de las imágenes, pero entre tanto el papa Zacarías (741-751), con auxilio del rey franco Pipino el Breve, padre de Carlomagno, había roto la costumbre de someter su nombramiento al refrendo de Constantinopla.

Y el sucesor en el papado, Esteban II, atacado por los lombardos, pidió ayuda a Pipino, el cual no solo le ayudó sino que le donó unos territorios lo bastante amplios para sostenerse y defenderse de agresiones. Esa «Donación de Pipino» originó los estados pontificios, que dividían por la mitad en diagonal la península italiana, de Rávena a Roma. Los papas también pretendieron, sin éxito, mando sobre todo el antiguo Imperio romano de Occidente, invocando una presunta «donación del emperador Constantino», que mucho después se demostraría falsa. Con algunas ampliaciones, el estado papal nacido entonces duraría hasta la unificación de Italia en 1870. Los estados pontificios serian por eso uno de los mayores obstáculos, durante mil años, para la unidad nacional de Italia, si bien al mismo tiempo proporcionaron a los italianos una influencia religiosa e intelectual sobre toda la Cristiandad.

El pacto franco-papal tuvo una doble consecuencia: por él,

la dinastía merovingia cedía el paso oficialmente a la carolingia, y Roma se liberaba de la tutela de Constantinopla para ligarse más estrechamente a la de los francos. Carlomagno mantuvo la política de su padre, aunque no cedió la propiedad del territorio papal, haciendo de los papas una especie de lugartenientes suyos.

Bajo Carlomagno, la Iglesia, muy protegida, aumentó enormemente su influencia y prestigio, y mejoró la cultura y conducta moral del clero. Las conquistas dieron pie a una intensa presión cristianizadora, a menudo violenta, cosa relativamente nueva. Así, 4.500 sajones fueron decapitados, según las crónicas, por haber vuelto al paganismo después de haber sido bautizados.

Las reformas económicas tuvieron también gran importancia: dada la escasez de oro, se empleó la plata con carácter general en la acuñación de moneda, estableciendo una relación entre sus fracciones que ha continuado en Europa hasta la introducción del sistema decimal. Aunque el sistema de impuestos era rudimentario, mejoró la contabilidad y se prestó atención a la reparación de caminos y medios de transporte, y a combatir la usura y la especulación (se prohibió a los judíos prestar dinero). Y se impusieron precios fijos que obstaculizaban un tanto el comercio. Pero los cambios más profundos y decisivos, que darían lugar a la sustitución de la esclavitud por la servidumbre, tendrían lugar sobre todo desde comienzos del siglo siguiente.

* * *

Dentro de las empresas bélicas de Carlomagno tienen especial interés para España sus ataques a Al Ándalus. El control de Córdoba sobre las zonas islámicas inmediatas al sur de los

Pirineos era precario, y algunos de sus rebeldes gobernantes o valíes pidieron ayuda militar a Carlomagno contra Abderramán. Según fuentes árabes, el monarca franco atacó simultáneamente por el este y el oeste de los Pirineos, en 778, pero fracasó en Zaragoza, lo que le obligó a abandonar allí la empresa. Cuando se retiraba por Roncesvalles, los vascones emboscaron a su retaguardia infligiéndole grandes bajas entre sus nobles, entre ellos el famoso Roldán (Rolland), que cosa de dos siglos después daría tema al más célebre cantar de gesta francés.

Este grave revés no impidió nuevos ataques, y siete años después los francos tomaron Gerona y algo más al sur establecieron el límite de una *Marca Hispánica*, llamada también *Gothia*, tanto por estar en España su territorio como por componerse su población de hispanogodos bajo protección de los francos. Las marcas eran barreras fortificadas, de carácter defensivo-ofensivo frente a territorios hostiles. La Hispánica debía haberse asentado en el Ebro, pero no lo consiguió (la idea renacería mucho después, cuando Napoleón planeó establecer en el Ebro la frontera francesa). Se componía de unos quince condados, unos dirigidos por francos, otros por hispanos. Sin embargo, por servir a los intereses francos, ajenos al reino hispanogodo, la Marca fue concebida ante todo como barrera ante Al Ándalus, no como embrión de una vuelta al reino de Toledo. En realidad los condados de la Marca solo se incorporarían a la reconquista a medida que iban liberándose de la tutela franca, cosa que ocurrió pronto en los Pirineos occidentales, dando lugar al reino de Pamplona en el siglo siguiente, y mucho más despacio en la parte oriental. En cierto sentido, la Marca debilitó el proceso reconquistador al permitir a Córdoba concentrar el grueso de sus empeños bélicos contra la

España cantábrica.

Frente a esta marca, los andalusíes organizaron a su vez su *Marca Superior*, entre Tudela y el Mediterráneo, con capital en Zaragoza. Sin embargo las frecuentes reyertas entre árabes, muladíes y bereberes, junto con sus malas relaciones con Córdoba, a la que apenas obedecían, les imposibilitaba lanzar verdaderas ofensivas contra los cristianos. Así, hispanos, francos y andalusíes mantenían en sus respectivas marcas un trato de antagonismo impotente, cortado por escaramuzas y combates menores.

De este modo, la parte española quedó dividida en dos: la cantábrica, independiente y hacia la que se dirigían la mayor parte de las arrasadoras aceifas cordobesas, y la pirenaica, bajo autoridad y protección de los francos. La España cantábrica mostró desde el principio un fuerte dinamismo expansivo, mientras que la pirenaica quedaría semiparalizada largo tiempo. La causa de su semiparálisis era precisamente la falta de independencia y por tanto de sentimiento de legitimidad. Aunque los condes solían ser godos, dependían del poder franco, que aceptaban con desagrado, por el recuerdo de los viejos conflictos, fuentes de un sentimiento subterráneo de incomodidad y oposición. De este modo, entre los francos y los musulmanes, algunos condes godos preferían el acuerdo con los musulmanes, solo impedido por las razias y ataques de estos; y llegaban a sabotear las iniciativas francas que trataban en vano de ampliar la Marca hasta el Ebro.

No obstante, con la Marca Hispánica nace la influencia franca, luego francesa, en la historia de España. Cabe definir ese fenómeno, simplificando, como una tensión entre la herencia goda y la influencia franca, extendida hasta la actualidad, si bien

hoy sustituida en enorme medida por el abrumador ascendiente anglosajón. Debe aclararse la idea de otro modo: la herencia goda era de hecho hispanogoda, pues en ella predominaba el componente latino en la cultura, y también había sido muy relevante en política a través del aparato eclesial y los concilios. La influencia franca en España iba a variar mucho según las épocas, insignificante en unas y en otras preponderante hasta desplazar pasajeramente o dejar en segundo término el legado propiamente hispánico. El menosprecio y denigración, hoy tan frecuentes, tanto de la reconquista como de la España anterior a ella, pueden ser vistos como una manifestación de predominio franco en la tensión señalada. No obstante, la herencia hispanogoda es realmente la raíz y el sustrato político, nacional e intelectual no solo de la reconquista, basada en la legitimidad del reino de Toledo, sino de la historia de España en su conjunto, que de otro modo se reduciría a un apéndice o satélite de la historia y cultura francesas. Lo que posiblemente haya sido, hasta cierto punto, en algunos períodos.

La tensión godo-franca tiene otra dimensión. El reino de Toledo evolucionó a una fusión entre lo germánico y lo romano, mientras que los francos parecen haberse mantenido con más fuerza como una oligarquía sobre la masa galorromana (ha llegado a explicarse la Revolución francesa como una revuelta de los galos contra los francos, en lo que hay quizá un fondo de realidad). En esa diferenciación puede verse también la mayor dureza del feudalismo francés sobre el campesinado y su fuerte impulso a la dispersión en poderes particulares. Cosas ambas bastante menos acentuadas en España, la opresión señorial por la necesidad de la repoblación y acaso otras causas; y la dispersión por la motivación unitaria del reino de Toledo. Y

más tarde en Francia nació, por reacción a la desintegración feudal, el concepto contrario de monarquía absoluta, poco homologable también a la tradición hispanogótica. Como veremos, la reconquista es también la historia de una tensión permanente entre las fuerzas integradoras y las disgregadoras, y estas últimas debieron bastante —aun si no todo ni mucho menos— a las influencias francas.

La probable mayor diferenciación en Francia que en España entre la oligarquía germánica y la población autóctona, y la opresión correspondiente, que ocasionaría en Francia alzamientos campesinos, aplastados sin piedad, no parece haber respondido, de todas formas, a una diferenciación racial o étnica, pues en la más homogénea Germania la opresión del pueblo llano por la oligarquía nobiliaria no sería inferior a la de Francia, quizá incluso más marcada y prolongada en el tiempo.

* * *

En el último cuarto del siglo tuvo lugar, partiendo de España, la agria polémica del adopcionismo. Pese a la inseguridad de los tiempos y las dificultades para cruzar las fronteras y el semidesierto del Duero, entre Asturias y Al Ándalus existían relaciones comerciales en pequeña escala e intercambios intelectuales entre los cristianos de ambas zonas. Y uno de sus resultados fue una agria disputa en torno a la consideración de Jesús. Los concilios de Nicea y Calcedonia, cuatro siglos antes, se habían pronunciado contra las tesis arrianas según las cuales Jesús, el Hijo, no era divino en la misma forma que el padre, sino que como hombre había sido elegido y divinizado por el Padre. En España, el arrianismo había sido sustituido por el catolicismo, pero entonces retoñó con alguna variante: los obispos Elipando de Toledo y Félix de

Urgel, sostuvieron que Jesús no era la encarnación del Hijo preexistente, sino un hombre designado por Dios, «adoptado» para transmitir su doctrina, y divinizado después. Sus tesis provocaron agrias discusiones en España y Europa, y personajes como Alcuino o Teodulfo se opusieron. El problema se zanjó en los concilios o sínodos de Rastisbona, Frankfort y finalmente Aquisgrán. Alcuino llevó la voz cantante contra Elipando y Félix, cuyas tesis fueron finalmente declaradas heréticas y Elipando destituido como obispo de Toledo.

Dato curioso de este sínodo es que consideró la brujería mera superstición, y condenó a muerte a quienes persiguiesen e intentasen quemar a las brujas: la creencia en brujerías se miraba como un residuo del paganismo. Sería en los avanzados siglos XVI y XVII cuando la quema de brujas se extendiera por la Europa Central como una especie de renacimiento pagano, ligado acaso a los príncipes protestantes opuestos a Roma. La plaga afectó también a países católicos, librándose de ella España gracias a la Inquisición, que entendió la brujería como una especie de histeria.

En España, la acción principal contra Elipando correspondió el obispo Eterio de Osma y sobre todo al monje Beato de Liébana, desde un monasterio próximo a Oviedo. La cuestión tenía transcendencia teológica, porque la idea de un hombre adoptado por Dios ponía en duda el monoteísmo y se asemejaba a ciertos mitos paganos, como el de Hércules, por lo que aceptar la divinidad de Jesús exigía interpretar a este como una encarnación del propio Dios en la figura del Hijo. Pero además tenía transcendencia política especial en España, porque la herejía recordaba demasiado al arrianismo y favorecía el punto de vista islámico, según el cual Jesús solo había sido un profeta,

con lo cual quedaba en entredicho todo el camino andado en el orden religioso-político desde Recaredo, con efectos sobre la moral de resistencia cristiana.

En Aquisgrán, Elipando tachó a Alcuino de «sacrílego, corrompido por un veneno mortal y tenebroso por la oscuridad de la ignorancia»; y de «ministro no de Cristo, sino del fetidísimo Beato». Había en ello también la arrogancia del que se estima superior, pues advirtió que Liébana no era quién para dar lecciones a Toledo. A su vez, Beato detestaba especialmente las tentaciones de sumisión y colaboracionismo con los árabes —probablemente Elipando había sido nombrado obispo por las autoridades musulmanas, que se inmiscuían continuamente en los asuntos internos de la Iglesia—, por lo que atacó sin remilgos a su oponente, a quien llamó «testículo del Anticristo», «mono», etc. La presión del Papa, de Carlomagno y Alcuino zanjaron finalmente la disputa, y el adopcionismo quedó marcado como herejía.

Beato escribió varias obras de máximo efecto en la conformación del clima político-religioso con que pronto proseguiría la reconquista, tras su momentáneo estancamiento. Su obra más conocida fue el *Comentario al Apocalipsis de San Juan,* terminado en 786, poco original pero sí muy divulgado en Europa y famoso por la belleza de sus artísticas ilustraciones y por contener uno de los mapamundis más antiguos de la Europa cristiana. Con este libro, el autor buscaba hacer un llamamiento al combate contra el Islam para recobrar España (la del reino hispanogodo). De ahí que traslade los símbolos del *Apocalipsis*: la guerra contra los invasores era la causa de Dios contra el *Anticristo*, representado por el emirato de Córdoba. El llamamiento ganaría máxima fuerza y popularidad como aliento

a una lucha que, de entrada, parecía sin esperanza frente al poderío y las frecuentes ofensivas islámicas.

No menor relieve histórico tiene su alusión a la predicación de Santiago en España, tradición ya vieja bastante antes de descubrirse su hipotético sepulcro en Compostela. También suele atribuirse a Beato el himno *O Dei Verbum*, que comienza con una invocación intensamente cargada de fe «¡Oh Palabra de Dios, salida de la boca del Padre/ creador y verdadero principio de las cosas/ autor eterno y luz origen de toda luz/ engendrado en el seno de la Virgen santa/¡Oh Cristo, verdaderamente Dios con nosotros!». Y más adelante declara a Santiago «Apóstol santísimo y digno de alabanza, cabeza brillante y dorada de España, defensor nuestro y patrono de la nación».

Por Santiago se entiende Santiago el Mayor, que según una poco probable tradición habría predicado en España antes de ser martirizado (decapitado) en Jerusalén, en la primera mitad de los años cuarenta. Pero hay otro apóstol del mismo nombre, Santiago el Menor («hermano del Señor»), obispo de Jerusalén y lapidado por judíos veinte años más tarde. Y un tercer Santiago llamado *el Justo,* que podría ser el mismo anterior, y a quien se atribuye la *Epístola de Santiago* en la que insiste en la importancia de las obras para la fe, al contrario de otros textos de San Pablo en los que parece desdeñar las obras y fundar la justificación del hombre solo por la fe.

Sea como fuere, y adelantándonos varios siglos, España se convertiría en la gran defensora de la doctrina católica del valor de las obras, es decir, de uno de los Santiagos, frente a la protestante de Lutero, que pone todo el acento en la fe, interpretando a San Pablo y a San Agustín. No deja de ser interesante el contraste histórico, aunque su raíz resulte algo

arbitraria.

11. DOS NACIONES, DOS MUNDOS

A efectos político-históricos, el siglo VIII comienza en España con la invasión islámica de 711 y termina con la proclamación de Alfonso II *el Casto* en 791, que iba a abrir una nueva etapa en la Reconquista; y algo más tarde con la creación de la Marca Hispánica. En sentido contrario, para Europa Occidental también terminaba el siglo por las mismas fechas, en 793, con el asalto al monasterio de Lindisfarne, en la costa noreste de Inglaterra, que abría la «era vikinga». La irrupción árabe, aunque contenida en Francia y norte de España, había amenazado a toda Europa y seguiría haciéndolo desde el sur; y con los vikingos, y más tarde los magiares, comenzaba una nueva oleada de invasiones desde el norte, que pondrían en grave riesgo la consolidación de la civilización europea.

Y así terminaba aquel siglo extraordinario para España, que había visto su casi total pérdida, su continuidad a partir de Covadonga, la épica peripecia de Abderramán I y la formación del emirato de Córdoba, de tormentosa y brillante trayectoria; y las acciones bélicas y fundacionales de personajes como Rodrigo, Tárik y Muza, Pelayo, los dos Alfonsos, la controversia de Beato, Elipando y Félix, las primeras invocaciones a Santiago como protector de España, los nuevos monasterios, la Marca Hispánica y tantos otros sucesos que marcarían el futuro.

Con todo ello, según acababa el siglo se habían delimitado ya claramente dos naciones en la Península Ibérica: Al Ándalus y España. Aunque la palabra España solía designar geográficamente a la Península Ibérica, también a veces entre los

musulmanes, su contenido es esencialmente cultural y político, y propiamente corresponde, en aquellos tiempos, a la parte cristiana que aspiraba a recobrar el conjunto del territorio. Podemos hablar, por tanto, de dos naciones enfrentadas, el triunfo de una de las cuales significaba, a plazo medio o largo, la desaparición de la otra.

La parte española ocupaba toda la franja norte, algo más de mil kilómetros en línea recta desde el cabo de Finisterre, el más extremo en el Atlántico, hasta el cabo de Creus, en el Mediterráneo. Es la parte de la península más lluviosa, y por ello la más boscosa y verde, y también la más escabrosa, marcada por continuas sierras y cordilleras, a menudo intrincadas y de gran altura, hasta 3.000 metros en los Pirineos y pocos menos en los Picos de Europa, menos abrupta en Galicia, al extremo occidental. Las zonas llanas son poco extensas, los valles estrechos y los ríos cortos. La parte cantábrica lindaba toda ella con el mar, y la pirenaica con el reino de los francos. Al oeste se abría el mar infinito e ignorado, por el que nadie osaba adentrarse, pero hacia el norte las islas británicas eran bien conocidas y seguramente existía algún comercio con ellas; y otro tanto ocurría al noreste, la costa de Francia. Eran, pues, tierras pobres que no admitían mucha población, pero al mismo tiempo ofrecían fácil defensa ante cualquier ataque.

Por todo ello habían sido las zonas menos romanizadas, en las que más había resistido el paganismo (presente todavía en algunas comarcas vasconas) y las más rebeldes tanto a Roma como a los visigodos —aunque no debe exagerarse este hecho —. Suena a paradoja que fuera en tales lugares donde se iniciara la reconquista, y que fueran ellas las que iban a repoblar, recristianizar y reivindicar la herencia latina y visigoda para

volver a extenderla al resto de la península. El fenómeno se explica, claro está, por la huida de hispanogodos y luego cristianos de Al Ándalus a aquellas regiones donde se mezclarían profundamente con los autóctonos.

Al sur se abrían las tierras de Al Ándalus, en las que alternaban las cadenas montañosas con amplias mesetas y llanuras en torno a largos ríos de caudal variable: Duero, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, que corren hacia el Atlántico, y el Ebro hacia el Mediterráneo. Regiones en general más aptas para la agricultura y la vida civilizada ya desde tiempos muy antiguos, en especial las del sur y Levante. No solo Al Ándalus ocupaba más de las cuatro quintas partes de la península, sino también las más pobladas, urbanizadas y mejor comunicadas, con comarcas de gran fertilidad en el sur y Levante, explotadas con regadíos y métodos refinados ya desde tiempos de Roma; métodos que en algunos casos perfeccionarían los musulmanes.

Al Ándalus disponía de un estado, el emirato de Córdoba, aunque varias zonas al noreste vivían en perpetua desobediencia, llegando a aliarse con los francos; y en el valle del Ebro los dominios de la familia Banu Qasi, de visigodos conversos, solía apoyar a Córdoba, pero desde una práctica independencia. A su vez, la parte hispana propiamente se dividía en dos territorios, uno cantábrico y el otro pegado a los Pirineos. El primero independiente y con fuerte impulso expansivo, y el segundo bajo tutela de los francos y menos dinámico. Entre los dos ocuparían en torno a un quinto de la península o algo menos. En la relación de fuerzas, la parte andalusí las tenía sobradas para aplastar a la hispana, y si no había logrado aniquilar en germen el reino de Asturias, se debía sobre todo a su propia inestabilidad interna.

Eran dos mundos no solamente enemigos, sino profundamente distintos, aunque no faltaran algunos préstamos mutuos, comerciales y culturales. La diferencia clave, que condicionaba las demás, era la religiosa. Ya mencionamos algunos rasgos que separaban con fuerza la moral y las actitudes políticas y en general ante la vida por parte de las dos religiones. Se ha hecho un tópico corriente la afirmación de que Al Ándalus disfrutó, al menos durante bastantes siglos, de una cultura netamente superior a la de España. Esta afirmación confunde dos tipos de cultura, que podemos llamar alta y común, o de élite y popular. La alta cultura o cultura de élite se manifiesta en la ciencia, el arte especializado y el pensamiento, y en todo ello Al Ándalus, o más propiamente una pequeña minoría de Al Ándalus, fue superior hasta el siglo XII. Pero la cultura común o popular, compuesta de costumbres, moral corriente, derecho, arte espontáneo, conocimientos técnicos prácticos, etc., no tiene menor relevancia, y en ella no es posible hablar de superioridad andalusí.

La cultura popular en los dos casos estaba directamente condicionada por la religión. Y, en líneas generales, el cristianismo suponía mayor diferenciación entre ella y la política, más un concepto de la libertad personal que originaría representatividad en el poder político, una práctica mucho menor de la esclavitud, que se iría haciendo marginal, ideas muy diferentes del derecho, mayor autonomía de la mujer, monogamia estricta, bautismo y no circuncisión, etc.

Ambas religiones tenían cuna semítica, pero el cristianismo se vio desde muy pronto moldeado por la influencia griega y por un universalismo que lo alejaban de su origen judío, y se había asentado en tierras de lengua y etnia no semíticas. El Islam era

también universalista, pero al mismo tiempo mucho más particularista, por cuanto lo árabe, su lengua y su etnia, se consideraban superiores y en cierto modo sagrados. La lucha política entre ambas religiones probablemente las radicalizó en la península, de modo que los andalusíes optaron por el estricto sistema jurídico malikí, mientras que los cristianos del norte, conscientes de la amenaza definitiva que se cernía sobre ellos, optaron por un enfrentamiento sin concesiones, como indica Beato, viendo su lucha como una obligada guerra santa contraria a la yijad.

Las concepciones del derecho diferían asimismo en gran manera: las leyes en España, aunque inspiradas en la moral católica, eran en realidad autónomas y variables, mientras que en Al Ándalus el derecho era directamente religioso, la sharía, que admitía escuelas e interpretaciones ante los casos concretos pero, por su carácter sagrado, no podía cambiarse. Tanto en la parte cristiana como entre los cristianos de Al Ándalus regía el *Liber iudiciorum* de Recesvinto. Esta ley romano-gótica establecía algo parecido a un estado de derecho, pues las normas, dictadas por el monarca previa consulta con la corte (*Officium Palatinum*) y con los obispos, obligaban a todos los individuos y al propio rey. El *Liber iudiciorum*, también conocido por otros nombres y con diversas revisiones, continuaría siendo la base de la legislación española durante muchos siglos, incluso hasta el XIX. No es directamente religiosa y evita el despotismo típico de Al Ándalus, donde la máxima autoridad civil y la religiosa venían a ser la misma.

Pero dentro de Al Ándalus persistía también una masa de población cristiana. Al revés que en el Magreb, donde la población se islamizó con bastante rapidez, en España la

islamización sería muy lenta. Aquellos cristianos desarmados y sometidos, llamados posteriormente mozárabes o «arabizados», porque fueron adoptando la vestimenta, diversas costumbres y cada vez más el idioma de los dominadores, mientras el suyo propio evolucionaba del latín a formas romances, desarrollaron una cultura propia y original. Soportaban mal su despreciada posición en lo que había sido su patria, deploraban «la pérdida de España» y mantenían la liturgia hispanogoda y viejas costumbres. Hubo algunas revueltas, de las que apenas hay recuerdo, y los que podían huían al norte cristiano. A las autoridades musulmanas no les urgía su conversión, pues de ellos extraían excelentes ganancias mediante los impuestos especiales, aunque estos, a la inversa, pesaban a favor de la islamización. No obstante, a finales del siglo los cristianos debían de constituir todavía el 80 por ciento de la población andalusí. Muchos debían mirar con esperanza a los reinos del norte, pero al parecer sin demasiada convicción: la fuerza militar y la riqueza económica del emirato que tenían ante sus ojos les haría dudar de una reconquista efectiva por parte de los pobres cristianos norteños.

Los hispanos islamizados o muladíes fueron adoptando la lengua árabe, abrazaron la nueva fe con espíritu rigorista y miraban con aversión la corrupción y laxitud religiosa de las oligarquías árabes hacia cuyo poder, celosamente monopolizado, sentían muy poca adhesión, como muestran sus frecuentes revueltas. Conformaban una nueva realidad histórica, culturalmente semítica, que invertía la victoria de Roma sobre Cartago. Así los musulmanes pasaron de ser una pequeña minoría militar extranjera a constituir una franja social en contínua ampliación.

Otra diferencia esencial fue la lingüística. El idioma de los cristianos era un latín en rápida transformación en lengua romance, mientras que el árabe, de raíces muy lejanas, era el oficial en Al Ándalus y se iba expandiendo con más rapidez que la religión. Las diferencias idiomáticas irían reforzándose con el tiempo, obstruyendo la comunicación, pues poquísimas personas del norte sabían árabe, y en el sur retrocedía el romance. El idioma encerraba un contenido cultural y, en el caso español, religioso, pues el árabe era el propio de la islamización, precisamente, mientras que el de los cristianos encerraba una larga tradición latina. En Al Ándalus, el árabe pronto se convertiría también en lengua de cultura. La invasión había sido esencialmente destructiva, pero poco a poco iría asimilando y modificando parte de la cultura autóctona y recibiendo los aportes de Persia, Bizancio y la India, que darían a Al Ándalus en el siglo siguiente un notable esplendor en muchos aspectos, no solo con respecto a España, sino también a toda Europa, sometida por entonces a las duras pruebas de una segunda oleada de invasiones. En la parte española, los centros fundamentales de cultura eran los monasterios.

Asimismo difería la composición étnica. En Al Ándalus abundaban, aunque lejos de ser mayoría, los magrebíes, los judíos y una masa esclava traída del África negra y de Europa del este, más una dominante minoría árabe. La población autóctona se dividía entre cristianos o mozárabes, e islamizados o muladíes. Tal variedad social, cultural y religiosa, volvió casi permanente la guerra civil, que impediría a Al Ándalus sacar pleno fruto de su enorme superioridad material. Por contraste, el reino de Oviedo y los demás núcleos cristianos del norte gozaban de mayor homogeneidad étnica y religiosa, y por tanto de mayor

cohesión (no sin querellas internas, desde luego). Por ello podían sacar mejor partido de su fuerza política y militar, pese a su debilidad material. Quizá quedasen en la cornisa cantábrica restos de los idiomas ancestrales, que pronto desaparecieron, salvo el vascuence, muy dialectalizado, de modo que dificultaba la comprensión de una comarca a otra. Conforme los vascones se civilizaban y abandonaban el paganismo, harían del latín y el romance sus lenguas de cultura.

No menor importancia tenía la organización militar. La oligarquía árabe desconfiaba de la población autóctona, incluso de la islamizada o muladí, de tendencia levantisca, por lo que compuso su ejército fundamentalmente con magrebíes y esclavos, en su mayoría de origen eslavo, a fin de impedir una relación estrecha con la población, que en general los odiaba. Un ejército requiere una organización extraordinariamente compleja, con disciplina y mandos expertos al menos técnicamente, y con una vasta red económica en torno, desde talleres y comercio de armas a la financiación de los sueldos, el aprovisionamiento de comida, ropa, caballos y ganado, etc. En todos estos aspectos, los emires tenían posibilidades incomparablemente mayores que los cristianos. Sin embargo estos, pese a que sus ejércitos eran necesariamente más primarios, tenían a su favor su composición con hombres salidos directamente del pueblo y muy fuertemente motivados. Dispondrían también de jefes muy hábiles, como demostrarían en el siglo siguiente. Y los islámicos tenían el problema de las rivalidades, a veces feroces, entre clanes árabes y entre estos y los bereberes, rencores que mermaban la eficacia militar.

Valor crucial tenía asimismo la actitud hacia la mujer, la cual indudablemente era mucho más libre y autónoma en la

monógama España. El mencionado *Liber iudiciorum* reconoce su derecho y acceso a la propiedad de tierras o casas, a la herencia, etc., y el matrimonio en régimen de gananciales. El mero hecho de la monogamia ya constituía una diferencia radical. La poligamia islámica causaba efectos deletéreos en todos los órdenes: aparte de degradar a la mujer, era en el fondo un privilegio de los poderosos, que podían adquirir gran número de esposas y concubinas, mermando las posibilidades matrimoniales de los varones comunes. Los harenes eran también nidos de celos e intrigas con repercusiones políticas cuando se trataba de los círculos de poder. Las diferencias se extendían, asimismo a las costumbres sexuales y familiares. En estos terrenos, los cristianos entendían las conductas de sus adversarios como viciosas y depravadas, asociadas al lujo de los magnates musulmanes. En Al Ándalus, las esposas legales estaban recluidas y apenas se dejaban ver en público, enfundadas en el burka de la cabeza a los pies. En cambio existía un activo comercio de esclavas sexuales, a las que los comerciantes entrenaban para encender el deseo masculino mostrándose sensuales y coquetas. Los magnates llegaban a tener cientos y hasta miles de ellas. Tampoco admitían los cristianos la consumación del matrimonio con verdaderas niñas, y aunque tanto el cristianismo como el islamismo condenaban la homosexualidad, esta, si bien despreciada, era bastante común y admitida en Al Ándalus.

Las diferencias se manifestaban también profundamente en el arte. Los árabes tomaron de los visigodos el arco de herradura, que iba a caracterizar fuertemente su arquitectura. Al revés que los cristianos, no tenían pintura ni escultura propiamente dichas, pues su religión les prohibía la representación de

personas o animales, debiendo limitarse a jugar con motivos ornamentales inspirados en las plantas. Por el contrario, el arte pictórico y escultórico sería siempre un rasgo muy acentuado en España.

Las diferencias significativas se extendían a la vestimenta y la cuestión culinaria. En la cocina española eran centrales el cerdo y el vino, cosas ambas prohibidas por el Islam, aunque en Al Ándalus se observaba cierta laxitud etílica, subrayada por diversos autores.

Basten estos rasgos generales para apreciar hasta qué punto eran España y Al Ándalus, en efecto, dos mundos con visiones distintas y contrarias de la vida que afectaban a todos los aspectos de la sociedad. Obviamente no dejó de haber préstamos e influencias mutuas, incluso lingüísticas, pero sobre un fondo de radical oposición.

* * *

Entre tanto, en Europa habían pasado tres siglos y medio desde el colapso de Roma. Los primeros tiempos de reinos caóticos sin apenas otra ley que la del más fuerte habían dado paso a una mayor estabilidad y cultura gracias ante todo a la labor de la Iglesia. El esfuerzo se había interrumpido parcialmente a causa de las invasiones islámicas, que no solo habían destruido el reino de Toledo, sino que habían interrumpido —nunca por completo, claro está— los flujos comerciales y culturales entre las dos orillas del Mediterráneo. La situación había mejorado notablemente con el reino de Carlomagno, que a comienzos del siglo IX sería nombrado emperador.

Una de las principales consecuencias de la época fue un

hecho social y económico de la mayor transcendencia: la sustitución de la esclavitud por la servidumbre. La sociedad resultante de la caída de Roma se componía de señores, campesinos relativamente libres y campesinos en régimen de esclavitud que labraban las tierras de los señores. El cambio iba a ser esencial, pues el esclavo carecía de derechos, pero el siervo era parcialmente libre, con derechos, aunque sometido a fuertes restricciones, fundamentalmente su adscripción a la gleba, a las fincas de donde no podían salir sin permiso del señor. Este no podía expulsarlos, tenía obligación de protegerlos y no podía matarlos; en cambio podía imponerles cargas de trabajo onerosas. El siervo trabajaba sus propios campos y los del señor, y sus herederos retenían sus derechos. A pesar de los abusos, la servidumbre representaba un gran paso en relación con la esclavitud, no solo en el plano jurídico sino también en el económico, al interesar al siervo en su propia producción.

Este tipo de relaciones sociales nacían de la gran inseguridad de la época: los señores ofrecían ley y protección a cambio de servicios o de servidumbre. Aparte de los siervos existían campesinos libres sujetos a cargas, en especial militares en caso de guerra. Es probable que el número de estos campesinos fuera decreciendo, por el agobio de las deudas u otras imposiciones, entrando en la condición de siervos.

Se ha discutido mucho sobre si en aquella época había comercio o este había colapsado desde la caída de Roma, dando lugar a una economía de autoabastecimiento y subsistencia. El derrumbe de Roma había reducido mucho el tráfico, desde luego, con el golpe posterior del corte del Mediterráneo, pero los excedentes agrarios o mineros, al menos los de los señores, debían comercializarse para obtener objetos de lujo, armas,

ropas, construir edificios e iglesias, mantener tropas, etc.

La servidumbre, aunque no universal, es uno de los rasgos del sistema social de la época, llamado feudalismo, un concepto bastante discutido. Un feudo era un pacto por el que el rey entregaba a un señor (vasallo) un título y unas tierras a cambio de servicio militar. A su vez, la relación entre este vasallo y sus dependientes, siervos, campesinos libres, soldados, artesanos, también suele entenderse como vasallaje, por cuanto deriva de un pacto con obligaciones mutuas.

La Iglesia racionalizó teóricamente e idealizó esta sociedad estableciendo tres estamentos, de los que hablaremos más: el clero (*oratores* o rezadores), los señores o nobles con sus mesnadas (*bellatores*) y los campesinos y artesanos (*laboratores*). Cada estamento tenía su función: la defensa espiritual de la sociedad, la militar y la producción material. La teorización de esta sociedad, de origen agustiniano y formulada también por San Isidoro, es posterior a su establecimiento, el cual surgía de modo bastante natural de unas circunstancias de crisis, grave inseguridad, debilidad del poder central y difíciles comunicaciones. Pero los lazos de vasallaje o feudales, tendían a hacerse estables y difíciles de erradicar, provocaban ocasionales revueltas campesinas y pugnas permanentes entre el poder de los señores y el del rey, el cual quedaba, en casos extremos como un simple *primus inter pares.* Y creaba tensión, asimismo, entre el poder secular y el religioso, una particularidad de la cultura europea.

El poder político correspondía ante todo a los rangos superiores de los *bellatores*, compuestos precisamente por las oligarquías germánicas instaladas en los reinos eurooccidentales de aquel tiempo. Y participaban de él igualmente los obispos y

abades, generalmente también de origen germánico y que a menudo desempeñaban también funciones militares. Con el tiempo dichas oligarquías y los elementos superiores de las poblaciones latinas o celtas se mezclarían en mayor o menor proporción. España debió de ser el lugar en que esa mezcla se hizo más temprana y amplia.

En la España cantábrica se dio seguramente una evolución contraria a la carolingia, es decir, el número de campesinos libres aumentó ya desde un principio, por la necesidad de colonizar las tierras arrebatadas a Al Ándalus o de distribuirlas a los refugiados del sur. No ocurriría lo mismo, en cambio, en la Marca Hispánica, donde se aplicarían las tendencias contrarias de los francos, máxime por cuanto sus territorios permanecerían estables largo tiempo, sin apenas expansión hacia el sur.

TERCERA PARTE. DEL EMIRATO A LA CAÍDA DEL CALIFATO

12. ALFONSO II, ERA VIKINGA Y DISOLUCIÓN DEL IMPERIO CAROLINGIO

El reinado de Alfonso II, llamado *El Casto* porque no se casó ni tuvo hijos, iba a durar cincuenta y dos años, de 791 a 842, con una interrupción de 801 a 808, cuando una conjura le recluyó en un monasterio. Durante este reinado gobernaron en Al Ándalus sucesivamente Hixem I, Alhakén (Al Hakam) I y Abderramán II, mientras al norte Carlomagno accedía al rango de emperador: Alfonso fue testigo de la sucesión de Carlomagno y las guerras civiles subsiguientes entre los francos, muriendo un año antes de que su imperio se disgregase.

Durante los primeros años, el reino de Asturias fue sometido a duras pruebas que pusieron en peligro su existencia. Hixem, que dispuso de más tranquilidad interna que su padre Abderramán I, lanzó en 794 dos aceifas contra él; una por el este, por Álava, y otra hacia el núcleo mismo de Asturias. La primera devastó el territorio, mientras que la segunda llegó hasta el centro del reino, en Oviedo, que destruyó. Alfonso y los suyos se escondieron en los montes y acecharon a los musulmanes que se retiraban con el botín. En el momento oportuno, en un lugar no bien identificado, llamado Lutos (lodos o ciénagas), atacaron y destrozaron a las tropas musulmanas, matando a su general.

Muy irritado por esta derrota, Hixem envió al año siguiente dos ejércitos, uno contra Galicia, y otro hacia Oviedo. El primero fue desbaratado como en Lutos, pero el segundo,

mandado por Abd El Karim Mugait, derrotó a los asturianos en Las Babias y los persiguió hasta Oviedo, donde se instaló. Para aniquilar de una vez el reino, trataba de capturar a Alfonso y su corte, pero estos lograron escapar nuevamente, con lo que el golpe se frustró, y a la llegada del invierno Mugait hubo de retirarse.

La aceifas, que más tarde serían anuales, se realizaban al llegar el verano y causaban enormes destrozos: arrasaban los cultivos, saqueaban e incendiaban los pueblos y se llevaban a los hombres como esclavos y a las mujeres para los harenes. Los colonos debían vivir en extrema alerta para no ser sorprendidos y poder huir a tiempo, lo que no siempre lograban y en todo caso perdían bienes y cosechas, frustrando una y otra vez los esfuerzos de repoblación. De ahí que la vida en aquellos lugares resultara en extremo azarosa, requiriendo un espíritu muy particular para soportar tales condiciones.

Poco después de su victoria en Las Babias, Hixem falleció y el emirato volvió a entrar en un período de convulsiones que permitieron al reino español rehacerse. El sucesor, Alhakén I, gobernaría hasta 822, y quedaría en la historia como disoluto y cruel. Tuvo que lidiar con familiares suyos que le disputaban el trono, mientras los Banu Qasi se alzaban también, así como los siempre conflictivos valíes de la Marca Superior. Tampoco faltaron revueltas de muladíes (conversos) en varias ciudades, deseosos de independizarse o indignados por los abusos de las guarniciones bereberes, sobre todo con las mujeres. Dos episodios marcarían su gobierno: la «Jornada del Foso» en Toledo y la «Revuelta del Arrabal», en Córdoba. En 797, Alakén envió a Toledo a un gobernador para sofocar una revuelta. El enviado aplacó a los revoltosos con promesas de controlar la

conducta de los soldados, y convidó a una cena a los notables de la ciudad para discutir los litigios. Estos debieron pasar de uno en uno por un corredor estrecho, en un recodo del cual un verdugo los decapitaba y arrojaba los cuerpos a un foso preparado al efecto. Se dice que perecieron allí medio millar y más de personajes, entre ellos el adopcionista Elipando, aunque suena improbable tanto la presencia de este como el alto número de víctimas, que acaso no alcanzarían el centenar, pues una ciudad que no llegaría a 50.000 habitantes, o muchos menos, difícilmente podía tener tanta aristocracia. Como fuere, el suceso adquirió rango de leyenda. La represión continuó con el incendio de parte de la ciudad y la expulsión de sus moradores al campo en torno.

En la propia Córdoba, Alhakén I hubo de sufrir, hacia 818, las afrentas de los muladíes que vivían en un suburbio de la ciudad, le acusaban de disoluto y le gritaban en las mezquitas: «¡Borracho, ven a rezar!». Para escarmentarlos, hizo crucificar cabeza abajo a un grupo de agitadores, provocando una insurrección que acosó al ejército hasta el palacio de Alakén. Este ordenó incendiar las casas del arrabal, y cuando los amotinados se volvieron para apagar el fuego, los atacó por la espalda, los masacró y mandó desterrar a unos 20.000. Bastantes de ellos marcharon a Fez, en el actual Marruecos, otros a la costa magrebí, donde se dedicaron a la piratería y pasaron luego a Alejandría, que dominaron unos años, y a Creta.

Estos sucesos tuvieron a Alakén muy ocupado, como otros parecidos habían hecho con su abuelo Abderramán I. Los francos aprovecharon la ocasión para ocupar Barcelona a principios del siglo IX, y lanzar incursiones hacia el Ebro. Barcelona quedó al mando del francohispano (godo) Bera,

primero de la serie de condes de Barcelona, que consiguió rechazar un intento musulmán de reconquistar la ciudad en 815. Los habitantes de la Marca Hispánica se llamaban indistintamente godos o españoles (hispanos) y a pesar de que la tutela franca les aseguraba la supervivencia frente a los islámicos, no estaban a gusto con ella. Seguramente se recordaba cuántas veces los francos habían sido enemigos en el pasado. A Bera le desagradaba tener que participar en las expediciones de los francos, y trataba de establecer treguas con los andalusíes para sus dominios, ampliados desde Barcelona hacia los Pirineos. Por ello, en 820 fue acusado de felonía y traición en Aquisgrán, lo que le valió la destitución y condena a muerte, conmutada finalmente por destierro.

Aún explotó mejor Alfonso II la inestabilidad del emirato para rehacerse de una situación crítica y contraatacar a fondo, con audacia digna del primer Alfonso, su abuelo: en 798 rindió y saqueó Lisboa, aunque no la retuvo, por estar cientos de kilómetros alejada de sus dominios. No obstante, la acción revela el nuevo espíritu del reino después de la semiparálisis de sus dos antecesores. Mayor importancia real tuvo su expansión hacia el sur por tierras de León y la actual Castilla, y sobre todo la repoblación que efectuó en ellas.

* * *

Aparte de sus éxitos militares, la figura histórica de Alfonso II descuella al nivel de la de Pelayo. En él se formaliza con nitidez el designio de recobrar España. Al respecto trasladó la capital a Oviedo. Hasta entonces, los reyes habían fundado iglesias y monasterios, y establecido sus sedes en forma probablemente algo campamental, en Cangas de Onís y en Pravia, pero Alfonso quiso hacer de Oviedo un foco cultural y

político de gran categoría, para rivalizar con Toledo como centro de la Cristiandad hispana. Así, reconstruyó los monasterios y edificios arrasados por las aceifas y construyó otros, como baños públicos, un palacio de cierto fuste y una basílica que atrajo peregrinaciones y a la que donó la llamada Cruz de los Ángeles, joya de notable belleza que se haría símbolo del reino. Estas construcciones y reconstrucciones exhibían decisión de permanencia y fe en el porvenir. Sus pequeñas dimensiones expresan la escasez de medios materiales de la época, pero su combinación de elementos godos, mozárabes y locales, conseguía una especial gracia y armonía, inicio del original arte llamado asturiano y expresión de una cultura refinada para la penuria de los tiempos.

La ciudad se repobló con artesanos, labriegos, soldados y mercaderes, constituyendo con Gijón la ciudad más importante de Asturias (en Galicia había otras parecidas). Gijón y otras poblaciones del litoral cantábrico y gallego mantenían cierto nivel comercial con Francia y posiblemente con Inglaterra. Hay constancia de relaciones esporádicas con Carlomagno, quizá para solicitar ayuda o por la cuestión del adopcionismo, que tan directa e intensamente afectaba a España.

Todavía más significativo fue el reforzamiento y evocación del ideal hispanogótico y del reino de Toledo, sus leyes y su simbología. La *Crónica Albeldense*, posterior en cuarenta años a Alfonso, señala que restauró «todo el orden gótico de Toledo». De su palacio solo queda la capilla llamada Cámara Santa, construida expresamente para albergar reliquias de santos traídas de Toledo cuando la invasión, y a las que se atribuía origen en Jerusalén. Esta política goticista, bien explícita entonces, y la falta de documentos anteriores hacen que algunos autores la

crean algo nuevo, inventado arbitrariamente como justificación «ideológica». Pero, insistamos, suena harto improbable una reivindicación de la España goda a un siglo de distancia de su caída, con ese largo período intermedio supuestamente vacío de ideas políticas de algún alcance. Por otra parte, está claro que el nuevo reino, aunque se proclamase heredero del de Toledo, era ya otra cosa. Con casi seguridad, la población visigoda se había fundido con la local; y los nobles a su vez habían emparentado con cántabros y vascones. El propio Alfonso descendía de un godo, Fruela, y de una vascona, Munia. Sin embargo, aun siendo una España muy distinta de la visigótica, había una continuidad en instituciones, religión, lengua e ideas, y el recuerdo de aquel pasado ejercía una potente motivación reconquistadora.

* * *

No solo por lo anterior gana Alfonso II un puesto descollante en la historia de España, aún más por el descubrimiento o invención, como se quiera, del sepulcro de Santiago, cuya influencia cultural iba a tener máximo relieve en España y, a partir de dos siglos después, en toda Europa. En 814 un ermitaño llamado Pelayo afirmó haber visto resplandores en un bosque, de donde vendría el nombre de Campus Stellae, Campo de la Estrella o Compostela. Avisado el obispo de Iria Flavia, Teodomiro, descubrió el presunto sepulcro de Santiago el Mayor, identificado con una lápida. Acudió Alfonso II al lugar, donde hizo erigir un santuario y declaró al apóstol patrón de España, siguiendo a Beato de Liébana. El suceso tuvo tal repercusión, también al norte de los Pirineos, que llegó a atribuirse allí a Carlomagno. Desde entonces la peregrinación crecería, primero desde Oviedo, a través de paisajes

espectaculares, donde los reyes construyeron hospitales y albergues. Pronto se organizó desde el Transpirineo una ruta siguiendo el litoral cantábrico, que reforzó, aún en proporciones modestas, los lazos culturales y comerciales, y aumentaba el fervor y confianza de los hispanos frente al Islam.

La atribución del sepulcro a Santiago tiene también otro interés, aunque por entonces no pudiera plantearse: entre este apóstol y San Pablo existió una dura oposición, que llevó a Pablo a ser casi linchado en Jerusalén. Dos puntos esenciales los enfrentaban. El primero es que Santiago pensaba como judío y exigía a los gentiles que quisieran convertirse la aceptación de los ritos judíos, incluida la circuncisión. El cristianismo sería, pues, solo una variante del judaísmo, ya que Jesús no habría venido a cambiar la ley, sino a cumplirla. Pablo, por contra, elaboró una interpretación en que el cristianismo resulta una ruptura con el judaísmo, no solo en los ritos, sino en la doctrina, en la ley del «pueblo elegido». Transformación crucial: aun dentro de la común inspiración en el Antiguo Testamento, Jesús supondría un cambio de fondo, según San Pablo, postura inaceptable para Santiago, «hermano del Señor».

Esta discordia tendría significación meramente histórica, pues en la práctica quedaría superada, a favor de Pablo, por la propia evolución cristiana. Pero existe otra diferencia de doctrina mucho más profunda y permanente. La epístola atribuida a otro Santiago dice textualmente: «¿De qué sirve que alguien diga "tengo fe" si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? (…). Así es la fe: si no tiene obras, está realmente muerta (…). El hombre es justificado por las obras y no solo por la fe». Pablo, por el contrario, explica: «El hombre no se justifica por las obras de la ley, sino solo por la fe en Jesús (…). Por las obras

nadie está justificado». El Espíritu vendría por la creencia en la predicación, no por las obras, y la Escritura preveía «que Dios justificaría a los gentiles por la fe», mientras que «los que viven de las obras de la ley incurren en maldición».

Aunque se ha buscado de muchos modos conciliar ambas doctrinas, el hecho histórico es, como quedó indicado, que, pocos decenios después de culminada la reconquista, el protestantismo nacerá de la interpretación de Pablo, mientras que la defensa del catolicismo por España arraigará clara y fácilmente en la de Santiago, aunque no se tratase del mismo Santiago de Compostela. Es una relación extraña y un tanto misteriosa. Aún puede ir más allá la cuestión, pues uno de los temas importantes del protestantismo será la denuncia de las reliquias y los negocios hechos con ellas por la Iglesia, y la propia tumba del apóstol podía encuadrarse, aunque no directamente, en el culto a las reliquias, restos de santos, que en los siglos siguientes tendría enorme auge. Y que podría interpretarse como práctica mágica, pagana, o de otras formas.

La tumba de Santiago, harto improbable pero no imposible, nos llega envuelta en leyendas y milagros. El lugar contenía tumbas de época romana. Y, por especulación, algunos autores atribuyen el sepulcro al famoso hereje galaico Prisciliano, cuyos restos habrían llevado allí sus seguidores tras haber sido decapitado en Tréveris cuatro siglos y medio antes. El sepulcro del apóstol, real o no, iba a desempeñar un papel de primer orden psicológico, político, cultural, militar y económico (como vía comercial).

* * *

Por el tiempo del descubrimiento del sepulcro de Santiago moría Carlomagno después de vivir sus últimos años como

emperador. Su coronación imperial se debió a una extraña aventura. El papado se había emancipado de la indeseada protección de Constantinopla para caer en la de las oligarquías romanas, que hacia finales del siglo lo sumirían en el ignominioso «siglo de hierro». Los oligarcas acusaron al papa León III de concubinato y otros delitos y lo depusieron. El Papa recurrió a Carlomagno que lo repuso, y a su vez León lo coronó emperador el año 800. Con ello León no solo se había independizado de Constantinopla, sino que llevaba su desafío hasta atribuirse la potestad de nombrar sucesores de los emperadores romanos. Los bizantinos se titulaban, y formalmente lo eran, los únicos continuadores de aquel Imperio, por lo que tacharon de usurpación la decisión del Papa. Para resolver el trance, Carlomagno propuso el matrimonio a la emperatriz bizantina Irene, con lo que se restauraría casi todo el antiguo Imperio, pero las oligarquías de Constantinopla lo impidieron. Las trifulcas diplomáticas continuaron hasta 813, cuando los bizantinos, resignados al hecho consumado, admitieron la dignidad imperial de Carlomagno.

Pero aparte de estos problemas, lo que se estaba diseñando era algo nuevo y precisamente a imitación de Constantinopla, incluso, en menor medida, del Islam: la unificación del poder religioso y del poder político, con prevalencia del primero sobre el segundo, lo que habría cambiado muy considerablemente la historia europea, asemejándola a la cada vez más estancada y decadente bizantina.

A Carlomagno le sucedió su hijo Ludovico Pío (Luis *el Piadoso*), inferior a su padre en talla política. Al repartir el Imperio entre sus hijos ocasionó discordias y guerras civiles

entre ellos, hasta que por el tratado de Verdún —un año después de la muerte de Alfonso II en España— el Imperio quedó partido en tres, que darían lugar a Francia, Alemania y Países Bajos, en aquel tiempo unidos a Borgoña, Provenza y norte de Italia. Esta división daría lugar a disputas de legitimidad, querellas y contiendas hasta el siglo XX. El sueño de un renovado Imperio de Occidente duró, por tanto, muy poco, aunque la idea permanecería y volvería a primer plano bastantes decenios más tarde.

Con todo, la época carolingia, que a partir de la coronación imperial entró en un período más pacífico, distó mucho de ser estéril. El cambio de la esclavitud a la servidumbre se aceleró, y permanecieron las innovaciones culturales y expansión de la enseñanza. Una de suma relevancia, comparada a veces a la imprenta, fue la unificación de la escritura en la «minúscula carolingia», que se iría difundiendo por Europa a partir de Aquisgrán. Hasta entonces las escrituras eran muy variadas, a menudo confusas o ininteligibles, por lo que la nueva letra, clara y homogénea, que precisaba cierto entrenamiento, facilitaría en muy gran medida la comunicación y comprensión de los textos en latín, el idioma de cultura eurooccidental.

* * *

También comenzaron en tiempos de Carlomagno las incursiones de los vikingos o normandos, que se ampliarían a partir de Ludovico e iban a someter al continente a una verdadera pesadilla durante algo más de dos siglos, hasta su conversión al cristianismo. Cientos de monasterios fueron devastados y los monjes asesinados, una ciudad tras otra saqueada, y aniquilado el monaquismo irlandés y del norte de Inglaterra, importantes focos de civilización hasta entonces.

Aquellos piratas establecieron bases en Irlanda para atacar más cómodamente a Inglaterra y Francia, movilizando flotas de hasta cientos de barcos, a veces verdaderos ejércitos. En algunos momentos llegarían a amenazar la obra civilizadora de la Iglesia y devolver a la barbarie amplias zonas del continente.

A diferencia de las anteriores invasiones germánicas, realizadas por tierra y por pueblos enteros con mujeres y niños, los ataques vikingos se hicieron por mar y ríos, y exclusivamente por varones, aunque en algunos lugares se instalaron y trasladaron allí a sus familias. En 845 atacaron a las tres fracciones en que se había dividido el Imperio. He aquí una acción típica: una flota de 120 barcos remontó el Sena y capturó París dentro del estado de Carlos *el Calvo.* Parte del ejército franco fue arrollada, y la otra hubo de contemplar impotente cómo los invasores ahorcaban a 111 prisioneros en sacrificio a Odín. Carlos solo se libró de aquellos pagándoles la enorme suma de 7.000 libras de plata, lo que animaría a los cobradores a exigir una y otra vez gruesas cantidades a cambio de abandonar ciudades o territorios. Su crueldad llegó a hacerse proverbial. Asesinar a prisioneros o a civiles indefensos era costumbre, como en la catedral de Nantes, donde hicieron morir al obispo y a una multitud allí refugiada. También incursionarían por España y Al Ándalus, pero con mucho menos efecto que en las islas británicas o el continente. Desde luego sufrieron muchos reveses en sus correrías, pero no por ello se desanimaban, y cada verano salían de Escandinavia nuevas expediciones hacia el sur, y hacia el este, por las actuales Rusia, Bielorrusia y Ucrania.

Se ignora la causa de aquel súbito movimiento. Se ha especulado con una «superpoblación» de Escandinavia, pero ello no coincide con el hecho de que los escandinavos se

establecieron en pocos lugares y en pequeño número. Más bien habría que pensar en un impulso de rapiña y piratería, por lo demás bastante frecuente en la historia, estimulado por una afición especial a la lucha y la aventura, y desdén por la «muerte de buey», por vejez y achaques, propia de sedentarios; muerte de todas formas también común entre ellos, aunque poco apreciada. Psicología asentada en su religión.

Por el terror que infundían podrían recordar a la yijad, si no fuera porque rara vez quisieron establecerse o conquistar un país, y menos aún imponerle su religión, común con los germanos y que tenían por exclusiva de ellos, sin afán proselitista. Podrían definirse sus creencias como opuestas radicalmente al cristianismo y con un fondo de pesimismo cósmico que las hacía más ajenas a la mentalidad tanto cristiana como islámica. Como en el paganismo griego, sus dioses no creaban el mundo sino que nacían de él, de un caos o abismo primigenio concebido con imágenes extrañas. El abismo generaba asimismo las fuerzas del mal, contrarias a los dioses ordenadores del mundo, y el mal terminaría prevaleciendo en una lucha que signaría la catástrofe universal, el *Ragnarök* («destino» u «ocaso» de los dioses). Una concepción tan desesperanzada hizo imaginar una edad posterior más amable.

Los dioses conocían su destino, pero ello no les restaba fuerza ni ánimos para enfrentarse a él, luchando sin desmayo, y esa debía ser la conducta de los hombres. Los guerreros muertos con honor irían al Valhalla, una especie de cielo muy diferente del cristiano o del paraíso musulmán, pues allí disfrutarían de los placeres de un combate renovado cada día, de la comida y la bebida, y de las valkirias, preparándose para ayudar a los dioses en la lucha final. En cierto modo esta visión extrapolaba al

género humano y al mundo el destino de los individuos, que siempre termina en la muerte y, no obstante, exige para la vida una actitud valerosa y enérgica.

Antes de asaltar Lindisfarne, los vikingos dedicaban sus ímpetus belicosos a luchar entre ellos, y así siguió ocurriendo luego. No solo practicaron los vikingos la piratería sino que la combinaron con el comercio con diversas mercancías como pieles, artículos artesanos, mercancías de lujo, etc.; y con gran frecuencia la captura y tráfico de esclavos, sobre todo en el este europeo aún pagano. La Iglesia prohibía esclavizar a cristianos, cosa que naturalmente no les detuvo, llevándolos a Escandinavia o a los países islámicos. Los esclavos solían ser vendidos a judíos, que dominaban el negocio y los revendían sobre todo a Al Ándalus y más en general al califato de Bagdad. En su afición al comercio llegaban a establecer mercados para vender a sus víctimas los objetos que acababan de robarles.

Aun con sus depredaciones, los vikingos despertaron una ambigua admiración entre sus enemigos y víctimas. Un diplomático árabe, Ibn Fadlan los describe así: «Nunca he visto gente de figura más espléndida. Son esbeltos como palmeras, de un rubio rojizo y tez muy blanca (…). Siempre llevan un hacha, un puñal y una espada. Desde la punta del pie hasta el cuello van cubiertos de tatuajes…»; otros, el oeste, los describen como «hermosos, de aventajada estatura, ágiles y osados; viven en los mares y tienen sus naves por habitación» (citado por E. G. Oxenstierna). Sin duda se sentían superiores, más libres y fuertes, con derecho a dominar y explotar a los demás. Estas conductas darían lugar, siglos después, a ideas como las de Nietzsche sobre la moral de los señores, propia del paganismo germánico, frente a la moral de los esclavos, como la cristiana.

La primera expresaría, al nivel humano, la despiadada lucha evolutiva por la vida, en la que sobrevivirían los más fuertes o mejor adaptados. El nazismo venía a ser, en parte, un intento de reconstruir la moral pagana de vikingos y germanos.

En sus audaces expediciones los vikingos llegaron a América por la península de Labrador, donde no se establecieron ni supieron nunca del continente alcanzado. Y fueron los primeros en circunnavegar Europa por el Atlántico, el Mediterráneo y a lo largo del Dniéper y otros grandes ríos rusos. Según sus leyendas, reflejadas en la *Crónica de Néstor*, rusa, los desordenados y anárquicos eslavos habrían pedido a los *Rus*, como también eran conocidos los vikingos, que les mandasen unos príncipes para ser gobernados con leyes justas. En cualquier caso, los vikingos suecos, llamados también varegos o varangios, fundaron en Kíef (la Rus de Kíef) y en Nóvgorod los primeros estados rusos, hacia finales del siglo IX, y ellos mismos se eslavizaron. La palabra Rusia proviene de ellos, con gran probabilidad. También pueden considerarse los verdaderos creadores de Inglaterra tras la invasión normanda del siglo XI, que dio al país muchas de sus instituciones características. Asimismo fundaron reinos duraderos y civilizados en la Normandía francesa y en Sicilia. De forma sorprendente, allí donde se establecieron, los vikingos perdieron con bastante rapidez su lengua y cultura, adoptando las del país de (involuntaria) acogida.

Las incursiones vikingas llegaron a la Península Ibérica el año 844, atacando el litoral cantábrico, Galicia, Lisboa y Sevilla.

13. DIFERENCIACIÓN EN LA MARCA HISPÁNICA. INESTABILIDAD EN AL ÁNDALUS

Alfonso II pudo lidiar con éxito contra Alhakén, pero este murió en 822; y a continuación debió enfrentarse a Abderramán II, en condiciones más difíciles. Este emir pacificó al principio su territorio y, deseoso de vengar los reveses sufridos por su antecesor, lanzó en 825 una magna ofensiva por el oeste y el este, por Galicia y por Álava. Estas operaciones eran ya una estrategia repetida, no está claro si con idea de hacer tenaza sobre el núcleo central de Asturias-Cantabria y aniquilarlo, o sin otro fin que causar el mayor daño, al ser los extremos del reino hispano los más accesibles, y por obligar a los cristianos a dispersar sus fuerzas para afrontar a dos ejércitos atacantes. En principio la tenaza podía ser eficaz, pero siempre había fallado alguno de sus brazos, y aun en el caso de tener éxito, el avance posterior por las zonas más fragosas de Asturias, fácilmente defendibles con poca gente, permanecía como una empresa ardua en extremo. El mayor peligro, como vimos, lo había corrido el reino en 795, cuando la embestida andalusí arrasó Oviedo y estuvo muy cerca de capturar o matar al propio rey.

La novedad de la nueva yijad consistía en el empleo de tres ejércitos, dos contra Galicia, con lo que si los cristianos se concentraban en uno dejarían al otro el terreno libre para avanzar y envolverlos. Ante el dilema, Alfonso dejó que Álava se defendiera por su cuenta y dirigió sus fuerzas por el lado gallego,

que le pareció más peligroso. Por Álava, los árabes profundizaron sin mucha dificultad prácticamente hasta el mar, pero no pudieron hacer más y se volvieron con su botín, no muy cuantioso, por tratarse de comarcas pobres, en parte aún paganas. La elección de Alfonso demostró visión estratégica y dotes como jefe militar: en Galicia aplastó sucesivamente a los dos ejércitos andalusíes, y lo que seguramente fue planificado en Córdoba como una campaña decisiva, certificó que el reino cristiano se había hecho casi invencible.

El desastre tuvo que hacer mucha mella en Córdoba, pues el segundo Abderramán se puso él mismo a la cabeza de una nueva ofensiva, en diciembre del mismo 825, en pleno invierno; decisión totalmente desusada, dado que la estación propicia era siempre la primavera avanzada o el verano. Esta campaña quedó sin embargo en nada, fuera porque Abderramán, cuya lujuria se hizo legendaria, se volviera a disfrutar de su harén, fuera porque tuviera que afrontar nuevas sublevaciones internas. Las cuales volvieron a sucederse unas a otras, en la Marca Superior, en Toledo, en Mérida, en la misma Córdoba, donde los cristianos mostraban ánimo levantisco. El emir no tuvo más remedio que dedicar a ellas su atención, y solo desde 838, trece años después, pudo volver a ocuparse de Alfonso, quien, como vimos, supo aprovechar bien esta nueva tregua. Desde entonces, todos los años lanzaba Córdoba una doble aceifa, sobre Galicia y sobre el núcleo inicial castellano y Álava, más para castigar que para conquistar, o acaso para imponerles un desgaste ruinoso. En 839 el emir volvió a encabezar la ofensiva, pero abandonó a medio camino. Sus generales prosiguieron la operación matando a miles de hombres, mujeres y niños y apilando sus cabezas en pequeñas pirámides, como tenían por costumbre. A estas aceifas

solían suceder contraincursiones cristianas, de menor radio de acción, pero igualmente devastadoras.

En 840, dos años antes de su fallecimiento, Alfonso sufrió la doble amenaza de la yijad y la rebelión de un musulmán protegido suyo, llamado Al Yabar, en Galicia. Yabar se había alzado en Mérida contra el emir, y al no poder resistirle, había solicitado y recibido asilo de Alfonso. Este, ya anciano de ochenta años, supo adelantarse a una conjunción de fuerzas enemigas y aplastó sin contemplaciones a Yabar y los suyos. Abderramán, que marchaba otra vez al frente de la aceifa, no pudo hacer mucho, pues ni las crónicas hispanas ni las andalusíes ofrecen detalles. Abderramán lamentaría la penosa campaña en un poema a su favorita Tarub, según recoge Sánchez Albornoz:

> Te he despreciado por visitar al enemigo y llevar contra él un gran ejército. Qué desiertos he recorrido y qué desfiladeros he atravesado uno tras otro. Quemado por el viento abrasador de mediodía, tan ardiente que parecía poder fundir las piedras, me he hecho con el polvo una coraza y mi bello rostro se ha desfigurado por el agotamiento.

Disponía de expertos generales, pero él mismo prefería quizá gozar en la tierra de las delicias prometidas por Mahoma en el Paraíso a quienes murieran luchando por Alá.

Alfonso murió en 842, diez años antes que Abderramán, tras un largo reinado de cuarenta años extraordinariamente fructíferos. Sin duda merece un lugar destacado entre los grandes personajes de la historia de España, por la amplitud de su designio político y cultural, sus dotes militares y su excepcional pericia para dirigir y conservar la paz interna sin mayores represiones sobre una oligarquía siempre inquieta y anárquica.

La paz interna iba a alterarse a raíz de su fallecimiento. Fue elegido entonces Ramiro I, hijo de Bermudo *el Diácono* que

reinaría siete años. Las crónicas hablan de un «tirano» llamado Nepociano, pariente de Alfonso, que se hizo con el poder aprovechando la ausencia de Ramiro, el cual buscaba esposa por tierras de Vardulia, al sur de Álava y La Rioja, cuna de Castilla (algunos ponen en duda la identificación de Vardulia o Bardulia con Castilla). Nepociano contaba con apoyo de astures y vascones, mientras que Ramiro reclutó tropas en Galicia. En el enfrentamiento decisivo, Nepociano fue abandonado por los suyos, capturado, cegado y recluido en un convento. Habría reinado quizá durante un año. Otra sublevación que Ramiro desbarató se debió al conde palatino Aldroito, hombre de confianza del rey, por su cargo: fue vencido y condenado a ceguera, como Nepociano. Una nueva revuelta de otro conde, llamado Piniolo, terminó con la condena a muerte de él y sus siete hijos, probablemente también conjurados. Quizá como efecto de la inestabilidad interna proliferaron los robos, castigados también con la ceguera. Asimismo, el rey trató de exterminar a los magos o brujos. Las crónicas llaman a Ramiro «Vara de la justicia».

Al margen de estos problemas, Ramiro prosiguió el embellecimiento de la capital con nuevos edificios como un palacio y varias iglesias, en un estilo con innovaciones técnicas, que lleva su nombre, «ramirense»; también llamado, inadecuadamente, prerrománico, máxima expresión del arte asturiano:

> Los dos edificios llegados hasta hoy están cubiertos por bóvedas y adornados con una extraña decoración escultórica. La armónica proporción entre el conjunto y las partes, la perfecta correspondencia entre la estructura arquitectónica y los elementos decorativos y las novedades técnicas de las dos construcciones atestiguan la intervención de un gran artista (…). Fue un constructor genial. Si era de origen hispano, había vivido y trabajado fuera de la península. Se le han encontrado influencias orientales, hasta de la arquitectura persa sasánida (Sánchez Albornoz).

Ramiro disfrutó de unos años de paz mientras Abderramán

II se ocupaba de sofocar revueltas de los Banu Qasi en el Ebro medio. Los aprovechó para conquistar León, e iniciar la repoblación de su comarca. León estaba al sur de la gran cordillera, a unos 120 kilómetros de Oviedo. Sin embargo, tan pronto pudo, Abderramán reaccionó, y en 846 recuperó León y la asoló, frustrando la audacia del cristiano.

Las leyendas atribuyen a Ramiro el fin del tributo de las «cien doncellas» y una batalla de Clavijo en la que los cristianos habrían sido auxiliados por el apóstol Santiago montado en un caballo blanco. Las dos leyendas son en realidad invenciones muy posteriores, pero pasarán durante siglos al imaginario popular.

* * *

En 843, un año después de la muerte de Alfonso, los nietos de Carlomagno, Lotario, Carlos el Calvo y Luis *el Germánico*, herederos de Ludovico o Luis el Piadoso firmaban en Verdún un tratado que ponía fin a la guerra entre ellos… y al sueño de Carlomagno de recomponer el Imperio romano de Occidente, obviamente sobre bases nuevas. El Imperio había durado justamente cuarenta y tres años. Carlos se quedó con la parte más occidental entre la actual Bélgica y la Marca Hispánica. Luis recibió la parte más propiamente germánica, desde Austria y Baviera hasta Dinamarca. Y a Lotario, que se quedó con el título de emperador, muy disminuido, le tocó una ancha franja entre las dos anteriores, que se extendía desde la mitad norte de Italia hasta los Países Bajos.

Como indicamos, el tratado de Verdún tendrá repercusión extraordinaria en la historia de Centroeuropa hasta nuestros días. En esa división se encuentran los gérmenes de Francia propiamente dicha, y de Alemania, dos pueblos con una cultura

e idiomas ya muy diferenciados (en Francia, pese a su nombre, era el latín o el romance derivado de él el que se imponía, como había pasado en España con los godos, mientras que en Germania continuaba con plena fuerza la lengua o lenguas germanas, pues apenas había allí una población romanizada anterior). La sujeción de ambos pueblos a un solo poder era sumamente difícil, como se había demostrado y seguiría probando la historia posterior. Mucho más heterogéneo, en cambio, era el Imperio de Lotario, que sería escenario, a lo largo de siglos, de pugnas entre Francia y Alemania en las que intervendría España de modo muy destacado a partir del siglo XVI.

Pero de momento era el reino franco de Carlos el Calvo el que tenía mayor interés para España, por su proximidad. Pues entre tanto, la España pirenaica de la Marca Hispánica se había ido diferenciando entre una doble tensión frente a los andalusíes y a los francos, protectores no muy bien soportados. El oeste de la marca incluía buena parte de Vasconia, en la posterior Navarra, pero los vascones se aliaron —contra los francos— con los islamizados y poderosos Banu Qasi, asentados en Tudela, La Rioja y parte del actual Aragón, hasta cerca de Zaragoza. Surgieron luchas por el control de Pamplona entre familias proislámicas y profrancas, y el caudillo vascón Íñigo Arista, favorable a los primeros, ganó poder. Para someterle, Ludovico Pío envió a los condes Eblo y Aznar en una primera campaña. El resultado inconcluyente obligó a repetirla en 824, y entonces tuvo lugar la segunda batalla de Roncesvalles, casi medio siglo después de la primera; y vascones y musulmanes volvieron a derrotar a los francos. A consecuencia de ese éxito, Arista fue proclamado rey, el primero de Pamplona. Se declaró

expresamente cristiano y parece haber fundado algunos monasterios, quizá el más famoso, el de Leyre. Lo cual no le impidió continuar la estrecha alianza, también familiar, con los Banu Qasi, y pagar tributos a Córdoba.

Durante todo el siglo los reyes de Pamplona se mostrarían reacios o impedidos para intentar cualquier expansión, contentándose con sobrevivir al lado de sus protectores Banu Qasi y del emirato, que les cortaban el paso hacia el sur. Dado que los Banu Qasi oscilaban entre la lealtad y la rebelión contra Córdoba, Pamplona tuvo que sufrir ataques de Abderramán II, que tomó la ciudad y volvió a someter a ambos aliados.

Al revés que la región vascona, la pirenaica oriental, mediterránea, había aceptado —con renuencia— la protección franca. El condado central, llamado pronto Aragón, se independizó tempranamente de la influencia franca y se orientó a la de Pamplona. El sector más oriental, futura Cataluña, comprendía ocho condados. En el principal, Barcelona, después de Bera se instaló un noble franco, Bernat o Bernardo, partidario de expulsar a los árabes. Otros nobles preferían el acuerdo con ellos, como en Pamplona, por lo que se sublevaron en 826 y llamaron en su auxilio a Abderramán, cuyas tropas raziaron el país. Vencidos por fin, sus jefes se refugiaron en Córdoba, donde el principal de ellos, llamado Aizón, terminó asesinado.

Los condes, nombrados al principio por los francos, tendieron a hacerse hereditarios. Los avatares del condado de Barcelona y los otros estuvieron muy relacionados con las luchas civiles que, después de Carlomagno, sacudieron al Imperio hasta disgregarlo. Esta dependencia, y la propia división en pequeños condados poco amistosos entre sí, y cierta tendencia a

componerse con los andalusíes, favorecían la inacción exterior, de modo que durante todo el siglo IX, la España pirenaica, al contrario de la cantábrica, permaneció estancada en sus estrechos límites.

* * *

Pese a sus poco brillantes gestas militares y a las cruentas represiones internas, los treinta años de emirato de Abderramán II impulsaron el esplendor cultural y urbanístico que haría a Córdoba celebrada tanto en el mundo cristiano como en el islámico. Así lo describió el cordobés Eulogio, relator de los martirios y él mismo martirizado: «A Córdoba, llamada antaño patricia y ahora ciudad regia (…), la llevó al mayor encumbramiento (…), la colmó de riquezas y la embelleció con todas las delicias del mundo más allá de lo que es posible creer o decir, al punto de sobrepasar, en toda pompa mundana a los reyes anteriores de su linaje. Y mientras, la Iglesia era arruinada hasta la extinción bajo su pesadísimo yugo». El emir mandó construir puentes, alcázares, baños, mezquitas y palacios, y revistió su poder de fasto para hacerlo reverencial, cosa necesaria en una población tan dada a la insolencia y el motín. Entre sus obras destaca la ampliación del espléndido bosque de arcos de herradura de la mezquita construida bajo el primer Abderramán.

Él mismo fue muy aficionado a las artes y las letras, y tuvo algo de poeta, con facilidad para componer. Trató y en buena medida consiguió hacer de su capital una rival de Bagdad, centro del califato. De Bagdad hizo traer numerosos libros para crear una gran biblioteca, atrajo y patrocinó a científicos, astrólogos, músicos y médicos de otros países, e introdujo la crucial innovación matemática de los números arábigos, traídos de la India, y la numeración de posición.

Abderramán mostró pericia en racionalizar la hacienda y dejó de servirse de la moneda de Bagdad, acuñando una propia, con lo que su independencia del califato subió unos grados más. No obstante, aquel ritmo de construcciones, más el despilfarro de la corte y el sostenimiento de grandes ejércitos, exigía un gasto que terminó haciéndose desmesurado, por lo que debió aumentar la presión fiscal hasta provocar descontento popular, no solo entre los cristianos, sus principales víctimas.

Personalmente, Abderramán II venía a ser la antítesis personal de su mayor enemigo, Alfonso de Asturias, pues lo que este tenía de casto, sobrio y esforzado lo tenía el emir de derrochador, lujurioso y amante del lujo y la ostentación: mantenía un nutrido harén, jactándose de la cantidad de vírgenes con las que había copulado, y se le atribuyen 87 hijos e hijas. Con todo, en algo se parecían ambos monarcas: en el interés por la cultura, lógicamente con menos medios el español que el andalusí.

Las crónicas ofrecen datos biográficos muy escuetos, que no expresan las angustias y temores de unos líderes sometidos a tales presiones y peligros, en particular Alfonso, o las razones por las que este se mantuvo célibe y su antagonista mostró tal afición a las mujeres o permitió las intrigas de sus favoritas. No sabemos de los muy probables momentos de depresión o desánimo de uno u otro, mucho menos de sus servidores o de sus soldados, mejor o peor superados con invocaciones religiosas o disciplina de ánimo. Y sin embargo todo eso se encuentra detrás de sus actividades, éxitos y fracasos.

* * *

El año 844, ocho antes del fallecimiento de Abderramán, tuvo lugar la primera gran incursión vikinga por la Península

Ibérica, con más de sesenta naves, expedición no muy nutrida. Según las crónicas, fueron rechazados en La Coruña, con pérdida de algunos barcos, y prosiguieron hacia el sur, penetraron en el estuario del Tajo y saquearon el entorno, aunque no lograron tomar la ciudad. Prosiguieron por Cádiz, que sí tomaron, entraron por el Guadalquivir hasta Sevilla, que también caía a finales de septiembre. Allí perpetraron matanzas, quemaron la mezquita con mucha gente dentro, cautivaron a numerosas mujeres, devastaron el entorno y remontaron el río hacia Córdoba.

Ante el peligro para su capital, Abderramán reunió con rapidez todas las fuerzas disponibles y un mes y medio después de los sucesos de Sevilla consiguió expulsar a los invasores, haciéndoles perder bastantes naves y hombres. Los piratas sufrieron nuevas pérdidas por una tormenta en el Estrecho de Gibraltar, quedando al parecer con solo dieciocho barcos. Según alguna versión prosiguieron por la costa del Mediterráneo hasta el Ebro, entraron por él y llegaron a Pamplona, donde capturaron al rey García Íñiguez, sucesor de Íñigo Arista, que debió pagar un cuantioso rescate. Pero es muy improbable que este suceso tuviera relación con el de Sevilla, pues la captura del rey habría sucedido en 859, quince años después. Por otra parte, admitiendo 40 hombres por embarcación, el conjunto apenas habría pasado de 700 guerreros, pocos para la empresa.

* * *

En sus últimos años, Abderramán II hubo de afrontar un brote de rebeldía pacífica, pero amenazante, de los cristianos mozárabes. Estos no solo sufrían unos impuestos abrumadores, también sentían cómo se erosionaba su cultura, obligados a expresarse en árabe en todas sus relaciones comerciales y

sociales; pero sobre todo veían cómo su religión era progresivamente asfixiada bajo un cúmulo de prohibiciones. Algunos cristianos con cualificaciones profesionales eran utilizados y, raramente, podían llegar a cargos de cierta confianza, como también pasaba con los judíos. Uno de aquellos de origen cristiano, Nasr, hombre de talento pero renegado y castrado, había alcanzado influencia en la corte gracias a su buen trato con Tarub, la favorita del emir. Y cuando el sacerdote Perfecto, irritado con las prohibiciones islámicas menospreció públicamente a Mahoma como inferior a Cristo, Nasr ordenó su decapitación pública ante una muchedumbre exaltada, para dar ejemplo. Según se dijo, Perfecto vaticinó a Nasr su muerte antes de un año. Esto ocurría en 850. Abderramán tenía solo cincuenta y ocho años, pero se encontraba agotado y permanentemente enfermo, quizá debido a sus excesos, aunque se desconoce la causa. Su favorita Tarub, ansiosa de que heredase el emirato su hijo Abdalá, tenido por hombre vicioso y borrachín, trató de asesinar a Abderramán, utilizando para ello a Nasr, hombre de confianza de ella y del emir. Pero alguien debió de advertir a este de la trama, y la designada víctima se divirtió haciendo beber el veneno a Nasr. No se sabe qué ocurriría con Tarub, ni si ella fue descubierta. Abderramán fallecería de repente, dos años más tarde.

Entretanto, la ejecución de Perfecto dio lugar a la de otros cristianos que, siguiendo su ejemplo, se atrevieron a criticar a Mahoma, una acción castigada con la muerte como blasfema. En 851 fue crucificado el monje Isaac y ejecutados un soldado franco, seis monjes, las vírgenes Flora y María y otros clérigos. Al año siguiente, el de la muerte del emir, otros muchos sufrieron la misma suerte, acusados de proselitismo, de

blasfemia o de apostasía del Islam. El movimiento de mártires, que duró una década, causó preocupación y división entre los propios mozárabes. Córdoba era una ciudad muy arabizada e islamizada, donde el cristianismo retrocedía con rapidez. Algunos sacerdotes y otros fieles trataron de resistir, y por ello fueron decapitados o crucificados. Pero las ejecuciones no llegaron a encender una rebeldía general de los avasallados y desesperanzados mozárabes.

* * *

Hay en todos estos acontecimientos un rasgo permanente hasta el final de Al Ándalus, y es la continua deslealtad y conspiraciones de los dirigentes secundarios frente al poder cordobés, y más tarde entre las taifas. Una verdadera enfermedad, reñida con el carácter unitario religioso-político del Islam y con la necesidad de aplastar los núcleos españoles del norte, cosa que probablemente habrían logrado si hubieran concentrado sus fuerzas cuando estos eran débiles. Entre los hispanos tampoco faltaban ni iban a faltar intrigas y luchas internas, pero en un grado ciertamente inferior, y con unas represalias menos brutales, en general. Hasta cabría suponer que la reconquista habría sido imposible o en todo caso mucho más lenta y difícil, de no ser por las intensas y continuas querellas sangrientas entre andalusíes.

Una explicación puede encontrarse en la estratificación social andalusí. Como quedó indicado, en la cúspide estaban los árabes, autoestimados una raza superior, dominando en casi todas partes con una tiranía que iría acentuándose en lugar de disminuir. Sus abusos causaban profundos resentimientos entre el segundo elemento étnico y musulmán, los bereberes, componentes del grueso del ejército, pero menospreciados y

utilizados a menudo como «carne de cañón», por emplear una locución expresiva, aun si inapropiada a la época. La tercera fuerza social eran los conversos o muladíes, seguramente mucho más numerosos que los anteriores, pero objeto de desconfianza y desdén, y por ello dados a la revuelta. Los árabes los mantenían sujetos y vigilados por guarniciones militares magrebíes, especialmente odiadas tanto por muladíes como por mozárabes. En cuanto a estos últimos, formaban todavía la masa de la población, aunque a mediados del siglo IX iban perdiendo peso a favor de los muladíes.

Había otra causa de inestabilidad y eran las reyertas entre los propios árabes, de origen yemení, sirio y del centro de Arabia, los cuales conservaban las costumbres de los clanes y tribus y competían violenta e incansablemente por las prebendas y dignidades del poder. En sus refriegas se saboteaban mutuamente y llegaban a aliarse con los francos. Estas tensiones por arriba y por abajo podían haber hecho saltar por los aires desde muy pronto Al Ándalus, y si no había sido así se debía a una serie de represiones a menudo brutales. Como escribió Alhakén después de aplastar la revuelta del Arrabal: «Uní las divisiones del país con mi espada, como quien une con la aguja los bordados (…). No fui de los que se apartan cobardemente de la muerte. Defendí mis derechos (…). Mira ahora el país que he dejado, libre de disensiones, llano como un lecho». Salvo la última frase, lo demás era cierto. Mantener el orden en aquellas circunstancias requería un carácter templado y al mismo tiempo despiadado. Y por lo demás era una tarea sin fin, parecida a la de Sísifo.

14. UNA ESPAÑA ASEDIADA EN UNA EUROPA CONVULSA

A Ramiro, fallecido en 850, le sucedió directamente su hijo Ordoño I, educado en Lugo y asociado desde joven al gobierno. Esta sucesión cambiaba la costumbre goda, mantenida desde Pelayo, de que los reyes fueran elegidos por los nobles, generalmente entre personas de «sangre real», es muy dudoso que el propio Pelayo lo fuera. El principio electivo, aunque a veces combinado en la práctica con el hereditario, había sido causa de muy frecuentes luchas civiles, pero aun así había afirmado la unión del estado, mientras que el principio hereditario, si bien favorecía la estabilidad al simplificar el problema de la legitimidad, podía provocar la división si un monarca distribuía el reino entre varios hijos. Así había ocurrido con los francos, siendo una de las causas de la ruina del Imperio de Carlomagno. Y en España volvería a pasar algo semejante, al avanzar la reconquista y ampliarse la parte cristiana.

Dos hechos marcarán el tiempo de Ordoño: el desplazamiento del conflicto hacia el extremo oriental, Álava, La Rioja y norte de la posterior Castilla, en una intrincada sucesión de batallas, alianzas, aceifas y contraaceifas; y una repoblación más intensiva y oficial. El nuevo monarca organizó la repoblación del semidesertizado valle del Duero, para formar un cinturón defensivo de plazas fuertes en Tuy, Astorga, León y Amaya, localidades prácticamente abandonadas a las que se dotó de gente y murallas. León, conquistada y perdida por su padre, volvió a poder de Oviedo, esta vez definitivamente. Los nuevos

centros fortificados dominaban precisamente las calzadas romanas de acceso a Galicia, Asturias, Cantabria y Álava, por las que penetraban habitualmente los ejércitos andalusíes.

Hasta entonces, las repoblaciones habían sido amparadas por los reyes pero debieron de haber sido en general de iniciativa privada o promovidas por autoridades religiosas o políticas locales. La ocupación de tierras abandonadas, a menudo por «presura» de particulares, era precaria, por lo que fue preciso dotarlas de protección armada y valor jurídico ante los conflictos de propiedad. Esto se hacía mediante *cartas puebla*, extendidas por el monarca o por un señor local, que otorgaba la propiedad a campesinos libres en un documento generalmente con no más de una docena de cláusulas, estableciendo derechos y obligaciones mutuas, con privilegios y condiciones favorables a los asentados. Otras veces el contrato era pedido a un señor por un grupo de colonos según normas mutuamente aceptadas. La más antigua carta puebla conservada data de 824, en Brañosera («Bosque de osos») al norte de Castilla, y donaba a los colonos «montes, cauces de agua, fuentes, huertos de los valles y todos sus frutos». Seguramente habría bastantes más cartas por el estilo en toda la zona fronteriza desde Galicia. Y consta otra anterior, de Carlomagno, para repoblar algunas comarcas de la Marca Hispánica.

Las condiciones de vida de los colonos solían ser duras en extremo: tierras yermas por un largo abandono, economía agraria, de autoabastecimiento, con escaso comercio o circulación monetaria; expuestos a ver sus cultivos arrasados, los frutales talados y los ganados exterminados o robados en las habituales aceifas y algaras; y, mucho peor, a perder la vida o ser esclavizados. Según la repoblación estaba próxima a una plaza

fuerte, aumentaba la seguridad, pero también el riesgo. Pues los ejércitos seguían rutas no muy anchas, que dejaban a los lados zonas amplias y más o menos aisladas, a las que no llegaban las depredaciones y servían de refugio. Y si bien la guerra daba pocas treguas, muchas comarcas apenas la sufrían, al hallarse alejadas de dichas rutas. De otro modo la subsistencia habría sido imposible. La protección militar y cierta militarización de los propios colonos otorgaban capacidad de resistencia, pero ante fuerzas muy superiores solo quedaba la huida, seguida cuando era posible de contraataques de castigo y saqueo sobre los enemigos próximos. Cuando el rey congregaba tropas suficientes, el castigo —y el riesgo de derrota— aumentaba y la moral se rehacía. La frecuente compañía del miedo y el hambre quedaría recordada en poemas y escritos posteriores.

Y con todo, mucha gente acudía a repoblar yermos y ciudades en embrión. Una causa era la mayor libertad: los siervos se liberaban y los libres en la miseria hallaban una salida. No faltarían amantes del peligro y deseosos de expulsar a los moros. Y afluían mozárabes que preferían vivir con más pobreza pero más libertad, sin las vejaciones de Al Ándalus. En Córdoba persistían las protestas mozárabes y las réplicas despóticas, que avivaban la migración al norte. El espíritu religioso era clave como impulso y como esperanza y confortación que daba sentido a una labor en circunstancias tan arduas. La carta de Brañosera empieza: «En el nombre de Dios, yo, Munio Núñez y mi esposa Argilo, buscando el Cielo…», y detalla cómo en el espeso bosque del lugar alzaron una iglesia y donaron tierras de labor próximas. La iglesia era siempre el centro de todas las poblaciones, antiguas y nuevas, como puede comprobarse aún hoy.

La repoblación establecía normas y costumbres, y exigía un alto grado de pericia autoorganizativa y disciplina para formar ayuntamientos, destrezas que siglos más tarde habían de aplicarse con éxito en América. La tensión y el peligro debieron generar una densa cultura popular de dichos o refranes, canciones, fiestas agrarias y religiosas, relatos orales, actitudes ante la vida etc., perdidos en el tiempo, de los que quedan residuos hasta hoy. Según Sánchez Albornoz, imprimieron a los españoles ciertos rasgos de carácter como la sobriedad, el sentido del honor, tendencia al tumulto…

Ordoño reinó dieciséis años desde 850. Al revés que su padre, hombre duro y severo, pasa por haber sido de carácter suave y paciente, aunque no falto de energía. De entrada sofocó una revuelta de vascones probablemente en Álava y Vizcaya, inducida por los musulmanes del Ebro, pues, según la *Crónica de Alfonso III*, tras derrotar a una tropa de estos, la revuelta se apagó. Aun tuvo que volver sobre sus pasos por otro ataque musulmán, que también desbarató. Parte de Vizcaya y la llanada de Álava integraban el reino de Oviedo y señalaban su límite oriental, fronterizo, hacia el este, con el reino de Pamplona y por el sureste con los musulmanes Banu Qasi, con quienes Pamplona mantenía trato amistoso, tributando de paso a Córdoba. Por las comarcas de Guipúzcoa, los vascos o vasconizados permanecían paganos y en semiindependencia tribal.

Reinando Ordoño, el príncipe Banu Qasi, islámico de estirpe goda, era Musa Ibn Musa, muy belicoso, tan pronto atacando a la Marca Hispánica como rebelándose contra Córdoba, en continua alternancia con sumisiones al emir. En una de sus revueltas, en 844, los cordobeses derrotaron

totalmente a Musa y a su aliado Íñigo Arista, y saquearon Pamplona, pero a mediados de la década de los cincuenta, Musa, rehecho y en la cúspide de su pujanza, se hacía llamar «Tercer rey de España», equiparándose a Córdoba y Oviedo. En 854 su autoridad llegaba hasta Toledo, en cuyo poder llegó a instalar un hijo suyo. Musa suponía una amenaza para Ordoño, y tampoco era amigo de este el sucesor de Arista, García Íñiguez, educado en Córdoba, señal de la estrecha relación de Pamplona, como reino tributario, con el emirato. Con todo, eran adversarios mucho menos temibles que Mohamed (Muhammad) I, sucesor de Abderramán II. De hecho, las relaciones en constante cambio de Musa con Córdoba operaban más bien como tapón entre el de Córdoba y el de Oviedo.

Ordoño se beneficiaba también de los problemas internos del emirato. Una de las pesadillas de este era Toledo. Ya en la época visigoda debió de existir rivalidad entre Toledo, capital política y propiamente goda, y Sevilla, capital cultural, más rica y morada de muchos nobles hispanorromanos, y donde había surgido el intento de Hermenegildo de dividir el estado; y esa rivalidad permanecía bajo la dominación árabe, esta vez en relación a Córdoba, pues Toledo conservaba el orgullo de su pasada primacía. Otra ciudad muy poco sumisa era Mérida, de fastuoso pasado desde Roma. A dicha rivalidad se añadían los agravios concretos por los atropellos achacados a las guarniciones africanas. Después del feroz castigo de la «jornada del foso» y la represión subsiguiente, los toledanos se habían aquietado durante casi cuarenta años, volviendo luego a ser vencidos.

A la muerte de Abderramán II, en 852, Toledo volvió a alzarse contra Córdoba, y esta vez avanzó hacia el sur y ocasionó

serios reveses a las tropas enviadas para escarmentarla, por lo que Mohamed encabezó una contraofensiva en gran estilo, dos años después. Los toledanos, ante su inferioridad de fuerzas, recurrieron a Ordoño, que de muy buena gana les prestó su ayuda. Sin embargo, Mohamed no solo era más fuerte, sino también más hábil. Mediante añagazas logró sacar a toledanos y cristianos de la ciudad, atrayéndoles a campo abierto, donde los masacró por completo, en la batalla de Guadalacete, elevando sobre el terreno las habituales pirámides de cabezas cortadas, parte de las cuales fueron llevadas a adornar las almenas de Córdoba.

Para castigar la intromisión de Oviedo, al año siguiente Muhammad dirigió una poderosa aceifa contra la parte oriental del reino de Ordoño, por Álava, con ayuda de Musa, causando los habituales estragos. Musa proseguiría luego las acciones contra Álava y la futura Castilla. No obstante, el emir siguió sin tener las manos libres para centrarse en Ordoño, porque Toledo, a medio camino entre Córdoba y Oviedo, seguía levantando cabeza contra él, a pesar de los crueles castigos. A ello se sumaba la inquietud mozárabe en la misma capital del emirato, y tres años más tarde ocurrieron varios sucesos que cambiarían notablemente la situación en el norte.

En 858 la situación se complicó con nuevas incursiones normandas. Los años anteriores, sus ataques habían devastado ciudades y regiones francesas, y en esta ocasión avanzaron seguramente desde Guipúzcoa hasta Pamplona, donde capturaron al rey, García Íñiguez, por quien impusieron un elevadísimo rescate (el supuesto ya mencionado de que habrían entrado por el Ebro debe de ser erróneo). Los mismos u otros volvieron sobre Galicia, donde fueron nuevamente rechazados, y

siguieron una ruta mucho más larga que catorce años antes: saquearon Lisboa, Algeciras, poblaciones del Magreb, pasaron a Murcia y Baleares, invernaron en el delta del Ródano y depredaron varias ciudades de Italia. Aunque perdieron gran parte de sus barcos, pudieron regresar a Noruega, seguramente con un cuantioso botín.

Parece ser que García Íñiguez, hasta entonces aliado de Musa, quedó muy resentido contra él, por no haberle prestado ayuda contra los piratas, y en todo caso cambió de alianza acercándose a Ordoño. Por otra parte, Musa procedió a erigir en Albelda una plaza fuerte que amenazaba a Álava y Castilla. Ordoño no quiso permitirlo y en 859 las fuerzas de Oviedo, probablemente apoyadas por las de Pamplona, obtuvieron una consistente victoria, llamada de Albelda o del cercano Monte Laturce, masacrando a los defensores islámicos.

Al año siguiente, Mohamed lanzó una nueva aceifa sobre García Íñiguez, muy vulnerable tras la ruptura de su alianza con Musa, quien moriría dos años después, ya septuagenario y a resultas de heridas en una contienda en Guadalajara contra un yerno suyo. Animado por su victoria en Albelda, Ordoño se animó a lanzar incursiones de gran profundidad, hasta más de 300 kilómetros en el interior de Al Ándalus, sobre Coria, en Extremadura, y Talamanca, cerca de Madrid. Estas acciones osadas parecían subrayar una nueva época en que la iniciativa pasara claramente a manos de los españoles, pero resultaría un espejismo. La ira de Mohamed se manifestó en una aceifa tremenda por Castilla y Álava, en 865. Los cristianos siguieron la misma táctica que en otras ocasiones y que tan buen resultado había dado en Lutos: permitieron el paso de los sarracenos para atacarlos en su retirada. El choque tuvo lugar en el desfiladero

de La Morcuera, cerca de Miranda de Ebro, y el ejército cristiano sufrió un aplastante descalabro, del que tardaría en reponerse y que frenó por unos años los avances y repoblaciones hacia el sur.

Al año siguiente falleció Ordoño. El relato anterior, muy resumido, puede dar alguna idea de la gran intensidad de las luchas de la época, con cambios de frente y de alianzas a veces inverosímiles. Un hecho cabe destacar: Córdoba había renunciado evidentemente a los objetivos conquistadores del comienzo y se había resignado a expediciones punitivas, de contención o de represalia, para cortar la expansión cristiana. Sus contrariedades internas no le permitían otra cosa. También centraba sus ofensivas por el lado oriental, dejando ya más en paz el occidental, por Galicia, así como el central de Asturias y Cantabria.

Es difícil concretar el tamaño de los ejércitos en liza, cuyas cifras son comúnmente muy exageradas en las crónicas. En Albelda, por ejemplo, mencionan 12.000 moros muertos, más los exterminados al conquistar la fortaleza. Y las musulmanas afirman haber reunido 20.472 cráneos de cristianos en La Morcuera. La inflación de cifras, por cierto regusto en las catástrofes, era y sigue siendo común hoy: se ha hablado mucho tiempo y aún se sigue, del millón de muertos en la pasada guerra civil española, cuando no llegaron al tercio. Posiblemente rebajar las cifras de las crónicas a la mitad o tercera parte nos acerque más a la realidad. En principio, la población de los reinos cristianos no permitía movilizar ejércitos realmente cuantiosos de 50.000 o 100.00 hombres, y probablemente uno de 10.000 ya resultaría muy cuantioso para las posibilidades de Oviedo. Masas mucho mayores estarían al alcance de Al

Ándalus, por más que este tampoco pudiera aprovechar del fondo su muy superior base demográfica, por las razones expuestas de divisiones y desconfianza en la población: por ello debían organizar ejércitos profesionales mercenarios, distintos de los populares cristianos.

En otro orden de cosas, las continuas expediciones bélicas y algaras no impidieron el auge de las peregrinaciones a Santiago, no solo dentro de los reinos cristianos peninsulares, sino también procedentes de Francia, una corriente en paulatino incremento, hasta convertirse en un fenómeno cultural de gran fuste, no solo en España, también en el Occidente europeo. Tanto Ordoño como García Íñiguez estimularon estas peregrinaciones, que excitaban el fervor religioso y fortalecían directa o indirectamente la confianza en la victoria final contra los moros.

Mucho más lentos y por así decir endogámicos fueron los procesos en la Marca Hispánica. Siguió tomando forma Aragón en los valles pirenaicos centrales, ya con independencia de los francos y cercanía política a Pamplona, aunque manteniendo su particularidad. Por aquellos montes intrincados la fuerza de la Marca Superior islámica era débil, siempre en estado de semi-rebeldía hacia el emir, hasta el punto de que podían pasar años sin que llegasen caravanas de Córdoba a Zaragoza. La parte más oriental de la Marca Hispánica, próxima al Mediterráneo, de donde nacería Cataluña tiempo más tarde, se hallaba semiparalizada por impedimentos internos, fragmentada en numerosos condados y sometida todavía a la tutela de los francos. El condado de Barcelona iba destacando como el más fuerte, adjuntándosele otros hacia los Pirineos. Barcelona soportaba o rechazaba ataques musulmanes, pero sin muchos

ánimos para contraataques de envergadura, que aún esperarían varios decenios. Por tanto su historia por entonces está más ligada a la evolución francesa (de ella han extraído los actuales separatistas la idea, harto fantasiosa, de una Cataluña «carolingia» ajena al legitimismo hispanogótico).

* * *

En la descomposición del Imperio de Carlomagno, la parte francesa occidental había correspondido a Carlos el Calvo, que en luchas con sus hermanos, con los bretones y en Aquitania, al suroeste de Francia, en parte vascona (Gascuña), iría ampliando sus posesiones. Pero sus adversidades mayores provinieron de los vikingos, de cuyas incursiones parecen haber quedado a salvo los condados orientales de la Marca Hispánica. Por entonces sus peores correrías, aún más dañinas que las realizadas sobre Francia y Germania, las sufrían los británicos de Inglaterra y sobre todo de Irlanda. En esta isla fundaron bases como Dublín, desde las cuales planeaban sus expediciones y organizaban la recaudación de tributos sobre los isleños.

Por el Mediterráneo no cesaba la presión islámica, aun si frenada a duras penas en España. A principios del siglo se había establecido en las actuales Argelia y Túnez el emirato aglabí, formalmente dependiente de Bagdad, pero independiente en la práctica. Desde Túnez había invadido Sicilia en 827, para ocupar poco después algunas zonas del sur de la península italiana y probablemente Cerdeña. Hacia las mismas fechas los andalusíes expulsados de Córdoba por la rebelión del Arrabal conquistaban Candía (Creta) y desde allí realizaban continuas acciones piráticas sobre las islas bizantinas próximas. Más o menos por el tiempo de Ramiro y Ordoño en España, Constantinopla estuvo gobernada por Miguel III *el Beodo*, o, al

principio, por su madre Teodora, muy religiosa, que acabó con la iconoclasia; y luego por varios consejeros capaces, que lograron contener la agresividad musulmana e incluso recuperar pasajeramente Creta y desembarcar en Egipto, sin llegar a conquistarlo.

Por el este de Europa se extendían territorios eslavos, en su mayoría paganos y poco organizados, excepto el Imperio búlgaro, que había frenado en el siglo anterior los ataques islámicos… si bien se convertiría en una pesadilla más para Constantinopla. Eslavos y germanos mantenían una relación de conflicto casi permanente en la frontera centro-oriental europea.

Así, la Cristiandad europea se encontraba por entonces asediada en todos sus confines, sufriendo incursiones hasta su mismo corazón, expuesta a una catástrofe general. Esta brevísima pintura nos permite situar la marcha de la reconquista dentro del conjunto de inquietantes pugnas y choques bélicos que la rodeaban y que, de un modo más próximo o más remoto, la condicionaban. Y permite al mismo tiempo percibir la especificidad de un movimiento histórico original en España, con rasgos distintos de los demás.

15. ALFONSO III *EL MAGNO* Y DECADENCIA DEL EMIRATO

Lo que sabemos de aquellas lejanas épocas nos llega en su mayor parte por las historias árabes y especialmente por las hispanas, y más en concreto las que ordenó redactar Alfonso III, sucesor de Ordoño I. Una es la llamada *Albeldense*, hasta los primeros años del propio Alfonso, la cual integra una *Crónica Profética*, comentario con tal carácter más que crónica, donde predice el triunfo total sobre el Islam en España 170 años después de la invasión: profecía muy prematura, aunque no sin cierta base. Otra crónica algo posterior es la llamada *De Alfonso III*, que termina en Ordoño I. En sus varias versiones el texto viene a ser casi idéntico. Sobre los hechos del propio Alfonso III y posteriores tenemos el relato bastante posterior de Sampiro, un clérigo del Bierzo y obispo de Astorga. Con toda probabilidad hubo alguna o algunas crónicas anteriores, que se han perdido.

Como ya señalamos, bastantes historiadores han decidido, porque les parecía bien, que ni Pelayo ni Covadonga tuvieron nada relevante que ver con el reino hispanogótico de Toledo, y que no pasaron de movimientos predatorios y «de resistencia» de gentes poco o nada romanizadas, sin carácter ideológico definido. Por ello, los mismos insisten en que el objetivo de estas crónicas es crear el mito gótico (*neogoticismo*), «demostrar» un enlace entre el reino de Asturias y el de Toledo, con el fin de obtener justificación y finalidad en la lucha contra Al Ándalus. Realmente esa continuidad apenas requiere demostración. Lo difícil es creer el mito ideológico opuesto, de que durante más

de un siglo a nadie se le ocurriera recordar la existencia de un estado cristiano, español y europeo en España antes de la invasión islámica, al que referir la acción contra el Islam. Lo más probable, casi evidente, es la invocación e inspiración en el perdido reino de Toledo, tan reciente en Covadonga. Conforme Asturias se asentaba y ensanchaba, esa natural identificación habría ido adquiriendo una exposición más intelectualizada y definida. La memoria de Toledo estaba presente también en Pamplona y en la Marca Hispánica, cuyo territorio se llamaba, por eso, precisamente Hispania o Gothia.

¿Hasta qué punto son fiables estas crónicas? La falsificación de documentos de todo tipo fue muy común a lo largo de la mal llamada Edad Media, pero en cuanto a las crónicas la crítica permite apreciar fácilmente tales o cuales exageraciones, alguna invención, distorsiones atribuibles a intereses del monarca, «olvidos», sobre todo de reveses, que en cambio resaltan las crónicas árabes; otras veces es fácil apreciar la realidad histórica, omitida o distorsionada, por las consecuencias de los actos en discusión; y, por supuesto, las referencias de historia universal se basan en la Biblia y son solo religiosas. Pero en lo que respecta al reino de Asturias, a Navarra y a Córdoba, sobre todo al primero, debemos concluir que la documentación disponible refleja la realidad histórica en líneas generales y a menudo en detalles. Y no solo porque, junto con las árabes, son las únicas de que disponemos sobre la evolución de la reconquista por entonces, también porque los hechos posteriores conocidos solo se explican por una evolución anterior que no pudo diferir esencialmente de la cronicada.

El interés de Alfonso III por historiar a sus antecesores revela una concepción política muy desarrollada. Manifiesta asimismo

en su autodefinición como *imperator*. El título de emperador remitía a Roma, cuya legitimidad seguía respetándose en pura teoría, como en el caso de Carlomagno, con su sueño de unificar la Cristiandad eurooccidental. Tal aspiración había fracasado, aunque la hegemonía franca se mantenía en la parte más oriental de la Marca Hispánica. Y por otra parte la idea persistía, de modo que en 875 Carlos el Calvo, nieto de Carlomagno y contemporáneo de Alfonso III, se hizo coronar nuevamente emperador, si bien la ilusión solo duraría dos años. En el caso del español, el título debió de expresar más bien el rechazo a cualquier pretensión de autoridad superior, fuera franca o no, así como a unificar políticamente todos los reinos de España. En esta última idea iba a fracasar *El Magno* precisamente por sus hijos.

No menos presente estaba en este monarca una destacada preocupación cultural e intelectual. Este cuidado resalta en su designio de asentar en el pasado y oficializar la legitimidad hispanogótica, y no menos en su afán constructivo desarrollando el arte asturiano, como en la iglesia de San Salvador de Valdediós, la primera basílica de Santiago de Compostela, o el encargo de la Cruz de la Victoria, símbolo del reino, a orfebres posiblemente francos; o en la formación de bibliotecas con códices trasladados por los mozárabes provenientes de Al Ándalus. Y asimismo en la activa promoción del Camino de Santiago, que iba convirtiéndose en la sede apostólica más renombrada de Europa Occidental, después de Roma. El camino discurría a lo largo del litoral cantábrico, un trayecto largo y accidentado, expuesto al bandidaje; pero atraía a cada vez más peregrinos. Y Santiago era considerado desde tiempo atrás el patrón de España y protector de la reconquista.

* * *

Todo ello marchaba parejo con éxitos sin precedentes contra los moros, alcanzados mediante una política y actividad militar excepcionalmente hábiles. Alfonso III gobernó de 866 a 910, un largo período de cuarenta y cuatro años, casualmente igual al de Alfonso II (excluidos en este los ocho años en que debió refugiarse en un monasterio), e incluso más fructífero. Al principio debió resolver la rebelión del conde gallego Fruela Bermúdez, quien acaso rechazaba el sistema hereditario y que, vencido, sería asesinado; a continuación el conde Eylo se sublevó en Álava, siendo asimismo desbaratado. Libre de tales obstáculos, dedicó su energía a una rápida expansión por el extremo oeste. En 868 conquistó Oporto, en la costa atlántica, más de cien kilómetros al sur de la frontera del río Miño, y amplió la zona conquistada hacia el interior del futuro Portugal, por Braga, Guimaraes y Viseu. Esta vez no se trató de simples correrías seguidas de retirada, pues, por el contrario, procedió a repoblar pueblos y comarcas con gentes de Galicia, lo que ayudó a frustrar los intentos de Córdoba por recuperarlas.

Tales éxitos movieron a Ibn Marruán *el Gallego,* valí de Mérida, a buscar alianza con Alfonso. Mérida, al igual que Toledo, estaba casi siempre en indisciplina sorda o activa contra Córdoba, y Marruán tuvo la osadía de entregar al asturiano nada menos que a un ministro o canciller cordobés. La ira del emir Mohamed, que tantas tribulaciones había dado a Ordoño, explotó en una magna aceifa lanzada en 878 con dos ejércitos, directamente contra el corazón de Asturias. Alfonso los venció sucesivamente en Polvoraria, entre el río Órbigo y el Esla, ocasionando una gran mortandad, y también al segundo en Valdemora. Aquella calamidad obligó al emir a pagar rescate por

su ministro y a pedir una tregua por tres años, primera vez en que algo así ocurría. Y el asturiano Alfonso pudo llegar hasta Coímbra, más de 200 kilómetros al sur del Miño y en el límite entre los valles del Duero y del Tajo. En lo sucesivo, Coímbra iba a ser perdida y retomada varias veces por unos y otros. Asimismo capturó Atienza, 160 kilómetros al sur de Burgos, aunque debió de tratarse de una simple contraaceifa con retirada inmediata. Las distancias importan, porque señalan la duplicación y más de la extensión del reino de Oviedo, que estaba próximo a trasladar su capital a León.

La mala suerte siguió persiguiendo a Mohamed I: una flota que envió a atacar Galicia la destruyó un temporal; y en 880 comenzó la gran rebelión de Omar Ben Hafsún, en Málaga, al lado mismo del centro del poder andalusí. Omar iba a traer muy serios quebraderos de cabeza a él y a sus sucesores en el emirato. En cambio Alfonso, aliado con Marruán de Mérida, volvió a humillar al cordobés cruzando el valle del Tajo y llegando al río Guadiana por la provincia de Badajoz, donde volvió a arrollar a las tropas contrarias en un Monte Oxifer de localización imprecisa, antes de retornar al norte. Tal audacia hubo de causar conmoción en toda la península, y probablemente facilitó otra alianza de Alfonso con los muladíes Banu Qasi, hijos del famoso Ibn Musa.

Como puede apreciarse, el rey de Oviedo supo aprovechar las querellas entre los andalusíes, aliándose con unos u otros rebeldes contra el emirato. Por lo demás sus tropas demostraron en todos los momentos un alto grado de preparación y disciplina, que facilitó sus victorias. Mohamed I intentó aún dos fuertes aceifas, en 882 y 883, sin apenas resultados, y al año siguiente el emir y el rey firmaron la paz. Ambos estaban

cansados después de ocho años de continuo guerrear. Desde entonces hasta su muerte, en 910 Alfonso tuvo que afrontar nuevas agresiones importantes desde el sur, salvo una, no debida a Córdoba, sobre Zamora. A Mohamed le estaban surgiendo tales problemas internos que simplemente no podía atender a los externos. Muerto en 886, sus sucesores se vieron en crecientes aprietos y no tuvieron más remedio que concentrarse en la lucha contra los enemigos interiores.

En cambio El Magno tuvo que enfrentarse a finales de siglo con sus antiguos aliados Banu Qasi, que habían vuelto a aliarse con Córdoba, y en esta ocasión su ofensiva fracasó, aunque sin graves consecuencias. Y todavía tuvo ocasión de una nueva campaña victoriosa sobre Toledo, hacia 906 o 907, aunque sin ocuparla.

Mediante la diplomacia, la explotación de las disensiones andalusíes y su propia capacidad como líder militar, que le dio muchas victorias y pocas derrotas, Alfonso III había conseguido duplicar la extensión del reino de Oviedo, hasta el Duero y bastante más al sur en algunas zonas. Y había humillado repetidamente al emirato, hasta entonces un enemigo de fuerza terrorífica, y que parecía ya muy próximo al derrumbe. La *Crónica Profética* refleja probablemente esa esperanza. La repoblación de las vastas tierras reconquistadas, desde Soria al Atlántico, no pudo ser muy nutrida, habida cuenta de las grandes extensiones semivacías, pero en conjunto fue otro éxito sobresaliente. Lo hizo con gentes de la cornisa cantábrica (gallegos, asturianos, cántabros y vascos) y con mozárabes. Y atrajo a su esfera de influencia el reino de Pamplona, pequeño pero de valor estratégico como tapón frente a los tornadizos Banu Qasi, y comunicación por tierra con Francia. Al efecto se

casó con la princesa Jimena, acaso hija de García Íñiguez, haciendo más íntima la alianza entre los dos reinos. Con ayuda de Pamplona pudo extender sus dominios al sur y este del corazón de Castilla, fundando Burgos.

Esta vida tan triunfal tuvo sin embargo un ocaso extrañamente lúgubre. Uno de sus hijos, García, conspiró contra él, amparado por Jimena, la propia esposa de Alfonso. La conspiración fue desbaratada y García preso, pero el conde de Castilla Munio Núñez, suegro de García, en alianza con Jimena y otros dos hijos del rey, Ordoño y Fruela, tomaron varios castillos, entre ellos el de Luna, donde se guardaba el tesoro regio, y le obligaron a recluirse en una aldea. Aún debió rogar Alfonso a García autorización para una incursión hacia Mérida, y de vuelta de ella falleció en Zamora, en 910. Solo tenía cincuenta y ocho años, aunque seguramente muy fatigados.

Las crónicas son, como siempre, muy escuetas, limitándose a referir hechos con más o menos rigor, pero con poca o ninguna información o especulación sobre los trasfondos políticos, psicológicos o morales de ellos. La traición de la esposa de Alfonso, la humillación al monarca de historial más brillante hasta entonces, todos los aspectos de su final, debieron de tener unas implicaciones personales muy complicadas, propias de un drama trágico que no encontró su Shakespeare. Las luchas por el poder, en Oviedo como en todos los estados de entonces, entrañaban apuestas muy fuertes, pues los perdedores perdían la vida, a veces los ojos y, en el mejor de los casos quedaban recluidos en ásperas condiciones en algún castillo o monasterio remoto.

A continuación, los hijos se repartieron el reino en tres porciones. A Ordoño le correspondió Galicia y el norte del

futuro Portugal; a Fruela le quedó Asturias; y León, en posición ligeramente superior, fue para García. El «imperio» de Alfonso el Magno se dividía de modo superficialmente parecido al de Carlomagno —a otra escala, desde luego— y contra la tendencia unitaria del reino hispanogodo. Primera de otras divisiones que implicaría una continua tensión y alternancia entre impulsos unificadores y disgregadores.

* * *

En el centro de los Pirineos, el pequeño condado de Aragón permaneció unido a Pamplona hasta entrado el siglo siguiente. En cambio la parte oriental registró un doble proceso de unificación de varios condados y práctica independencia con respecto a los francos, aunque nominalmente siguieran sometidos a ellos. El proceso se concretó a partir de 878, con Wifredo *el Velloso* (Güifré el Pilós), de origen hispanogodo, que logró unir a los condados más importantes. A partir de él, el cargo se hizo hereditario y sus condes ya no volvieron a ser nombrados o autorizados por los francos. La dispersión del poder monárquico entre los nobles iba acentuándose igualmente en el resto de los dominios francos, de cuyas luchas internas y cuestiones dinásticas se desentendió Wifredo. Sus acciones más destacadas fueron la fundación de los monasterios de Ripoll y San Juan de las Abadesas, de gran prestigio posterior, y la repoblación de la llanada de Vic, donde creó un obispado. Alzó más castillos en una zona disputada con los moros, e intentó ampliar sustancialmente sus dominios por Lérida, sin conseguirlo. Y en 897 pereció en Barcelona, en combate con los Banu Qasi. Su labor unificadora retrocedió al repartirse los condados varios de sus hijos, que a su vez los transmitirían por herencia, como patrimonio familiar. La transmisión por

herencia constituía un delito muy ofensivo para los reyes francos, pero estos, con su reino en creciente anarquía, no podían impedirlo. Aun así continuó la subordinación formal a ellos. En el siglo XIX el movimiento romántico quiso hacer de Wifredo el padre de los catalanes, cosa en la que por el momento nadie pensaba, pues la idea o nombre de Cataluña es tres siglos posterior; y se le atribuyó el escudo de las cuatro barras rojas, aunque este parece ser también del siglo XIX, disputándose su origen estudiosos aragoneses y catalanes.

De modo semejante a lo ocurrido con Alfonso, sus hijos se repartieron los condados de su padre, Barcelona, Urgel y Cerdaña. El de Barcelona, más potente, incluía a Gerona y Osona, y correspondió a Wifredo II. Este continuó la política paterna de rendir pleitesía solo formal al monarca franco y de luchas fronterizas con los moros, con escaso impulso reconquistador, y fallecería un año después que Alfonso.

* * *

Durante el reinado de Alfonso III, Al Ándalus estuvo regido sucesivamente por Mohamed I, Al Mundir y Abdalá I, que falleció un año después de Alfonso, de modo que aquella fecha, entre 910 y 911, puede considerarse políticamente divisoria entre los siglos IX y X. Esos cuarenta y cinco años resultaron crecientemente funestos para el emirato omeya, fundado más de un siglo y medio antes por Abderramán I después de su salvación y huida novelesca de los abasíes exterminadores de su familia.

Aquellos emires tuvieron que soportar no solo numerosas derrotas en sus intentos de doblegar o frenar a Oviedo, sino que se encontraron constantemente acosados por rebeliones de los propios andalusíes tanto en Zaragoza, Tudela y la Marca

Superior en general como en Toledo, Mérida y otros lugares. Una que se convirtió en pesadilla fue la de Omar Ben Hafsun, comenzada en 880. Al parecer, Omar había asesinado a un bereber ladrón de ganado, y para evitar la venganza corrió a refugiarse en lo más intrincado de la sierra. Su rebelión duraría hasta 928, continuada por un hijo suyo, pues él falleció diez años antes, seis después de Abdalá y ocho de Alfonso III.

Omar descendía de godos muladíes y a los pocos años se convirtió al cristianismo. Se refugió en Bobastro, un castillo casi inaccesible o «nido de águilas», situado en las montañas del norte de Málaga, y desde él desató una guerra de guerrillas, haciéndose con el control de amplias zonas en torno, con apoyo de la población muladí y mozárabe. Su rebelión era especialmente peligrosa, pues de Bobastro a la propia capital andalusí solo mediaban ciento veinte kilómetros, por lo que los emires no tuvieron más remedio que prestarle máxima atención y desviar fuerzas considerables contra el insurrecto. Mohamed no consiguió aniquilarlo, en cambio Almundir logró al menos arrinconarlo, pero murió en 888, cuando asediaba el castillo. Corrió el rumor de que lo había envenenado su hermano Abdalá, que le sucedió. El nuevo emir demostraría una afición obsesiva al poder: no dudó en ejecutar a dos hermanos más y obligó a uno de sus hijos a matar a otro, haciendo asesinar dos años después al matador.

El rebelde construyó en Bobastro un castillo y una basílica cristiana, excavada parcialmente en la roca. Sus dominios llegaron a abarcar extensas comarcas de Málaga y Granada, parte de Sevilla y de Jaén, incursionando hasta las inmediaciones de la misma Córdoba. Debió de intentar entenderse con los abasíes de Bagdad, los exterminadores de los omeyas, y con los

magrebíes, lo cual aumentaría mucho los temores de Abdalá, aunque los intentos de Omar no parecen haberse traducido en hechos prácticos. También trató de aliarse con Alfonso III, pero este se hallaba demasiado lejos para proporcionarle ayuda real. En 891 Abdalá le infligió algunos reveses y redujo su territorio, pero muy lejos de aplastarle, pues Omar y luego su hijo seguirían dando quebraderos de cabeza a Córdoba durante casi cuarenta años más.

Así pues, al terminar el siglo IX y comenzar el X, entre los avances cristianos y la descomposición interna, Al Ándalus estaba sumido en una profunda crisis que a muchos de sus contemporáneos y el autor de la *Crónica profótica* debía parecerle terminal. Y sin embargo no sería así.

16. EUROPA OCCIDENTAL Y EL ISLAM A PRINCIPIOS DEL SIGLO X

No solo Al Ándalus sufría una profunda crisis hacia finales del siglo IX. A su vez, la desintegración del Imperio carolingio iba acompañada de constantes querellas internas. Dividido como vimos entre lo que serían Francia y Alemania, con una extensa franja intermedia, que intentaban absorber una y otra, el Imperio pareció reunificarse hacia 887 con Carlos *el Gordo,* pero la ilusión duró poco. Unos años después existían en el mismo territorio los estados de Italia, Borgoña, Alemania, Francia occidental y Aquitania. No obstante se mantenía el título de emperador, que debía ser coronado por el Papa. Un título sin contenido real, pero prestigioso y disputado. Esta descomposición se doblaba con otra más interna, la semiindependencia alcanzada por muchos condes, obispos y otros nobles en el sistema llamado feudal. Los señores feudales tenían interés en que el poder del monarca destacara poco, ya que haría peligrar el suyo, y esta dispersión del poder era una de las causas de que las correrías vikingas y magiares tuvieran tanto éxito. Dispersión que, a su vez, gravitaba onerosamente sobre el campesinado, pues cada magnate procuraba destacar por su riqueza a costa de él.

Aún más grave fue un fenómeno nuevo: la entrada del papado, centro de la Cristiandad occidental, en el «siglo oscuro» o «siglo de hierro», que se prolongaría por más de cien años. Roma se había liberado de la tutela de Constantinopla para caer primero en la amistosa de Pipino, Carlomagno y otros monarcas

francos, pero conforme el Imperio carolingio se deshilachaba los papas se vieron sometidos a la tiranía de las oligarquías romanas, que, con intermitencias, corrompieron profundamente la institución. Durante un siglo y medio se sucedieron medio centenar de papas, una decena de antipapas y hasta se dice —leyenda probablemente falsa—, una «papisa».

Los desmanes comenzaron en 855, al fallecer el canonizado León IV, con una agria pugna entre el sucesor, Benedicto III, y el aspirante Anastasio *el Bibliotecario*. El siguiente papa, Nicolás I, también canonizado, restableció el orden, pero el que le sucedió, Adriano II, inició una era desastrosa. Adriano había estado casado y tenía una hija antes de ordenarse, y un hermano del Bibliotecario asesinó a ambas mujeres, sospechándose instigación fraterna. El *pontífice* siguiente, Juan VIII, fue el primer asesinado: envenenado y rematado a martillazos por esbirros de la familia Spoleto, en 882.

Algo después el rey franco Carlos III el Gordo intentó dar el papado a un hijo bastardo suyo, pero salió elegido Esteban V, bajo presión del poderoso clan de los Spoleto. Esteban, por vengarse de Carlos, coronó emperador a Guido de Spoleto, adoptándolo como «hijo». El siguiente papa, Formoso, se enemistó con Guido, y aunque este le presionó para que nombrara emperador siguiente a su hijo Lamberto, buscó el apoyo del rey germano Arnulfo de Carintia, quien ocupó Roma en 898. Formoso lo coronó emperador y murió casi inmediatamente. La rivalidad por los intereses de clan y por los grandes títulos engendraba odios viscerales, de modo que el siguiente papa, Esteban VI, hombre de los Spoleto, se vengó de Formoso: hizo exhumar su cadáver (de nueve meses) revestirlo de los ropajes papales y sentarlo atado al trono («Sínodo

horrendo o cadavérico»). Así sufrió un juicio, so pretexto de haber sido obispo de otra ciudad antes que Papa, lo que estaba prohibido. En consecuencia se invalidó su elección como Papa y todos los actos y órdenes que él había conferido. Arrebataron los ropajes al cadáver, le cortaron los tres dedos de bendecir, y lo enterraron en secreto. El escándalo provocó un tumulto popular en Roma, y Esteban fue apresado y estrangulado.

Tras una breve reacción formosista, volvieron dos papas contrarios, Sergio, enemigo de Formoso, y Juan IX. El primero había participado en el «Sínodo horrendo» como acusador, y había cometido la misma falta que Formoso pues había sido obispo de otro lugar, aunque había renunciado. Juan murió muy pronto, en 900, sucediéndole León V, pero un sacerdote, de nombre Cristóforo, lo apresó y ocupó su sitial por la fuerza. Casi de inmediato Sergio volvió a la carga y, con ayuda de un noble brutal, Teofilacto de Túsculo, derrocó y arrestó a su vez a Cristóforo, y se tituló Papa a su vez con el nombre de Sergio III, en 904. Uno de sus primeros actos consistió en desenterrar de nuevo a Formoso y arrojar sus restos al Tíber «para que desapareciese de la faz de la tierra». En ese año hubo tres papas vivos, dos de ellos, León V y Cristóforo, considerados antipapas y en prisión. Sergio, o quizá Teofilacto, resolvió el problema ordenando estrangular a sus dos rivales.

La esposa de Teofilacto, Teodora, tan resuelta como su marido, se convirtió en creadora de tres papas, uno tras otro. Hizo acostarse a su hija Marozia con Sergio, de quien Marozia habría tenido un hijo a quien más tarde haría también Papa. Comenzó entonces el período llamado «pornocracia», que duraría un cuarto de siglo.

La gravedad de estos hechos en el corazón de la Cristiandad

occidental empeoraba por el acoso que esta sufría, de las incursiones vikingas por el norte y oeste, de una nueva oleada bárbara de los magiares por el este, y desde el sur por los sarracenos, que habían puesto el pie en la misma península italiana. Los vikingos habían sometido la costa de Irlanda, donde habían instalado bases de ataque en Dublín, Cork y otros lugares, y ocupado partes de Escocia y sus islas. En el norte de Inglaterra habían establecido un estado con capital en York, aunque Alfredo *el Grande*, rey anglosajón, los contendría durante el último cuarto de siglo. Alfredo, fallecido en 899, fue un monarca muy competente como militar y político, también como reformador legal y educativo. Imitando a Carlomagno estableció una escuela palatina y promovió los estudios, no solo en latín sino también en inglés, así como la traducción a este idioma de textos religiosos, filosóficos e históricos. Por Francia y la Europa Central, las ofensivas e incursiones normandas se producían una y otra vez, siempre con los mismos efectos de destrucciones, pillajes y cobro de tributos o rescates. Grupos de ellos empezaron a asentarse en algunos puntos de Francia, lo que sería la Normandía, viéndose los reyes forzados a reconocerles la propiedad de aquellos lugares. Por el este de Europa, las incursiones tenían una faceta más comercial, sin olvidar la pirática, creando largas rutas de tráficos diversos por el Volga y el Dniéper; y en 880 fundaron la Rus de Kíef, considerado origen de la nación rusa.

Para la Roma del «siglo oscuro», la amenaza más directa provenía de Sicilia, cuya conquista ultimaban los musulmanes, que también dominaban gran parte de Calabria y se adentraban ya por la península hacia el norte, camino de la propia ciudad papal.

En cuanto a la dinámica de la civilización eurooccidental, la caída de España había sido sin duda un golpe muy rudo, y también la disolución del Imperio carolingio; pero ninguna de ellas había alterado en profundidad la evolución europea. Ahora, en cambio, las invasiones desde todos los puntos cardinales más una especie de putrefacción del papado, pudieron haber producido un colapso de la Iglesia y de la misma Europa cristiana. Si no ocurrió así, se debe probablemente a la vasta red de monasterios y de la organización episcopal y parroquial extendida desde las islas británicas hasta el río Elba y desde el sur de Dinamarca hasta el río Duero en España, y hasta el norte de los Balcanes. Esta doble red no solo había evitado la recaída en la barbarie al derrumbarse el Imperio de Occidente, sino que había expandido la civilización cristiano-romana por la Germania y áreas eslavas inmediatas, y demostraba una solidez superior a la de las organizaciones directamente políticas, a las que complementaba.

* * *

No cabe duda de que, si el califato Abasida estuviera en sus mejores momentos, las circunstancias por las que atravesaba la Cristiandad europea habrían podido llevarla a un completo desastre. Pero Bagdad también experimentaba una acentuada decadencia. A principios del siglo había vivido aún una época de esplendor político y cultural bajo el califa Harún Al Rashid, personaje de *Las mil y una noches*. De modo similar a Carlomagno, coetáneo suyo, o más propiamente a su hijo Ludovico Pío, Al Raschid dejó el califato dividido entre dos hijos, ocasionando una larga guerra civil entre ellos. Luego, las revueltas endémicas habían dado lugar al empleo de tropas turcas, un pueblo emparentado con los hunos, parte del cual se

había islamizado. Los turcos pasaron a desempeñar un papel político creciente: gobernaban como emires o valíes diversas regiones del califato, y a veces se independizaban. Conforme avanzaba el siglo, los califas eran cada vez más incapaces de imponer orden e incluso de recaudar impuestos. Por el tiempo de la muerte de Alfonso *el Grande*, en España, el imperio abasí de Bagdad entraba en un proceso de fragmentación.

Por lo que se refiere al Magreb, la región de África más próxima a Al Ándalus, estuvo la mayor parte del siglo IX dividido en dos zonas. La más occidental la gobernaba la dinastía idrisí, por Idrís I, descendiente supuesto de Mahoma y enfrentado a los omeyas y a los abasíes. Más al este fue creciendo el emirato aglabí, formado en 800, hasta dominar en su momento de máxima expansión las actuales Argelia y Túnez y el occidente de Libia, Sicilia, comarcas del sur de Italia y Cerdeña. Pero hacia finales de siglo los aglabíes estaban siendo desplazados por un nuevo poder que se extendía desde Egipto, el de los fatimíes, de carácter chií, pese a que todo el norte de África era muy mayoritariamente sunní. Luego, en 909, instauraron en Kairuán, Túnez, un nuevo califato, llamado fatimí porque su fundador dijo descender de Fátima, hija de Mahoma, y de su esposo Alí. Con los fatimíes había tratado de aliarse Omar Ben Hafsún, sin mucho éxito, acaso porque su conversión al cristianismo suscitaba demasiado recelo. Por su parte, Córdoba procuraba frenar las arremetidas fatimíes, que podían traer peligro a Al Ándalus, y apoyaba a los idrisíes, también atacados por el enemigo común. Por entonces era mucha más la influencia de Córdoba sobre el Magreb que la inversa, situación destinada a invertirse de forma dramática un siglo largo más tarde.

* * *

No solo la Cristiandad occidental sacó provecho de la debilidad del califato, también la Cristiandad oriental o bizantina lo hizo, aunque, al revés que la primera, no de manera pasiva, sino activa. Hasta el último tercio del siglo, el Imperio bizantino no había hecho más que retroceder, sumido en querellas internas como la de la iconoclasia, y con los árabes dominando el mar y dificultando las comunicaciones y el comercio, sobre todo a partir de Creta, donde se habían asentado fugitivos de Al Ándalus. Pero en 867, más o menos cuando Alfonso III comenzaba a reinar en Oviedo, se había impuesto en Constantinopla Basilio I, también llamado *El Grande*.

Basilio había ido subiendo puestos en la corte de Miguel III *el Beodo* hasta ganar su confianza. Con acuerdo de este, hizo asesinar a Bardas, tío de Miguel y gobernante efectivo, y poco después despachó de igual modo al propio Miguel. Basilio, que al principio parecía tan disoluto e inepto como Miguel, a cuya corte había pertenecido, demostró ser un gobernante enérgico y capaz. Fue un gran reformador legislativo, restableciendo las leyes de Justiniano y promulgando otras nuevas, y reorganizó la flota, con la que logró imponerse a los árabes en general salvo en Creta, que siguió siendo una pesadilla hasta bien entrado el siglo X, fracasando una y otra vez los intentos de recuperarla. Asimismo ganó batallas en Italia, ampliando sus dominios, procuró aliarse con los fatimíes contra el común enemigo de Bagdad, y fundó una nueva dinastía, llamada macedónica. Algunos historiadores han dado a la época iniciada por Basilio el nombre de Renacimiento macedónico, en el sentido de que fue un período de relativa paz y recuperación que se adentraría hasta

mediados del siglo XI.

Las relaciones entre Roma y Constantinopla siempre habían sido difíciles y no habían cesado de empeorar con motivo de la iconoclasia y roces diversos. Basilio destituyó al patriarca Focio, máximo enemigo del papado, para congraciarse con este, pero no iba a ser fácil. Por una parte, los búlgaros, que habían dudado entre Roma y Constantinopla, optaron por esta última en 870, para enojo del papado; y por otra Focio volvió a ser nombrado patriarca en 877, nombramiento esta vez reconocido por el Papa sin lograr por ello disolver las enemistades. Fue dicho patriarca quien envió a los hermanos Cirilo y Metodio a evangelizar a los eslavos, empezando por los búlgaros. Estos dos misioneros, hombres de gran cultura, inventaron también el alfabeto glagolítico, en el que tradujeron la Biblia. El alfabeto denominado cirílico, en honor de Cirilo, fue elaborado algo más tarde, probablemente por discípulos de los dos hermanos, canonizados tanto por la Iglesia de Roma como por la oriental y reconocidos como «patronos de Europa» por Juan Pablo II.

A Basilio le sucedió su hijo León VI *el Sabio*, así llamado por su actividad jurídica y teorización militar, aunque en la práctica no resultó un gran estratega. Quizá no fuera hijo de Basilio en realidad, sino de Miguel *el Beodo,* y en todo caso padre e hijo se odiaban. Al parecer, el emperador había pensado cegar a León para impedirle acceder al trono, pero murió por un percance mientras cazaba, amargado por la viva sospecha de que el accidente hubiera sido preparado por su hijo. León fue prácticamente coetáneo del español Alfonso III, reinando entre 886 y 912. Sus campañas militares tuvieron poco éxito, tanto contra los búlgaros, para lo que se alió con los magiares, como contra los Rus de Kíef, o como el intento de recuperar Creta.

Con todo, mantuvo el Imperio en condiciones aceptables.

* * *

En un sentido amplio, la reconquista española se inscribe en una magna contienda general entre la Cristiandad y el Islam, que no era solo ni principalmente militar, aunque la guerra fuera parte esencial de ella; ni política, aunque la política tuviera un papel decisivo, sino ante todo religiosa y cultural en un sentido más profundo.

Así, el Mediterráneo y su entorno resultó el magno escenario en que se desarrollaba aquella lucha de civilizaciones, como lo había sido en épocas pasadas entre griegos y persas o Roma y Cartago. Al lado de este conflicto crucial pierde cierta relevancia la oleada, aun si desde luego muy peligrosa, de invasiones vikingas y magiares. Estos últimos eran invasores y más aún incursores, pero no realmente conquistadores, ya que no aportaban una cultura o una religión capaces de imponerse sobre grandes extensiones o sobre el bien asentado cristianismo. Como había de verse, las agresiones paganas, por destructivas que fueran, diferían fundamentalmente de la yijad. Sus religiones eran por así decir demasiado endebles o primitivas frente a la fuerza espiritual del cristianismo, y por ello los invasores resultarían conquistados, aunque para ello haría falta un siglo más de dolorosas batallas hasta que los ataques perdieran impulso y terminaran por esfumarse de la historia. Por el contrario, el Islam demostraría ser una religión tan fuerte como el cristianismo en términos históricos, psicológicos y por un tiempo culturales, de modo que allí donde se imponía ya solo retrocedía raras veces y con extrema dificultad. La contienda no iba a resolverse en un siglo o dos, sino que en realidad persiste de muy variadas formas, incluidas las bélicas,

hasta nuestros días.

Dentro del gran escenario, España era probablemente el único lugar donde el cristianismo mantenía una clara ofensiva frente al Islam, dos siglos después de la invasión de Tárik y Muza, mientras en otros lugares, como Italia o el Mediterráneo oriental, se había llegado a un ten con ten. El Islam había perdido mucho de su ímpetu inicial en el ámbito mediterráneo, y ello permitía los éxitos en España y soportar los continuos golpes paganos.

17. ABDERRAMÁN III RESTABLECE AL ÁNDALUS Y RAMIRO II LLEVA A LEÓN AL APOGEO

Comenzando el siglo X, dos después de la batalla de Guadalete, la situación general en la Península Ibérica podría describirse así: la parte cristiana o española seguía dividida en dos regiones, cantábrica y pirenaica. Esta última, proveniente de la Marca Hispánica, se dividía a su vez entre el reino de Pamplona, Aragón, que iba alcanzando entidad propia, y el grupo de condados orientales aún dependiente de los francos, si bien en vías de ruptura con ellos. La parte cantábrica constaba de un solo reino, mucho más extenso y seguramente más poblado que la pirenaica. Esta última seguía más o menos recluida en sí misma, mientras que la cantábrica empujaba con osadía hacia el sur. Y Al Ándalus padecía una profunda desazón interna.

Por entonces la población peninsular apenas rebasaría los 4 millones, con no mucho más de medio millón la zona cristiana. Al Ándalus retenía tres cuartas partes del territorio, las comarcas más fértiles, ricas, pobladas y urbanizadas, y aprovechaba además el comercio con el enorme ámbito islámico, poco interrumpido por las contiendas políticas. Por tanto continuaba siendo un bocado demasiado grande para la boca del norte. Aun así, a sus derrotas frente a los cristianos se sumaba desde el Magreb la amenaza del califato fatimí, enemigo jurado tanto de los omeyas como de los abasidas. Pero lo más dañoso eran las revueltas internas, que sus recientes emires no lograban

controlar: el poder efectivo de Córdoba no iba mucho más allá del contorno de la capital. No podía descartarse, pues, su desmoronamiento por implosión, como esperaban muchos cristianos.

Y en esta zozobra extrema, en 912 accedió al emirato Abderramán III, nieto del ineficaz Abdalá. Solo tenía veinte años, pero enseguida mostró energía y visión política muy superiores a las de los emires precedentes. Entendió que una causa de las continuas revueltas radicaba en el excesivo poder de los clanes árabes y las diferencias étnicas, por lo que fue poniendo en pie un aparato estatal ligado a su persona de modo muy directo. Preparó así un núcleo militar de unos 14.000 esclavos europeos de origen eslavo, con algunos cristianos, y otorgó altos cargos, también administrativos, a otros esclavos y a varios cristianos y judíos. Asimismo incrementó los contingentes de soldados bereberes a una escala mayor que antes. Estas medidas provocaban agrios enojos entre los clanes dirigentes, que habrían sido muy peligrosos para el propio Abderramán si este no hubiera alcanzado triunfos sustanciales, tanto bélicos como en el gobierno general, que impresionaban a todos y frenaban las resistencias. Por eso pudo cantar el poeta Al Rabihi, con bastante realismo: «Rehízo la unidad y reparó el reino destrozado, dejando firmes y seguras sus bases. Con su luz amaneció el país tras un tiempo de corrupción y desorden».

De sus cincuenta años de gobierno se concentró en los primeros veinte en dominar efectivamente Al Ándalus, utilizando según los casos el terror, la diplomacia y la corrupción. Perdonaba a quienes se entregaban y ahogaba en sangre las ciudades insurrectas, método clásico que le rindió fruto después de sus primeras e intimidantes victorias. Así fue

sometiendo Jaén, Sevilla, Granada, Valencia, Málaga, Zaragoza, Écija, Carmona, Tudela, capital de los Banu Qasi, y otras. En 928 asaltó la fortaleza de Bobastro, acabando con los Ben Hafsún. Para dar ejemplo, hizo desenterrar al padre y crucificó su cadáver, junto con dos de sus hijos, ante una puerta de Córdoba. En 930 aplastó Toledo y para 932 había logrado someter todo el país musulmán. La llamada *Crónica Anónima de Al Nasir* resumía:

> Conquistó ciudad por ciudad, exterminó a sus defensores y los humilló, destruyó sus castillos, impuso pesados tributos a los que dejó con vida y los abatió terriblemente por medio de crueles gobernadores hasta que todas las comarcas entraron en su obediencia y se le sometieron todos los rebeldes.

Afrontó con igual éxito a los fatimíes, cortándoles la expansión por el Magreb, a cuyo objeto construyó una fuerte escuadra con la que dominó el Mediterráneo occidental y conquistó la franja desde Tánger a Melilla. Buscó alianza con el reino de Fez y con quienes en el Magreb resistían a los fatimíes, y entre todos, lograron empujarlos del mismo Kairuán, su capital en Túnez, forzándoles a trasladarla a El Cairo. Aunque no acabaría ahí la amenaza de los expulsados.

Y dado que los fatimíes se proclamaban califato, al igual que los abasíes, Abderramán se nombró califa en 929. El título le distinguía como sucesor de Mahoma y máxima autoridad político-religiosa del Islam:

> Por cuanto Dios Altísimo ha mostrado su preferencia por Nos (…), ha extendido nuestra fama por el mundo, ha ensalzado nuestra autoridad por las tierras, ha hecho que la esperanza de los mundos estuviera pendiente de Nos, ha dispuesto que los extraviados volvieran a Nos y que nuestros súbditos se regocijaran por verse a la sombra de nuestro gobierno (…), hemos resuelto que se nos llame con el título de Príncipe de los Creyentes (…), pues todo el que lo usa, fuera de Nos, se lo apropia indebidamente, es un intruso en él y se arroga una denominación que no merece.

Aunque su autoridad real no pasaba de la península y una corta franja costera en el norte de África. Hasta entonces los monarcas cordobeses se titulaban emires, gobernadores de nivel superior, obedientes (puramente irreales) al califa. Los emires de

Córdoba no solo no obedecían al califato de Bagdad, sino que eran enemigos enconados de él. Con lo que había entonces tres califatos, el de Bagdad, el de Kairuán-Cairo (fatimí) y el de Córdoba.

Aparte de sus victorias militares y políticas, Abderramán engrandeció a Córdoba más de lo que ya habían hecho sus predecesores. Se dice que la ciudad tuvo medio millón de habitantes, aunque la cifra real pudo ser la mitad o menos; en cualquier caso rivalizaba con Bagdad y superaba a cualquier ciudad de Europa, exceptuando Constantinopla. Si bien el hecho de que Córdoba estuviera físicamente en Europa no la hacía europea, como tampoco española, si damos a estas palabras un valor cultural y no meramente geográfico. Amplió la gran mezquita e hizo construir muchas más (las cifras de 3.000 o 600 que a veces se leen son exageraciones claras), así como baños públicos y bibliotecas; fomentó la traducción de obras griegas y hebreas al árabe, propiciando un considerable impulso intelectual: florecieron el arte, las ciencias, la agricultura y el comercio como nunca antes. La fama de la ciudad como centro del lujo y la cultura se extendió no solo por el Islam, sino también por Europa.

Para realzar su poder fundó en las afueras de la capital una ciudad administrativa y militar, llamada Medina Azahara (Madinat al-Zahra, «ciudad brillante»): un suntuosísimo y artístico conjunto palacial de más de un kilómetro cuadrado, urbanizado y amurallado, con espacios para tropa, administración, artesanos, harén, mezquita, etc. Quería asemejarse al palacio de los omeyas en Damasco, ligando así a aquel el nuevo califato.

Por estas razones, Abderramán ha gozado de admiración

muy dilatada en el espacio y el tiempo, en Oriente y Occidente. Con todo, aquel esplendor se fundaba, como una de sus mayores fuentes de riqueza, en un nutrido tráfico de esclavos. A Córdoba llegaban regularmente miles de ellos, capturados en África negra y en el este de Europa, traídos de allí por negociantes normandos y judíos; otra fuente de esclavos eran las aceifas e incursiones por el norte español. Los comerciantes cordobeses castraban a muchos de ellos, en especial negros, y los revendían como eunucos, junto con miles de mujeres, en Oriente Próximo. Precisamente un objetivo clave de la lucha contra los fatimíes era el control de las caravanas que transportaban esclavos y oro del centro de África y Sudán.

Tampoco debe olvidarse el despotismo del califato, más acentuado que antaño. El poder descansaba de modo inmediato en el ejército, y compuesto principal y deliberadamente de tropa ajena a los habitantes del país, fueran cristianos mozárabes o muladíes. Las conversiones al Islam seguramente habían aumentado en gran medida, aunque es imposible cuantificarlas, hasta formar acaso más de la mitad de la población, mientras los mozárabes disminuían con rapidez creciente, por conversión, por emigración al norte o por deportación al Magreb. Pero ni unos ni otros gozaban del aprecio ni menos aún de la confianza de los gobernantes. Los muladíes, más aún que los mozárabes, protagonizaban motines y disturbios demasiado frecuentes, fuera por los abusos de las tropas o por la pobreza en que vivía la mayoría de ellos, como pequeños campesinos o artesanos sujetos a impuestos gravosos. Esa desconfianza quedó de relieve asimismo en la construcción de Medina Azahara, a unos kilómetros de la capital y a salvo de revueltas.

El califa solía emborracharse y tenía fama de cruel. Entre

otros actos, a las mujeres de su harén que mostraban la menor oposición a sus deseos podía llegar a decapitarlas o quemarles la cara. Un hijo suyo, Abdalá, que conspiró contra él, fue degollado en su presencia y en la de otros altos cortesanos; y se cuenta que por divertirse ató a unos chiquillos negros a una noria, que estuvo girando hasta que se ahogaron.

Hacia el final de sus días, Abderramán hizo una descripción triunfal de su vida: «Cincuenta años en victoria y en paz, amado por mis súbditos, temido por mis enemigos, respetado por mis aliados. Riquezas y honores, poder y placer esperaron mi llamada, ninguna bendición terrena parece haber sido esquiva para mi felicidad». Sin embargo la conclusión distaba de ser alentadora: «En esta situación he anotado cuidadosamente los días de pura y genuina felicidad que me han tocado en suerte: suman catorce». Esta reflexión corresponde a una etapa de melancolía que le hacía llorar a menudo.

Desde un punto de vista general vale la pena apreciar cómo a veces algunas personalidades logran rescatar una sociedad a punto de desmoronarse, y cómo pueden hacerlo por expedientes sumamente brutales o crueles, sin saber qué pesa más en el balance, si los actos de crueldad o la salvación social. El historiador no puede decidir, solo señalar el dato. En situaciones de calma, un líder político puede manifestar escrúpulos éticos y cierta blandura, si al mismo tiempo es lo bastante hábil manejando a la oligarquía en que se apoya. Pero en situación de crisis es muy infrecuente, aunque se da, el líder capaz de resolverla sin cometer actos de gran dureza, que desde otro punto de vista podrían caracterizarse como crímenes. Abderramán salvó al emirato, lo convirtió en califato y salvó también a Al Ándalus de un naufragio casi seguro. Desde el

punto de vista andalusí fue una enorme hazaña; desde el punto de vista español, el rescate *in extremis* de aquella poderosa fuerza enemiga cuando parecía próxima al colapso, resultó más bien una pesada desgracia.

* * *

Los cincuenta años del reinado de Abderramán correspondieron a los de nueve reyes de León, adonde García, hijo de Alfonso III, trasladó la capital desde Oviedo. Varios de estos monarcas reinaron solo entre uno y tres años (Fruela *el Leproso*, Alfonso Froilaz *el Jorobado*, Sancho *el Craso,* Ordoño IV *el Malo*) y solo dos fueron realmente significativos: Ordoño II (diez años) y Ramiro II (veinte).

El traslado de la capital a León señala una nueva época en la reconquista, dos siglos después de comenzada. León, más expuesta a las aceifas, estaba en cambio mejor situada para promover la repoblación del valle del Duero e impulsar nuevas ofensivas contra Al Ándalus, por lo que la decisión de trasladar allí la sede revela un espíritu optimista y de profunda autoconfianza.

Al dividirse en 910 el reino entre Ordoño, Fruela y García, el tercero gozaba de cierta preeminencia como rey de León, pero quedaba abierta la probabilidad de pugnas sangrientas por la reunificación del poder, siendo Ordoño el más capaz y osado de los hermanos. De él se decía que era incapaz de descansar en sus responsabilidades administrativas y bélicas. La disputa se solucionó porque a los cuatro años García falleció de muerte natural y sin hijos, con lo que Ordoño unió a su reino de Galicia el de León, quedando solo Asturias fuera de su potestad, pero en posición subordinada. Su reinado duraría diez años sumamente intensos.

Ya antes de reinar, el joven Ordoño había encabezado en 910 una impetuosa cabalgada hacia el corazón de Al Ándalus, la más profunda hasta entonces, setecientos kilómetros desde Tuy a la misma Sevilla. Tras saquear una opulenta barriada de la ciudad logró volver cargado de botín. En 913, como rey de Galicia y reinando ya en Córdoba Abderramán III, asaltó Évora, al sureste de Lisboa, aplastó a la guarnición y se llevó 4.000 cautivos. La osadía del golpe sacudió a todo Al Ándalus, donde «no se recordaba un desastre más terrible y afrentoso». Y apenas instalado en León, incursionó de nuevo hasta Mérida y Badajoz, sometiéndolas a tributo. Al año siguiente, volvió con igual éxito a Évora y desbarató los refuerzos enviados por Córdoba. Estas correrías a caballo desmoralizaban a los moros. Eran muy difíciles de impedir, ya que su velocidad les permitía la sorpresa y cambios de dirección que las volvían imprevisibles.

El mismo año 915, Sancho Garcés de Pamplona atacó con éxito a los Banu Qasi de Tudela, ocupándoles varias plazas fuertes, y en adelante los pamploneses adquirirían potencia expansiva estrechamente aliados a León, en lucha encarnizada con sus antiguos aliados muladíes del valle del Ebro.

Desde luego, estos éxitos no mermaban la ventaja material de Al Ándalus, y Abderramán no dejó de lanzar aceifas devastadoras contra el norte, prácticamente anuales desde 916, dirigiéndose sobre todo hacia la parte oriental, Pamplona, Castilla (Al Qila) y Álava. Estas ofensivas no siempre le salían bien, y en 917 sufrió una tremenda derrota en Castromoros, cerca de San Esteban de Gormaz, dejando en el campo infinidad de cadáveres. Pero al año siguiente fue Ordoño quien sufrió un grave revés en Mitonia, lugar no localizado. La fortuna volvió a sonreír a Abderramán los años siguientes, y en 920 las tropas

musulmanas, con mando directo de Abderramán, machacaron literalmente a leoneses y pamploneses, recuperaron mucho del territorio perdido, llegaron a Pamplona, destruyeron en ella lo que pudieron y se llevaron un cuantioso botín. Las acciones posteriores de unos y otros disminuyeron en intensidad, pero en 924 Córdoba volvió a arrasar Pamplona. Ese año falleció Ordoño II y se abrió una crisis sucesoria. Abderramán, acosado a su vez por revueltas, dedicó a ellas sus esfuerzos y se abrió un período de relativa paz, signada por algaras menores.

La sucesión de Ordoño debería haber correspondido a un hijo suyo, pero Fruela de Asturias se hizo con el trono después de una pequeña contienda, siendo tachado de usurpador por muchos. Solo vivió un año más, finando, al parecer, de lepra, sin haber hecho nada digno de reseña, excepto matar a unos supuestos conspiradores. Le sucedió su hijo Alfonso Froilaz *el Jorobado* durante menos de otro año, pues los hijos de Ordoño se rebelaron contra él y lo expulsaron violentamente, repartiéndose a continuación el reino: el mediano reinó sobre León con el nombre de Alfonso IV; el mayor, Sancho, sobre Galicia, y el tercero, Ramiro, sobre el norte de Portugal.

Así, el reino volvía a disgregarse, pero, como la vez anterior, sería por poco tiempo. Sancho finó en 929, y Alfonso IV fue jurado rey de Galicia en la catedral de Santiago. Dos años después moría la esposa pamplonesa de Alfonso, Oneca, y él, deprimido, abdicó y se retiró a un convento, dejando de nuevo el reino unido en manos de su hermano Ramiro II. Este, semejante a su padre por su incansable actividad, pasará a la historia como *el Grande*, aunque los musulmanes le apodaban *el Diablo*, por su dureza y pericia militar. Pronto recibió a una delegación mora de Toledo que venía a pedirle ayuda contra

Abderramán. Aceptó con entusiasmo y preparó un ejército en Zamora. Mas los toledanos esperarían en vano, porque entre tanto su hermano Alfonso, arrepentido de su abdicación, quería recobrar la corona apoyándose en nobles afectos; y aprovechando la ocasión, Froilaz *el Jorobado* se alzó a su vez en Asturias. Ramiro tenía de su parte, entre otros, al rey de Pamplona Sancho Garcés y al conde de Castilla Fernán González y demostró enseguida su resolución. Venció a las fuerzas enemigas, apresó a los dos Alfonsos, los hizo cegar, junto con otros hermanos del *Jorobado* que podían disputarle el poder, y los recluyó en el monasterio de Ruiforco de Torío, al norte de León. Cegar a rivales para impedirles el acceso al trono era práctica bastante común en Europa. Otras veces se resolvía con el asesinato, en el mejor de los casos con prisión o destierro.

Ramiro podía marchar por fin sobre Toledo, cuando surgió una nueva dilación por la necesidad política de repudiar a su mujer, Adosinda, para casarse con Urraca de Pamplona. Las causas no están claras, pero el suceso revela otros rasgos de la época. Urraca era una de las seis hijas que la reina Toda de Pamplona venía casando con reyes y nobles, formando una extraordinaria red de influencias políticas familiares. Aparte de Urraca, otra hija, Oneca, se había casado con Alfonso IV, una tercera, Sancha, con el leonés Ordoño II, y al morir este con un conde de Álava y luego, por la misma causa, con Fernán González de Castilla; otra, Velasquita con un conde alavés y luego sucesivamente con otros dos aragoneses. Parece que solían sobrevivir a sus maridos. De este modo León, Aragón y Castilla, esta última pronto independiente, se hallaban en relación carnal y política íntima a partir de Pamplona.

Pero además Toda era tía del mismo Abderramán, pues la

madre de Toda, llamada también Oneca, había sido llevada como rehén a Córdoba, allí obligada a casarse con el emir Abdalá, abuelo de Abderramán, de quien era por tanto abuela Oneca. Vuelta a Pamplona, Oneca se había casado con el conde Aznar Sánchez y tenido a Toda. Por eso en 934, cuando el califa se adentraba en el reino para volver a arrasarlo, Toda invocó su relación familiar para desviarlo de Pamplona. Abderramán aceptó, pero a cambio de declarar vasallo el reino pamplonés y nombrar rey del mismo al hijo de Toda, García Sánchez. A continuación devastó Álava y Castilla, regiones muy pobres pero probablemente las más castigadas por los ataques árabes.

Ramiro intentó cortar la retirada a Abderramán, a quien consiguió hacer gran número de bajas en Osma, sin llegar a vencerle. En cambio, al año siguiente alcanzó un triunfo estratégico al apoderarse de Zaragoza, la ciudad clave de todo el dispositivo de la Marca Superior con que los moros afrontaban la Marca Hispánica. Zaragoza era también una rebelde tradicional a los emires. Hacia finales del siglo anterior, Córdoba había logrado el control de la ciudad apoyando al clan llamado tuyibí, contra los Banu Qasi, pero he aquí que los tuyibíes se mostraron a su vez rebeldes a Córdoba. Ramiro se percató del embrollo enemigo y atacó la ciudad, que se le rindió complaciente. La situación era inadmisible para Abderramán, que reaccionó con presteza, acosó a los tuyibíes y les forzó a rendirse y a colaborar con él tras una sucesión de aceifas lanzadas directamente contra el valle del Duero leonés en 938.

Y en 939 el califa preparó un escarmiento a los hispanos que debía ser decisivo: hizo un llamamiento general, también en el norte de África, para una yijad de gran estilo que llamó «del Supremo Poder». Reunió así un ejército entusiasta de cien mil

hombres (en esta ocasión la cifra pudo acescarse a la realidad), superior con mucho a cualquier ejército empleado anteriormente. Con tales fuerzas se dirigió al centro mismo del reino leonés, empezando por Zamora, ciudad que no solo era la llave de la repoblación del valle del Duero, sino también la entrada hacia el mismo León.

A su vez, Ramiro movilizó cuantas fuerzas logró allegar desde Castilla y Pamplona hasta Galicia, y avanzó hasta Simancas, cerca de Valladolid, para cortar el paso al califa, el 19 de julio de 939. Ocurrió ese día un eclipse total de sol que por una hora cubrió la tierra de una luz amarilla oscura, para terror de los dos bandos, que nunca habían contemplado algo semejante. Durante dos jornadas ninguno hizo movimiento alguno, y siguieron luego escaramuzas hasta que por fin, a principios de agosto, se produjo el choque definitivo. Los cristianos resistían a pesar de su inferioridad numérica, y todos sufrían bajas cuantiosas. Entre los mandos andalusíes hubo desconexiones, debidas a las agrias discordias entre árabes y eslavos, despreciados estos por los primeros. Con ello, la eventualidad de un descalabro se hacía visible y Abderramán pensó que aún podía retirarse sin mucho deshonor después de haber causado graves pérdidas a sus enemigos. Como fuere, ordenó una retirada que debía ser ordenada. Ramiro percibió la maniobra y comprendió su ventaja: pese a la merma de sus fuerzas, mandó perseguir y hostigar sin cesar a la retaguardia mora. Las tropas califales alcanzaron por fin un paraje llamado Alhándega, no identificado, y allí, narra el cronista Al Muqtabis: «Los enemigos les empujaron hasta un profundo barranco (…). Muchos se despeñaron y otros murieron pisoteados en el hacinamiento. Abderramán, forzado a entrar allí, hubo de

abrirse paso con su guardia y abandonar su real, del que se adueñaron los enemigos con todo su tesoro».

La victoria fue, con diferencia, la mayor alcanzada hasta la fecha por los cristianos, y su repercusión psicológica fue enorme por Europa y el Islam. Los vencedores quedaron también agotados, sin fuerza suficiente para explotar su triunfo hasta el fin, pero aun así ampliaron su territorio al sur del río Duero por Salamanca, Sepúlveda y el río Tormes. Y gracias al enorme botín «medraron Galicia, Castilla y Álava, así como Pamplona». Pues pese a declararse vasallo de Córdoba, lo mismo Toda que su hijo García Sánchez persistían en una política de hostilidad hacia los musulmanes y estrecha alianza con León. Abderramán debió de haberse visto a punto de perecer, y vuelto a su capital hizo ejecutar en público a numerosos jefes supervivientes, pero ya no encabezó más ofensivas contra el norte, encomendándolas a sus generales.

Se esfumó por completo la perspectiva de una magna yijad que aniquilase los estados españoles, y Córdoba hubo de resignarse a su permanencia. Sin cejar, desde luego, en sus aceifas. Una de estas, en 940, arrasó las proximidades de León, otra, en 944, alcanzó el centro de Galicia, la de 947 casi tomó Zamora, y otra poco posterior llegó a la costa norte gallega. Pero tras las retiradas, las fronteras permanecían casi estables. En 950, Ramiro contraatacó por el Tajo y desbarató a los moros cerca de Talavera de la Reina.

Al año siguiente, con cincuenta y tres de edad, el incansable rey sintió próxima su muerte, abdicó en su hijo Ordoño III, y se hizo llevar a la iglesia de San Salvador, donde se quitó sus vestiduras y cubrió de ceniza su cabeza, en señal de penitencia, según ritual atribuido a San Isidoro. Había sido uno de los

héroes más relevantes de la reconquista. Embarcado en continuas luchas para salvar y aumentar el reino, y siempre escaso de dinero, reforzó también la administración, repobló amplias comarcas, construyó edificios de cierto fuste en León, impulsó las peregrinaciones a Santiago, verdadero centro espiritual de los reinos y condados cristianos peninsulares, y fundó monasterios. Como hemos señalado y no sobra recordar, esta última fue una ocupación crucial de los reyes: los monasterios, con sus bibliotecas y actividad religiosa formaban una red de centros de cultura, homogeneizaban políticamente a la población y difundían mejoras agrarias, médicas y artesanas. No sin que entrasen en pleitos frecuentes con intereses de particulares o nobiliarios, para los cuales no dudaban en falsificar documentos públicos o diplomas.

18. DECADENCIA DE LEÓN Y NACIMIENTO DE CASTILLA

El conde Fernán González pertenecía a la familia Lara, la más importante del condado de Castilla junto con la de sus rivales los Assur, y era el noble más prestigioso y poderoso en la corte de Ramiro. Pero después de la batalla de Simancas surgieron desavenencias por el reparto de los nuevos territorios, pues el rey favoreció a Fernando Ansúrez, su rival, taponando a González la expansión del suyo. Esta repentina preferencia regia pudo provenir de que González hubiera roto por su cuenta, con autonomía excesiva, una tregua concertada con los musulmanes. Por ello, en 943 el conde se alzó contra el rey junto con otro postergado, Diego Muñoz, conde de Saldaña. No obstante, Ramiro estaba alerta y los desbarató y encarceló a ambos. Debieron de darse circunstancias muy especiales, porque antes de un año y medio los insumisos volvieron a encontrarse libres y en sus posesiones, previo juramento de fidelidad; cuando en otro caso podían haber perdido la vida o los ojos.

Después de Simancas, Abderramán cambió el rumbo de sus ataques, dejando Álava y Castilla por Galicia y León. Este cambio de frente ha hecho sospechar al historiador E. Lévy-Provençal que el conde castellano hubiera llegado a tratos con los andalusíes, pero se trata de meras conjeturas.

Por el momento el conflicto no fue a más, pero la sucesión de Ramiro dio lugar a una pugna entre sus hijos Ordoño y Sancho *el Craso*, ganada por el primero. El nuevo rey, Ordoño

III, sufrió enseguida la doble rebelión de oligarcas gallegos y castellanos. La segunda, encabezada por Fernán González a favor del *Craso*, tenía especial peligro al apoyarla Pamplona, ya que el *Craso* era nieto de la reina Toda, la cual era también suegra de Fernán. El conflicto enturbió las relaciones entre Pamplona y León, hasta entonces tan estrechas y cordiales.

Y como fondo, Córdoba lanzaba continuas ofensivas contra León, y alguna contra Pamplona. En ellas, como de costumbre, explicaba un cronista árabe, «Alá permitió dar muerte a los guerreros, y cautivar a las mujeres y a los niños, incendiar las aldeas y aniquilar la riqueza de los infieles». Ordoño III debió, de momento, pagar tributo a Córdoba, pero derrotó tanto a los nobles gallegos como a Fernán y los suyos, y en 955 replicó a Abderramán con un asalto a Lisboa, que obligó al califa a pedir una tregua, aceptada por el leonés. Ese mismo año, los musulmanes atacaron a Fernán llevándolo al borde del desastre, del que le salvó el propio Ordoño, pese a su traición. Estas hazañas acreditaban un rey digno sucesor de su padre, pero al año siguiente le llegó la muerte cuando preparaba un gran ejército en Zamora, presumiblemente contra Al Ándalus, a pesar de la tregua. Tenía solo treinta años y había reinado cinco, de 951 a 956.

Los sucesores de Ordoño III le fueron muy inferiores. En la crisis dinástica subió al trono su hermanastro Sancho el Craso, muy condicionado por Pamplona. Al atacar a los musulmanes para ganar prestigio, cosechó serios reveses y se enemistó con casi todos los oligarcas. A los dos años, destronado por una conjura en la que participó Fernán, su anterior aliado, huyó a refugiarse en Pamplona. Tomó entonces el cetro Ordoño IV apodado el *Malo*, sea por su mala salud o por su falta de

virtudes, y juguete de facciones nobiliarias. Fernán ayudó a entronizarlo, pensando en manejarlo. Visiblemente inepto, reinó otros dos años, hasta 960 y su fracaso dio una nueva oportunidad al Craso, esta vez apoyado nuevamente por Fernán.

* * *

Fernán González ha pasado a la leyenda y también a la historia, como el fundador de una Castilla independiente. Un poema anónimo, tres siglos posterior pero que recoge sin duda relatos orales previos, afirma que aquel: «Mantuvo siempre guerra con los reyes de España/ no daba más por ellos que por una castaña». Los reyes de España incluían a cristianos y musulmanes, ya que Al Ándalus seguía siendo legalmente la vieja España para los cristianos. Pero más que guerras, Fernán practicó rebeliones e intrigas con unos y con otros, incluidos los andalusíes, y fracasadas en su mayor parte. No está claro que buscase una independencia real, y ningún documento confirma que lo hiciera, pero sin duda estableció una semiindependencia de hecho. Por lo demás, lo mismo ocurría al otro extremo del reino, por Galicia. La diferencia es que Castilla venía siendo un punto crucial hacia el que se dirigían los ataques andalusíes, lo que no pasaba desde hacía mucho tiempo con Galicia, salvo esporádicamente. Aquella constante inquietud y exposición a ataques podía haber deprimido el ánimo de sus pobladores, pero ocurría lo contrario, bien recogido en el citado poema, en el que, como en los versos citados, destaca la arrogancia castellana: España era «mejor que otras tierras», pues la honró Dios con el sepulcro de Santiago: «Sobre Inglaterra y Francia la quiso privilegiar/sabed, ningún apóstol yace en todos esos lugares» y así valen más los moradores de España, «homes sesudos». Pero de toda España, «Castilla es la mejor».

Galicia, por tanto, estaba en calma, salvo por la permanente agitación de la oligarquía. O por la ocasional visita de los vikingos, como la de 968, que trató de asaltar Santiago de Compostela, ciudad ya considerablemente rica como centro de peregrinaciones, y famosa en todo el continente. Después de someter a pillaje varias poblaciones menores, fueron al fin rechazados con serias pérdidas. También debió de sufrir la costa gallega incursiones marítimas de la poderosa flota andalusí, que habrían alcanzado Ortigueira, en el norte de la región.

Cualquiera que fuese el designio real de Fernán González, la vuelta de Sancho el Craso al poder iba a darle ocasión de ampliar su autonomía. Lo mismo que facilitaría los designios de Abderramán. Pues este había cambiado de estrategia después del fracaso de la yijad del *Supremo Poder*. Ya no trataba siquiera de recobrar territorios, sino de afianzar las dos líneas defensivas de la cordillera Central y del valle del Ebro. La cordillera defendía el valle del Tajo frente al del Duero, prácticamente perdido; y en el Ebro aseguró una línea de cuatro plazas fuertes: Tudela, Huesca, Barbastro y Lérida. El cambio no implicaba pasividad. Por el contrario, intensificó las algaras y aceifas, que en alguna ocasión llegaron al norte de Galicia y a Zamora, y las combinó con una activa diplomacia para explotar los roces y diferencias entre los españoles. Y la ocasión se le presentaría en bandeja con Sancho *el Craso*.

El apodo de Sancho provenía de su enfermiza obesidad, pues pesaba más de doscientos kilos, lo que le impedía montar a caballo y casi andar, algo muy impropio para un monarca de entonces. No obstante, Toda, su abuela, estaba encaprichada con él y resuelta a hacerle rey de León. Toda no reinaba, pero tenía una gran influencia sobre su hijo, García Sánchez I, e

indirecta sobre otros nobles, a través de sus hijas; y por otra parte a García Sánchez, rey efectivo del débil reino pamplonés, le convenía tener un monarca afecto y manejable en el más poderoso León. Así pues, la abuela concibió el plan de pedir a su sobrino Abderramán III ayuda tanto militar como médica para reponer a su nieto en León. *El Craso* fue trasladado a Córdoba, donde un salvaje tratamiento médico le hizo perder la mitad de su peso, y el califa se comprometió a prestarle tropas para recuperar el trono, a condición de que le pagara tributo y le cediera diez fortalezas en la frontera del Duero. Era una completa traición a la trayectoria anterior de los reyes leoneses. Puestos de acuerdo unos y otros, con León en pleno desconcierto y división nobiliaria tras la expulsión del *Malo, el Craso* recobró así la corona, en 960. Por su parte *el Malo* también acudió a Córdoba en busca de ayuda, lo que aumentó la capacidad andalusí para mover hilos en el corazón del propio país enemigo. No obstante, el Malo fallecería pronto en la capital del califato.

El Craso había aprendido algo, y pudo mantenerse seis años. En el primero finó Abderramán en plena gloria, aun si no feliz, dejando un Al Ándalus consolidado, sin problemas internos de gravedad, y con los estados cristianos sometidos a tributo. Su sucesor, Alhakén (Al Hakam) II reclamó las diez fortalezas al leonés, el cual no fue tan loco de entregarlas, pues ello habría provocado su derrocamiento. Para ganar tiempo, *el Craso* envió una vistosa embajada a Alhakén, con el fin de convencerlo de que le pagaría más tarde, en el momento oportuno. Y por lo demás, trató de organizar una coalición desde Galicia a Barcelona para atacar conjuntamente Al Ándalus.

Alhakén replicó con una gran ofensiva por su general más

prestigioso, Gálib, antiguo esclavo, que ya se había distinguido en otras operaciones. Gálib conquistó San Esteban de Gormaz, Atienza y Calahorra, en la articulación misma de la liga hispana, dejando expuesta a Castilla, Navarra y la repoblación del valle del Duero. Con ello el plan del *Craso* se derrumbó de un golpe y en los estados cristianos se instaló el desánimo ante la potencia de Córdoba, al parecer incontrastable. En tales circunstancias la inquietud nobiliaria creció, amenazando al monarca. En un intento de aplacar los ánimos, *el Craso* fue a Galicia; y allí murió, envenenado por uno de sus condes, en 966.

La idea de una coalición de estados hispanos, adecuada como estrategia general, era prematura. En la España pirenaica, Pamplona absorbía los condados del futuro Aragón y participaba en la empresa común, pero los condados orientales, futura Cataluña, continuaban divididos e ineficaces. Barcelona ya descollaba como el más poderoso y dinámico, e incluía a Gerona y Osona, comprendiendo una amplia faja costera desde los Pirineos hasta algo al sur de la propia Barcelona, pero sin llegar a unificar la región ni crear allí un reino como el de Pamplona. Su vasallaje a los francos tenía efectos mínimos, pero se mantenía formalmente, porque eran ellos su última esperanza ante el peligro islámico. De esa dependencia surgió la adopción de la liturgia común en Francia, de la minúscula carolingia en sustitución de la letra visigótica, y una arquitectura supeditada a la francesa, si bien con rasgos propios.

En general a aquellos condados les afectaba el mismo estado de ánimo que había llevado a Asturias, por un período, a aislarse y aceptar cierta sumisión a los islámicos. Esa actitud la había roto el conde Suniario (Suñer) I, en la primera mitad del siglo. Suñer repobló Osona y hostigó a los moros con incursiones por

Lérida, Tortosa y hasta Valencia. Este conde, muy religioso, favoreció grandemente a la Iglesia, y el papado, aun sumido en una profunda degradación, aumentó su poder en Barcelona. También llegó a ocupar Tarragona y volvió a perderla. Tarragona poseía máximo valor político y psicológico como primera ciudad romana de la península, capital de la Tarraconense y sede arzobispal con los godos. En ella, Barcelona aspiraba a dotarse de su propio obispado, eliminando su dependencia de la diócesis de Narbona. Tardaría en conseguirlo. Al final Suñer llegó a una paz con Córdoba, y en 947, sintiéndose cansado, se retiró a un monasterio, dejando el condado a sus hijos Borrell y Miró, que ampliaron sus dominios al heredar el condado de Urgel. Miró falleció en 966, como Sancho *el Craso*, dejando a su hermano como único conde.

Borrell protegió la cultura y las artes. Por entonces el monasterio de Ripoll alcanzó prestigio europeo. A él acudió el francés Gerberto de Aurillac, futuro papa Silvestre II, reconocido por su vasta cultura, que abarcaba las matemáticas y astronomía de la época. En Ripoll amplió sus estudios, probablemente con textos árabes, que recogían obras científicas griegas, persas e indias, y otras propiamente árabes. Borrell también obtuvo del papa Juan XIII el reconocimiento de la archidiócesis de Tarragona, pese a no estar conquistada, y estableciéndola en Vic de modo provisional. La concesión motivó la protesta de otros condados adictos a Narbona. Y el obispo de Narbona, así apoyado, desafió la decisión papal: Attón, obispo de Vic, fue asesinado con sadismo. Su sucesor, Froya, más tímido en sus aspiraciones, terminó igual, y el designio de Borrell se frustró.

Borrell se tituló, significativamente, duque de Gotia

reivindicando así la herencia de los godos; pero cambió la política de su padre por otra de conciliación con Córdoba, de la que se declaró tributario y vasallo. Esta política respondía, como en León y Pamplona, a una sensación de impotencia, y no a una estrategia deliberada, por lo que en 961 tuvo la tentación de unirse a la gran coalición propugnada por Sancho *el Craso*. Sin embargo las derrotas ocasionadas por Gálib le inclinaron a retornar a la política anterior: supeditación formal a los francos y concordia forzada con los musulmanes.

Dada la inferioridad de fuerzas ante Al Ándalus y las trabas a la comunicación, y por tanto coordinación, con León y Pamplona, la política de Borrell parecía la más realista y apropiada. Sin embargo ese realismo iba a darle pronto pésimos resultados.

* * *

Abderramán había dejado a Alhakén II un país pacificado, poderoso y próspero, con sus enemigos cristianos sumidos en la discordia y el desánimo, por más que, en balance, había retrocedido frente a ellos y en el norte de África los fatimíes recuperaban el terreno, dejando a Córdoba solo las plazas de Ceuta y Tánger. A estos problemas tuvo que enfrentarse su hijo, y ya hemos visto cómo volvió a humillar a los cristianos. En el Magreb utilizó una táctica más complicada, enfrentando a unos bandos con otros, empleando generosamente el soborno y combinando la diplomacia con campañas militares. También tuvo que rechazar ataques normandos en 966 y 971. Pese a estos avatares, sus quince años de reinado, hasta 976, no resultaron demasiado agitados. Internamente fue bastante pacífico, y en el exterior no tuvo que emplear excesivamente sus ejércitos, haciéndolo en general con éxito.

Alhakén llevó el califato a la cima de su esplendor. Estimuló el arte y la cultura. Reunió una vasta biblioteca: se habla de 400.000 volúmenes con exageración; la cifra real pudo haber sido diez veces inferior y aun así seguiría siendo fastuosa. No debía de haber otra mayor en toda Europa y cuenca mediterránea. Acopió para ella cientos, tal vez miles de obras científicas traídas de todo el Islam. Se preocupó de la enseñanza, ampliándola con 27 escuelas, continuó la política de atraer a sabios y poetas, embelleció la mezquita con mosaicos bizantinos, pavimentó y dotó algunas calles de alumbrado nocturno y alcantarillado, avance excepcional en su tiempo; y reforzó las líneas de castillos contra los cristianos. Se le atribuyen mejoras agrícolas y la introducción de cultivos orientales. La ciudad siguió siendo un emporio económico, debido a una mayor paz interna y a la afluencia de oro y esclavos de África, y esclavos también de Europa, vendidos al norte de África y oriente, junto con algunos productos agrícolas, a cambio del oro. Su renombre se extendió por todo el ámbito mediterráneo y europeo occidental, recibiendo embajadas tanto de potencias árabes como de los francos.

Abderramán había designado a este hijo como sucesor, y había presidido la decapitación de otro vástago que había pretendido disputarle el puesto. Alhakén había sido retenido en palacio durante cuarenta años sin tener esposa, hecho inusual y tal vez debido a su muy probable homosexualidad (se le ha atribuido un harén masculino, y también tenía, por razón de prestigio, un harén femenino). Al acceder al trono debió de casarse, sin tener hijos. Tuvo dos, no obstante de una esclava vascona, llamada Subh (Aurora para los cristianos), que adquirió por ello influencia en la corte y a la cual Alhakén vestía y

llamaba con nombre de varón. Por otra parte, este califa, como hombre en extremo piadoso y cumplidor de los ritos, trató de eliminar la afición popular al vino, que el Islam no había logrado erradicar del todo, ni él tampoco.

* * *

En contraste con la brillantez de Córdoba, los estados cristianos entraron en una larga depresión, con monarcas mediocres, inmersos en riñas entre sí e internas en León, malestar nobiliario atizado y manejado hábilmente por los dueños de Al Ándalus. En solo diez años desde Ordoño III, el ímpetu de León, que tantas tierras había recobrado y, con alternativas, tantos reveses había infligido a los moros, había cedido a una defensa desordenada y con rasgos de desintegración. Y lo peor estaba por venir, con el caudillo andalusí Almanzor. Este período crítico duró medio siglo, hasta principios del XI.

Tal diferencia con Córdoba y con los precedentes éxitos de unos monarcas cristianos enérgicos e inspirados, pese a luchar casi siempre en inferioridad numérica y material, indica el valor del liderazgo y visión política de los líderes. Piénsese también en lo que supuso la personalidad de Abderramán III cuando el emirato se acercaba al derrumbe. Desde hace mucho se ha descartado de modo excesivo la historia caricaturizada como «de reyes y batallas». Desde luego, la historia «de reyes y batallas» no es La Historia, sino una parte de ella. Cada una de las incontables variedades de acción humana, desde el arte o la ciencia a la vestimenta o la culinaria, las técnicas económicas o los ritos nupciales o funerarios, tiene su propia historia, siempre interrelacionada con las demás, pero con distintos ritmos. Las estructuras económicas, instituciones, leyes o costumbres

pueden permanecer sin apenas variación durante siglos, mientras que la política («reyes y batallas») está en ebullición permanente y dramática, con frecuentes alternativas. En ella la personalidad de sus protagonistas cobra máximo relieve, en tanto que al historiar las evoluciones lentas (económicas, institucionales, etc.), los individuos se desdibujan en una masa indiferenciada, elementos sin apenas vida, fichas burocráticas o accesorios de unas fuerzas impersonales cuyo sentido final, de todas formas, se nos escapa. Salta a la vista, en cualquier caso, que las historias «de reyes y batallas» y las de cualquier otro tipo se complementan, no se oponen.

Cabe entender la política como el arte del poder, el arte de manejar y encauzar las mil tensiones y antagonismos de grupos y de individuos propios de toda sociedad humana. La observación más primaria muestra la diferencia crucial entre un jefe inteligente, audaz y calculador, y otro necio o de ánimo indeciso y timorato. Y la dificultad de acertar, pues si la temeridad suele atraer —no siempre— el desastre, lo mismo ocurre con la excesiva prudencia, no siendo nunca claro el límite entre lo excesivo y lo razonable: el riesgo y la suerte están presentes en cualquier empresa, y el futuro se oculta a los ojos humanos. Por eso los contemporáneos distinguen a los mejores, añadiéndoles calificativos como «Grande» o «Magno»: así Alfonso III *el Magno*, Carlos *Magno*, Alfredo *el Grande*, Ramiro II *el Grande*, etc. No rara vez las grandezas vienen subtendidas por crímenes, pues el poder exige la violencia, ejercida con más o menos acierto o razón, aun si no consiste solo ni primordialmente en violencia.

Ciertamente, un relato de batallas y campañas militares puede resultar cansino y poco inteligible o explicativo, por lo

que muchos autores les quitan valor, dándoselo a la evolución económica o institucional o legal, incluso climática, considerando guerras, paces y caudillos como reflejos secundarios e impersonales de esos desarrollos. Pero sería absurdo despreciar las batallas, pues en todas ellas se juegan muchas vidas, valores e intereses. Hay combates inconcluyentes e inútiles, pero otros llegan a marcar rumbos nuevos a la historia. Guadalete alteró radicalmente la evolución de España, y Covadonga alumbró un proceso igualmente nuevo.

* * *

Por lo que respecta al tema aquí tratado, las continuas campañas y batallas, incluso tan resumidas como en este trabajo, indican sin duda hasta qué punto era antagónica la relación entre España y Al Ándalus, y hasta qué punto entran en la ficción otras versiones hoy corrientes. En aquellos combates las gentes se jugaban no solo la conservación de unas concepciones del mundo y de la sociedad en las que encontraban sentido a su existencia y se jugaban más inmediatamente, la vida, la libertad o la ruina.

Es obvio que los seres humanos no actúan con plena libertad, sino muy condicionados por mil factores, de forma destacada pero no única ni principal, la economía; y encauzados por leyes e instituciones. Solo hay que pensar en cómo a principios del siglo X, el emirato cordobés estaba cerca de desintegrarse, y al final se había convertido en un califato poderoso, mientras los reinos cristianos pasaban de una potencia expansiva a una pérdida de iniciativa y posición ruinosa, cuando no abyecta en relación con Al Ándalus. Procesos desplegados en acciones políticas, movimientos sociales muy variados e intensos, mientras que las estructuras económicas,

institucionales y legales permanecían como marcos estables de los avatares políticos y bélicos, que sin embargo los desbordaban a menudo. Y más estables persistían las concepciones religiosas que inspiraban y en las cuales encontraban su sentido las acciones de las personas, sus alegrías, angustias y pesares.

Por otra parte, cabe insistir en ello, cambios tan drásticos como los experimentados por Córdoba y por León van evidentemente ligados a las personalidades de sus líderes. León se hizo fuerte gracias a monarcas como Alfonso III, Ordoño II y Ramiro II, y se debilitó con otros de poco fuste. A su vez, el esplendor de Córdoba va muy ligado a las figuras de Abderramán III y de Alhakén, y de otra manera lo irá a la de Almanzor.

19. LA ÉPOCA DE ALMANZOR

Cuando en 1002 murió Almanzor (*el Victorioso*), llamado realmente Abu Amir, su epitafio decía: «Por Alá que jamás los tiempos traerán otro semejante, que defienda las fronteras como él». Una verdad a medias, pues más que defender, estuvo siempre a la ofensiva. Durante veinticuatro años, entre 978 y su fallecimiento, Almanzor lanzó más de cincuenta expediciones bélicas, llevando la ruina y la muerte a los reinos de León y Pamplona, y los condados de Castilla y Barcelona. Devastó Zamora, Salamanca, Simancas, León, Pamplona, Barcelona, Coímbra, Sepúlveda y muchas ciudades más, sin contar poblaciones menores y aldeas. Nunca fue derrotado y venció casi siempre. En 997 asestó el golpe psicológicamente más fuerte arrasando Santiago de Compostela, corazón religioso de aquella España, destruyó su basílica y obligó a los cautivos a llevar a hombros las campanas a Córdoba. El desastre resonó en toda la Cristiandad, y Al Ándalus lo celebró: «En Santiago, al entrar con las espadas relucientes como la luna llena entre las estrellas, derruiste todos los fundamentos de esta supuesta religión, que tan bien basados parecían (…). Que este día de gloria se enorgullezca de ti, Almanzor, y que todo el pasado, con el día de hoy, te honren para siempre», cantó el poeta áulico Ibn Darrach. Almanzor llevaba consigo a decenas de poetas que cantasen sus hazañas.

Esta actividad arrolladora y obsesiva, combinada con los problemas internos, hundió a los estados hispanos en la degradación. Incapaces de resistir, se sometieron y pagaron

tributos sin por eso detener las «espadas relucientes». Almanzor intervino en los asuntos internos de los cristianos, sobornando a algunos (un método en que era experto), dividiéndolos, atizando discordias y guerra civil, exigiéndoles incluso tropas que al servicio de Córdoba luchaban contra otros reinos cristianos. Llegó a arrasar León con ayuda de la mayoría de los oligarcas leoneses. La abyección llegó al extremo de que el rey de Pamplona, Sancho II, entregó a su hija Abda a Almanzor, como concubina, ejemplo que seguiría más tarde Bermudo II de León, entregándole a otra hija, la princesa Teresa. El único estado que salvó el honor fue el condado de Castilla, ya prácticamente independiente bajo García Fernández, hijo de Fernán González.

Tales campañas fueron posibles, en primer lugar, por la potencia del ejército islámico. Sus reformas militares consistieron esencialmente en profundizar una tradición que venía del primer Abderramán: dadas las fuertes tensiones sociales de Al Ándalus, los emires, luego los califas, solo podían asentar su poder mediante un ejército fuerte y ajeno a la población. Generalmente mandaban en él los generales y oficiales árabes, como eran los propios emires y califas, pero estos, desde siempre, solían ser poco gobernables e inclinados a luchar entre sí. Lo que hizo Almanzor fue aumentar espectacularmente la proporción de bereberes, a quienes podía pagar gracias al oro y al esclavismo y mezclar a unos con otros para dificultar rebeliones. La fuerza del ejército de Almanzor se ha estimado, legendariamente, en 600.000 hombres, incluso en 800.000, cifras disparatadas que habría que reducir en seis y más veces. Un ejército de 100.000 hombres como el que acaso reunió con gran esfuerzo Abderramán III para su yijad del «supremo poder», podría ser apropiado para Almanzor. La

capacidad de los estados cristianos estaba lejísimos de juntar un número semejante, e incluso coordinándose difícilmente alcanzarían los 20.000. La desproporción asustaba y desmoralizaba las resistencias (salvo en Castilla). Claro que la superioridad numérica no garantiza la victoria si no va acompañada de destreza en la dirección, y esta no faltaba, desde luego, a Almanzor y sus generales.

Por otra parte, mantener un ejército de tal tamaño exige un gasto enorme. Almanzor dominaba las rutas caravaneras desde y hacia África, lo que le proporcionaba enormes ganancias. Pero eso no bastaba. Una de las razones de sus constantes aceifas era el botín, que seguramente ayudaba en parte muy importante al sostenimiento de fuerzas tan considerables: la fuerza militar le permitía vencer una y otra vez, y al mismo tiempo se alimentaba de esas victorias necesarias.

Lo sorprendente de estas campañas es que nunca persiguieron aniquilar, sino meramente castigar, saquear y manipular los estados cristianos. Estos permanecieron sin integrarse en Al Ándalus y sus fronteras variaron poco. Ello no ocurrió por reluctancia a integrar a una masa considerable de población cristiana, puesto que en el propio Al Ándalus los cristianos (mozárabes) eran ya una minoría en declive. Por eso aquellas aceifas no eran propiamente una yijad, y a pesar de sus constantes victorias dejan la impresión de una resignación de fondo a la existencia de unos estados que, de un modo u otro seguían pendiendo amenazadores sobre el Islam peninsular. Posiblemente se deba también esta actitud a que Almanzor necesitase un enemigo sobre el que triunfar permanentemente a fin de sostener su poder, expuesto a denuncias de ilegitimidad, de modo parecido a como su ejército precisaba constantes

victorias para financiarse.

La personalidad de Amir-Almanzor, del clan yemení, fue tan singular como indica su epitafio. Durante el califato de Alhakén, y protegido por el visir (especie de ministro) Al Mushafi, se enriqueció con una sucesión de cargos económicos, y supo ganarse voluntades mediante espléndidos regalos y halagos a las personas en torno a la corte. El propio califa se alarmó por su influencia en el harén: «Domina sus corazones y solo él parece contentarlas. Asusta pensar en todo lo que está en sus manos». El objetivo principal de Amir era Subh, primera figura del harén e influyente en palacio. En 973 Alhakén ordenó someter a los idrisíes del Magreb, que amenazaban sus rutas comerciales. Dirigió la campaña Gálib, con Amir como supervisor de los asuntos económicos y judiciales (cadí). Gálib no tuvo que combatir mucho, porque Amir regó de oro a muchos jefes bereberes, provocando descontento en Córdoba al mermar las arcas del califa. Acusaciones de corrupción no frenaron su carrera, ya que estaba muy protegido y a sus puestos sumó el de jefe de la policía cordobesa.

Al morir Alhakén en 976 se planteó un grave problema sucesorio, pues su primer hijo, cuyos bienes administraba Amir, había fallecido, y el segundo, Hixem II, también administrado por Amir, solo tenía nueve años. Se formaron bandos, unos a favor de un regente, que debía recaer en Mushafi, y otros en pro de un hermano de Alhakén, llamado Muguira. Subh y Mushafi exigieron a su protegido que asesinase a Muguira, y Amir lo hizo estrangular delante de su harén y luego lo colgó de una viga como si se hubiera suicidado. Mushafi fue nombrado *hayib*, algo así como primer ministro, y Amir segundo de este. Como telón de fondo de estas intrigas estaba la rivalidad entre los eslavos y

los árabes en la corte.

A partir de ahí, la carrera de Amir se disparó. Concretó una alianza con Subh y Gálib, cuya víctima sería Mushafi. Tanto este como Amir trataron de ganarse a Gálib, que mandaba el decisivo ejército de la Marca Media. Mushafi quiso casar a un hijo suyo con Asmá, hija de Gálib, pero fue Amir quien la logró, y en 978 Mushafi y sus hijos fueron metidos en prisión, donde el ex hayib y exprotector de Amir, sería asesinado cinco años después.

Amir ya se sentía el máximo poder en Córdoba, y empezó a construir una nueva ciudad palaciega, Medina Alzahira, concebida como rival inconfesado de la Medina Azahara de Abderramán III, nuevo centro administrativo y político, de hecho un doble poder. En el Islam, el califa ostentaba el poder religioso y político, pero ahora era Amir, futuro Almanzor, quien disponía la política, con Hixem II recluido en su palacio. Amir fue lo bastante hábil para ganarse a los cordobeses eliminando algunos impuestos. Por entonces, una conspiración intentó echarle del poder y sustituir a Hixem por otro nieto, ya mayor de edad, de Abderramán III. Pero Amir había montado un buen servicio de espionaje, descubrió la trama, hizo asesinar al nieto molesto y crucificar en público a otros conjurados. Tuvo la maña, además, de acusarles de una herejía, con lo que se ganó el favor de los respetados alfaquíes, expertos y guardianes de la ley islámica. Para aumentar su favor, Amir ordenó quemar los libros de filosofía, astronomía, lógica, y otras ciencias de la biblioteca de Alhakén, tachados de contrarios al Islam por los alfaquíes. Se salvaron los de medicina y matemáticas.

Amir ya dominaba por completo la política de Al Ándalus, salvo que muchos árabes lo reputaban ilegítimo. Para

neutralizarlos, sustituyó a muchos de los jefes militares árabes y eslavos por bereberes afectos a él. También a Gálib, clásico militar leal al califa, le disgustaba el poder de Amir. La relación entre ambos se tensó y, vistos los precedentes, Gálib debió de temer por su cabeza: en 981, aquel general, el más prestigioso de Al Ándalus y muchas veces vencedor de los cristianos, se alió con el conde castellano García Fernández, a quien se sumaron los pamploneses. El choque con Almanzor se produjo en Atienza, y Gálib, ya anciano de casi ochenta años, murió al caer su caballo y él golpearse con el arzón. Viendo el accidente, sus tropas huyeron o se pasaron a Almanzor, y este pudo rodear y destrozar a los cristianos. Luego hizo decapitar el cuerpo de Gálib, su suegro, y envió la cabeza a Asmá, hija del general y esposa suya.

La tiranía de Almanzor causó una nueva conspiración en 989, en la que estaba comprometido su hijo primogénito, Abdalá. Y nuevamente la desbarató el déspota. Su hijo se refugió en Castilla, y Almanzor, furioso exigió su entrega so pena de devastar el país. García Fernández tuvo que entregarlo bajo promesa de que se respetaría su vida. Pero en cuanto lo tuvo en sus manos, Almanzor lo hizo degollar.

Es posible que en la conspiración interviniese la propia Subh, que poco después retiró subrepticiamente una gran suma de dinero del tesoro. Almanzor reaccionó trasladando el tesoro de Medina Azahara a su residencia de Medina Alzahira. Subh trató de provocar una rebelión en el Magreb pero fracasó. Para rebatir a quienes le acusaban de usurpador, Almanzor forzó a desfilar por Córdoba a Hixem y a su madre Subh, junto consigo mismo. Y a continuación los trasladó también de Azahara a Azahira, en una prisión dorada y placentera, donde Subh

fallecería unos años después. Con todo, Almanzor tuvo buen cuidado de no convertirse en califa directamente, porque tal cargo solo podía ostentarlo alguien de la tribu del profeta, cosa que él no era.

* * *

El poder intimidatorio y corruptor de Almanzor llevó al reino leonés a una verdadera descomposición. Asesinado Sancho *el Craso* en 966, la sucesión recayó en su hijo Ramiro III, que solo tenía cinco años, problema parecido al de Córdoba a la muerte de Hixem II diez años más tarde. En León se solucionó con la regencia de Elvira Ramírez, hermana de Sancho, que era monja. Pese a la creciente indisciplina de los nobles, la elección pareció contentar a la mayor parte de los castellanos y a Pamplona. Elvira introdujo en la corte un ostentoso protocolo de tipo bizantino, a fin de elevar (más bien en vano) el deteriorado prestigio monárquico frente a los anárquicos oligarcas. También procuró la paz con Córdoba, como hacían Pamplona y Barcelona; y paz significaba sujeción. Paz impuesta por las circunstancias, rota tan pronto una de las partes se sentía fuerte. En 975 leoneses y pamploneses, impulsados por el enérgico castellano García Fernández, atacaron San Esteban de Gormaz, posición estratégica que permitía controlar gran parte del valle del Duero y su repoblación. Los cristianos fueron vencidos por Gálib, y Pamplona invadida. De resultas, Elvira declinó la regencia, cediéndola a la esposa del *Craso*, Teresa Ansúrez, representante de los intereses más partidarios de Córdoba. A partir de entonces, con la llegada de Almanzor, León entró en una dinámica de descrédito de la monarquía, discordias e intrigas, guerra entre Ramiro III y Bermudo II, e injerencias andalusíes que no excluían frecuentes aceifas e

incluso un período de ocupación del reino por fuerzas bereberes. Tal descomposición no empezaría a superarse hasta los últimos años de Almanzor.

En Pamplona, la dinastía Arista, fundadora del reino, había cambiado a principios del siglo a la dinastía Jimena, uno de cuyos principales personajes había sido la reina Toda. El tiempo de Almanzor correspondió especialmente al nieto de Toda, Sancho Garcés II, que, como los demás, sufrió una serie de humillantes derrotas a manos de los moros, pues los estados cristianos, tanto unidos como por separado, fracasaban ante Almanzor. Por tanto, Sancho Garcés se sometió, llegando a entregar a su hija Urraca como concubina. Su hijo García Sánchez II, mantuvo la obediencia a Córdoba tras un intento baldío de eliminarla. Las cosas solo cambiarían a principios del siglo siguiente con Sancho Garcés III, *el Mayor*.

Las campañas del cordobés tuvieron, entre otros efectos, la independencia definitiva de los condados de Castilla y Barcelona. García Fernández había sido el único en rechazar el vasallaje a Córdoba y atacarla reiteradamente, a veces con éxito, al paso que procuraba una alianza entre los estados hispanos. Pero Almanzor intimidaba de tal modo que el propio hijo de Fernández, Sancho García, se rebeló contra su padre y buscó acuerdos con el musulmán sobre la base inevitable de la sumisión a este, en momentos en que los moros estaban invadiendo y derrotando a Castilla. No obstante, García Fernández logró reaccionar y atacar Medinaceli, plaza clave de la frontera musulmana. En 995 tuvo lugar el último y perdido combate del valeroso conde. Gravemente herido, fue trasladado a Córdoba, muriendo en el camino. Había sido el único enemigo serio de Almanzor y este debió de cobrarle un respeto

que sin duda no sentía por los demás príncipes hispanos. No ultrajó el cadáver, como había hecho con el de Gálib y tantos otros, sino que lo entregó a cristianos cordobeses para que lo enterrasen debidamente. A cualquier efecto práctico, Castilla se comportaba como un condado independiente, y así seguiría ocurriendo con su hijo, que volvería a intentar sacudirse el vasallaje a Córdoba. No obstante, faltaban aún decenios para que Castilla se hiciese propiamente reino.

En cuanto a Barcelona, Borrell II gobernó durante cuarenta y cinco años hasta 992, reinando en Al Ándalus Abderramán III, Alhakén II e Hixem II (de hecho Almanzor). Hombre realista y enemigo de conflictos, Borrell había enviado embajadas a los tres califas para formalizar su vasallaje a Córdoba. Esto contradecía su fidelidad a los francos, que, inmersos en problemas internos, no podían impedirlo. Pero en 985 Almanzor atacó a fondo a Borrell, sin que salvase a este su vejatorio acatamiento, como tampoco había salvado a León y Pamplona. Durante seis meses los islámicos devastaron los condados hasta Barcelona, a la que bloquearon por tierra y por mar. Según la leyenda, que puede tener algo de cierta, las catapultas de Almanzor lanzaron sobre la ciudad, en vez de piedras, miles de cabezas de cristianos degollados. Según el historiador cordobés Ibn Hayán, «destruyó la ciudad y amargó a sus habitantes con la humillación y el dolor». La ciudad fue incendiada y sus habitantes asesinados o llevados cautivos.

En 987 cambió la dinastía francesa, pasando la corona a Hugo Capeto. Borrell le pidió auxilio y recibió una réplica desabrida: «Si mantenéis la lealtad y preferís obedecernos a nosotros antes que a los ismaelitas, enviadnos legados que nos aseguren vuestra fidelidad». Hugo sospechaba que Borrell

trabajaba para los musulmanes, lo cual en cierto modo había sido cierto. Borrell no contestó, y con este silencio quedó roto definitivamente, formal y prácticamente, el vasallaje de Barcelona a los francos. A su muerte, en 992, Borrell repartiría sus dominios entre sus hijos, volviendo a romper la unión antes conseguida de Urgel y Barcelona (que incluía a Gerona y Osona).

* * *

Por lo que se refiere a los francos, la inestabilidad debida a la indisciplina nobiliaria continuó con la nueva dinastía capeta, aunque Hugo fortaleció algo la monarquía al estrechar lazos con los obispos, los cuales disponían de poder político e incluso armado, y con algunas de las principales familias, entre ellas la de los duques de origen noruego instalados en Normandía desde principios de siglo, y que pronto alcanzarían un extraordinario protagonismo histórico. Entre las preocupaciones de Hugo estaba Almanzor, cuyas correrías contra los estados españoles podían en principio extenderse más allá de los Pirineos. Aunque débil, el nuevo rey presidió un notable impulso cultural, apoyando entre otras cosas a la abadía de Cluny, que iba a desempeñar en el siglo siguiente un papel de máximo relieve.

Como se recordará, los francos habían sido los creadores del Imperio de Carlomagno, desintegrado poco después de la muerte de este; pero la idea imperial y el título habían permanecido, con lo que la parte francesa podría volver a entrar en una eventual reconstrucción del Imperio. Así, en 962 se había construido uno nuevo, el Romano-Germánico, más tarde llamado Sacro, esta vez bajo los alemanes (sajones) de Otón I *el Grande*. Según ya observamos, la causa profunda de la desintegración del Imperio carolingio había sido la difícil

combinación de dos países de tan diversa tradición y cultura como Francia y Alemania; y ahora Francia no iba a querer entrar en un imperio sajón. El reinado de los Capetos terminaría con la ilusión reunificadora, y en adelante la Francia occidental, la mayor parte de lo que hoy conocemos por tal nombre, permanecería como nación separada del Imperio. En otras palabras, el reino franco pasaría a convertirse realmente en Francia, pese a la debilidad de la monarquía ante las ambiciones de los magnates.

El Imperio Romano-Germánico se había constituido, pues, bajo el sajón Otón (Otto) I el Grande, que en 955 había acabado con la amenaza de los magiares, los cuales en sus correrías asoladoras habían llegado hasta España; y había hecho retroceder a los eslavos en provecho de los germanos. Enseguida intervino en las pendencias del papado a favor del papa Juan XII, que le otorgó la corona imperial, teóricamente continuadora de la de Carlomagno y más teóricamente del Imperio romano de Occidente. Así nació el nuevo Imperio, que iba a subsistir casi nueve siglos y desempeñar un papel clave en la historia europea. Este imperio tendría poca incidencia en el curso de la reconquista española, pero desde el siglo XVI iba a estar muy ligado a la evolución de España.

La relación entre este Imperio Romano-Germánico y el papado se pareció a la instituida por Carlomagno o la de Constantinopla, por la cual el emperador nombraba y tutelaba a la máxima autoridad religiosa, en un trato lleno de conflictos.

A lo largo del siglo X, el papado había continuado sumido en la etapa oscura o de hierro. La mencionada Marozia, como jefa del clan romano de los Túsculo, el cual había impuesto ya varios pontífices, hizo asesinar al papa Juan X, a quien habían

nombrado Teofilacto y Teodora, padres de la misma Marozia. Este Papa había sido el primero que se puso al frente de un ejército con el que derrotó a los sarracenos en Garellano, al suroeste de la península. Pero pretendió independizarse de los Túsculo y esa veleidad le costó la vida, en 928. Desde el año siguiente, Marozia impuso otros dos breves papas títeres, y luego a su propio hijo, Juan XI, que había concebido de su relación con otro Papa, Sergio III. Posteriormente maridó con el rey de Italia, Hugo de Arlés, que estaba ya casado, por lo que se hizo fallecer a su esposa. Un hijo de Marozia, Alberico II, enfrentado a Hugo y temiendo probablemente ser cegado, provocó un motín en Roma que hizo huir a su padrastro, y encarceló a su madre, la cual pasó en prisión sus últimos cinco años, hasta 937.

Terminó así el período de la *pornocracia,* pero la situación no mejoró. Alberico II despojó de poder práctico a su hermanastro Juan XI —que murió de muerte natural, cosa no muy frecuente— y nombró luego a papas sucesivos, títeres suyos. El quinto, a su muerte, será Juan XII, el que coronó emperador a Otón I. Según parece, este Juan llevaba una vida desenfrenada, convirtiendo su sede en un burdel. Forzado a huir de la ciudad por los conflictos internos en Italia, logró volver protegido por Otón y se vengó cumplidamente de sus adversarios, mutilando a varios cardenales. Según alguna versión, falleció de un martillazo asestado por un marido despechado.

En fin, la sucesión de escándalos y atrocidades, choques de papas y antipapas, continuaba plenamente a finales del siglo, y aun duraría algunas décadas más. La causa era la injerencia absoluta de los clanes oligárquicos de Roma, que entendían el papado como una fuente de poder particular, complicada con

las intrigas de los reyes de Italia y los emperadores o aspirantes a emperador.

Gran parte de las informaciones sobre la primera mitad del siglo las tenemos por Liutprando de Cremona, partidario de Otón y fuente no fiable según diversos críticos, por su enemistad con los personajes que describe. Pero en líneas generales la realidad no distó mucho de ello, si bien varios de aquellos papas trataron de cambiar la situación en unas condiciones muy peligrosas, o fueron buenos administradores y ampararon reformas como la de Cluny, que daría frutos en el siglo XI.

Aparentemente aquella miseria moral y política no afectó demasiado a la Cristiandad, y no tenemos noticias de que hubiera repercutido en la reconquista. Borrell II, por razones de proximidad y facilidad de comunicación, mantuvo relaciones más estrechas con el papado. Como vimos, invitó a trabajar en la biblioteca del monasterio de Ripoll a Gerberto de Aurillac, que sería papa de 999 a 1003 con el nombre de Silvestre II. Expulsado de Roma en uno de los frecuentes motines, Silvestre pudo volver protegido por los magnates. Era hombre de gran erudición y afición al estudio, matemático notable e inventor, pero no por ello dejó de sufrir la leyenda de practicar magia negra y haber hecho pactos con el diablo. La causa fue su pretensión, por entonces estéril, de librar al papado y al clero en general de la dependencia de las mil autoridades políticas feudales, y reformar las degradadas costumbres clericales, lo que le valió muchos odios.

En conjunto, la Cristiandad continuó expandiéndose entre los paganos. El centro irradiante del cristianismo en la Europa Oriental seguía siendo el Imperio bizantino, cada vez más

alejado del catolicismo de Roma. A lo largo del siglo X, Constantinopla fue reponiéndose de parte de los retrocesos sufridos a manos de los árabes y los búlgaros, y por la época de Almanzor, y llegó a dominar de nuevo toda Anatolia el norte de Siria, recuperando casi todos los Balcanes, el sur de Italia y las islas de Chipre y Creta. A estos éxitos políticos y militares se sumaba la expansión de su rito cristiano por regiones eslavas, de modo muy especial con la conversión de la Rus de Kíef, gran estado eslavo, si bien fundado por vikingos suecos, que ocupaba Ucrania y vastas tierras del entorno y del centro de lo que sería Rusia. Hacia mediados de siglo, la princesa Olga de Kíef se había hecho cristiana, sin por ello mejorar su carácter cruel y traicionero. Se le achaca haber engañado con diversas tretas y masacrado a miles de enemigos paganos (probablemente hay en ello mucho de leyenda). Pero sería en torno a 987 cuando el príncipe Vladímir se convirtió al cristianismo de rito bizantino y lo hizo religión oficial.

Los éxitos bizantinos y la conversión de Kíef no dejaban de constituir un seguro para el resto de Europa. En su parte occidental, numerosos vikingos iban convirtiéndose asimismo al cristianismo, lo que determinaría poco a poco el fin de sus correrías. Y en España el abatimiento y humillación de los cristianos iba a dar paso, de forma completamente inesperada, a una situación nueva. El siglo XI iba a traer consigo cambios radicales y transcendentales para Europa, y por supuesto para España.

20. FIN DE UNA ERA HISTÓRICA

Pese a las durísimas circunstancias, el siglo X también marcó en España una evolución cultural. Muestra de ella fue, hacia finales de siglo, el *Codex Albeldense o Codex Vigilanus*, joya del arte europeo compuesta por escritos como una copia del *Liber Iudiciorum*, la ley visigoda aplicada en los reinos hispanos, los textos de los Concilios de Toledo, escritos patrísticos e históricos, etc.; así como los primeros números arábigos conocidos en Occidente. Esencialmente es un relato histórico desde el origen del mundo y de Roma, aunque su interés mayor se cifra en la historia desde la invasión musulmana, ampliando crónicas anteriores. La espléndida y original iluminación del libro combina estilos visigóticos, carolingios y mozárabes. Procede del monasterio de San Martín de Albelda, en La Rioja, muy protegido por los reyes de Pamplona como centro intelectual y espiritual, y la crónica fue completada bajo Sancho Garcés II, el mismo que, tras frustradas resistencias, había cedido una hija suya a Almanzor.

El cambio más decisivo fue la formación de las lenguas romances, provenientes del latín vulgar. En León hay ejemplos escritos, como la *Nodicia de kesos*, datable sobre mediados de los años setenta, que trata de los quesos de un monasterio. Por esas fechas debieron de escribirse en el de San Millán de la Cogolla —asimismo en La Rioja y de influencia cultural pareja al de Albelda— las *Glosas Emilianenses*, pequeños comentarios en romance a un texto latino, dos de ellos también en vascuence. Textos posteriores pero a partir de otros del siglo X, se

encuentran en los *Cartularios de Valpuesta* (monasterio de Álava, hoy en Burgos), documentos burocráticos en latín que conforme pasa el tiempo incluyen expresiones en un castellano primitivo. Las *Glosas* y los *Cartularios* se tienen por los primeros documentos en castellano. El romance era ya la lengua popular, incluso la de los monjes habituados al latín. Algo similar debía de ocurrir entre los mozárabes de Al Ándalus, ya en total decadencia, que empleaban el árabe y también hablas derivadas del latín. Poco posteriores (siglo XI) son las primeras *jarchas,* breves composiciones poéticas en árabe o en romance de temas amorosos y también primeras muestras literarias europeas en lengua vulgar.

* * *

La cumbre del poder y la gloria suele marcar el inicio de la decadencia, que en el caso del califato cordobés fue una caída vertiginosa después de Almanzor. Su hijo Abdelmalik siguió la despiadada conducta de su padre, con bastante éxito al principio. Pero en 1008 intentó en vano aniquilar por fin a Castilla. Fracasó, enfermó en Medinaceli, hubo de renunciar y volver a Córdoba. Repuesto, hizo otro intento ya en otoño, época inusual para las campañas, volvió a enfermar y falleció, mientras su ejército se descomponía. Su padre había logrado conjuntar a bereberes, eslavos y árabes, pero el hijo no gozaba del prestigio suficiente para mantener en orden a unas tropas poco amistosas entre sí, cuya unidad exigía una mano férrea y constantes victorias, más los pillajes correspondientes.

A Abdelmalik le sucedió su hermanastro apodado *Sanchuelo*, hijo de Almanzor con Abda —nacida Urraca—, la hija del rey de Pamplona Sancho Garcés II. El apodo Sanchuelo venía de su parecido físico con su abuelo pamplonés. El nieto se había

criado en la corte de Hixem II, el califa recluido por Almanzor en la jaula dorada del palacio, y las crónicas le atribuyen carácter vicioso, borrachín y amigo de juergas con «danzantes, bufones y sodomitas», y hasta se rumoreó que había envenenado a Abdelmalik. El nuevo hayib heredó la ambición de su padre, pero nada de su talento militar y político: se hizo nombrar heredero de Hixem al califato, un límite que no había traspasado Almanzor, obteniendo fuerte impopularidad de su usurpación.

Para prestigiarse lanzó una ofensiva sobre León en pleno enero de 1009, entre lluvias y temporales poco habituales. Y entonces se precipitaron los acontecimientos. Los potentados omeyas aprovecharon su ausencia para imponer un nuevo califa, Mohamed, bisnieto de Abderramán III; y para celebrarlo robaron a fondo y redujeron a escombros Medina Alzahira, el fastuoso y artístico complejo palacial de Almanzor. Enterado Sanchuelo, tornó a Córdoba mientras su ejército se deshacía materialmente. Llegando a la capital, trató de refugiarse en una iglesia cristiana y allí lo encontraron y degollaron los partidarios de Mohamed. Pero los bereberes apoyaron como califa a uno de los suyos, Suleimán, e inmediatamente el califato entró en una guerra civil catastrófica.

Y ocurrió lo inimaginable: que las facciones islámicas enfrentadas acudieran al conde castellano Sancho García, no a exigirle tributo, sino a pedirle ayuda unos contra otros. Sancho optó por el califa bereber, Suleimán, marchó con sus circunstanciales aliados a Córdoba y lo impuso, llevándose a cambio una cuantiosa recompensa. Al año siguiente, 1010, eran los condes de Barcelona y Urgel quienes recibían la misma propuesta a favor de Mohamed. Y, efectivamente, bajaron a

Córdoba, primera salida de gran alcance fuera de sus fronteras, y sometieron la magnífica ciudad a un saqueo despiadado en recuerdo, del sufrido por Barcelona unos años antes.

Pero ninguna intervención externa calmó los disturbios, que siguieron anárquicamente durante veinte años de golpes, intrigas y choques internos, y una sucesión de diez califas (con Hixem), de los cuales siete fueron asesinados, y en los que también fueron demolidas la magnífica residencia de Azahara y lo que quedaba de la biblioteca de Alhakén. Hasta que, en 1031, el califato estalló por fin en quince reinos independientes (llegarían a ser más), llamados taifas.

Terminaba así en España una época, tres siglos justos después de la invasión islámica, que tan radicalmente había cambiado el curso de la historia hispana. En ese tiempo se había pasado de una absoluta inferioridad de los reinos cristianos a cierto equilibrio de poderes, hasta el punto de que a finales del siglo IX Al Ándalus se encontraba al borde de la descomposición, remediada para un siglo más por Abderramán III. Y por fin, al comenzar el XI, el estado creado por los omeyas se desplomaba por sus propias tensiones internas, mientras en España se iban concretando dos reinos y dos condados independientes, lo que dificultaba no solo la reunificación, sino también el esfuerzo común.

* * *

Las seis centurias siguientes a la caída de Roma suelen llamarse «edad oscura», no porque lo fuera para quienes la vivieron, sino porque la documentación sobre ella es muy escasa. Pero también se le llama así como tiempos de ignorancia, superstición y violencia, dando por supuesto que esas cosas están superadas hoy, cosa poco segura. En el Renacimiento, el

historiador y cardenal Baronio la denominó «edad tenebrosa». Visión injusta y un poco necia, que desdeña y denigra los esfuerzos sobrehumanos de tantas personas desconocidas y personajes relevantes que fundamentaron una nueva cultura en épocas tempestuosas y afrontando desafíos tremendamente azarosos.

Lo esencial, para lo que aquí concierne, fue la constitución de la Cristiandad en el Occidente europeo. Pese a haber declarado el emperador romano Teodosio religión oficial el cristianismo, el oeste del Imperio estaba mucho menos cristianizado que el este, con Asia Menor y Oriente Próximo, el cual tampoco lo estaba del todo. Y las invasiones por pueblos paganos o arrianos oscurecieron el panorama: la civilización retrocedió y con ella el cristianismo, que pudo haber naufragado en una marejada de barbarie. Si no ocurrió así se debió a la tenacísima labor organizativa y misionera del clero, los *oratores.* Los cuales no se limitaron a rezar, sino que, bajo arduas circunstancias, conservaron y perfeccionaron la escritura, salvaron cuanto pudieron de los autores griegos y latinos, crearon arte, bibliotecas, centros de enseñanza, recuperaron y cultivaron tierras abandonadas, mejoraron las técnicas agrícolas, la medicina; y no raramente guerrearon. Aquellos monjes y sacerdotes terminaron conquistando así a los conquistadores. Al mismo tiempo edificaron una red de monasterios, obispados e iglesias, y estas últimas siguen siendo hoy, en pueblos, aldeas y ciudades, una seña central de la civilización europea. El clero flexibilizaba algo la rigidez entre estamentos, y organizaba, también políticamente, a los pueblos sometidos, suavizando la tiranía y otorgándoles un poder político indirecto y cierta posibilidad de promoción social. Junto al uso del latín como

lengua culta, las peregrinaciones, primero a Roma, después a Santiago (más las de Jerusalén), fomentaron la interrelación cultural y de paso el comercio.

Toda esta labor sufrió la sacudida de la segunda oleada de invasiones, la islámica, la vikinga y la magiar; pero la estructura ya creada resistió y su espíritu convirtió a los invasores… excepto en el Islam, casi siempre inasequible a la predicación cristiana. España fue un caso especial: sufrió mucho menos que otros las incursiones normandas y apenas la tocaron las magiares, pero la islámica pudo haber integrado a la península en el mundo musulmán de modo definitivo, como una prolongación del Magreb: si ello no terminó ocurriendo se debió, vale la pena insistir, a la rebeldía iniciada por unos pocos en las montañas de Asturias (la Marca Hispánica no tenía intención reconquistadora, como vimos. Los francos, ajenos y normalmente enfrentados a los godos, solo buscaban dotarse de una barrera fortificada frente a Al Ándalus).

Constantinopla y Roma eran los núcleos de la Cristiandad, pero entre ellos había diferencias de calado. El poder religioso en Constantinopla estaba subordinado al político, y ambos convivían en la misma ciudad. Roma, en cambio, vivía aparte de los poderes políticos que se formaban y desintegraban por el continente; incluso con Carlomagno, que imitaba a Constantinopla, el poder político, Aquisgrán, estaba distante del religioso, lo que ya indicaba una diferencia. Luego el papado cayó largo tiempo en poder de las oligarquías romanas, pero siempre buscando una independencia que a la larga conseguiría en alto grado. En la diferenciación político-religiosa radica probablemente una mayor libertad intelectual, que desde pronto dio al Occidente europeo una cultura más viva que la bizantina,

un tanto esclerotizada pese a contar esta con más riqueza, mejores bibliotecas y muchas más obras griegas y latinas.

Desde luego, los *oratores* difícilmente habrían tenido éxito sin la intensa acción de los *bellatores*, la nobleza guerrera que dominaba la política, rechazaba mejor o peor las invasiones y protegía los avances misioneros; pero de los *bellatores*, abandonados a su mera dinámica, solo habría salido una incesante formación y destrucción de reinos bárbaros, como, por lo demás, ocurrió en gran medida. Políticamente, la caída de Roma engendró numerosos reinos mayores o menores, muy inestables, en pugna entre ellos y entre unos bandos y otros dentro de cada reino. Esa tendencia se contrapesaba con el designio de una recomposición del Imperio romano de Occidente, favorecida por el papado, por el ejemplo de Constantinopla y por la memoria prestigiada del hundido Imperio. A esa aspiración respondió el de Carlomagno, cuyo fracaso y disgregación no impidió un nuevo intento, el Romano-Germánico de Otón I. Este resultaría harto más reducido, pero mucho más duradero que el carolingio. En definitiva, rehacer el demolido Imperio romano de Occidente se demostraría imposible, y tiene sentido que los francos, el pueblo de Carlomagno, terminaran como nación independiente, rechazando el Imperio de Otón. De este modo, al final de esta edad tomaban forma dos Europas: la de los imperios, de momento el Romano-Germánico y Constantinopla; y la de las naciones, en todo el arco periférico del oeste, desde Escandinavia a España. La mayor parte del este vivía todavía en el paganismo.

Importa señalar que los rangos más elevados de los *bellatores*, que ejercían también el poder político junto con los altos cargos

de los *oratores*, estaban integrados casi siempre por oligarquías germánicas que mandaban sobre pueblos antes romanizados.

También en esta evolución política existen diferencias relevantes en el caso español. El reino hispanogodo, al revés que los demás de Europa, había reunificado en un empeño perseverante la Hispania romana, y en él, y más aún después de la invasión islámica, se había producido una fusión entre el elemento germano y el latino más profunda que en Francia y otros reinos. La empresa reconquistadora, aunque partiendo de varios estados por imperativo de las circunstancias, se hizo al margen del Imperio carolingio, si bien no aislada de él; y cuando Alfonso III se tituló a su vez emperador, manifestó tanto su designio de unificar los estados hispanos como de marcar distancias con el designio imperial transpirenaico. Asturias desarrolló un arte original, y la liturgia, llamada luego mozárabe, en realidad gótica, difería del rito romano común más allá de los Pirineos. Incluso la datación de los años era distinta en España, donde estaba vigente la Era Hispánica, que no partía del supuesto nacimiento de Cristo, sino de 38 años antes, por razones hoy olvidadas; acaso, suponen algunos, por la pacificación de Hispania por Augusto. La Era Hispánica tardó en abandonarse: en los condados de la futura Cataluña hacia finales del siglo XII, en Aragón a mediados del XIV, unos años después en Valencia y Castilla, en Portugal en el siglo XV, y en Navarra algo más tarde.

Común a los estados hispanos y los demás de Europa era la monarquía como institución clave del sistema político, pasando de la electiva a la hereditaria. Lo seguiría siendo durante muchos siglos, para ganar en estabilidad, objetivo que solo conseguía a medias. Los monarcas reunían en sí mismos la legitimidad para

gobernar, pero no eran absolutos ni mucho menos: debían consultar las decisiones públicas con el «aula regia», compuesta por nobles, obispos y abades escogidos. Más ampliamente, su poder se asentaba en la oligarquía nobiliaria y eclesiástica, dentro de la cual no faltaban partidos o facciones, que trataban de utilizar al monarca o de derrocarlo y sustituirlo por otro a gusto de alguna facción.

Este es un dato clave del sistema llamado feudal: la dependencia de la nobleza por parte del rey. En teoría el monarca concedía un «feudo», es decir, una tierra y autoridad a personas que le rendían servicios distinguidos; beneficio que podía retirarles. En la práctica los beneficiarios, es decir, lo magnates, disfrutaban de vasta autonomía, dictaban la ley y juzgaban en sus tierras y disponían de huestes o mesnadas. Debían acudir a la llamada del rey, pero no siempre lo hacían. Para imponerse, el monarca debía dotarse de sus propias huestes, no siempre superiores a las de alguno de sus feudales. Las tensiones entre nobles y monarca y entre los propios nobles generaban intrigas, conjuras y violencias, y las reyertas empeoraban cuando el trono recaía sobre un sucesor menor de edad o se repartía entre varios. Un rey hábil y enérgico podía sujetar y mantener en orden a la oligarquía, en otro caso cundían los golpes palaciegos, la descomposición interna y la anarquía. Alternativas bien visibles en el reino de Toledo, en los de la reconquista y en el resto de Europa Occidental.

El oficio regio incluía de manera natural la siempre aventurada dirección de la guerra, con altas posibilidades de ser derrotado y de perecer. Por todas estas cosas, se trataba de un cargo muy agobiante y de alto riesgo; no obstante lo cual, el poder siempre ha atraído irresistiblemente a algunos tipos de

personalidades.

Con todas sus deficiencias e incertidumbres, las monarquías legitimaban el poder, y las revueltas y deslealtades se juzgaban como crímenes: si fracasaban traían las peores consecuencias a los revoltosos. Esa legitimidad y su carácter hereditario tenían otro doble efecto: los matrimonios regios constituían un factor decisivo para unir o amistar reinos evitando la colisión bélica, así en casos como el de la reina pamplonesa Toda. Tales enlaces constituían alta política, aun si no siempre daban el fruto apetecido. Por otra parte, si un rey repartía sus estados entre varios hijos, se producía automáticamente la ruptura del reino, seguida casi siempre por guerras entre los hermanos, como veremos de modo ejemplar en el caso de Sancho el Mayor de Pamplona.

Conviene examinar brevemente la cuestión del poder. Aunque la ideología anarquista lo condena como innecesario y tiránico, la experiencia indica que todas las sociedades lo generan, como se constata en los mismos grupos ácratas. La causa es la profunda individuación del ser humano, que impide la homogeneidad social: en la sociedad bullen mil intereses, sentimientos, aspiraciones, ideas, etc., diversos, a menudo opuestos y cambiantes. Su dinámica degeneraría en una guerra de todos contra todos y la disolución social si no encontrara una tendencia opuesta. El poder, en general, surge para evitar la disolución y asegurar un orden capaz de proporcionar una mejor o peor convivencia. La acracia solo sería posible en una sociedad homogeneizada y sin libertad, tipo abejas u hormigas, ajena a la complicada diferenciación humana, que vuelve difícil la convivencia y promueve fórmulas de orden buscando, a menudo en vano, el equilibrio entre la anarquía y la tiranía. En

la realidad, anarquía no significa ausencia de poder, sino proliferación desordenada de poderes.

Siguiendo a Aristóteles, suele distinguirse entre monarquía, aristocracia y democracia, con sus respectivas degeneraciones en despotismo, oligarquía y demagogia u oclocracia. Pero en todas las sociedades encontramos que el poder lo ejerce un pequeño grupo (oligarquía, generalmente con pretensiones de aristocracia, de gobernar por ser «los mejores»). A su cabeza se halla casi siempre una persona (monarca). Y para mantenerse, el conjunto necesita la aceptación, más o menos clara o pasiva, de la mayoría del pueblo (democracia). Todo poder algo estable es al mismo tiempo oligárquico, monárquico y democrático.

La palabra democracia, entendida como «poder del pueblo» es un contrasentido. El poder adopta muchas formas, pero siempre se ejerce sobre el pueblo (o propiamente lo ejerce una pequeña parte del pueblo sobre la inmensa mayoría); y la democracia consiste en la aquiescencia popular mayoritaria, expresa o implícita. En los sistemas que llamamos democráticos, históricamente muy recientes, la aquiescencia es más activa, al elegirse periódicamente al partido (grupo oligárquico) que gobierne. La parte del pueblo interesada lo vota, pero lo elige solo la fracción mayoritaria entre los votantes efectivos, que puede ser muy minoritaria respecto al conjunto social. Las tensiones derivadas de los desiguales intereses se manifiestan en luchas por el poder, a menudo sangrientas. Una democracia tiene la ventaja, si funciona sobre un consenso amplio, de evitar la sangre en esas contiendas, al ritualizarlas mediante campañas electorales, cuyos resultados deben respetar los perdedores. Por lo demás, en todos los casos el poder se asienta en la violencia, que los gobernantes tratan de monopolizar, no siempre con

éxito. Las propias democracias han nacido de golpes violentos y guerras. Baste recordar la de Usa, o la Revolución francesa, o más recientemente la II Guerra Mundial en Europa.

Una de las funciones del monarca (también de muchos nobles y, por supuesto, del alto clero) consistía en construir iglesias y monasterios como centros espirituales e intelectuales de sus reinos, una actividad bien perceptible en todos ellos, los españoles incluidos. Uno de esos monasterios, el de Cluny destacaría ya en el siglo XI con un impulso intelectual que modelaría en gran medida la cultura europea, al modo como el monaquismo benedictino, salido del monasterio de Montecasino, la había modelado hasta entonces. La propia Cluny era una evolución de la orden benedictina.

Por todo lo visto, la Alta Edad Media podría llamarse con más propiedad Edad de las Invasiones, o de los Monasterios. Por mi parte la he nombrado «de Supervivencia», por cuanto en ella, y contra mil adversidades, se fue forjando una civilización con raíz principal en el cristianismo y la latinidad.

* * *

El tercer estamento social, junto con los *oratores* y los *bellatores*, era el de los *laboratores*. Dada la inseguridad de los tiempos, estos no podían mantenerse sin protección armada, algo bien perceptible en España. Y a cambio de protección debían ofrecer diversos servicios. Este fue otro de los rasgos característicos del llamado feudalismo. La mayoría de los *laboratores* eran campesinos, y se produjo un doble movimiento hacia la servidumbre de la gleba: liberación de la esclavitud por un lado y caída en la servidumbre desde el campesinado libre por otro. Siempre hubo una masa mayor o menor de campesinos libres, pero predominó la servidumbre.

Partiendo de tal supuesto, Sánchez Albornoz planteó que España, en particular Castilla y gracias a la repoblación, venía a ser una isla de campesinos libres en un océano europeo de servidumbre. Pero investigaciones concretas han hallado que también más allá de los Pirineos era relevante el número de campesinos libres, es decir, dueños de sus tierras. Por tanto la diferencia de España no fue tan absoluta, sino solo relativa. En efecto, es probable que los *laboratores* hispanos fueran en general más libres que los de más al norte, a pesar de que el movimiento social fuera aquí también hacia una ampliación de la propiedad señorial y a la pérdida de derechos y propiedades por los labriegos. Aun así, instituciones como las behetrías, que permitían al campesino cambiar de señor si se consideraba oprimido por este, o la caballería villana, señalan una diferencia importante con respecto al exterior. La caballería villana, surgida a finales del siglo X, respondía a la necesidad de afrontar las continuas algaras y correrías moras: un campesino que pudiese mantener un caballo, participaba con él en la lucha y adquiría un rango en la nobleza menor.

Laboratores eran también los artesanos, albañiles, comerciantes y otros oficios. Aunque se ha sostenido que en aquellos siglos el comercio desapareció, se trata de una exageración. Recibió golpes tan fuertes como la desorganización social causada por las invasiones, la inseguridad de los caminos o el corte entre el norte y el sur del Mediterráneo, seguramente no completo pero sí muy perjudicial. Aun así, el comercio persistió y con él la moneda (en España no se acuñó por entonces moneda propia, usándose la de los godos, árabes o bizantinos). La necesidad de sostener tropas, de construir edificios, de dar salida a la acumulación agraria de los señores (no iban a dejar

pudrir los frutos que obtenían de siervos y otros dependientes), de atender a los lujos de los poderosos, obligaba a mantener un comercio primario pero considerable, en ferias aldeanas o urbanas y en los palacios. También existía la usura. Algunos comerciantes y usureros, entre los que abundaban sirios y judíos, se hacían ricos aun siendo despreciados socialmente. En el tráfico de esclavos hacia el Islam obtenían pingües ganancias normandos y judíos.

La división entre *oratores, bellatores* y *laboratores* surgió de modo espontáneo de unas ásperas circunstancias y solo fue teorizada más tarde (aunque San Isidoro esbozó algo parecido), apoyándose en la idea agustiniana de una ciudad terrena que reflejase, aunque de modo corrupto, el orden perfecto de la ciudad de Dios. Este orden social nunca existió de manera algo «pura», pero en un sentido amplio persistiría, modificado y con crisis, bastantes siglos después de la época que lo originó: hasta la Revolución francesa e incluso más tarde en algunos países.

* * *

Nos es difícil imaginar la vida de los *laboratores*, en especial campesinos. Su vida se nos representa como un trabajo forzado, con hambres frecuentes y bajo la opresión y abuso de los poderosos, con riesgo de la vida por los propios oligarcas, o los invasores y en España, de modo especial, por los moros. Pero esa realidad, más o menos acentuada, no excluía una vida variada y una rica cultura popular. El labriego precisa conocimientos de animales y plantas, del clima, de la tierra, destreza para construir o arreglar herramientas… Sus labores variaban con las estaciones del año, y venían señalizadas por fiestas religiosas (o paganas). Las campanas de los templos lo mismo lo convocaban a actos religiosos —sentidos con devoción seguramente desigual— que

le alertaban de peligros. Con seguridad la cultura popular incluía relatos de muchas clases, épicos, burlescos, religiosos o misteriosos, dichos y refranes, canciones, etc. Apenas ha quedado rastro de todo ello, pero evidentemente existió como cultura oral.

El campesinado libre había sido la base del poderío romano inicial, y pese a su desplazamiento por el latifundismo y el esclavismo masivo, había permanecido como un irrecuperable ideal de vida: dura pero sana, libre y a su modo poética. En las sociedades europeas posteriores, el aprecio por la labor campesina fue muy escaso, si excluimos los monasterios benedictinos. No obstante también en la cultura europea perviviría cierta añoranza por formas de vida ligadas a la tierra, simples, variadas, autosuficientes y serenas, libres (supuestamente) de las preocupaciones, intrigas y roces propios de las cortes o más en general de las ciudades. Por lo demás, la vida agraria en la España de la reconquista llevaba aparejados peligros muy tangibles y las emociones fuertes correspondientes.

Tampoco sabemos mucho de las clases altas, fuera de diplomas y documentos burocráticos y crónicas por lo común escuetas. Sin embargo existieron como literatura oral numerosos relatos, de tipo hagiográfico, relacionados con la Biblia y de aventuras, con elementos paganos. Parte de ellos serían puestos por escrito tardíamente, a partir de dos siglos después de terminada esta Edad de Supervivencia. Así el *Cantar de Roldán* (*Chanson de Roland*) referido a la batalla de Roncesvalles, donde la retaguardia de Carlomagno fue aplastada por los vascones (por los musulmanes, según el cantar), el poema *Beowulf*, las sagas escandinavas, el *Cantar de los Nibelungos*, el ciclo del rey Arturo, la leyenda de Tristán e Isolda, los romances españoles…

El acervo de cantos y leyendas de la Hispania goda se perdió irremisiblemente, quedando solo las narraciones posteriores sobre «la pérdida de España» y más tarde el *Romancero*.

Estos relatos de milagros, duelos, gestas, magia, santos, héroes legendarios, mezcla intrincada de fantasía y realidad, a veces de cristianismo y paganismo, han creado un mundo semioníríco de sentimientos intensos y oscuro atractivo. Aquella edad permanecería nebulosamente en la memoria colectiva como un tiempo en que a la estrechez de la vida se superponía una especie de firmamento de empresas osadas y gloriosas, de predestinación, hadas, príncipes, amores y tragedias, que desde entonces no dejaría de inspirar, recurrentemente, a la cultura europea, contrastando con la herencia cristiana y grecolatina.

Los nibelungos comienza, sugestivamente: «Las viejas leyendas nos refieren hechos maravillosos, nos hablan de héroes muy dignos de alabanza, de empresas osadas, de goces y festejos, de llantos y lamentos, de las luchas de audaces caballeros…». El tema es una doble venganza femenina, con los ingredientes del honor, la lealtad, el destino y el valor guerrero, resueltos en una orgía de sangre. El héroe de su primera parte, Sigfrido, quiere casarse con Krimilda, hermana del rey burgundio Gunter, y ayuda a este, por medios mágicos, a conquistar a Brunilda, reina islandesa y exvalquiria de excepcional fuerza y belleza, que solo aceptaría al hombre que demostrara ser capaz de superarla. Brunilda cree haber sido vencida por Gunter, con quien se casa. En la noche de bodas, Brunilda averigua que Gunter es más débil y lo humilla atándolo y suspendiéndolo de una cuerda, por lo que Sigfrido vuelve a intervenir para dominar a la exvalquiria sin que esta sepa quién lo hizo. A su vez, Sigfrido se casa con Krimilda. Al disputar las dos mujeres sobre la precedencia para

entrar en la catedral de Worms, Krimilda revela a Brunilda la verdad sobre quién la ha vencido. La venganza de Brunilda toma cuerpo por medio del guerrero Hagen, el cual engaña a Krimilda para averiguar el único punto vulnerable de Sigfrido, y lo asesina.

El héroe de la segunda parte es Hagen, de quien busca vengarse Krimilda. Esta espera años hasta que se le presenta la ocasión al casarse con el rey huno Atila (Etzel) y con motivo del bautizo de su hijo invita a la corte burgundia al acontecimiento. Hagen sospecha, pero cede. Al cruzar el Danubio averigua por una ondina que ninguno de ellos, salvo el sacerdote, retornará vivo, cosa que comprueba al intentar en vano ahogar al sacerdote en el río. Es el destino, y para evitar que alguno se vuelva atrás al saber lo que les espera, destruye la barca en que habían cruzado el río. Llegados a la corte de Atila, empiezan las reyertas con los hunos, con matanzas brutales. Hagen mata también al hijo de Krimilda y de Atila; pero, apresado, se niega a revelar a la reina el lugar donde ha ocultado el tesoro de los nibelungos. Ante la negativa, la enfurecida Krimilda, que había ordenado matar a su propio hermano Gunter, decapita a Hagen. Otro caballero, indignado por aquella conducta con un guerrero de tal valor en intrepidez, parte a la mujer en dos de un mandoble.

La historia contiene alusiones cristianas, pero su espíritu es totalmente pagano, con una implícita concepción cósmica de la vida en la que la lucha y el valor son lo único que da sentido y honor a la existencia humana, abocada necesariamente a la muerte.

En España suele incluirse el cantar de *Mio Cid* en esta literatura, pero el tema es cristiano y mucho más moderno que

los otros. Más propia puede ser la leyenda de *Los siete infantes de Lara*: los infantes perturban la boda de doña Lambra con don Rodrigo de Lara, tío de ellos, y la mujer exige venganza a Rodrigo. Este envía al padre, Gonzalo Gustioz, a Almanzor con una carta, en árabe, pidiendo la muerte del portador, pero el moro se limita a retenerle preso. Luego Rodrigo enfrenta a los infantes con una poderosa hueste mora, ante la que sucumben. Se produce una escena trágica cuando las cabezas de los hijos son presentadas al padre preso. Almanzor, conmovido, entrega a Gonzalo una hermana suya para que se consuele, y de la pareja nace un hijo, Mudarra González, el cual, aunque bastardo, será adoptado por doña Sancha, madre de los infantes. Mudarra se vengará de Rodrigo en otra escena de intenso dramatismo:

Por hermanos me los hube
los siete hermanos de Salas.
Tú los vendiste, traidor,
en el val de la Arabiana.
Mas si Dios a mí me ayuda,
aquí dejarás el alma.
—Espéresme, don Gonzalo,
iré a tomar las mis armas.
—El espera que tú diste
a los infantes de Lara:
aquí morirás, traidor,
enemigo de doña Sancha.

Cabe suponer que los romances nacieran oralmente por esas fechas, como expresión de una cultura popular, a veces de alta calidad poética, compuestos por juglares anónimos sobre sucesos y leyendas, o como trozos de cantares de gesta. Debían de circular profusamente por plazas públicas y palacios. Esas composiciones serían recogidas en parte por escrito, varios siglos más tarde y de preferencia en castellano.

* * *

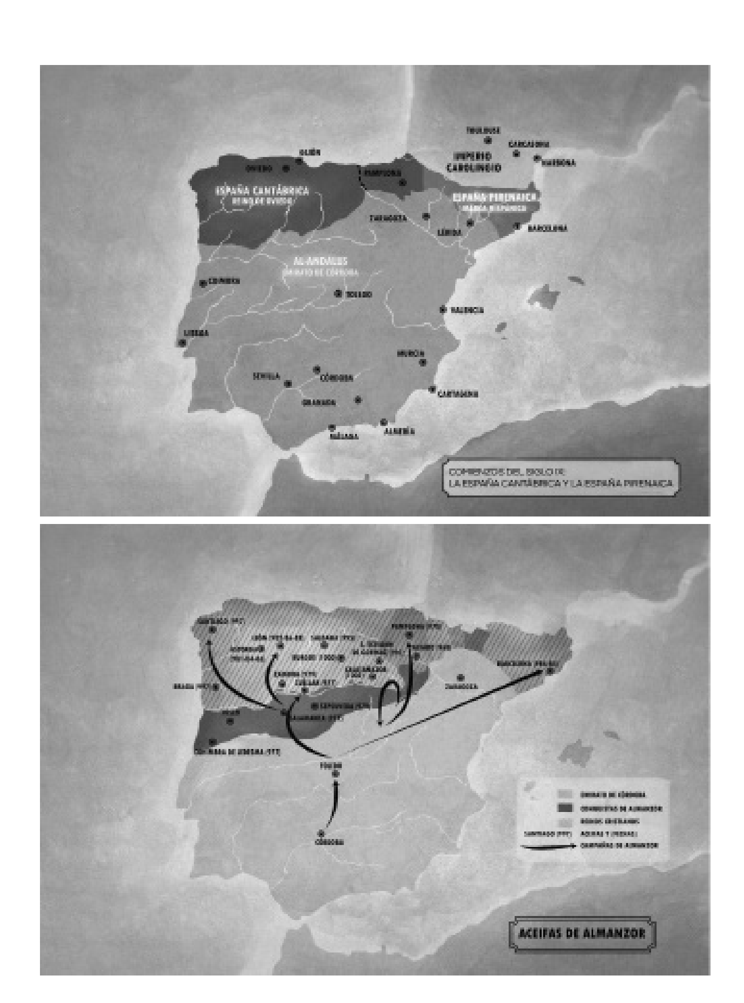
Aquella edad, denominada habitualmente Alta Edad Media, la llamamos aquí Edad de Supervivencia europea. En ella cobraron forma los rasgos principales que darían carácter a la civilización europea hasta hoy. Se entiende esta civilización como nacida de una semilla cristiana y otra grecolatina, con aportaciones germánicas. De las últimas cabe señalar el peso de su ímpetu vital y cierto espíritu vagamente democrático, pero en realidad ellos tuvieron que ser civilizados, lo que significaba cristianizados, para convertirse en ingrediente menor de la nueva cultura. Ya observamos cómo su recuerdo en las sagas, leyendas y canciones épicas obraría como contrapunto a la tendencia dominante cristianogriega.

Esencialmente, Roma sería una síntesis de Jerusalén y Atenas, con algo del espíritu de las selvas germánicas. Pero no en el mismo plano, pues la herencia grecorromana fue modelada por el cristianismo, de ahí que la civilización europea constituya una creación del cristianismo con fuerte incrustación de la filosofía griega. La relación entre «Jerusalén y Atenas», que con cierta tosquedad cabe resumir como la fe y la razón, nunca fue del todo armónica, sino en tensión permanente, a veces en colisión, y ha generado la peculiar inquietud intelectual del Occidente europeo, manifiesta en sucesivos grandes movimientos culturales. Durante la Edad de Supervivencia el deseo de fundar una nueva Atenas superada todavía por el catolicismo, en expresión de Alcuino, chocaba con la precariedad de los textos disponibles, que solo poco a poco volverían a estar disponibles. Visto en perspectiva, se diría que la evolución a lo largo de los siglos ha sido desde el predominio de Jerusalén hacia el de Atenas, de la fe hacia la razón, aunque esa conclusión podría resultar engañosa: en mi introducción a la

historia de Europa he expuesto cómo la razón, desde el siglo XVIII, no ha producido conclusiones unívocas con validez universal, sino teorías distintas y aun opuestas, cosa que ya había ocurrido en Grecia. Y esas conclusiones, las ideologías, exigen a su turno dosis considerables de fe, debido a las limitaciones inherentes a la condición humana.


GIJÓN
VASCONES
TARRAGONA
TOLEDO
VALENCIA
MÉRIDA
SEVILLA
CÓRDOBA
CARTAGENA
GRANADA
CÁDIZ
MÁLAGA
CEUTA
EL REINO HISPANOGÓTICO EN 711


TOULOUSE
GIJÓN
LA CORUÑA
ESPAÑA
NARBONA
LEÓN
ZARAGOZA
BARCELONA
OPORTO
TARRAGONA
SALAMANCA
AL ÁNDALUS
PALMA
TOLEDO
VALENCIA
LISBOA
DENIA
SEVILLA
CÓRDOBA
CARTAGENA
ALMERÍA
CÁDIZ
MÁLAGA
TARIFA
GIBRALTAR
LA PENÍNSULA HACIA
MEDIADOS-FINAL DEL SIGLO VIII


ESPAÑA CANTÁBRICA
GIJÓN
OVIEDO
PAMPLONA
IMPERIO CAROLINGIO
NARBONA
ESPAÑA PIRENAICA
LÉRIDA
BARCELONA
AL-ANDALUS
COIMBRA
TOLEDO
VALENCIA
LISBOA
MURCIA
SEVILLA
CÓRDOBA
GRANADA
CARTAGENA
MÁLAGA
ALMERÍA
COMIENZOS DEL SIGLO IX:
LA ESPAÑA CANTÁBRICA Y LA ESPAÑA PIRENAICA
ZARAGOZA
CÓRDOBA
ACEIFAS DE ALMANZOR

CUARTA PARTE. EDAD DE ASENTAMIENTO

21. ANTE UNA NUEVA EDAD HISTÓRICA

Más o menos por las mismas fechas en que fenecía el califato Omeya de Córdoba, en torno al año 1000, comenzaba en toda Europa Occidental la llamada Baja Edad Media, aquí titulada de Asentamiento o Consolidación, tras las penas y fatigas de la anterior. Los asaltos magiares habían cesado, los vikingos seguían el mismo camino, y el cristianismo se expandía por amplias regiones eslavas y escandinavas, mientras España frenaba el empuje islámico. Ya a salvo de sus enemigos de siglos pasados, el Occidente europeo experimentó un auge demográfico y económico, artístico y comercial, con mayor interrelación de todo tipo. Por el contrario, Constantinopla, que venía de una época de apogeo, volvía a entrar en una edad de crisis. En el califato de Bagdad dominaban los turcos selyúcidas, convertidos al Islam: y así entraban en la historia los antes nómadas pueblos turcos, emparentados con los hunos y los mongoles. Pronto acosarían a los bizantinos y tendrían incalculable proyección ulterior sobre Europa y de manera especial sobre España.

Otro perfil de la nueva época fue la pugna entre el poder monárquico y el impulso dispersivo o anárquico de las oligarquías nobiliarias, pugna en la que solían ganar estas últimas. Así cundió por el continente una semidisgregación articulada precariamente en dominios señoriales muy autónomos. A esa combinación de debilidad monárquica, dispersión del poder entre oligarquías y servidumbre de la gleba

se la ha denominado feudalismo, término de unos límites cronológicos imprecisos, y también impreciso en su valor descriptivo.

Simultáneamente a esa tendencia dispersiva o feudal brotaban movimientos en sentido contrario, principalmente el de unidad cultural llamado más tarde «románico». Como arte, fue tomando forma en el norte de Italia, en las futuras Cataluña y Aragón, en Alemania y en Francia, sin que quepa establecer una prioridad; pero en cualquier caso sería la abadía de Cluny, en Borgoña, la mayor patrocinadora del nuevo y vigoroso estilo, en un impulso de vasto alcance que sembraría de monasterios, ermitas, catedrales y palacios el centro-oeste continental, desde Escandinavia a Sicilia y desde Polonia a Irlanda o Galicia, dejando también su huella en el urbanismo de las ciudades. El románico abarcaba la liturgia y la teología, la moral, el pensamiento y las artes, superando en mucho al precedente carolingio, harto más limitado en el espacio, más restringido socialmente y de inferior alcance cultural.

El movimiento románico inició un período de cinco siglos en que la cultura de los monasterios, aun sin desaparecer, iría dando paso a la cultura de las ciudades y universidades, a una mayor independencia de la Iglesia, a una elaboración filosófica y religiosa más problemática y refinada, a técnicas superiores y relaciones internacionales más complejas.

* * *

Una clave de la nueva época fue el fin del «siglo de hierro» del papado a partir de 1049, con el papa alemán León IX. En los años anteriores, la corrupción del papado había llegado al borde de la descomposición, personificada especialmente en Benedicto IX, hombre de los Túsculo, Papa en tres períodos

interrumpidos por otros papas o antipapas. Llegó a haber cuatro de ellos simultáneos, mediando guerras y algún envenenamiento por parte de Benedicto. Tales escándalos repercutían en una degradación del clero en toda la Cristiandad, contra el propio espíritu cristiano que el clero debía ejemplarizar, y en una corrosión popular de las costumbres, a menudo mezcladas inextricablemente con creencias y hábitos paganos.

León IX distinguió tres corrupciones principales, el nicolaísmo o mal ejemplo del clero, especialmente por la vulneración del celibato; la simonía o compraventa de cargos y bienes eclesiásticos; y la investidura de los cargos eclesiásticos por las autoridades políticas. Él mismo fue nombrado por el emperador Enrique III, decidido a imponer un cesaropapismo al estilo de Constantinopla, es decir, situando su autoridad por encima de los papas y nombrándolos, e «invistiendo», a obispos y demás altos cargos eclesiales. Contra las tres corrupciones luchó León proclamando la independencia papal en la elección de dichos cargos y bregando por reformar las costumbres decaídas del clero. La presión imperial no fue su única adversidad, pues fue apresado por los normandos, que habían expulsado de Sicilia a los musulmanes y, pese a estar cristianizados, iban conquistando el sur de Italia en lucha con bizantinos y lombardos, y amenazaban a Roma.

Esta línea de independencia eclesial culminaría con la reforma de Gregorio VII, italiano de cuna humilde, exmonje de Cluny y Papa desde 1073. La reforma gregoriana intensificó la de León IX contra la simonía, el nicolaísmo y las investiduras. Gregorio invirtió el cesaropapismo proclamando la superioridad de los papas sobre el poder «temporal», incluido el del emperador. Este ya no podría nombrar papas, sino que, al revés,

los papas podrían excomulgarlo si no se portaba como un «príncipe cristiano»; es decir podía usar el arma de la excomunión para apartarlo de la comunidad cristiana e incitando al pueblo a no obedecerle, es decir, a deponerle. Designio que no pensaban aceptar el emperador ni los monarcas. Pues en la práctica la autoridad eclesiástica no tenía límites definidos con la política, ninguna quería verse interferida por la otra y las dos deseaban la hegemonía. Muchos clérigos manifestaron también una oposición furiosa a las decisiones papales. La divergencia de intereses provocó una virulenta «Querella de las Investiduras» entre el Papa y el emperador, concluida en 1122 con el Concordato de Worms, tras medio siglo de invasiones de Roma, excomuniones y revueltas. El Concordato, desde luego, no resolvió el problema, que se prolongaría en las luchas entre güelfos o partidarios del emperador, y gibelinos, partidarios del Papa.

Otra decisión de Gregorio VII fue establecer la superioridad de las decisiones papales sobre las que pudieran adoptar los concilios. La superioridad partía de la decisión de Jesús de encomendar a Pedro el gobierno moral de los cristianos, según el Evangelio de Mateo: «Todo lo que tú atares en la tierra será atado en el cielo…». Los concilios, por tanto, solo tendrían valor si el papa los refrendaba. Esa concepción de Gregorio daría pie con el tiempo a penosas disputas dentro de la Iglesia.

Un reforzamiento doctrinal fue la expansión del rito romano y del canto gregoriano para uniformar la práctica religiosa. Para su reforma, el papa encontró un instrumento muy eficaz y liberado de los poderes «temporales» en la orden benedictina, sobre todo a partir de Cluny, que dependía directamente de Roma y donde los abades eran elegidos por los monjes,

combatiendo desde el principio su investidura por los señores feudales.

Estas cuestiones y desavenencias afectaban especialmente al Imperio, y tenían escasa repercusión en España, cuya atención y energía se volcaban contra el Islam, sin demasiadas preocupaciones doctrinales. Pero pronto se harían notar eliminando el rito visigótico, llamado mozárabe, y desplazando en buena medida, y no sin oposición, la cultura autóctona desarrollada desde el arte asturiano y el Camino de Santiago, para imponer nuevas formas que debilitaban la herencia hispanogótica.

* * *

De fuerte impacto histórico fue la ruptura definitiva de Roma con Constantinopla, cuyas repercusiones alcanzan hasta hoy, ocurrida en 1054, bajo el papa León IX, y culminada en Gregorio VII. León insistía en la primacía de Roma, invocando entre otras cosas la *Donación de Constantino*, un documento falso, aunque él lo creía genuino (su falsedad se demostraría mucho más tarde). Según dicho fraude, el emperador del siglo IV Constantino habría entregado al papado la autoridad religiosa y política sobre todo el Imperio de Occidente, con supremacía de Roma sobre los demás patriarcados, idea que rechazaba el patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario. Constantinopla reclamaba igualdad, por considerarse segunda Roma y sede imperial, mientras que la primera Roma solo presidía un mundo caótico y empobrecido. Difería además la lengua: los papas habían estatuido el latín como idioma eclesiástico en los ámbitos latino y germánico, haciendo de él un factor de unidad cultural sobre las crudas discordias étnicas y políticas; Bizancio cultivaba el griego, aunque aceptó adaptar su liturgia a las lenguas eslavas

y creó, como vimos, el alfabeto llamado cirílico (por San Cirilo), hoy el de Rusia y otros países. También difería algo la liturgia, más pomposa la bizantina.

El choque adoptó un tono teológico con la disputa sobre el término *Filioque* («y del Hijo»), por el cual el Espíritu Santo procedería del Padre y del Hijo, y no solo del Padre, tesis originada en España, impuesta por los francos y aceptada tardíamente por el papado en 1014; pero según Constantinopla, el *Filioque* rebajaba al Padre dentro de la Trinidad, y Cerulario trató de hereje al Papa, viéndose a su vez excomulgado.

A efectos históricos, la diferencia mayor consistió en la identificación bizantina de los poderes espiritual y temporal, con el patriarca subordinado al emperador, hecho que marcaría su historia y luego la de Rusia. En Occidente existió una áspera dualidad entre ambos poderes, universalista el espiritual y muy diversificado el temporal. Contra la pretensión papal de supremacía, el emperador afirmaba la suya como heredero del Imperio romano, con derecho a controlar al clero y condicionar la definición doctrinal, como en Constantinopla. De ahí una relación plagada de colisiones, que sin embargo favorecería la libertad espiritual y política, y daría a la Cristiandad de Roma un dinamismo intelectual superior al de Bizancio. La Iglesia de Roma siguió llamándose católica (universal) y la de Constantinopla ortodoxa (de correcta doctrina). Así se formaron dos Europa cristianas, separadas por diferencias dogmáticas posiblemente de matiz pero de muy prolongadas consecuencias políticas y sociales.

* * *

Si la Cristiandad quedó escindida en dos partes —lo que no impedía en su seno profundas diferencias culturales en idiomas,

leyes costumbres y tradiciones— desde un punto de vista político amplio la propia Europa se puede considerar dividida en tres ámbitos: el bizantino-eslavo al este, el Imperio Romano-Germánico en el centro y lo que podríamos llamar la Europa de las naciones en el gran arco occidental desde Escandinavia hasta España. La Europa bizantino-eslava, de religión mayoritariamente ortodoxa, incluía la próspera Rus de Kíef, un extenso imperio sobre distintos pueblos mayoritariamente eslavos, y la nación polaca, fundada por entonces y de religión católica. El Imperio Romano-Germánico, más tarde adjetivado como Sacro, abarcaba desde el centro de Italia hasta la frontera danesa, y desde el mar del Norte y desde Polonia, incluyendo Bohemia, hasta el límite oeste de Francia. El poder imperial, electivo y difuso, dependía de señores y obispos-oligarcas regionales muy autónomos, pero impidió en su seno la formación de naciones y estados nuevos. Iba a mantenerse hasta el siglo XVI y, en crisis permanente, hasta finales del XVIII, determinando la evolución de la Europa Central.

En el norte, los reinos suecos se fueron cristianizando y avanzando hacia la unificación, que llegaría en el siglo XII (absorbiendo a Finlandia). Noruega se constituyó en reino en constante pugna con Dinamarca. San Olaf, un clásico normando con una juventud de aventuras piráticas y largos viajes por mar, impuso a principios del XI la cristianización de Noruega por métodos duros: quien no la aceptase podía ser ejecutado o mutilado. Dinamarca, el reino más potente de la zona, se había cristianizado a finales del siglo X, pero siguió siendo el azote de Inglaterra, a la que Canuto (Knud) *el Grande* volvió a someter a principios del siglo XI, si bien ya por poco tiempo.

El relevo de los daneses en sus ataques a Inglaterra lo tomaron los vikingos asentados en el ducado normando de Francia, que en 1066 invadieron a su vez la isla mandados por el duque de Normandía Guillermo *el Conquistador,* pronto convertido en rey de Inglaterra. Los invasores reorganizaron la isla según el modelo normando-francés, cambiaron las leyes y desplazaron a la nobleza local. Los tres siglos siguientes dominaría allí una pequeña aristocracia normanda, que aportaría al inglés numerosos términos de origen latino. Su dominio dio al país unidad estable, con pretensiones sobre Gales y Escocia, y cabe considerarlo el principal factor que modeló la nación inglesa, pues gran parte de las instituciones que la caracterizarán partieron de aquella época, pese a no emplear los normandos la lengua inglesa, sino la francesa.

Francia, por su parte, bajo la dinastía capeta, se hallaba dividida en poderes regionales, algunos más fuertes que el monarca. Este mandaba nominalmente sobre todos, pero con poca eficacia. Aun así, el poder regio bastaría para rechazar la pretensión englobadora del Imperio Romano-Germánico, con lo que Francia, creadora originaria del Imperio carolingio, precedente del Romano-Germánico, se iba conformando tenazmente como nación aparte. En ella los ducados semiindependientes de Borgoña y Normandía iban a ejercer un influjo político-cultural extraordinario, el primero sobre gran parte de Europa, incluyendo a España, y el segundo sobre Inglaterra, como hemos indicado.

Dentro de este arco geográfico de las naciones, las escandinavas seguirían una evolución en gran medida marginal a la del resto, en contraste con su influencia durante la era vikinga. En cambio Francia, Inglaterra y España estaban

llamadas a condicionar poderosamente los destinos de Occidente y del mundo.

Caso especial era el de Italia, una comunidad cultural dividida bajo poderes ajenos: el Imperio, mucho más germánico que romano, ocupaba su mitad norte; los estados pontificios tenían en principio carácter universalista, pero cortaban la península en dos; y la mitad sur vivía bajo un poder normando (Sicilia, Apulia y Calabria). Con todo, Italia formaba un ámbito cultural muy dialectizado pero bastante homogéneo, y no llegaría a conformarse como nación, dotándose de un estado propio, hasta la segunda mitad del siglo XIX, al igual que Alemania. Rasgo particular de Italia fue su notable urbanización, sobre todo en el norte, en un continente aún muy ruralizado. Ciudades como Milán, Venecia, Génova, Pisa y otras llegarían a formar comunas con ayuda mutua hasta hacerse prácticamente independientes del poder imperial o de cualquier otro, formando verdaderas ciudades estado.

Finalmente, España se encontraba dividida en dos reinos, León y Pamplona, muy próximos desde todo punto de vista, pero independientes, más dos condados, Castilla y Barcelona, también independientes en la práctica. Pero todos autoconsiderados españoles no en sentido geográfico (más de la mitad de la península seguía siendo Al Ándalus, aun después de que el califato Omeya hubiera saltado en pedazos), sino por su inspiración en el perdido estado hispanogótico, del cual pervivían instituciones clave. España había sido la primera o una de las primeras comunidades culturales europeas salidas del Imperio romano en dotarse de un estado, convirtiéndose en nación.

Cuando implosionó Córdoba habían pasado tres siglos de

ardua lucha, comenzada en condiciones casi imposibles; y para que el proceso se completase quedaban cuatro siglos largos, coincidentes con la Baja Edad Media europea o más apropiadamente con su Edad de Asentamiento. La reconquista no solo implicaba la lucha contra Al Ándalus, ahora dividida en taifas, y contra nuevas invasiones procedentes de África, sino también contra la dispersión en diversos estados españoles que de modo natural ocasionaban divisiones, rencillas y guerras abiertas entre ellos, y podían perpetuar una división irremisible, condenando a España a una fragmentación similar a la de la península balcánica al otro lado del Mediterráneo.

22. MELANCÓLICA CULTURA DE LAS TAIFAS Y FUERO DE LEÓN

El siglo XI empezó con unos estados españoles avasallados por Al Ándalus; treinta años después, esos estados avasallaban a su vez a un Al Ándalus, disperso en taifas. Y entre alternativas frenéticas, los cristianos saltaron del valle del Duero al del Tajo y reconquistaron la emblemática Toledo.

Córdoba, tan destacada desde la romanización, cuna de intelectuales como Séneca, Lucano u Osio, luego faro del Islam y la urbe más brillante de la cuenca mediterránea después de Constantinopla, quedó semiarrasada por la revolución de las taifas. Su explosivo derrumbe puso también de relieve cómo el emirato y el califato nunca habían llegado a enraizar en el país, habían sido una tiranía extraña a él, sustentada en una fuerza militar de ocupación: de las taifas, que llegaron a ser treinta y nueve, solo una o dos menores fueron regidas por muladíes, es decir, indígenas conversos al Islam, a pesar de que para aquellas fechas eran seguramente la gran mayoría de la población, sobrepasando en mucho a los mozárabes. Las demás taifas se repartieron entre árabes, bereberes y eslavos, es decir, entre los componentes del ejército. El califato había perecido entre guerras civiles, en las que muladíes y mozárabes solo habían actuado de comparsas: cimientos de arena bajo una magnífica fachada.

Varias taifas, las de Zaragoza, Toledo, Valencia, Badajoz y Sevilla, disfrutaban de extensión, riqueza y poderío notables y

enseguida surgieron embrolladas luchas de unas contra otras y contra los cristianos. La más agresiva, la árabe de Sevilla bajo Al Mutádid, intentó rehacer el califato, para lo cual absorbió a diez taifas menores, ampliándose desde el Algarbe al Mediterráneo por Murcia. Al norte limitaba con las de Toledo, Badajoz y Valencia, y al sur con las de Málaga, Granada y Almería. Pero sus éxitos no le eximieron de pagar tributos, llamados «parias», a León, que también le obligó a entregar los restos de San Isidoro, un símbolo de la legitimidad hispanogoda. Y aún con las gravosas parias, las cortes taifeñas rivalizaban entre sí en lujo y tren de vida, derroche que pagaban sus súbditos, cuyo malestar contribuía a debilitarlas.

Pese a la dispersión política, algunas taifas gozaron de cierto esplendor cultural, destacando Sevilla. Al Mutádid, muerto en 1069, ejemplifica un tipo de gobernante: llegó a matar directamente a un hijo suyo, hizo asfixiar a enviados de otra taifa y gustaba hacer floreros con los cráneos de sus enemigos liquidados, mas no por eso dejaba de ser un espléndido mecenas, amante del arte y el lujo. Continuó la afición a la poesía, y un buen poema podía divulgarse por todo el Islam. Entre los mayores vates de la época estuvieron Ibn Hazm, Abenzaydún (Ibn Zaydun), y Al Motámid, sucesor de Mutádid.

Ibn Hazm, finado en 1064, fue un personaje sobresaliente: poeta, filósofo, moralista, político, polemista teológico (antijudaico), jurista e historiador, conoció en su agitada vida la cárcel y el destierro. Aristotélico, no opuso la razón a la fe, sino que coronó aquella con esta. Atribuyó el motivo profundo de la actividad humana a la necesidad de distraerse de la muerte, una de sus ideas más peculiares. Muy aficionado a la ciencia, otorgó a la razón poco valor para la investigación, dando más relieve a

la percepción sensorial y el sentido común, concepción próxima al posterior empirismo. En lo demás fue racionalista, analítico y adverso a los clérigos. Su obra más conocida, *El collar de la paloma*, donde intercala poemas formalmente refinados, estudia el amor, al que define como elección espiritual y fusión de almas en la tradición del amor udrí, nacida en el actual Irak: pasión platónica que se humilla ante la amada y no llega a ser carnal. Ibn Hazm, aunque dice haber llorado por el rechazo de su amada, admite que se trató de una exigencia poética, pues no había derramado lágrimas desde niño. Las semejanzas entre esta concepción poética y la del «amor cortés» que cultivarán los trovadores provenzales a finales de siglo, indican una probable influencia andalusí, cosa no extraña, dadas las relaciones comerciales, y más en la época de las parias.

Ibn Zaydún, muerto en 1071, es considerado el mejor poeta amoroso de Al Ándalus, con duradero influjo en todo el Islam. También probó la mazmorra y pasó la mayor parte de su vida exiliado de su añorada Córdoba: «Dios ha dejado caer aguaceros sobre las casas de aquellas a quienes hemos amado (…). Qué felices aquellos tiempos, cuando vivíamos con las de ondulante cabello y blancos hombros». Amante de la princesa Wallada y rechazado por esta, escribió en vano sus versos de sumisión udri:

Puedo soportar
lo que nadie más podría.
Muéstrate altanera, yo aguanto.
Remisa, soy paciente.
Altiva, yo humilde.
Si hablas, te escucho.
Ordena y te obedezco.

Bajo estos refinamientos y delicadezas subsistía la esclavitud sexual de miles de mujeres.

El prestigio de los poetas les permitía practicar un chantaje

implícito a sus protectores. Si no se sentían recompensados, podían ir a otra corte y desde ella disparar sátiras venenosas contra los anteriores. Dada la popularidad de esas composiciones, los poderosos podían temerles y procuraban contentarlos… o cortarles el cuello.

Mutámid heredó de su padre el carácter torvo y el gusto artístico. Capturó Córdoba y guerreó con Toledo. Su favorito Abenámar (Ibn Ammar), también poeta, contrató mercenarios de Barcelona contra la taifa de Murcia, y una vez tomada quiso segregarse de Sevilla. Mutámid lo capturó y mató con sus manos. Protegió a artistas y sabios, que afluyeron a su corte desde otras taifas, como el astrónomo Azarquiel de Toledo, o el geógrafo e historiador Al Bakri, de Huelva. Él mismo compuso poesía e hizo célebre su amor por la esclava Rumaykía, a quien llamó Itimad e hizo su esposa: «Impaciente al yugo si otras mujeres tratan de imponérmelo, me someto dócil a tus deseos más insignificantes. Mi anhelo es siempre tenerte a mi lado».

* * *

La fragmentación de Al Ándalus ofrecía oportunidades para emprender ofensivas a fondo, pero otros hechos las desviaban. Ahora los estados del norte se sentían seguros, podían reponerse del feroz castigo infligido por Almanzor, enriquecerse con las parias y aplicar su potencial en extensas tierras ya resguardadas de ataques. Por otra parte, el tradicional déficit demográfico entorpecía la repoblación de las tierras recién ganadas. Esos factores frenaron por unos decenios las empresas bélicas.

León necesitaba superar las calamidades pasadas, las tierras y pueblos devastados, más aún la indisciplina y talante levantisco de los condes, y disputar o encauzar el empuje expansivo del dinámico condado de Castilla. Su rey Alfonso V, tras ampliar el

reino más de lo que podía repoblar, reconstruyó la capital, asolada por Almanzor, y patrocinó un arte propio. Pero su medida más transcendental será, en 1017, el *Fuero de León* una novedad jurídica que reforzaba la autoridad regia y la autonomía urbana frente a los oligarcas, y servirá de modelo para otras ciudades, incluso fuera de España.

El Fuero tenía posible inspiración en los *conventi publici vicinorum* del reino de Toledo, asambleas de hombres libres de un municipio para tratar asuntos locales. El Fuero regulaba el acceso a la propiedad y posesión de la tierra, la repoblación y la vida urbana, los mercados, etc. Protegía a los artesanos, eximía de ciertos impuestos a los habitantes y de portazgos a los mercaderes, y facilitaba la emancipación de la servidumbre. Es decir, aparte de fomentar la reconstrucción económica del reino, exponía unos derechos básicos de los habitantes del burgo, un concepto ajeno a Al Ándalus y primicia en Europa como aproximativa formulación de derechos ciudadanos. Naturalmente, todos esos asuntos estaban antes también más o menos reglados por la costumbre no escrita, pero su aplicación por los potentados la volvía arbitraria. Y es significativo que el primer caso, al parecer en toda Europa, se diera en León y referido a la acción repobladora, lo cual abona las tesis de Sánchez Albornoz sobre la mayor libertad individual en España, que oficiaba como tierra de frontera de Europa.

El fuero leonés daría lugar a muchos otros, como el de Jaca, de 1076, extendido a muchas villas de Navarra y a San Sebastián. El de Sepúlveda, de la misma fecha, se aplicó por Castilla y Aragón; el de Logroño, de 1095, a todas las villas de Vizcaya y gran parte de las de La Rioja, Álava y Guipúzcoa, etc. Estas concesiones de los reyes a ciudades y villas frenaban el

poder señorial y en menor medida la tendencia, surgida de la repoblación, a fraccionar interminablemente el derecho en resistentes formas locales.

La división de los españoles disminuyó en los primeros años del siglo XI con Sancho III *el Mayor*, que cambió su sede de Pamplona a Nájera, en La Rioja, y convirtió el reino en eje de los demás estados hispanos, mediante una política de enlace nupcial y relación familiar. Rey desde 1004, sus acciones buscaron la unificación de los estados del norte. Empezó extendiendo sus dominios sobre los valles pirenaicos que darían origen a Aragón. Desposó a Munia o Muniadona, hija del conde de Castilla; y al morir el jovencísimo conde heredero, asesinado en León cuando iba a casarse con Sancha, hija de Alfonso V, se aseguró el poder sobre el condado, que incluía Álava, Vizcaya y quizá Guipúzcoa, siempre oscilantes entre Oviedo-León, Castilla y Pamplona.

Luego, al fallecer Alfonso V en 1028, de un flechazo musulmán cuando sitiaba a Viseu, el reino de León recayó en Bermudo III, que solo tenía once años, quedando regente su madre, Urraca, a su vez hermana del *Mayor*. Y así este, en 1032, gobernaba Pamplona, Castilla y León, arrinconando a Bermudo en Galicia. Simultáneamente estrechó lazos con Barcelona, ya una potencia relevante y pretendió reinar, sin éxito, en la Gascuña francesa. Con fórmula importada de Francia se tituló «rey por la gracia de Dios». Quizá llegó a declararse —hoy se cree poco fehaciente el dato— *Imperator totius Hispaniae,* «Emperador de toda España», título antes usado a veces por los reyes de León. Fue llamado «rey de los reyes españoles» por Bernardo, obispo barcelonés de Palencia, y *rex ibericus* por el abad Oliva u Oliba, de Ripoll, amigo del monarca; en Francia se

le titulaba *Rex Hispaniarum*.

Una vez caído el califato, el valle del Duero quedaba a salvo de ataques, y Sancho *el Mayor* aprovechó para trasladar al norte del río la vital ruta de peregrinación a Santiago, que antes seguía la agreste e incómoda costa cantábrica, muy expuesta a bandidos. El traslado traería largas consecuencias, porque a lo largo de la nueva ruta iban a crecer las ciudades, en las que quedaban a residir numerosos peregrinos extranjeros. Sancho protegió a los benedictinos, y al poco tiempo la abadía de Cluny, favorecida por el rey con importantes donaciones, se «adueñó» de la nueva ruta que terminó llamándose «Camino Francés», al penetrar por él los caminantes desde Francia.

* * *

Sin embargo duró poco el impulso unitario del *Mayor* porque, al finar en 1035, repartió sus posesiones entre sus hijos. García, como rey, recibió Pamplona-Nájera, Álava, parte de Aragón y del condado castellano, con teórica superioridad sobre los demás hermanos; Fernando, como conde de Castilla, independiente de hecho, un condado mutilado por el este y ampliado por el oeste a costa de León; y Ramiro y Gonzalo, también como condes independientes, partes de Aragón y de Pamplona. Así iban a nacer en poco tiempo dos nuevos reinos: Castilla y Aragón. El segundo se ampliaría con Ramiro hacia el este (Sobrarbe y Ribagorza) y hacia el sur, a costa de los andalusíes. Con todo lo cual, Pamplona vino a ser madre de ambos reinos. En León volvía a empuñar el cetro Bermudo III, antes desplazado a Galicia por Sancho *el Mayor*.

Asesinado Gonzalo en 1045, Ramiro se hizo con todos los condados aragoneses y prohibió en su testamento volver a dividirlos, lo que fortaleció a Aragón contra la poderosa taifa

zaragozana. Pamplona ya no pudo crecer hacia el sur, al cortarle esa vía una dinámica Castilla y la expansión aragonesa.

La dispersión de estados se reduciría pronto gracias a la energía de Fernando I, a quien había correspondido Castilla. En León, Bermudo III disputó con Fernando por tierras en litigio, y de ahí la batalla de Tamarón (1037), donde pereció Bermudo, con lo que Fernando se convirtió en rey de León además de conde de Castilla. Otro conflicto por tierras antes castellanas pero traspasadas a Pamplona, culminó en la batalla de Atapuerca (1054), entre Fernando y su hermano García, el hijo más agraciado por *el Mayor*, en la que García fue vencido y muerto. En esta ocasión Fernando, pese a ser también pamplonés, no ocupó ese trono, dejándolo al hijo de García. A continuación, tras «domar el feroz talante de algunos magnates», dice la *Crónica Najerense*, atacó a los musulmanes, adelantó la frontera hasta Coímbra, que había sido recuperada por Al Ándalus anteriormente, obligó a pagarle parias a las taifas más ricas, sin exceptuar Toledo, incursionó por el valle del Guadalquivir y sometió Sevilla a tributo.

Fernando, que había adoptado el título leonés de emperador, con mando teórico sobre todos los estados hispanos, parecía volver a la unidad de los principales de estos. Intentó incluso tomar Valencia, extendiendo su reino de mar a mar, pero entonces enfermó y volvió a León para morir. Es interesante la forma en que falleció, como expresión de la fe de entonces. Al sentir que llegaba su hora se arrodilló, y rezó a Dios: «El reino que de ti recibí y goberné por el tiempo que Tú, por tu propia voluntad, me has dado, te lo devuelvo ahora. Te pido que acojas mi alma, que sale de la vorágine de este mundo, y la acojas en paz». Su epitafio lo definía como «Fernando

Magno», que «hizo tributarios suyos, con las armas, a todos los sarracenos de España. Conquistó Coímbra, Lamego, Viseu y otras plazas y tomó por la fuerza los reinos de García y Bermudo».

Pero poco antes de morir, en 1065, imitó a su padre en lugar de a su hermanastro Ramiro de Aragón, y volvió a dividir sus tierras: hizo reino, ya oficialmente, a Castilla y lo dio a su hijo Sancho; Galicia, también como reino, quedó para otro hijo, García; y las ciudades de Zamora y Toro para sus hijas Urraca y Elvira. León, con rango superior a los demás, correspondería a Alfonso VI, quien marcaría una nueva etapa en la lucha contra los moros.

* * *

Al este de Pamplona, el condado aragonés se había independizado como reino con Ramiro I, el cual en 1043 había disputado con éxito los condados de Sobrarbe y Ribagorza, a los musulmanes y al conde de Barcelona. Para ello se alió con el conde de Urgel, Armengol III, cuyo territorio separaba a Aragón de Barcelona. La alianza permitió a Ramiro emprender acciones más audaces hacia el sur por tierras de Zaragoza, una taifa opulenta que pagaba parias a todos los reinos cristianos limítrofes. La ambición de Ramiro chocaba con el deseo de Barcelona de seguir recibiendo las parias, así como con el de Castilla, que, por la misma razón, envió algunas tropas en apoyo de los andalusíes. Ramiro sitió la fortaleza de Graus, y allí, en 1063, pereció al clavarle un moro una lanza en la frente. Le sucedió su hijo Sancho, que al año siguiente promovió, con apoyo del Papa, una cruzada contra la rica y estratégica ciudad de Barbastro. Acudieron cientos de caballeros extranjeros (normandos, italianos y franceses) con sus huestes, y la ciudad

fue tomada y asesinados sus defensores, en atrocidades que sacudieron Al Ándalus. La ciudad quedó luego desorganizada y en 1065 se predicaría una yijad que devolvió la ciudad a los andalusíes por un tiempo.

En cuanto a los condados orientales, ante todo Barcelona, la repoblación había creado una sociedad de campesinos libres; sin embargo estos sufrieron con más violencia que los de León la presión de la oligarquía, ansiosa de reducirlos a servidumbre y de sustituir la ley visigoda por el sistema feudal francés, más favorable a sus privilegios. Tras enconadas luchas sociales, a comienzos del siglo XI retrocedía el campesinado libre… y también el poder condal a manos de una inquieta nobleza inferior, un fenómeno de corrosión de poderes casi generalizado en Europa. Los amos de los castillos, sobre todo en la frontera, actuaban con plena independencia, se enzarzaban en trifulcas entre ellos y aumentaban progresivamente los servicios de los labriegos o payeses, para indignación de estos. El enérgico e inteligente abad Oliba, de Ripoll, trató de imponer la «paz y tregua de Dios» en las continuas guerras privadas entre nobles y las luchas entre campesinos, nobles y clérigos. La tregua, que establecía lugares y días exentos de violencias, tuvo poco efecto.

A la muerte del autoritario y eficaz Ramón Borrell, el condado había sido heredado por su esposa Ermesenda y su hijo Berenguer Ramón I, que no lograron imponerse a la anarquía creada por barones, vizcondes y otros nobles. El hijo de este último, Ramón Berenguer I, mucho más hábil, sí logró afirmar su supremacía y aumentar sus derechos territoriales. Se enamoró de la esposa del conde de Tolosa, Almodís de la Marca, al parecer una mujer muy atractiva descendiente de Carlomagno, y la raptó en 1053, con acuerdo de ella y violando la hospitalidad

del de Tolosa, al estilo de Paris y Menelao. Por ello, el raptor repudió a su anterior esposa, Blanca. El asunto dio lugar a excomunión y algo de guerra, que no descabalgaron del condado a la pareja, y en 1058 la excomunión fue levantada. Almodís aportaba asimismo ciertos derechos en el sur mediterráneo de Francia, una zona que había pertenecido al reino de Toledo.

Almodís participó activamente en la política de su marido, que en parte principal consistió en imponer su autoridad sobre los vizcondes y otros nobles revoltosos, sobre todo en el Penedés y condados vecinos. Y lo hicieron de modo peculiar, usando más el dinero que la fuerza, es decir, comprando tierras y castillos y suscribiendo pactos minuciosos de vasallaje. El dinero procedía de las cuantiosas parias que cobraban a los régulos musulmanes del sur. Como León, Barcelona se enriquecía con las parias y se convirtió en la ciudad europea donde quizá se acuñaban más monedas de oro, así como en un gran mercado de esclavos en tránsito al Islam. La nobleza inferior apenas tocaba las ganancias del comercio y tributos a los moros, y de ahí su inquietud, por lo que el desvío de parte del beneficio hacia ellos surtió el efecto calmante deseado.

Simultáneamente el aflujo de tributos animó un auge cultural que Oliba (muerto en 1046) se encargó de promover, elevando a Ripoll a uno de los centros intelectuales europeos de más enjundia, lugar privilegiado para la traducción al latín de libros árabes y griegos. Oliba fomentó la poesía, a la que contribuyó con varias obras, y fundó otros monasterios, ante todo el de Montserrat.

Por todas estas razones, el conde procuraba mantener la paz con los islámicos y al mismo tiempo extender su poder sobre los

condados vecinos de Besalú, Pallars y Ampurias, y sobre todo al de Urgel, donde Ramiro de Aragón le ganó por la mano. Otro éxito del conde, una vez asentado su poder, fue la construcción de una marina fuerte.

Almodís tendría un final desgraciado. Había tenido con su raptor dos gemelos y dos hijas (ya había tenido siete hijos de dos matrimonios anteriores, y gemelos también con el conde de Tolosa). A los nuevos les llamaron Ramón Berenguer II, apodado *Cabeza de Estopa* por el color de su pelo, y Berenguer Ramón II. Almodís se había preocupado de dar preeminencia a sus hijos gemelos por encima de un hijo anterior del conde, llamado Pedro Raimundo, que por primogenitura tenía más derechos. Las relaciones entre Pedro y su madrastra se hicieron explosivas, y en un arrebato de ira Pedro la mató en 1071. La mujer había vivido cincuenta y un años notablemente intensos. Pedro fue apresado, excomulgado y condenado por el papa al destierro y a purgar su delito luchando contra los moros, muriendo poco después en algún combate contra estos. Los gemelos heredaron los condados, y pronto sus vidas se cruzarían con la del Cid.

Cuando murió Ramón Berenguer I, en 1076, Barcelona era ya una potencia en el este de la península, habiendo incorporado gran parte del territorio que más adelante sería conocido como Cataluña, más territorios posteriormente franceses que añadían Carcasona y toda su región hasta la Costa Azul. Y en la cambiante política habitual en todos los estados, había ocupado tierras islámicas y participado en la toma de Barbastro, por lo que recibió el título de *Hispaniae subjugator*, subyugador de España. También se le atribuyen los comienzos de las codificaciones o *Usatges* (usanzas) que se compilarían un

siglo más tarde. Los *Usatges* combinaban normas visigóticas con derecho eclesiástico y romano y normas feudales de los condes.

Al comenzar el último tercio del siglo, las taifas andalusíes pagaban tributos a los estados hispanos; Barcelona se incorporaba a la reconquista, orientándose al mismo tiempo hacia el sur de Francia; y León y Pamplona habían engendrado tres reinos más: Aragón, Castilla y Galicia, en una oscilación constante entre dispersión y reunificación por la diplomacia y por las armas.

23. LA ESPAÑA DE ALFONSO VI Y DEL CID

Así pues, hacia el último tercio del siglo XI existían nada menos que cinco reinos españoles, más los condados del oriente pirenaico. Panorama muy proclive a la pérdida definitiva de cualquier ideal unitario y al abandono del ideal de reconquista, dados los sustanciosos tributos que procuraban las taifas. Mas no prevalecería esa orientación.

El reparto dejado por Fernando I en 1065, como el de Sancho *el Mayor*, no resultó estable, sino que dio pie a siete años de contiendas civiles entre los herederos y otros. Inmediatamente se entabló la Guerra de los tres Sanchos, entre Sancho IV Garcés de Navarra, Sancho Ramírez de Aragón y Sancho II de Castilla, quedando en tablas a los dos años, con alguna ventaja para el castellano.

Sancho II de Castilla, por ser primogénito, invocó el derecho visigótico para reclamar los reinos de su padre, empezando por León. Alfonso, en León, rechazó tal sugerencia. Acordaron dirimir el conflicto mediante un *riepto*, encuentro armado y reglado entre dos representantes o dos tropas. El riepto se iba saldando a favor de Sancho; pero Alfonso se retiró y desde luego no entregó el cetro. Y además arrebató al otro hermano, García de Galicia, las parias de Badajoz. En ese momento (1071), Sancho y Alfonso dejaron sus diferencias y acordaron repartirse el reino de Galicia, que incluía Portucale, tercio norte del posterior Portugal. García, hombre de escaso

talento político y militar, fue batido por Sancho y se refugió en la corte de Mutámid de Sevilla.

Fuera de combate García, volvieron a enfrentarse Sancho y Alfonso. En la batalla de Vulpéjar, Alfonso venció en un primer momento, pero un personaje singular, Rodrigo Díaz de Vivar, conocido más tarde como el *Cid Campeador*, recompuso la desbandada castellana y lanzó al amanecer un ataque sorpresivo contra quienes se sentían vencedores, desbaratándolos. Alfonso fue apresado y desterrado o tal vez fugado a la taifa de Toledo. Sancho quedaba rey de León, Galicia y Castilla y se tituló *imperator*. Sin embargo muchos nobles leoneses le rechazaban, y encontraron apoyo en la hermana de Sancho, Urraca, a quien había correspondido Zamora. Por tanto, Sancho sitió Zamora. Y allí un traidor llamado Bellido Dolfos lo traspasó por la espalda con una lanza, aprovechando un momento en que el rey hacía sus necesidades.

Esto ocurría en 1072. La muerte del castellano permitió a Alfonso volver al trono leonés, y a García recuperar Galicia. Este último lo haría por muy poco tiempo, pues Alfonso le tendió una trampa, lo apresó y lo recluyó con cadenas en el castillo de Luna, donde fallecería diecisiete años más tarde. La derrota de García tuvo una continuación fallida en 1085, cuando el obispo de Santiago Diego Peláez, puesto por Alfonso, traicionó a este intentando traer al normado Guillermo el Conquistador de Inglaterra para separar Galicia de León. En estas intrigas pesaba el designio de Peláez de convertir Santiago en sede apostólica primada de toda España, cosa que las sedes históricas de Toledo y la también galaica de Braga le disputaban. Peláez había emprendido la construcción de la gran catedral románica de Santiago y procurado convertir a su escuela catedralicia en un

centro cultural de ámbito europeo, en consonancia con la creciente extensión de las rutas jacobeas, que iban ampliándose hacia Escandinavia, Polonia, Hungría y sur de Italia.

Alfonso, el VI de León, se vio de pronto gobernando Galicia, León y Castilla, continuando la aspiración de Sancho de unificar bajo su corona los reinos de su padre. También recobró Vizcaya, Guipúzcoa y La Bureba, cuyos nobles prefirieron dejar a Pamplona por Castilla, y en 1077 se tituló *imperator* de España. Los cinco reinos pasaron a tres. Con todo, los castellanos sospechaban su implicación en el asesinato de Sancho. Según la leyenda, el Cid le exigió declarar su inocencia en el célebre juramento de Santa Gadea. Algunos historiadores han negado la realidad de ese juramento porque, según el poema del Cid, este habría sido desterrado a continuación, lo que no ocurrió. Pero una cosa no quita la otra: las venganzas aguardan a veces bastantes años (ocho en este caso); o quizá Alfonso no se sintió especialmente agraviado por la jura. De momento, el Cid perdió el empleo que había tenido con Sancho, si bien no fue perseguido y su trato con el rey parece haber sido bueno.

Por lo que respecta a los moros, las relaciones venían a ser cooperativas. Las taifas no tenían más remedio que tributar, y a cambio recibían protección contra otras taifas o contra incursiones de otros cristianos. De este modo los hispanos imponían cierto orden, por así decir. Pero se trataba de acuerdos inestables, que no excluían ataques menores mutuos e intrigas de todas clases. Y así, pese a beneficiarse de las parias, Alfonso tenía la intención de apoderarse de Toledo, la antigua capital visigótica.

* * *

Del último tercio del siglo XI, la figura más representativa

sería el mencionado Rodrigo Díaz de Vivar, Cid Campeador, que pasó a la historia y la leyenda como héroe nacional español, también reconocido allende el Pirineo. Proveniente de los rangos inferiores de la nobleza, según Menéndez Pidal, o de los rangos superiores según Margarita Torres, fue en todo caso alférez (lugarteniente real) de Sancho II, y destacó por su excepcional aptitud bélica. Muerto Sancho, sirvió a Alfonso, con quien no congenió. En 1080, el rey le envió a cobrar las parias de Sevilla. Por entonces Alfonso tanteaba las fuerzas de Toledo y, temiendo que Sevilla ayudase a los toledanos, envió simultáneamente al conde García Ordóñez a la taifa de Granada para incitarle a atacar a Sevilla, a fin de paralizar cualquier connivencia entre esta y Toledo. El cobro de tributos suponía protección, por lo que el Cid, ignorante del maquiavélico manejo de Alfonso, salió al encuentro de los granadinos, los derrotó y apresó al propio García Ordóñez, quien estaba emparentado con el monarca. A falta de documentación precisa, cabe imaginar el enojo del rey por la acción del Cid, y mayor, sin duda, el del propio García y sus próximos, que conspirarían contra el importuno.

Y muy pronto, a una algara de saqueo de Toledo sobre tierras castellanas respondió Rodrigo con una contraalgara por tierras toledanas, que debió de perturbar los planes de Alfonso. La cólera regia cayó entonces sobre Rodrigo, alentada por las intrigas cortesanas, que le acusaban de embolsarse parte de las parias, y el de Vivar sufrió su primer destierro, en torno a 1080.

El desterrado marchó con su mesnada. Buscando ayuda en otro reino cristiano, ofreció su espada a los condes de Barcelona Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, los cuales le despreciaron, cometiendo un grave error. En tan difícil

posición, Rodrigo optó por el régulo de la taifa zaragozana, Al Mutamín. No era una opción deshonrosa, por cuanto se trataba de una taifa tributaria de León y de Barcelona, y por tanto con lazos de relación legal con ambos. Pero el hermano de Mutamín, Al Mundir, valí de Lérida, se alzó contra Zaragoza con apoyo de Sancho Ramírez de Aragón, y de Berenguer Ramón, que pensaban sacar partido de la revuelta. Rodrigo quedó encargado de meter en vereda al rebelde y sus auxiliares, y lo hizo: los venció en Almenar, en 1082, donde apresó al conde barcelonés, a quien liberó tras un rescate. Recibió entonces el apelativo de Cid (*Sidi*, señor). Mientras tanto, moros de Rueda atrajeron con engaños a algunas tropas de Alfonso, las emboscaron y aniquilaron. Aprovechando el momento, el Cid, que deseaba ante todo congraciarse con su rey, se presentó ante él, pero, recibido con aspereza, volvió a Zaragoza. Dos años después, en Morella, volvió a derrotar a Al Mundir, que venía aliado esta vez con el rey de Aragón, y capturó a numerosos nobles aragoneses.

* * *

El incidente de Rueda había sido un contratiempo menor y en aquellos momentos y pese al prestigio del Cid, ganado por su talento bélico, Alfonso VI no precisaba de él: gozaba de una posición muy cómoda en su vasto reino, sin temor a los moros, de quienes extraía cuantiosas ganancias y cuyas discordias sabía explotar, lo que inclinaba a paralizar la reconquista. No obstante, tramaba un golpe espectacular: la toma de Toledo, ciudad simbólica por excelencia.

Toledo, taifa muy grande (unos 90.000 kilómetros cuadrados) había estado gobernada por Al Mamún, que había acogido a Alfonso cuando este huyó de la venganza de su

hermano Sancho II. Ambos habían trabado cierta amistad y se habían apoyado en sus operaciones bélicas. Alfonso había ayudado a su amigo a tomar Córdoba en 1075, pero allí moriría Al Mamún, envenenado por sus adversarios. Le sucedió Al Kadir, nieto suyo, quien se sintió fuerte y rompió con los cristianos; pero al perder Valencia y Córdoba en las luchas de taifas, y ser atacado por la de Badajoz, volvió a procurar amistad con Castilla. Los mozárabes y judíos de Toledo deseaban la venida de Alfonso, en contra de los muladíes. Al Kadir fue depuesto por una conspiración y Alfonso le prometió ayuda para recuperar un gran territorio, incluyendo Valencia, si le entregaba Toledo. Y así se hizo. En 1085 el rey hispano tomó la ciudad sin violencia. Por ello, Alfonso se tituló emperador de las dos religiones en carta a otros príncipes musulmanes, a quienes disgustó tal pretensión; y prometió tolerancia para musulmanes y judíos, aunque el poder real sería, desde luego, cristiano.

La recuperación de la antigua sede del poder hispanogodo tuvo inmensa repercusión política, psicológica y simbólica, en España y en Europa Occidental. Estratégicamente, el norte del valle del Tajo pasaba bajo control cristiano, con las demás taifas amenazadas por la posición de la ciudad en el centro de la península. La relación de fuerzas se había alterado definitivamente a favor de España y el derrumbe total de Al Ándalus parecía próximo; ilusión que tardaría aún en cumplirse. Por otra parte, Toledo se hallaba en el área de expansión de Castilla, con lo que esta se alzaba al primer plano de la reconquista, opacando a León.

La vieja ciudad quedó convertida en capital del reino como lo había sido mucho tiempo antes. Alfonso, «emperador de toda España», pensó continuar la reconquista tomando Zaragoza,

pese a los sustanciosos tributos que esta le pagaba. Pero cuando preparaba el ataque tuvo que acudir al sur, porque habían desembarcado allí los almorávides, segunda invasión desde el Magreb, después de la de Tárik y Muza.

* * *

Casi de repente la situación comenzó a dar un giro brusco. Los andalusíes solo podrían luchar con eficacia uniéndose entre sí, algo imposible por sus rencillas y falta de liderazgo. No obstante les quedaba un recurso: apelar a los detestados bereberes. Unos decenios antes, hacia 1040, unos personajes de las tribus Sanjaya, extendidas al sur del actual Marruecos, acordaron la renovación religiosa del sunnismo cuando los fatimíes (chiíes) se hallaban en retroceso y el norte de África muy dividido. Un jefe renovador, Abdalá ben Yasin, creó en el noroeste del Sahara un movimiento de monjes-soldados, los almorávides, preparados para la yijad en *ribats*, especie de monasterios militares. La palabra *almorávide* se relacionaría con los ribat, o según otras versiones, con el valor y dureza de aquellos guerreros. Estos tomaron control de las rutas caravaneras desde el África negra, y con rapidez explosiva fundaron un imperio desde los actuales Marruecos y Argelia al norte, hasta Senegal y Ghana al sur. Los andalusíes se resistían a llamarlos, pero Mutámid de Sevilla zanjó las vacilaciones con su célebre y tal vez apócrifa frase: «Prefiero ser camellero en África que porquero en Castilla». Para su interés personal no acertó mucho en la elección, como se vería. Los magrebíes, al mando de Yúsuf ben Tasufin pasaron a Al Ándalus y juntaron fuerzas con las taifas.

Ante el peligro inminente, Alfonso VI renunció a sus proyectos, reunió tropas con Aragón, acudió a la frontera sur y

chocó con Yúsuf en Sagrajas o Zalaca, cerca de Badajoz, en 1086. Los islámicos aplastaron materialmente al ejército conjunto leonés-castellano-aragonés, mas no supieron o pudieron explotar su victoria, pues su jefe volvió a África al fallecer su heredero.

Pese al rudo golpe, Alfonso buscó aliados dentro y fuera de España, se reconcilió con el Cid y replicó lanzando incursiones desde la fortaleza de Aledo, poco antes tomada, situada estratégicamente sobre las comunicaciones entre Sevilla y Murcia. Mutámid se vio obligado a acudir a Marraquech a solicitar nueva ayuda. Yúsuf aceptó, pero volvió resuelto a absorber las corrompidas taifas e imponerles con rigor la ley islámica. Varios régulos andalusíes se alarmaron y pidieron protección a Alfonso, pero aun así los almorávides fueron absorbiendo las taifas, una tras otra, salvo Zaragoza. A su éxito colaboró el descontento de los andalusíes con sus disipados monarcas: Yúsuf abolió varios impuestos y estimuló el comercio con una nueva moneda. A Mutámid lo cargó de cadenas y lo desterró a África, vendió a su hija como esclava y dejó en la miseria a su familia. Al menos dejó que al desterrado le acompañara su amada Rumaikía. Y allí escribió el refinado y cruel sevillano sus poemas más sentidos:

Lloré al ver pasar un bando de perdices
libres, sin cárcel ni cadenas,
y no lloré por envidia, ¡Dios me libre!,
sino de melancolía, deseando ser como ellas
y volar suelto, sin la familia perdida
con las entrañas en carne viva
y los hijos muertos…

Como primer objetivo militar, Yúsuf asedió Aledo, y ahí se produjo un nuevo desencuentro entre Alfonso y Rodrigo. Este, que sitiaba Valencia, no llegó a tiempo para ayudar a defender la

fortaleza, la cual se salvó de todas formas. Pero el rey, furioso, acusó al Cid de traición y volvió a desterrarle, con el agravante de desposeerle de sus bienes. En ese trance, al Cid no le quedó más opción que someterse a la desgracia o actuar como caudillo independiente de frontera, apoyándose en una hueste que le era muy fiel. Y así lo hizo, convirtiéndose pronto en una potencia política en Levante.

Una interpretación bastante divulgada, si bien poco demostrable, ve en la irrupción almorávide una mudanza radical en Al Ándalus, que habría truncado el espíritu tolerante e ilustrado del califato (con Abderramán III como máximo héroe) y de las taifas, e impuesto un rigorismo intransigente y oscurantista. Tal interpretación viene de R. Dozy, en su clásica *Historia de los musulmanes de España hasta la conquista de Andalucía por los almorávides*. La expresión «los musulmanes de España» ya es un oxímoron, por muy empleada que esté. Se trata, debemos insistir, de los musulmanes de Al Ándalus, que vivían en un régimen extremadamente despótico y cuya tolerancia no soportarían bien quienes muy posteriormente la vienen alabando con desmesura.

* * *

En Barcelona, muerto Ramón Berenguer I en 1075, mandaron, como se ha dicho, los dos hijos gemelos que había tenido con Almodís: Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II. Debían gobernar juntos, pero no fue posible. Las pendencias entre ambos motivaron la intervención del papa Gregorio VII, y al final se repartieron los condados. Berenguer Ramón se cruzó en la vida del Cid, que lo apresó en 1082, como vimos. Vuelto a Barcelona, su hermano fue asesinado en una cacería, y las sospechas recayeron sobre él, que recibió el apodo de *El*

Fratricida. No obstante siguió gobernando los condados.

Los destinos de Berenguer y el Cid parecían colisionar una y otra vez, después por la posesión de Valencia, la ciudad más rica y poblada de Levante. En 1087 y 1088, el conde intentó conquistarla, apoyado por su aliado moro, Al Mundir de Lérida; y en las dos ocasiones lo frustró el Cid, la primera aliado con la taifa de Zaragoza y la segunda con Alfonso VI, poco antes de su segundo destierro. Y en 1090 Berenguer, siempre con su socio leridano, volvió a atacar al Cid aprovechando el destierro de este. Para el conde era buena ocasión de resarcirse de sus derrotas anteriores, dado que ahora el Cid debía luchar en inferioridad sin apoyo de Alfonso ni de otra taifa. Pero una vez más venció el desterrado, mediante hábiles tretas, en la dura batalla de Tévar. El conde volvió a caer preso, con gran número de sus caballeros.

El Cid obtuvo pingües ganancias por los rescates y el botín, y una mejor victoria diplomática: Berenguer renunció a Valencia, centrándose en Tarragona, la ciudad por donde había comenzado la romanización y más tarde la irrupción visigoda, y donde trataba de instalar un arzobispado que diera máximo prestigio a sus condados. Y de paso se concertó el matrimonio entre María de Vivar, hija del Cid, y el sobrino de Berenguer y próximo conde de Barcelona, Ramón Berenguer III *el Grande*.

Hacia final del siglo, Berenguer Ramón sufrió la acusación formal de haber asesinado a su hermano catorce años antes, y aceptó defenderse mediante una justa o combate judicial en la corte de Alfonso VI. El Fratricida perdió, lo cual demostró su culpabilidad según las costumbres de la época, y el papa Urbano II lo condenó a la penitencia de peregrinar a Jerusalén. Parece que allí murió hacia 1099, no se sabe si como cruzado o como

peregrino. Concluía así la sucesión de intrigas y luchas nacidas de las relaciones entre Ramón Berenguer I y Almodís.

El Cid conocería el apogeo de su gloria al convertirse en el mayor poder de Levante En 1092, Alfonso VI se concertó con Aragón y Barcelona para ocupar Valencia, con apoyo de las flotas de Pisa y Génova y debilitar la posición del Cid arrebatándole las parias de la ciudad. El Cid replicó con una finta estratégica por La Rioja, a retaguardia del rey, obligándole a retirarse. Y en 1094 conquistó por fin Valencia, tras un largo asedio y rechazando una expedición almorávide de socorro; y se tituló príncipe. Pero casi de inmediato hubo de luchar, en gran inferioridad numérica, contra otro poderoso ejército almorávide, con peligro de que dentro de la ciudad se le sublevara la población musulmana. Su extraordinaria pericia en la guerra psicológica y en el movimiento de tropas le dio una vez más la victoria, en la batalla de Cuart. En 1097 volvió a derrotar una ofensiva almorávide con ayuda del nuevo conde de Barcelona esposo de su hija María.

Ese mismo año debió encajar quizá la mayor aflicción de su vida, al perder a Diego, su único hijo varón y heredero, de diecinueve años, en la batalla de Consuegra, adonde lo había enviado en ayuda de Alfonso VI. En la batalla, ganada por los almorávides, el conde García Ordóñez, viejo enemigo del Cid a quien este había apresado diecisiete años antes en el incidente de las parias de Sevilla, se replegó dejando a Diego y su pequeña tropa envueltos por los moros, que los exterminaron. Al año siguiente el Cid asaltó las impresionantes fortificaciones de Murviedro (Sagunto), asegurando su control sobre un verdadero reino en las tres provincias actuales al oeste y norte de Valencia.

Y en 1099 falleció, a los cincuenta y un años de una vida

excepcionalmente intensa, incluso para las circunstancias de la época. Su esposa Jimena, auxiliada por su yerno Ramón Berenguer III, defendió la ciudad, pero la lejanía de los reinos cristianos impedía retenerla, por lo que en 1102 hubo de retirarse, protegida por Alfonso VI.

El Cid pasaría a la leyenda, y quizá quien mejor resume su impresión para la posteridad sea el historiador andalusí Ben Basam:

> Rodrigo, maldígalo Alá, vio siempre su enseña favorecida por la victoria: con un escaso número de guerreros puso en fuga y aniquiló ejércitos numerosos (…). Este hombre, azote de su tiempo, fue, por su sed de gloria, por su carácter prudente y su heroica bravura, uno de los grandes milagros de Alá.

Era culto, leía obras griegas y romanas relacionadas con el arte militar y las daba a conocer a sus oficiales. Curiosamente era también supersticioso, y consultaba el vuelo de las aves antes de decidir una acción. No era autoritario o arrogante, y discutía las tácticas con sus capitanes, aceptando sugerencias sin perder autoridad. Así lograba sorprender casi siempre a sus enemigos, distrayéndolos con pequeños destacamentos para atacarlos de lleno e inesperadamente, o los desmoralizaba con guerra psicológica cultivando su propia leyenda. Su proyección histórica continuó con sus dos hijas, María, casada con Ramón Berenguer III de Barcelona, y Cristina, con el infante Ramiro Sánchez de Pamplona, con quien tendría un hijo rey. Estos enlaces convirtieron al Cid en antepasado de las monarquías de Navarra y Foix y de otras casas europeas.

La figura del Cid ha sido a veces infamada como de mercenario o bandido sin escrúpulos ni lealtad más que a sí mismo, sirviendo a cristianos o moros a su conveniencia. Juicio de un moralismo vacuo y rebuscado. Sin los dos destierros habría permanecido al lado de Alfonso, evitándole serios contratiempos. Su religiosidad cristiana está fuera de duda (los

moros lo sabían bien), y sirvió a musulmanes contra cristianos porque era una práctica frecuente (el conde de Barcelona se aliaba con taifas vecinas). Trató de reconciliarse con Alfonso, ayudándole a un precio muy doloroso, y buscó la armonía con los condes de Barcelona. Lo destacable en él es su inteligencia y valor, su lealtad al rey y su sentido de la libertad personal en las peores adversidades.

* * *

En Aragón, segregado de Pamplona y convertido en reino por Ramiro I, el hijo de este, Sancho Ramírez, prosiguió su avance con el mismo esquema de Asturias: estado con un monarca y oligarquía nobiliaria, y aparato eclesial de iglesias y monasterios, en torno a los cuales se repoblaban las tierras ganadas a los moros. Los escarpados Pirineos tenían pocos habitantes, y su expansión se dirigía a las tierras llanas al sur y hacia el Ebro, con Zaragoza como centro. Solo que Zaragoza era la capital de una taifa rica y poderosa, y aunque sin ánimos para resistirse al vasallaje, no iba a dejarse tomar fácilmente.

A su vez Sancho IV de Pamplona trató de contener el empuje castellano con ayuda de Aragón y las parias de Zaragoza. Pero por razones oscuras levantó muchos odios. Y en junio de 1076, descansando de una cacería o contemplando el paisaje desde lo alto del barranco de Peñalén, de cientos de metros de altura, alguien lo empujó al abismo. Quedó para la historia como Sancho *el de Peñalén*. De modo semejante al de los gemelos condes de Barcelona, el crimen fue achacado a sus hermanos. Impedidos estos de reinar, manchados por el asesinato, y con los hijos en la infancia, la nobleza se dividió entre partidarios de Castilla y de Aragón, pues en ambas reinaban nietos de Sancho el Mayor, como lo había sido el de

Peñalén: Alfonso VI en León-Castilla y Sancho Ramírez en Aragón. Y los dos se repartieron Pamplona. Alfonso, de acuerdo con los señores de las comarcas, recuperó La Rioja, Álava y Vizcaya, que habían pertenecido a Castilla antes del reparto del Mayor; y el aragonés consiguió ser coronado rey de Pamplona, que así quedó incorporada a Aragón. Como rey de Pamplona, pero no de Aragón, Ramírez era vasallo de Alfonso. Un pequeño condado, llamado Navarra, terminaría dando nombre a lo que había sido reino de Pamplona.

De este modo Pamplona prácticamente desaparecía como reino independiente. Había sido el segundo de la reconquista después de Asturias y englobado a Aragón, que ahora pasaba a absorberle. Habían transcurrido poco más de cuarenta años desde que Sancho III *el Mayor* hubiera hecho de Pamplona el centro unificador de los reinos hispanos.

Un grave obstáculo para Aragón y Pamplona consistía en su débil población, tanto para conquistar como para repoblar. Por ello Ramiro se declaró vasallo del papa y promovió cruzadas como la inútil de Barbastro, años antes, para atraer a mesnadas de franceses y normandos. Con esos auxiliares, Sancho Ramírez de Aragón y Pamplona prosiguió la tenaz expansión hacia Huesca, que le permitiría salir del encajonamiento pirenaico. Y en 1094, asediando la ciudad, una flecha mora le quitó la vida.

Su hijo Pedro I insistió. Un serio contratiempo era que Huesca dependía de Zaragoza, tributaria de Alfonso VI, por lo cual este tenía obligación de defenderla, ya fuera contra moros o cristianos. Por ello Alfonso mandó tropas en socorro de Huesca, pero fue derrotado por Pedro y sus aliados foráneos en la batalla de Alcoraz en 1096. Huesca se convirtió en capital de Aragón. Al morir en 1104, Pedro había reocupado Barbastro y extendido

sus dominios hasta los Monegros, avizorando ya a la propia Zaragoza.

* * *

Alfonso VI murió en 1109. Su logro mayor fue sin duda la ocupación de Toledo, hazaña del máximo alcance simbólico y estratégico, que habría anunciado la pronta reconquista completa de España de no haber irrumpido los almorávides. Para entonces aquellos moros poseían un enorme imperio desde Senegal hasta Argel en África, y Valencia (1102) en España; ya habían recobrado Lisboa y Santarem, iban envolviendo a Toledo por el este; y pronto dominarían Zaragoza (1110) y Baleares (1116). Los estados cristianos habían unido fuerzas ante el peligro, pero habían sido derrotados en grandes batallas como Sagrajas, Consuegra o Uclés. Los almorávides venían con ejércitos muy numerosos, que incluían a miles de guerreros senegaleses, cuyos famosos tambores de piel de hipopótamo ejercían un efecto amedrentador en los combates. Demostraron poca eficacia en el asedio a ciudades, aunque tomaron muchas, pero destreza en campo abierto, donde dominaban la táctica llamada de «tornafuye», fingiendo retiradas para atraer a los enemigos, rodearlos y aplastarlos. Táctica que requería mucha pericia y disciplina de ejecución, y que también dominaba el Cid.

Los nuevos invasores fracasaron en sus primeros ataques a Toledo, pero persistieron, por el enorme valor psicológico, militar y económico de la ciudad. Su victoria en Consuegra, en 1097, donde murió el joven heredero del Cid, les abrió el camino a la vieja capital goda, pero se agotaron y desanimaron en la misma Consuegra, ante la resistencia de Alfonso, con una reducida tropa, en el castillo de la población.

Para dominar a los hispanos, los almorávides precisaban reunificar las taifas. Si estas habían perdido el viejo brío islamizador y aceptaban el vasallaje y los cuantiosos tributos, no se debía solo a su dispersión y enemistad entre sí, sino ante todo a su ineptitud militar. Seguían siendo tiranías sobre poblaciones descontentas, pero sin capacidad ya de organizar fuertes ejércitos como bajo el emirato y el califato. Por ello las cortes taifeñas, inmersas en el lujo y el derroche, y algunas culturalmente refinadas, se habían resignado con fatalismo, aun protestando por las parias. Los almorávides, por el contrario, llegaban con el viejo espíritu de yijad y no dudaron en castigar sin contemplaciones a los viciosos reyezuelos, como a Mutámid. La situación de mozárabes y judíos empeoró todavía, y muchos de ellos huyeron a tierras cristianas.

Una de las taifas que resistieron a sus liberadores-dominadores y pidieron ayuda a Alfonso fue Córdoba, donde Fath, hijo de Mutámid, resistió bravamente; pero la ciudad cayó en 1091, y Fath fue decapitado y su cabeza paseada en una pica. Poco antes, el vencido había enviado a su esposa Zaida a pedir auxilio a Toledo. Zaida llevó consigo a sus hijos y parte del tesoro, ofreciendo al cristiano la entrega de varios castillos y territorios. Alfonso envió una tropa al mando de Álvar Fáñez, su capitán más distinguido, solo inferior al Cid, pero fue desbaratado cerca de Córdoba.

Al parecer, Alfonso quedó prendado de Zaida, a la que hizo su concubina, a pesar de estar casado con la influyente Constanza de Borgoña. Esta falleció en 1093, y es probable que Alfonso desposase a Zaida, cristianizada con el nombre de Isabel. De ella tuvo el único hijo varón, llamado, para variar, Sancho (Sancho Alfónsez), y lo declaró heredero. La madre

falleció en 1101 y el heredero no tendría suerte como varemos.

En 1107, Alí ben Yúsuf, hijo del legendario y muy longevo Yúsuf ben Tasufin, muerto poco antes con más de noventa años, lanzó una nueva invasión. No avanzó sobre Toledo, sino unos cien kilómetros al este para cortar por Uclés la comunicación entre ella, Valencia, ya en poder almorávide, y Zaragoza, aún tributaria de Alfonso. Uclés era una plaza fuerte entregada por Zaida. Alí la tomó por sorpresa y, ayudado por los moros del pueblo, masacró a los cristianos. Solo unos pocos lograron defenderse en el castillo, como había ocurrido en Consuegra, y enseguida llegaron desde Toledo, a marchas forzadas, tropas que incluían a algunos judíos. Y con ellas, acaso por avezarle a los combates, iba Sancho, el heredero de Alfonso, con no más de catorce años de edad.

Los musulmanes, muy superiores en número, lograron envolver a los de Toledo, pocos de los cuales se salvaron. Parte de estos alcanzaron a refugiarse en Toledo al mando de Álvar Fáñez, mientras que Sancho, herido, fue protegido por un pequeño grupo de caballeros para refugiarse en el castillo de Belinchón. Acosados por la caballería enemiga, siete condes con algunos auxiliares se sacrificaron para que Sancho llegase al castillo; pero, como en Uclés, la mayoría de los pobladores, musulmanes, se sublevaron y aniquilaron a la pequeña guarnición cristiana, incluido el heredero de Alfonso. Allí o en Uclés murió también García Ordóñez defendiendo al pequeño Sancho, no como había hecho con el heredero del Cid en Consuegra. Los vencedores apilaron en el campo de batalla una pirámide de 3.000 cabezas de cristianos.

Las consecuencias de Uclés serían muy largas. Alí recuperó los territorios perdidos al este de Toledo y al año siguiente

intentó rodear la capital por Talavera, Madrid y Guadalajara, fracasando ante la hábil defensa de Álvar Fáñez. Pero se había abierto camino a Zaragoza y la ocupó en 1110, con lo que todas las taifas de la península quedaban bajo su poder, haciendo más inminente el peligro para los cristianos.

Para Alfonso, la derrota, agravada por la pérdida de su heredero, debió de ser un golpe demoledor. Aún se casó una vez más por motivos políticos (había tenido otros cuatro matrimonios) y al año siguiente falleció. Quedaba como heredera principal su hija Urraca. En su designio unificador, se había proclamado *imperator totius Hispaniae*, emperador de toda España, en la tradición leonesa, pero su herencia daría lugar a una larga serie de tumultos y a la secesión de Portugal.

24. LA ERA DEL ROMÁNICO

Con la muerte de Alfonso VI terminaba un siglo de violentos cambios, desde una dramática degradación de los estados cristianos a la situación inversa, subrayada de modo especial por la reconquista de Toledo, y nuevamente a una ofensiva islámica, desde África, que amenazaba seriamente a los reinos españoles. Con todo, en los comienzos del siglo XII, España ocupaba ya casi la mitad de la península y en lo sucesivo no retrocedería de modo sustancial. Visto en conjunto, y sabiendo lo que ocurriría después, cosa entonces incierta, el siglo XI resultó en España, como en el resto de Europa, una época de asentamiento y mayor seguridad. Fue el siglo de la implosión del califato de Córdoba y fragmentación de Al Ándalus, del románico, el nuevo Camino de Santiago, la reconquista de Toledo, el Cid, la invasión almorávide, mayor influencia papal, cierto afrancesamiento y orientalización de la sociedad. Y, de modo característico, una constante alternativa entre tensiones disgregadoras y unificadoras entre los estados hispanos.

Junto a las grandes mudanzas políticas no fueron menores las culturales y en la estructura social y económica. *Grosso modo*, por el centro-oeste había quedado pacificado el valle del Duero, antes teatro de incesantes combates, aceifas, cabalgadas, algaras y contraalgaras, repoblaciones, matanzas y saqueos. Ahora la frontera había descendido unos 250 kilómetros al sur, hasta la línea del Tajo, mientras por el noreste continuaba en el valle medio e inferior del Ebro. La frontera había impuesto un género de vida bélico e inseguro, también más libre, de economía más

ganadera por la facilidad de retirarse con las reses ante los ataques enemigos, pesadas obligaciones como la *anubda* o vigilancia permanente frente a incursiones enemigas, o la construcción y reparación frecuente de castillos que iban marcando las líneas defensivas y ofensivas. La frontera había originado también formas sociales menos rígidas, instituciones como la behetría o derecho de una población a elegir señor; o la caballería villana, por la que muchos campesinos accedían a los rangos inferiores de nobleza; o fueros a imitación del primero de León, que garantizaban mejor que las viejas costumbres ciertos derechos elementales. Eran instituciones y costumbres inexistentes en el resto de Europa y que componían unos rasgos culturales propios dentro de una esencial identidad común basada en el cristianismo católico, si bien con rito visigótico en España.

Con la expansión hasta el Tajo tomaban forma dos sociedades distintas. En el valle del Duero, libre de las penurias y angustias de la frontera e irradiando hacia las montañas del norte, cobró fuerte impulso el Camino de Santiago. La ruta, creada por el reino de Oviedo y protegida luego por León y Pamplona, se convirtió en una decisiva institución cultural, eje de difusión artística y comercial y de relación con la Europa allende el Pirineo. Y en motivo de orgullo hispánico y fundamental signo de identidad, expresado en el grito de combate «¡Santiago y cierra España!».

Cuando Sancho III de Pamplona trasladó el Camino del litoral cantábrico al norte del Duero, por zonas llanas y de control más fácil, ya con poco riesgo de incursiones moras, el Camino se convirtió en una institución europea. La posibilidad de obtener ganancias, el clima de mayor libertad y el prestigio

de la ciudad del apóstol, atrajeron a miles de transpirenaicos, como refleja una crónica de Sahagún:

> Ayuntaronse de todas partes del uniberso burgueses de muchos e diversos ofiçios, conbiene a sauer, herreros, carpinteros, xastres (…) de muchas e dibersas e estrañas prouincias e rreinos, combiene a sauer, gascones, bretones, alemanes, yngleses, borgoñones, normandos, prouinciales, lonbardos e muchos otros.

Los extranjeros solían vivir en barrios separados y los reyes los protegieron y concedieron privilegios, lo cual provocó en ocasiones reyertas con los naturales. No obstante, no tardarían mucho en asimilarse a la población local. Con la seguridad, la repoblación y las aportaciones foráneas, los débiles núcleos urbanos anteriores fueron creciendo hasta convertirse en verdaderas ciudades: Pamplona, Jaca, Estella, Logroño, Burgos, Sahagún, León, etc.

Los papas y Cluny entendieron el valor religioso y más ampliamente cultural del Camino, lo protegieron y en cierto modo se lo apropiaron. Las rutas componían una malla que iría extendiéndose desde Praga y más al este, desde el norte de Italia, el sur de Inglaterra y Dinamarca, confluyendo en cuatro puntos de Francia: París, Vézelay, Le Puy y Arles; y desde ellos entraban en España por Roncesvalles o por Jaca para unirse cerca de Puente la Reina, en el que sería llamado «Camino Francés». Reyes, monjes y particulares como Santo Domingo de la Calzada construyeron puentes y mejoraron el camino, e instalaron a lo largo de él albergues, hospitales e iglesias. Junto a esta vía principal persistió la anterior por la costa cantábrica y se abrieron otras desde Barcelona y luego Tarragona, más tarde la que seguía la antigua calzada romana conocida como Vía de la Plata o la de la costa portuguesa. Santiago se convirtió en una de las tres grandes metas de peregrinación de la Cristiandad, junto con Jerusalén y Roma.

A través de esta red se desplegó el románico, creando espléndidas joyas artísticas y un nuevo tipo de iglesia. La catedral de Santiago, destruida por Almanzor, fue reconstruida entre 1078 y 1124 en estilo románico por arquitectos de origen francés, llegando a incluir en el siglo XII obras como el Pórtico de la Gloria, uno de los máximos exponentes del nuevo estilo. La basílica de San Isidoro de León, quizá el edificio español románico más acabado, incluye frescos de extraordinario valor histórico y artístico, espléndidos cuadros de la vida y vestimentas campesinas. El Camino de Santiago es una de las mayores concentraciones de románico de Europa.

Se habla a veces de «europeización» con Sancho III y Alfonso VI para definir un cambio profundo en España. Expresión absurda, por cuanto los reinos españoles eran tan europeos como los ultramontanos, con los que nunca perdieron relación; y estaban fundando, entre ingentes dificultades, una cultura propia de raíz hispanogótica desde la liturgia y las leyes hasta la arquitectura y la literatura. Por influencia «europea» debe entenderse francesa, pues la Francia del siglo XI se convirtió en el foco cultural más potente de Europa, sobre todo desde el monasterio borgoñón de Cluny. Este dependía en alto grado de las donaciones de los reinos hispánicos, obtenidas a su vez de las parias, de modo que cuando los almorávides cortaron esos tributos, Cluny decayó.

El reinado de Alfonso VI marcó un proceso de *afrancesamiento* y orientalización. Por influjo de Constanza, su cónyuge borgoñona, y del papado, el rey privilegió a franceses ligados a Cluny, en especial al arzobispo de Toledo, Bernardo de Sauvetat, adepto a la reforma de Gregorio VII. El papado se convirtió en una potencia dentro de España, justificada con la

fraudulenta «donación de Constantino». La presión borgoñona llegó al punto de que Hugo, abad de Cluny, conspiró para hacer recaer la sucesión de Alfonso en un noble de Borgoña, fracasando solo porque este falleció antes de tiempo. Durante un siglo, la mayor parte de los altos cargos eclesiásticos, de fuerte proyección política, recaerían en extranjeros, motivando un malestar extendido.

La reforma cluniacense penetró en bastantes monasterios, sobre todo de León y reinos pirenaicos, y el rey hizo suplantar la liturgia hispanogoda («mozárabe»), que permaneció en pocas parroquias, por el rito romano, y la caligrafía visigótica por la carolingia. Esas innovaciones provocaron larga y sorda resistencia, de la que es indicio el *Informe de García* o *Garcineida*, así rebautizado parodiando a la *Eneida* por la aguda crítica M. R. Lida de Malkiel: sátira vitriólica y de valor literario, quizá de un canónigo toledano, que retrata mordazmente al mundano y hedonista Bernardo de Sauvetat en visita al papa Urbano II, a quien presenta, junto con su curia de cardenales, como panzones alumnos de Baco obsesionados por la riqueza; y denuncia el tráfico de reliquias organizado por Bernardo, que va a llevar a Roma las de Albino y Rufino, dos falsos santos, referencia a la plata y el oro de los sobornos.

Aquellas reformas mejoraron la administración, la economía y la moral eclesiástica, pero truncaron parcialmente un empuje cultural propio hispano desde tres siglos antes, y vinieron subrayadas, al modo francés, por una mayor rigidez de las relaciones vasalláticas, un acentuado fanatismo en la lucha contra el Islam y una expansión de la servidumbre campesina en varias regiones, especialmente cruda en la posterior Cataluña y en Galicia (quizá por ello, entre otras cosas, el monje francés

Aymeric Picaud, autor de la *Guía del peregrino*, ve a Galicia como la parte de España más semejante a Francia). Tendencias contrapesadas por la necesidad liberadora de repoblar y por el crecimiento de las ciudades, regidas por fueros que les concedían privilegios y limitaban la injerencia de las oligarquías señoriales.

Simultáneamente se produjo una orientalización. Alfonso se dijo monarca de las dos religiones, pretensión repelida por los islámicos y que no igualaba a estos y a los judíos con los cristianos: simplemente el rey los protegía porque le ayudaban a llenar sus arcas. La tolerancia respondía también a la escasez de gente para repoblar las tierras ganadas, donde permanecían muchos moros o *mudéjares*. Antes, estos huían al sur, por no soportar la supremacía cristiana o por expulsión, lo que siguió ocurriendo, si bien en menor medida. Ayudó a esa parcial orientalización la afluencia de una masa de mozárabes y judíos fugitivos del rigor almorávide. Los hebreos de Al Ándalus habían disfrutado de tolerancia inicial por haber cooperado a la invasión islámica, pero fueron viéndose relegados incluso por debajo de los mozárabes. Se les odiaba por la diferencia religiosa y por las prácticas usurarias de parte de ellos. Algunos adquirieron influencia, y en 1066 los musulmanes granadinos, disgustados por la promoción de judíos a cargos de poder, asesinaron a cientos de ellos. Otros miles de cristianos fueron deportados por los almorávides al norte de África.

La coexistencia en las nuevas tierras conquistadas aumentó la orientalización, con efectos como cierto aumento del esclavismo en la sociedad cristiana y diversos préstamos culturales; aunque esa tendencia se compensó con una mayor aversión mutua, conforme en Al Ándalus cundía el integrismo almorávide y en España el espíritu papal de cruzada, así como el ejemplo de la

mentalidad de exterminio con que acudían caballeros y tropas transpirenaicas.

* * *

Por los mismos tiempo, último cuarto del siglo XI, la abadía de Cluny, que tanto estaba influyendo en España, presidía una magna red de monasterios y conventos —llegarían a sumar dos millares— por Francia, Alemania, Inglaterra y por supuesto España. Era el brazo ejecutivo de la reforma de Gregorio VII, calificada modernamente de «revolución papal». Como ya vimos, esta se centraba en liberar a los cargos eclesiásticos, empezando por el mismo papado, de la tutela e intereses de los poderes laicos, y en moralizar al clero. Los papas introdujeron también notables mejoras de racionalización administrativa. La reforma tenía un aspecto social en la denuncia y condena de las injusticias y abusos sufridos por los pobres a manos de «los hombres poderosos», los nobles ladrones y a menudo asesinos, y sus guerras privadas.

Cluny impulsaba una reforma contra la degradación moral del clero (aunque a su vez podía ser acusada de defectos morales) y contra la barbarización feudal, pero su propio éxito la convirtió en un fortísimo poder político y económico, cuyo lujo y ostentación provocaría en el siglo XII una nueva reforma.

Como ya indicamos, desde Polonia a Irlanda o Galicia y desde Escandinavia a Sicilia, el arte románico, impulsado por Cluny, llenaría el centro y oeste de Europa de ermitas, monasterios, catedrales y palacios, en un asombroso movimiento cultural. Quizá sea en las pequeñas ermitas dispersas por el continente donde mejor se aprecie la gracia y armonía del nuevo estilo, que rescataba elementos de la construcción romana. No se limitaba a la arquitectura, la pintura, la escultura, la música o

a la liturgia, también impulsaba la ciencia y las traducciones de obras clásicas y árabes. Más que antes, las campanas llamaban todos los días a las gentes a olvidar sus afanes cotidianos para escuchar prédicas que les hablaban de la salvación y de una moralidad de arduas exigencias y no muy practicada en la vida corriente, tan a menudo tachada de pecaminosa. La intensa religiosidad católica manifiesta en casi todas las expresiones sociales no excluía, desde luego, escepticismos, conductas cínicas u opresiones sin escrúpulos. Quizá suavizaba unas inclinaciones por así decir viscerales en la contradictoria naturaleza humana.

Gregorio, hombre de origen modesto, entendía el poder espiritual de Roma por encima de los poderes políticos, exigiéndoles alguna forma de vasallaje y aportación económica, lo que agravaría los conflictos con el Imperio y las largas querellas de las investiduras, ya mencionadas. Suponía la preeminencia de la religión como base de la identidad común sobre la dispersión política y cultural europea. Gregorio volcó su energía en crear una auténtica clerocracia sustentada en la superioridad del papado tanto sobre obispos, iglesias nacionales y concilios como sobre el poder político. Desde luego, tal preeminencia resultó muy discutida, dando lugar a un sinfín de conflictos a menudo violentos, conocido como «querella de las investiduras», que reflejaba también cierta rebeldía de los italianos contra los hegemónicos alemanes del Imperio. La querella, nunca resuelta del todo, motivaría una densa especulación intelectual.

Así, un efecto de la querella fue el brillante despliegue del derecho canónico y del derecho romano, emparentados pero no iguales. Y ligadas al derecho nacieron las universidades (estudios generales) bajo patrocinio e impulso eclesiástico, si bien la

primera de ellas, la de Bolonia, en 1089, tuvo origen laico y se dedicó precisamente al derecho romano en apoyo a las prerrogativas de los poderes políticos sobre el clero. Unos años después, hacia 1096, comenzaba sus enseñanzas la Universidad de Oxford, que brillaría a partir de 1167, cuando el rey inglés Enrique II prohibiera a sus súbditos ir a estudiar a París. Y poco a poco nacerían universidades por diversos países.

El fenómeno de las universidades iba a tener incomparable relevancia para la civilización europea, que cobrará un impulso intelectual y más ampliamente cultural sin precedentes históricos, salvo el de Grecia clásica. Propiamente constituían un desarrollo, a nivel superior, de las anteriores escuelas conventuales y catedralicias, en las que el *trivium* y el *quadrivium* trataban de formar personalidades con saberes y destrezas amplias y más o menos completas y armonizadas. La sistematización de los conocimientos y la competencia entre ideas darían a la alta cultura eurooccidental su peculiar empuje. Otras civilizaciones tuvieron instituciones similares a las universidades, con estudios reglados y títulos, pero ninguna un movimiento tan amplio y sostenido. Con altibajos y épocas de cierto oscurecimiento por otras formas de enseñanza, como las academias, las universidades se convertirán en la columna vertebral de la cultura europea.

* * *

El movimiento románico o papal-cluniacense expresaba asimismo una mayor prosperidad después de la segunda oleada de invasiones. Y en estas circunstancias fue posible plantearse una gran contraofensiva al Islam. Desde 1071 Constantinopla padecía una profunda crisis al haber perdido la batalla de Manzikert, en la que los turcos selyúcidas destrozaron su ejército

y capturaron a su emperador, Romano IV; el cual, liberado tras rescate, fue depuesto, cegado y abandonado a la indigencia por sus rivales políticos. A continuación, los turcos ocuparon la mayor parte de Anatolia, acorralando a los bizantinos en zonas costeras. Intentando cambiar las tornas, otro emperador, Alejo Comneno, pidió en 1095 mercenarios al papa Urbano II —satirizado acremente en *La Garcineida*— y este promovió una cruzada. Pero el objetivo de los cruzados no era tanto ayudar a Constantinopla como fundar estados propios en las tierras míticas de la Biblia, donde había predicado Jesús, origen de cuanto significaba Europa en aquel momento.

Al final, después de numerosos malentendidos y daños a los propios bizantinos, Jerusalén fue tomada en 1099, y allí los cruzados perpetraron una espantosa carnicería de hombres, mujeres y niños, fueran musulmanes, judíos o incluso cristianos. Y no sería el único episodio semejante. Acciones tales, en el lugar mismo de la pasión de Cristo, tenían poca relación con las prédicas de este, por más que los evangelistas le atribuya frases como «no he venido a traer la paz, sino la espada» o «he venido a traer fuego a la tierra». Cabría pensar que bajo el barniz cristiano persistían en las sociedades europeas las interpretaciones paganas del honor, el valor o la venganza. O, más ampliamente, expresaban la dificultad de domeñar impulsos oscuros, connaturales al ser humano. La vida se alimenta de la vida, lo que implica un dolor intrínseco a ella, y la crueldad en la lucha por la vida entre los humanos ha tenido al menos tanta presencia en la historia como los intentos morales de refrenarla.

Comenzó entonces el período de las cruzadas a Tierra Santa, en las que el heroísmo y la inteligencia se combinaron de forma

inextricable e intensa con la estupidez y la brutalidad, en un relato de rasgos a menudo alucinantes que terminarían, dos siglos después, con la expulsión definitiva de los cruzados y el Islam recuperando Palestina. No ocurriría lo mismo en la Península Ibérica, al otro extremo del Mediterráneo, cuya reconquista también consideró cruzada el papado.

Paradójicamente, el fracaso en sus objetivos religioso-políticos no impidió que las cruzadas resultaran un notable éxito económico: el comercio mediterráneo, semicortado desde la expansión islámica, creció notablemente, para beneficio sobre todo de las ciudades mercantiles italianas de Génova y Pisa, y las relaciones de todo tipo entre Europa y Oriente Próximo en general se hicieron más estrechas. Además, allí nacieron las órdenes militares, acaso a imitación de los monjes guerreros islámicos, que influirían en Europa, de modo especialmente notable en España y en Prusia, desarrollando de paso, en particular los templarios, nuevas fórmulas financieras que les enriquecerían por un tiempo, hasta causarles una trágica ruina.

25. FRUSTRACIÓN DE LA UNIÓN DE REINOS HISPANOS

Alfonso VI, privado de heredero varón, convocó poco antes de morir un concilio en Toledo. La corona pasaba a su primogénita Urraca, viuda de Raimundo de Borgoña, de quien tenía una hija y un hijo; pero debía volver a casarse para asegurar la continuidad del reino, y el elegido por razones políticas fue Alfonso *el Batallador*, rey de Aragón y Pamplona, sucesor de Pedro I. El matrimonio, oficializado en 1109 tenía la mayor transcendencia política, pues uniría a todos los estados cristianos, con Barcelona en estrecha relación. Sería un paso decisivo hacia la unidad de España, de máxima significación ante el creciente peligro almorávide. *El Batallador* hacía honor a su sobrenombre (libraría 29 batallas, ganadas todas menos la última) y los musulmanes le temían por su implacable belicosidad. Las cláusulas matrimoniales buscaban asegurar la unidad en el futuro: si tenían hijo varón, este heredaría todos los reinos, y si uno de los cónyuges fallecía, el otro heredaría su trono. Alfonso VI, que se había titulado rey de toda España, quería sin duda hacer el título realmente efectivo después de él.

Pero si el interés político no podía ser mayor, no le faltaban obstáculos. Urraca, llamada *la Temeraria* y criada en una corte poco dada a la castidad, era más bien fogosa, y tras la muerte de su primer esposo tenía un amante, Gómez González, alférez de su padre, por lo que la boda impuesta debió de hacérsele muy cuesta arriba. En cambio el espíritu de su nuevo cónyuge era de cruzado, de fuerte temperamento y más propenso a los arduos

placeres de la guerra que a los del sexo, recordaba Alfonso II *el Casto*. Quizá fuera impotente u homosexual, aunque no hay ninguna prueba al respecto, y el caso es que no llegaría a tener descendencia de Urraca.

Y había estorbos más efectivos: los intereses particulares nacidos de la previa división en varios estados, más la intromisión del alto clero y el papado. Favorecían el enlace los nobles aragoneses y pamploneses y varios castellanos, así como la pequeña nobleza en general y los burgueses de las ciudades, deseosos estos de mantener sus fueros y de eludir la presión de los potentados feudales y eclesiásticos. Y contrarios eran la mayoría de los magnates en León y Castilla, y sobre todo en Galicia y Portugal, que con razón temían perder mando bajo una monarquía única y poderosa. Esta oposición la reforzaban Teresa, hija bastarda de Alfonso VI, y su marido Enrique de Borgoña, a quienes había correspondido el condado de Portugal entre el Miño y el Mondego, y aspiraban a englobar en él a Galicia en un feudo prácticamente independiente al modo francés. Enrique se había preocupado de nombrar a franceses para los principales empleos civiles y eclesiásticos, cuya incidencia política podía ser determinante.

Los borgoñones y franceses, traídos a altos cargos por influencia de la esposa de Alfonso VI, Constanza de Borgoña, carecían del ideal neogótico, y su idea era la feudalización a la francesa en oligarquías con vasallaje al rey apenas más que formal. Alcanzaba ahí mayor fuerza la tensión entre la herencia hispanogoda y la influencia franca, ya mencionada. Por ello, también rechazaban encarnizadamente el enlace del *Batallador* con Urraca. El alto clero francés dominaba en buena medida el Camino de Santiago, con lo que este, antes factor de unidad

nacional, dejaba de serlo. Para imponerse, los clérigos inventaron el bulo de que el matrimonio contrariaba el derecho canónico, al ser ambos cónyuges bisnietos de Sancho III el Mayor. La pretensión, bastante absurda en sí misma (bodas regias o nobiliarias con parentesco más estrecho habían sido santificadas por la Iglesia), tenía peligro por el ascendiente de dichos clérigos, en particular el arzobispo de Toledo Bernardo de Sauvetat, sobre el papa Pascual II. El papado tenía tanto interés en la cruzada como en su propio poder, al cual podía convenir la división de los hispanos, y terminaría anulando el matrimonio. Pero no era lo mismo la cruzada que la reconquista. Esta se fundamentaba no solo en la religión sino también en el derecho a recuperar la unidad nacional del reino hispanogodo, algo que al papado le era indiferente. Por eso podía presionar, según le conviniese, por la unidad de los reinos españoles o por su división.

* * *

Tal contraposición de intereses originó un período de luchas confusas y cambiantes lealtades, embrolladas aún más por las rupturas y reconciliaciones (hasta cinco) entre la real pareja, e intervención de otros amantes de la reina. La lucha empezó por Galicia, donde el potentado Pedro Froilaz, conde de Traba y de Trastámara, hombre de mano del finado Raimundo, primer esposo de Urraca, se alzó a principios de 1110. No le apoyaba la pequeña nobleza gallega, pero sí otros magnates y, con renuencia, el poderoso obispo de Santiago, Diego Gelmírez. Los rebeldes reclamaban el derecho del hijo medio borgoñón de Urraca, Alfonso Raimúndez, niño de cinco años, a reinar en Galicia. El Batallador y Urraca vencieron sin gran dificultad a los sublevados, pero poco después, en mayo, al otro extremo del

reino los almorávides se apoderaban de Zaragoza, desde donde lanzaban ataques a Aragón, Pamplona y Barcelona.

Aquel año sería muy agitado, con la primera ruptura entre Urraca y su consorte y la extensión de las agitaciones a León y Castilla, mientras en Galicia persistían las intrigas y luchas entre nobles, tomaba cuerpo la amenaza papal de anular las nupcias, y los almorávides presionaban por el este: conjunción de problemas de muy ardua solución. Hacia junio, Bernardo de Sauvetat informó a la reina, en Sahagún, de la nulidad de su matrimonio, con excomunión si no lo rompía. La amenaza no surtió mucho efecto en los esposos: el rechazo del *Batallador* a la injerencia papal fue una excepción, pues, como observa Sánchez Albornoz, los reyes hispanos mostrarían, aun contra su interés, servilismo a la Santa Sede. Actitud debida quizá al carácter de una lucha contra un enemigo religioso, de la que el pontífice aparecía en cierto modo como jefe supremo.

Pero en septiembre, por unas actuaciones arbitrarias de Urraca liberando a rehenes de su marido, este, muy enojado, la apresó en la fortaleza de Castellar, cerca de Zaragoza. Y de allí la liberaron otros nobles descendiéndola en un cesto desde la muralla y huyendo con ella a Burgos. El Batallador tomó las principales ciudades partidarias de Urraca y depuso a las autoridades eclesiásticas y nobiliarias, incluido el intrigante Bernardo. Y en octubre (del año siguiente, según otras versiones) llegó el choque en la batalla de Candespina, cerca de Sepúlveda. El Batallador venció, y en el combate fue muerto el antiguo o no tan antiguo amante de Urraca, Gómez González, al ser abandonado por otro conde, Pedro González de Lara, aspirante a su vez al lecho de la reina. Esta, enfurecida, hizo apresar al de Lara, que no obstante terminaría por hacerse su

amante.

La batalla no resolvió mucho: Urraca y Alfonso se reconciliaron, mientras el ambiente se enrarecía en Galicia y Portugal. El derrotado Froilaz no había perdido sus posesiones, y también entraba en el juego Diego Gelmírez, empeñado en separar a los reyes. Ambos maniobraron de nuevo para proclamar rey de Galicia al niño Alfonso Raimúndez, aunque con fines distintos. Froilaz quería probablemente un reino independiente bajo su dominio: era tutor del muchacho y alguna vez se había declarado príncipe de Galicia; por el contrario, Gelmírez pensaba en un futuro monarca también de León y Castilla. Y por fin proclamaron a Alfonso Raimúndez rey de Galicia en septiembre de 1111.

El obispo Gelmírez fue un personaje crucial en estos sucesos, con peso decisivo, junto a Bernardo, en la frustración del matrimonio que debería haber unido a los reinos hispanos. Muy afecto al clan borgoñón y a la reforma papal, terminó de reconstruir la catedral de Santiago, llevando a su esplendor la peregrinación internacional y a la propia ciudad. Gran oligarca, acuñó moneda y, para repeler la piratería islámica, construyó una marina, embrión de la castellano-leonesa que tan brillante ejecutoria tendría andando el tiempo. Pugnó con Braga, sede obispal e intelectual de la antigua Gallaecia, y le robó reliquias, de tanto valor religioso-político en aquellos tiempos. Su devoción cluniacense no le impidió sostener una dura pugna con Bernardo para hacer de Santiago sede primada del episcopado español, título que ganó Bernardo para Toledo, también contra las aspiraciones de Tarragona. En 1120 ejercía como legado pontificio supeditando las diócesis de Braga y Mérida (aún en manos islámicas). Como si fuese rey, encargó su

propia crónica, la *Historia Compostelana*, para conmemorar y cantar sus gestas.

Proclamado monarca el niño Raimúndez, su madre, Urraca, terminó aceptándolo, pero no así su esposo, y desde ese momento las querellas se complicaron en un revuelo de asechanzas, luchas, maquinaciones, cambios de bando entre nobles de Vizcaya, León Galicia o Portugal… Llegó un momento en 1114, en que *el Batallador*, harto de una pugna sin fin y deseando ocuparse de los asuntos de Aragón frente a los moros, se resignó al dictamen papal, repudió a Urraca y años después renunció al título de emperador de España (su exmujer se había seguido titulando reina de toda España). Quedó disuelto el matrimonio y con él la unión de los reinos de Aragón-Pamplona y Castilla-León, impedida por intereses particularistas, clericales y por el papado.

Y no solo fue imposible la unión de los reinos, sino que, con motivo de aquellas pendencias fue tomando cuerpo la secesión de Portugal por obra de la hermanastra de Urraca, Teresa, y de su hijo Alfonso Enríquez, que no culminaría hasta veinticinco años más tarde. También en este caso tendrían el alto clero y el papado un papel decisivo.

* * *

Urraca permaneció como reina de Castilla y León, con escasa autoridad. Buscó apoyo en Gelmírez y otros nobles para recuperar poder, pero en Portugal actuaba por su cuenta su hermanastra Teresa, viuda del borgoñón Enrique, caído en uno de los encuentros bélicos precedentes. La posición de la reina se debilitó al extremo de que en una revuelta popular en Santiago fue golpeada, desnudada y arrojada al fango. En 1117 todos aceptaron la sucesión de Raimúndez al trono de León. En 1120

nuevas reyertas entre Urraca y Froilaz se tornaron alianza para repeler la invasión de Galicia por Teresa. La reina falleció en 1126, de un mal parto, y ese mismo año fue coronado Raimúndez, ya con veintiún años, como Alfonso VII de León y Castilla, y, por supuesto, Galicia.

En cuanto a Alfonso el Batallador, ya dedicado a su originario Aragón, tomó iniciativas más fructíferas, una de ellas, en 1116, la feria comercial anual, que instaló en Belorado, cerca de Burgos. El lugar se hallaba en un centro de comunicaciones, en el Camino de Santiago y entre Castilla, Álava, Navarra y el valle del Ebro. Las ferias se iban extendiendo entonces por Europa (las más famosas y opulentas llegarían a ser las de Champaña, comenzadas más o menos por la misma época), y superaban los habituales mercados locales: a ellas llegaban los productos más variados, desde los de lujo a los de mobiliario o vestimenta, traídos a veces de países lejanos. Con ellas se iría incrementando el tráfico, perfeccionándose o inventándose nuevas formas de comercio y financiación como las letras de cambio, etc. A la de Belorado, primera de España, afluían comerciantes de todas partes del país, de Francia y más al norte.

Otra innovación fue la creación, en 1122, de la primera orden española de monjes guerreros, la de Belchite, a imitación de las del Santo Sepulcro, Hospital y Templo fundadas en Tierra Santa. La orden de Belchite parece haber dado poco juego, pero sería un precedente de las que pronto adquirirían protagonismo en España.

El principal objetivo del aragonés consistió en capturar Zaragoza, desde la que los moros hostigaban el entorno. Zaragoza era el centro político y económico del valle del Ebro en su zona más fértil, y nudo de comunicaciones entre las tierras

del Cantábrico, el Mediterráneo y el centro de la península. Ya con los godos había sido, al lado de Toledo y Sevilla, una de las tres ciudades más ricas e intelectualmente relevantes de España. El emirato y el califato la habían hecho sede principal de su Marca Superior, opuesta a la Hispánica. Luego, transformada en taifa independiente y perdido el brío expansivo, subsistía pagando tributos a los estados cristianos e intrigando con unos y otros. Al entrar en la órbita almorávide, en 1110, se había vuelto una pesadilla para los cristianos vecinos. Por eso, en 1118, *el Batallador* decidió asestarle el golpe definitivo: en la tradición aragonesa, convocó una cruzada al norte de los Pirineos, recogiendo la ayuda de numerosas mesnadas. La ciudad cayó a los ocho meses de un asedio muy penoso para sitiadores y sitiados. Las condiciones fueron muy generosas: no hubo matanzas y los moros pudieron quedarse o marchar llevándose sus bienes.

Los almorávides, no resignados a perder ciudad tan ilustre y estratégica convocaron una yijad para recobrarla, pero *el Batallador* logró aplastarla en Cutanda, Teruel, en 1120. Cinco años después, el rey volvería a demostrar su audacia y talento militar en una impresionante cabalgada hasta Granada y Motril: los mozárabes granadinos, muy tiranizados por los almorávides, le pidieron ayuda, ofreciéndole 12.000 hombres para la conquista de la ciudad. A la hora de la verdad le faltaron esos refuerzos, los moros concentraron un fuerte ejército en Granada y no logró tomarla. En compensación emprendió una gran marcha por media Andalucía, recogió a miles de mozárabes con sus familias, y logró llevarlos a Aragón sin sufrir pérdidas importantes.

En represalia, los almorávides deportaron a África a decenas

de miles de mozárabes, dejando en residual su presencia en Al Ándalus. Durante cuatro siglos habían vivido aquellos cristianos desarmados, vejados y sujetos a impuestos que les mantenían en permanente pobreza, si bien con períodos de más o menos rigor, con revueltas ocasionales y manteniendo su religión y parte de la cultura hispanogótica. Desde el principio muchos de ellos habían huido al norte, ayudando a repoblar las tierras reconquistadas, y este fue el objetivo de la incursión del *Batallador*. Pues desde la toma de Zaragoza, Aragón se ensanchó con rapidez sin precedentes hacia el sur, el este y el oeste, por tierras semivacías y sin cristianos. Por eso el rey concedió numerosas cartas pueblas en excelentes condiciones, buscando atraer además a gente de Francia u otros países. También procuró mantener al mayor número posible de musulmanes otorgándoles condiciones aceptables, aun a riesgo de sufrir revueltas como otras posteriores a la conquista de Toledo.

Objetivo estratégico de este rey fue alcanzar el Mediterráneo, y en pos de él halló la muerte. En 1131 había perecido en combate ante Valencia su lugarteniente y gran amigo, el vizconde francés Gastón de Bearn. Los dos tenían el mismo carácter, soldados cruzados por encima de todo. Gastón había participado en la toma de Jerusalén, donde ideó el sistema llamado de «castillos rodantes» que permitió tomar la ciudad. Parece que le disgustaron las matanzas y se volvió de aquellas tierras para participar en las luchas del *Batallador*. Su muerte debió de afectar mucho a este, tanto por su amistad como por ser la primera vez que tropas aragonesas eran vencidas, en momentos en que también sufrían reveses ante León. En 1133, el rey trató de llegar al mar siguiendo el Ebro, obstruido por la Lérida musulmana. Esperaba que Ramón Berenguer III de

Barcelona colaborase desde el este, pero los moros ofrecieron al conde un sustancioso soborno para que se mantuviese neutral. Ramón aceptó, y el Batallador, encolerizado, se lanzó sobre los almorávides de la ciudad de Fraga. Y allí, tomado entre la guarnición y un ejército musulmán de ayuda, fue batido en julio de 1134. Logró salvarse, pero herido, y pocos meses después fallecía.

Su caso es como el de Gastón y de otros reyes hispanos de la época. Tenía sesenta y un años al morir, y había reinado la mitad de ellos en una intensa sucesión de combates, marchas, atención a repoblaciones, organización de ejércitos, fueros, discordias e intrigas.

En su testamento legó sus estados a las órdenes del Sepulcro, el Hospital y el Templo, lo que hacía del papa prácticamente el propietario. El testamente no había de cumplirse, a pesar de las reclamaciones del papado.

Cuando el rey murió, en 1134, su frontera, al comienzo en la línea de Huesca y Barbastro, llegaba al sur de Teruel y Guadalajara.

* * *

Tres años antes que el Batallador finaba Ramón Berenguer III de Barcelona, otro destacado líder político apodado el Grande. Había estado casado con María, hija del Cid, la cual había fallecido pronto. Ramón había mandado en el condado desde los diecisiete años (con asesoramiento) hasta los treinta y nueve. Le habían ganado su apodo sus singulares logros empujando decisivamente la reconquista, con repoblación de Tarragona para asentar definitivamente allí la sede episcopal metropolitana, que emancipaba a los condados de la

dependencia de Narbona, en el sur de Francia, un objetivo largo tiempo perseguido. Tarragona aspiraba también a sede primada de España, pues lo había sido en tiempos de Roma y durante parte del reino godo. Hasta en el siglo XX, antes de la guerra civil, el arzobispo de Tarragona, Vidal i Barraquer, intrigaba y maniobraba para desplazar a Gomá, primado de Toledo. Ambos catalanes, Gomá se quejó a menudo de los manejos de su contrincante.

Ramón III continuó anexionando condados al de Barcelona mediante matrimonios, parentesco o herencia, y reunió todo el territorio que formaría Cataluña, menos Urgel y parte de Lérida. Y amplió su poder por el sur de Francia hasta Niza, al casarse, tras la muerte de María, con Dulce, condesa de Provenza. También conquistó Mallorca, si bien pasajeramente, en 1115, por el tiempo en que *el Batallador* renunciaba a su enlace con Urraca. La causa de la operación naval fue la piratería e incursiones de los moros baleares contra las ciudades italianas de Pisa, Siena, Florencia y otras, y contra la Provenza perteneciente a Ramón. Por tanto el papa autorizó una cruzada al respecto. Mallorca fue dividida entre Barcelona y Pisa, pero Ramón hubo de volver a Barcelona para defenderla de los almorávides, y estos enseguida enviaron una flota que les recuperó Mallorca. El hecho tiene interés especial porque por primera vez aparece documentado, en una crónica de Pisa, el nombre de catalanes referido a los habitantes de Barcelona, y que se extendería posteriormente a los demás condados. Probablemente se les llamaba así desde antes, de modo coloquial.

Con Ramón Berenguer III, tanto por el apelativo de los habitantes como por su tenaz expansión en todas direcciones, Cataluña entró como tal en la historia. *Cataluña* significa

probablemente, «tierra de castillos», pero no todos aceptan esa etimología. Otra hipótesis la hace derivar de *Gotaland*, «tierra de godos», lo que equivalía a hispanos para los francos y los naturales de la región; y hay otras hipótesis.

Ramón Berenguer decidió en sus últimos años hacerse templario y enterrarse con el hábito de esa orden. El hecho, como el testamento del *Batallador*, testimonia el prestigio de las órdenes militares y la autoconsideración de cruzados por los monarcas hispanos. Aun así no imitó al *Batallador* cediéndole sus dominios, salvo algunas tierras. Y dividió sus posesiones entre sus hijos gemelos tenidos de Dulce, a quienes llamó, como había hecho su abuelo Ramón Berenguer y Berenguer Ramón. Al primero le correspondieron los territorios propiamente catalanes y al segundo la Provenza.

* * *

La ruptura de la unión de León y Aragón culminó en aquellos años treinta con la secesión de Portugal. Teresa, hermanastra y enemiga acérrima de Urraca, se había amancebado con Fernán Pérez, conde de Traba y Trastámara, que era hijo del tumultuoso Pedro Froilaz y había abandonado a su esposa. Teresa gobernaba el condado Portucalense, desde el río Miño hasta Coímbra, y su amante era el mayor magnate de Galicia, con lo que proyectaron unificar ambos territorios. La idea seducía también a Gelmírez, deseoso de extender la hegemonía de Santiago a todo el oeste peninsular. Sin embargo el plan disgustaba a varios nobles portucalenses y sobre todo el arzobispo de Braga, Paio Mendes, fiero enemigo de Gelmírez y rival de Santiago. Buen argumento contra la pareja condal era su relación adulterina, que Paio explotó para aunar voluntades. Reivindicaron los derechos de Alfonso Enríquez o Henriques,

hijo de Teresa, tenido de su finado marido el borgoñón Enrique, y por entonces un niño. La rebeldía de Henriques contra su madre debió de aumentar por la vida sentimental de ella.

En 1127 los designios subversivos sobre Galicia movieron al nuevo rey de León, Alfonso VII, hijo de Urraca, a atacar a la pareja, acorralándola en Guimaraes. Tanto la pareja como Henriques, ya con dieciocho años, debieron jurar lealtad y vasallaje a Alfonso; y de paso Henriques se hizo con el poder, desplazando a su madre. Esta y su amante intentaron resolver el pleito por las armas y fueron derrotados al año siguiente. Teresa ingresó tal vez en un convento o bien se retiró a Galicia.

Henriques tenía sus propios planes, sin la menor intención de cumplir su juramento de lealtad a Alfonso VII (primo suyo por lo demás), por lo que aprovechó los aprietos de este con Pamplona para avanzar hacia la independencia y anexionarse Galicia. Fracasó, y debió atender a una ofensiva almorávide por el sur. Y en 1139 destrozó a los moros en Ourique, momento que aprovechó para coronarse rey de Portugal, aclamado por sus nobles afectos. Tras algunas disputas, en 1143, Alfonso le reconoció el título, en calidad de vasallo por lo demás casi nada efectivo. Poco a poco Henriques iba desgajando a Portugal del programa unificador de la reconquista, suceso que tardaría varios decenios en completarse. Así, la intervención papal-francesa o papal-borgoñona en España desde Alfonso VI había arruinado la unidad de los estados cristianos y causado la secesión completa de uno de ellos.

Como señalamos anteriormente, ya desde muy pronto la resistencia a Al Ándalus había dado lugar a dos Españas, por así decirlo, la cantábrica en tenaz y a veces rápido avance hacia el

sur, y la pirenaica, pegada durante mucho más tiempo al refugio de los montes. Esta diferencia indica asimismo la dinámica reconquistadora de la cantábrica, inspirada en el reino hispanogodo de Toledo, y la pirenaica, dominada por los francos, para quienes el reino de Toledo, con el que habían combatido a menudo, no significaba casi nada, y lo que buscaban no era reconquistarlo sino meramente establecer una marca defensiva. Así, Pamplona y Aragón solo se incorporaron a la reconquista sacudiéndose el dominio franco, y los condados orientales de la futura Cataluña, con mayor dependencia de los francos, tardaron mucho más en hacerlo. Por otra parte, la necesidad de la repoblación frenaba las tendencias francas o borgoñonas a aumentar el poder señorial y la servidumbre.

Más allá del hecho meramente político, encontramos aquí una diferenciación más profunda, ideológica e intelectual. Francia, en alianza con el papado, iba a convertirse en el centro cultural irradiador del oeste europeo, e influiría grandemente sobre España en los siglos siguientes. Su influencia contribuiría a debilitar la idea de reconquista y a facilitar las divisiones internas dentro de ella, creando una tensa dialéctica que simplificando mucho hemos llamado franco-goda, con épocas de predominio de una u otra influencia. Esta tensión se ha mantenido hasta ahora mismo y puede ofrecer una de las claves explicativas de la historia posterior de España.

26. PROCESOS DE DISGREGACIÓN EN LOS ESTADOS HISPÁNICOS

Durante los sucesos antes resumidos, Alfonso VII, hijo de Urraca, gallego de origen, se convirtió, pues, en rey de León-Castilla y Galicia, en 1126. Pese a su origen borgoñón, se identificó con la tradición española y trató de reunificar los estados. Reclamó —en vano— los reinos de Aragón y Pamplona, y casó con Berenguela, hija de Ramón Berenguer III de Barcelona. En 1135 se proclamó en la catedral de León *Imperator totius Hispaniae*, en una tradición que se remontaba, como hemos visto, a Alfonso III *el Magno*, y en esa ocasión recibió el homenaje vasallático del rey de Pamplona, del conde de Barcelona, del conde de Urgel, e incluso del caudillo musulmán Zafadola, opuesto a los almorávides. En cambio no ocurrió lo mismo con Henriques, todavía conde de Portugal, ni con Aragón, cuyo monarca Ramiro II *el Monje* estaba molesto debido a la ocupación de Zaragoza por Alfonso; pero una vez solucionado el problema no hubo dificultad para *el Monje* en reconocer la primacía de Alfonso VII.

El título de emperador general de España tenía escasa relevancia política inmediata, pero sí un profundo valor ideológico. Era una tradición desde el reino de Oviedo-León, y significaba el objetivo fundamental de la reconquista. El vasallaje, por otra parte, era una figura jurídico-política que podía significar mucho o muy poco. Originariamente un rey o príncipe o noble vasallo podía ser destituido por su señor superior, pero eso ya no solía suceder o bien exigía una guerra

para imponerlo. El proyecto de Alfonso VII consistía en afirmar el reconocimiento de su superior legitimidad, sin mucho efecto práctico, pero importante en un plano más general y a largo plazo. Henriques, al rehusar vasallaje a Alfonso, emprendía una ruta distinta de los demás.

Alfonso VII y Henriques eran, pues, primos y los dos de origen paterno borgoñón, y sin embargo sus políticas diferían radicalmente. El primero se identificó de lleno con una línea unitaria y de reconquista, legitimada en el reino hispanogodo, y el segundo buscó un camino por completo opuesto a ella. Nadie podía asegurar entonces que Portugal no cambiara de rumbo, pero, por razones complicadas, la opción de Henriques no tendría vuelta atrás, exceptuando algún breve período.

Resueltas a medias las diferencias con los demás reinos, Alfonso VII acosó a los moros por el este y el sur, extendiendo la frontera hacia Cuenca, Extremadura y Andalucía. El imperio almorávide hacía agua y el leonés aprovechó a fondo la situación. Hacia 1139 atacó la fortaleza de Colmenar de Oreja, que le aseguraba el control del noreste de Toledo y hacia Cuenca. Para ello reunió todas sus tropas, dejando desguarnecido Toledo, y los almorávides pensaron explotar el descuido. Según la leyenda, la esposa de Alfonso, Berenguela, hija de Ramón Berenguer III de Barcelona, envió una carta al jefe musulmán advirtiéndole de que, como emperatriz, «se me había explicado la importancia de mi presencia junto al emperador y se me ilustró sobre el valor de mi vida y sobre el valor de mi muerte»; por tanto no temía «ni al día de las pompas ni a la noche de las guerras», pero que debía darles vergüenza luchar contra una mujer cuando sabían que el emperador les esperaba no lejos de allí, «donde puede ofreceros la batalla que

tanto parecéis anhelar como miedo parecéis tener». Los moros se impresionaron al parecer. Sea cual fuere su veracidad, el relato expone unos conceptos de honor y caballerosidad comunes en la Cristiandad feudal, seguramente más invocados que practicados, y que pudieron haber compartido más o menos los moros. En cualquier caso, calculando quizá que si vencían a Alfonso tomarían Toledo sin resistencia, marcharon sobre Colmenar de Oreja, para su desgracia: allí fueron vencidos y lo perdieron todo.

Cuatro años más tarde pereció el héroe gallego Munio Alfonso, uno de los más destacados capitanes de frontera, jefe de las milicias de Toledo, Ávila y Segovia, muy temido por los almorávides. Una de sus hazañas había sido en Montiel, donde obtuvo una gran victoria en gran inferioridad numérica (el jefe musulmán, Avenceta, seguro de ganar, les habría imprecado: «¡Oh locos cristianos, hijos de perra, de qué modo habéis venido a perder vuestras cabezas!»). Pero algún tiempo después salió antes de amanecer, el 1 de agosto de 1143, con cuarenta caballeros para observar movimientos enemigos. Capturaron a un espía moro que les informó sobre la ofensiva en marcha del caudillo Faraj de Calatrava con tropas de Andalucía. Una avanzada de estos asomaba ya por el horizonte, y los cristianos les atacaron y vencieron, retirándose para volver al día siguiente con más fuerzas contra el cuerpo principal de tropas enemigas. Ante la enorme superioridad de estas, Munio resolvió entorpecerlas para dar tiempo a defender el estratégico castillo de Peña Negra, enviando allí al grueso de su gente. Con tropas reducidas acometieron a los moros, los cuales consiguieron rodearlos y poco a poco aniquilarlos con una lluvia de flechas. Luego descuartizaron el cuerpo de Munio y colgaron sus restos

en una torre del castillo de Calatrava. En Toledo las viudas de los caídos le lloraron:

> Tal como la esposa ama a su marido así te amaba la ciudad de Toledo. Tu escudo nunca vaciló en el combate y tu lanza nunca se volvió atrás; tu espada nunca retornó de vacío. No anunciéis la muerte de Munio Alfonso en Córdoba y en Sevilla, ni la anunciéis en el palacio del rey Texufin, no sea que se regocijen las hijas de los moabitas, salten de alegría las hijas de los agarenos como se entristecen las hijas de los toledanos.

En 1144 Alfonso llegó a tomar Córdoba, pasajeramente. En 1147 ocupó Almería con ayuda de Génova, los otros estados hispanos y cruzados franceses… y de los mismos almorávides, enfrentados con la nueva oleada magrebí de los almohades. Retuvo la ciudad diez años. Ese mismo año el rey luso Henriques tomaba Lisboa con ayuda de cruzados ingleses y normandos en tránsito a Tierra Santa.

* * *

En Aragón los magnates rechazaron el testamento del *Batallador*, desafiando las reclamaciones del papado para que se entregase el reino a las órdenes militares nacidas en Tierra Santa. En cambio nombraron al hermano del finado, Ramiro II *el Monje* (había sido abad). Ramiro topó con una agitación oligárquica ingobernable. Según la *Crónica de San Juan de la Peña*, «repartió a nobles y caballeros muchas tierras del reino, pero ellos no lo apreciaron y hacían guerras entre ellos y mataban y robaban a las gentes». De acuerdo con la leyenda, no necesariamente incierta del todo, atrajo a los nobles levantiscos con la añagaza de hacer una campana que se oyera en todo el reino, y ellos acudieron para reírse del disparatado monarca. Los hizo llamar uno a uno y según llegaban los hizo decapitar en número de trece, huyendo los demás. El episodio recuerda a la Jornada del Foso en Toledo, por Alhakén I.

El Monje procuró llevarse bien con el rey de León y enlazar

con los condes de Barcelona. Una vez exclaustrado, se casó con Inés de Poitiers y tuvo una hija, Petronila, a la que prometió al poco de nacer con el barcelonés Ramón Berenguer IV, llamado *el Santo*, lo que daría lugar más tarde a la incorporación de Cataluña a la corona de Aragón. El conde catalán cumplía otro requisito: era templario, con lo que podía darse al testamento del Batallador una salida al menos aparente, frente a las persistentes exigencias del papado, que veía en peligro sus ganancias. Ramón quedó como príncipe de Aragón, y Petronila como reina. De hecho, por primera vez se unieron Aragón y Cataluña, surgidos ambos de los condados de la vieja Marca Hispánica. En 1136 tuvieron un hijo, que sería Alfonso II de Aragón. *El Monje* retuvo su título de monarca, fue apartándose discretamente del poder, y cuando su nieto Alfonso pudo reinar, se retiró de nuevo a un convento.

Entonces el reino de Aragón dio paso a la corona de Aragón, que con el tiempo no solo incluiría los condados catalanes sino también los reinos de Valencia y Mallorca. Aunque corona y reino vienen a significar lo mismo, se los separa para evitar confusiones, de modo que una corona puede abarcar varios reinos. Lo mismo ocurriría más tarde con Castilla, una corona con reinos diversos.

Por su parte Ramón Berenguer IV se reservó el avance por Lérida y Tortosa y fundó el monasterio de Poblet, de ascendiente comparable a los de Ripoll y Montserrat. Allende los Pirineos gobernó el Bearn y parte de Provenza, que cedió al emperador Federico *Barbarroja*, tomando partido por los imperiales (gibelinos) contra los partidarios del papa (güelfos), en las interminables pugnas entre el poder imperial y el papal, salidas de la querella de las investiduras. Y para contrarrestar a la

emprendedora y agresiva ciudad de Tolosa (Toulouse) buscó alianza con Enrique II de Inglaterra, señor también de Aquitania, lindante con la ciudad rival. Reservó para Cataluña Lérida y Tortosa (Cataluña la Nueva), dejando a Aragón otra línea expansiva. E incursionó por Valencia y Murcia, y, junto con los navarros, franceses e italianos, ayudó a Alfonso VII en la toma de Almería.

* * *

Otro efecto de la última voluntad del *Batallador* fue la separación de Pamplona. Este reino llevaba un tiempo integrado en Aragón, aunque con personalidad propia, pero los nobles rechazaron el testamento y nombraron rey a García Ramírez *el Restaurador*, nieto del Cid por vía materna (Cristina). Roma insistió en el testamento y rechazó al nuevo monarca, promoviendo conflictos fronterizos con aragoneses y castellanos, pero García se sostuvo contra viento y marea. Buen diplomático, supo mejorar su situación al casarse en 1144 con una hija de Alfonso VII de León-Castilla, llamada Urraca *la Asturiana*; se declaró vasallo del gallego y le auxilió contra el Islam, concretamente en la conquista de Almería. Sin embargo, al separarse de Aragón, el reino de Pamplona se privaba de la expansión hacia el sur, quedando encajonado entre Aragón y Castilla.

Muerto *el Restaurador* le sucedió en 1150 su hijo Sancho VI, llamado *el Sabio*, tampoco aceptado por Roma. Esa ilegitimidad la aprovecharon al año siguiente el rey de León y Ramón Berenguer IV, que ejercía como monarca aragonés de facto, para repartirse Pamplona por el Pacto de Tudilén o Tudején. *El Sabio* pamplonés reaccionó con otra maniobra diplomática: ofreció a su hermana Blanca como esposa del primogénito de

Alfonso VII, llamado también Sancho. Así salvó el reino, a conveniencia de él y de Castilla. *El Sabio* fue también el primero que se tituló rey de Navarra, un cambio más que de nombre, porque Pamplona había sido uno de los reinos clave de la reconquista, ya fuera por sí solo o como parte de Aragón, y ahora quedaba sin posibilidad de expansión, aunque siguiera participando en la lucha contra el Islam.

En Tudején se esbozó también un reparto de las futuras zonas de ocupación de Al Ándalus, dejando Valencia y Murcia para Aragón. El declive de los almorávides autorizaba tales expectativas, que no iban a resultar cómodas, de todas formas.

* * *

Los éxitos en la reconquista en el siglo XII empujaron la frontera hasta el Tajo y más al sur: España ocupaba ya bastante más de la mitad de la península, aunque Al Ándalus concentraba probablemente más población y riqueza. Surgieron así dos líneas de ciudades: las del norte y valle del Duero, a salvo de incursiones moras, y las fronterizas del sur. Las primeras, más ricas y comerciales, tenían por eje el Camino de Santiago, como Pamplona, Burgos, Palencia, Sahagún, León, Lugo, Tuy o la propia Santiago; y más al este incluían a Zaragoza y Barcelona, esta última próspera gracias al auge comercial mediterráneo. Estas ciudades se parecían a las transpirenaicas, y el auge comercial impulsó a los reyes a acuñar decididamente moneda; la del sur del país, el *morabitín* almorávide, daría lugar al maravedí.

En varias de estas ciudades, como en las centroeuropeas, menudearon los choques con los magnates y los monasterios, pues los burgueses querían regirse por sus fueros, privilegios que el monarca otorgaba y juraba. Episodio indicativo fue el «motín

de la trucha», en Zamora, hacia mediados de siglo: el criado de un noble quiso comprar una trucha ya comprometida para un villano, lo que desató una rebelión de estos: varios señores fueron muertos y quemada su iglesia. Pese a la furia vengativa de la nobleza, el rey perdonó a los rebeldes, que habían salido de la ciudad, pues de otro modo esta habría quedado semidespoblada. A veces los villanos tomaban venganzas sangrientas contra los nobles que violaban sus derechos, y los reyes solían apoyar a las ciudades.

Y en el valle del Tajo permaneció la necesidad de repoblar. Como vimos, la repoblación inicial se había efectuado por simple presura u ocupación libre de tierras, luego legalizada; pero en la nueva frontera la repoblación se hacía mediante concejos de villas, pues lo venidos del norte preferían el asentamiento urbano, dejando buena parte de los campos a mozárabes y moros (mudéjares). Así crecieron ciudades de frontera como Béjar, Plasencia, Ávila, Salamanca, Segovia, Cuenca, Guadalajara, Calatayud o Teruel, de carácter más militar y menos comercial que las del norte.

La frontera siguió exigiendo un denodado esfuerzo defensivo-ofensivo, que dio protagonismo a las milicias concejiles y a las órdenes militares. Los concejos solían contar con milicias y *caballería villana,* cuya belicosidad y sentido del honor y libertad personal quedan indicados en la respuesta de las milicias salmantinas al jefe almorávide Taxufin que, enfrentado a ellas, quiso saber quién las mandaba: «Todos somos príncipes y jefes de nuestras propias cabezas». Taxufin los tomó por locos, y en el aspecto práctico, aquella anarquía les causó un descalabro. La nobleza castellana incluía a los magnates o *ricos hombres* y a los nobles menores, *hidalgos*,

infanzones o *caballeros*. El último nombre subraya el valor bélico de la caballería, por su movilidad: un hombre común con recursos para mantener un caballo podía acceder por su valor al rango de los caballeros. Como siempre, la vida fronteriza entrañaba graves peligros, pero también más libertad y promoción social. A finales del siglo quedaba poca servidumbre en España, aun si los lazos señoriales siguieron siendo muy opresivos en los extremos oriental y occidental del norte.

Las órdenes militares, creación típica de las cruzadas, incidirían de modo importante en la historia europea. La Orden Teutónica, fundada a finales del siglo, sería determinante en la formación de Prusia, y en España pelearon con éxito las de Calatrava, Santiago y Alcántara, aparte de las más clásicas del Hospital, Santo Sepulcro y el Templo —esta de final trágico—, extendidas asimismo por varios países.

* * *

Entretanto había surgido en el Magreb el Imperio de los almohades o «unitarios», opuestos a la versión almorávide del Corán, que daba a Alá atributos humanos: Dios debía concebirse como un espíritu puro, ajeno a las realidades terrenas aunque accesible al hombre, y la fe debía afianzarse por el cultivo de la ciencia y la razón. Ibn Tumart, fundador del movimiento, mendigo parte de su vida, había viajado a Damasco y La Meca y estudiado en Córdoba a Ibn Hazm y otros. En 1125 repudió a los almorávides con apoyo de la tribu Masmuda del Atlas. Los almorávides intentaron asesinarlo, sin éxito, y tampoco lograron acabar con su movimiento en el período crucial de su formación. Desde 1130 su sucesor Abd El Mumín desplazó a los almorávides del Magreb, dando a veces a cristianos y judíos la opción de aceptar el Islam o la muerte.

En la península, los almorávides perdían terreno sin cesar, hasta entrar en quiebra total hacia 1144. Habían estado presentes en España durante sesenta muy tumultuosos años, antes de desvanecerse de la historia. Al decaer, las taifas renacieron. En 1145 los almohades pasaron a la península y fueron sometiendo nuevamente a las taifas una tras otra, castigándolas duramente por su tibieza religiosa. Así unificaron otra vez Al Ándalus, convirtiéndola una vez más en una potencia temible, cada vez más amenazante según avanzaba el siglo. Pues no solo dominaban un tercio amplio de la península, que seguía siendo el más rico y poblado, sino también el Magreb por los actuales Marruecos, Argelia, Túnez y parte de Libia, una reserva inextinguible de medios humanos y económicos.

* * *

Alfonso VII finó en 1157. Él, que había trabajado tanto por la unidad de los reinos e insistido en su título de *imperator*, iba a cometer el mismo error que Sancho el Mayor de Pamplona, al dividir la monarquía entre dos de sus hijos. El mayor gobernaría Castilla como Sancho III y el otro León como Fernando II: los dos estados, unidos más de un siglo, volvían a dividirse. En su primer año, Sancho había recibido vasallaje de Navarra y de Pamplona, fundado la Orden de Calatrava para defender unas tierras que los templarios habían dado por perdidas, y hostigado a León ocupándole algunos lugares. Los dos hermanos terminaron por acordar, en Sahagún, las futuras conquistas, repartirse Portugal y reunificar el reino si uno de ellos fallecía. Pero Sancho murió ese mismo año 1158 y el tratado quedaría sin efecto.

Después se abrió en Castilla un período de guerra civil entre las casas oligárquicas de Lara y de Castro, que trataban de

manejar al heredero de Sancho, Alfonso VIII, niño de tres años al fallecer su padre. La anarquía fue aprovechada por Navarra y León para capturar ciudades castellanas. Cuando Alfonso VIII *el Noble* tuvo edad de reinar, en 1170, se casó con Leonor Plantagenet, hermana del inglés Ricardo *Corazón de León*, que aportó la Gascuña como dote, si bien Castilla no la anexionó. *El Noble* creó una nueva orden militar, la de Santiago, y buscó alianza con Aragón contra León y Navarra, en la tradicional pugna por Guipúzcoa, Álava, Vizcaya y La Rioja. Mientras, Fernando de León pactaba con Navarra y Portugal contra Castilla. Así, bajo la amenaza almohade, todos los reinos se embebían en pendencias, sin que faltaran algunos nobles que sirvieran a los mismos almohades.

Por su parte Henriques de Portugal conquistó hasta el Algarbe a principios de los años sesenta, pero las contraofensivas moras volvieron a retraerle hasta el Tajo. Después se volvió contra León, sufriendo un duro revés en Ciudad Rodrigo; y a continuación contra Galicia, conquistando Tuy y otras comarcas, y luego Cáceres y Badajoz, todavía andalusíes pero asignadas a León. El nuevo rey leonés, Fernando II, contraatacó y apresó a Henriques en Badajoz, obligándole a devolver sus conquistas en León y Galicia, aunque le ayudaría a repeler a los musulmanes en Santarem. Henriques había cuidado mucho la diócesis de Braga y en general a la Iglesia, con donaciones y privilegios; y cultivó el trato con Roma, ganándose a la Santa Sede para asegurar la plena independencia de la Iglesia portuguesa con respecto a León y Castilla, paso para el reconocimiento de la independencia política. El plan culminaría en 1179 con una bula del papa Alejandro III afirmando a Portugal como estado independiente de León y vasallo del

papado, y a Henriques como rey del mismo, certificando una secesión que se haría definitiva.

Aragón fue gobernado desde 1174 por Alfonso II llamado *el Casto*, como su homónimo de Oviedo, debido a su fidelidad conyugal. Hijo de Ramón Berenguer IV y de Petronila, y casado con la princesa Sancha de Castilla, de procedencia polaca por su madre. El Casto pactó con Castilla un nuevo (y vano) reparto de Navarra, así como de zonas a tomar a los moros. No obstante, el aragonés dejó en segundo plano la reconquista y en primero el sureste francés (Occitania). Para guardarse las espaldas se alió en 1191 con Portugal, León y Navarra contra Castilla. Entonces Aragón extendió su dominio por vastos territorios occitanos, donde sofocó varias rebeliones y creó un esbozo de imperio con apoyo de Enrique II de Inglaterra. El sucesor de Enrique, Ricardo *Corazón de León*, prefirió entenderse con Castilla. Los conflictos en Occitania se complicarían por las luchas de güelfos y gibelinos, es decir, entre el papado y el Imperio Romano-Germánico; y por la herejía cátara o albigense, que iba a repercutir de modo determinante sobre Aragón.

* * *

A partir de Sancho *el Mayor* de Navarra, los reinos hispanos sufrían aguda tensión entre impulsos reunificadores y disgregadores, agravada en la segunda mitad del siglo XII. Sin embargo el panorama era más amplio que las continuas reyertas y pactos variables. Los hechos de mayor transcendencia, no solo para España sino para Europa, tuvieron lugar en León. Allí, Fernando II prosiguió otorgando fueros a numerosas ciudades, sobre todo en Galicia, con el fin de debilitar a la siempre díscola oligarquía. Esa política, iniciada en 1017 con el famoso Fuero de León, culminaría en 1188 en las Cortes de León, ya bajo

Alfonso IX y recién fallecido Fernando. Movido por la necesidad de dinero, las convocó el nuevo monarca, estableciendo lo que se considera el primer parlamento europeo, con cierta relación remota con los concilios de tiempos visigóticos, continuados esporádicamente en Oviedo y León.

La gran novedad consistía en que, por primera vez en Europa Occidental, gente común intervenía en la alta política a través de representantes junto a los magnates y el alto clero, con la idea, potencialmente revolucionaria, de que los afectados por las medidas políticas tenían derecho a discutirlas y aprobarlas. Ahora, los habitantes de la ciudades o burgueses —aunque no el campesinado— recababan el derecho a controlar los impuestos, a ser consultados ante una declaración de guerra, a recurrir en justicia directamente ante el rey, sin pasar por los señores, que debían someterse a su vez a los tribunales, a la inviolabilidad del domicilio, a frenar la alteración de la ley de las monedas, etc. En adelante los monarcas, para ser reconocidos, debían jurar ante las Cortes «las libertades, franquicias, exenciones, privilegios, cartas y mercedes, así como los usos, costumbres y ordenanzas» de las ciudades, villas y lugares del reino. Lo que iba a traer problemas debidos a la diversidad de fueros. Las Cortes, con ese nombre y distintos grados de fuerza, serían adoptadas por los demás reinos hispanos, y se extenderían a Inglaterra (*Parlamento*), Francia (*Estados Generales)* y otros países. En las Cortes de León se encuentra una raíz esencial de la tendencia democratizante en Europa.

* * *

Mientras los reinos cristianos se enzarzaban en mil querellas, la potencia almohade iba a hacerse manifiesta en la batalla de Alarcos, en 1195, cerca de Ciudad Real. El ataque inmediato lo

provocó en cierto modo Alfonso VIII de Castilla al enviar una carta desafiante y provocadora al califa almohade Yúsuf Al Mansur. Este respondió con una embestida masiva en la que participaban mercenarios cristianos, como había ocurrido otras veces. El castellano pidió ayuda a León, Aragón y Navarra, pero, temerariamente, no aguardó a la llegada de esos aliados y el 17 de julio acometió a los moros. De tiempo atrás, los españoles habían adoptado la táctica francesa de lanzar cargas de caballería pesada, irresistibles pero con riesgo de verse envueltas por la ágil caballería ligera musulmana, experta en el tornafuye, como había ocurrido en Uclés y otras ocasiones. Los musulmanes empleaban también mucho los arcos, poco usados por los hispanos, que preferían la espada y el choque directo. Y en Alarcos los almohades aplastaron a los castellanos, salvándose a duras penas el propio Alfonso.

Los efectos, desastrosos, habrían empeorado si Yúsuf, enfermo, no hubiera debido volver al Magreb, donde moriría al poco. Pero quedaba abierta una brecha hacia Toledo. Los almohades no la explotaron pero reocuparon fortalezas y devastaron la región del Tajo, de Extremadura a Maqueda. Navarros y leoneses reaccionaron con irritación por la imprudencia del castellano, y ambos pactaron treguas con los almohades.

La situación creada por Alarcos no acabaría de definirse hasta diecisiete años después en las Navas de Tolosa, una de las grandes batallas más decisivas de la reconquista.

Los navarros que quisieron ayudar a los castellanos iban mandados por Sancho VII *el Fuerte*, rey desde 1194, y su enojo le llevó a atacar tierras castellanas. Pero al terminar el siglo perdieron Guipúzcoa y Álava, que prefirieron unirse a Castilla.

Para entonces, ya superada desde hacía mucho la despoblación del litoral vasco causada por el temor a los vikingos, prosperaban allí el comercio y la pesca. En Guipúzcoa se suscitó una guerra civil entre partidarios de Castilla (oñacinos) y de Navarra (gamboínos), afines a los clanes navarros de agramonteses y beamonteses, que provocarían numerosas luchas internas. *El Fuerte* terminaría colaborando con Castilla contra la amenaza islámica.

Y así terminaba el turbulento (si alguno no lo fue) siglo XII. Su segunda mitad sugiere una caótica gresca entre cristianos, con colisiones de intereses, guerras, maquinaciones, crímenes y asuntos amorosos de los que aquí solo podemos dar un muy pálido reflejo. Dejaba el apartamiento de Portugal de la empresa común; la separación entre León y Castilla (esta se convertiría en el motor principal de la reconquista); el declive del poder almorávide y el auge almohade, que en Alarcos había probado su peligro, poniendo en alarma a los reinos hispanos. Pero también una institución tan relevante, no solo en España, como las Cortes de León; una iniciativa de invalorable proyección europea, la Escuela de Traductores de Toledo, de la que hablaremos; la incorporación de Cataluña a Aragón y con ello a la reconquista, si bien aún con dudas; la transformación del reino de Pamplona en Navarra, con límites definidos; el primer contacto directo con la Inglaterra normanda, que había de tener efectos notables más tarde.

* * *

En el resto de Europa Occidental, las cruzadas y las pugnas entre el Imperio y el papado marcaron el siglo. Inglaterra sufrió en su primera mitad anarquía y guerra civil hasta que, en 1154, subió al trono el francés Enrique II, de la casa Plantagenet y

duque de Normandía. Enrique se adueñaría, por matrimonio con Leonor de Aquitania, de casi la mitad occidental de Francia, por lo que participó en la política de los reinos hispanos apoyando a Aragón contra Tolosa, o arbitrando una disputa territorial entre Navarra y Castilla. Conquistó Irlanda e impuso tributo a Gales; se hizo ungir por la Iglesia, pero trató de dominarla, para lo que mandó asesinar al arzobispo de Canterbury, Tomás Becket, crimen que conmocionó a la Cristiandad. En 1173 sus hijos se alzaron contra él con apoyo de Francia, Escocia y la propia Leonor, apodada *La loba de Francia*. Los venció en 1174 y encarceló largos años a su mujer y al monarca escocés. Las conjuras prosiguieron, y su hijo Ricardo *Corazón de León* le derrotó en 1189 forzándole a reconocerle heredero. El nuevo rey, Ricardo I, aún más francés que su padre, no se molestó en aprender la lengua de sus súbditos ingleses, como buen Plantagenet.

La monarquía francesa, muy mermada desde fines del siglo anterior, casi se desintegraba: Normandía, Borgoña, Tolosa, el sur occitano disputado por Aragón, eran de hecho independientes. Luis VII cometió el error político de separarse, en 1152, de la ligera de cascos Leonor de Aquitania para casarse con Constanza de Castilla; pues Leonor casó con Enrique II de Inglaterra, a quien entregó Aquitania, formándose el poderoso Imperio angevino. Luis y su sucesor Felipe II *Augusto*, rey desde 1180, proseguían la interminable porfía por robustecer el poder regio y recuperar tierras en sangrientas luchas con los Plantagenet, también a veces con el Imperio.

Por lo que respecta al Imperio Romano-Germánico, debilitado tras la querella de las investiduras, pasó a gobernarlo en 1138 la casa Hohenstaufen, con Conrado III. En 1145, ante

los avances musulmanes en Tierra Santa, San Bernardo, abad de Claraval, predicó la Segunda Cruzada, y a ella fueron Conrado y el francés Luis VII; pero su mala estrategia les obligó a retirarse en 1149. A Conrado le sucedió en 1152 Federico I *Barbarroja*, que aspiró a un imperio efectivo sobre el orbe cristiano, afirmando su autoridad sobre Alemania, Italia del norte, Borgoña, la Sicilia normanda… y sobre los papas. De ahí los bandos güelfo y gibelino, causa de luchas civiles hasta el siglo XV. Las ciudades comerciales y supeditadas al Imperio solían buscar la tutela papal, y las regiones agrarias y ciudades regidas por el papa optaban por la imperial. Federico lanzó seis campañas contra las comunas italianas, arrasó Milán en 1158 y luego, en 1167, tomó Roma, de donde huyó el papa Alejandro III disfrazado de peregrino. La pugna creó un cisma en la propia Iglesia, con el antipapa Víctor IV, entre partidarios del papa y del emperador. En 1177, por la paz de Venecia, Federico cedió.

Desde la fallida Segunda Cruzada, los cristianos fracasaban, y en 1187 un inspirado jefe musulmán, Saladino, los aplastó en Hatin y recobró Jerusalén. De ahí una Tercera Cruzada, en 1189, al mando de Federico Barbarroja, Felipe II Augusto de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra. El emperador se ahogó en un río de Anatolia y los otros no ganaron Jerusalén, pero aseguraron la peregrinación a los santos lugares. Ricardo y Felipe iban juntos porque cada uno recelaba de que el otro aprovechara su ausencia para arrebatarle territorios. La enemistad entre ambos aumentó al preferir Ricardo como esposa a Berenguela de Navarra sobre la hermanastra de Felipe, Adela, a quien el padre de Ricardo había convertido en su concubina, pese al compromiso de esta con su hijo. Felipe dejó pronto la cruzada y, vuelto a Francia, maquinó contra Ricardo

con el hermano de este, Juan *sin Tierra*. Alarmado, Ricardo quiso retornar a su país en 1192. Tras una azarosa aventura terminó en poder del nuevo emperador, Enrique VI, enemigo suyo que le impuso un rescate desorbitado. Una vez pagado, recobró el poder en Inglaterra. Tuvo buena relación con Castilla, pasó sus últimos años guerreando contra el francés, y murió en 1199, durante un asedio.

27. EL *RENACIMIENTO* DEL SIGLO XII

Durante el siglo XII los procesos sociales del siglo anterior cuajaron en lo que se ha llamado un renacimiento, concepto que, como el de revolución, se emplea con cierto exceso al caracterizar la historia europea. En él declinó algo el poder señorial y aumentó el monárquico, crecieron las ciudades, el comercio y la economía dineraria, con nuevas formas comerciales y bancarias y más trabajo asalariado; y aumentó la productividad con inventos en navegación y agricultura como el molino de viento, prensas de aceite, mejores arados… Hasta el siglo XI la Cristiandad había perdido el sur mediterráneo y el Oriente Próximo, y sufrido oleadas invasivas que casi la anegaron. Al terminar dicho siglo ya emprendió la contraofensiva de las cruzadas, que, aun si ajenas a un fin económico, ampliaron el comercio, al abrigo del cual prosperaron Pisa, Venecia, Génova, después Barcelona, mientras los templarios se convertían en los primeros grandes banqueros desde el Imperio romano, con servicios financieros más complejos y a menor interés que los de los judíos.

Motor de muchos cambios técnicos fue la orden del Císter (Cîteaux), borgoñona como la de Cluny, esta criticada por su lujo y riqueza —mermada tras la invasión almorávide en España —. Los cistercienses preconizaban un sobrio estilo tanto de vida como de arte, y un trabajo manual intenso, y organizaron excelentes granjas aplicando o inventando nuevas técnicas y tratando de que los conventos se financiaran por sí mismos, aunque, desde luego, recibieron muchas donaciones. Como

Cluny, fueron un brazo del papado bastante independiente de los poderes políticos. Las abadías y monasterios cistercienses, igual que los de Cluny, cubrieron todo el oeste europeo. El carismático Bernardo de Claraval, impulsor de la segunda Cruzada a Tierra Santa, fue también el mayor difusor de la orden, así como de las órdenes militares.

El siglo XII siguió siendo románico, aunque hacia el final se iba imponiendo el gótico, un nuevo arte nacido hacia mediados de la centuria en la catedral de Saint-Denis, villa comercial y de grandes ferias próxima a París (hoy está englobada en la capital francesa y predomina en ella la población musulmana). Propios del románico, aunque no únicos, fueron los monasterios e iglesias rurales; del gótico lo son las catedrales urbanas —usando avances arquitectónicos y técnicos—, una pintura y escultura más independientes de la arquitectura, y abundancia de edificios civiles. Reflejo, posiblemente, de un cambio de matiz religioso fue el valor concedido a la luz, considerada el elemento más inmaterial y próximo a la divinidad, que se filtraba, coloreada por rosetones y vidrieras para crear una atmósfera de elevación y belleza bajo altas bóvedas de nervios artísticamente entrelazados a partir de potentes y esbeltas columnas. Contribuían al efecto los pórticos y una estatuaria y pintura menos rígidas que las románicas. Las imponentes y agudas torres de las catedrales destacaban a distancia sobre los tejados urbanos como emblemas de fe, belleza y riqueza, orgullo de los habitantes de todas las capas sociales. Palacios, lonjas y obras no religiosas se construyeron en el mismo estilo.

Herencia de los siglos románicos y góticos es el paisaje urbano típico de Europa, con sus pueblos pequeños y grandes articulados en torno a una iglesia o catedral, con su plaza,

utilizada también como mercado. Los centros urbanos más bellos y sugestivos del continente, en la medida en que se conservan, provienen de entonces. El gótico, en especial, ha legado unos paisajes urbanos centrados en las altas catedrales, que siguen siendo una fuente de riqueza para las ciudades, pues todavía hoy atraen a multitud de visitantes, estimulando mil negocios y la riqueza de unas poblaciones actuales, para gran parte de las cuales aquellas obras del pasado han perdido toda significación. Salvo, precisamente, la económica.

El nuevo arte iba a extenderse durante cuatro siglos por todo el centro y occidente europeos. Una de sus principales vías de difusión fueron los caminos de Santiago, como había ocurrido con el románico. El nombre de «gótico» no tiene relación con los godos, sino que se impuso en el Renacimiento por antonomasia, el italiano, con intención absurdamente denigratoria, como equivalente a «bárbaro».

El estilo así denominado era mucho más que arte, pues iría asociado al pensamiento y a las universidades, desarrolladas con lentitud desde el siglo anterior, primero en Italia, su cuna. La más importante del siglo XII fue sin duda la de París, fundada en 1151, poco después que la catedral de Saint-Denis, y que iba a convertirse en el centro intelectual más irradiante de Europa durante mucho tiempo. Rivalizaría con ella la de Oxford una vez se prohibió a los ingleses contaminarse estudiando fuera.

Así, caracterizó a este siglo un impulso intelectual sin precedentes desde la caída de Roma: se tradujeron del árabe textos de Aristóteles y libros científicos y técnicos griegos y musulmanes (los árabes habían desdeñado la literatura griega). La expresión esencial de la nueva inquietud sería la Escolástica, que intentó reconciliar la razón y la fe para comprender el

mundo. Hasta entonces dominaba la orientación de San Agustín, inspirada en Platón y Plotino, que entendía el mundo sensible como emanación degradada del mundo ideal de la perfección divina. Aristóteles, en cambio, lo entendía como increado, valioso por sí y fundado en sí mismo. En el siglo anterior el italiano Anselmo de Canterbury trató de explicar a Dios por la razón, mediante el argumento ontológico: concebido Dios como «lo más grande», ha de existir no solo en nuestro pensamiento, sino en la realidad, pues la realidad supera a nuestro pensamiento y, de no ser Dios real, podríamos imaginar el absurdo de algo mayor que lo más grande. Dios es la verdad y el bien absolutos, principio necesario de los bienes y verdades parciales, cuya plena comprensión exige la fe: desde la fe puede entenderse el mundo, y sin ella el mundo se vuelve absurdo.

Estas cuestiones derivaron a la disputa, aún actual, de los universales: si las cualidades generales —*universales*— como el color, la dureza, la «humanidad»…, de que participan las cosas e individuos, tienen existencia real (realismo) o son solo nombres sin realidad exterior (nominalismo). Este y otros temas sustanciaron una acre disputa entre Bernardo de Claraval y Pedro Abelardo. Bernardo defendía la doctrina agustiniana y realista, de raíz platónica. El segundo, famoso por sus irreverentes polémicas con los maestros de la época y por sus amores con Eloísa, que le costaron ser castrado por familiares de ella, seguía a Aristóteles: la fe debía justificarse con razones; y planteaba, antes de Descartes, la duda sistemática como vía hacia la verdad. Según Bernardo, la razón no podía explicar todo, y es irrazonable llevarla más allá de su alcance, como va contra la fe dudar de verdades superiores a la razón. La verdad

en su sentido más alto no brota de razonamientos o pruebas, solo es accesible por la caridad y la santidad.

Tales problemas transcendían de la religión a la ideología, la política y la vida social. Se dice —con fundamento discutible— que el nominalismo abrió vía al pensamiento científico. La disputa entre razón y fe, aunque procedente hasta cierto punto del Islam, no tomó vuelo en este, mientras que nucleó el pensamiento europeo quizá hasta hoy mismo. Reproducía de modo indirecto la separación entre «lo que es de Dios y lo que es del César» y entre poder secular y religioso, separación teóricamente poco satisfactoria, pero motivadora de una tensión fructífera en los órdenes político y especulativo.

Ingrediente destacado de aquel impulso intelectual fue la llamada Escuela de Traductores de Toledo, aunque propiamente no fue una escuela, sino producto de iniciativas variadas. Los asuntos teológico-filosóficos abordados en unos pocos lugares de Europa ya a salvo de peligros exteriores, llegaban apagados a España, donde la lucha con Al Ándalus, muy violenta hasta mediados del siglo XIII, imponía otras inquietudes y una fe sin fisuras, poco propicias a la especulación. Paradójicamente las traducciones del árabe, tan influyentes en el despliegue intelectual europeo, tuvieron su mayor centro en Toledo (Sicilia fue otro, y en España había sido relevante el *Scriptorium* de Ripoll bajo el abad Oliva. Las traducciones solían ser flojas, pero aun así útiles). Toledo disponía de parte de la desmantelada biblioteca de Alhakén II, y de algunos mozárabes y judíos conocedores del árabe, el romance y el latín. El converso aragonés Pedro Alfonso, autor del *Dialogus contra iudaeos*, difusor de la ciencia árabe y médico del inglés Enrique I, alertó sobre esta riqueza toledana y, con protección del

arzobispo de la ciudad, Raimundo de Sauvetat, sucesor de Bernardo, afluyeron estudiosos de Inglaterra, Flandes, Italia y otros lugares. El más laborioso, Gerardo de Cremona, tradujo unas setenta obras y vivió en Toledo hasta el fin de su vida, en 1187. De los hispanos destacaron el canónigo Domingo Gundisalvo y su mano derecha, el converso Juan Hispano.

La labor de la Escuela de Traductores y su profundo y largo efecto en la Europa transpirenaica contrastan con su escaso eco en España, indicio del abismo ideológico entre españoles y andalusíes, del escasísimo aprecio e interés mutuos: los influjos recíprocos, lógicos tras un contacto tan prolongado, no impedían que ante todo se mirasen entre sí como enemigos.

Pero si era parca en España la afición teológico-filosófica —no así la artística y literaria—, Al Ándalus llegaba, pese a su crisis política, a su cúspide intelectual. Baste citar al musulmán Averroes, al hebreo Maimónides o al desvergonzado poeta Ibn Quzman, cordobeses los tres, nueva manifestación de la singular fertilidad cultural de la ciudad desde época romana. Averroes, médico y quizá el mayor filósofo del Islam al lado del persa Avicena, y comentarista de Aristóteles, fue tan afín a la Escolástica que se integra en ella más que en su propia cultura, pues marcó el pensamiento europeo, mientras que sus obras fueron condenadas y destruidas en el mundo islámico, pese a profesar él la rigorista doctrina malikí. Solo quedó parte de su obra, traducida al latín o al hebreo. Averroes creía compatibles la razón y la fe, y que por las dos vías podía alcanzarse la verdad. No obstante, deja la impresión de que serían dos verdades distintas, aun si no contrarias, dando a la fe valor instrumental: sería precisa para la vida civilizada, porque orienta a la gente común, incapaz de regirse por la razón. Postulaba la eternidad

del mundo y una concepción de él peculiar y en cierto modo moderna: la astronomía no ofrece la verdad del universo, sino solo concordancia con los cálculos.

Más o menos coetáneo de Averroes fue su discípulo Maimónides (uno murió en 1198 y el segundo en 1204). Ante la presión almohade, que daba a elegir entre conversión, muerte o exilio, fingió islamizarse en 1148. Debió marchar a Egipto, donde vivió sus últimos cuarenta años como médico de Saladino y de su hijo. Su desdén por la mística de la Cábala, y su inspiración aristotélica (si bien prefería la fe judaica cuando había contradicción entre ambas) le valieron acerbas críticas del judaísmo y del Islam, pero dividió el pensamiento hebreo en pro y contra Maimónides. Los cristianos apreciaron su *Guía para perplejos*, donde cree superar la oposición de la razón y las Escrituras mediante la interpretación alegórica de estas. Distinguió entre creencias verdaderas y necesarias: las primeras se refieren a Dios y las segundas convienen al orden social. El conocimiento de Dios procura el grado más alto de felicidad, inmortalidad al alma e inmunidad a cualquier revés de fortuna. La libertad del hombre le impulsa al bien.

Por más que la época se presenta a veces como de fe compacta, signada por las imponentes catedrales, proliferaban no solo inquietas o inquietantes discusiones filosóficas, sino herejías, de las cuales destacarían los valdenses (por su predicador Pierre Valdo, de Lyon) y los cátaros (*puros*). Unos y otros provenían del sureste de Francia y del norte de Italia, donde quedaron confinados los cátaros; los valdenses llegarían a extenderse por el centro de Europa, hasta Bohemia, algunos también a España. Los valdenses exigían la pobreza y desprendimiento evangélicos frente a la avidez de riquezas

nacida del comercio. La Iglesia, con su alto clero dado al boato y la ostentación, admitía no obstante esa corriente, salvo por su pretensión de que cualquier lector de las Escrituras se sintiera capacitado para ejercer de sacerdote al margen del aparato eclesiástico y de la orientación papal, pues veía en ello un riesgo de disgregación de la Cristiandad. Venía a ser un precedente del protestantismo.

Los cátaros o albigenses chocaban aún más de frente con el catolicismo: credo de misterios e iniciaciones de tipo gnóstico, como otros rechazados por la Iglesia casi desde sus orígenes, tenía mucho de doctrina del suicidio social. Oponía radicalmente el espíritu a la materia, este producto de Satán, con quien identificaban al Dios bíblico por haber creado el mundo. Condenaban, por material, el cuerpo, la encarnación de Jesús o la resurrección de la carne, tachaban de satánica la procreación, propugnaban el aborto y condenaban el matrimonio, practicando una mezcla de ascetismo y libertinaje.

Los cátaros provenían de otra herejía muy semejante, las de los bogomilos (*amados por Dios*), de origen tracio o búlgaro, que habían formado comunidades en los Balcanes, norte de Alemania y Países Bajos, Italia y Francia, con ligera incidencia en el noreste español, como los cátaros. El catarismo sería aplastado en una cruzada en el sur de Francia, de repercusión histórica sobre España.

Una particularidad de este período fue la recuperación de leyendas y cantares de gesta germánicos, vikingos o celtas propios de la Edad de Supervivencia o Alta Edad Media, ya aludidos. Por debajo de la cultura oficial cristiana, numerosos relatos de aquellos brumosos tiempos habrían sido transmitidos oralmente, con más o menos fidelidad e incrustaciones, por

bardos o juglares, en las plazas públicas o tal vez en los palacios. Así había ocurrido como, veinticuatro siglos antes, con las leyendas que dieron lugar a la *Ilíada* y la *Odisea*, aun sin llegar a la calidad de estas. De no haber sido puestas por escrito, aunque fuera muy tardíamente, esa literatura oral habría terminado por perderse enteramente. Gracias a esos escritos y recreaciones nos han llegado obras como *Beowulf*, los *Nibelungos*, la *Chanson de Roland*, las sagas escandinavas o «la materia de Bretaña», con el ciclo del Rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda, desarrollada por el francés Chrétien de Troyes o el galés Geoffrey de Monmouth; o las leyendas irlandesas de la heroína *Deirdre* —semejante a la de Tristán e Isolda— del ciclo del Ulster; o las galesas de Aneirin y Taliesin. El tono trágico y al mismo tiempo objetivo del bardo Aneirin, que narra una desastrosa derrota celta frente a los anglos, resalta en descripciones como esta: «Un hombre en valor, un muchacho en edad / bravo en el fragor del combate (…) Antes de llegar a su banquete de bodas/ su sangre regaba la tierra/ antes de poder enterrarle/ era pasto de los cuervos».

El carácter de estas obras —a medias el cantar francés— es eminentemente pagano, aunque, por la época en que fueron llevadas a texto, incluyan referencias cristianas o aborden la búsqueda del Santo Grial: la copa en que habría bebido Jesús en la última cena, dotada de poderes mágicos. La historia de Tannhäuser expresa una absoluta seducción sexual en la montaña llamada significativamente Venusberg, y viene probablemente de muy atrás, aunque tome por pretexto un poeta real del siglo XIII. Estas obras ejercerán, más en unas épocas que en otras, una intensa fascinación sobre la cultura europea.

Para España, el héroe épico por excelencia será cristiano: el Cid Campeador. Sus hazañas lo convirtieron en una leyenda generadora de abundante literatura, desde la *Historia Roderici*, o el *Carmen Campidoctoris*, al más famoso cantar de gesta español, el *Mio Cid* de principios del siglo XIII, y otros menos conservados o perdidos, fundados en una tradición oral iniciada incluso antes de su muerte. Llegó a ser uno de los héroes más celebrados de aquellos siglos en toda Europa. Su proyección legendaria —también con detractores— ha continuado hasta nuestros días, en que sigue siendo objeto de estudios, sobre todo a partir de los clásicos de Menéndez Pidal.

El *Cantar de mío Cid* posee interesantes particularidades de espíritu, comparado con los otros dos más célebres, el de los *Nibelungos* y la *Chanson de Roland*. Al revés que en estos, no trata de personajes trágicos abocados a la muerte por traiciones y venganzas, sino de un héroe triunfante sobre las intrigas y las circunstancias más adversas gracias a su valor, integridad e inteligencia, y a su respeto a unas normas básicas de legalidad y lealtad. Tampoco le achaca el cantar un afán de restablecer la justicia mediante venganzas desaforadas y sanguinarias, tan del gusto del poema germano y, en menor medida, del francés. Ni le atribuye hazañas increíbles ni aparecen milagros a cada paso, como en la *Chanson*, pues hay en el *Cantar* una verosimilitud esencial. Resulta este, pese a sus invenciones, más histórico que los otros, quizá por ser mucho más cercano a los hechos. El Cid aparece como noble de menor alcurnia, más próximo y simpático al pueblo llano frente a los grandes magnates, pretenciosos y altaneros pero menos valerosos, cuando no cobardes; y frente al propio rey: «Buen vasallo si hubiese buen señor». Como hombre amante de su esposa y sus hijas, deferente

con sus soldados, audaz pero mesurado, que trabaja por su honra y por «ganar el pan» en una situación que habría hundido anímicamente a la mayoría; y ajeno al espíritu de cruzada de la *Chanson*, donde musulmán que rehúsa bautizarse es muerto sin remedio. El lenguaje del poema, menos espectacular y efectista que el de los otros, más seco y sobrio, no pierde por ello eficacia. Estos rasgos le privan de cierta grandiosidad del francés y sobre todo del alemán, y lo hacen más próximo a la sensibilidad actual. Marcan un ideal de caballería, mejor o peor cumplido en la época, pero significativo.

28. TRES BATALLAS DECISIVAS

Apenas entrado el siglo XIII, se sucedieron tres batallas decisivas en los años 1212, 1213 y 1214, una en España y dos en Francia, de repercusión extraordinaria sobre estos y la propia Europa. La primera, en las Navas de Tolosa, acabó definitivamente con el peligro almohade y abrió paso a una intensificación de la reconquista. La segunda, en Muret, sur de Francia, empujó a la corona de Aragón a apartarse de los asuntos franceses para concentrarse asimismo en la reconquista. Y la tercera, en Bouvines, norte de Francia próxima al paso de Calais, determinó posiblemente la subsistencia de Francia como nación.

En España, los almohades no habían sabido explotar a fondo su victoria en Alarcos (1195), más que con expediciones punitivas y desarticulación de la frontera organizada por las órdenes militares. Ello aparte, se estableció una tregua de diez años. Con todo, la sombra almohade no había cesado de crecer y adensarse, y el derrotado Alfonso VIII de Castilla trataba de resarcirse una vez cumplida la tregua. Para ello buscó con redoblado empeño la ayuda de todos los no bien avenidos reinos cristianos. Le auxilió eficazmente el arzobispo de Toledo, el navarro-castellano Rodrigo Jiménez de Rada, relevante intelectual e historiador y también diplomático y militar, pues algunos obispos participaban en combates. Obtuvo así el apoyo de Aragón y de Navarra, cuyos reyes Pedro II *el Católico* y Sancho VII *el Fuerte* acudieron a la cita. Los monarcas de Portugal y León rehusaron participar, aunque permitieron acudir a voluntarios. Pensando que no iba a ser suficiente,

recabó del papa Inocencio III la declaración de cruzada a fin de atraer todas las mesnadas posibles de Francia y otros países.

Por su parte, el sultán Muhammad al Nasir, *Miramamolín* para los cristianos, entendió el carácter decisivo del encuentro, por lo que llamó a la *yijad* en el mundo islámico, con vistas a recuperar la península, posibilidad abierta si consiguiera aniquilar a los hispanos. Reunió al efecto cuantiosas tropas andalusíes, magrebíes, los temibles arqueros turcomanos, voluntarios de procedencia variada y una gran caballería ligera, que ya había mostrado su destreza en otras lides. El propio Miramamolín estaba protegido por un contingente de élite formado por esclavos negros.

La predicación de la yijad y el esfuerzo empeñado en la recluta de fuerzas ha hecho hablar de cifras de cientos de miles de combatientes, tanto a los cronistas cristianos como musulmanes. Hoy tiende a pensarse que podrían rondar los 30.000 entre peones y caballeros, cifra de todos modos excepcional para las batallas de la época, tanto en España como fuera. En cuanto a los cristianos, el número suele estimarse actualmente en torno a la mitad, una fuerza también poco frecuente.

Miramamolín planteó la batalla crucial esperando en el paso del Muradal o Despeñaperros, adonde esperaba llegasen los cristianos exhaustos tras la dura marcha desde Toledo. En el avance cristiano pronto surgieron discordias con los extranjeros, que saquearon la judería de Toledo y mataron a muchos hebreos, para indignación de Alfonso VIII. El ejército avanzó en verano de 1212 bajo un sol implacable y tomó Malagón, donde los ultramontanos pasaron a cuchillo a los moros, enojando a los españoles, que a menudo —no siempre— respetaban la vida de

quienes se rendían. La conducta más benévola de los españoles decepcionó a los cruzados ultramontanos, y la mayoría de ellos volvió grupas hacia Francia, saqueando a su paso las juderías.

El ejército, mal abastecido y bajo un sol agobiante, avistó a los almohades el 13 de julio, en las Navas de Tolosa, al sur de Despeñaperros. Debía cruzar el desfiladero de La Losa, empeño suicida pues lo guardaban bien los moros, que retrasaban el choque para aumentar las penurias cristianas. Alfonso temió que demorarse buscando un paso mejor provocaría deserciones masivas. En tal dilema, un pastor lugareño indicó a Diego López de Haro, señor de Vizcaya, un paso fatigoso pero desguarnecido (*Paso del Rey*), y los españoles pudieron acampar cerca del enemigo. El 16 de julio tuvo lugar la batalla, una de las mayores en la península. A López de Haro, jefe de la vanguardia, le rogó su hijo: «Padre, que lo hagáis de modo que no me llamen hijo de traidor, y que recuperéis la honra perdida en Alarcos»; replicó López: «Os llamarán hijo de puta, pero no hijo de traidor». Los ritos habituales entre los cristianos, la misa y la absolución, calmaron la angustia de los soldados, aguda antes del combate en que exponían la vida y la seguridad de su patria y sus familias. Hasta liberarse en la carga al grito de «¡Santiago!».

Un primer choque dejó a los hispanos en posición difícil, y el rey castellano dijo al arzobispo de Toledo: «Vos y yo aquí muramos». Pero los tres monarcas: él mismo, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra, cargaron con caballería pesada y rompieron las líneas enemigas. Parecen haber sido los navarros quienes primero alcanzaron la tienda de Miramamolín, superando las cadenas que la rodeaban (por esa gesta, las cadenas pasaron al escudo de Navarra, según la leyenda, hoy discutida), y entre todos acabaron con los defensores. Los moros

se desbandaron, ofreciendo a los cristianos una fácil carnicería. Los vencedores masacraron a la población de Baeza y Úbeda, pues los clérigos condenaron los tratos con el enemigo.

La importancia de aquella batalla no podría exagerarse. De haber vencido los almohades, la barrera castellana se habría hundido, con efectos incalculables; al ocurrir lo contrario, los pasos hacia Andalucía quedaron abiertos, el peligro de grandes invasiones desde el Magreb quedó conjurado definitivamente, aunque todavía habría un episodio grave, si bien menor. En un sentido, las Navas de Tolosa culminaban el proceso abierto en Covadonga. Con todo, no fue posible explotar a fondo la magna victoria, porque por entonces se sucedieron sequías y heladas que sumieron al país en la hambruna a ambos lados de la frontera, paralizando por un tiempo las operaciones. Las hambres, a menudo complicadas por pestes eran recurrentes en España y fuera.

Los almohades perdieron prestigio y cundieron las rebeliones de tribus benimerines en el Magreb. Miramamolín, deprimido, marchó a Rabat, renunció al poder y murió, al parecer envenenado; y siguieron luchas por el poder hasta hundir el imperio. Al declive almohade ayudaron los beduinos hilalíes venidos del alto Egipto, que avanzaban de modo disperso, saqueaban ciudades y con sus rebaños arrasaban los cultivos. El gran intelectual Abenjaldún los describiría como «nube de langosta que destruía cuanto hallaba a su paso», aunque algunos estudiosos modernos reducen la magnitud de la catástrofe. La presión almohade sobre España había comenzado en 1148, y durado aproximadamente unos sesenta años, como la de los almorávides.

Cabe subrayar que si en el occidente del Mediterráneo las

armas cristianas contenían y rechazaban al Islam, en el lado oriental todo iba mucho peor. La cuarta cruzada, convocada por Inocencio III en 1202, al tiempo que estallaba la guerra entre Francia e Inglaterra, no alcanzó su objetivo de Tierra Santa. Una densa serie de complicaciones políticas entre Venecia, los bizantinos, Hungría, el Sacro Imperio y los Balcanes desembocó en la toma y saqueo de Constantinopla por los cruzados, en 1204. Salió de ahí un Imperio latino durante algo menos de medio siglo. Los bizantinos se refugiaron en el Imperio de Nicea, en el oeste de Anatolia (casi todo el resto estaba bajo dominio turco) y en 1261 consiguieron expulsar a los cruzados y restablecer su poder en la parte europea. Bizancio ya no cesaría de decaer hasta su final en el siglo XV, manteniéndose más que nada gracias a las divisiones entre los propios islámicos.

En las Navas de Tolosa participó Pedro II *el Católico*, rey de Aragón y conde de Barcelona, nacido en Huesca, hijo de Alfonso *el Casto* y de Sancha de Castilla. Su presencia en las Navas fue un episodio excepcional, porque su atención y acciones se dirigían de preferencia a la enrevesada y costosa política occitana, tras los Pirineos, dejando en segundo término sus dominios peninsulares, aunque no dejó de planear la toma de Valencia, sin llevarla a cabo.

Y en los territorios transpirenaicos chocaban los intereses de Tolosa (Toulouse), los de Aragón, los de Foix, los del rey francés y los de Inglaterra, formando un complicado rompecabezas de posesiones y vasallajes entremezclados. Y allí tomaba impulso la herejía cátara, llamada también albigense, por la ciudad de Albi, uno de sus centros mayores. Esos centros fueron denominados por la Iglesia sedes de Satán. Por razones poco claras, los nobles de la región, incluso Pedro *el Católico*, que se había declarado

vasallo de la Santa Sede, favorecían ese movimiento a pesar de sus creencias anticristianas y proclives al suicidio no solo individual sino social. Aparentemente su rígido ascetismo, combinado no muy paradójicamente con orgías, atraía a gentes tanto por esa permisividad lasciva como por el contraste con la opulencia exhibida por el clero, motivadora de repulsa popular. El anticlericalismo estaba muy presente en aquellas sociedades, por supuesto también en la española.

El papa Inocencio III ordenó predicarles para convertirlos a la Iglesia, pero los resultados fueron pobres, y los predicadores cátaros, a menudo muy instruidos en el Evangelio, conseguían desarmar dialécticamente a los legados de Roma. El clima se enrareció hasta que en 1208 un legado papal, Pierre de Castelnou, murió asesinado por orden del conde de Tolosa. La reacción papal fue declarar una cruzada para resolver de una vez el problema. Al llamamiento papal respondieron el francés Felipe II Augusto y numerosos nobles del norte de Francia, dirigidos por Simón de Montfort, y por el contrario se opusieron *el Católico* aragonés, vuelto de las Navas, y los condes de Tolosa, de Foix y otros hasta entonces rivales. Los cruzados perpetraron la célebre matanza de Béziers, en 1209. Al legado papal, el abad cisterciense Arnaud Amaury, se le atribuye la célebre frase, cuando le consultaron sobre cómo distinguir a los cristianos de los cátaros: «Matadlos a todos. Dios reconocerá a los suyos», dicho que algunos historiadores ponen en duda.

Pedro II y sus aliados colisionaron con los cruzados en Muret, cerca de Tolosa, el 13 de septiembre de 2013. El ejército cruzado no superaría los 2.000 hombres y el opuesto los triplicaba, pero el de Montfort acertó a desbandar a los de Pedro con una impetuosa embestida por sorpresa, matando al propio

monarca, que de este modo murió excomulgado. El hijo de este, Jaime I *el Conquistador*, haría sobre él una declaración de principios: «Así murió nuestro padre, como siempre hizo nuestro linaje en las batallas que hicieron o haremos, vencer o morir». Y Simón de Montfort se adueñó de los territorios antes propiedad de Aragón directamente o por vasallaje, salvo Montpellier. De este modo, Francia se asentó firmemente en la zona, bloqueando la expansión aragonesa por ella.

De haber vencido Pedro, parece probable que Aragón se hubiera olvidado largo tiempo de la lucha contra los moros y quizá la historia de España habría variado un tanto. No siendo así, las energías de Aragón y el condado de Barcelona se orientaron ya definitivamente hacia el levante peninsular, en estrecho contacto con Castilla.

Otra consecuencia de la cruzada anticátara fue la Inquisición, fundada en el sur de Francia y norte de Italia, y pronto introducida en la corona aragonesa contra los residuos albigenses. Esa primera Inquisición, desde 1184, dependía de los obispos, y debía detectar y perseguir a herejes. En aquella sociedad sacudida por constantes pugnas de intereses, desequilibrios e inseguridad, el catolicismo constituía el principal lazo cultural y moral entre sociedades muy diversas, con fuertes residuos paganos. La herejía, fácilmente combinable con intereses oligárquicos, se presentaba como un peligro inminente de fractura social. Esta primera Inquisición apenas tuvo éxito, y ante su ineficacia, el papa Gregorio IX la tomó bajo su control, encomendándola a los dominicos. Estos debían someter a los presuntos herejes a interrogatorio. El interrogatorio como pasaba y pasaría durante siglos en los tribunales corrientes, incluía la tortura, entendida como medio

de obtener confesiones veraces frente a quienes trataban de engañar a los jueces. El castigo se dejaba a las autoridades seculares, de acuerdo con las leyes civiles, lo que puede interpretarse como una hipocresía.

La orden de los dominicos fue fundada por el monje castellano Domingo de Guzmán. Hacia 1204, en viaje a Dinamarca para concertar la boda de una princesa escandinava con Fernando, hijo de Alfonso VIII, conoció a los cátaros, muchos de ellos gente instruida, capaz de debatir de teología, por lo que el castellano resolvió crear una orden de monjes cultos y espíritu flexible para afrontarlos. Retornó a Dinamarca, pero la novia de Alfonso había fallecido, y, vuelto a Occitania, reprendió a los pomposos legados papales: contra los herejes hacía falta una predicación humilde y sencilla, no boato y ostentación de poder. Dos años después de Muret fundó en Tolosa la Orden de los Predicadores con siete compañeros, bajo el lema *laudare, benedicere, praedicare*; envió a cuatro de ellos a España y a tres a París, y él fue a Italia, donde, en Bolonia, fijó la sede de la orden. Agotado por sus esfuerzos y ascesis, murió en 1221 y diez años después el papa confió la Inquisición a su orden. Los dominicos iban a desempeñar un papel histórico de primer orden en el plano intelectual, con derivaciones políticas.

De modo distinto, las Navas de Tolosa y Muret serían batallas decisivas por cuanto cambiaron la evolución histórica de España. Con un resultado distinto, la reconquista se habría visto frenada y posiblemente arruinada por largo tiempo.

* * *

La victoria de Muret no asentó del todo el poder de Felipe II Augusto, quien trataba de reunificar Francia y de asegurar la hegemonía monárquica sobre los magnates. Debido a la

ocupación de Aquitania por Inglaterra, esta y Francia se hallaban en guerra casi permanente desde principios de siglo. Los ingleses llevaron las de perder por un tiempo, provocando descontento de los barones contra su rey, Juan *sin Tierra* sucesor de Ricardo *Corazón de León*. Por ello Juan se alió con el emperador Otón (Otto) IV, del Sacro Imperio Romano Germánico, para tomar en tenaza al Augusto. La alianza amenazaba la subsistencia misma de Francia, con posibilidad de provocar su disgregación. El francés, obligado a combatir en dos frentes, situación que suele abocar a la derrota, dividió su ejército, para afrontar el ataque simultáneo inglés desde el sur y el imperial desde el este. Juan sin Tierra, llamado también *Espada blanda* por su pobre pericia militar, intentó asaltar la fortaleza de Roche aux Moines, en el camino a París, pero al llegar los franceses, guiados por el hijo del Augusto, prefirió retirarse. Por su parte, el rey francés corrió a enfrentarse con el emperador. El encuentro, con tropas muy numerosas, tuvo lugar en Bouvines, cerca de la actual frontera con Bélgica, y tras alternativas indecisas, los franceses ganaron. La derrota de Juan y la de Otón tuvieron lugar entre el 2 y el 27 de julio de 1114.

Esta victoria francesa tuvo enorme alcance: Francia se salvó, el poder monárquico se reforzó y el país gozó de largo período de paz, con pocas alteraciones externas, hasta entrado el siglo siguiente. El Imperio Romano-Germánico, llamado «Sacro», entró en crisis, Otón fue desposeído de su cargo y sustituido por Federico II. Inglaterra perdió sus territorios en el centro y noroeste de Francia, quedándole la parte de Guyena o Aquitania. Más importantes fueron las repercusiones internas: los barones ingleses, hartos de la costosa intervención en el continente y deseosos de afianzar sus privilegios, impusieron a

Juan la *Carta Magna*, que limitaba el poder real a favor de la nobleza. Parece que la iniciativa partió del cardenal Stephen Langton, quien reunió a numerosos oligarcas para exigir la limitación de los poderes regios y ampliar los propios, con la suposición de que antes de la invasión normanda de 1066 había en Inglaterra unas normas más liberales hacia los nobles. Por eso tuvo algo de revuelta de la nobleza sajona contra la normanda y, con algún tiempo, del idioma inglés contra el francés.

La Carta Magna entra en las características luchas entre el poder de los monarcas y el de los grandes señores, que en Francia habían provocado situaciones anárquicas y llevado al país al borde de la desintegración. De ahí que la reacción monárquica francesa, al contrario de la inglesa, tendiera a un creciente absolutismo. Por lo común, también en España, el pueblo llano prefería el poder regio al de los señores, cuya cercanía lo hacía más arbitrario y opresivo. La Carta Magna permaneció como una ley típicamente feudal. Difería de las Cortes en España, pues estas admitían a representantes de las ciudades o «burgueses», cosa que en Inglaterra no ocurriría hasta 1264.

Juan firmó la Carta, pero se desdijo, ocasionando dos años de nueva guerra civil hasta que, muerto en 1216, le sucedió su hijo Enrique III, niño aún, a quien los barones hicieron firmar en 1225 una nueva Carta que garantizaba la independencia eclesial y las libertades feudales. Lo perdurable de ella fue el *habeas corpus*, por el cual los acusados debían ser presentados al juez y juzgados por sus pares, para evitar detenciones arbitrarias por el rey u otros poderes (un precedente fue la ley hispano-goda del X Concilio de Toledo). La Carta Magna, no muy cumplida, sería un documento inspirador en el futuro, al que

suele atribuirse la evolución del parlamentarismo inglés.

Así, en tres años sucesivos se libraron en Europa tres batallas clave: la de las Navas de Tolosa, en 1212, liberó definitivamente a España y en segundo plano a Europa, de invasiones islámicas por el oeste; la de Muret, en 1213, aseguró a Francia la Occitania y empujó a Aragón hacia el sur y el este; y la de Bouvines, al año siguiente, garantizó la supervivencia de Francia, expulsó a los ingleses de la mayor parte del país e hizo nacer la Carta Magna, tan relevante en la historia posterior de Inglaterra.

* * *

Mientras estas cosas ocurrían en el Occidente europeo, por las inmensas estepas del Asia central fraguaba una tormenta, una oleada destructiva peor que la de los magiares, pareja a la de los hunos de siete siglos antes, que podía haber invertido la evolución europea desde las invasiones bárbaras. Un jefe mongol, Gengis Kan, se impuso sobre otros rivales y preparó un ejército disciplinado y móvil, basado en la caballería y los arqueros montados, hábil en tácticas de envolvimiento y con una avanzada ingeniería de asedio a ciudades. Cultivó la guerra psicológica sembrando el terror mediante tales matanzas que paralizaban literalmente muchas resistencias. Ansioso de hacerse inmortal, permitió todas las religiones, esperando le ayudasen a ello. A su mando, los mongoles cayeron sobre pueblos nómadas y civilizaciones adelantadas, aplastarían Persia y dominarían a China hasta crear el imperio terrestre más vasto de la historia. Al morir Gengis, en 1226, su ejército asomaba a Europa por el mar Caspio.

Su sucesor, Oguedei atacó al Extremo Oriente, hasta el Pacífico, mientras su general Batu, secundado por Subotai, uno

de los estrategas y tácticos más descollantes de la historia, marchaba sobre Europa. En 1237 vencía a los búlgaros y pueblos de las estepas y alcanzaba Rusia por Riazán, cuya población exterminó. Tres años más tarde, después de asolar la mayor parte del espacio ruso, incluyendo el próspero y fuerte reino de Kíef, avanzó sobre Polonia, Bohemia, Hungría y Rumania. En 1241 aniquiló en Legnica a una coalición de polacos, alemanes y moravos; poco después se asomó al Adriático y puso sitio a Viena. Ningún poder europeo parecía estar en condiciones de frenar a unas hordas militarmente muy expertas, pero entonces falleció Oguedei, y Batu debió volver a las profundidades de Asia para tomar parte en las luchas por el poder: un suceso tan casual quizá salvó al Occidente europeo.

Menos suerte tendría el mundo eslavo. La Horda Dorada mongol-turca, islamizada a principios del siglo siguiente, ocupó desde Crimea al mar de Aral, y del alto Volga al Caspio, e hizo tributarios a los pueblos del entorno, hasta el norteño de Nóvgorod (al cual auxilió contra la Orden teutónica, vencida en 1242 por el héroe ruso Alexandr Nevski). La presión de la Horda condicionaría a Rusia durante más de dos siglos.

29. FIN VIRTUAL DE AL ÁNDALUS Y PRIMACÍA DE CASTILLA

Sería Jaime I el Conquistador, hijo de Pedro II de Aragón y de su preterida esposa María de Montpellier —la cual, para concebirlo, habría engañado a Pedro haciéndose pasar en la oscuridad por una amante suya—, quien encauzase a Aragón contra el Islam, abandonando la aventura occitana. En 1229 Jaime conquistó Mallorca, que repobló con un corto número de catalanes, pues los musulmanes fueron exterminados, esclavizados o huyeron, si bien debieron de quedar algunos mozárabes. Mallorca, ganada por la flota catalana, fue titulada reino, mientras Cataluña mantenía el rango inferior de conjunto condal. Entre 1232 y 1245, Jaime ocupó finalmente Valencia, tan ambicionada por Aragón y la misma Castilla desde tanto tiempo atrás. Y también la hizo reino, contra el deseo de los nobles aragoneses, que deseaban extender su autoridad hasta el Mediterráneo. Esta medida dejó un tanto encajonado al mismo Aragón, como había pasado antes con Navarra, privándola de una zona propia de avance al sur. La corona en su conjunto seguía llamándose de Aragón, ya que del reino de Aragón había partido la iniciativa de reconquista, pero en adelante las zonas más dinámicas de la corona serían Barcelona o más ampliamente Cataluña, pasando luego la supremacía a Valencia.

En 1244 el Conquistador repartió con Castilla (tratado de Almizra), la futura expansión, pasando Murcia a la zona castellana. Y renunció a Occitania, salvo Montpellier, por el tratado de Corbeil, en 1258, con Luis IX *el Santo* de Francia;

asimismo, Luis olvidó sus pretensiones de soberanía sobre Aragón y Cataluña derivadas de la antigua Marca Hispánica.

La política de Jaime I ha suscitado polémicas sobre la «catalanidad» del rey y sus empresas. El término «catalanes» usado por primera vez en el siglo XII para denotar a los habitantes del condado de Barcelona, lo popularizaron los trovadores del XIII. El propio Jaime era medio aragonés medio occitano, casó con una princesa castellana, Leonor, y después con la húngara Violante, y nunca hizo reino a Cataluña. Sin embargo, sus empresas en Mallorca y Valencia fueron más que nada catalanas, debido al peso de Barcelona, donde instaló la corte y la cancillería. La relevancia de la ciudad aumentaba porque, al culminar la reconquista de Levante, se abría el Mediterráneo a las empresas navales. El comercio, barcelonés sobre todo (sal, oro, especias, esclavos…), abarcaba el norte de África, Bizancio y Palestina. De él nacieron sociedades mercantiles «consulados del mar», y el *Llibre del Consolat del Mar* de Barcelona, codificado más tarde y uno de los primeros códigos de leyes y reglamentos de ese tipo.

En 1264, la taifa de Murcia, tributaria de Castilla, se sublevó contra esta, respaldada por Granada y los magrebíes. La reina castellana Violante, esposa de Alfonso X *el Sabio* e hija de Jaime, pidió auxilio a su padre, el cual, con tropas aragonesas y castellanas, conquistó Murcia para Castilla. Muchos musulmanes «(mudéjares») emigraron de la región. En 1269 Jaime intentó una cruzada a Tierra Santa, pero las tormentas dispersaron su flota. Insistió en 1274, y se reunió un Concilio en Lyon, pero ante las vacilaciones de los demás poderes implicados, se retiró diciendo: «Por lo menos hemos dejado bien alto el honor de España». Dictó su propia biografía, el *Llibre dels*

fets, primera crónica regia escrita en catalán. Pero no reforzó la cohesión de la corona, pues a su muerte, en 1276, distribuyó los reinos y condados entre sus hijos, cada uno con sus propias Cortes (salvo Mallorca), en lugar de las anteriores unitarias, y solo con un ligero velo de unidad entre ellos.

* * *

El éxito de las Navas de Tolosa propició a su vez el esplendor de Castilla-León bajo Fernando III el *Santo* y Alfonso X el Sabio, coetáneos de Jaime I. Al principal vencedor de las Navas le sucedió el efímero Enrique I, hijo suyo y de Leonor Plantagenet. A continuación, quedó como reina su hermana Berenguela, también exreina consorte de León, que en 1217 cedió el reino al que sería Fernando III el Santo, hijo de ella y de Alfonso IX de León y de unos dieciocho años. Fernando realizó un hecho trascendental: la reunificación de Castilla y León. En 1230 falleció su padre, el leonés Alfonso IX, dejando León a sus hijas Blanca y Dulce, que había tenido con Teresa de Portugal; pero las dos aceptaron, a cambio de compensaciones, ceder el reino a su hermanastro Fernando. Acuerdo histórico, pues la unión, ya nunca más rota, duplicó la potencia española frente a Al Ándalus.

A su vez, después de las Navas rebrotó entre los andalusíes el espíritu de taifa, y Fernando lo aprovechó para capturar plazas estratégicas con vistas a atacar el valle del Guadalquivir, centro del poderío andalusí y la región más poblada y rica de la península. Una conquista de inmensa repercusión simbólica, pareja a la de Toledo y más que la de Zaragoza, fue la de Córdoba en 1236. Aunque muy decaída después de sus tiempos brillantes del emirato y el califato, Córdoba representaba más que ninguna otra ciudad el poder de Al Ándalus, su gloria

cultural, su despotismo y sus terroríficas aceifas, nunca olvidadas. Habían pasado dos siglos desde su caída tras el apogeo militar de Almanzor.

Más tarde Fernando hizo vasalla a Murcia, ganó Jaén y en 1244 sitió Sevilla, una de las ciudades mayores del mundo mediterráneo. Tardó quince meses en tomarla, con tropas cristianas y musulmanas de Granada, y con la primera gran operación de la marina castellana, cuyo embrión había creado el obispo Gelmírez: las naves de Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y Galicia, al mando del burgalés Ramón de Bonifaz, remontaron el Guadalquivir y desbarataron a la flota islámica. Después volvió a manos hispanas casi toda Andalucía occidental, adonde afluyeron gentes del resto de España y algunos trasmontanos, que no bastaban a repoblar el vasto territorio. Los inmigrados preferían las ciudades al agro, y la mayor extensión del campo mal poblado se repartió entre las órdenes militares, la nobleza y el clero, origen del latifundismo andaluz y extremeño. Quedaron comarcas de mudéjares a quienes se permitió conservar religión, lengua y costumbres, pero tuvieron que dejar Sevilla y la mayor parte de la región: muchos fueron a Granada, reforzándola, o al Magreb, pues Al Ándalus se había convertido en una dependencia del norte de África, creándose una continuidad económica y cultural a través del estrecho.

Estas operaciones marcaron el fin virtual de Al Ándalus: quedaba en poder musulmán una zona pequeña y la taifa de Granada, reducida a tributaria de Castilla y obligada a participar en sus empresas bélicas contra otros andalusíes. Ahora parecía factible a los hispanos atacar a su vez al Magreb, de donde habían partido tantas invasiones a la península: inversión casi total de lo ocurrido en Guadalete, cinco siglos y medio antes.

Sin embargo, tal esperanza iba a demostrarse prematura una vez más. Además, Granada, por sí sola, tenía alguna semejanza con Asturias, por la fragosidad de sus zonas montañosas y se demostraría difícil de conquistar. Lo cual no se intentaría en serio hasta dos siglos largos más tarde.

Fernando III fue devoto de Santiago y cumplidor de sus pactos, y sería canonizado al igual que su primo Luis IX de Francia. Falleció en 1252, con cincuenta y un años, cuando preparaba una expedición al norte de África. Había tenido diez hijos de su esposa Beatriz de Suabia y cinco de su segundo matrimonio con la francesa Juana de Danmartin, pero no dividió ya el reino, sino que declaró heredero al primogénito, Alfonso, que reinaría como Alfonso X, el Sabio.

Alfonso X, igual que su padre, destacó por su labor cultural y por iniciativas como la fundación del Honrado Concejo de la Mesta, uno de los gremios mayores de Europa, de la mayor repercusión en la historia comercial castellano-leonesa. Al avanzar la reconquista se había organizado la trashumancia de ovinos desde los montes del norte a los pastos extremeños y andaluces. Los conflictos entre pastores y labriegos se solventaron mediante normas y conductos de ganado (cañadas, cordeles…). La excelente lana de las ovejas *merinas*, criadas solo en España, originaba ya ferias de renombre con alcance a otros países.

En política, Alfonso fue inferior a su padre. Fundó localidades en el centro y norte del país para socavar el poder oligárquico y trató de uniformizar las leyes, fragmentadas por los fueros; pero logró imponer su autoridad solo a medias, pues sus medidas suscitaron una rebelión señorial y clerical en 1272. A veces se ha tratado a Alfonso X de iluminado e irrealista, pero

sus reformas estaban bien enfocadas. Su acción se vio distorsionada por su aspiración a emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico, debido a ser su madre la Hohenstaufen Beatriz de Suabia. Pero el papado le rechazaba y el inglés Ricardo de Cornualles se le adelantó, aunque tampoco alcanzaría el cargo. Alfonso persistió hasta 1275 y gastó gruesas sumas en el intento, lo cual le obligó a alterar la moneda y dañar el comercio de Castilla, causando vivo descontento. Debe admitirse, no obstante, que la tentación era difícil de resistir cuando se lo proponía una ciudad como Pisa, la mayor potencia naval mediterránea, llegando a apoyarle la mayoría de los príncipes electores. El Sacro Imperio vivía por aquellos años un interregno, que se resolvería en 1273 con el fin de la dinastía Staufen, sustituida por la Habsburgo en la persona de Rodolfo I. La nueva casa imperial llegaría a tener un protagonismo máximo en España, pero para ello habían de transcurrir aún unos dos siglos y medio.

Contra los musulmanes, *el Sabio* acabó de ocupar Andalucía occidental (al parecer, en el sitio de Niebla los moros emplearon por primera vez la pólvora) y afrontó en 1264 la mencionada y masiva revuelta mudéjar en Murcia y Andalucía: sofocarla exigió los esfuerzos conjuntos de Alfonso y de Jaime durante dos años. La rebelión, debida al incumplimiento de pactos por los cristianos fue apoyada por Granada y el Magreb. Y es que hacia mediados del siglo se había consolidado un nuevo imperio bereber tras la caída del almohade: el sultanato benimerín (*Banu Marin*). Este reanimó las esperanzas de Granada, que cedió Algeciras a los benimerines para que organizasen correrías por las proximidades cristianas. El optimismo era tal que hacia 1275 el sultán Abú al Hasán expresó su decisión de recobrar la tierra

hispana y repartirla entre los muslimes.

Y los planes alfonsinos de contraatacar al Magreb no tuvieron más resultado que la captura momentánea de Salé, un muy activo foco de piratería, bastante al sur en la costa atlántica de lo que sería Marruecos. Tampoco logró Alfonso tomar Algeciras, principal base benimerín en la península, mientras que los invasores iban capturando plazas en torno al Estrecho de Gibraltar, cuyo comercio aspiraban a someter a su control. Se abría, por tanto, un nuevo tiempo de serios retrocesos cuando la reconquista parecía cosa hecha, y la incertidumbre se mantendría varios decenios, hasta bien entrado el siglo siguiente.

El Sabio tuvo mala suerte también con la sucesión. Tuvo once hijos con Violante de Aragón y Hungría, hija de Jaime I, y otros cuatro bastardos, y el heredero, Fernando de la Cerda, murió prematuramente. Según la costumbre castellana debería reinar el hijo segundo, Sancho, pero se suscitó un conflicto al presionar Violante y el rey de Francia, Felipe III, a favor de un hijo del difunto heredero, de quien era tío el francés por vía materna. Ante estas presiones, Sancho se rebeló contra su padre *el Sabio*, y este lo desheredó. Aislado de la mayor parte de la nobleza, *el Sabio* se alió con los benimerines contra su hijo, pero falleció en 1284, acosado en Sevilla, y Sancho llamado *el Bravo*, IV de Castilla, recibió por fin la corona.

* * *

De los otros dos reinos hispanos, Portugal y Navarra, el primero terminó en 1250 su avance al sur, conquistando el Algarbe y prosiguió sus querellas con León. El monarca luso Alfonso II rompió la cordialidad hacia la Iglesia, que tanto había ayudado a la independencia del reino: se apoderó de bienes

eclesiásticos y el papa lo excomulgó. Su sucesor, Sancho II, casó con una castellana, los nobles lo rechazaron y estalló la guerra civil en 1246. Sancho II perdió, y subió al trono su hermano Alfonso III, que completó la ocupación del Algarbe. Convocó en 1254 las primeras Cortes con representación urbana, entró en conflicto con el clero y rompió el vasallaje a Roma. Trasladó la capital de Coímbra a Lisboa, que ya era un centro comercial de notable actividad, gracias a su posición sobre el tráfico creciente entre el Mediterráneo y el Atlántico; comercio facilitado por el invento portugués de la carabela, navío más adaptado que ninguno anterior al Atlántico. En 1263 quedaron firmes los límites de Portugal al renunciar Alfonso X *el Sabio* al Algarbe.

En Pamplona se extinguió la dinastía Jimena, sucesora de la de los Arista, al morir sin hijos Sancho el Fuerte en 1234. Navarra pudo entonces reintegrarse a Aragón, pues Sancho así lo había pactado con Jaime I, pero los nobles prefirieron a Teobaldo, vasallo del rey francés, que inauguró la dinastía de Champaña en Navarra, y el reino pasaría a girar en torno a Francia durante cerca de tres siglos, alejándose así políticamente de los otros reinos españoles, aunque su cultura y lengua (predominando el romance navarro, muy próximo al castellano, salvo en las montañas vasconas del norte, donde se hablaba vascuence) seguían teniendo carácter hispano. Teobaldo, llamado *el Trovador* (los trovadores, a diferencia de los juglares, solían ser de clase alta), reorganizó el país y las leyes en el *Fuero General*, que, en la estela del Fuero y las Cortes de León, debilitaba el poder regio, como también ocurría en Inglaterra y otros países.

* * *

Las hazañas políticas y bélicas de Fernando III y las menos venturosas de su hijo, Alfonso X *el Sabio* señalan avances determinantes en la reconquista y también el auge de Castilla como principal motor político y cultural de la España de entonces. Fernando, aficionado a la literatura y la música y gran promotor de la cultura, se rodeó de doce consejeros «sabios», destacando entre ellos Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo, intelectual y también militar; y favoreció la construcción de las grandes catedrales góticas de Burgos y León, que cuentan entre las más emblemáticas de Europa. No menos importante, dio oficialidad al castellano, al hacer traducir, con el nombre de *Fuero Juzgo*, el *Liber iudiciorum* visigótico para aplicarlo en las nuevas zonas reconquistadas; y comprendió el valor de las universidades, apoyando en especial a la de Salamanca, fundada en 1218, la cual no dejaría ya de ser durante muy largo tiempo el mayor centro intelectual de toda España, al modo de Oxford o París en Inglaterra y Francia si bien, característicamente, con menos impulso especulativo. Este mero conjunto de acciones certificaba un impulso cultural de gran alcance, en contraste con la esclerosis de la cultura islámica, antaño brillante. España se incorporaba al auge de las universidades, habiendo sido la primera la de Palencia, de 1008, contemporánea de la de Cambridge, aunque duraría poco. Más tarde seguirían las de Valladolid, Murcia, y a finales de siglo o principios del siguiente, la de Coímbra (1290) en Portugal y Lérida (1300) en Aragón.

Y Alfonso X el Sabio, excelente poeta y músico, protegió también los Estudios Generales o Universidad de Salamanca y concibió un vasto programa intelectual, con obras monumentales como la inacabada *Grande e General Estoria* del

mundo desde sus orígenes bíblicos, y la *Estoria de España*, apoyada en los trabajos de los obispos Lucas de Tuy (*Chronicon Mundi*) y Rodrigo Jiménez de Rada (*De rebus Hispaniae*) y otras fuentes. La *Estoria* reforzaba el goticismo, que Castilla no había compartido antes con la intensidad de León. Así, Castilla pasaba a heredar a los godos para reunificar a España evitando las luchas intestinas que habían perdido al reino de Toledo.

Para estas y otras obras reunió Alfonso un grupo de sabios judíos, cristianos y muslimes, al estilo de la Escuela de Traductores, para verter al castellano libros de astronomía (origen de las *Tablas alfonsíes*), de astrología, fábulas de fuente india como *Calila e Dimna*, o el *Libro de los juegos*, la más antigua descripción conocida del ajedrez. Un círculo de juristas elaboró el *Código de las Siete Partidas*, para uniformar la ley, pues la repoblación había creado exceso de fueros y privilegios que sus usuarios consideraban sus «libertades». El *Código*, por sus razonamientos filosóficos, teológicos y morales, constituye una de las máximas aportaciones hispanas a la historia de la legislación. Otra novedad fue su escritura en lengua vulgar, no usada antes en Europa para estos fines. Su aplicación, así como la del *Fuero Real*, desarrollo del *Fuero Juzgo*, en pro de la uniformidad legal y el comercio, topó con oposición en Castilla. Aun así, se impondrían con Alfonso XI y seguirían en vigor durante siglos en Castilla y América.

Estas y otras iniciativas formalizaban la lengua castellana, que se hizo la más culta de la península. Castilla, incorporada a la reconquista algo tarde y en posición subordinada, estaba absorbiendo de hecho a León y convirtiéndose en el reino peninsular más fuerte.

El Sabio escribió también obras en gallego. En este siglo

tomó auge la lírica galaicoportuguesa, más propiamente galaica, pues surgió en la antigua Gallaecia, al norte del Duero. Sus *cantigas de amigo*, puestas en boca de mujer, entroncan con las jarchas mozárabes. Otras, las de *amor* o las de *escarnio y maldecir* proceden de la poesía trovadoresca provenzal, con la que había comenzado la lírica europea a finales del siglo XI. El estilo trovadoresco cundía también por Cataluña, por lo común en lengua occitana. A Galicia llegaría por el Camino de Santiago, sin haber cuajado en los tramos de Navarra, Castilla o León. Tema de la refinada y algo rebuscada poesía provenzal es el amor por mujeres casadas, ausente en la galaica. Esta, más de juglar que de trovador, suele expresar la queja de la mujer por la ausencia o la infidelidad del amado, o la separación al amanecer, con alusiones a la naturaleza (fuentes, aves, mar, árboles…) y un tono melancólico y añorante. De uno de los juglares más famosos, Martín Códax, son cantigas como la que empieza: *Quantas sabedes amar amigo/ treides comig'a lo mar de Vigo/ E bannar nos emos nas ondas.*

Los juglares galaicos viajaban por la península y en Castilla tuvieron imitadores que componían en gallego, el cual se hizo la lengua de la lírica en casi toda España hasta finales del siglo XIV. Los reyes Alfonso *el Sabio* y Dionisio I *el Labrador*, de Portugal, escribieron buenas cantigas. Alfonso quizá les cobró afición por haberse criado un tiempo en Orense. Las *cantigas de escarnio* son alusivas, con palabras de doble sentido y sin nombrar al atacado; las de *maldecir* más injuriosas y obscenas, citan a veces a la víctima. Recuerdan a los epigramas de Marcial y, como estos, ofrecen pinturas de época.

Predominaba en Castilla la poesía épica: de mediados de siglo es el *poema de Fernán González*, referido a sus orígenes

condales: «Entonces era Castiella un pequeño rencón», desde el que llegó a ser el reino mayor de España, claro heredero del reino godo. Nació allí el *mester de clerecía*, forma poética escrita en castellano en cuaderna vía y compuesta por clérigos o personas cultas que proclamaban su superioridad sobre la *juglaría*. Las muestras más antiguas, el *Libro de Alexandre*, historia fabulada de Alejandro Magno, y el *Libro de Apolonio*, al estilo de la novela bizantina de aventuras algo confusas, buscaban deleitar e instruir moralmente. El primero exponía el ideal del rey generoso, sabio, religioso, guerrero y buen gobernante. Los comentarios son a veces algo estupefacientes, como cuando narra los prodigios que acompañaron a su nacimiento o hace reflexiones sobre la injusticia divina que parece beneficiar siempre a los malos:

El primer poeta conocido del mester de clerecía fue el monje riojano Gonzalo de Berceo. Su obra, de tema religioso, suele reinterpretar o traducir textos escritos en latín, a los que da un toque personal y costumbrista, para ilustrar a los campesinos. Renovó la lengua mezclando cultismos y expresiones de juglaría, y empleó algunas palabras vascas, por cruzarse en la zona las dos lenguas. *Los Milagros de Nuestra Señora*, su poema célebre, canta las ventajas espirituales y prácticas de la devoción a la Virgen.

Figura intelectual descollante en España fue el mallorquín Ramón Llull o Raimundo Lulio, teólogo, filósofo, místico, cabalista, misionero y poeta. Desdeñado por un tiempo, ha sido revalorizado. Cortesano y rico, dado a la vida trovadoresca, tuvo hacia los treinta años (en 1267) la visión de Cristo crucificado suspendido en el aire. Vendió sus bienes, dejó la fortuna a su mujer e hijos y se acercó a los franciscanos. Para predicar a los infieles aprendió árabe de un esclavo moro, y latín, filosofía y

gramática en un monasterio. Después fue a Roma a proponer una nueva cruzada. Desoído, viajó por el Imperio, Francia, Tierra Santa y norte de África, y escribió copiosamente. Se libró por poco de ser lapidado por los muslimes, sobrevivió a duras penas a un naufragio en su retorno a Pisa y, ya con ochenta años, volvió a África a predicar, para morir en 1315 en Túnez, a manos de las turbas, siendo rescatado, moribundo, por unos genoveses.

En torno a 1275 empezó a idear su obra más característica, *Ars Magna*, método para alcanzar de modo mecánico la verdad teológica y filosófica (para él coincidían), combinando listas de proposiciones en una lógica deductiva, con la que se aclararía cualquier cuestión y se convencería inexorablemente a los infieles (aunque respetaba el pensamiento árabe y el hebreo, y pensó por un tiempo en integrar las tres fes). Al efecto construyó máquinas que debían aplicarse a cualquier rama del conocimiento. Se ha visto en la idea un precedente de la lógica combinatoria y hasta de la inteligencia artificial (Descartes opinó que servía «para hablar sin juicio de lo que se ignora»). También avanzó métodos racionales aplicables al estudio de las opciones.

Trató asimismo de sistematizar y jerarquizar las ciencias, con afán enciclopédico, esquematizándolas en forma de árbol que representaba desde los principios generales de cada ciencia, a las motivaciones individuales pasando por las estructuras, de acuerdo con el realismo agustiniano o platónico (el emblema del actual Consejo Superior de Investigaciones Científicas español es precisamente el árbol de la ciencia luliano). Propuso y logró en parte la creación de cátedras de hebreo, arameo y árabe en las universidades de Salamanca, Bolonia, París y Oxford, a fin de

evangelizar el Oriente.

Su novela, *Blanquerna*, describe el viaje espiritual de un personaje desde la vida de casado hasta ser papa y más allá, hasta la contemplación aislado del mundo. Frente al racionalismo de Averroes propuso una filosofía activa, de espíritu caballeresco y místico, pues la predicación debía complementarse con las armas. Escribió en latín, árabe y mallorquín, siendo el primer autor europeo en escribir filosofía en romance. Por ello suele considerársele fundador de la lengua literaria catalana.

* * *

Las lenguas habladas en España, debido al modo como había avanzado la lucha contra Al Ándalus, eran once: mozárabe, gallego, portugués, leonés, castellano, navarro, aragonés, catalán, valenciano, mallorquín y vascuence. Todas hijas del latín, emparentadas y comprensibles entre sí con poco esfuerzo. Salvo el vascuence, dialectizado al punto de que los hablantes de una comarca podían entender mal a los de otra, por lo que los vascos tomaron el castellano como lengua de comunicación y cultura (la unificación del vascuence o *batua* no se ha producido hasta el siglo XX, con el franquismo). El castellano, debido al mayor peso cultural, demográfico, económico y político adquirido en el siglo XIII, fue poco a poco absorbiendo los romances mozárabe, aragonés, leonés y navarro. En cambio, en la franja occidental permanecían el gallego y el portugués, muy próximos entre sí; y en la oriental el catalán, el valenciano y el mallorquín, asimismo muy semejantes. Ello ha originado interpretaciones de proyección política: ¿es el portugués dialecto del gallego, o ambos son formas de un romance común? Y el valenciano y el mallorquín, ¿son dialectos del catalán (a su vez derivado en gran parte del occitano), o lenguas ya habladas en Levante y las islas

por los mozárabes, antes de la conquista catalano-aragonesa? Hay argumentos a favor de ambas tesis, politizadas para invertir o negar el hecho de que los catalanes, como los demás cristianos de la península, se consideraban españoles.

30. AUGE CULTURAL. DOMINICOS Y FRANCISCANOS

Fuera de España, a lo largo del siglo los franceses ganaron sus luchas con Inglaterra. Por la paz de 1259, Luis IX *el Santo* tuvo ocasión de echar a los ingleses de Francia, pero se sintió generoso y les dejó la Guyena —Burdeos— y Gascuña, manteniendo así un foco de nuevas disputas y contiendas. Los reyes franceses perseveraron contra la semidisgregación del país hasta conseguir un poder casi absoluto a finales de siglo, con «el rey de hierro» Felipe IV *el Hermoso.*

En Inglaterra Enrique III se hizo impopular por derrochar recursos en tiempos de hambruna, a fin de ganar para su hermano la sucesión al Sacro Imperio y para su hijo el reino de Sicilia. Un noble francés, Simón de Montfort, hijo del vencedor de Muret, lideró la protesta, y en 1258 limitó el poder regio mediante las *Provisiones de Oxford*. El monarca las rechazó luego, causando otra guerra civil. En 1265, Simón convocó el primer parlamento inglés con inclusión de representantes burgueses y contra el rey. Varios barones de su bando pensaron que iba demasiado lejos y le abandonaron, por lo que fue derrotado y muerto ese mismo año, y su cadáver descuartizado. Suele llamarse a su parlamento el padre de los demás de Europa, pero suena un tanto exagerado.

Eduardo I, sucesor de Enrique y casado con Leonor de Castilla, concluyó en 1284 la conquista de Gales, cuyo último rey, Llywelyn, fue atraído a una reunión y asesinado. Siguió

luchando un hermano de este, que fue capturado y colgado, partido por la mitad, y sus miembros dispersados. También comenzó Eduardo la conquista de Escocia, aunque no la coronaría, frente a la resistencia de William *Braveheart* Wallace.

La autoridad imperial en el Sacro Imperio siguió decayendo, sin por ello cesar sus ataques a los papas, respondidos por estos con excomuniones. Federico II *Asombro del mundo*, sucesor de Otto el de Bouvines y casado en primeras nupcias con Constanza de Aragón y Castilla, hija de Alfonso II de Aragón, fue un emperador escéptico en religión, políglota, patrón de artes y ciencias; vivió casi siempre en Sicilia, marchó a una cruzada y tomó Jerusalén sin lucha. Concedió excesivas competencias a los grandes nobles, lo que terminaría haciendo del Sacro Imperio un estado poco eficiente. Su muerte en 1250 causó el *Gran Interregno*, cuando ningún candidato al Imperio, entre ellos el español Alfonso X, llegó a ejercer. Cuando por fin, en 1273 fue coronado Rodolfo I de Habsburgo, la casa Hohenstaufen fue sucedida por la de los Habsburgo, que tanto había de influir en España después de los Reyes Católicos. Rodolfo renunció a las pretensiones sobre Roma, causa de tantos conflictos entre los Staufen y el papado.

Durante el siglo hubo cinco cruzadas menores. Jerusalén fue recobrada en 1229, solo por quince años. En 1245 San Luis de Francia dirigió la séptima, y terminó apresado con sus tropas en Egipto. Liberado, volvió a intentarlo en 1270 por Túnez, pero la peste los aniquiló a él y a su ejército. En 1291, la caída de Acre desahució a los cruzados de sus últimos enclaves de Beirut, Sidón y Tiro, las antiquísimas ciudades fenicias. Concluyó así una increíble aventura de dos siglos que, aun fracasada, multiplicó el comercio mediterráneo y las finanzas europeas. Y

casi hundió a Constantinopla. El espíritu comercial y aventurero llevó a algunos europeos al corazón de Asia. Un pionero, el veneciano Marco Polo, llegó en 1275 a Pekín y sirvió al Gran Jan mongol.

* * *

En España, a Alfonso *el Sabio* le sucedió su hijo rebelde Sancho IV el Bravo, que encaró revueltas de sus sobrinos los infantes de La Cerda, de su tío Juan y del señor de Vizcaya, Lope Díaz. Ejecutó al último y a cientos de partidarios de Juan, pero este, perdonado, volvió a rebelarse con apoyo de los benimerines, los cuales sitiaron Tarifa. Allí ocurrió en 1296 el episodio de Guzmán *el Bueno*, un militar y diplomático experto, conocedor del Magreb, donde había desempeñado misiones de la corona. Los moros le amenazaron con matar a un hijo suyo si no entregaba la plaza, Guzmán no cedió, el hijo fue asesinado y la plaza defendida, frustrando la invasión benimerín. La fama de su acción, poniendo los intereses generales por encima de sus más sensibles sentimientos personales, perduraría durante siglos en España y fuera de ella.

Sancho buscó amistad con Aragón y apoyó la cultura. Hizo traducir obras del francés como el *Libro del Tesoro*, enciclopedia de historia, ética y teoría política, del florentino Brunetto Latini; o el *Lucidario*, otra enciclopedia poco sistemática basada en el francés Honorio de Autun. Publicó *Castigos y documentos del rey don Sancho*, libro de instrucción sobre el arte de gobernar.

A su muerte en 1295 gobernó como regente su esposa María de Molina, por ser niño el hijo de ambos Fernando IV. María afrontó la subsiguiente anarquía oligárquica apoyándose en los concejos urbanos, y supo parar invasiones de Portugal y Aragón con una sensata política matrimonial: prometió a Fernando con

Constanza, hija del portugués Dionís I, y a su hija Isabel con Jaime II de Aragón. Como hemos ido viendo, los reyes hispanos estaban estrechamente, es decir maritalmente, ligados entre sí, y en aquel siglo abundaron también los matrimonios con princesas de Francia, Inglaterra, Alemania, incluso Polonia o Hungría, y a la inversa. Esas políticas buscaban crear paz, alianza o amistad, a veces unir reinos; aunque, desde luego no siempre lo lograban.

En Navarra, la rivalidad entre Castilla y Francia se saldó con la guerra civil de la Navarrería, en 1276. Tropas francesas aplastaron despiadadamente a los navarros pro castellanos, y el reino se acercó aún más a la órbita francesa.

Por la misma época, de 1276 a 1285, Pedro III *el Grande*, hijo de Jaime I, reunificó la corona de Aragón, dividida por su padre, y gobernó Aragón, Cataluña y Valencia (Mallorca rehusó reconocerle, al principio). Al haber acordado Jaime I que Murcia pasaría a Castilla, la tarea reconquistadora quedaba agotada para Aragón, así que Pedro atendió más que nada al Mediterráneo, con respecto al cual el puerto de Barcelona desempeñaría un papel clave. Pedro rompió el vasallaje al papa y alegó derechos sobre Sicilia por su esposa, Constanza de Hohenstaufen, heredera del rey siciliano Manfredo. El papa Clemente IV, enemigo acérrimo de los Staufen en las luchas entre güelfos y gibelinos, no estuvo de acuerdo, por lo que recurrió al príncipe francés Carlos de Anjou, hombre resuelto que había ocupado Sicilia, hecho cegar a los tres hijos de Manfredo y decapitar a Conradino, otro rival Staufen. Carlos, hermano de Luis IX de Francia, aspiraba a conquistar también Constantinopla, de donde los bizantinos habían desalojado a los franceses en 1261.

Sin embargo, Carlos no era muy querido en Sicilia, y en 1282 la revuelta popular de las *vísperas sicilianas*, en Palermo, Mesina y otras ciudades masacró a los franceses y pidió ayuda Pedro el Grande. El aragonés aceptó de buen grado, derrotó por mar a Carlos, desembarcó en Palermo y fue coronado rey de Sicilia. Su rival huyó a Nápoles, y comenzó la larga pugna entre Aragón y Francia por la posesión de Sicilia y Nápoles.

Otro papa, Martín IV (los papas solían llegar a su cargo ya ancianos, por lo que cambiaban con frecuencia), este francés y prácticamente al servicio de Carlos, había excomulgado al emperador bizantino Miguel VIII Paleólogo, que se resistía a las pretensiones del de Anjou. Y al año siguiente excomulgó también a Pedro, proclamó una cruzada contra él y declaró rey de Aragón a otro francés, Carlos de Valois. Los franceses invadieron Gerona, y Pedro se veía amenazado también por el descontento entre sus propios magnates, debido a los gastos de la expedición a Sicilia. En tal aprieto aplacó los ánimos de los nobles con concesiones, y su flota catalana dirigida por uno de los mejores almirantes de su tiempo, el italiano Roger de Lauria, aplastó a la francesa en 1285, obligando a los invasores a retirarse de Gerona. A continuación, Pedro se dispuso a ajustar cuentas a su hermano Jaime II de Mallorca, que se había aliado a los franceses; y a Sancho IV el Bravo de León-Castilla, que le había prometido ayuda y no había cumplido; pero falleció antes de llevar a cabo su propósito.

El hijo de Pedro, Alfonso III, tomó las Baleares, derrotó nuevamente a los franceses apoyó a la casa de La Cerda, rivales castellanos de Sancho IV, provocando incidentes fronterizos y pactando con los benimerines. En Sicilia, a cambio del levantamiento de la excomunión, prometió arreglar una futura

vuelta de la isla a la casa de Anjou, pese a que los sicilianos preferían a los aragoneses. Murió en 1291 con solo veintisiete años y le heredó su hermano Jaime II *el Justo*, que en 1296 disputó con Castilla por Murcia y Alicante, fracasando en la una y reteniendo la otra. El año anterior, por el tratado de Anagni entre el papa, los reyes de Aragón y Francia, y el hijo de Carlos de Anjou, se levantó la excomunión a los reyes de Aragón, y Jaime se prometió a Blanca, hija del de Anjou, y cedió Sicilia a cambio de derechos sobre Cerdeña y Córcega. Su hermano Fadrique, gobernador de la primera, rechazó el trato, dando lugar a una nueva contienda. Fue preciso un segundo tratado, el de Caltabellota, a principios del siglo XIV, sin que cesasen por ella las trifulcas y reclamaciones.

* * *

Visto en perspectiva, el siglo XIII significó para España hechos tan decisivos como la definitiva reunificación de León y Castilla; la casi eliminación de Al Ándalus, aun con la presencia de Granada y de los benimerines, que no conseguían pasar de una zona pequeña al sur; el vuelco de Aragón hacia la península y el Mediterráneo, abandonando empresas transpirenaicas. Como en ocasiones anteriores, estos movimientos auguraban un impulso unificador de los reinos y la culminación de la reconquista, que además de la expulsión del Islam perseguía la reunificación de los estados españoles como continuidad de la interrumpida nación hispanogoda, cuya inspiración, más o menos difusa o aguda según etapas, justificaba política e idealmente la lucha. Pero, también como en ocasiones anteriores, se impondrían otros derroteros en el siglo XIV.

De no menor consecuencia fue la elevación cultural: el creciente uso de las lenguas romances en literatura, leyes y

pensamiento, la lírica galaica y trovadoresca, la aparición del catalán o el mallorquín como lenguas literarias y la primacía del castellano como lengua culta en la mayor parte del país. Y sobre todo, en el siglo XIII cuajaron las universidades, al igual que en los países próximos y existentes hasta hoy: Cambridge (1209), Salamanca (1218), Padua (1222) Nápoles (1224), Siena (1240), Valladolid (1241) Coímbra (1290) y otras. Algunas como, en España, las de Palencia o Lérida, desaparecerían. Según ya quedó indicado y no sobra recordar, las universidades, creaciones básicamente eclesiásticas, han sido, con algunos altibajos, la columna vertebral del esfuerzo intelectual europeo hasta la actualidad.

Otra novedad, en España y países occidentales, fue la irrupción de dominicos y franciscanos. Hasta entonces el mayor protagonismo había correspondido a los benedictinos, cuyo papel había sido absolutamente invalorable en la muy ardua Edad de Supervivencia y después, con las reformas de Cluny y el Císter. Ambas eran criticadas por su abandono final del principio evangélico de pobreza, y por compartir con la jerarquía eclesiástica una opulencia exhibicionista, siempre provocadora de sentimientos anticlericales y sátiras, cuando no agresiones violentas. Los franciscanos, fundados por Francisco de Asís en 1208, y los dominicos por el español Domingo de Guzmán siete años después, reivindicaban la incitación de Jesús al desprendimiento material y crecieron con rapidez por todo el centro-oeste del continente.

Las dos órdenes llevaron al apogeo la Escolástica y sentaron las bases del pensamiento científico. Suele considerarse aristotélicos a los dominicos, y platónico-agustinianos a los franciscanos, pero los dos combinaron ambas filosofías, si bien

de distinto modo. De los dominicos destacaron Alberto Magno, alemán, y su discípulo Tomás de Aquino, italiano, dedicados a conciliar la fe con la razón y la ciencia. Alberto poseía un saber amplísimo, bien fundado para su tiempo, en astronomía, química, física, zoología y otras ciencias, englobadas por entonces como ramas de la filosofía (Filosofía de la naturaleza). Rechazó el argumento de autoridad y propugnó la investigación directa de los fenómenos. La filosofía debía supeditarse a la teología, ciencia máxima, distinguiendo entre verdades conocibles y misterios accesibles por revelación. Defendió el libre albedrío y la responsabilidad como fundamentos de la ética.

Tomás perfeccionó la labor de Alberto en una magna síntesis, la *Summa teologica*. Admitió la razón como un potente medio para acceder a la verdad, aunque el grado más alto de verdad procede de la revelación: la razón puede probar la existencia de Dios a través de las célebres cinco vías, aunque su mayor comprensión exige la fe. El fin de la vida terrena es alcanzar el máximo de felicidad mediante el espíritu pacífico, la caridad y la santidad; pero la felicidad plena, la visión beatífica de Dios, solo llega tras la muerte. Para el gobierno humano existe la ley natural impresa en el hombre, válida universalmente, cimiento de las leyes concretas y piedra de toque para juzgar estas contra las leyes tiránicas. La teoría de la ley natural ha influido en casi todos los textos legales europeos, y una derivación de ella ha sido la concepción de los derechos humanos como naturales. Dicha ley manifiesta la ley eterna de Dios que rige el universo, e incluye principios básicos como la búsqueda del bien o el derecho a vivir y procrear. El formidable sistema de Tomás de Aquino (tomismo) fue en adelante la

principal orientación de la filosofía y la teología católicas.

Los franciscanos, rivales de los dominicos, teorizaron desde la Escuela de Oxford, fundada por el inglés Robert Grosseteste, el cual distinguió las matemáticas como ciencia principal y clave de las demás, y creía el mundo explicable por medio de la geometría, un enfoque platónico; y también seguía a Aristóteles: inducción partiendo de hechos particulares para llegar a conclusiones o principios generales, cuya validez se comprobaría haciendo desde estos predicciones concretas. Esa doble vía debía basarse en la experimentación. Dio así un gran paso hacia la sistematización del método científico. De la misma escuela, Roger Bacon fundamentó más a fondo, teórica y prácticamente, el método experimental.

El escocés Duns Scoto separó más la filosofía de la teología, estimó reales los universales en la tradición agustiniana y negó, con posible contradicción, la distinción entre esencia y existencia, recogida por Tomás de Aquino del islámico Avicena. En pro de la existencia de Dios arguyó que la totalidad de las cosas causadas debe ser ella misma causada por algo ajeno a esa totalidad; de otro modo caeríamos en el sinsentido de adjudicar a la totalidad la causa de sí misma. Interesa en su teoría la primacía de la voluntad, y con ella de la libertad, sobre el entendimiento, el cual carece de libertad con respecto a las verdades que descubre. La voluntad libre de Dios creó el mundo como es, y podía haberlo creado del todo distinto. Estas ideas tendrían largas consecuencias y provocarían crisis religiosas y políticas.

La cuestión de la razón y la fe no es solo el gran tema de la Escolástica, sino de toda la filosofía occidental, planteada desde diversas perspectivas: los atributos divinos, los universales, el

fundamento del mundo y la posibilidad de conocerlo, la materia y el espíritu, el verbo y la acción… Y otras como el origen y justificación de la moral o del poder. Cuestiones aparentemente sin fin, por lo que cabría considerar baldío ese titánico esfuerzo filosófico. Puede interpretarse al modo del horizonte, nunca alcanzado, pero que permite descubrir paisajes nuevos marchando hacia él. Así esa tarea ha alumbrado o profundizado el pensamiento científico o el político, por ejemplo. Tales cuestiones derivan con mayor o menor agudeza de la esencial inquietud humana, pero quizá no se hubieran desarrollado sin esa tensión entre poder político y religioso típico de Europa Occidental y la consecución de cierto desahogo frente a enemigos externos.

En España, ya quedó indicado, esas cuestiones tuvieron poca incidencia, por la peculiaridad de su situación, más insegura y que había acercado el poder político y el religioso más que en ultramontes. La lucha de España también venía salvando a Europa Occidental de un serio peligro, era el único país —aparte de la decadente Constantinopla— que luchaba por su subsistencia frente al Islam, y esa circunstancia había creado una mentalidad concreta, cargada de fe y poco dada a especulaciones o fantasías. Ese rasgo concreto y realista se percibe en su propia poesía épica, de la que están casi ausentes la imaginación de la literatura céltica o la exageración trágica de la germánica. Para la mentalidad hispana de entonces, las disquisiciones intelectuales transpirenaicas, en la medida en que llegaran a España, sonaban a entretenimientos superfluos cuando no dañinos o peligrosos, por cuanto podían debilitar el ánimo de lucha.

Sin embargo, aquellas disquisiciones traerían los más profundos efectos andando el tiempo, hasta culminar en la

escisión de la Cristiandad por el movimiento protestante, llamado Reforma, pero que ciertamente tuvo mucho más de Revolución. El cisma o escisión de Lutero fue mucho más profundo que el existente desde el siglo XI entre la Iglesia católica y la ortodoxa. En las convulsiones producidas por el protestantismo, España desempeñaría un protagonismo clave defendiendo a la Iglesia de Roma, salvándola probablemente de un naufragio de consecuencias difíciles de calcular; aunque ello ocurrirá después de la reconquista. Por eso conviene tratar algunos aspectos del cristianismo español en una edad en la que parecía a punto de culminar la caída de Al Ándalus y acercarse la reunificación de España.

31. EL CATOLICISMO ESPAÑOL EN LA RECONQUISTA

Por más que el programa de la reconquista era esencialmente político (recuperación de una nación previa), está tan estrechamente ligado a la religión cristiana, que podrían confundirse y a menudo se hace. Al hablar de «reinos cristianos» nos referimos aquí específicamente a los españoles, pues fuera de España había otros muchos reinos cristianos para quienes el programa reconquistador era asunto menor o indiferente. Para el mismo papado el recobro del reino godo constituía un valor secundario, no dudando en fomentar la fragmentación de los estados cristianos si lo encontraba conveniente, aunque no fuera esta su línea general. Vale la pena seguir en este punto los enjundiosos capítulos dedicados al tema por Sánchez Albornoz en *España, un enigma histórico*, aun si enlaza la religiosidad española con una vaporosa herencia temperamental, tan querida por él. Los estudios de este historiador retienen un valor extraordinario por su ingente aporte documental y razonamiento, pese a sus conclusiones a veces exageradas o arbitrarias, acaso por reacción a las mucho más arbitrarias de Américo Castro.

La religión está presente, con diversas formas, en todas las culturas, y todas le dan un valor esencial como última referencia de sus sociedades y de la vida social e individual, y fundamento de su moral. Sin embargo, hoy la historiografía suele prescindir de ella o tratarla como curiosidad o ristra de opiniones irracionales, sin incidencia práctica o con influencia negativa. Y

en cualquier caso se le concede escaso valor explicativo en comparación con los datos económicos, demográficos, políticos, etc., más palpables en apariencia. En *Europa, una introducción a su historia*, he querido exponer cómo la civilización europea gira en torno a concepciones primordialmente cristianas, en cuyo seno la tensión y pugnas entre la Iglesia y los poderes políticos o, más íntimamente, entre la razón y la fe, ha generado amplios movimientos que dieron lugar primero a la revolución protestante como rebelión de la Fe contra la Razón, y luego a la Ilustración —cuando la Razón se rebeló contra la Fe— y a su efecto, la Revolución francesa, venero de las ideologías. Pese a intentar demoler racionalmente el cristianismo y más en general la religión, las ideologías (liberalismo, socialismo, anarquismo, luego fascismo, etc.), no dejan de ser religiones sucedáneas, que depositan su fe en nociones abstractas como la Razón, la Ciencia o el Progreso, u otras menos amplias como el Individuo, más concretas solo en apariencia; divinidades peculiares que regirían el devenir humano.

Una de las mejores y más racionales descripciones de la condición humana, abocada a la fe o a la autodestrucción, o al desencadenamiento de instintos primarios, la ofrece el persa Omar Jayam en una de sus cuartetas:

> Me dieron la existencia sin consultar conmigo
> Luego aumentó la vida día a día mi asombro.
> Me iré sin desearlo, y sin saber la causa
> de mi llegada, mi estancia y mi partida.

En un plano poético lo expresa el jefe guerrero que aconsejaba al rey Edwin de Nortumbria admitir a un misionero cristiano, según el relato de Beda *el Venerable*:

> La vida del hombre en la tierra, si la comparamos con los vastos espacios de tiempo de los que nada sabemos, se parece, a mi juicio, al vuelo de un pájaro que se introduce por el hueco de una ventana dentro de una espaciosa estancia en la que un buen fuego en el centro calienta el ambiente, y en donde

tú comes con tus consejeros y aliados mientras fuera azotan las nieves y las lluvias de invierno. Y el pájaro cruza rápido la gran sala y sale por el lado opuesto: regresa al invierno y se pierde de vista. Así ocurre con la corta vida de los hombres, pues ignoramos lo que la precede y lo que vendrá luego.

Por tanto, le parecía bien la predicación del misionero, que quizá supiera enseñarles algo más.

Es decir, el hombre ignora el sentido de su vida, que no viene de sí mismo, y la incertidumbre derivada podría paralizarle psíquicamente como angustia vital, o empujarle a dar rienda suelta a sus impulsos más instintivos, como se manifiesta particularmente en la guerra, cuando la vida está en peligro y el individuo tiende a liberarse de restricciones morales. De ahí la creación de mitos simbólicamente explicativos. La fe suele hacerse más sentida en los tiempos difíciles y a diluirse, quedando en ritual y formalista, en épocas de mayor comodidad. Asimismo, los mitos se desgastan al ser tomados literal o formulariamente, alguna gente se vuelve escéptica y busca «otros dioses». Pero, en general, los tiempos de la reconquista fueron duros e inciertos, y ello fomentaba una fe sin fisuras. Sánchez Albornoz ha destacado cómo «España había sido un país fértil en herejías» durante los siglos precedentes a la invasión islámica, y también después entre los mozárabes y los hispanos exiliados; pero en la España propiamente de la reconquista cesó de haberlas, al menos con alguna relevancia (alguna influencia cátara, por ejemplo, en Aragón, pronto extirpada). El historiador lo atribuye a la propia urgencia de una lucha a vida o muerte, que precisaba el respaldo de unas creencias e ideas generales firmemente asentadas.

En cambio, las muy frecuentes guerras al norte de los Pirineos no se daban entre una fe y otra, sino entre estados cristianos todos ellos, lo que alimentaba de modo natural el escepticismo religioso. Es cierto que también menudearon en

España durante aquellos siglos las contiendas entre estados cristianos, pero el horizonte general, político y religioso, se enfocaba contra los musulmanes. Además, desde el cese de las grandes invasiones, las sociedades eurooccidentales se fueron viendo libres del peligro exterior, cosa que no ocurría en España. Este mero hecho, acompañado de la prosperidad acumulativa en aquellos países, hacía las condiciones más propicias a la especulación filosófico-religiosa. En la península se había ido delimitando una España económicamente boyante, a salvo de incursiones andalusíes o magrebíes, y una España de frontera, donde la vida era más expuesta y las condiciones más rudas. Pero era la frontera la que mayormente imantaba la psicología colectiva, ya que ella garantizaba la seguridad y relativo bienestar de las regiones más al norte.

Con todo, la creencia cristiana, común a casi toda Europa y bien visible en los bellos templos, monasterios y catedrales que puntúan el continente, también en las universidades, no excluía el fenómeno, quizá más acentuado en España, de la blasfemia, la imprecación, el escarnio de lo sagrado y de sus personajes.

Sánchez Albornoz atribuye la amplitud de estas costumbres a un concepto «vasallático» de la religión: las relaciones sociales se establecían con los conceptos de señorío y de patrocinio, una relación contractual por la que el vasallo se subordinaba al señor, pero este tenía a cambio obligación de defenderle: servicio a cambio de protección. Esa relación había hecho que, por ejemplo, un reino cristiano que cobraba parias de una taifa musulmana tuviera el deber de auxiliarla, tanto contra otras taifas como contra cristianos que la atacasen. Según el historiador, las gentes concebían su relación con Dios sobre la misma base: puesto que se entregaban a Jesucristo, este tenía

obligación de defenderla, y si no cumplía podían amenazarle y blasfemar contra él o contra la Virgen o contra cualquier santo. La explicación suena un tanto rebuscada. En muchas culturas la relación con los dioses o con los espíritus es semejante. El hombre espera que la divinidad, a quien ofrece sacrificios, le ayude, y si no lo hace, la ofende de diversas maneras. Es una forma de religiosidad muy primaria, pero la española y europea en general era mucho más elaborada: los juicios de Dios no podían discutirse, y los reveses y desastres debían atribuirse a los propios pecados. Al mismo tiempo, la mentalidad combatiente, precisamente por sus condiciones de violencia e incertidumbre, siempre fue propensa a actitudes bravuconas y cínicas o despectivas hacia la religión.

Diversos comentaristas han equiparado la lucha contra los moros a la yijad islámica, como una reacción equivalente a ella. Por cierto, que las incursiones cristianas no solían diferir mucho de las contrarias en cuanto a buscar la mortandad y daño económico al enemigo, pero su contenido religioso era muy diferente. En la doctrina cristiana no existe el imperativo de la guerra santa, excepto como hecho defensivo *in extremis*, y por eso, como señala Sánchez Albornoz, la yijad convertía automáticamente en mártires ganadores del paraíso a cuantos murieran en ella por la causa del Islam, cosa que tampoco ocurría con la guerra «divinal» de España. Así cita el escritor del siglo XIV Juan Manuel:

> Non debedes creer que todos los que mueren en la guerra de los moros son mártires ni sanctos; ca los que allá van robando et forzando las mujeres et faciendo muchos pecados et muy malos, et mueren en aquella tierra, ni aun los que van solamente por ganar algo a los moros ó por dineros que les dan ó por ganar en el mundo (…) Dios sabe las cosas escondidas.

Era preciso, por tanto «morir en gracia», como se muestra en numerosos relatos de la época.

Según cuenta la *Chronica Adefonsi imperatoris* el antes mencionado Munio Alfonso, «príncipe de la milicia toledana», muy temido de los almorávides, en ocasión de la batalla de Montiel, él y los suyos oraron de rodillas:

> Oh Jesús Nazareno, que por nosotros estuviste colgado del madero y por nosotros derramaste tu sangre, he aquí que los moabitas y los agarenos, enemigos tuyos y nuestros, se han unido contra nosotros para perdernos. Compadécete de nosotros líbranos oh Magna Virgen entre las vírgenes (…) Santiago, apóstol de Cristo, defiéndenos en el combate para que no perezcamos en el tremendo desafío de los musulmanes.

Y después Munio exhortó a sus hombres:

> Que nadie de vosotros muera volviendo las espaldas, porque es mejor que muramos todos en un solo lugar que dispersos aquí y acullá (…) Tan fácil es a Dios hacer perecer a muchos a manos de pocos como a pocos a manos de muchos (…) ¡Hágase la voluntad del cielo!

En aquella ocasión, Munio venció con menos fuerzas, pero poco después, el mismo año (1143), perdería la vida, como vimos.

La derrota final de Munio fue entendida como castigo divino…

> Por un gran pecado que cometió (…), porque mató a su propia hija (…) a causa de sus amoríos con un joven, y no fue compasivo con su hija, de la misma manera que el Señor era misericordioso con él en todas las batallas que emprendía, ni se acordó de la mujer sorprendida en adulterio, a la que los escribas y fariseos colocaron delante del Señor y quisieron lapidar, a los cuales dijo el Señor: «Quien de vosotros esté sin pecado, arroje la primera piedra contra ella». Mas Munio Alfonso lloró este pecado durante todos los días de su vida.

En otra ocasión, tras cruzar parte del ejército el Guadalquivir para depredar la tierra musulmana, al volver se encontraron con que una crecida del río les impedía pasar, y se acercaban los almorávides a sus espaldas. Del otro lado les gritaron: «Confesad vuestros pecados unos a otros, orad y comulgad con el pan bendito que tenéis con vosotros y Dios se compadecerá de vuestras almas».

Ante las batallas, siempre azarosas, se confesaban los pecados y se comulgaba, así en las Navas de Tolosa y en general. Con ello se calmaba la angustia que atenaza a los soldados antes del

combate en que «ponen al tablero» sus vidas. Y las victorias se agradecían a Dios con un *Te Deum*. Todo estaba finalmente en manos de Dios, lo que no entrañaba fatalismo, pues aparte de confiar en el propio valor, se empleaban técnicas, añagazas y tácticas variadas, dependiendo de la inteligencia y aptitud del caudillo.

También difería la guerra de España del concepto de cruzada, aunque la reconquista también llegara a recibir ese título. La cruzada era una convocatoria internacional bajo autoridad y nominalmente dirección del Papa, y en la que solía prometerse el cielo a quienes muriesen en la empresa. Sí podría decirse en este caso que se trataba de una reacción más aproximada a la de yijad.

Al hablar de la religión no cabe olvidar las supersticiones, la magia y los residuos del paganismo, harto potentes, a decir verdad, hasta hoy mismo. Estaba muy extendida la práctica de métodos mágicos para averiguar el porvenir. Uno de los más empleados era el vuelo de las aves, que practicaba a menudo el Cid, entre tantos, y que le valió burlas y ataques de sus enemigos, tanto del conde de Barcelona como de los moros de Valencia. Los remedios, agüeros y creencias mágicas eran muy populares por Europa, probablemente más aún que por España, según opina Sánchez Albornoz. La Iglesia y a veces las leyes los condenaban, sin éxito definitivo. La astrología, aceptada legalmente, parecía más fiable a la gente culta y se practicaba abundantemente. Debe advertirse que la adivinación del futuro ha permanecido a través de todas las edades, y que en el mundo actual se ha convertido en una afición muy frecuente, no solo entre personas de escaso nivel sociocultural, también en personajes de la política, la banca, el arte y hasta la ciencia,

dando lugar a negocios peculiares.

Dado el peso de la religión, la edificación de iglesias y monasterios era una de las principales ocupaciones de reyes y magnates, y el clero recibía un sinfín de beneficios, de ellos e incluso de personas humildes. De ahí que obispos y abades llegaran a convertirse en verdaderos potentados, a menudo por encima de muchos de los principales nobles en poder económico e influencia. Y asimismo solían participar en las batallas. El clero había sido el gran restaurador y promotor de la alta cultura en Europa, recopilando textos clásicos, racionalizando la burocracia y la escritura, desarrollando técnicas agrícolas o financieras, la enseñanza, la medicina, etc. La contrapartida eran mil abusos, y pleitos con particulares, nobles y los mismos reyes, cuyos derechos y propiedades vulneraban a menudo los clérigos mediante falsificación de documentos de propiedad y herencias (la «Donación de Constantino», la más ambiciosa de todas) u otras prácticas. El papado recibía especialmente mil críticas al respecto, ya que tales conductas contrariaban las exigencias de Jesús de pobreza y desprendimiento. Una y otra vez se repetía el ciclo de enriquecimiento, ostentación y reforma en nombre de los principios evangélicos. Reformas que dieron lugar a Cluny, Císter o las órdenes mendicantes, siendo las principales franciscanos y dominicos.

Aquella opulencia eclesiástica y las maniobras para ampliarla suscitaban agudas y a veces furiosas reacciones anticlericales tanto de *bellatores* como de *laboratores*, que llegaban a profanar lugares sagrados, robarlos y asesinar a clérigos. Otra razón muy invocada para el anticlericalismo, presente como una sombra de la fe, era la escasa afición de bastantes sacerdotes, obispos y

monjes a su profesión de castidad y celibato. Algunos conventos diferían poco de lupanares y a veces desencadenaban reacciones sangrientas. Los escándalos menudeaban, quizá más los imaginados que los reales, y las sátiras, mofas y denuestos contra la Iglesia jerárquica eran parte del panorama social.

La relación entre el poder político y el eclesiástico, siempre en fuerte tensión, quizá más que en otros países, daba lugar a una dependencia entre el estado y la Iglesia muy estrecha, que la reforma de Cluny y de Gregorio VII nunca lograron delimitar con claridad, ni en España ni en el resto de Europa centrooccidental. En España, no raramente los reyes ponían y deponían obispos y abades, llegaban a encarcelarlos, convocaban concilios, discutían de asuntos puramente religiosos, no siendo menor la intromisión eclesiástica en los asuntos políticos y económicos.

Es difícil definir la religiosidad de entonces, desde luego muy intensa y contrastada, y con diversas facetas como en realidad ha sido siempre. Con todas las prácticas mágicas, anticlericales y blasfemas, diferencias entre una fe ruda y simple y otra más elaborada intelectualmente, el cristianismo se asentaba con claro dominio en los ritos, los relatos evangélicos, los lugares de culto y la estructura diocesana, tan decisivos como sostén cultural y también político desde la caída de Roma. Religiosidad intensificada aún por el combate constante, real o de actitud, contra el Islam, una religión que era además el eje de una cultura, una comprensión de la vida y un mundo radicalmente distintos e invasores.

Dado el carácter intensamente religioso de la reconquista, y la posterior defensa del catolicismo frente a otomanos y protestantes, diversos historiadores (Menéndez Pelayo, García

Villada, hasta cierto punto Menéndez Pidal), han identificado a la propia España con el catolicismo, suponiendo que sin él la nación española no habría podido existir o se habría desmembrado en algo parecido a las taifas. La idea es curiosa porque, como se advertirá más adelante, la reunificación de España, conseguida en lo fundamental por los Reyes Católicos, fue una empresa netamente política, de la cual se desentendió Portugal, y no debido a que allí se hubiera impuesto una religión no católica. Y si el catolicismo constituyera la esencia de la nación española, esta se habría fusionado desde el principio con la francesa, la inglesa, la alemana y la italiana, igualmente católicas durante siglos. Por lo demás, y a pesar de sus posteriores méritos en defensa de la Iglesia frente a Lutero y Calvino, y de la evangelización de América y Filipinas, la «hija predilecta» de Roma nunca fue España, sino Francia.

32. EL CATASTRÓFICO SIGLO XIV

El siglo XIV resultó calamitoso en muchos aspectos. Desde comienzos de la Edad de Asentamiento, tres siglos atrás, habían prosperado como nunca antes en occidente el arte, la producción agraria y en general económica, la actividad intelectual, las ciudades, la población, las comunicaciones…, aunque en las últimas décadas la economía parecía estancarse. Inglaterra pasó de uno a entre cuatro y siete millones de habitantes, según estimaciones; Francia, la más fértil y populosa, había llegado a unos dieciocho y España pudo haber alcanzado los seis. Además, en el siglo anterior la amenaza mongol se había desvanecido por azar, salvo en Rusia. Vistos en conjunto, habían sido tres siglos prósperos, a pesar de las pestes o hambrunas recurrentes y las frecuentes guerras. Por contra, el siglo XIV trajo desastres apocalípticos: la Gran Hambruna y la Gran Peste o Peste Negra mermaron brutalmente la población, que en muchos lugares no se recobró hasta el siglo XVII, incluso hasta más tarde.

Las malas cosechas y la consiguiente mortandad afligían de siempre a los países europeos —como al resto del mundo— pero nada comparable a los tres años de 1315 a 1317, cuando el clima cambió desde la mitad de Francia al norte. Lluvias incesantes en primavera y verano y temperaturas bajas arruinaron las cosechas y los piensos, y los precios de los alimentos subieron en vertical causando un hambre atroz. Se extendió el abandono de niños, el infanticidio, el canibalismo, el bandidaje y el crimen, y murieron millones de personas, un

mínimo del 10 por ciento de la población de la mitad norte de Europa. Luego la situación mejoró, pero hasta ocho años después no volvió la normalidad. La ruda experiencia parece que endureció las conductas sociales y las guerras, y trajo descrédito a la Iglesia y a los poderes seculares, por su ineficacia.

El desastre apenas afectó a la Europa mediterránea, pero España sufría el hambre con cierta asiduidad, debido a su sequedad y pobreza de suelos. La de 1333 mató a tantos que, según la *Crónica Conimbricense*, no había sitio en las iglesias para enterrarlos.

Apenas se recobraba Europa cuando, en 1347, la Peste Negra, mucho más mortífera, abarcó a todo el continente y a Asia y África del norte. Las pestes solían visitar a la humanidad, pero rara vez causaban tal estrago, aun con precedentes como la «Peste antonina» de 166, que debilitó al Imperio romano, o la «Plaga de Justiniano», de 542. La del siglo XIV nació en Asia central o norte de India, extendida por pulgas de ratas infectadas a través de las invasiones mongólicas y las relaciones comerciales (se encontraban barcos en el mar sin tripulación, toda ella exterminada por la enfermedad antes de tocar puerto). Se propagó desde Italia, que sostenía el mayor tráfico con oriente, y acabó con más de 25 millones de personas, entre un tercio y la mitad de los europeos del centro-oeste. Regiones enteras quedaron semidespobladas; algunos estudiosos calculan para España, Italia y sur de Francia la pérdida de hasta tres cuartas partes de la población, estimación probablemente muy exagerada. Pero la catástrofe fue real y cataclísmica. Al ignorar su origen y tratamiento, muchos vieron en la plaga un castigo divino. Proliferaron rogativas y penitencias, los flagelantes recorrían ciudades y campos, todo en vano. La acumulación de

gente en las iglesias proporcionaba alivio psicológico, pero contribuía a expandir el mal. Otros, previendo su próximo fin, reaccionaban dándose a todas las inmoralidades. El pueblo culpaba a los leprosos, mendigos, extranjeros o judíos. Los leprosos fueron casi exterminados y los judíos, acusados de envenenar los pozos, sufrieron numerosos pogromos: culminaba un período abierto por el IV Concilio de Letrán, de 1215, que se había opuesto a la convivencia de judíos y cristianos y recomendaba que los primeros vivieran en barrios separados y les identificara la ropa. En 1296 los hebreos habían sido despojados de sus bienes y expulsados de Inglaterra, y en 1308 de Francia. Aun así, el papa Clemente VI intentó ponerlos bajo la protección del clero durante la peste. El clero y los médicos sufrían aún más la plaga, por cuidar a los enfermos. La peste se reproduciría en los siglos siguientes en diversos países, con efectos terribles, pero sin alcanzar la mortalidad de aquellos cuatro años fatídicos. Como decía una crónica italiana, «parecía el fin del mundo», el preludio del Apocalipsis.

Una calamidad tan exterminadora hubo de tener efectos ideológicos y económicos profundos. Aún más que cuando la Gran Hambruna, creció la desconfianza hacia los poderes seculares y el papado, incapaz de explicar la razón del tremendo castigo; se popularizaron las *danzas macabras* o *de la muerte* y cundieron movimientos heréticos, místicos y reformistas. Miles de propiedades abandonadas beneficiaron a algunos supervivientes. Se agilizó la promoción social y surgió una nueva capa nobiliaria. Las oligarquías, por compensar la reducción de sus ingresos, impusieron mayores cargas a los campesinos, ocasionando revueltas. La caída de la mano de obra estimuló la innovación técnica; también en la guerra, con el empleo de

armas de fuego. Algunos autores han supuesto que los marcos políticos y culturales saltaron, causando una reestructuracion social, económica y cultural, que sería preludio del humanismo y hasta del Renacimiento. Pero la ruptura no debe exagerarse. Las instituciones, desde la Iglesia a los estados y las relaciones señoriales resistieron, aun con lógicos quebrantos, y Europa permaneció cristiana.

Tampoco cesaron las guerras, que se volvieron más amplias y violentas, con ejércitos mayores: así entre las ricas ciudades de la Liga Hanseática y Dinamarca, entre los eslavos y la Orden Teutónica, de franceses y otros contra los turcos, que ya habían puesto pie en los Balcanes y Bulgaria, dejando a Constantinopla casi encerrada. La contienda más dura y larga sería la *De los cien años* entre Francia e Inglaterra que iba a repercutir con fuerza sobre España.

* * *

Para Italia el siglo XIV fue, a pesar de tantas calamidades, una edad de oro literaria, con figuras como Dante, Petrarca y Boccaccio. El primero creó la obra considerada más importante de la literatura italiana y una de las mayores de la literatura universal, la *Divina Comedia*; los poemas de Petrarca, en particular sus sonetos, servirían de modelo a la poesía posterior del resto de Europa, y el *Decamerón* de Boccaccio —colección de cuentos desvergonzados, divertidos y anticlericales, más significativos por su trasfondo en la Florencia de la Gran Peste, que mató a más de la mitad de los habitantes— influiría asimismo en obras como los *Cuentos de Canterbury*, primera obra literaria escrita en inglés, ya en los años ochenta del siglo XIV, y en numerosas obras francesas, españolas, etc. A los tres les une el *dolce stil novo*, más refinado e introspectivo que la poesía

de los trovadores, centrado a menudo en la adoración de la belleza femenina, idealizada como una manifestación de Dios y camino hacia él: un amor espiritual, redentor, ligado a veces al sentimiento de la muerte. Los tres se sintieron inspirados por el amor a sendas musas, Beatriz, Laura y *Fiammetta* (*Llamita*), menos espiritual el de Boccaccio a Fiammetta, incluso el de Petrarca: «Me gustaría poder decir que estuve siempre libre de los deseos de la carne, pero mentiría». Su opción por la lengua italiana (también escribieron en latín) expresa sentimientos nacionales, más explícitos en Petrarca, que abogó por una Italia «santísima y querida por Dios, dulce a los buenos y temible a los soberbios», que recuperase la gloria de Roma. Fundaban una nueva orientación literaria y de actitud ante la vida. Orientación presentada, excepto en Dante, como ruptura con la tradición. Pero eran católicos devotos y no veían oposición entre ello y sus ideas.

A Petrarca se le considera el padre del humanismo por su admiración a la cultura grecolatina, que concilia con el mensaje cristiano, y por su creencia en las cualidades humanas como un don de Dios que debía desplegarse al máximo.

* * *

También iba a presenciar el siglo XIV una grave crisis de la Iglesia cuando, después de un período de encontronazos con el monarca francés Felipe IV *el Hermoso*, el papa Clemente V trasladó su sede a Aviñón, en 1309. El traslado duraría setenta años y valdría al papado tachas de corrupción y sumisión a Francia, debilitando su autoridad hasta abocar al Cisma de Occidente en 1378. Este año Gregorio XI volvió la sede a Roma, pero pronto murió y la plebe romana amenazó con matar a los cardenales si no elegían un sucesor italiano. Los

cardenales franceses acusaron al elegido, Urbano VI, de despotismo e ilegitimidad, por deber su cargo a la conminación de las turbas, y eligieron otro papa, Clemente VII, que volvió a Aviñón. El cisma desató protestas de clérigos, intelectuales y políticos, y conflictos diplomáticos y militares. El Imperio, los ingleses, escandinavos y polacos aceptaron al papa de Roma; Francia, Escocia y Nápoles, al de Aviñón; los españoles vacilaron hasta 1381, en que secundaron a Clemente. En 1389 murió Urbano y los romanos eligieron a Bonifacio IX; y cuando murió Clemente en Aviñón, en 1394, sus partidarios nombraron al español Benedicto XIII (*el papa Luna*), con apoyo de los reinos de España, Escocia y Francia; pero los franceses pronto se despegaron de él, por ser aragonés y poco influenciable. En 1398 los obispos franceses acordaron retirarle los beneficios e impuestos eclesiásticos y pasárselos a su rey, convirtiendo a este, de hecho, en la cabeza de una iglesia nacional. Sitiaron a Benedicto en Aviñón, pero no lo doblegaron. El cisma iba a prolongarse hasta 1429.

También continuaron las disputas entre dominicos y franciscanos, y entre el papado y un sector franciscano que quería sustituir la Iglesia *jerárquica* por la *espiritual*: la Iglesia, fundada en una radical imitación de Cristo en la pobreza, debía renunciar a los corruptores bienes materiales y vivir de limosna (pero alguien debía dar la limosna, lo que implicaba admitir donativos impuros). Ni el papado ni los dominicos lo admitían. La oposición, intrínseca a la Iglesia, entre el afán y el desprecio de las riquezas, siempre causaría escrúpulos, escándalos y reformas. La imitación de Cristo propuesta por los *espirituales* hundiría probablemente la influencia cristiana y animaría a las sectas; pero encontraba argumentos en el Evangelio, y la

conciliación no era fácil.

Franciscanos y tomistas admitían la división entre el conocimiento accesible a la razón y el obtenido necesariamente por revelación divina; pero a partir de ahí divergían. Sería el franciscano inglés Guillermo de Occam quien llevara más lejos la disputa. Defendió a los espirituales y acusó de herejía al papa Juan XXII, el cual le excomulgó. Le protegió el emperador Luis IV de Baviera, también en querella con el pontífice, y murió de peste en Múnich, en 1349. Años después la Iglesia lo rehabilitó.

A la versión tomista, según la cual la razón podía acceder a gran parte de la realidad de Dios y la ética se basaba en el libre albedrío, Occam oponía que Dios desbordaba por completo la razón humana y que, en su libertad y omnipotencia, podía haber hecho un mundo distinto. Solo la voluntad guiada por la fe, y no la razón, podía vislumbrar la verdad divina. Al ser inconcebible la voluntad de Dios, el hombre no podía saber si sus actos le hacían merecedor de la vida eterna, y las enseñanzas de la Iglesia y el papado se reducían a opiniones sin autoridad definitiva; la fe —no el libre albedrío— cimentaba la ética, y la revelación estaba en la Biblia, que cada cual debía leer e interpretar por su cuenta (la Iglesia consideraba que el vulgo no sabría dar el sentido justo a la Biblia, de ahí el magisterio y la tradición).

En cambio, el mundo, creado por Dios y accesible a los sentidos, podía ser estudiado empíricamente y al margen de la teología, apartando a esta de la ciencia natural. Al respecto expuso el principio conocido más tarde como *navaja de Occam*: «No debe proponerse innecesariamente la pluralidad de causas». Es decir, entre las explicaciones de un fenómeno válidas en principio, debe preferirse la más simple, por ser la más acertada,

probablemente. Idea expuesta también por Tomás de Aquino, Maimónides y otros, y presente en el dicho latino «la sencillez es la marca de la verdad». Bertrand Russell la ha definido como evitación de una entidad hipotética si un fenómeno puede explicarse sin recurrir a ella. Llevada a sus últimas consecuencias (eludidas por Occam, pues consideraba —por fe— a Dios la única entidad realmente necesaria), la «navaja» permite concluir, como Laplace siglos después, que el mundo puede explicarse sin la hipótesis de Dios. Y al separar razón y fe puede reducir esta a fanatismo.

En política desaparecía la ley natural, pues la voluntad divina era incognoscible. Al no existir los universales fuera de la mente, no cabe distinguir una esencia humana ni derivarse derechos de ella. Solo existen los individuos, y los derechos y leyes concretas se limitarían a convenciones entre individuos, sin ninguna ley natural que les diese validez. Así, el poder secular se alejaba del eclesiástico, pues si en teología la Iglesia solo tenía opiniones discutibles, más aún en política. De hecho, el emperador superaba al papa, por gobernar almas y cuerpos, mientras que el papa se limitaba a las almas. El poder de quien tuviera la potestad de elaborar las leyes se hacía indiscutible. Occam abogaba por la monarquía, pero proponía su poder compartido por los parlamentos para los asuntos de interés general. La idea reflejaba una tendencia en expansión por Europa desde las Cortes de León, y causaría pugnas entre reyes y parlamentos por decidir quién ostentaba la soberanía efectiva.

La concepción se aplicaba asimismo a la Iglesia, en torno a la cual Occam defendía el conciliarismo: la autoridad máxima no sería el Papa, sino las decisiones mayoritarias de los concilios. Como la mayoría puede no tener la verdad, Occam

recomendaba cautela y procurar que el sector decisorio fuese «el mejor y más sano»; aunque todos los sectores tienden a considerarse a sí mismos los mejores y más sanos.

Estas doctrinas, si bien admitidas por la Iglesia, colisionaban con el tomismo y tuvieron un peculiar desarrollo etnocultural: el occamismo, centrado en la voluntad y la fe, cundió por el mundo germánico, y el tomismo, que valoraba la razón y el libre albedrío, en el latino, donde ya germinaba el humanismo. España, en general, prefirió el tomismo o a Ramón Llull, que negaban contradicción entre razón y fe.

Suele decirse que Occam abrió ancha vía al desarrollo científico y al pensamiento liberal, aunque estas consecuencias no eran las únicas posibles desde sus posiciones, ni el tomismo chocaba con la ciencia. Ni con las libertades políticas, como indica el desarrollo de las Cortes en España. Coetáneo de Occam, el radical Marsilio de Padua sostuvo que de una voluntad popular emanarían, por elección mayoritaria, las leyes que debía cumplir el príncipe, idea aplicable también a la Iglesia. Cada cual podía entender el Evangelio a su modo, ninguna autoridad podía llamar hereje a nadie, y el estado debía gobernar a la jerarquía eclesiástica. Su sistema político parece ajeno a motivaciones o creencias religiosas. De hecho, atacó al papa y defendió al Imperio, lo que le valió, siendo laico, que el emperador le concediese el arzobispado de Milán.

Las ideas de Marsilio y de Occam podían tener desarrollos varios, desde un estatismo nobiliario o comunista hasta la anarquía, y esas variedades se darían en la historia. A finales de siglo el inglés Wiclef, occamista y contrario a la Iglesia jerárquica, partidario de someterla a los poderes temporales y proclive a cierto anarquismo, parece haber auspiciado la revuelta

campesina inglesa de 1381. También influyó sobre el movimiento husita de Praga, con los mismos rasgos y de claro patriotismo checo.

La guerra europea más devastadora fue la llamada De los Cien Años, entre Inglaterra y Francia, que duraría más de un siglo, de 1337 hasta 1453, aunque casi la mitad pasara en treguas. Sus daños se complicaron con guerras civiles, revueltas campesinas, campañas inglesas en Escocia y Gales y pestes. La lucha robusteció el espíritu nacional inglés y francés: por primera vez en tres siglos se oficializó el idioma inglés en Inglaterra (por Eduardo III), pues hasta entonces el idioma en los juicios, parlamentos, la corte y toda la vida oficial y casi toda la cultural eran el francés o el latín. La población expresaba su resentimiento con rumores de que la oligarquía pretendía acabar con la lengua inglesa. A su vez, la medida de Eduardo III causó una fuerte anglofobia en la Francia ocupada por los reyes ingleses. También fue sustituida en gran parte —a lo que contribuyó mucho la peste— la oligarquía normanda por otra más propiamente inglesa. Por la misma razón, y por las pérdidas bélicas, cambió la oligarquía francesa.

El origen próximo de la guerra se remonta al autocrático Felipe IV el Hermoso de Francia, hijo del Tercero y de Isabel de Aragón, que a principios del siglo convirtió a su país en el más fuerte de Europa, aun si Borgoña seguía en manos del Imperio, y regiones del oeste bajo dominio inglés. Sus planes requerían mucho dinero, y por ello expolió sucesivamente a los judíos pudientes (la Iglesia prohibía a los cristianos el préstamo con interés y los judíos lo dominaron en gran parte), a los templarios, a los banqueros lombardos y a la Iglesia. En 1306 hizo arrestar a los judíos, los privó de sus bienes, los expulsó de

Francia y obligó a los franceses a pagarle a él las deudas contraídas con aquellos. Aún más feroz fue el trato a los templarios, el año siguiente. En un solo día fueron arrestados por sorpresa en toda Francia, atormentados para que confesaran herejía, sodomía y sacrilegios, y quemados vivos varios de sus jefes. Luego exigió impuestos a la Iglesia. El papa Bonifacio VIII replicó con una bula afirmando la superioridad del papado sobre los poderes temporales, que lo eran solo con su permiso. Pero Felipe se dijo cabeza de la Cristiandad, acusó al papa de simonía y herejía y ordenó arrestarle (al efecto convocó una asamblea de nobles y burgueses, antecedente de las Cortes francesas llamadas Estados Generales). Uno de sus sicarios derribó a Bonifacio de su solio, con un bofetón asestado con manopla de hierro. El papa murió pronto, al parecer por las vejaciones sufridas. Algún tiempo después fue elegido Clemente V, mucho más maleable, a quien Felipe obligó a aceptar la condena de los templarios. Este Clemente fue quien en 1309 trasladó la sede pontificia a Aviñón, en apariencia por huir de la inseguridad de Roma, donde hacían estragos las reyertas entre familias oligárquicas.

El reinado de Felipe IV fue marcado por la lucha con Inglaterra, para la cual se alió con los escoceses que resistían la invasión inglesa, derrotándola en Bannockburn, en 1314, nueve años después de la cruelísima ejecución del patriota escocés Wallace. No obstante, en 1303 Felipe quiso cimentar la paz casando a su hija Isabel con el heredero de la corona inglesa, Eduardo II. Paradójicamente, de ahí resultaría el comienzo de la Guerra de los Cien Años. Extinguida en 1328 la rama mayor francesa de los Capetos, el rey Eduardo III de Inglaterra, también Capeto, reclamó el trono de Francia, ya que su madre era aquella Isabel casada con Eduardo II. Pero los nobles

franceses arguyeron que la ley sálica impedía transmitir el reino por vía femenina, y no deseaban un monarca inglés, por lo que nombraron a Felipe de Valois. Y en 1337 comenzaría una interminable guerra. El inglés lanzó cabalgadas devastadoras por Francia, hasta lograr en Crécy (1346) y diez años después en Poitiers, victorias aplastantes gracias al «arco largo», de origen galés, arma simple y revolucionaria, que permitía realizar verdaderas matanzas a distancia. Hasta 1360 los ingleses llevaron las de ganar. Después se volvieron las tornas, debido en parte a la implicación de Castilla al lado de Francia.

La Guerra de los Cien Años tenía vastas implicaciones económicas, ligadas al control del golfo de Vizcaya y el canal de la Mancha, así como de Flandes, el principal centro textil y quizá la región más rica de Europa. Ciudades flamencas como Brujas, Gante o Yprés, no solo eran opulentas, sino también centros de cultura y arte comparables a los de Italia del norte. Al intentar Francia dominar Flandes, Inglaterra cortó el envío de lana a sus talleres, provocando una crisis; los flamencos se alzaron contra Francia y restablecieron la situación. Pero las alternativas de la guerra y la creciente producción textil inglesa (fundada por flamencos) desviaron el comercio de la lana de Inglaterra a España, donde funcionaban desde 1300 las ferias de Medina del Campo.

Otra consecuencia de la Guerra de los Cien Años, ligada a la ruina económica y las exacciones que provocó en Inglaterra y sobre todo en Francia, fueron las revueltas campesinas y del pueblo llano. Ya en 1302 había triunfado en Flandes un movimiento de tejedores y menestrales contra Francia, y en 1358 los campesinos franceses del norte, oprimidos por impuestos derivados de la guerra, emprendieron la rebelión

conocida por la *Jacquerie*, ahogada en sangre por los nobles. La revuelta inglesa de 1378-1382 partió de las predicaciones de clérigos contra una servidumbre particularmente dura, con argumentos de interés y proyección posterior: los campesinos eran tratados como animales, en el origen de la humanidad no había siervos y nadie podía convertir a nadie en siervo, pues los campesinos eran hombres semejantes a sus señores, todos hijos de Adán y Eva. La revuelta fue asimismo sofocada brutalmente, pero dejó un rastro en la legislación. Las rebeliones campesinas, unidas a ideales político-religiosos, se harían parte del panorama europeo durante ese siglo y el siguiente.

33. APOGEO DE CATALUÑA

Por los primeros años del siglo XIV tuvo lugar la expedición de los almogávares, un cuerpo militar inhabitual, constituido en su mayoría por catalanes pirenaicos. También aragoneses y navarros: infantería ligera, con armas toscas y sin protección de casco o cota de malla, que viajaban con sus mujeres e hijos. Eran expertos en guerrillas y tan acometivos, al grito de ¡*Aragó*! o ¡*Desperta ferro*!, que, apoyados por caballería, batían a tropas más pesadas y numerosas. Se habían hecho notar en Mallorca, Valencia y luego en Sicilia, a favor del aragonés Federico II contra los franceses. Tras la paz de Caltabellotta, en 1302, Federico no podía pagarles y sintió alivio cuando el emperador Andrónico II de Bizancio pidió ayuda contra los turcos, que amenazaban a la misma Constantinopla. Federico había puesto a los almogávares bajo el mando de Roger de Flor, un suritaliano de origen alemán, templario expulsado de la orden y luego pirata, que se había ofrecido a Aragón. En 1303, Roger y su *Compañía catalana,* de 2.500 almogávares (más 4.000 familiares) llegaron a Constantinopla.

La poderosa colonia genovesa en la ciudad no quería a competidores de Barcelona, se enfrentó a los recién llegados y estos la aplastaron. Luego, la Compañía derrotó a los turcos en Anatolia; pero Roger fue acusado de querer tallarse un reino propio, los bizantinos pagaban mal, y los almogávares saqueaban a la población. En abril de 1305 el heredero imperial, Miguel IX, invitó a Roger y a sus oficiales a un banquete, y allí los hizo asesinar por mercenarios alanos. Según sus cálculos, la

Compañía, una vez descabezada, debió haberse desmoronado, pero se reorganizó con rapidez en asambleas y aplicó la *venganza catalana*: arrasó la comarca de Constantinopla, venció a las tropas del emperador y masacró a los alanos. Siendo Atenas ducado franco —una derivación de las cruzadas—, el duque pidió ayuda a los almogávares contra los bizantinos; pero, cumplido el encargo, rehusó pagarles, por lo que sus acreedores lo aniquilaron junto con sus caballeros, en 1311. Al negarse a devolver el ducado a los franceses, la Compañía recibió la excomunión del papa y un ejército francés, al que también derrotó, en 1331. Luego ocupó Neopatria, en Tesalia, y puso ambos ducados bajo soberanía de Aragón hasta 1390, cuando se impuso allí Venecia. La crónica de las gestas y desmanes de estos guerreros fue escrita por Ramón Muntaner, hombre fantasioso cuando habla de hechos que no conoció, pero fiable en cuanto a la expedición catalana, que presenció.

Esta extraordinaria aventura entra en la aguda decadencia del Imperio bizantino. En 1354, los turcos cruzaron a Galípoli, en la costa europea del estrecho de los Dardanelos, que une por el oeste el Mediterráneo con el mar de Mármara; en la parte oriental de ese pequeño mar se asienta Constantinopla sobre el estrecho del Bósforo, que lo comunica con el mar Negro. Siete años más tarde caía en poder otomano Adrianópolis, ya hacia el interior, donde mil años antes los visigodos habían aplastado a un ejército romano y emprendido la marcha por el sur del continente hasta Hispania. Así, los turcos iban cercando la capital bizantina, forzándola a pagarles tributo y suministrarles soldados auxiliares. Con el sultán Murad I acabaron de tomar Tracia, la región de Constantinopla, dejando a esta aislada, salvo por mar. Además, Murad conquistó grandes trozos de la actual

Bulgaria, Macedonia y Serbia. De este modo, en 1389 el orgulloso Imperio romano de Oriente, que en tiempos de Justiniano había aspirado a recomponer y reunificar el de Occidente, se veía reducido a poco más que un enclave vasallo de los otomanos, más pequeñas posesiones dispersas por Grecia. Murad fue el primer otomano que se proclamó sultán, equivalente a califa como suprema autoridad política y religiosa. En 1389 venció a los serbios en la batalla de Kósovo, y allí mismo murió apuñalado por un serbio que llegó hasta él con engaños. Uno de sus hijos, Bayaceto I, se proclamó sucesor después de hacer asesinar a su hermano Yakub. La batalla de Kósovo dejó a merced de los turcos todos los Balcanes al sur del Danubio, acechando al reino de Hungría y las posesiones venecianas en el Adriático y Grecia.

Tal sucesión de desastres cristianos motivó al papa Bonifacio X a proclamar una cruzada, en la que participaron tropas húngaras, alemanas y francesas, más algunos españoles, polacos e ingleses. El encuentro con los turcos se produjo en 1396 alrededor de Nicópolis, al noroeste de la Grecia actual, y los cristianos fueron aniquilados. La ciudad había sido fundada por el emperador romano Augusto para conmemorar su victoria naval de Accio sobre Marco Antonio, ocurrida en las inmediaciones. Su nombre significa «Ciudad de la victoria». Que no correspondió a los herederos de Roma. Bayaceto finaría siete años después, tras ser vencido y apresado por los mongoles de Tamerlán en la batalla de Ánkara. Esta derrota salvó providencialmente a Constantinopla, a la que Bayaceto ya había sitiado durante varios años.

* * *

El tremendo retroceso cristiano en el oriente mediterráneo

contrasta con los grandes avances en el oeste, en España. Si bien con la perspectiva del tiempo damos por resuelta la reconquista tras las Navas de Tolosa, eso nadie podía saberlo entonces. La amenaza musulmana impuso nuevos y agónicos esfuerzos cuando el imperio benimerín puso en marcha una ofensiva conjunta con el reino de Granada, vasallo de Castilla pero ansioso de reconstruir Al Ándalus. En 1329 los moros recobraron Algeciras y en 1333 Gibraltar, sin que el paso de sus tropas por el estrecho pudieran frenarlo las flotas castellana y aragonesa, quedando la primera destrozada. Alfonso XI de Castilla-León, desesperado, pidió ayuda a Alfonso IV de Portugal, y la escuadra lusa, mandada por el genovés Pezzagna, más otros barcos aragoneses, genoveses y una nueva flota castellana construida a toda prisa en Sevilla, dominaron el estrecho. El sultán benimerín Abu Hasán, creyendo resuelto el problema con sus anteriores victorias, había retirado de allí sus barcos, y su ejército en España quedó aislado del Magreb. No obstante, era una fuerza muy potente, de unos 60.000 hombres, y asedió Tarifa. Castilla-León y Portugal acudieron con un número de soldados algo inferior, y Abu Hasán ordenó enfrentarlos cerca de la ciudad y del río Salado. Los cristianos introdujeron 5.000 hombres en Tarifa, con idea de sorprender por la espalda a los benimerines. El día del combate, 30 de octubre de 1340, el grueso de los cristianos acometió de frente mientras los de Tarifa atacaban desde atrás; los moros sufrieron una completa derrota, de la que el propio Abu Hasán escapó por poco.

Al año siguiente, los moros volvieron al estrecho con vistas a una nueva ofensiva, pero la flota española, auxiliada por las de Génova y Pisa, los rechazó. Los cristianos recobraron Algeciras,

fracasaron ante Gibraltar, donde murió Alfonso XI en 1350, de peste, y atacaron Granada, con poco éxito. Dieciocho años más tarde el imperio benimerín se fracturó y ya no fue posible a los magrebíes un nuevo asalto a la península. Granada quedó más indefensa, pero aun así difícil de ocupar, debido a las defensas naturales de su orografía. Además, pagaba cuantiosos tributos a Castilla, lo que contribuía a desanimar el espíritu de ataque, proseguido con intermitencias y pocas ganas; y así la expulsión definitiva del Islam iba a aplazarse aún casi un siglo y medio.

Tras la batalla del Salado se consolida una España de cuatro reinos: la corona de Aragón vivió su apogeo mediterráneo; Navarra siguió en la órbita de Francia; Castilla sufrió guerras civiles; y Portugal se fortaleció con las reformas de Dionisio I, que fundó la universidad de Coímbra y una potente flota. El ideal reunificador persistía, manifiesto en la común autoconsideración como españoles o en las políticas matrimoniales, pero se debilitaba al afianzarse unos reinos fuertes con intereses, rivalidades y alianzas internacionales opuestas. Así como lo más probable, hasta mucho después de la invasión árabe, había sido la derrota del programa reconquistador, ahora lo más probable resultaba la configuración de la península de modo similar a los Balcanes. De hecho, el predominio castellano fue retado pronto por Portugal y Aragón. El segundo había invadido Castilla en 1335 y dado guerra durante cuatro años, hasta volver a la alianza frente a la invasión benimerín; y posteriormente se concertó con Portugal para nuevos ataques a Castilla, enfrentamiento que duraría trece años por parte aragonesa, a partir de 1356.

Pero si la reconquista quedaba aplazada, en cambio Portugal, Aragón en su parte catalana, y sobre todo Castilla,

iban a convertirse en grandes potencias marítimas con influencias decisivas en el Mediterráneo y el Atlántico.

* * *

En Portugal tuvo lugar el trágico asesinato de Inés de Castro, fuente de dramas y leyendas. Inés, aunque hija natural, era una noble gallega del linaje de los Castro, hegemónico en Galicia y con una poderosa rama castellana originaria, rival de los Lara. En 1340, con quince años, partió para Lisboa en el séquito de su prima Constanza, de veinticuatro, que iba a casarse con el infante Pedro, heredero de la corona lusa. Constanza se firmaba también reina de Castilla porque siendo niña había estado casada con el castellano Alfonso XI, aunque hubiera sido repudiada sin consumar el matrimonio. Pero el infante se enamoró enseguida de Inés, a la que hizo su amante, despertando los celos de Constanza. Esta fallecería de parto en 1345, y nueve años después el enamorado Pedro se casó en secreto con Inés, con quien había tenido varios hijos. La boda, una vez sabida, despertó la furia de varios magnates portugueses, pues la familia Castro, tan poderosa en Galicia y en Castilla, se haría también preeminente en Portugal y podría determinar la unión de los reinos. De modo que persuadieron al rey Alfonso IV (a su vez casado con Beatriz de Castilla), padre de Pedro, de que lo más oportuno sería asesinar a Inés. El monarca aceptó, pero en el último momento se echó atrás, dejando la tarea a tres oligarcas que mataron a puñaladas a la inocente princesa.

Cuando Pedro heredó el cetro, dos años más tarde, los tres asesinos huyeron a Castilla, pero un acuerdo de extradición mutua puso a dos de ellos en manos de Pedro, quien les hizo arrancar el corazón en vivo y luego quemarlos. El tercero logró escapar a Aviñón y más tarde sería perdonado por el sucesor de

Pedro. A su vez el monarca castellano, a la sazón Pedro *el Cruel*, hizo ajusticiar a varios nobles entregados por Portugal. Según la leyenda, el portugués hizo exhumar el cadáver de su esposa y obligó a los cortesanos a besarle la mano y reconocerla como reina. Se supone que es todo una invención, o bien se trató de la efigie en cera de la mujer. El nuevo rey procuró mermar la influencia del papado y de la Iglesia portuguesa, y atacó en alguna ocasión a Castilla, en pacto con Aragón.

* * *

Cataluña alcanzó su apogeo en las primeras décadas del siglo. Como la parte más activa de la corona de Aragón desde mediados de la anterior centuria, disponía de universidad en Lérida y otros focos de cultura, dominaba las islas del Mediterráneo occidental y partes de Grecia. Barcelona competía con las ciudades comerciales italianas y tenía consulados en Sevilla, Lisboa y hasta Brujas en los Países Bajos, aunque su área comercial era esencialmente mediterránea, con establecimientos de negocios en Chipre, Alejandría, Damasco o Beirut. En función de esa expansión se desarrolló desde el siglo anterior el *Libro del Consulado del Mar*, compendio de reglas comerciales aplicadas en el Mediterráneo, y cuyo origen se disputan Valencia, Barcelona, Pisa y Marsella. Hacia 1323, con la ocupación de Cerdeña por Aragón, la rivalidad de Barcelona con Génova se agravó al extremo. Tiempo atrás, los genoveses habían destruido la marina de Pisa, que perdió su rango de primera ciudad comercial, y la rivalidad por el control del Mediterráneo occidental pasó a establecerse entre Barcelona y Génova.

Pero desde 1333 Barcelona sufrió un bloqueo de la flota genovesa y una mortífera hambruna, y en la década siguiente,

como en toda España y Europa, el azote de la Peste Negra. Su población, próxima a los 50.000 habitantes, bajó a la mitad y sobrevinieron el estancamiento y discordias sociales. El sistema confederal de Jaime I originó agrias reyertas políticas. La Ribagorza, disputada por catalanes y aragoneses, pasó a estos últimos en 1300. Mallorca, en pleno auge económico y cultural, rompió el vasallaje a Aragón y se separó hasta que en 1343 Pedro IV *el Ceremonioso* volvió a invadir la isla. Hubo otro intento separatista en 1349, y solo en 1375 volvió Mallorca definitivamente a la corona. *El Ceremonioso* también desarticuló entre 1347 y 1348 una rebelión de aragoneses y valencianos.

En 1351, Pedro guerreó contra Génova, sofocó dos revueltas en Cerdeña e instaló allí una colonia de catalanes (Alghero). Mantuvo hostilidades, desde 1356 y durante veinte años, con el castellano Pedro I el Cruel («Guerra de los dos Pedros»). La lucha se acompañó de plagas de langosta, peste y hambres. Desde 1366 intervino en la guerra civil que asolaba Castilla, respaldando a Enrique de Trastámara contra el Cruel, un reflejo de la Guerra de los Cien Años. La paz llegó en 1375, al casarse la hija del rey aragonés, Leonor, con Juan, heredero de Castilla, boda de trascendental alcance político, como se demostraría más tarde. No hubo vencedores ni vencidos y los dos reinos quedaron exhaustos. El Ceremonioso hubo de admitir la inspección de las cuentas reales por las Cortes, a través de la *Diputación del General* («general» se llamaba a los tributos reales, y la diputación provenía de las Cortes celebradas en Monzón en 1289), de la que derivaría la *Generalidad*.

Tratando de aumentar el poder regio, *el Ceremonioso* chocó con el Inquisidor general, Nicolau Aymerich. Este, muy propenso a usar la tortura, incluso contra las normas que

prohibían emplearla dos veces, llegó a prohibir las obras de Raimundo Lulio, se enfrentó al predicador Vicente Ferrer, fomentó una revuelta contra el rey en Tarragona y redactó normas inquisitoriales que influirían también en Castilla al extenderse a ella la Inquisición, un siglo más tarde.

Se considera a Pedro IV el Ceremonioso autor o impulsor de la *Crónica de San Juan de la Peña*, primera historia general de Aragón, que comienza con Túbal, hijo de Jafet, como primer poblador de España. Quizá quería imitar la *Estoria de España* de Alfonso X el Sabio. Mandó traducir las *Partidas* de Alfonso para reforzar la autoridad real y durante su reino los viejos condados del noreste empezaron a conocerse oficialmente como Principado de Cataluña. Compuso o hizo componer una crónica de su reinado que, con el *Llibre dels fets* de Jaime I y las crónicas de Bernat Desclot y de Muntaner forma uno de los mejores conjuntos historiográficos europeos de la época.

A pesar de sus esfuerzos, con Pedro IV terminó la época gloriosa de Barcelona, tanto por los desastres y dispendios de la guerra con Castilla como por el éxito de sus rivales genoveses, aliados de Castilla y Portugal; y porque, una vez despejado el Estrecho de Gibraltar de la presión musulmana, las rutas comerciales se alejaron de su puerto. La ciudad reaccionó con acciones bélicas y piratería, que a la larga le perjudicaron.

El siglo XIV se señala en la corona de Aragón por una lucha encarnizada entre el rey y los nobles. Las Cortes adquirieron allí, especialmente en Cataluña, mayor fuerza que en el resto de España y de Europa. Eran elegidas con poca interferencia del monarca, controlaban los tributos y el gasto y ejercían funciones legislativas, triunfando un pactismo teorizado por Francesc Eiximenis. Este franciscano exaltó sorprendentemente la riqueza

y a los mercaderes, pidiendo para ellos el máximo favor porque «son la vida de la tierra donde están, son el tesoro de la cosa pública»; sin ellos, «las comunidades decaen, los príncipes se vuelven tiranos, los jóvenes se pierden y los pobres lloran». «Nuestro Señor Dios les hace misericordia especial en muerte y en vida».

Eiximenis sostuvo a la vez la procedencia divina del poder y su origen en un acuerdo social, pues «nunca las comunidades dieron poder absoluto a nadie sobre ellas, sino con ciertos pactos». Su pactismo frenaba el poder regio, pero robustecía el de los grupos nobiliarios y mercantiles sobre el pueblo bajo y los campesinos, para quienes el monarca, más alejado, resultaba menos asfixiante. Eiximenis expresa la mentalidad oligárquica, también llamativa en un franciscano. Al revés que el dominico Vicente Ferrer, abogado del «pueblo menudo», denigró a este con crudeza, por no decir crueldad: gente «bestial, rústica, desprovista de razón, maliciosa», apenas humana y a quien debía tratarse con «golpes, hambre y castigos duros y terribles».

Las diatribas de Eiximenis contra los campesinos no hacían sino exponer una política general ya antigua, que hacía de los payeses, junto con los labriegos gallegos, el sector social más oprimido de España. El aborrecimiento del franciscano estaba relacionado sin duda con las protestas de los campesinos contra los «malos usos» de señores y burgueses, que habían de derivar en sangrientas luchas y bandolerismo, y contribuir a hundir más profundamente a Cataluña.

34. CASTILLA, PRIMERA POTENCIA NAVAL ATLÁNTICA

La reconquista había sido un asunto privativo que absorbía las energías de los estados hispanos, con escasa proyección exterior y sí, en cambio con influencia, por temporadas casi dominante, de Francia. Pero en el siglo XIV la influencia naval y comercial de la corona de Castilla se haría muy intensa al norte de los Pirineos y del golfo de Vizcaya. Si la lucha contra Granada decayó, por las razones dichas, en cambio, y de modo semejante a Aragón, pero más acentuadamente, Castilla iba a constituirse en el mayor poder marítimo del Atlántico. A este dato no se le ha solido dar la relevancia adecuada, y sin embargo ayuda a explicar el impulso naval español, sin precedentes históricos desde finales del siglo siguiente. El origen de la marina castellana puede fecharse en la época del arzobispo Gelmírez con sus galeras, adquiriendo su madurez en el sitio de Sevilla por Fernando III y en la lucha por el control del estrecho contra los benimerines.

Durante la segunda mitad del siglo, el reino central hispano se convirtió en teatro de la larguísima Guerra de los Cien Años entre los reyes franceses e ingleses por el dominio del tercio occidental y la corona misma de Francia. Después de que el heredero de la corona inglesa, Eduardo, conocido más tarde por *el Príncipe Negro*, capturase en Poitiers al rey francés Juan II, los dos países habían firmado la paz de Bretigny, en 1360, por la que el monarca inglés Eduardo III renunciaba al trono de Francia, quedándose a cambio con un tercio o más del territorio

galo. La paz no fue respetada, los franceses imitaron las asoladoras cabalgadas inglesas, arruinando aún más el país, pero con ellas forzaron a los ingleses a retroceder en pésimas condiciones.

El escenario bélico se extendió a España. En 1350, al morir de peste Alfonso XI de Castilla-León ante Gibraltar, como quedó dicho, se desató la rivalidad entre el heredero legal, Pedro I, y su hermanastro Enrique de Trastámara («Tras el Tambre», río gallego, casa asociada otrora Pedro Froilaz, conde de Traba, que tantos enredos había urdido en tiempos de Alfonso *el Batallador* y Urraca *la Temeraria*). Enrique era hijo bastardo de Alfonso. Para asegurarse el cetro, Pedro hizo matar a miembros de familias rivales, entre ellos la madre de Enrique, Leonor de Guzmán; por estas y otras represiones le apodarían el Cruel. Juan II de Francia, buscando aliados, pactó casar a su sobrina Blanca de Borbón, de catorce años, con Pedro, de diecinueve, prometiendo una dote cuantiosa, que no podía pagar. En 1353 se casaron, pero a los tres días Pedro, que tenía una amante llamada María de Padilla, repudió a su esposa, quizá por el engaño en la dote, y la encarceló (moriría en 1361, con veintidós años, probablemente envenenada).

De ahí vino la ruptura con Francia y la rebelión de varias ciudades y apoyos señoriales a la rebeldía del Trastámara. Pedro cometió otro serio error en 1354 al maridar de modo poco regular y repudiado por el papa, con Juana de Castro, *la Desamada*. Pedro la había asediado amorosamente hasta conseguir la nulidad de su matrimonio con Blanca, pero poco después de la nueva boda había vuelto con la de Padilla, y de ahí el apodo de Juana. Su hermana Inés de Castro encontraría una muerte trágica en Portugal al año siguiente. El abandono de

Juana fue sentido como una afrenta intolerable por Fernán Ruiz de Castro, hombre muy poderoso en Galicia y notable militar, sobrenombrado *Toda la lealtad de España*, el cual, de haber apoyado fielmente al Cruel, se pasó al Trastámara.

Enrique se sublevó dos veces, perdió y entró al servicio del aragonés Pedro IV *el Ceremonioso* contra el Pedro castellano. Vencido en Nájera, en 1360, volvió a ayudar a los aragoneses a cambio de apoyo de estos contra su hermanastro. En 1366, con tropas castellanas, aragonesas y mercenarios franceses acaudillados por el condestable Bertrand Duguesclín, derrotó a Pedro, quien se refugió en la Francia sometida a los ingleses. El Trastámara se proclamó entonces rey como Enrique II de Castilla, y concedió generosos premios a sus aliados, de ahí su apodo *El de las Mercedes.* Pero su rival reunió un ejército en gran parte inglés, con sus famosos arqueros, mandado por el Príncipe Negro, heredero de Eduardo III y venció a Enrique en una segunda batalla de Nájera, en 1367 (Pedro no pagó bien al Príncipe, que se retiró y entró en graves apuros económicos). Enrique reunió un nuevo ejército en Francia y lo confió a Duguesclin. La batalla de Montiel determinó el fin de Pedro el Cruel. Duguesclin lo llevó con engaño ante Enrique y los dos reyes se enzarzaron en pelea mortal. Cuando Pedro parecía ganar, Duguesclin («No quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor»), auxilió a Enrique, que apuñaló hasta la muerte a su hermanastro. De ahí su otro apodo, *el Fratricida*.

Durante la guerra civil, Enrique había perseguido sañudamente a judíos y mudéjares, que apoyaban a Pedro, pero después les protegió. Y entró, junto a Francia, en lucha naval con Inglaterra. Ya en 1350 españoles e ingleses se habían enfrentado por primera vez en la batalla de Winchelsea, ganada

por los ingleses con doble número de barcos, aunque a un coste excesivo de bajas. En 1371 la flota castellana, con naves de Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y otras, y mandada por Ambrosio Bocanegra, genovés instalado en Andalucía, hundió una escuadra portuguesa en la boca del Guadalquivir, y al año siguiente atacó en el puerto francés de La Rochela a la marina inglesa, con menos de la mitad de naves que esta: destruyó todos sus barcos y apresó a su almirante, el conde de Pembroke, a 8.000 soldados y a 400 caballeros. Las consecuencias fueron decisivas: el mar de la zona, antes en manos inglesas tras haber aniquilado a la flota francesa, quedó ahora libre, y los franceses avanzaron desembarazadamente por tierra, ayudados por castellanos; Inglaterra debió abandonar a Portugal, que pasó a apoyar a Castilla, convertida en la mayor potencia naval atlántica.

Muerto Bocanegra en 1374, le sucedió Fernán Sánchez de Tovar, que, junto con algunas naves del almirante francés Jean de Vienne (quien perecería casi veinte años más tarde en la batalla de Nicópolis contra los turcos), desembarcó en varias ciudades del sur de Inglaterra y la isla de Wight, reproduciendo por vía marítima las cabalgadas, y capturó o hundió numerosos barcos, forzando a los ingleses a aceptar una tregua en 1375. Vueltas las hostilidades dos años después, Tovar atacó y saqueó diversas poblaciones de la isla, como Folkestone, Plymouth y otras, infligió nuevas derrotas a la armada inglesa en 1379, y en 1380 remontó el Támesis hasta las inmediaciones de Londres, incendiando Gravesend y otros objetivos. Algunas ciudades costeras debieron pagar tributo a los incursores para mantener su seguridad. Al año siguiente, vuelto Portugal a la alianza inglesa, Tovar desbarató una escuadra lusa frente a Huelva, y

bloqueó Lisboa, donde se hallaba un contingente de tropas inglesas. Al verse estas cortadas de dinero y suministros, resolvieron desvalijar a sus protegidos e indefensos lisboetas. Como resultado, Portugal volvió a la paz con Castilla y Tovar transportó a los ingleses a su país. Las paces solían durar poco, y cuatro años más tarde el almirante murió de peste mientras asediaba nuevamente Lisboa.

Estas acciones tuvieron un decisivo efecto comercial, pues aseguraron el libre tránsito entre España, Flandes, Francia y también Inglaterra, adonde iban la lana, vinos, hierro, aceite de oliva, jabón, frutas, mercurio, etc., de Castilla. Los marineros y mercaderes castellanos obtuvieron ventajas fiscales en los puertos franceses y en Brujas, y durante siglos este tráfico se convirtió en eje esencial para la economía castellana, que, en contraste con la de Aragón, salió de aquellos conflictos con fuerte impulso, e hizo de Burgos un centro comercial de primer orden. La flota de Castilla se impuso también sobre la de Portugal y la de Aragón en los casos en que, por rivalidades o alianzas contrarias, chocaron unas y otras.

Otro éxito de Enrique II fue, en 1375, el matrimonio de su hija Leonor con el rey de Navarra Carlos III *el Noble*. El monarca navarro anterior, Carlos II *el Malo*, con grandes ambiciones de intervención en Francia y deseo de hacer valer sus derechos sobre los condados de Champaña y Brie, había impulsado una política hostil a Castilla, a la que había intentado arrebatar Logroño. El Noble abandonó aquellas pretensiones y buscó la paz entre Francia e Inglaterra y entre Aragón y Castilla, y la amistad con la última, a la que ayudó en operaciones contra Granada. También creó el título de Príncipe de Viana para el heredero, al modo como en Castilla se había institucionalizado

el Príncipe de Asturias o en Inglaterra el Príncipe de Gales.

* * *

La implicación hispana en la Guerra de los Cien Años tuvo otra derivación. En 1383 murió Fernando I de Portugal, y su hija Beatriz, cortejada por príncipes franceses e ingleses, prefirió a Juan I de Castilla, hijo del ya fallecido Enrique el de las Mercedes. Juan reclamó el trono portugués, pero parte de la nobleza lusa eligió a otro Juan, el maestre de la orden de Avís. De ahí derivó una guerra civil en Portugal, acompañada de intervención castellana e inglesa. La decisión llegó con la batalla de Aljubarrota: Juan de Castilla mandó un ejército de 30.000 hombres, entre ellos un escuadrón de la prestigiosa caballería pesada francesa. La desproporción contra los 6.000 de Avís parecía asegurar el éxito al primero, pero ocurrió lo contrario: los arqueros ingleses, atacando desde los flancos, mientras el centro portugués aguantaba, masacraron a las tropas castellanas de modo similar a como habían hecho con las francesas en Crécy y Poitiers. Juan de Avís, consolidado, inauguró una nueva dinastía y firmó con Inglaterra una alianza vigente hasta hoy. Así, Inglaterra garantizó la independencia portuguesa, como el papado lo había hecho originariamente.

El conflicto luso-castellano se complicó aún por el intento de Juan, duque de Lancaster y hermano del ya fallecido Príncipe Negro de hacerse con el trono de Castilla, por haberse casado con Constanza, hija mayor de Pedro *el Cruel*. A tal fin había tratado con Portugal, Navarra y Aragón para cercar al *De las Mercedes*. Como Aljubarrota había suscitado en Castilla cierto movimiento a su favor, el de Lancuster desembarcó en 1386 en La Coruña y con tropas inglesas y portuguesas invadió León. Pero fue repelido, por lo que negoció el matrimonio de su hija

con el heredero de la corona castellana y renunció a sus pretensiones sobre Castilla mediante una indemnización que no le sacó de apuros financieros. Con ello quedó afirmada la casa de Trastámara, que iba a desempeñar un papel crucial en la posterior evolución de España.

Juan I de Castilla, sucesor de Enrique, restableció el poder real, sin intermediarios, sobre los señoríos de Molina y Vizcaya. El señorío de Asturias pasó a principado y atribuido, al igual que Vizcaya y Molina, al heredero de la corona, quedando desde entonces el título de Príncipe de Asturias para los destinados a reinar. En 1390 falleció Juan I, de una caída de caballo durante un torneo, y le sucedió su hijo Enrique III *el Doliente.*

Quizá por entonces comenzó a aplicarse a los vizcaínos la hidalguía universal, haciendo aparentemente nobles del nivel más bajo a todos sus habitantes. Los hidalgos, antes infanzones, eran aquellos que podían sostener un caballo y luchar con él en la guerra (la caballería villana). El título se había ampliado mucho antes de que se le pusieran trabas haciéndolo hereditario. Los infanzones o caballeros, luego hidalgos, tenían ciertos privilegios, y los tópicos literarios los pintan como pobres arrogantes. Sin embargo, conforme avanzaba la reconquista desde el Duero, se convirtieron en el alma política de las ciudades. Eran ellos quienes dirigían los municipios y se sentaban en las Cortes. En un principio, los vizcaínos propios eran los linajes nobles de Vizcaya, siendo el pueblo llano simples moradores, con pocos derechos como en el resto del país. Al parecer la generalización de la hidalguía se basó en la idea de que sus pobladores eran los únicos que no tenían la menor mezcla de judío o de moro. Y, por supuesto, no tenía muchos efectos prácticos en una población muy ruralizada, que siguió sometida

a los señores y a sus constantes peleas banderizas.

* * *

La cultura castellana tuvo en este siglo algunos representantes literarios de primera fila, en particular el Arcipreste de Hita, el infante Juan Manuel y Pero López de Ayala. Del primero, llamado Juan Ruiz, poco se sabe. Al parecer escribió su única obra conocida, *El libro del buen amor*, en la cárcel, allí encerrado por orden del arzobispo de Toledo, Gil Álvarez de Albornoz. Este fue también diplomático y militar talentoso al servicio del papa de Aviñón Clemente VI, cuyo sucesor, Inocencio VI, le comisionó en 1353 para restaurar la autoridad papal en Italia, lo que hizo con gran destreza, por la política y las armas. Escribió las *Constituciones de la Santa Madre Iglesia* para los estados pontificios, considerada a veces la primera Constitución política de la historia, la cual seguiría en vigor hasta 1816. De paso fundó el *Collegium Hispanicum* para estudiantes españoles en Bolonia, uno de los grandes focos culturales de Europa. Propuesto para papa, rehusó el cargo, que recayó en Urbano V. Gil trató de reformar la Iglesia elevando la cultura y moralidad de sacerdotes y monjes, imponiéndoles el viejo principio del celibato, vulnerado a menudo. Quizá por lo último chocó con el Arcipreste, clérigo a su vez muy culto, pero menos casto.

Si fue realmente el arzobispo quien encarceló al arcipreste, hizo un paradójico servicio a la cultura, pues el *Libro del buen amor* es una obra literaria insigne. Para estar escrita en prisión, exhibe un espíritu risueño, burlón y sutil, sin dejar claro si satiriza los vicios o la moral. Sus ironías, no pocas veces obscenas pero nunca amargas o cínicas, se ceban en las convenciones amorosas y literarias, en la liturgia, el amor cortés, etc., y

parecen defender la extendida barraganía clerical. Todo hombre, dice, debe buscar la alegría en medio de los cuidados, pues «la mucha tristeza mucho pecado pon». El mayor motivo de alegría es el «juntamiento con fenbra placentera», incluso si no se logra, pues ya compensa sentarse a la sombra del peral, aunque la pera no llegue a catarse: sus aventuras amorosas siempre le salen mal, y solo consigue su objeto al ser violado por una serrana espeluznante. El amor ennoblece al más zoquete y hace que los amantes, aun míseros y feos, se vean entre sí colmados de belleza. Cierto que virtudes semejantes tiene el dinero, que «al torpe faze bueno e omne de prestar, faze correr al coxo e al mudo fablar»; con cuyo motivo satiriza a la religión: «Si tovieres dineros, tendrás consolación, (…) comprarás paraíso, ganarás salvación (…) Yo vi en corte de Roma, do es la santidad, que (…) todos a él se humillan como a la majestat». El dinero hace mentira la verdad y verdad la mentira, como el amor, que «siempre fabla mintroso». Por su variedad de temas, su estilo realista y a menudo bufonesco sin perder, no obstante, penetración psicológica y cierta delicadeza y ambigüedad inteligente, este libro nos habla de actitudes seguramente bastante extendidas entre la clerecía y el pueblo. Se le considera una cumbre de la literatura española y europea.

Coetáneo del Arcipreste y muy distinto de él fue Juan Manuel, nieto de Fernando III el Santo, sobrino de Alfonso X y uno de los mayores potentados de Castilla. Buena combinación de noble y escritor, instruido en todas las ramas de las letras y experto en las artes marciales caballerescas, pasó la mayor parte de su vida en intrigas políticas y luchas contra los moros de Granada y Murcia o, aliado a veces con Jaime II de Aragón o con los mismos granadinos, contra los reyes de Castilla

Fernando IV y Alfonso XI, cuya legitimidad discutía. Como él dice, muchos hombres, entre ellos los dos reyes, quisieron matarle con venenos, asesinos contratados, armas y falsedades. La urgencia de afrontar a los benimerines en el Salado (1340) le reconcilió con Alfonso XI, después de lo cual abandonó la política y dedicó su tiempo a escribir.

El más famoso de sus libros, *El conde Lucanor* o *Libro de Patronio*, es una colección de cuentos con un fondo de moral práctica, muy valioso por su propio mérito, por ser el primer conjunto europeo de este tipo de relatos, anterior al de Boccaccio, y por la variedad de raíces, desde Esopo al *Panchatantra* indio y posiblemente a cuentos japoneses, llegados a lo largo de siglos a través del Islam o de la Ruta de la seda. Con el mismo enfoque edificante trata su modelo de sociedad y de príncipe en *El libro de los estados*, parcialmente inspirado en la leyenda de *Barlaam y Josafat*, versión desfigurada y cristianizada de la vida de Buda. Su *Libro del caballero y del escudero* expone una ética religioso-caballeresca inspirada en Ramón Llull. Tanto la etapa turbulenta como la más serena de Juan Manuel condensan la mentalidad y acciones de muchos nobles de una época que cedía paso a otras formas de ver el mundo. Trató de estimular con ejemplos una conducta moral elevada, religiosa (era muy devoto de la Virgen) y razonable. Su plan educativo para los nobles, con cultivo del cuerpo y de las facultades intelectuales, la importancia dada a la caza, a la lectura de crónicas de grandes hechos, a los juegos de caballerías, quizá contengan ecos del tratado visigodo *Institutionum disciplinae*, de la misma orientación; incluso de Quintiliano cuando propone un temprano aprendizaje de la lectura y una instrucción no penosa, sino que aficione a los niños a los

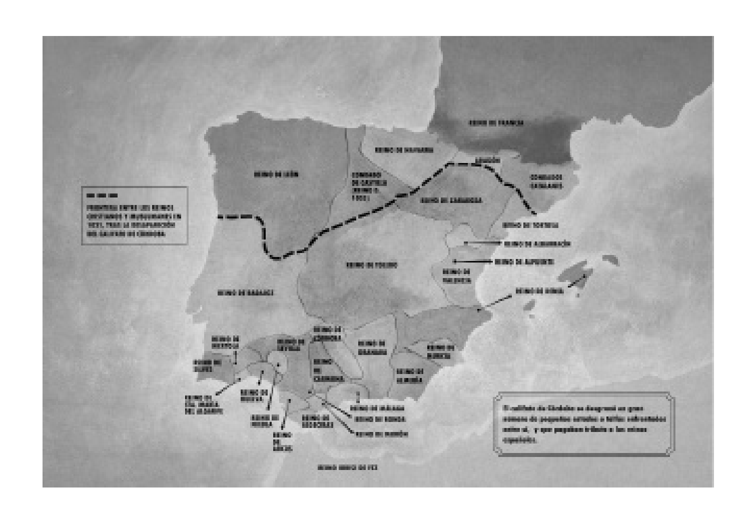
asuntos intelectuales.

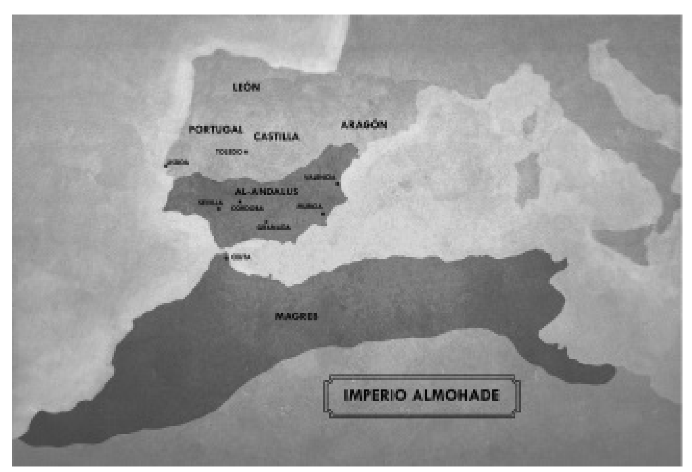
Personaje algo posterior y de otro carácter, pero también representativo, fue el alavés Pero López de Ayala. Su *Rimado de Palacio* expresa una actitud opuesta a la del Arcipreste, muy crítica hacia la inmoralidad y maldades del alto clero, de Roma, de los grandes, de los usureros judíos y de la sociedad en general, preocupación por el Cisma de Occidente y por el destino de su propia alma. Con él comienza una tradición literaria española de tipo moralizante y satírica.

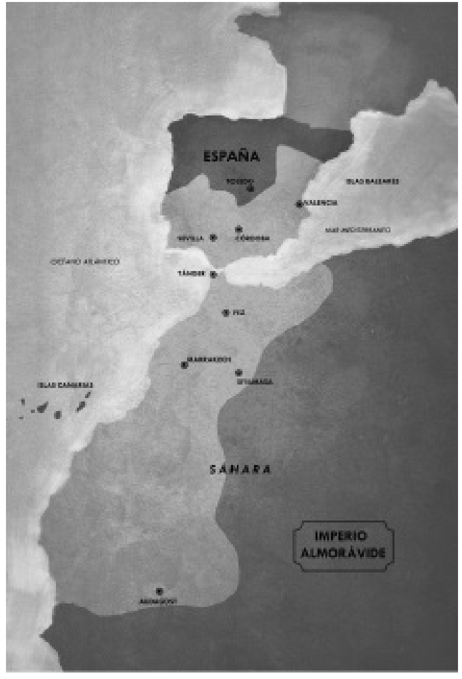
No obstante, fue hombre de acción como Juan Manuel, aunque de otro estilo, aficionado de joven a «libros de devaneos e mentiras probadas», los de caballerías tipo *Amadís* y *Lanzarote*, en los que dice haber perdido mucho tiempo. Mandó la flota mediterránea de Pedro el Cruel pero, indignado por las venganzas de este, a quien algunos llamaban *justiciero* y él prefería llamar *carnicero*, se pasó al Trastámara, a cuyo servicio y al de su hijo Juan hizo gestiones diplomáticas, ganándose una generosa gratitud de Carlos VI de Francia, a quien asesoró para vencer a flamencos e ingleses. Opuesto a la guerra entre Castilla y Portugal, participó en ella por lealtad a Juan I, siendo hecho prisionero en Aljubarrota y tenido un año en una jaula de hierro. Liberado por un cuantioso rescate, volvió a la diplomacia, en la que demostró sensata sagacidad en pro de la unidad de Castilla y la paz con Inglaterra y Portugal. Su obra más interesante es quizá la *Historia de los reyes de Castilla*, varias crónicas sobre los monarcas que él conoció, relatos sobrios, de mayor altura y ecuanimidad que la mayoría de los contemporáneos europeos. Dejó asimismo un tratado de cetrería y tradujo al castellano obras de Tito Livio, San Isidoro, Boecio, Gregorio Magno y Boccaccio.

Otro hecho cultural de relieve fue la fundación de la orden Jerónima en 1375, como reacción penitencial y contemplativa a las turbulencias y relajación del siglo: importaría más la justa conciencia y la bondad interna que las formas de organización social externas. Entraron en esta orden bastantes judíos conversos, lo que iba a valerle sospechas de herejía. Los jerónimos instalaron pronto su principal monasterio en Guadalupe y fundaron otros por España y Portugal, donde obtendrían predicamento y protección de las respectivas coronas por su fama de rigor religioso. Más adelante participarían en empresas como la evangelización de América.

Llegados aquí, importa recordar que el término Castilla, con que se simplifica el panorama político, no se limitaba al reino propiamente castellano, pues incluía ya a Galicia, León, Asturias, Vascongadas, Extremadura, Andalucía occidental y Murcia. La razón era que la Castilla propiamente dicha se había convertido en el eje y motor de la reconquista y, sobre todo, estaba forjando la cultura de más peso, con diferencia, expandiéndose el castellano como lengua de cultura y comunicación sobre todo el resto; y mostraba a partir de la reivindicación hispanogótica un dinamismo integrador mucho más eficaz que los demás reinos.




LEÓN
PORTUGAL
CASTILLA
ARAGÓN
TOLEDO
AL-ANDALUS
MAGREB
IMPERIO ALMOHADE


ESPAÑA
VALENCIA
SEVILLA
CÓRDOBA
TÁNGER
FEZ
SÁHARA
IMPERIO
ALMORÁVIDE

QUINTA PARTE.
EL DECISIVO SIGLO XV

35. LA DIALÉCTICA INTEGRACIÓN-DESINTEGRACIÓN. POLÍTICA Y RELIGIÓN

Llegados al siglo XV, siete después de Covadonga, viene al caso un breve resumen de la época anterior. La reconquista siguió cuatro grandes etapas: en la primera, el siglo VIII, la península se escinde en dos partes muy desiguales, España y Al Ándalus, dos verdaderos mundos opuestos. A su vez la parte hispana aparece partida en dos: la cantábrica y la pirenaica, sometida a los francos. En la primera, el objetivo de recuperar España, es decir, el viejo reino, motivó enseguida un empuje expansivo. Para los francos, en cambio, ese objetivo apenas tenía interés: podían admitir la guerra religiosa, aunque secundariamente, pues solo aspiraban a oponer una barrera defensiva al empuje sarraceno: la Marca Hispánica. Por eso la España pirenaica solo pudo incorporarse al objetivo común a medida que se fue sacudiendo la tutela de los francos.

Esta primera etapa enlaza sin solución de continuidad con la segunda, todo dentro de la Edad de Supervivencia o Alta Edad Media europea. Durante dos centurias la reconquista correspondió a Oviedo-León, algo más tarde a Pamplona, mientras los condados de la Marca Hispánica apenas salían de los Pirineos. Se aprecia en la parte cantábrica una decisión unificadora, pero no las fuerzas necesarias para realizarla, en medio de impulsos dispersivos de las oligarquías y flaqueza del estado, comunes a toda Europa, quizá menos acentuadas en

España. La acometividad expansiva se quebró ante las demoledoras aceifas de Almanzor, quien exhibió la superioridad material retenida por Al Ándalus. No obstante, el bache cristiano pasaría pronto. Época de avances muy arduos, inestables y siempre en peligro de retroceso hasta el colapso del califato.

La tercera etapa ocupará los siglos XI, XII, XIII y XIV, con dos períodos bien definidos: hasta la ocupación de Andalucía occidental en el XIII, y de pausa posterior. Al empezar esta etapa, ya en la aquí llamada Edad de Asentamiento, el derrumbe de Córdoba causa tres fenómenos nuevos: una primera integración casi general a partir de Pamplona; la oportunidad para los estados cristianos de enriquecerse gracias a los tributos o parias impuestos a las taifas; y la llegada de Cluny, con cierto avasallamiento franco-papal que redundó en tensiones disgregadoras, aun si al mismo tiempo revitalizó a la Iglesia. En esta etapa asoman Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca, unidas en la corona de Aragón. Y más o menos simultáneamente la inicial hegemonía leonesa se irá debilitando ante el empuje de Castilla, la cual va componiendo a su vez una amplia corona con León, Galicia, la Castilla propia y Andalucía. Tras las Navas de Tolosa, en 1212, el final de Al Ándalus era solo cuestión de pocos años —aunque esto no podía saberse entonces—, de modo que, si exceptuamos el caso especial de Granada, la reconquista habría durado unas cinco centurias.

A partir de ahí se abre la cuarta etapa, que como la primera abarca un siglo, el XV, con dos partes bien diferenciadas. La primera se caracteriza por frecuentes guerras civiles dentro de los reinos cristianos o entre ellos, y un semiabandono de la acción contra Granada, por más que esta nunca desapareció de la

intención y el horizonte de los hispanos. La segunda parte del siglo, con los primeros años del XVI, iba a concluir la reconquista. Correspondía a Castilla completar la eliminación de Al Ándalus tomando Granada, asunto ya poco urgente, destinado a resolverse a medio plazo y sin demasiado esfuerzo, y que sin embargo tardaría aún largo tiempo en realizarse y exigiría una campaña larga y ardua.

Tales avatares suscitaban impulsos centrífugos o abiertamente separatistas, y obstruían la reunificación, la cual solo se alcanzaría en lo esencial hacia finales de dicho siglo, mediante la unión de las coronas castellana y aragonesa, la victoria de Granada y la reincorporación de Navarra. Las fuerzas integradoras terminarían predominando sobre las contrarias, por lo demás existentes unas y otras en todas las sociedades. Y esa culminación abrió una nueva época histórica que desborda la cronología de este trabajo, y predicha por la crónica de Muntaner: «*Si aquest quatre reis (…) d'Espanya, qui son una carn e una sang, se tenguessen ensems, poc dubtaren e prearen tot l'altre poder del mon*» («Si estos cuatro reyes de España, que son una carne y una sangre, se mantuvieran unidos, poco temerían y en poco tendrían al poder del resto del mundo»).

Es preciso recordar una vez más que el programa reconquistador no se limitaba a la expulsión de los invasores del siglo VIII. Buscaba además la reunificación en un estado único. En el primer aspecto se trataba de un objetivo religioso-cultural común al resto de Europa cristiana, la cual presenciaba cómo por el lado opuesto del Mediterráneo volvía a asomar poderosamente el Islam, acosando a Constantinopla hasta reducirla a un enclave y amenazando el centro del continente. El segundo aspecto, la reunificación, concernía particularmente a

los españoles, si bien auxiliados y a veces mediatizados por presiones externas, fundamentalmente francas o francesas, a última hora también inglesas. Y finalmente por un influjo italiano, este en un plano exclusivamente cultural, sin los costes políticos anteriores.

El motor de la reconquista fue primero el reino de Asturias, después el de León. Por algún tiempo el de Pamplona, también pasajeramente el de Aragón, y finalmente el de Castilla. Por el este Aragón, una vez superada la tentación transpirenaica y acordados sus límites y derechos con Castilla, orientó sus esfuerzos al Mediterráneo: Cerdeña, Sicilia, Nápoles, llegando hasta Grecia. Algo semejante ocurriría más tarde con Portugal, volcada hacia el Atlántico sur y el Índico.

Al amanecer el siglo XV el destino de España parecía marcado en otro sentido. Cuatro grandes oleadas invasoras habían salido del norte de África, pero tras la crucial derrota bereber en el Salado no eran previsibles nuevos asaltos por un largo período, y así se percibía: el imperio benimerín se desintegraba en luchas intestinas e intentos infructuosos de unificar el Magreb. Su declive permitiría a Portugal ocupar Ceuta en 1415 e ir apoderándose poco a poco de los principales puertos atlánticos del futuro Marruecos, enclaves comerciales y estratégicos en su designio de rodear África y cruzar el Índico hasta India e Islas de las Especias (Molucas, en la Indonesia actual).

* * *

Debe destacarse siempre la transcendencia, no siempre apreciada en toda su magnitud, de la inspiración en el reino hispanogodo como el factor propiamente español en este curso histórico. Obviamente, inspiración no es lo mismo que copia. Del reino de Toledo quedaba el fundamento ideativo o

ideológico o espiritual: religioso, jurídico, lingüístico, político, cultura monasterial, etc. Pero a lo largo del tiempo cambiaban muchas cosas y llegaban ideas y presiones nuevas. Además, la España goda había sido uno de los estados más estructurados, cultos e influyentes de Europa, mientras que su continuidad brotaba de una pequeña región atrasada, escabrosa, pobre y mal poblada. Esa pobreza inicial la hacía receptiva a influjos transpirenaicos capaces tanto de enriquecer su fundamento como de desvirtuarlo hasta hacerlo irreconocible, y derivar en la fragmentación política, como de hecho ocurriría en algunas etapas.

Debe descartarse, pues, la falsa cuestión del «neogoticismo» explicado como un «mito» una invención arbitraria y tardía por conveniencia política. Nada de eso: el reino de Toledo fue real, lo fue la continuidad de sus principales elementos culturales, y no menos real la invocación de su herencia, aunque ello disguste a españoles actuales, que, sin haber podido desempeñar en el proceso el menor papel, pretenden anularlo. La continuidad de España, aun complicada con nuevos sucesos, permaneció en los mozárabes, y los pocos años entre Guadalete y Covadonga no implican ruptura. Los resistentes de Asturias se sintieron probablemente continuadores de Toledo desde el primer momento, y la Marca Hispánica se llamó así por algo: sus pobladores se decían *hispani* o *gothi*, que venía a ser lo mismo, y resentían un tanto la supeditación a Francia. La legislación romanogótica perduró en todos los reinos, así como la lengua latina, raíz de lenguas romances mucho más próximas entre sí que con las derivaciones italiana o francesa. Y está, por supuesto, el catolicismo, tan ligado al esfuerzo político y bélico.

Por tanto, bajo las modificaciones y cambios históricos

hallamos una continuidad esencial. Ya hemos mencionado el contraste entre el esplendor de la cultura de élite andalusí y la pobreza o tosquedad inicial hispana. Contraste sobreponderado con olvido de la cultura popular, mucho más libre en España, y de los gobiernos despóticos que presidieron el auge intelectual y artístico andalusí. U olvidando la progresión española en alta cultura justo cuando el Islam se estancaba sin recuperarse hasta hoy.

Sin el precedente de Toledo, probablemente la reconquista no habría empezado, o se habría reducido a acciones de rapiña, o a la barrera defensiva de Carlomagno, partiendo la península entre Al Ándalus y una zona más o menos amplia sometida a los francos; o habría fragmentado el país entre varios estados cristianos y musulmanes. Y tal parecía el resultado al comenzar el siglo XV: cuatro coronas cristianas, Portugal, Castilla, Aragón y Navarra, más la islámica Granada, con altos grados de hostilidad mutua, todas relativamente débiles y expuestas a los intereses y maniobras de potencias exteriores. Situación con inclinación a hacerse definitiva por los ya creados y sólidos intereses políticos y económicos particulares, incluso en el interior de cada estado.

Aun así, las tensiones entre hispanos diferían del antagonismo mutuo con Al Ándalus. Dos citas, una temprana y otra tardía, describen la mentalidad: «el llamado *Albeldense* escribió: «Los sarracenos ocupan España y se apoderan del reino de los godos que hasta hoy en parte poseen. Con ellos combaten a diario, día y noche, los cristianos. Pero no han podido tomarles España por entero». Y en el siglo XIV Don Juan Manuel dejó escrito: «Ha guerra entre los cristianos y los moros, et la habrá fasta que hayan cobrado los cristianos las tierras que los

moros les tienen forzadas».

* * *

Obviamente los españoles no luchaban «día y noche», pero la expresión denota una psicología: la lucha no debía cesar hasta que España volviera a ser España. Mentalidad más arraigada, probablemente en el pueblo llano, principal sufridor de aceifas y algaras, que entre los oligarcas, a menudo abiertos a componendas. Y aunque la cuestión se dirimía por las armas, las treguas y paces duraban más que las guerras. Debemos tener en cuenta asimismo que no se trataba de guerras totales al estilo de las inauguradas con la Revolución francesa, sino que la mayor parte de los territorios quedaba a salvo de una campaña militar; si bien podía convertirse en escenario de la próxima.

La guerra fue evolucionando con la técnica y también cambiaron las tácticas. A lo largo de todo el tiempo predominaron las armas blancas (espadas, lanzas, flechas…), pero en el siglo XV y principios del XVI empezaron a generalizarse las armas de fuego, artillería y arcabuces. A estos últimos los españoles serían los primeros de Occidente en sacarles partido mediante la perfecta organización del Gran Capitán, haciendo de la infantería el arma por excelencia hasta la I Guerra Mundial. Los musulmanes emplearon abundantemente los arcos, y los hispanos poco. Los arcos largos ingleses tampoco fueron aprovechados, pese a haber decidido la batalla de Aljubarrota, así como las de Crécy o Agincourt en Francia. Sí, en cambio, utilizarían los hispanos abundantemente las ballestas, más penetrantes pero más lentas de montar. Las tácticas preferidas por los españoles a partir del siglo XI o XII, imitadas de Francia, fueron las cargas de la caballería pesada, que se mantendrían en toda Europa hasta el empleo de las picas

por los suizos y también abundantemente por los españoles. La caballería pesada, que los moros no utilizaban, prefiriendo el hostigamiento de la caballería ligera por los flancos, resultaba a menudo irresistible: en Aljubarrota fue desbaratada por los arqueros ingleses, pero en las Navas de Tolosa decidió la victoria española.

Los musulmanes utilizaban la caballería ligera, con arcos, para rodear al enemigo y también la táctica llamada «tornafuye», que el Cid copiaría con pericia: fingían huir para atraer fuerzas contrarias en una persecución poco organizada y volverse de pronto contra ellas, envolverlas y aplastarlas.

Por lo común, y excepto en los dos siglos finales, los musulmanes podían poner en pie ejércitos bastante más numerosos que los cristianos, aunque casi siempre lastrados por los celos y desconfianzas entre los jefes de distinto origen étnico, que les ocasionaron derrotas memorables como en Simancas. Pero cuando contaban con una dirección dura y capaz, como la de Almanzor, eran casi invencibles. Pueden distinguirse tres formas de guerra principales: la yijad, guerra de conquista y sometimiento, siendo la primera la de 711 y la última con peligro grave la de las Navas de Tolosa; las aceifas, expediciones muy frecuentes de castigo y destrucción, más para contener que para conquistar, cuyo objeto era aniquilar la economía de los contrarios, quemando sus cosechas y casas, saqueándolos y matando o esclavizando al mayor número posible. La aceifa, y más aún la yijad, requerían ejércitos fuertes y un alto grado de organización y respaldo económico a partir del corazón de Al Ándalus. Y había una tercera forma, propia de la frontera, más irregular y mucho más frecuente, la algara: correrías a caballo de corto radio de acción, con fines de saqueo, observación o

incendio de bienes o poblados enemigos. Aunque estas no han pasado a la historia por no involucrar ejércitos sino pequeñas tropas, mantenían una inquietud permanente en una ancha franja de la frontera, siendo respondidas de igual modo por los cristianos. Tropas cristianas típicas de frontera, extremadamente combativas, fueron los almogávares.

Durante los primeros tres siglos, los estados hispanos se expandían con audacia, pero solo podían hacerlo explotando las disensiones entre los andalusíes. Y a las aceifas replicaban, si podían, con cabalgadas en la profundidad de Al Ándalus, hasta Lisboa y Sevilla. Eran incursiones con tropas reducidas, no verdaderos ejércitos, que se valían de la velocidad y la sorpresa. Pero ante las grandes aceifas, o bien las resistían de frente, a veces con éxito, o se retiraban para contraatacarlas cuando retornaban a Al Ándalus cargadas de botín. Con ello obtuvieron victorias importantes, como en Lutos, aunque también derrotas muy sangrientas como en la Morcuera. En fin, a la yijad opondrían la cruzada, ambas «guerras santas» pero no equivalentes en España, como vimos.

* * *

El reino hispanogodo había vivido en relativa lejanía de Roma, continuada hasta el siglo XI. Mas luego la intervención del papado se hizo constante, soportada hasta contra los intereses propios: imposición del rito romano contra el sentimiento popular; nombramiento de altos cargos eclesiástico-políticos extranjeros; disolución de matrimonios regios, excomuniones por conveniencias políticas… Castilla fue el único reino que no se vinculó jurídicamente al papado, pero no por eso dejó de guardarle sumisión casi perruna. Aragón y Cataluña desafiaron al papa por Sicilia, Nápoles o el sur de

Francia, al menos de modo ocasional y pasajeramente. De paso, las pingües ganancias obtenidas por el papado y Cluny sangraban a la población. Señala Sánchez Albornoz: «La historia de allende el Pirineo está llena de querellas de los emperadores germánicos o de los reyes de Francia contra la Santa Sede (…) Ninguna oposición pareja suscitaron al papado los reyes de Castilla (…) y llegaron a soportar con mansedumbre las injusticias, los atropellos y hasta los abusos de los papas». «No hallamos quejas ni protestas en las Cortes que puedan parangonarse con las del parlamento de Inglaterra contra la política pontificia»; pese a que en 1390 las Cortes castellanas declararon que «entre todos los regnos cristianos no avia ninguno tan agraviado ni tan injuriado como estaba el regno de Castilla en razón de las provisiones que el papa facia». Ello causaba malestar y anticlericalismo entre el pueblo. Las Cortes llegaron a decretar el embargo de los beneficios eclesiásticos poseídos por extranjeros, pero fallaron en la ejecución.

No obstante, salvados sus constantes abusos, cabe sostener que la injerencia franco-papal o borgoñona-papal dio balance positivo en lo cultural y religioso. Pero políticamente perturbó seriamente la dinámica de la reconquista.

Por estas y otras causa se percibe en la literatura de los tiempos, aparte de sátiras anticlericales, cierta aversión popular y xenofobia hacia cuanto llegaba de más allá de los Pirineos, si bien tampoco debe exagerarse. La xenofobia era un sentimiento común en todos los países, y en Inglaterra especialmente agudo.

* * *

Cabe preguntarse por qué fue tan lenta y complicada la reconquista: ¿no fue posible que algún talentoso estratega derrotase en pocos golpes a Al Ándalus al modo como los

ismaelitas habían destrozado el reino de Toledo? Cuestión difícil. Desde luego, la rápida conquista islámica se explica ante todo por la traición de los witizanos, sin la cual habría sido más probable la derrota de los invasores y contraataques en la misma África; y por el carácter centralizado del reino. Cabe objetar que Al Ándalus adolecía igualmente de banderías y guerras internas. De hecho, había estado muy próxima al derrumbe por esas causas ya a finales del siglo IX, y seguramente así habría pasado de no haber irrumpido la personalidad de Abderramán III, que sacó a Córdoba de una depresión casi letal (no es cuestión insignificante quién ostente el poder, contra lo que suele afirmarse). Y según avanzaba el siglo X, Al Ándalus volvió a sumirse en una crisis semejante, superada gracias a Almanzor… para ocasionar a continuación el desplome del califato.

El hecho es que los hispanos no pudieron o supieron explotar a fondo las debilidades andalusíes, aun contando en el sur con los mozárabes, una posible y a veces real quinta columna. La causa probable yace en la marcada inferioridad demográfica y económica de los estados hispanos. Pese al valor y acometividad con que replicaban a las aceifas, u organizaban cabalgadas que penetraban cientos de kilómetros en tierras enemigas, causándoles muy serios daños, los cristianos solo lograban movilizar ejércitos de unos cientos a unos pocos millares de hombres, muy inferiores a los andalusíes en número y medios bélicos. En gran medida se trató de una lucha de guerrillas. Aunque también es cierto que la agresividad extrema de la yijad del año 711 dio paso paulatinamente a un ánimo cada vez menos esforzado y ambicioso por parte de los árabes, también cada vez más corrompidos y deseosos de gozar en la tierra de algo aproximado al paraíso prometido en el más allá. Y

así se habían ido resignando a la presencia de los reinos cristianos y ya no trataban de incorporarlos al Islam, sino solo de contenerlos y castigarlos con aceifas y razias continuas, llevadas al más alto nivel por Almanzor.

Otro rasgo único de la reconquista fue la repoblación, que obstaculizaba las penetraciones andalusíes y protegía las tierras más al norte; pero también enlentecía la marcha hacia el sur. Repoblar tierras arduamente ganadas, organizarlas jurídica, económica y militarmente, fundar embriones de ciudades o reasentar las abandonadas, alzar iglesias y monasterios, fue tarea harto complicada, lenta y expuesta. Se la ha comparado al espíritu de frontera en el «Lejano Oeste», pero realmente tuvo poco que ver, salvo por la mayor libertad o audacia personal y dureza implicadas en aquella vida. La frontera useña progresó contra tribus indias débiles en número, mal armadas y sin conocimientos propiamente militares, mientras que en España el enemigo era más numeroso, mejor dotado de recursos económicos y muy experto militarmente. Al Ándalus disponía, además, de las reservas del norte de África y de una masa de esclavos. Los reinos hispanos carecían de esa reserva, si bien con el paso del tiempo acudirían también refuerzos del norte de los Pirineos. Parece inteligible, así, que, no se repitiera a la inversa el enorme éxito de Tárik y Muza a partir de 711.

Deben contarse, además, las energías absorbidas por las divisiones entre los reinos hispanos. Desde Alfonso III *el Magno* se creaban nuevos reinos para repartirlos entre los hijos, con las consiguientes reyertas y luchas reunificadoras. En estos combates se derrocharon muchos esfuerzos para ventaja de Al Ándalus. Por lo demás, si la lentitud ayudó a fraccionar el territorio hispano, dio a los avances mayor consistencia política

y cultural.

* * *

Dentro de su acentuada peculiaridad, España compartió la cultura eurooccidental: su Edad de Supervivencia fue también la de los monasterios y las invasiones, en arduo esfuerzo por sobrevivir a inmensos peligros; la Edad de Asentamiento vio el románico, el gótico y el humanismo, las grandiosas catedrales, las universidades, las disputas teológico-filosóficas, guerras fundadoras como la de los Cien Años, las cruzadas por recobrar Tierra Santa, las querellas y contiendas entre papas y emperadores, el vasallaje al papado por parte de reinos como Inglaterra, Aragón, Portugal, etc. Rasgo destacable de la reconquista fue un feudalismo o señorío menos abusivo que tras los Pirineos, debido a las necesidades de repoblar y empujar hacia el sur la frontera; aunque en los extremos noroeste y noreste del país (Galicia y Cataluña), la opresión de los magnates pesaría tanto como en el resto de Europa Occidental, provocando revueltas sangrientas. Una manifestación de la mayor libertad en España fue la constitución del Fuero y las Cortes de León, estimadas como la institución representativa más antigua de la Cristiandad. Con un precedente embrionario en los concilios del reino hispanogótico.

La lucha de España sirvió de salvaguardia a Europa y benefició su despliegue cultural con traducciones de ciencia y pensamiento griegos y árabes o con dinero, como la financiación de Cluny, cuna del «renacimiento» románico. Tras la toma de Granada persistiría la amenaza desde el norte de África por los incesantes asaltos piráticos, complicados en el siglo XVI por las acometidas del poderoso Imperio otomano desde el lado contrario del Mediterráneo, frente a las cuales (y contra la

colaboración de otras potencias europeas con los turcos) volvería España a servir de valladar eficaz.

* * *

La bibliografía sobre la Edad Media española es abundantísima, y según algunos la primera de Europa enfocada científicamente desde la Ilustración. Las fuentes básicas son las viejas crónicas, a veces compuestas por monjes anónimos, como los de Ripoll o las anteriores de Asturias, o las crónicas de Muntaner, Bernat Desclot, Tomás de Canellas, etc. Las historias clásicas de Lucas de Tuy, Jiménez de Rada, Alfonso el Sabio; las crónicas posteriores del canciller López de Ayala, Alfonso de Palencia, Pérez de Guzmán, etc. Pero es en el siglo XX cuando han proliferado los trabajos, no muy abundantes sobre el conjunto de la reconquista o de la Edad Media, pero sí los centrados en temas parciales como la organización social del espacio, a la que ha dado mucha importancia J. A. García de Cortázar; las instituciones, especialmente la obra de L. G. de Valdeavellano; han proliferado los estudios sobre Al Ándalus, sobre los judíos, los económicos, regionales, locales, de genealogía nobiliaria, incluso sobre delincuencia… Para el siglo XV, aparte de la bibliografía más clásica (Luis Suárez, M. A. Ladero Quesada…), tiene interés el libro de Yutaka Suzuki *Personajes del siglo xv. Orígenes del Imperio español*, estudio biográfico poco habitual en España.

No obstante, nos encontramos aquí, como en otras épocas, con el problema del enfoque. Ya he señalado cómo una parte mayoritaria de la enorme bibliografía sobre la guerra civil de 1936 viene desvirtuada desde el principio al enfocarse como lucha entre democracia y fascismo, o similares. Lo mismo ocurre con la reconquista, como advertí al comienzo: desde negar un

fenómeno evidente a tratar de enfocarlo como un suceso económico, o de lucha de clases, o de tres culturas en mutuo entendimiento, o dejar en segundo plano la faceta militar o considerar un mito de ocasión la incidencia del reino de Toledo, negándole incluso carácter hispano… Estas y otras concepciones de entrada creo que echan a perder muchos esfuerzos a menudo muy dedicados, por más que dejen siempre material aprovechable de detalle o de derribo.

36. EL SIGLO DE LOS TRASTÁMARA

Si en el siglo XIV la casa de Trastámara ganó el poder en Castilla, en el XV la misma casa originará cruciales procesos políticos hasta la unión de Aragón y Castilla. En cambio, después de Aljubarrota, Portugal confirmará su mentalidad separatista.

Al amanecer el siglo XV reinaba en Castilla Enrique III el *Doliente*, rey piadoso, hábil y de principios. A finales del siglo anterior había frenado una matanza de judíos y una invasión portuguesa, asegurando luego la paz entre ambos reinos. Castilla ya era capaz de sostener un potente ejército permanente de hasta 10.000 hombres. La boda del Doliente con Catalina de Lancaster, nieta de Pedro el Cruel, tuvo valor excepcional, pues legitimó la casa de Trastámara, antes manchada por su bastardía de origen y por el fratricidio. En su corto reinado, hasta 1406 este rey reforzó su poder frente a los nobles y en las ciudades, para las que estableció el cargo de *corregidores* como representantes ejecutivos de la realeza. No menos importante, Castilla amplió sus intereses comerciales al Mediterráneo, creando consulados al lado de los de Aragón y utilizando a Valencia para la exportación de la muy apreciada lana merina castellana, con lo que esta ciudad se fortaleció económicamente, heredando progresivamente la pujanza de Barcelona. La estrecha relación entre Castilla y Valencia ayudaría a facilitar posteriormente la unión de Aragón y Castilla.

Fueron muy amplias las miras internacionales del Doliente, así llamado por su salud quebradiza, que no afectaba a su carácter. Constantinopla se hallaba acosada por los turcos

otomanos de Bayaceto, que dominaban ya la mayor parte de los Balcanes y Bulgaria. En 1402 Bayaceto preparaba el asalto a la vieja capital bizantina, cuando, como quedó indicado, los turco-mongoles de Tamerlán aplastaron a su ejército en Ánkara. Pero una vez derrotado y muerto Bayaceto, Tamerlán se retiró y la amenaza turca sobre Constantinopla se agravó. Por ello, *el Doliente* buscó la alianza con el mongol a fin de eliminar el peligro turco, y a ese fin envió dos embajadas. La de Ruy González de Clavijo llegó en 1405 a Samarcanda, capital del Imperio mongol, pero fracasó porque Tamerlán, que preparaba la invasión de China, falleció enseguida. El periplo de Ruy fue una hazaña para aquellos tiempos y, pese a su nulo efecto político, dejó su *Embajada a Tamorlán* uno de los mejores libros de viajes de la época.

Tamerlán, de religión islámica como los otomanos, fue un digno émulo de su antecesor mongol Gengis Kan: usó sus mismos métodos de guerra y dejó como recuerdo un rosario de ciudades arrasadas. En pocos años extendió su poder por el corazón de Asia, desde el norte de India hasta Anatolia y desde el Golfo Pérsico hasta el norte del Mar Caspio, lanzando incursiones de terror hasta el centro de Rusia, si bien no llegó a ocuparla. Fuera de eso no amenazó a Europa como habían hecho los mongoles de Gengis Kan y Batu, por lo que el rey castellano juzgó posible pactar con él. De todas formas, y pese a haber intentado crear una estructura política y económica estable, no lo consiguió, y después de él su imperio se debilitó por las luchas internas.

En España, el rey comisionó al normando Jean de Bethencourt para ocupar las islas Canarias, de parte de las cuales se enseñoreó este como vasallo de Castilla, dando comienzo a

correrías esclavistas por barcos castellanos y aragoneses. En el Mediterráneo el auge del comercio castellano propició el aumento de la piratería de los berberiscos y no solo de ellos, pues también la ejercían corsarios aragoneses e incluso castellanos, conchabados con diversos nobles, y hasta con el Papa Luna en pleno cisma de Aviñón. Para combatirlo, el rey comisionó al almirante Pero Niño, que ya se había distinguido en diversas acciones bélicas, y que este se dedicó tenazmente a aplastar los nidos de piratas recorriendo la costa africana, y por el norte hasta Marsella, Córcega e Italia. A continuación, en 1405, acudió a eliminar la piratería inglesa debido a la alianza con Francia, que había pedido ayuda contra Inglaterra. Niño atacó la costa sur inglesa, como antaño habían hecho Bocanegra y Tovar. Sus hazañas fueron consignadas en *El Victorial*, excelente relato de aventuras y retrato de usos caballerescos, obra de su alférez Díez de Games. En 1406 *el Doliente* emprendió la conquista de Granada, obteniendo éxitos iniciales, pero murió enseguida, a los veintisiete años.

* * *

Cuatro años después fallecía el rey de Aragón Martín I *el Humano*, un monarca notablemente ilustrado. Había sofocado una revuelta en Sicilia, y su prometedor hijo Martín *el Joven* venció a genoveses y nobles sublevados en Cerdeña en 1409. El Humano apoyó a los papas de Aviñón, que a su vez le apoyaron en Sicilia, mientras los papas romanos respaldaban a la casa de Anjou. Cuando el papa Benedicto XIII fue asediado en Aviñón, lo rescató y trasladó a Peñíscola. Intentó algunas cruzadas en el norte de África y tuvo que afrontar conflictos de las oligarquías catalanas, y los continuos entre estas y los campesinos. Cuando falleció, en 1410, sus hijos habían muerto y la corona quedó

vacante.

Durante dos años pugnaron por el trono hasta seis pretendientes, siendo los principales Jaime de Urgel y Fernando *el de Antequera*. Jaime, noble leridano, parecía bien situado, por haber gobernado la corona entera de Aragón durante un tiempo, pero se había hecho impopular en Zaragoza al haber tratado de imponerse allí con fuerzas armadas contra las autoridades del reino. Y aún creció la aversión de los aragoneses cuando fue acusado de haber ordenado asesinar al arzobispo de dicha ciudad, enemigo jurado suyo y partidario de otro pretendiente, Luis de Anjou. Fernando, castellano de la rama Trastámara, hermano del Doliente, sobrino de Martín *el Humano* y nieto del castellano Enrique II *el de las Mercedes* o *el Fratricida*, tenía sólidos apoyos, sobre todo en Valencia.

Por mediación de Benedicto XIII se acordó resolver el pleito entre compromisarios de Aragón, Valencia y el Principado catalán, del cual dependía Mallorca, dejada sin voz ni voto. Estos electores, tres por territorio, se reunieron en Caspe en 1412. El elegido debía reunir al menos seis votos, y uno por cada grupo. En las deliberaciones pesó mucho la opinión del dominico valenciano Vicente Ferrer, elector por Valencia. Ferrer, canonizado luego, había tenido una visión, a raíz de la cual se había dedicado a viajar por España y otros países europeos, predicando a multitudes que le seguían y, según se dice, haciendo milagros. Se le achaca haber instigado una matanza de judíos en 1391, aunque diversos estudiosos lo ponen en duda, y de hecho había convertido a numerosos judíos. Él sentía un intenso patriotismo valenciano, lo que pesó en su apoyo al de Antequera. Con Barcelona en declive, Valencia se había convertido en el reino más próspero de la

corona, debido en parte al intenso comercio con Castilla, y de ahí su buena disposición hacia Fernando.

Según los *Anales de la Corona de Aragón*, del historiador aragonés Jerónimo Zurita, la votación (*Compromiso de Caspe*), en 1412, dio a Fernando tres votos de Aragón, dos de Valencia y uno de Cataluña; solo dos de Cataluña fueron a Jaime de Urgel, con una abstención entre los de Valencia. La obra de Zurita, escrita en castellano ya avanzado el siglo XVI, suele considerarse la primera obra historiográfica española escrita con criterios modernos, eliminando en lo posible las leyendas populares, y tiene valor no solo para Aragón sino para el resto de España, a pesar de su matiz anticastellano. De todos modos, la votación que ofrece se considera dudosa, pues se trata de una versión tardía sin otras fuentes que la certifiquen, y en cambio diversos testimonios contemporáneos mencionaban unanimidad de los compromisarios a favor de Fernando.

Y así Fernando se convirtió en nuevo monarca de la corona aragonesa, que incluía a Sicilia y Cerdeña. El de Urgel se rebeló, trajo mercenarios gascones y atacó Lérida y Huesca, pero Fernando lo sometió con ayuda de los nobles y burgueses catalanes. El nuevo monarca falleció cuatro años más tarde, dejando el trono a su hijo Alfonso V *el Magnánimo*. Con el Compromiso de Caspe gobernaban los Trastámara los reinos de Castilla y Aragón, aunque estos permanecieran separados y no exentos de choques entre sí. Pero el Compromiso iba a tener a medio o largo plazo los efectos más profundos y duraderos sobre el destino de España.

* * *

La paz en Castilla bajo *el Doliente* se esfumó con su sucesor Juan II, hombre aficionado a la poesía, la caza y los torneos,

pero débil de carácter, bajo cuyo gobierno estuvo la turbulenta oligarquía en revuelta casi permanente. Los infantes de Aragón, hijos de Fernando de Antequera y muy influyentes en Castilla, secuestraron a Juan mediante el *golpe de Tordesillas*, en 1420. Lo liberó Álvaro de Luna, a quien el rey nombró condestable o jefe de sus ejércitos, convirtiéndolo en el gobernante efectivo. Luna, ambicioso y hábil intrigante, pero muy capaz y leal a Juan II, buen escritor y caballero, defendió la autoridad regia frente a unos bandos señoriales que llevaban el país al caos. Contra los magnates empeñados en expulsarlo se apoyó en la baja nobleza, el bajo clero, las ciudades y los universitarios. Asimismo, mejoró la relación con Portugal y la posición de los hebreos, que se hizo en Castilla la más favorable de Europa. Los infantes, respaldados por el hermano de estos, Alfonso *el Magnánimo* de Aragón, suscitaron guerra entre ambos reinos en 1429-1430, saliendo malparados. A fin de encauzar las energías nobiliarias, Álvaro impulsó al año siguiente una campaña contra Granada, sin éxito por el flojo interés del rey y los magnates. En 1445, bandas de nobles aliados con los infantes de Aragón entraron en Castilla con tropas navarro-aragonesas, pero fueron rechazados y Álvaro alcanzó la cúspide de su poder. Que iba a durarle poco.

En 1447, Juan II se casó en segundas nupcias con Isabel de Portugal, una dama no muy equilibrada mentalmente, la cual conspiró contra el condestable. El monarca, sugestionado, destituyó a Álvaro, quien, tras una parodia de juicio, fue decapitado en Valladolid, el 2 de junio de 1453. El pobre Juan, hastiado de las maquinaciones y querellas cortesanas y sintiéndose culpable por la ejecución de quien tanto le había defendido, falleció al año siguiente deseando haber nacido labriego y llegado a fraile ermitaño antes que a rey de Castilla.

Su esposa enloqueció poco después. Le sucedió su hijo Enrique IV, llamado *el Impotente*, con quien Castilla iba a hundirse en la anarquía.

Bajo Juan II y Enrique IV ocurrieron en Galicia las revueltas *irmandiñas* contra los señores laicos y eclesiásticos, que con sus exacciones, peleas y amparo al bandolerismo sumían a los aldeanos en la miseria. La rebelión del hidalgo Roi Xordo se mantuvo cuatro años desde 1431, y entre 1467 y 1469 sucedió la Gran Guerra Irmandiña, con participación de campesinos, hidalgos, clero bajo, menestrales y artesanos. Los irmandiños derribaron más de cien castillos atacando de preferencia a los de los linajes de Lemos, Andrade y Moscoso, odiados por su despotismo. Los oligarcas huyeron a Portugal y a Castilla hasta que en 1469 reunieron fuerzas y, junto con el arzobispo de Santiago, ahogaron la rebelión y ejecutaron a sus líderes.

* * *

En Aragón reinó esos años Alfonso V *el Magnánimo*. Apenas coronado, en 1416, disgustó a los catalanes al jurar los fueros en castellano, reprendiéndole en latín el arzobispo de Tarragona: «Si quieres ser amado, ama». Volvió a chocar con los nobles catalanes por dar cargos a castellanos, que hubo de revocar. Y aumentó el enfado cuando autorizó a los campesinos o payeses a tratar la supresión de las «costumbres inicuas» o «malos usos» de los oligarcas, medida que estos valoraron como una intromisión en sus libertades, consiguiendo frustrarla.

Los malos usos consistían en atropellos señoriales como la confiscación de un tercio de los bienes del campesino que moría sin testar o sin descendencia; indemnizaciones impuestas a los payeses por incendios fortuitos; la «remensa», pago abusivo al señor por salir de la servidumbre de la gleba; la obligación de

reparar aperos, moler o cocer el pan en los negocios del señor, o de transportar para él el trigo, y otras exacciones. Las «costumbres inicuas», particularmente abusivas en Cataluña, daban derecho a los amos a maltratar a los labriegos incluso hasta darles muerte sin sufrir apenas castigo. Era la línea del clérigo Eiximenis, cuya radical simpatía por los comerciantes y los señores se traducía en auténtico odio a los campesinos, que constituían la gran mayoría de la población, en permanente descontento.

El Magnánimo, fracasadas varias de sus iniciativas, se dedicó a afianzar sus dominios mediterráneos: Sicilia, Cerdeña y Córcega (esta última sin mucho éxito), empresas que le exigieron poco esfuerzo. Luego, en 1421, expulsó de Nápoles a la casa de Anjou y fijó allí su residencia, pero la guerra continuó veinte años, con treguas que aprovechó para guerrear con Castilla (1429-1430) e incursionar contra Túnez y Libia. Por Nápoles, y en general contra Aragón, intervinieron el Papa, el emperador, Milán, Florencia, Venecia y Génova. En 1435 la armada genovesa derrotó a la catalana en Ponza y apresó al *Magnánimo* y a sus hermanos Juan II de Navarra y a Enrique, infante de Aragón, que serían liberados pronto. Solo hacia 1442 ganó la partida *el Magnánimo*.

Y ya no volvió a sus reinos en España, falleciendo en Nápoles dieciséis años más tarde. En Nápoles ejerció de mecenas de las artes, influido por el ambiente humanista italiano, y formó un grupo de poetas castellanos y aragoneses. Allí se compiló el *Cancionero de Stúñiga* (apellido del primero de los vates) con poemas de autores en su mayor parte castellanos, con algún poema en italiano. Los poemas son muy variados, desde políticos, satíricos o filosóficos hasta amorosos,

mayoritarios. El conjunto testimonia nuevamente la hegemonía creciente del castellano para la lírica, mientras que la anterior del gallego se iba perdiendo. Asimismo, incluye algunos romances, un tipo de composición típicamente hispana, de tradición oral y que va pasando a los cancioneros escritos en este siglo. En ellos, así como en las políticas de los reyes, se aprecia ya una nueva época histórica marcada por el auge del humanismo italiano, que iba a dejar atrás la era del gótico, al tiempo que también lo que empezó a considerarse rigidez de la Escolástica y la universidad.

37. UNA EUROPA EN RÁPIDA TRANSICIÓN

La primera mitad del siglo XV fue de transición en Europa Occidental. El Cisma de Occidente quedó superado, terminó la Guerra de los Cien Años, acabó de hundirse el Imperio bizantino, cobraron impulso las corrientes llamadas humanistas o renacentistas, el gótico empezó a ser sustituido, a partir de Italia, por estilos inspirados en la Antigüedad grecorromana; y las naciones del oeste europeo destacaron con perfiles más nítidos que nunca antes. En la segunda parte culminó la reconquista española, los portugueses llegaron al sur de África y a India, abriendo una nueva ruta comercial, y los españoles descubrieron América, abriendo una nueva edad histórica.

Tanto el papa de Aviñón (Benedicto XIII) como el de Roma (Gregorio XII) fueron destituidos en el Concilio de Pisa, de 1409, y elegido el cretense, franciscano y profesor de Oxford, Alejandro V. Pero ello solo creó tres papas. Alejandro murió pronto, y los cardenales nombraron a Juan XXIII, en 1410. Este tomó Roma, mientras en Francia se imponía una Iglesia nacional (*galicana*), casi independiente. La Iglesia padecía un proceso de descomposición cada vez más dañino, lo cual suscitó la reacción de nuevas fuerzas para contenerlo. La solución llegó cuatro años después, en el Concilio de Constanza, auspiciado por el emperador Segismundo y por Juan XXIII.

El Concilio reconoció de modo especial a cinco grandes naciones de la Cristiandad católica, por orden jerárquico: Italia,

por alojar a Roma; Alemania por el Sacro Imperio; Francia como hija primogénita de la Iglesia; España por su relación con Roma y por su lucha contra el infiel; e Inglaterra en disputa fallida de prioridad con España. Acordó asimismo la abdicación de los tres papas para elegir uno nuevo. Gregorio aceptó, pero Juan XXIII se dio a la fuga. Capturado y vuelto a Constanza, fue destituido, acusado de asesinato, sodomía, incesto y violación, quedando encarcelado hasta que aceptó al nuevo Papa. Por estas causas pasó a la historia como antipapa, y otro Juan XXIII convocaría en el siglo XX el Concilio Vaticano II.

Benedicto XIII, ya refugiado en el castillo antes templario de Peñíscola y promotor dos años antes del Compromiso de Caspe, se mantuvo «en sus trece», sosteniendo ser el único papa legítimo, por lo que el Concilio, erigido en suprema autoridad sobre los mismos papas, lo depuso, eligiendo en 1417 a Martín V, que reinstaló en Roma la sede papal. Castilla, Navarra y Aragón abandonaron a Benedicto, que murió en 1423, con noventa y seis años. Su sucesor, el turolense Clemente VIII, terminó por reconocer a Martín V, con quien se resolvió definitivamente el cisma, ciento ocho años después del traslado a Aviñón y treinta y nueve después del cisma abierto.

No acabaron ahí las contrariedades. En Bohemia se había asentado el movimiento de Juan Hus, quemado en la hoguera en 1415. Los husitas seguían al inglés Wiclef, occamista extremo que predicaba la pobreza eclesiástica, la libre interpretación de la Biblia y la sumisión de la Iglesia a los poderes políticos. La rebelión husita llegó a vencer a las tropas imperiales, y fue preciso convocar un nuevo concilio, en Basilea, comenzado en 1432, para rehacer la unidad religiosa. Este Concilio, muy ambicioso, trató además la unión con la Iglesia ortodoxa y la paz

entre Francia e Inglaterra y entre los estados hispanos.

Los concilios envolvían otra cuestión clave para la Iglesia: la de si la máxima autoridad religiosa (y sus derivaciones políticas) debía residir en los concilios o en los papas. El nuevo pontífice, Eugenio IV, trató de reafirmar su supremacía trasladando el Concilio a Italia, más controlable para él. Los conciliaristas resistieron en Basilea, depusieron a Eugenio y nombraron a Félix V, provocando un nuevo cisma. Aunque los conciliaristas eran sobre todo alemanes, uno de los más destacados fue el teólogo humanista español Juan de Segovia. El Concilio de Eugenio terminaría en Roma diecisiete años después, con el éxito, pronto frustrado, de la reunificación con la Iglesia ortodoxa. El antipapa Félix dimitió, con lo que Eugenio ganó el forcejeo con los conciliaristas. Los husitas se dividieron y perdieron fuerza, hasta desaparecer prácticamente hacia 1471.

* * *

Un objetivo de Basilea había sido la paz entre Inglaterra y Francia para poner fin a la agotadora Guerra de los Cien Años, si bien esta terminaría solo con la victoria de uno de los contendientes. A principios de siglo, los ingleses insistieron en su tenaz ataque a Escocia y ahogaron una rebelión galesa. Después, aliados con los borgoñones —en cuyas manos cayó París— se volvieron contra Francia, cuyo ejército volvieron a masacrar en 1415, en Azincourt, gracias a los arqueros (los prisioneros fueron muertos a hachazos). Francia perdió la flor y nata de sus nobles, su estado quedó a la deriva e Inglaterra reafirmó su dominio sobre la mitad del país. Como compensación parcial, las naves castellanas destruyeron en 1419 una armada inglesa y alemana de la Liga hanseática en la Rochela, el mismo lugar en que habían aniquilado a la escuadra

inglesa cuarenta y siete años antes: en adelante los barcos de la Hansa debían solicitar permisos de Castilla para navegar en el golfo de Vizcaya; y ante la piratería inglesa y berberisca, la marina castellana prosiguió hostigando la costa sur inglesa y la del Magreb.

Trece años después de Azincourt, una campesina iletrada, Juana de Arco, agitó el patriotismo francés y, con tropas otorgadas por el rey Carlos VII, liberó a Orleáns del sitio inglés; poco después inspiró un triunfo de la caballería sobre los arqueros ingleses en Patay. Pero, abandonada por los suyos, cayó en manos de los borgoñones, que la entregaron a los ingleses, los cuales la acusaron de brujería y la quemaron viva. Con todo, los franceses construyeron una fuerte artillería, que destrozó en Formigny y Castillon a los arqueros y tropas enemigos. Y aunque Francia sufría hambre y peste, fue expulsando de Normandía y de Aquitania a los ingleses a quienes solo quedó Calais.

La Guerra de los Cien Años revolucionó la técnica militar, debilitó el papel de la caballería pesada y luego de los arcos largos (la ballesta permanecería plenamente) y fortaleció el de la artillería y la infantería ligera. La larguísima contienda, ruinosa para Inglaterra y aún más para Francia, terminó en 1453. Francia, que había estado en trance de hundirse como nación significativa, reapareció como gran potencia, anexionándose el ducado de Borgoña, antes vasallo del Sacro Imperio, así como la Bretaña y la Provenza. A Inglaterra le fue peor: siguieron allí treinta años de enconada guerra civil, conocida como *De las dos rosas*, que perjudicaría el poder nobiliario y facilitaría un ascenso social de los comerciantes, así como de una nueva dinastía, la de los Tudor.

* * *

El mismo año del fin de la guerra entre Francia e Inglaterra (y de la decapitación de Álvaro de Luna), la Cristiandad sufría una catástrofe: la toma de Constantinopla por los turcos, pérdida inmensa para la Cristiandad en los planos simbólico, político y cultural. El Imperio bizantino había sufrido retrocesos (y algunas recuperaciones) a cuenta de los árabes primero, luego de los turcos y los cruzados, y su etapa final se había distinguido por la corrupción y las mezquinas o fanáticas luchas internas. Su caída anulaba de paso los progresos de Basilea en la sutura del cisma abierto hacía cuatro siglos largos. El emperador de la acosada ciudad, Juan VIII, había admitido la autoridad papal y la suavización de las diferencias teológicas, debido al pánico ante los avances otomanos, pero muchos de sus súbditos y la Iglesia rusa rechazaban el acuerdo.

Como se recordará, a principios de siglo los mongoles de Tamerlán habían infligido una cruenta derrota al otomano Bayaceto en Ánkara, y el castellano Enrique *el Doliente* había intentado, en vano, salvar a Constantinopla mediante un pacto con los mongoles. La derrota de Bayaceto solo había alargado unas décadas la agonía bizantina. Los turcos se habían distraído a continuación en contiendas civiles y con venecianos, serbios y otros, hasta que en 1452 el sultán Mehmet *el Conquistador* pudo concentrar sus fuerzas contra el último resto del Imperio romano de Oriente. Con solo 50.000 habitantes, Constantinopla era una sombra del pasado, cuando por tan largo tiempo había sido la urbe más rica y populosa de Europa y Oriente próximo, diez veces más poblada.

Mehmet cortó el suministro a la ciudad y cuando juzgó a los defensores bastante debilitados la asaltó, tomándola tras un mes

y medio de sañudos combates. La gran basílica de Santa Sofía, una de las joyas arquitectónicas de Europa, fue transformada en mezquita y la ciudad pasó a conocerse como Estambul entre los vencedores, aunque este nombre no se oficializaría hasta entrado el siglo XX. Así llegaba a su fin el último resto del gran Imperio construido por Roma dieciséis siglos antes. Irónicamente, Mehmet se tituló emperador romano, como los bizantinos. La Europa católica había sido incapaz de hacer algo efectivo por impedir el desastre.

La victoria turca tendría vastas y en parte inesperadas consecuencias. La primera fue la interrupción del comercio europeo con India y China, de donde llegaban, entre otras cosas, las preciadas especias que condimentaban los alimentos de las familias pudientes. Ciudades italianas como Venecia y Florencia se apresuraron a reconocer al sultán para retener sus privilegios comerciales, consiguiéndolo solo en parte. Y años después, los portugueses accederían a la fuente de aquellos tráficos rodeando África por mar.

También finalizó la era de las cruzadas, siendo inútiles los llamamientos papales. Húngaros y polacos habían sido derrotados por los turcos en 1444 en Varna, y la empresa parecía demasiado ardua; y otros estados cristianos tenían intereses diversos o pensaban que el problema no les afectaba, por la lejanía.

Otra consecuencia de gran calado fue el paso del centro de la religión ortodoxa a Moscú. Después de que los mongoles aniquilaran a Kíef en el siglo XIII, Moscú se había reforzado, aun si tributando a la Horda Dorada. En 1380, los moscovitas habían derrotado a los tártaros en Kulikovo, rompiendo algo después el vasallaje a la Horda. Al caer Constantinopla, el papa

Pablo II tentó al gran príncipe de Moscovia, Iván III, con la gloria de recuperarla, y el emperador Federico III ofreció coronarle rey. Iván replicó que era soberano por la gracia de Dios y no precisaba ningún título otorgado. En realidad, no deseaba recobrar Constantinopla: quiso interpretar su caída como castigo divino por haberse reconciliado con el papado. Y defendió la idea de Moscú como tercera y definitiva Roma, centro de la verdadera fe con derechos universales: tal era el prestigio retenido por la «ciudad eterna», que también movía a Mehmet a titularse heredero de ella. Iván se dedicó a ampliar el territorio moscovita hasta triplicarlo en lucha con otros estados rusos como Nóvgorod, así como con Polonia, Lituania y Suecia. Y estableció el sistema expansivo y en extremo autocrático sobre los habitantes, incluida la aristocracia boyarda, que caracterizaría a Rusia en lo sucesivo.

La toma de Constantinopla arrojaba una sombra lúgubre sobre el destino de la Cristiandad, amenazando el centro del continente y el Mediterráneo, con lo que invertía los retrocesos del Islam en España. El miedo a esa amenaza tendría una curiosa derivación sobre el matrimonio de los príncipes Isabel y Fernando en España, que abriría una nueva época en el país e incluso en el mundo.

* * *

Otra consecuencia de máximo relieve fue la afluencia de sabios huidos de los musulmanes, y de libros griegos, que contribuyeron a saciar la sed de textos clásicos en Italia, donde fortalecieron la actitud intelectual del Renacimiento, es decir, el humanismo; si bien los mismos libros y sabios no habían propiciado en Bizancio nada parecido. El nuevo espíritu nacía de la Italia de Petrarca, y la caída de Constantinopla solo lo

vigorizó. Suele atribuirse al humanismo la dedicación al hombre (*antropocentrismo*), por oposición a la preocupación medieval por Dios (*teocentrismo*). Pero el interés teológico siempre fue muy humano, y el románico y el gótico no habían sido, por ello, menos humanistas. El muy posterior e ideológico término *humanismo*, como el de *Renacimiento*, no lo reconocerían así los afectados. Podría llamarse al movimiento clasicismo, dada su intensa afición el sustrato grecorromano, afición antes más débil, pero nunca desaparecida en Europa.

Lo que cambió respecto del período anterior fue el enfoque: la actividad filosófico-teológica había sido la Escolástica en sus vertientes tomista y nominalista, ligadas a Platón y Aristóteles. Sus problemas, por inagotables y sin solución precisa, llevaron al cansancio y búsqueda de enfoques alternativos, como había ocurrido en la Grecia clásica, donde la tensión filosófica había descendido algunos grados para concentrarse en la moral práctica de escuelas como la estoica o la epicúrea. Así, los humanistas dejaron de discutir las relaciones entre razón y fe, los universales o la naturaleza divina: asumiendo —por fe— que el hombre estaba hecho a imagen y semejanza de Dios, fijaron su atención en el estudio y cultivo de las cualidades puestas por Dios en su criatura.

Entre el clasicismo y la edad del románico y el gótico hay menos ruptura que aumento de gusto por la cultura grecolatina. La cultura europea siempre tuvo sed de obras clásicas, solo obstaculizada por el precario acceso a ellas. Los humanistas accedieron a nuevos libros y traducciones de mayor calidad, y elevaron al extremo su admiración, hasta oponerla a la tradición europea anterior, cuyo arte llamaron gótico (bárbaro) por contrastarlo con la luminosidad grecolatina. Pero desdeñar las

catedrales góticas revelaba una soberbia a su vez algo bárbara, pues no son inferiores a las nuevas construcciones renacentistas. Los siglos del románico y el gótico nada tenían de bárbaros intelectual o artísticamente, y los humanistas o clasicistas, enraizados en la misma cultura cristiana, les debían más que a la cultura pagana. Desde luego, no volvió al paganismo por más que algunos autores coquetearan con él.

Italia se hizo líder intelectual de Europa como lo había sido Francia-Borgoña en siglos anteriores. Nombres como Massaccio, Mantegna, Bruneleschi, Botticelli y tantos otros cambiaron las concepciones artísticas e implícitamente morales, y Leonardo da Vinci aparece como el ejemplar logrado de «hombre universal» renacentista, dominador de todas las artes y saberes. El mecenazgo, ejemplificado a su vez en el político y potentado florentino Lorenzo de Medici, y la competencia entre mecenas, amparó una de las épocas artísticas más brillantes de todos los tiempos. En el espíritu del siglo, alcanzó su cima la representación del cuerpo humano, vestido y desnudo, el retrato de personajes ilustres por su vida heroica o destacada, también de gente vulgar; el paisaje adquirió protagonismo y se dominó la perspectiva. Desde Italia las actitudes, ideas y arte renacentistas cundirían por toda Europa Occidental, con menor influencia clásica en los países del centro y norte, y adoptando en cada país un sello más o menos nacional.

El hombre *humanista* debía desplegar sus dotes, orientado por la especulación y el estudio, de ahí su renovado interés por la enseñanza a partir de academias, ajenas en parte a las universidades, tachadas de rígidas y arcaicas. El ser humano puede labrar su destino, «fabricar su propia fortuna» cultivando sus dones y utilizando también la astrología, y alcanzar una

transcendencia parcial en este mundo mediante la fama, una de las obsesiones del siglo.

Ese vitalismo no excluía, en cierto modo exigía, la atención a la muerte, tanto más obsesiva cuanto más exaltada la primera; los cuentos de Boccaccio tienen de trasfondo la mortífera peste, y el XV fue un gran siglo del arte funerario. La muerte domina la vida, abraza en su danza enigmática y terrible a ricos y siervos, artistas y guerreros… Abundaron las representaciones teatrales y pictóricas de la danza macabra: «*A la dança mortal venid los nascidos / que en el mundo soes de qualquier estado*», dice una versión castellana; y una alemana: «*Emperador, tu espada no te ayudará, / cetro y corona aquí no valen nada. / Te he tomado de la mano / y has de venir a mi danza*». El pavor por las pestes y hambres recurrentes aguzaban el instinto para buscar chivos expiatorios, y proliferaron las leyendas contra judíos y brujas, a las cuales se acusaba de atraer males. La caza de ellas, que tan cruenta y feroz habría de tornarse, empezó hacia 1487.

El humanismo brotó en medio de una larga crisis moral de la Iglesia, por el contraste entre su conducta político-material y su predicación de la modestia, la humildad y el desprendimiento, el conflicto entre ascetismo y hedonismo, este bien visible en varios papas acusados de inmorales, aunque algunos dejaran una invalorable acumulación de arte. Desde la Edad de Supervivencia quedó claro que la predicación exigía una red de iglesias, monasterios, obispados, etc., y las consiguientes demandas materiales y políticas, a menudo en colisión con la ética invocada. La relajación moral de muchos clérigos y del papado, su ostentación y pompa, aun si contrarrestadas por reformas parciales y órdenes religiosas, escandalizaban y sembraban la duda —en general poca— sobre

el propio mensaje cristiano. Expresión típica de la contradicción fue el rigorismo de Savonarola en Florencia, que hizo quemar por inmoralidad a numerosas personas, para sufrir al final la misma suerte, en 1498, condenado por el papa Alejandro VI, que ha pasado a la historia como codicioso y disoluto.

Otra manifestación del espíritu del siglo fue la *devotio moderna*, que hizo más íntima y menos ritual la religiosidad, alejándola de especulaciones filosófico-teológicas. La *devotio* partió de los Países Bajos y de Alemania, y encontró su formulación más conocida en la *Imitación de Cristo*, atribuida al agustino alemán Tomás de Kempis, que se convirtió en uno de los más divulgados de Europa. Preconizaba la renuncia a las vanidades, la vida a un tiempo activa y meditativa, sin ascesis innecesarias ni una mística puramente espiritual. En la Iglesia siempre habían convivido, mejor o peor, movimientos contradictorios, tanto en la concepción de la religión y la teología como en la actitud práctica, y la *devotio* influiría sobre los franciscanos y otras órdenes. El primer conjunto sistemático de ejercicios espirituales y meditaciones, el *Exercitatorio de la vida espiritual*, lo escribió García Jiménez de Cisneros, abad de Montserrat. Hay en la *devotio* una raíz del posterior protestantismo y de su contraria orden jesuita.

Un magno invento fue la imprenta, por el herrero alemán Juan Gutenberg, hacia 1450; algo nuevo, aunque había precedentes chinos. Los libros se difundieron en mucha mayor cantidad y a menor precio que los que tan arduamente habían copiado los monjes siglo tras siglo, y muchas más personas aprendieron a leer y a escribir. Gutenberg murió en la miseria, estafado por un prestamista judío que intentó monopolizar el invento, pero a finales de siglo disponían de imprenta unas 250

ciudades europeas. Ya en 1474 apareció en Valencia *Obres e trobes en lahors de la Verge María*, primer libro impreso en España. La imprenta fue otra potente señal de un cambio crucial de época. Al terminar con este siglo la Edad de Asentamiento, la civilización europea se dibujaba como la más inquieta del mundo en religión, pensamiento y avances técnicos.

* * *

Las tres Europas formadas al principio de dicha edad acentuaron sus peculiaridades. La Europa oriental, eslava, estaba dividida entre la parte católica, ante todo Polonia, y la ortodoxa, centrada en el Gran Ducado de Moscovia. Polonia, aliada con la pagana Lituania, venció a la Orden teutónica en 1410, en Grunwald. Los lituanos se cristianizaron pronto y la confederación lituano-polaca se dibujó como gran potencia política, militar y cultural entre el mar Báltico al Negro. Y Moscú creció como quedó resumido.

La Europa central continuó integrada en el Sacro Imperio Romano-Germánico (ni sacro, ni romano ni imperio, se decía), concebido para unir a la Cristiandad según el ideal de un *Corpus christianum* regido por el emperador para los asuntos terrenos, en armonía con el pontífice para los espirituales; pero entre ambos hubo quizá menos armonía que querellas, sin excluir las sangrientas, y las naciones más al oeste rechazaron el Imperio. Este formaba un mosaico de feudos cuasi independientes, dominados por grandes familias nobiliarias y eclesiásticas, pugnaces entre sí. En 1365 se reguló el nombramiento de emperador mediante la *Bula de oro*, a partir de siete príncipes electores y sin injerencia papal y dentro de una dinastía. Extinguida la Hohenstaufen en 1268, pasaron a primer plano los Habsburgo, que andando el tiempo incidirían

profundamente en los destinos de España. Como sabemos, el Imperio era un estado muy poco funcional y en crisis casi permanente, pese a lo cual duraría sorprendentemente hasta el siglo XIX. Aun con tales deficiencias, el trono imperial era estimado como un honor supremo, presunto heredero de Roma, y por él habían competido el español Alfonso X y otros monarcas y potentados ingleses y franceses. Su parte más dinámica fueron las prósperas ciudades comerciales italianas y alemanas, varias de estas últimas federadas en la Liga Hanseática en torno a los mares Báltico y del Norte: todas ellas vivieron un florecimiento artístico en el siglo XV.

En la Europa de las naciones, del arco occidental, Dinamarca, Suecia y Noruega, en conflicto con la Hansa, habían formado a finales del siglo XIV la Unión de Kalmar, tratando de unirse en un estado bajo hegemonía danesa. La unión fue poco efectiva porque Suecia rechazó a los daneses, contra quienes se rebeló violenta y reiteradamente. Este último país encontraría su edad más pujante a lo largo del siglo XVI llegando a dominar la cuenca del Báltico.

Las naciones de mayor peso al final de la Edad de Asentamiento eran las cuatro más occidentales: Inglaterra y Francia, delimitadas tras la Guerra de los Cien Años, más España y Portugal. Francia era la más rica y poblada, y tras haber superado la prueba de «los cien años», que había amenazado su misma existencia, había expulsado a los ingleses y absorbido a Bretaña y a la Borgoña interior, completando unos límites semejantes a los actuales. El ducado borgoñón, que incluía Flandes o Países Bajos, quedó dividido entre Francia y el Imperio, pasando a los Habsburgo los Países Bajos, probablemente la región más próspera de Europa. Estos avatares

habían repercutido y repercutirían aún más sobre España en el siglo XVI.

Inglaterra había dominado Gales y en menor medida Irlanda, retenía Calais y mantenía su designio, por el momento frustrado, de adueñarse de Escocia. Sus fracasos en Francia y las sangrientas guerras internas «de las dos rosas» no le impidieron continuar como centro intelectual prestigioso con las universidades de Oxford y Cambridge; y Londres era ya una de las grandes ciudades europeas, con unos 50.000 habitantes. Escocia estableció la obligación de saber letras para cuantos administraban justicia y se dotó de universidades. La enseñanza sería en adelante un punto fuerte de la productiva cultura escocesa.

En este contexto, primero en el de las naciones occidentales y más tarde en el del Sacro Imperio, pero muy lejos de la Europa oriental, iban a desenvolverse los sucesos de España durante el siglo XV.

38. PRIMER HUMANISMO ESPAÑOL

La historia política de España en este siglo puede seguirse en buena parte a través de las figuras de sus literatos más destacados, como el cordobés Juan de Mena, el burgalés Marqués de Santillana o el palentino Jorge Manrique. Literatura nueva, influida por la de una Italia que iba convirtiéndose en maestra literaria, artística y científica de Europa.

A imitación de Italia brotaron círculos y ambientes intelectuales. Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana (1398-1458), fue el escritor más destacado de una familia noble vasco-castellana abundante en personajes que combinaban la milicia, la literatura y la política. Su padre, Diego Hurtado de Mendoza, fue almirante de Castilla y buen poeta; a su tío Hernán Pérez de Guzmán, sobrino del canciller López de Ayala, suele considerársele el mejor prosista castellano del siglo; su sobrino Diego Gómez Manrique inventó la copla manriqueña o de pie quebrado, y fue tío de Jorge Manrique. De los descendientes del marqués, Garcilaso de la Vega sería uno de los poetas hispanos más renombrados de cualquier tiempo, y el cardenal González de Mendoza un espléndido protector de las artes. Dinastía de escritores, hombres de acción y mecenas, en el ideal ya renacentista de unir «las armas y las letras», típico de la España de ese siglo y los siguientes, entroncado quizá con la propuesta de Raimundo Lulio.

Estas personas creaban bibliotecas y grupos aficionados al saber y al arte. Santillana trató con los escritores valencianos Jordi de Sant Jordi y Ausias March, reunió en su palacio de

Guadalajara la biblioteca quizá mayor de España, y la puso a disposición de los intelectuales y estudiosos, entre ellos Juan de Mena y Diego de Burgos, secretario del marqués y poeta. El marqués leía francés, italiano, gallego y catalán, y admiraba la literatura italiana y francesa, en especial a Dante, Petrarca y Boccaccio. Como buen renacentista, estimaba poco la poesía popular, aunque sus *Serranillas* guardan afinidad con las composiciones corrientes y con las cántigas gallegas; también su *vaquera de la Finojosa* recuerda, por contraste, a las serranas del Arcipreste.

Su tío Hernán Pérez de Guzmán era gran amigo del obispo de Burgos, el converso Alfonso (o Alonso) de Cartagena, a cuya muerte dedicó aquel unas sentidas coplas. Este obispo fundó en Burgos una escuela superior, vivero de latinistas e intelectuales. Hijo de un rabino, se empapó del espíritu nacional hispano: logró que el Concilio de Basilea, en 1434, reconociera al rey castellano preeminencia sobre el inglés, reivindicó el derecho de Castilla sobre las Canarias y en su *Rerum in Hispania Gestarum Chronicum*, traducida al castellano como *Genealogía de los reyes de España*, subrayó el entronque con la monarquía hispanogoda. Hizo terminar la catedral de Burgos y otras muchas iglesias. Criticó la arrogancia de los judíos de Castilla que, favorecidos por los reyes, hacían ostentación de poder y riqueza, y convenció al papa de tratarlos con más rigor (los papas los habían protegido a su vez). Procuró educar a los nobles en el humanismo y tradujo a Cicerón y sobre todo a Séneca, cuyo estoicismo se difundía ampliamente. Disputó con humanistas italianos y obró como pacificador en conflictos interhispanos y entre el rey de Polonia y el emperador de Alemania. Muestra de su prestigio, el papa Eugenio IV declararía que en su presencia

se sentía avergonzado de ser él el pontífice.

El Marqués de Santillana guerreó por Andalucía y Aragón y en las luchas civiles, y contribuyó a la caída de Álvaro de Luna, a quien detestaba, convirtiéndose en el hombre más rico e influyente del país. Uno de sus temas, que se haría tradicional, fue el mal gobierno (como en su *Lamentaçion de Spaña*), al que acaso ayudó él mismo. Compuso obras de asunto amoroso y moralista, sátiras y sonetos a imitación de Petrarca.

Juan de Mena (1411-1456), de origen social más bajo, vida más calma y menor opulencia (el marqués pagó su funeral), defendió a Álvaro de Luna, a quien prologó el *Libro de las claras y virtuosas mugeres*, donde Luna alaba a las heroínas bíblicas y grecorromanas, y a santas cristianas, mostrando que las tachas imputadas a las féminas son falsas o atañen solo a algunas de ellas, como pasa con los varones. Otro autor, Diego de Valera, ensalzó a la mujer en su *Defensa de virtuosas mugeres*, que denuncia a Ovidio y a Boccaccio por sus toques misóginos. Mena se formó en Salamanca, viajó a Florencia y a Roma, sedes del Renacimiento italiano, y llegó a cronista oficial de Juan II. Como Santillana, pero más acentuadamente, rechazó la tradición popular e imitó a Dante con estilo latinizante y erudito, algo recargado; pero ayudó a flexibilizar la lengua literaria. Su obra más conocida, *Laberinto de Fortuna*, trata la reconquista y la unidad nacional como hechos providenciales, y el poder de la fortuna en la vida humana. Dejó abundante lírica, un *Tratado de amor*, tradujo *La Ilíada* del latín, etc.

Jorge Manrique, de la familia Manrique de Lara, una de las más antiguas y poderosas de Castilla, participó intensamente en las guerras de su tiempo, civiles y contra moros. Así murió bastante joven, en 1479, a consecuencia de heridas recibidas

luchando a favor de Isabel y Fernando contra Juana. Parece que mientras esperaba la muerte escribió alguna copla que empezaba: «¡Oh, mundo! Pues que me matas…». Su obra, en general burlesca y amorosa, es breve, pero contiene uno de los mejores poemas escritos en lengua castellana, las *Coplas por la muerte de su padre*, de estilo sobrio, directo, no rebuscado, distinto del de Santillana o el de Mena. Sus versos «*Dejo las invocaciones / de los famosos poetas / y oradores / No curo de sus ficciones…*» indican cierto desdén por las modas italianizantes y responden a un realismo español en la línea del poema del Cid. Realismo a menudo seco y pedestre, pero capaz de alcanzar cumbres como la de Manrique y otras posteriores, o las de la mejor pintura española.

Las *Coplas*, entre renacentistas y caballerescas, transmiten el espíritu estoico del tiempo, en un conjunto de reflexiones que dan forma a un poema realmente vigoroso:

¿Qué se hizo el rey Don Juan
los infantes de Aragón,
qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán
qué fue de tanta invención
como trujeron?
(…).
¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados y vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?…

He aquí unas pinceladas costumbristas contrastadas con las políticas. La obsesión renacentista por la fama, que es una vida

«*muy mejor/ que la otra temporal/ perecedera*», es relativizada, porque «*esta vida de honor/ tampoco no es eternal / ni verdadera*». La vida del padre, Rodrigo Manrique, maestre de la orden de Santiago, se justifica:

No dejó grandes tesoros
ni alcanzó muchas riquezas
ni vajillas,
mas hizo guerra a los moros,
ganando sus fortalezas
y sus villas
(…).

La vida es un esfuerzo, por eso «cuando morimos, descansamos». Y así,

Después de puesta la vida
tantas veces por su ley
al tablero
(…).
Vino la Muerte a llamar
a su puerta
diciendo: «Buen caballero,
dejad el mundo engañoso
y su halago;
vuestro corazón de acero
muestre su esfuerzo famoso
en este trago».

Pues le esperaba la vida eterna por su jornada terrenal, que había cumplido *con buen tino*, a juicio de su afectuoso hijo.

Las modas cultas no impidieron un interés —al contrario— por la poesía tradicional, como indica la puesta por escrito de numerosos poemas de transmisión oral. Muchos eran recientes, romances fronterizos relativos a Granada; otros muy antiguos, trozos o descomposición de cantares de gesta españoles como el *Poema del Cid*, *El cerco de Zamora*, *Bernardo del Carpio*, o franceses. Los romances tienen temática muy varia, épica, lírica, noticiosa, satírica o novelesca. En su casi totalidad son

castellanos, si bien no siempre lo es su tema, lo cual se explica porque solo fueron recogidos por escrito en Castilla, y en época tan avanzada como este siglo; pero sería extraño que no hubiera una tradición épica muy anterior en los diversos reinos, perdida al no haber pasado de oral.

El siglo XV fue también la edad de oro de la literatura valenciana, con Jordi de Sant Jordi, Ausias March, Joanot Martorell, Jaume Roig y otros. En 1424 falleció Sant Jordi, protegido de Alfonso el Magnánimo. En el curso de alguna empresa guerrera cayó prisionero y escribió un poema, *Presoner*, cargado de melancolía, como la mayoría de sus poemas, influidos por la poesía trovadoresca y por Petrarca. En sus *Entramps* («Versos libres»), celebra su amor por su amada, cuya belleza permanecerá grabada en el rostro de él aun después de muerto.

Jaume Roig, fallecido en 1478, prestigioso galeno que atendió a la esposa del Magnánimo, María de Castilla, y a la hija de Juan II, por alguna razón cobró aversión a las mujeres, seres viles de quienes son siempre víctimas los inocentes varones, según expone en su *Espill*, o *Llibre de les dones*, opuesto a la idealización caballeresca de la mujer y, en general, a los ideales caballerescos, que él desprecia, así como a la clerecía, en beneficio de un espíritu burgués.

March, por su parte, procedía de la baja nobleza, vivió hasta 1459 y de joven tomó parte en expediciones del *Magnánimo*, de quien fue cetrero, y trató con Carlos de Viana. Vuelto a Valencia, tuvo una vida sentimental agitada: de sus dos matrimonios no tuvo hijos, pero sí cinco bastardos. Sus poemas, influyentes en el Renacimiento español (Garcilaso, Boscán…), intimistas y analíticos, revelan una psique complicada («la risa

nunca me gustó tanto como el llanto»), preocupación por la muerte y la relación con Dios (el *Canto espiritual*, su obra mayor), amores no idealizados («el manjar amoroso no tiene tanto amargor / que no sea estimable sobre cualquier dulce»). Su idea del amor va subtendida por el sentimiento de una felicidad inalcanzable en este mundo, y por la sensación de culpa, por ejemplo, ante la muerte de una de sus amantes, sobre cuyo destino, el infierno o el paraíso, se pregunta ansioso; e intenta trascender el componente obvio, pero nunca agotado, del amor, para llegar a su misterio.

Coetáneo del anterior, y cuñado de él, pero de carácter opuesto, esto es, alegre y amigo de desafíos, pendencias caballerescas y viajes (por Italia, Portugal, Francia e Inglaterra) fue Joanot Martorell, que terminó arruinado. Su *Tirant lo Blanch* es un clásico de la novela caballeresca, con sus aventuras y amores, pero tratadas en un estilo infrecuente, a veces desvergonzado o sarcástico o erótico. Cervantes lo alabará por boca del cura del *Quijote*: «Un tesoro de contento y una mina de pasatiempos (…) por su estilo, es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen, y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con estas cosas de que todos los demás libros de este género carecen». El autor dice haberlo escrito en valenciano «para que pueda alegrarse la nación de donde soy natural».

En conjunto el humanismo español, muy fuertemente relacionado con Italia, fue ante todo castellano, manifestación de una preeminencia en la península que era ya cultural además de política y militar. Y la influencia cultural francesa, predominante hasta entonces, cedió paso a la mucho menos conflictiva italiana.

39. DEL CAOS A LA UNIÓN: LOS REYES CATÓLICOS

Durante la segunda mitad del siglo se aceleraron los efectos del Compromiso de Caspe, que culminarían en la unión de Aragón y Castilla, la expulsión completa del poder islámico y la incorporación final de Navarra. Pero el proceso no se dio sin graves convulsiones que parecían augurar justamente una división irreversible, cosa que ocurriría con Portugal. Así, entre 1451 y 1479 se sucedieron guerras civiles en Navarra, Cataluña y Castilla, y choques bélicos entre unas y otras.

En Navarra reinaba teóricamente desde 1425 el Trastámara Juan, por haberse casado con Blanca, hija del anterior monarca Carlos *el Noble*. Juan, primero de ese nombre en Navarra, había dejado la gobernación del reino en manos de su esposa para dedicarse a los asuntos de Aragón y de Castilla, donde tenía grandes posesiones y en cuya corte y política interna quería pesar. Precisamente había atacado, sin éxito, al castellano Juan II y a su condestable Álvaro de Luna. Con Blanca había tenido un hijo, Carlos, que como príncipe de Viana debía heredar Navarra a la muerte de su madre, en 1441. Pero Juan no quería renunciar a ese trono, por lo que impidió la coronación de Carlos, provocando la guerra civil navarra entre los partidarios del padre (agramonteses) y los del hijo (beamonteses). En 1452 Juan venció y apresó a su hijo, pese a contar este con ayuda castellana. Las dificultades para Carlos aumentaban porque para entonces su padre había contraído segundas nupcias con Juana Enríquez, la cual procuraba malquistar más aún a Juan y a

Carlos, porque ya estaba preñada de quien sería Fernando el Católico y quería para su vástago todos los títulos hereditarios. Liberado al año siguiente, Carlos se refugió en Nápoles con su tío Alfonso *el Magnánimo*, con quien compartía las aficiones por la música, la poesía y el mecenazgo, al modo renacentista.

Juan era hermano del *Magnánimo*, y al fallecer este sin heredero, en 1458, fue elegido rey de Aragón como Juan II, apodado *el Grande*, y también, *Sin Fe*. Tenía ya sesenta años, y gobernaría veintiuno más: estaba lleno de energía y era bastante más resuelto que su homónimo castellano el también Trastámara Juan II, finado cuatro años antes lamentándose por haber sido monarca y no campesino.

Aprovechando la sucesión de su padre, el príncipe Carlos volvió de Nápoles a Navarra con idea de prometerse con la futura Isabel *la Católica*, hermanastra de Enrique IV, y de nueve años de edad por entonces; pero Juan II quería ese enlace para su otro hijo, Fernando, de siete años, por lo que apresó de nuevo a Carlos, en 1460. El odio entre hijo y padre aumentó aún, y el despotismo del rey causó una insurrección en Navarra y en Cataluña, y amenazas de Castilla. Estos movimientos obligaron a Juan a liberar a Carlos y reconocerle como lugarteniente de Cataluña y heredero de la corona de Aragón. Pero al año siguiente Carlos, con cuarenta años, moría. Se sospechó que su madrastra lo había envenenado, aunque se ha demostrado que la causa había sido una tuberculosis, empeorada por las pésimas condiciones en que su padre lo había tenido preso. Carlos dejó fama de príncipe culto y mecenas, tradujo al castellano la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, compuso una *Crónica de los reyes de Navarra* y otras obras. Tuvo varios hijos bastardos. Uno de ellos, de existencia insegura, pudo haber sido

Cristóbal Colón, según algunos autores.

La muerte de Carlos propició el clima emocional que alentaría otra guerra civil en Cataluña. Juan II no amaba el *pactismo* aragonés, que mermaba su poder en favor de las oligarquías, y el conflicto se mezcló con el permanente de los señores contra el pueblo llano. Las tensiones sociales, agravadas por el desenlace del conflicto entre padre e hijo, estallaron en una sangrienta lucha entre la oligarquía nobiliario-burguesa, por un lado, y el rey y los payeses mandados por Francesc de Verntallat. Esta guerra campesina era contemporánea de la de los irmandiños gallegos. La misma Barcelona sufría pendencias continuas entre los bandos de la *Busca* y la *Biga*; la primera representaba a los mercaderes menores y clases medias, y la segunda a los magnates (*ciutadans honrats*). El Magnánimo había protegido a la *Busca*, pero los *honrats* monopolizaban el poder municipal y gozaban de mucho más dinero y recursos.

La guerra civil duró diez años. La *Busca* y, de hecho, los payeses, así como Valencia, Mallorca y Zaragoza, se alinearon con Juan II. La *Generalitat*, al servicio de los magnates, replicó destituyendo a Juan y alzando un ejército para aplastar al pueblo descontento. El rey buscó ayuda de Luis XI de Francia, a quien hubo de ceder el Rosellón y la Cerdaña transpirenaica en garantía por un cuantioso préstamo. Los oligarcas ofrecieron Cataluña a otro Trastámara, Enrique IV de Castilla («que sie feta perpetual unió e incorporació de aquest Principat ab lo Regne de Castella»), pero Enrique se echó atrás a cambio de la renuncia de Juan a sus rentas castellanas. Entonces la Generalidad ofreció el trono al condestable Pedro de Portugal, pero Juan lo desbarató en varios combates, en 1465. Perdida la baza lusa, los oligarcas quisieron regalar el trono a Renato de

Anjou, y Juan contestó aliándose con Castilla y comprometiendo el futuro enlace de su hijo Fernando con Isabel, hermanastra de Enrique. Por fin, en 1472 se rindió la oligarquía en la Capitulación de Pedralbes. Se concedió amnistía general, que no resolvió gran cosa, porque las posiciones en pugna permanecieron sin cambio, continuando los malos usos, con los «ciudadanos honrados» instalados en los cargos decisorios de la región. La cual salió aún más arruinada que antes, mientras la desprestigiada pero aún poderosa Generalidad, recogía críticas de todas partes. Y siguió una segunda contienda con Francia, por Perpiñán, ganada a los franceses con tropas aragonesas y castellanas.

* * *

También Castilla sufría guerras intestinas. Al morir en 1454 el otro Juan II, el de Castilla, le sucedió su hijo Enrique IV, llamado *el Impotente* por su incapacidad para procrear con su primera esposa, Blanca de Navarra, hija de la Blanca casada con el Juan II aragonés. Anulado el matrimonio, de unas segundas nupcias, con Juana de Portugal, nació una hija llamada también Juana, que fue declarada heredera. Varios nobles, celosos de sus prerrogativas y encabezados por Juan Pacheco, marqués de Villena, maniobraban contra el supuesto *Impotente* al sentirse preteridos a favor de Beltrán de la Cueva, un noble inferior que se había convertido en favorito del rey. Pues este trataba de rodearse de cortesanos nuevos para contrarrestar a los belicosos magnates. Así, a los veintiséis años, Beltrán desplazó a Pacheco del Consejo Real, fue premiado con mercedes desusadas y convertido en un grande de Castilla, emparentando con la poderosa familia Mendoza. Los potentados no estaban dispuestos a consentir un nuevo Álvaro de Luna, y para

desacreditar al monarca hicieron correr el rumor de que su hija Juana había sido engendrada en realidad por Beltrán, motejándola como *la Beltraneja*. Al parecer, la reina consorte Juana de Portugal era algo ligera de cascos, lo que ayudaba a los rumores. También tachaban al rey de homosexual y de prácticas viciosas, le afeaban su afición a las costumbres y vestidos morunos y ridiculizaban una ofensiva inepta contra Granada. Según Gregorio Marañón, Enrique era un tanto anormal psíquica y sexualmente, aunque algunas o muchas de las acusaciones debieron de nacer de la fantasía maligna de sus enemigos.

Son de ese tiempo las *Coplas de Mingo Revulgo*, las del *Provincial* y las de *La Panadera*, que con mordaz desvergüenza fustigan el desgobierno y los vicios de los poderosos y del clero. Enrique quiso atraerse a los oligarcas, pero estos contestaron con intrigas hostiles y le forzaron a nombrar heredero a su hermano Alfonso, de doce años. Luego, en unas Cortes en Ávila (*farsa de Ávila*) destituyeron a Enrique y nombraron al dicho Alfonso. Siguió una guerra civil hasta que Alfonso murió en 1468, con quince años, muy posiblemente envenenado, y Enrique retuvo la corona. Pero bajo presión de sus enemigos cedió la sucesión como Princesa de Asturias a su hermanastra Isabel, ya de diecisiete años. El acuerdo se firmó en los Toros de Guisando, lugar de Ávila conocido por unas enigmáticas esculturas prerromanas. Con Isabel, que pasaría a la historia como *La Católica* había pensado casarse el infortunado príncipe de Viana.

Según el pacto, la nueva heredera no podía casarse sin consentimiento de Enrique, y este planeó desposarla a Alfonso V de Portugal, y a Juana con el hijo del portugués, que sería otro Juan II: así uniría los dos estados y su hija Juana terminaría

reinando en ellos. Sin embargo, sus combinaciones fracasaron, pues Isabel prefería a Fernando de Aragón. Los dos eran primos segundos, por lo que no podían casarse sin dispensa papal. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo y por tanto primado de España, uno de los mayores enemigos del rey y partidario de los contrayentes, falsificó al parecer una bula. Provista de ella, Isabel supo burlar el rígido control al que estaba sometida, mientras Fernando cruzaba Castilla disfrazado de mozo de mulas, y se casaron en Valladolid, en 1469, ella con dieciocho años y él con uno menos. Pese a su extrema juventud, Fernando ya era un hábil guerrero y buen conocedor de las letras, pues se había formado desde la niñez como hombre de armas y participado en combates; y había sido instruido por el brillante humanista Vidal de Noya, aragonés o catalán, quien le había inculcado el objetivo de reconstruir la antigua Hispania. E Isabel había demostrado ya una excepcional fortaleza de ánimo y agudeza política en los turbulentos episodios que le había tocado vivir desde la infancia, experiencias que le habían enseñado a tratar con los arrogantes oligarcas.

La boda estuvo durante tres años pendiente de anulación, porque el papa Pablo II, aunque favorable al enlace por miedo a los turcos, no reconocía la dispensa de Carrillo, y la pareja debió vivir en semiclandestinidad acosada por Enrique. Por fin el siguiente papa, Sixto IV (entre otras cosas mecenas de la Capilla Sixtina), aceptó el matrimonio. Lo hizo, venciendo los escrúpulos de Pablo II, por angustia ante el poderío otomano que se cernía ya sobre Italia tras la caída de Constantinopla. El príncipe Fernando era su candidato ideal porque sería rey también de Sicilia y aliado contra los turcos, cosa que no podía esperarse de la candidatura portuguesa, al menos en el mismo

grado.

En la legalización del matrimonio intervino eficientemente el legado papal Rodrigo de Borja. La familia Borja, de nobleza mediana oriunda de Aragón y afincada en Valencia, tendría gran proyección histórica. Un tío de Rodrigo había llegado a papa como Calixto III y el mismo Rodrigo llegaría a ser el célebre papa renacentista Alejandro VI, con el apellido italianizado en Borgia. Sus enemigos le acusaban de vicios en parte inventados y en parte habituales en el clero romano, y a los que respondía el viejo dicho *Roma veduta, fede perduta* (un cuento de Boccaccio hace que un judío se convierta al cristianismo al conocer Roma, porque solo la protección del Espíritu Santo podía explicar que la Iglesia se mantuviera y reforzara, en lugar de hundirse con aquella vida corrupta y disoluta, frecuente de los papas para abajo).

Curiosamente, Fernando de Aragón tenía por sus antecesores mucha más sangre castellana que aragonesa, mientras que Isabel de Castilla tenía mucha más de portuguesa e inglesa que castellana. El matrimonio de ambos príncipes sería uno de los hechos más transcendentales de la historia de España, al unir los dos reinos y completar —salvo por Portugal— la reconquista. Tres siglos antes el enlace de Alfonso *el Batallador* y Urraca *la Temeraria*, también primos entre sí, podía haber tenido efectos semejantes, pero no había resultado. Entonces una de las oposiciones principales había provenido del clero francés, predominante en Castilla, que había conseguido la anulación papal del matrimonio. Aún mayor relevancia tuvo el hecho de que mientras *el Batallador y la Temeraria* formaron una pareja incompatible y en perpetua trifulca, la de los Reyes Católicos resultó extraordinariamente bien avenida, a pesar de

no raras infidelidades de Fernando y de momentos de celos o intemperancias de Isabel. Ambos demostrarían además un robusto sentido del estado y del interés general, y una inteligencia y talento para servirlos muy fuera de lo común.

* * *

El Impotente, enfurecido por la boda, anuló el tratado de los toros de Guisando, desheredó a Isabel y volvió a proclamar sucesora a su hija Juana. Entre tanto, Fernando tendría que lidiar durante tres años más con los potentados de Cataluña y luego con los franceses, mientras en Castilla tomaba forma un fuerte bando pro Juana. El eficaz y ladino Rodrigo de Borja consiguió atraerse a favor de los príncipes a Pedro González de Mendoza, nombrándole cardenal. Los Mendoza eran una de las casas más poderosas de Castilla, y Pedro, típico príncipe renacentista, combinaba su condición de eclesiástico con la de político, diplomático, militar y gran mecenas de las artes; y por su poder sería llamado «Tercer rey de España». Sin embargo, el éxito de Rodrigo costó la defección del también muy poderoso arzobispo Carrillo, que odiaba a los Mendoza y pasó a conspirar a favor de Juana. Entre los Mendoza se hallaba Beltrán de la Cueva, que no defendió la causa de su supuesta hija, fuese porque en realidad no era suya o precisamente porque lo fuera y por ello no la considerase legítima. En 1474 Borja obtuvo otro éxito al reconciliar, al menos en apariencia, a la pareja de príncipes con el rey.

Pero a finales de ese mismo año fallecía Enrique IV, Isabel se proclamó reina de Castilla y comenzó la guerra con los partidarios de Juana. Para reforzarse con apoyo portugués, la reina viuda Juana hizo casar a su hija la supuesta Beltraneja, que solo tenía doce años, con su tío Alfonso V de Portugal, de

cuarenta y dos. Muchos nobles castellanos rechazaban a Fernando por aragonés, y otros a Juana por portuguesa, y otros estaban a la expectativa del «viva quien venza», para sumarse al ganador, como explica Andrés Bernáldez, historiador contemporáneo de los hechos. Isabel obtuvo, con todo, la adhesión de una parte significativa de la oligarquía, y también, con mucha decisión, de los vascos, que habían temido que Enrique IV los entregase a Francia. Aunque bastantes nobles castellanos y el primado de Toledo apoyaron a Juana, la guerra tomó el aspecto de una lucha entre Portugal y Castilla. Vencieron por fin los castellanos de Isabel, aunque los portugueses llevaron las de ganar en el océano. También Francia se complicó en la contienda, en ayuda a Portugal, por temer que la unión de Aragón y Castilla perjudicase sus intereses en Italia; pero la invasión francesa por Guipúzcoa fue rechazada por los guipuzcoanos y por su marina.

La lucha se decidió en dos años, aunque operaciones menores continuarían hasta 1479 y más tarde. Pero ya en el curso de ella, en las Cortes de 1476, en Madrigal, los reyes —que serían titulados «Católicos» veinte años más tarde por el Papa— dieron pruebas de empeño reformista con una visión nueva del estado. Ante las quejas por la anarquía, la intromisión eclesiástica en la justicia y el incumplimiento generalizado de las leyes, centralizaron y reforzaron el aparato de justicia en la Real Audiencia y Chancillería, eliminando cargos inútiles y mejorando los salarios para evitar la corrupción. Asimismo, racionalizaron la Contaduría para mejorar la eficacia fiscal y hacendística y eliminaron las cartas de naturalización de extranjeros, antes muy comunes, que quedaron reservadas solo para aquellos que rindieran especiales servicios a la corona.

Especial interés tuvo la Santa Hermandad, primera o una de las primeras policías directamente gubernamentales de Europa, con dos mil hombres y función doble: de un lado protección del comercio, recaudación de impuestos y persecución de los crímenes y el bandidaje que habían infestado el país en la época anterior; y del otro lado milicia monárquica frente a los magnates revoltosos. Las reformas continuarían, haciendo más efectivo el orden social y limitando «libertades» oligárquicas. La habilidad y firmeza de los soberanos consiguió sujetar a los juanistas, evitando venganzas a cambio de una sumisión efectiva.

En 1479 la paz de Alcáçovas terminaba un largo período de choques entre Castilla y Portugal. Juana quedaba descartada como opción política y Portugal renunciaba a sus pretensiones sobre Castilla. A cambio se aceptaba la hegemonía lusa en el Atlántico —exceptuando Canarias— y en el comercio con Guinea: oro y esclavos, recomenzando así un tráfico de seres humanos ya casi desaparecido en el resto de Europa.

Alcáçovas certificaba la separación lusa, pero la pareja real prosiguió su tenaz empeño unitario con el compromiso, sellado en dicha paz, de casar a su primogénita Isabel de Aragón, con Alfonso, príncipe heredero de Portugal. Con ello se abría camino a la unión completa de los reinos hispanos en una sola monarquía, recuperando la nación de Leovigildo y Recaredo. Diversos azares frustrarían el proyecto.

El mismo 1479 Fernando sucedió a su padre Juan II como soberano de Aragón. Ya era rey de Castilla a la par con Isabel («tanto monta») para lo cual tuvo que bregar a fondo contra la reticencia particularista de los magnates castellanos. En cambio, Isabel no fue reconocida reina de Aragón en igualdad de

condiciones, porque allí la mujer podía transmitir derechos de gobierno, pero no gobernar.

* * *

Por lo demás, la unión de Aragón y Castilla no dejaba de ser muy desigual. La corona castellana cubría dos tercios de España con unos cuatro millones de habitantes, y se había repuesto mejor que otras regiones de las calamidades de los siglos XIV y XV. La corona aragonesa ocupaba un quinto de la península, y sus pobladores habían quedado en unos 800.000 tras las pestes, hambres y guerras internas. La economía castellana había resistido la anarquía del siglo, y su producción ovina y cerealista, sus talleres textiles, su tráfico con el norte de Europa y el Mediterráneo, y los beneficios de las peregrinaciones a Santiago, convirtieron a sus ciudades de la meseta norte, más Toledo y algunas del Cantábrico, en la región más próspera y poblada de la península. Ello ocurría por primera vez en la historia, pues durante dos milenios la parte rica y populosa había sido la Bética o Andalucía occidental, así como, entre los siglos XIII y XIV, Barcelona y Mallorca. La corona aragonesa vivía tiempos duros, salvo Valencia, que había sustituido a Cataluña como el reino más floreciente y culto. Valencia ciudad pudo alcanzar los 50.000 habitantes mientras que Barcelona había caído a la mitad, cifra equivalente a la de Toledo, Valladolid o Córdoba. Sevilla, la mayor de la corona castellana, llegaba a 45.000. Así, Castilla era una potencia muy floreciente, mientras que Aragón decaía desde hacía un siglo.

«Castilla» abarcaba los reinos de Galicia, León, Toledo, Murcia, Sevilla, Córdoba y Jaén, el señorío de Vizcaya, el principado de Asturias y varias ciudades muy autónomas, además de Castilla propia, la Castilla Vieja; pero su unidad

estaba consolidada, como indica la ausencia de impulsos secesionistas significativos durante las guerras civiles o las contiendas con portugueses y aragoneses, que podían haber alimentado intentonas separatistas. Aragón había sufrido mayores desavenencias internas, pero también había conservado una unión básica.

Estas diferencias transcendían al propio concepto de la monarquía y la legalidad. Se ha insistido en el contraste de la presión «absolutista» castellana con la «pactista» de Aragón. Por absolutismo no se entiende aquí algo como el absolutismo del siglo XVIII y menos aún el totalitarismo del XX, sino la preeminencia del monarca como legislador y ejecutor, sobre la oligarquía y las demás instituciones; el pactismo aragonés, por el contrario, trataba al rey de *primus inter pares*, según la vieja fórmula: «Nos, que somos tanto como vos, pero juntos más que vos, os hacemos principal entre los iguales con tal de que guardéis nuestros fueros y libertades, y si no, no». De ahí la frase de Alfonso IV de Aragón a su esposa Leonor de Castilla: «Nuestro pueblo es libre y no está sojuzgado como el pueblo de Castilla, porque ellos me tienen a mí como a Señor y nosotros a ellos como buenos vasallos y amigos». Frases que no deben llamar a engaño: el «pueblo» de Alfonso eran los magnates y potentados, que, en efecto, gozaban de muchas libertades para oprimir y exprimir con bastante más crudeza que en Castilla a labriegos, artesanos y menestrales. Y en las dos coronas los campesinos y burgueses preferían vivir en tierras de realengo, directamente sujetas al rey, que en las de señorío, donde los nobles hacían pesar sus libertades con mayor inmediatez. Por ello el «absolutismo» castellano aparecía como un ideal contra el caos oligárquico, pero ese ideal se había cumplido en pequeña

medida hasta los Reyes Católicos.

De los demás reinos, la pequeña Navarra cispirenaica tenía unos 10.000 kilómetros cuadrados y en torno a 100.000 habitantes; parte esencial de su economía giraba en torno al Camino de Santiago y al comercio por los puertos guipuzcoanos. En el tercio norte predominaba el vascuence y en el resto un romance parecido al castellano; la lengua de la corte era el francés y fuerte la influencia del país vecino, pero existía un partido no menos recio pro castellano. Pamplona y Tudela, sus ciudades mayores, contaban de 5.000 a 6.000 habitantes cada una.

Portugal, con unos 90.000 kilómetros cuadrados y un millón de pobladores, vivía momentos gloriosos. En 1415 había conquistado Ceuta e iniciado su expansión por el Atlántico. Al año siguiente el infante Enrique *el Navegante* fundó en Sagres, el extremo suroeste de Portugal, una escuela de navegación y confección de mapas. En 1427, los portugueses descubrieron las Azores, se lanzaron a explorar la costa africana, y en 1488 Bartolomé Díaz llegó al extremo sur, el Cabo de las Tormentas, rebautizado luego de Buena Esperanza. Con ellas y la privilegiada situación de Lisboa, Portugal se convertía en una potencia en Europa.

El proceso reformista iniciado por Fernando e Isabel ya en plena guerra civil, en las Cortes de Madrigal, fue ampliado y profundizado en 1480, en las Cortes de Toledo. Y ocho años después se extendía la Inquisición aragonesa a Castilla con el nombre de Inquisición española. La Inquisición había nacido en el sur de Francia a finales del siglo XII, para combatir a los cátaros, y se había extendido a Aragón y otros estados, aunque, a falta de herejías, había perdido bastante actividad. Dependía

directamente del papa y la organizaban los dominicos. La nueva Inquisición, en cambio, iba a depender directamente de los monarcas, con autorización papal.

40. INQUISICIÓN Y EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS

La Inquisición, que subsistiría más de tres siglos con actividad decreciente, ha sido condenada radicalmente, primero por la propaganda protestante, después por la ideología ilustrada del siglo XVIII, y sigue siéndolo desde las más variadas ideologías: comunista, liberal, anarquista, alguna fascista, etc. Se le ha achacado un número descomunal de víctimas, hasta como causa de una supuesta despoblación de España (J. A. Llorente); el uso masivo de las torturas más refinadas; una «extraordinaria crueldad» (Gabriel Jackson). Se la ha acusado de haber paralizado el pensamiento y la cultura, de ser un embrión de las policías políticas del siglo XX, del racismo nazi o del Holocausto (C. Stallaert), «germen del moderno totalitarismo» (Joseph Pérez); de ser un aparato de robo y opresión gratuitos, de haberse cebado en judíos auténticamente cristianizados debido a un complejo de inferioridad de los cristianos viejos, causante del «anormal y horrendo placer que sentían en sus malvados actos» (Benzion Netanyahu). Y un muy largo etcétera. Hasta en Rusia llegaron estas versiones, como muestra Dostoyevski en un capítulo de *Los hermanos Karamázof*. Importa por ello situar la cuestión en la historia real, aunque ello desborde el marco cronológico de este libro. Otros historiadores como M. A. García Olmo, e investigaciones sobre los archivos inquisitoriales, como los de G. Henningsen o J. Contreras, en parte R. García Cárcel, demuestran que más del 90 por ciento de esos juicios acusatorios se basan en una propaganda sostenida secularmente

y en falsas analogías con fenómenos actuales.

Se ha dicho, y es verdad, que las persecuciones religiosas fueron comunes en toda Europa durante siglos, y exacerbadas por la revolución protestante y las guerras civiles que esta desató, muy alabadas por Lutero. Pero el número de víctimas en España fue significativo no por lo numerosas, sino por lo contrario. Así, las muertes documentadas y atribuibles a la Inquisición durante tres siglos suman en torno a un millar. Faltan archivos del período desde la fundación hasta 1560, lo que permite, como en el caso de los inicios de la reconquista, toda suerte de especulaciones y estimaciones, de acuerdo con las simpatías ideológicas del autor, aunque no es probable que pasen de otro millar. Se los tiene por años de intensa actividad, y algunos hablan de hasta 4.000 ejecuciones, mientras otros, como el investigador Tarsicio de Azcona limita a unos cientos los ejecutados mientras vivió Isabel la *Católica*.

Y ya que las acusaciones brotan principalmente de fuentes protestantes, no sobran algunas comparaciones (saco parte de los datos de M. E. Roca Barea *Imperiofobia y leyenda negra*. Otros ya los había expuesto en *Nueva historia de España*). Aunque los protestantes no crearon un órgano sistemático como la Inquisición, funcionaron de hecho muchas inquisiciones parciales, cuyas víctimas multiplican las de la Inquisición española en mucho menos tiempo. Se ha calculado que en solo diez años Calvino hizo quemar o ejecutar de otros modos a unas 500 personas (entre ellas al teólogo y científico Miguel Servet) en una ciudad de 10.000 habitantes como Ginebra. Las persecuciones protestantes no golpeaban solo a los católicos, también diversas confesiones luteranas o calvinistas se perseguían entre sí. Según los cálculos de James Stephen, citado

por E. Roca, en los mismos tres siglos de la Inquisición, se dictaron en Inglaterra 264.000 condenas a muerte, una cifra gigantesca, parte sustancial de las cuales motivadas por persecuciones religiosas. Solo en el período isabelino fueron asesinados unos mil católicos, sin contar los irlandeses, contra quienes continuó durante siglos una represión brutal. No hablemos de los asesinatos y confiscación de bienes extrajudiciales. El número de protestantes quemados en España entre 1520 y 1820 fue de doce. Ya veremos por qué. No hace falta incidir aquí en las víctimas de las policías políticas, comunistas y otras, en el siglo XX y ahora mismo.

Las víctimas más numerosas de la Inquisición fueron conversos judíos y moriscos. Su actuación más intensa transcurrió entre su fundación y 1530, remitiendo después durante más de un siglo para recrudecerse entre 1640 y 1660. Desde esa fecha, su actividad decayó mucho.

También queda claro hoy que la Inquisición empleó la tortura en mucha menor medida y con menor dureza que los tribunales laicos en toda Europa, y que la abolió cien años antes de lo que se hizo común en Europa… o no tan común en realidad, como demuestran las persecuciones ideológicas del siglo XX. Por ejemplo, de los 7.000 procesos en Valencia solo se empleó la tortura en un dos por ciento de los casos, nunca más de quince minutos y casi nadie fue torturado dos veces. En Inglaterra, Francia o Alemania la tortura podía llevar a la mutilación, la ceguera y a la muerte, e incluía métodos como el desollamiento en vivo. La Inquisición abolió los azotes y argollas para las mujeres y limitó a cinco años la pena de galeras, que solía ser perpetua en los tribunales civiles. Sus cárceles eran mejores que las comunes y los presos podían recibir visitas de

familiares y practicar su oficio; a menudo solo sufrían arresto domiciliario.

Muchas descripciones crean la imagen de un clima generalizado de denuncias y temor, pero los datos conocidos no abonan tal impresión. A lo largo de tres siglos hubo un máximo de 150.000 procesos, quizá menos de 100.000, pues se conservan las actas de los 50.000 ocurridos entre 1560 y 1700, casi un siglo y medio: los procesos posteriores a 1700 fueron pocos, y resulta difícil creer que los de los ochenta años anteriores a 1560 duplicaran a los posteriores Aun aceptando la improbable cifra máxima, da un promedio de 420 procesos por año, no muchos para una población que fue subiendo de cinco a doce millones de habitantes e insuficientes para crear ese presunto clima de terror. Por el contrario, abundan los testimonios del aplauso popular al tribunal.

Otro dato muy relevante es que, tras algunos casos puntuales, la Inquisición descartó la «caza de brujas», considerando su existencia como un mero fenómeno supersticioso. Por el contrario, en los países protestante como gran parte de Alemania o de Francia, Suiza, Escandinavia, Escocia, también en otros católicos, la quema de brujas se hizo obsesiva e histérica durante los siglos XVI y XVII, y hasta entrado el XVIII. El episodio de «las brujas de Salem» se produjo a finales del siglo XVII, y la última víctima fue una niña, ejecutada en la parte protestante de Suiza, en 1783. Se ha calculado la mortandad total por «brujería» entre 50.000 y 100.000 personas. No hay forma de conocer cifras correctas, pero sin duda superaron en decenas de veces a las atribuidas a la Inquisición, la cual fue precisamente el valladar contra la plaga, de la que libró a España.

Los datos anteriores y otros fueron recogidos en 1994 en un documental de la inglesa BBC titulado *The myth of the Spanish Inquisition*. El mismo «informa» de que la España del siglo XV era un país sin raíces propias ni centro dirigente, aislado de Europa, casi despoblado, una enorme llanura calcinada por el sol con la mitad de las tierras improductivas. Todo ello ilustrado por la figura de un campesino de aspecto insano y paupérrimo conduciendo un asno en una tierra desolada. Los documentales de la BBC gozan de un prestigio un tanto chocante, aunque hay algunos mejores. No obstante, el documental admitía que el 99 por ciento de lo que se ha dicho sobre la Inquisición es puro mito de propaganda, desmentida por el simple estudio de los archivos, que arrojan una luz muy distinta de la tradicional.

Un documental tan extraordinario debió de ser un «gol» que alguien coló a la BBC. Pero la verdad histórica resultaba demasiado indigesta para mentes demasiado dadas a la propaganda, de modo que, recuerda Roca Barea, seis años después la misma cadena reparó el desaguisado con otro documental, *Spanish Inquisition: the brutal truth*. Ahora, la «truth» consistía precisamente en la serie de mitos mencionada. En las imágenes se hacía ondear la actual bandera de España entre hogueras y desfiles hitlerianos, y la Inquisición resultaba no solo «el primer ejemplo de policía del pensamiento», sino también «el más terrorífico» de la historia. ¿No responde el reportaje, precisamente, a una manipulación del pensamiento de tipo totalitario? Este episodio ilustra bastante bien sobre la persistencia fanatizante de ciertos mitos. Se comprende en otras épocas de lucha entre España y los protestantes, en la que los intereses mitificadores eran obvios, pero cabe preguntarse a qué intereses puede responder hoy una propaganda tan radicalmente

hispanófoba.

No menos interesantes son disquisiciones como las de Joseph Pérez (premio Príncipe de Asturias) contra las investigaciones que ofrecen una imagen en algún modo favorable del Tribunal, atenuando sus horrores; pues, con más o menos víctimas, en él estaría la fuente del totalitarismo moderno al «confiar al estado el control de lo que piensan los súbditos». Aquí es preciso aclarar un par de cosas: los súbditos españoles eran católicos de modo casi unánime, lo mismo que en el resto occidental del continente. Y no lo eran porque lo decidieran los príncipes sino por otras razones más profundas y de muy largas raíces históricas. Por consiguiente, no había necesidad ni intención de controlar su pensamiento desde el estado. El control se dirigía a un pequeño número de herejes que se presentaban como cristianos sin serlo, pues la Inquisición solo se ocupaba de los bautizados. Los totalitarismos modernos siguen precisamente la vía opuesta: no tratan de defender la opinión tradicional y mayoritaria de los pueblos, sino de imponerles una ideología novedosa, controlando su pensamiento por medio de la propaganda y la represión. La diferencia es central, porque, vistas así las cosas, el origen del totalitarismo podríamos hallarlo más bien en el principio protestante *cuius regio eius religio*, que autorizaba a los príncipes a imponer sus nuevas creencias a sus súbditos. Y realmente las imponían mediante persecuciones y confiscaciones mucho más vastas que las de la Inquisición, según hemos observado.

Los métodos de la Inquisición han sido muy denostados, en particular la denuncia anónima. Pero el anonimato de los denunciantes buscaba evitar venganzas de las familias de los denunciados, muchas de ellas poderosas. Y la prevención contra

los falsos testimonios era muy rigurosa: «Los inquisidores —explican las instrucciones de Torquemada— deben observar y examinar con atención a los testigos, obrar de suerte que sepan quiénes son, si deponen por odio o enemistad o por otra corrupción. Deben interrogarlos con mucha diligencia e informarse en otras personas sobre el crédito que se les pueda otorgar, sobre su valor moral, remitiendo todo a la conciencia de los inquisidores». A un falso acusador podía caerle la pena reservada a su víctima. De hecho, la Inquisición fue el tribunal más garantista de su época en todo el continente, y sus minuciosos protocolos de actuación buscaban celosamente evitar las falsas acusaciones. Aquellas precauciones impedían de entrada las cifras fabulosas de víctimas que se le han achacado, pero tenían la contrapartida de la lentitud de los procesos, que en sí misma no dejaba de ser una injusticia que podía amargar la vida a los inocentes.

Tampoco se sostiene la acusación al Tribunal de haber paralizado el desarrollo intelectual de España con su represión e índices de libros pues estos, aún más rigurosos, estaban en boga por gran parte de Europa; y, casualmente, los siglos XVI y XVII, de mayor actividad inquisitorial, fueron los de mayor florecimiento de la cultura superior (arte y pensamiento sobre todo) y popular en toda la historia de España. Lope de Vega, Calderón de la Barca, Juan de Mariana, entre tantos, pertenecieron a la Inquisición, y otros como Cervantes estuvieron próximos a ella. Es a finales del siglo XVII, con débil actividad inquisitorial, cuando desciende el nivel creativo de la cultura española, lo cual prueba la nula relación de causa a efecto ente ambos fenómenos.

Entender la Inquisición obliga a evitar extrapolaciones ideológicas a la actualidad. Por entonces las sociedades, europeas

y no europeas, daban importancia central a la religión, y los estados buscaban la homogeneidad religiosa, máxime cuando en los siglos anteriores el continente había sufrido invasiones y amenazas externas que volvían a hacerse inminentes con el auge otomano. Por ello, la herejía no se entendía como un simple «pensar de otro modo» sin consecuencias prácticas, sino como un ataque al núcleo mismo de la propia cultura y a la estabilidad social. La relegación de la religión tradicional a un segundo plano solo se desarrolló mucho más tarde a partir de Inglaterra, para evitar las persecuciones entre grupos protestantes (excluyendo de la tolerancia a los católicos). A partir del siglo XVIII las religiones tradicionales fueron sustituidas —parcialmente— por las ideologías, basadas presuntamente en la razón. Entre las ideologías tampoco ha dejado de haber persecuciones, y los totalitarismos propiamente hablando aparecen históricamente en relación con ellas. Los regímenes demoliberales actuales toleran las más contrarias tendencias políticas a ideológicas, pero solo en cuanto no amenacen seriamente al sistema establecido (al final la tolerancia se ejerce siempre con los afines), y con la esperanza de que la confrontación de ideas dé lugar a una evolución pacífica, lo que no siempre se cumple. Teniendo en cuenta estas cosas, la Inquisición consistió en la institucionalización y regulación de un espíritu defensivo presente en todas las sociedades de modo más o menos difuso y arbitrario. Y se entiende su carácter mucho más moderado de lo que se pretende, y el absurdo de emparentarla con totalitarismos y regímenes policíacos propios del siglo XX.

* * *

La Inquisición tuvo un doble papel presionando por la

expulsión de los judíos y luego en la persecución de los falsos conversos. Como es sabido, la expulsión valió a los Reyes Católicos la felicitación y el beneplácito de los demás estados europeos, lo que indica una actitud muy común hacia ellos. De hecho, habían sido expulsados también de Inglaterra, Francia y algún otro país, pero no del mismo modo. En Inglaterra y Francia la expulsión fue repentina para apoderarse de sus bienes, mientras que en España se les dio oportunidad de bautizarse y tiempo para vender sus pertenencias.

De siempre, la política hacia los judíos en Europa alternaba entre la tolerancia (en el sentido estricto de ser tolerados, no queridos), la persecución y la expulsión. Solían protegerlos monarcas y nobles, por las ganancias que obtenían de ellos, y, de modo ambivalente el papado; y les odiaba el pueblo llano. Esa aversión nacía, según Sánchez Albornoz y otros, de los préstamos usurarios del cien por ciento anual y más, necesitados por la gente humilde para subsistir en años de sequías y miseria. El rey Fernando señaló:

> Hallamos los dichos judíos, por medio de grandísimas e insoportables usuras, devorar y absorber las haciendas y sustancias de los cristianos, ejerciendo inicuamente y sin piedad la pravedad usuraria contra los dichos cristianos (…) como contra enemigos y reputándolos idólatras, de lo cual graves querellas de nuestros súbditos y naturales a nuestras orejas han prevenido.

Denuncia que retomaría, entre otros, Lutero con verdadera furia. La identificación de los judíos como usureros era casi general en toda Europa, aunque realmente solo una parte de ellos se especializaba en tal práctica, así como en préstamos a la oligarquía y a los monarcas, siempre inclinados a gastar más de lo que ingresaban; aunque en este caso la usura era menor, y con riesgo de perder el dinero si el deudor hacía uso de su poder para no pagar. Por otra parte, muchos judíos participaban en el cobro de impuestos, lo que no aumentaba su popularidad.

Tales prácticas resultaban más vejatorias para los cristianos por cuanto consideraban a los prestamistas «el pueblo deicida», un grupo inasimilable, extraño y dañino por el efecto corrosivo de su religión; en España, la aversión se extendía a la memoria de su colaboración con la invasión islámica. Por supuesto, el odio era mutuo, si bien impotente en los judíos, salvo por medios indirectos como la usura. De hecho, habían intentado sofocar el cristianismo en sus orígenes y cuando habían tenido ocasión, como en la rebelión antirromana del «mesías» Bar Kojba, habían aplicado una brutal represión a los cristianos Y en 614, tropas judías aliadas de las persas habían perpetrado la matanza de Mamilla masacrando miles de hombres, mujeres y niños en la ya cristiana Jerusalén. Aplastados por Roma y dispersados en débiles minorías, precisados de protegerse entre sí como «pueblo elegido» en un ambiente hostil, practicaban formas de solidaridad que a ojos de los gentiles les convertían en una sociedad opaca dedicada a ocultos manejos, acusación ya presente en Roma y entre los visigodos.

Por esa necesidad de autodefensa, los judíos desarrollaron habilidades comerciales y financieras, y se interesaron en una preparación profesional que les permitiera valerse en distintas circunstancias. Esa instrucción formó una élite experta, intelectualmente ávida, que intervino por ejemplo en la Escuela de Traductores de Toledo y empresas culturales, como las de Alfonso X el Sabio; y produjo una cultura propia en hebreo, árabe o lenguas españolas, de la que Maimónides es el nombre mayor. Maimónides había inaugurado una interpretación racionalista de las Escrituras que muchos otros judíos rechazaban como herejía. Dirección opuesta había tomado la Cabalá (Tradición), predominante en la Península Ibérica

donde, en Castilla en la segunda mitad del siglo XIII se escribió el *Sefer ha-Zohar* (*Libro del esplendor*), obra central cabalística. La Cabalá buscaba descifrar el sentido profundo de la Biblia utilizando el valor numérico de las letras, la descomposición de las palabras en sus letras para formar con ellas nuevas palabras, o la alteración del orden de las letras para obtener significados ocultos.

Sin duda la idea o pretensión de ser el pueblo elegido por Dios entre todos daba a los judíos fuerza para mantenerse, sin desintegrarse por las presiones, matanzas y una corriente constante de bautismos; hecho excepcional en la historia. A ello se unía la esperanza, nunca perdida, de un mesías y la vuelta a Jerusalén: esperanza exacerbada a mediados del siglo XIV por las profecías, basadas en cálculos matemáticos, de Abraham bar Hiyam, anterior en dos siglos (su *Tratado de geometría* fue durante mucho tiempo texto en las escuelas cristianas). La religión se mantenía por el estudio, repetición y comentario de la Torá o Pentateuco. Los comentarios habían originado la Misná o Mishná, base del Talmud, compilación de historias, especulaciones y preceptos sobre el trabajo, el derecho civil y comercial, el matrimonio, la purificación, etc. La vida política y social se identificaba con la religión de modo absorbente, y la repetición y comentario de los textos sagrados, generación tras generación, daba a las comunidades un recio sentido de pertenencia. Para los cristianos, el Talmud era otro motivo de sospecha, puesto que ya no se trataba de la Biblia común a las dos religiones.

Las diferencias en la interpretación religiosa desgarraban a veces a las comunidades hebreas en conflictos violentos, solo atenuados por la falta de poder militar. Sus disputas guardaban

paralelo con las cristianas desde la introducción de Aristóteles y giraban en torno al racionalismo de Maimónides, el problema del bien y el mal, etc. Algunos tenían el mal como un principio activo y poderoso (el tomismo lo entendía más bien pasivo, como ausencia de bien), y se orientaban al gnosticismo. También brotaron ideas similares a las franciscanas, con exigencia de pobreza total, diatribas contra los judíos acaudalados y expectativas de un mesías próximo.

Las juderías de España habían vivido en el siglo XIII una época de esplendor, también intelectual. Se les concedían privilegios (relativos) para atraerlos como fuente de ingresos para reyes y nobles. A principios del siglo XIV, el antisemitismo en Alemania y Francia, así como en Mallorca y zonas pirenaicas, había provocado una emigración de ellos a Aragón y aún más a Castilla. Pero pronto se había recrudecido el antijudaísmo en toda la península a partir de Francia a través de Navarra. A mediados del siglo, la Peste Negra dio pie a calumnias sobre el envenenamiento de pozos, que ocasionaron matanzas en Cataluña y Aragón, pese a que las aljamas sufrían la peste no menos que los pueblos cristianos. El odio había persistido hasta estallar en 1391 en matanzas extendidas desde Andalucía por Castilla, Valencia y Cataluña.

La política oficial había oscilado entre intentos de conversión mediante prédicas y el uso de restricciones legales. Las leyes de Ayllón, en 1412, habían impuesto en Castilla una rígida separación de los judíos en barrios cerrados, vestimenta, etc., y prohibición de oficios provechosos o prestigiosos. En Aragón, la Inquisición había presionado en pro de medidas resolutivas, por las buenas o las malas. Un converso, Jerónimo de Santa Fe, presentó al papa Benedicto XIII una serie de textos

bíblicos que justificaban a Jesús como el mesías. Benedicto había ordenado a los rabinos de la corona de Aragón acudir a Tortosa en enero de 1413 para instruirse, preguntar y objetar al respecto. Los rabinos arguyeron que aun si el mesías hubiera venido, lo decisivo era la ley sagrada, es decir la Torá. El mesías, además, debía obrar como líder político y restaurar Jerusalén, pero, aunque no llegase hasta el final de los tiempos, las almas no precisaban de él para salvarse, pues para ello les bastaba cumplir la ley mosaica, rechazada desde San Pablo.

Hubo disensiones entre los hebreos, y los rabinos fueron culpados de engañar y tiranizar a su pueblo. Uno de ellos acusó a Jerónimo de Santa Fe de utilizar textos inseguros y otros insistieron en que la ley de la Torá es eterna e incambiable: el mesías solo podía venir a cumplirla, no a transformarla como había hecho Jesús; y a devolver a su pueblo la tierra que Yavé le había otorgado. Los sufrimientos anejos a la lealtad a la fe debían entenderse como pruebas que Dios recompensaría. Los debates de Tortosa duraron meses, bastantes hebreos se bautizaron, lo cual confirmó a los demás el peligro del contacto con los gentiles y la idea de que el aumento de renegados convenía para que resplandeciera la virtud de los justos: los malos eran aquellos banqueros y usureros más en trato con los cristianos, cuya cólera despertaban con su codicia, siendo ellos los primeros en renegar a la hora de la prueba. Por su parte, Santa Fe aconsejó a Benedicto perseguir como herejes contumaces a quienes no se convirtieran. Por ello muchos de Aragón pasaron a Castilla, pese a las leyes de Ayllón, poco cumplidas.

Otro converso, Alonso de Palencia, denunciaba a los falsos conversos que se protegían como una sociedad secreta:

> Enriquecidos por oficios muy particulares, se muestran por ello soberbios, y con arrogancia insolente intentan apoderarse de los cargos públicos, después de haberse hecho admitir, a precio de oro y contra todas las reglas, en las órdenes de caballería, y se constituyen en bandos.

Disponían de fuerza armada y «no temen celebrar, con la mayor audacia y a su antojo, ceremonias judaicas».

Según vimos, Enrique II de Trastámara explotó contra Pedro el Cruel el odio antihebreo, pero cambió de conducta al ganar el trono. En 1432 el jefe religioso Abraham Bienveniste, protegido por Álvaro de Luna, convocó una asamblea para redactar los Estatutos (*takanoz*) de Valladolid. Sus normas daban a los judíos autonomía judicial, con prohibición de acudir a jueces cristianos, e imponían pena de muerte en ciertos casos, aunque carecían de medios para hacerla efectiva, salvo aprobación del Consejo Real. La libertad de las aljamas suscitaba críticas en otros países y del papado, y esterilizaba los esfuerzos por convertirlas. Los estatutos obligaban a todas las familias a pagar un impuesto especial para sostener casas de oración y maestros que enseñasen la Torá y el Talmud. Esta atención a la enseñanza religiosa, extendida a la instrucción práctica, daba a los hebreos cierta ventaja cultural sobre los cristianos comunes.

Rabinos como Bienveniste o Abraham Seneor rehicieron parcialmente las juderías tras la aguda crisis de los decenios anteriores; pero aun así su población había decaído mucho, por las pestes, pogromos y conversiones. También había decaído su fuerza intelectual y participación en los empleos más lucrativos, teniendo la inmensa mayoría de ellos oficios poco lucidos, como pequeños artesanos, tenderos, etc.

Pero la aversión a los judíos, incluidos los conversos, creció: les acusaban de crímenes rituales como el asesinato del niño de La Guardia, de profanar las sagradas formas, de mantener preceptos anticristianos y blasfemos en el Talmud, etc. Muchos

se habían bautizado sinceramente, abrazando además un intenso patriotismo hispano; otros lo habían hecho forzados o por ventajas materiales. Varios de los primeros mostraron celo antijudaico. Los insinceros sufrían el rechazo de sus antiguos correligionarios y la sospecha de los cristianos, que solían igualar a sinceros con insinceros.

Los Reyes Católicos favorecieron al principio a los judíos: «Son tolerados y sufridos y nos los mandamos tolerar y sufrir y que vivan en nuestros reinos como nuestros súbditos y vasallos»; y los protegieron anulando normas como las de Bilbao, que obligaban a los comerciantes hebreos a pernoctar fuera de la ciudad, con riesgo de ser asaltados, y restricciones semejantes. Reaparecieron en la corte judíos como Abraham Seneor, que llegó a administrar las rentas del reino y a tesorero de la Santa Hermandad.

Sin embargo, en 1483 fue nombrado inquisidor general Tomás de Torquemada, a quien se atribuye algún antecesor converso, en todo caso secundario; aunque los conversos abundaron entre los altos cargos inquisitoriales. Torquemada ha sido objeto de juicios contradictorios, ya como paradigma del más cruel fanatismo, ya como «martillo de los herejes, la luz de España, el salvador del país» (Sebastián de Olmedo). Defendió la tortura, pero aplicándola mucho menos que los tribunales corrientes; organizó cárceles más habitables que las ordinarias, veló por la buena alimentación de los presos y combatió la corrupción judicial y las denuncias falsas, acordando que quien acusase falsamente a otro recibiese la pena prevista para su víctima. Al mismo tiempo fue inflexible en la persecución de la herejía, sin reparo en llamar ante el tribunal a nobles u obispos. Considerado incorruptible, procuraba la reconciliación de los

acusados.

Como fuere, Torquemada abogó por la expulsión, decidida por decreto real a finales de marzo de 1492, mismo año de la toma de Granada y del descubrimiento de América. Los judíos disponían de cuatro meses para liquidar sus bienes e irse. La orden regia no aludía a las acusaciones populares de sacrilegios y asesinatos rituales (en los que probablemente no creían las personas ilustradas), ni a la usura, exceptuando el mencionado escrito de Fernando. El motivo invocado era religioso, el contagio de herejía: «Procuran siempre, por cuantas vías más pueden, de subvertir y sustraer de nuestra santa Fe Católica a los fieles cristianos, y apartarlos de ella».

Los Reyes Católicos debieron de esperar que en tal aprieto la comunidad hebrea se diluyera mediante la conversión, y se prodigaron las exhortaciones. El prestigiado Abraham Seneor se convirtió e hizo proselitismo entre los suyos, pero la mayoría persistió en su fe: los rabinos habían robustecido moralmente a la comunidad.

¿Cuántos emigraron? Entre 50.000 y 200.000 según cálculos. El número de aljamas, contabilizado por Luis Suárez, ofrece la mejor pista. En Aragón quedaban diecinueve, con un máximo de 1.900 familias, es decir, en torno a 10.000 personas, probablemente bastante menos; y solo ellas suponían el 85 por ciento de todas las de la corona, distribuyéndose el 15 por ciento restante entre Valencia y Cataluña, de donde habían huido muchos a Castilla. Esta contaba 224 aljamas, que a cien familias por cada una sumarían 22.400 familias y unas 100.000 personas, pero probablemente no llegaban a la mitad, ya que una aljama de 200 familias era excepcional, pocas tenían más de 50 y muchas no pasaban de 20 o 30. Por ello la cifra real de

judíos no debió de superar los 60.000 en toda España, y de ella habría que deducir varios millares de conversos de última hora.

La suerte de los expulsados fue dolorosa. Se tomaron medidas para evitar atropellos contra ellos, pero la compraventa de sus bienes debió de dar lugar a abusos. En largas filas menesterosas marcharon al destierro, sostenidos por los rabinos que les exhortaban y hacían que las mujeres y muchachas cantaran y tañeran instrumentos musicales para elevar los ánimos. El Imperio otomano los acogió bastante bien, asombrándose de que España prescindiera de gente tan hábil para hacer dinero, y en Portugal solo pudieron mantenerse breve tiempo. Otros marcharon a Italia o a Flandes. Padecieron más los que recalaron en el norte de África, donde muchos fueron reducidos a la esclavitud. Quizá un tercio de ellos volvieron a España a bautizarse.

Los estudiosos han discutido los motivos de la expulsión, desde el afán de reyes y nobles de enriquecerse con los bienes de los judíos hasta el racismo o la «lucha de clases». En realidad, los reyes eran conscientes de que la medida sería poco rentable —aunque ni de lejos desastrosa, como se ha dicho, porque la economía española prosperaba por entonces y, contra una idea frecuente, el peso de los judíos en ella era débil—. Las razones expuestas en el decreto son exclusivamente religiosas, como vimos, y debe recordarse que la herejía se consideraba un grave riesgo de descomposición social y discordias civiles.

* * *

Paradójicamente, no se adoptaron al principio medidas similares contra los mudéjares, que en Aragón y Levante se acercaban al 20 por ciento de la población. Los de Granada gozaban de derechos y privilegios, como no pagar más

impuestos que antes, conservar armas blancas o denunciar abusos de gobernantes y provocar su destitución. Podían mantener su religión y propiedades, su sistema legal y educativo, llevar la ropa que quisieran, no las capas que identificaban a los judíos, retener a cristianos islamizados… Estas normas creaban casi un estado dentro del estado, lo que chocaba con el impulso racionalizador de los reyes. El odio a los mudéjares era menor que hacia los judíos. Sin embargo, también constituían un cuerpo social extraño, agravado como potencial quinta columna de los musulmanes de África, solo separados por el Estrecho de Gibraltar, los cuales practicaban una piratería sistemática y daban a los moros peninsulares esperanzas de un cambio de tornas, recordando las grandes invasiones del pasado.

Por consiguiente, la política hacia los mudéjares cambió. Las predicaciones apenas dieron resultado, y en 1499 se adoptó una postura más drástica. Sus libros religiosos fueron quemados y los científicos enviados a la Universidad de Alcalá de Henares. Miles de mudéjares se convirtieron y otros más se rebelaron en Granada y las Alpujarras en 1500. Sofocada su rebelión, aumentó la severidad hacia ellos, y en 1502 se les aplicó la misma opción que a los judíos: convertirse o marcharse. La gran masa aceptó el bautismo, pero mantuvo sus tradiciones, costumbres, vestimenta y, ocultamente, su religión, recibiendo el nombre de moriscos. Así, el peligro persistió, y cada vez más agobiante conforme aumentaba la piratería magrebí y, sobre todo, los turcos imponían su hegemonía naval en el Mediterráneo, acercándose a España.

41. ESTADO «MODERNO» Y REFORMA RELIGIOSA

Las reformas de los Reyes Católicos fueron profundas, creando lo que muchos consideran el primer estado moderno de Europa, por seguir la terminología absurda de Cellarius sobre las edades históricas. Desde luego, transformaron las instituciones de gobierno, y algunas de ellas serían imitadas por otros países. El estado en España, más o menos como en el resto del continente, era hasta entonces muy sumario, compuesto por el rey, oligarquías nobiliarias muy autónomas, de las que salía el Aula regia o Consejo real, que aconsejaba, ayudaba o limitaba al monarca; más las Cortes, que habían asentado un sistema básico de derechos personales, juraban a los nuevos reyes y concedían impuestos y ayudas especiales en situación de guerra; e instituciones municipales y cargos ocasionales, sin ejército, armada ni policía permanentes.

El nuevo gobierno se ejercía mediante un sistema de consejos: Castilla, Aragón, Órdenes militares, Cruzada, Inquisición. El de Cruzada tenía especial interés financiero, ya que, autorizado por el Papa, proveía de ingresos para la lucha contra el infiel. El de Órdenes militares concentraba en el rey la máxima autoridad de ellas y centralizaba sus rentas, pues, dichas órdenes habían dominado amplios territorios en los que regían intereses y leyes particulares. Los consejos irían ampliándose en el siglo XVI (Estado, Hacienda, Navarra, Indias…) y venían a ser un embrión de los posteriores ministerios. Los Reyes Católicos escogieron a los consejeros más por capacidad demostrada y

cultura (universitarios a menudo) que por linaje, debilitando a la nobleza. Para orientar los consejos se apoyaron en secretarios influyentes y de plena confianza. Mermaron asimismo el poder de las Cortes al legislar mediante pragmáticas (*Ordenamiento de Montalvo*), y Fernando creó en los reinos no castellanos el cargo de virrey, lugarteniente real con plenos poderes, de origen aragonés y aplicado en los reinos de Aragón y en el principado, y posteriormente en América.

También mejoraron la justicia con las Audiencias reales y chancillerías, tribunales supremos a los que podían recurrir en segunda instancia personas agraviadas por sentencias nobiliarias. Se creó una chancillería en Valladolid y algo después otra en Granada, repartiéndose los territorios. Asimismo, controlaron las ciudades mediante los *corregidores* como representantes suyos, medida muy popular porque reducía la arbitrariedad de los magnates locales. Instituyeron una policía real con la mencionada Santa Hermandad, así como un ejército permanente compuesto de 2.500 *lanzas,* primero de Europa en su estilo, imitado en otros países, iniciando un principio de ejército profesional, también por mar mediante las «escuadras de galeras de España». Al mismo tiempo pusieron en pie un aparato diplomático de gran envergadura, que extendería su red por los principales países de Europa y el papado.

Estas medidas repercutieron en la economía. El saneamiento de la hacienda y la mejora de la fiscalidad cuadruplicaron los ingresos regios; se fijó la relación entre las numerosas monedas de los reinos y el maravedí, que tenía cierta oficialidad, y fueron protegidas las ferias e industrias locales. Las medidas políticas y económicas acabaron con el desbarajuste anterior y revitalizaron el comercio, dando a los reyes un prestigio popular sin

precedentes. Las universidades fueron asimismo favorecidas, para proporcionar letrados y funcionarios expertos a la corona, y en general para promover la alta cultura: España llegaría a ser quizá el país europeo con una enseñanza superior más nutrida, un dato que ayuda a explicar su potencia en todos los órdenes en el siglo XVI y parte del XVII.

Las reformas crearon un tipo de estado nuevo, más racionalizado, sistemático y objetivo. No obstante, Fernando no llegó a aplicarlas en Aragón, por resistencia de los potentados y por constituir un asunto menor y aplazable, ya que la región, empobrecida y poco poblada, tenía limitado interés práctico inmediato, fiscal en primer lugar. Aun así, pasó sobre los magnates para resolver el problema más lacerante de Cataluña: las «costumbres inicuas» contra el payés. La anterior guerra social había terminado sin mejoras reales para el pueblo llano, y los labriegos volvieron a alzarse en 1485. Fracasaron, pero Fernando comprendió que la llaga debía cerrarse, y al año siguiente, por sentencia dada en el monasterio jerónimo de Guadalupe, en Extremadura, abolió el derecho de los amos a golpear a los payeses y otros «malos usos»: los siervos pudieron emanciparse pagando una cantidad simbólica y adquirir el dominio útil de las tierras, aunque la propiedad siguiera en manos de los señores. Surgió así un campesinado libre y un sector de payeses prósperos que compensaron algo de la ruina anterior. Pero el principado, con población escasa y riqueza menos concentrada, perdía aptitud para empresas políticas y culturales, azotado por el bandolerismo, señorial y espontáneo, e incapaz de defender sus posesiones mediterráneas, tarea que heredaría Castilla.

Paradójicamente, Aragón iba a imprimir una honda huella

institucional sobre Castilla, pues Fernando introdujo en esta organismos aragoneses como los gremios, el Consulado del Mar barcelonés, imitado en Burgos y Bilbao, los virreyes y la misma Inquisición.

Las reformas de Isabel y Fernando buscaban centralizar el poder disminuyendo el de los nobles. La historia de Europa hasta entonces y, por supuesto la hispana, cabe describirla en parte como una doble tensión irresuelta entre monarcas y oligarquías, y entre poderes políticos y religiosos. Dada la fuerza de los nobles, cada país albergaba a varios estados menores dentro del general, fuente de continua inquietud. El rey no podía prescindir de los apoyos nobiliarios, pero trataba de dominarlas explotando la división inevitable entre ellas y dotándose de fuerzas propias suficientes para prevalecer sobre los descontentos. También solía buscar alianza con las ciudades y las capas medianas e incluso bajas de la sociedad, aunque no pudiera descansar de verdad en ellas. Las Cortes, un principio de democracia, habían ampliado la base del poder, pero sus presiones solían girar en torno a privilegios para cada grupo social representado, y a unos impuestos que pagarían «los de abajo».

El problema radicaba en organizar el gobierno de modo que el soberano no pudiera ejercer tiranía ni los bandos nobiliarios crear anarquía (que, debe insistirse, pese a su etimología, nunca ha sido ausencia de poder, sino proliferación caótica de ellos), peligros respectivos de la concentración y de la dispersión de la autoridad. Para solventarlo se había sustituido desde hacía mucho el principio electivo por el hereditario, sin resultado conclusivo. Aun así, como venimos observando, la inestabilidad de equilibrios y la contradicción de intereses no habían

impedido el asentamiento de una civilización vivaz y evolutiva. Sin olvidar que en cualquier sistema político el destino de la sociedad dependía a menudo de un factor imponderable: la calidad moral y política de la oligarquía y sobre todo de su dirigente máximo. Así, el contraste entre los Reyes Católicos y un antecesor que llevaba el estado a la disgregación no puede ser más fuerte. Y por lo demás una situación parecida se había dado varias veces en los reinos de la reconquista, y también en la parte islámica, baste recordar cómo Abderramán I o Abderramán III salvaron a Al Ándalus de crisis muy profundas. Tanto Fernando como Isabel iban a demostrar un talento de estadistas muy fuera de lo común, mejorando también la base oligárquica, ampliándola y organizando algo parecido a una meritocracia. La sociedad iba a producir, durante casi dos siglos, un número elevado de personas de valía excepcional en todos los campos.

Se ha llamado a este régimen «monarquía autoritaria», para distinguirla de la posterior «absoluta» originada en Francia. El adjetivo «autoritario» no es muy feliz, pues ningún sistema político puede subsistir sin una dosis considerable de autoritarismo. En la situación anterior, la autoridad estaba dispersa en numerosos señoríos, a su vez muy autoritarios o despóticos, y ahora simplemente se concentraba más, con efectos en general positivos. El proceso de concentración, contra intereses particulares muy resistentes y robustos parece haber sido inesperadamente fácil. Ello se debió, aparte de la resolución y habilidad de los soberanos, al ambiente social muy favorable tras el panorama de descomposición social, política y religiosa con Enrique IV: casi todo el mundo ansiaba restaurar el orden y la autoridad regia. Así, los Reyes Católicos recuperaron rentas y tierras expoliadas a la monarquía por los nobles, metieron en

cintura a los magnates y altos cargos eclesiásticos castellanos, gallegos, extremeños o andaluces, encarcelaron e incluso ejecutaron a alguno como el mariscal gallego Pardo de Cela, y desmocharon sus castillos. Mediante la Santa Hermandad limpiaron los caminos de bandidos, a menudo protegidos por los poderosos, e hicieron cumplir las leyes castigando con severidad la delincuencia.

De resultas, el país, que antes se presentaba sólidamente dividido en varios reinos desamigados, y cada uno condenado a una progresiva desintegración e irrelevancia, fue transformándose con rapidez en una potencia formidable, estable y funcional, capaz de encauzar las energías de la nación y de intervenir vigorosamente en los destinos europeos y hasta mundiales, como se comprobaría en los decenios siguientes.

Un tópico muy divulgado quita importancia a la reconstitución de España insistiendo en que no fue una «unión de reinos» sino solo «personal» o «dinástica», porque persistían leyes distintas en cada uno. Como si las personas de los reyes fueran ajenas a los reinos y olvidando que las uniones y desuniones políticas en Europa se hacían, o por guerras o por enlaces o herencias reales, manteniéndose dentro de cada uno diversidad de leyes o fueros. El hecho histórico es que la unión permanece hasta hoy, y que los intentos de romperla emprendidos a raíz del «desastre» de 1898 en la guerra de Cuba, llevan más de un siglo fracasando frente a la cohesión establecida entonces; seguramente debido a alguna razón de peso. Por lo demás, las afinidades entre los reinos de España eran mucho mayores que las de otros territorios europeos. Habida cuenta de ello, se trató de una unión política muy real, con proyección sobre Europa, en particular Francia y el

Mediterráneo, asumiendo Castilla los intereses de Aragón: serían tropas castellanas las que recuperasen Perpiñán en 1480, frente a la desidia de las Cortes catalanas; y serían tropas mayoritariamente castellanas las que mantuviesen y ampliasen la herencia de Aragón en Italia. Asimismo, la política de España en relación con Francia siguió la tradición aragonesa y no la castellana. La compenetración política fue evidente desde el primer momento, a pesar de las diferencias legislativas, que también diferían en cada reino de Aragón.

Visto en perspectiva, los logros de aquel tiempo parecen casi milagrosos, y desde luego nadie podría haberlos esperado. Antes de los Reyes Católicos España se hallaba dividida en varios reinos hostiles entre sí con frecuentes choques bélicos, y cada uno plagado de querellas, intrigas y peleas internas; y en un tiempo mínimo el panorama se había transformado de modo radical gracias a la unificación y las reformas.

* * *

No menos efecto histórico que las reformas políticas tuvo la reforma religiosa emprendida por los nuevos reyes e intensificada por el cardenal Cisneros. Periódicamente, el clero, empezando por sus dignidades más altas en Roma, degeneraba en un libertinaje, codicia e injerencia política incompatibles con la doctrina oficialmente profesada; y también periódicamente surgían movimientos de reforma que mejoraban las cosas por un período. De tiempo atrás se alzaban en toda Europa clamores reformistas, aunque divergentes. Unos querían sanear la Iglesia debilitando su aparato jerárquico, otros pensaban que la solución radicaba en fortalecerlo y moralizarlo. Pero solo en España se promovieron medidas de cierta contundencia.

Aquí, como en el resto del continente, menudeaban las

denuncias de infracción del celibato, de la ignorancia y corrupción frecuentes en el clero, alto y bajo, por afán de lucro en el alto, por pobreza en el bajo. Uno de los defectos que más desacreditaban al clero era precisamente la inobservancia de la castidad, pues bastantes frailes y curas vivían con «barraganas», y algunos conventos tenían fama de prostíbulos, lo cual repercutía en otras corrupciones, como la desatención a su misión propia de instruir al pueblo en la doctrina, el bajo nivel cultural, la avaricia, los enredos políticos y económicos, o la ostentación de riqueza. Bastantes obispos, provenientes de rangos nobiliarios, se ocupaban en politiqueos o acciones bélicas, lo que salvo excepciones no garantizaba, sino todo lo contrario, el buen nivel moral e intelectual teóricamente exigido. El nombramiento de altos cargos por los papas, complicado muchas veces por intereses políticos, tampoco aseguraba la idoneidad moral de ellos, empezando porque la misma Roma era cualquier cosa menos modelo de «buenas costumbres». Y, al revés, la pobreza de muchos sacerdotes les movía a incrementar sus rentas con oficios irregulares.

La reforma empezó con el episcopado: los monarcas presionaron a un papado en aquellos momentos proespañol, debido al peligro turco, para obtener concesiones significativas, entre otras el patronato sobre los nombramientos y el derecho de presentación de obispos. Según los nuevos criterios aplicados, los obispos no debían pertenecer a las casas nobiliarias principales, debían dedicarse en exclusiva a su misión pastoral sin perderse en asuntos mundanos y acabar con absentismos antes frecuentes; debían vivir en sus diócesis y visitar las parroquias al menos anualmente; debían tener una cultura superior, universitaria, creándose un embrión de los futuros

seminarios. Y Cisneros fundó la nueva Universidad de Alcalá de Henares, concebida para proporcionar una élite bien preparada tanto a la monarquía como a la Iglesia, y que rivalizaría en prestigio con la de Salamanca. Cabe concluir, con V. Vázquez de Prada, que la Iglesia española despuntó como la más culta y de mayor nivel espiritual de Europa. Cisneros y los soberanos insistieron en que los obispos debían mostrar una conducta acorde con sus prédicas. Y, en fin, ser españoles. Esto último tenía máximo valor como expresión de patriotismo, pues, como vimos, los papas habían nombrado a menudo a obispos y abades extranjeros, y en los siglos XI y XII estos habían casi copado los cargos principales; ahora Cisneros recuperó parcialmente el rito hispanogótico o mozárabe. Y también importaba porque permitía a los reyes conocer al personal. No era una vuelta a las investiduras por el monarca, aunque se le aproximaba.

En cuanto al clero corriente, fue presionado para garantizar la predicación dominical y la catequesis, así como la observación del celibato, seguramente no lograda del todo, pero sí en amplia medida. También se reformarían las órdenes religiosas en el sentido anterior. Los párrocos debían llevar registros de los bautizados, y en relación con ello se implantó una reforma de fundamentales consecuencias administrativas: los bautizados debían recibir el apellido paterno. Hasta entonces el apellido podía ser elegido por cada persona a su gusto, de modo que en una familia podía haber varios distintos, causa de confusiones (la costumbre de añadir el apellido materno fue muy posterior). Asimismo, se limitó la anterior inmunidad eclesiástica, que había amparado numerosos delitos y corruptelas, de modo que los delitos comunes del clero pasaron a ser competencia de los tribunales laicos.

La reforma disminuía la tutela de Roma, cuya escasa ejemplaridad conocían los dirigentes hispanos. Y la consciencia de esa merma se reflejó igualmente en la Inquisición que, como quedó señalado, pasaba a depender del poder político. Diego de Deza, uno de los obispos reformistas e inquisidor general durante nueve años, sería destituido por su excesiva dureza y apoyo al inquisidor de Córdoba, Diego Rodríguez Lucero, llamado *el Tenebroso* por su fanatismo y arbitrariedad y destituido también. El último había promovido la quema de presuntos herejes más masiva de la historia inquisitorial, ciento siete, suscitando un enorme escándalo y revuelta popular.

El interés de los reyes por acabar con los escándalos y asegurar un aparato eclesiástico doctrinalmente firme y políticamente adicto se aplicó con cierta flexibilidad. Caso especial fue el del «tercer rey de España», Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo, por tanto, primado de España y cardenal. Este tuvo al menos dos amantes, con las que engendró tres hijos. Dos de ellos los reconocería la reina Isabel como legítimos, con derechos de herencia, que parece no haber recibido el tercero; además destacó en otros campos que el pastoral, como político, militar y diplomático.

La razón de este trato privilegiado estriba en los méritos del personaje, realmente excepcionales a favor de la corona y de la cultura. Pedro había defendido a Enrique IV y a Juana, para cambiar de bando, al parecer por sugestión de Rodrigo Borja, futuro papa Alejandro VI, que le ofreció el cardenalato, «Gran cardenal de España», como también sería conocido. Desde entonces sirvió fielmente a Fernando e Isabel como consejero y militar, con intervención decisiva en la victoria isabelina sobre los juanistas. Después mostró su habilidad diplomática

consiguiendo del soberano francés Luis XI la vuelta negociada del Rosellón y la Cerdaña a España. Asimismo participó activamente en la toma de Granada y apoyó a Cristóbal Colón convenciendo a los reyes, aunque estos estaban por entonces absorbidos por la guerra contra el último bastión de Al Ándalus. Su consejo y tesón pesaron grandemente en muchas de las medidas más acertadas de los monarcas. Su último servicio fue, como buen conocedor de hombres, recomendar a Cisneros, que llevaba una vida retirada, para confesor de Isabel. Cisneros demostraría una talla de estadista no inferior a los monarcas.

Pedro brilló además como mecenas renacentista. La familia Mendoza no era solo una de las más poderosas de España, sino también de las más cultas e implicadas en la renovación cultural inspirada en Italia, y contaba con varios literatos destacados. El padre del Gran Cardenal, el poeta moralista y militar Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, había acumulado una cuantiosa biblioteca, con numerosos clásicos latinos y en lenguas hispanas además del castellano (gallego, catalán, valenciano), también francés y sobre todo italiano. Y había formado una especie de corte privada o tertulia humanista, curiosa y aficionada a las novedades de Italia. Otras figuras fundamentales de la literatura española, como Jorge Manrique o Garcilaso de la Vega, estaban emparentadas con Pedro. Pero la labor cultural por la que el cardenal pasaría a la historia sería sobre todo la arquitectura, pues hizo construir en numerosos lugares de Castilla edificios religiosos y civiles de estilo renacentista, cambiando la anterior tradición gótica.

* * *

Aunque la cuestión rebase los límites cronológicos de este trabajo, no sobra un pequeño apunte sobre ciertos efectos

históricos de la reconquista, aparte de la prosecución de la lucha contra el Islam otomano y magrebí: la prolongada contienda con el expansionismo protestante.

Al norte de los Pirineos, el aplazamiento de las reformas eclesiásticas, con la frustración y decepción consiguientes, iba a desembocar en la llamada reforma protestante, iniciada por Lutero desde 1517, solo un año después de la muerte de Fernando. Se la llama «reforma», pero debe insistirse en que su carácter real fue mucho más allá, una auténtica revolución religioso-política contra el papado y toda la tradición anterior de la Iglesia, con toques de nacionalismo o patriotismo germánico y cierta sed de sangre «papista». Y originaría un largo período de guerras civiles en Europa centro-occidental. El despropósito, no meramente lingüístico, culmina en llamar «Contrarreforma» al restablecimiento de la doctrina tradicional, como si esta fuera una reacción al protestantismo y no a la inversa. En aquella coyuntura histórica, España actuaría como barrera frente al empuje protestante, y su poco esperable capacidad para frenarlo o hacerlo retroceder se debió sin duda a las reformas eclesiásticas previas de los Reyes Católicos y Cisneros.

En lo puramente religioso por encima de los intereses políticos o económicos en pugna, el debate giraba en torno a la salvación del hombre. Interpretando a San Pablo, Lutero afirmó que Dios había predestinado desde la eternidad la condena de unos, seguramente la mayoría, y la salvación de otros a quienes otorgaría su gracia divina. La gracia debía expresarse en la fe del individuo, pero no en sus obras, pues el ser humano, profundamente caído por el pecado original, no podía esperar nada de sus vanas acciones con vistas a salvarse (aunque llegó a considerar el asesinato de campesinos rebeldes como algo

semejante a una obra salvífica). De ahí que llegase a escribir que los mayores crímenes no impedirían la salvación si el criminal tenía fe. La fe en Jesús, y no las obras, salvaba al hombre. San Pablo había insistido en algo semejante (aunque, por ejemplo, también había dicho que sin amor —caridad— incluso la plenitud de la fe carecía de valor). La predestinación divina excluía el libre albedrío, pues los hombres estaban determinados por la gracia o por el diablo.

Contra lo que a veces se ha interpretado, el protestantismo trataba de zanjar la atormentadora y nunca calmada tensión entre razón y fe a favor de la última, condenando y desterrando a la razón, la «ramera de Satanás», cuya función real consistiría en atentar contra la fe, socavándola sin tregua. Esta primera gran quiebra del enlace cristiano entre ambas facultades, «entre Atenas y Jerusalén», afirmado por el tomismo, daría lugar a la inversión contraria dos siglos después de Lutero: la Ilustración del XVIII puede describirse como una rebelión de la razón contra la fe, con un eficaz discurso racional para socavar esta, como temía Lutero. La verdadera salvación del hombre consistiría en el ejercicio incesante de la razón, desterrando las ilusiones y supersticiones propias de toda religión. Paradójicamente, la razón exigía a su vez su propia fe en sus propiedades ilimitadas y liberadoras, y daría lugar a las ideologías.

Los católicos, sin negar la fe y la gracia, sostuvieron la concepción de Tomás de Aquino de la razón como auxiliar de la fe, del libre albedrío y del valor de las obras para la salvación, siguiendo otras interpretaciones de San Pablo y de los Evangelios, y la epístola de Santiago: la fe se manifiesta en las obras, y sin ellas sería hipocresía. De acuerdo con la teoría luterana de la gracia, Dios hablaría a cada ser humano a través

de las Escrituras y cada cual podía interpretarlas sin necesidad de un aparato jerárquico, sacerdotal, que le indicase cuál era su verdadero significado. Los católicos creían en la necesidad de una interpretación autorizada y general, ya que la Biblia es un libro harto misterioso donde, por ejemplo, Yavé ordena a su pueblo elegido el genocidio de los cananeos o narra episodios muy chocantes para la moral convencional cristiana. ¿Cómo podría interpretase algo así? Pero desde el punto de vista luterano los crímenes, en definitiva, no eran tales si los subtendía la fe. A los españoles salidos de la reconquista, que encontraban el bien y el mal bastante claramente definidos por la lucha contra el infiel, y afrontaban ya directamente el poderío turco, tales concepciones les sonaban disparatadas.

Más allá de interpretaciones del cristianismo, el problema remontaba a la propia condición humana. El mito de la pérdida del paraíso por Adán y Eva describe el paso de la inocencia animal a la esfera de la moral, del bien y el mal. Aparece como una caída porque con ella el mal entra en la naturaleza humana, se vuelve constitutivo de ella. Y la observación del pasado o de la sociedad en cualquier tiempo muestra bien el crimen, la injusticia, el abuso, la opresión, el malestar difuso en la sociedad, siempre unidos a la acción humana, así como la culpa y la angustia consiguientes. Y también es observable la frecuente transformación del bien en mal y viceversa, cómo el mal de unos resulta el bien de otros, y acciones de intención bondadosa traen a veces malas consecuencias y al revés, haciendo de la experiencia humana un laberinto, etc.

La doctrina de Lutero negando valor a las obras, sostenida tal cual, solo podía exacerbar la angustia humana, pues no aclaraba si la fe subjetivamente más exaltada se correspondería

con la gracia predestinada. Calvino quiso aplacar la inquietud sosteniendo que el éxito en los negocios humanos era un indicio de predestinación salvífica. Las ideologías posteriores, ajenas a la idea del pecado original, desarrollan más bien la idea del éxito sin darle un sentido transcendente.

En todo caso, el pensamiento español, que culminaría en el Concilio de Trento, a partir de 1545, trataba de armonizar la gracia y las obras, defendía el libre albedrío y la razón, y consideraba las reformas necesarias como un medio para fortalecer la tradición y la Iglesia jerárquica y no para destruirlas. Tal había sido también la doctrina implícita en toda la lucha con el Islam, y por esas razones España se convertiría en el principal valladar frente al protestantismo. Aunque, como está claro, estos sucesos rebasan el período de la reconquista, pueden señalarse como una consecuencia de esta.

42. CONSTANTINOPLA-GRANADA-AMÉRICA Y EL FIN DE LA «EDAD MEDIA»

Como quedó indicado, la caída de Constantinopla en 1453 marcó un momento de apogeo para los otomanos, motivo de orgullo y autoconfianza para ellos y acicate para seguir acosando a los cristianos, tanto por el Mediterráneo como hacia el centro de Europa. Ya dominaban el este del Adriático e intimidaban a Hungría, al Sacro Imperio y a Italia. En 1480 conquistaron Otranto, en el extremo sureste de la península italiana, donde cometieron mil atrocidades, y solo una campaña internacional promovida por Roma permitió expulsarlos. El éxito turco resonó en todo el Islam, dando nuevas esperanzas también a los musulmanes de la Península Ibérica e incrementando la piratería berberisca. Y no tardarían mucho las galeras otomanas en hacerse presentes también en el Mediterráneo occidental, próximo a España.

Aquel mismo año eran muy poco favorables las perspectivas en España, entre guerras civiles y a punto de comenzar el desdichado reinado de Enrique IV en Castilla, y con la permanencia de la Granada mora, todavía vigorosa, según había de comprobarse. Las posibilidades de que este embrollado panorama empeorasen parecían mucho más altas que las contrarias.

Sin embargo, los Reyes Católicos iban a cambiar pronto la situación. Tenían el firme designio de culminar la reconquista, y

a ese efecto se propusieron tomar Granada de una vez por todas. Los sarracenos, sintiéndose fuertes, cometieron la imprudencia de asaltar la población gaditana de Zahara, en 1482. Aunque no escaseaban las escaramuzas fronterizas entre unos y otros, esta era una agresión mayor, y la respuesta fue un contraataque español y la ruptura definitiva de las treguas.

Comenzó así la guerra. A aquellas alturas la superioridad material y demográfica de España debería hacer fácil la conquista de un emirato relativamente pequeño. Los cristianos, aunque escasos de recursos, movilizaron unos 10.000 combatientes, llegando al doble en su momento de mayor esfuerzo, mientras que sus contrarios no debieron de pasar nunca de 10.000, incluso de la mitad hacia el final (se han dado, como de costumbre cifras mucho más elevadas, pero las anteriores, estimadas por J. García de Gabiola y otros, suenan más aceptables). Además, Granada estaba roída por las discordias: Boabdil se había hecho sultán sublevándose contra su padre Muley Hacén y su tío, llamado *el Zagal* por los cristianos. Pero pese a las ventajas aparentes para los hispanos, la contienda fue muy ardua. Los islamistas demostraron perseverancia, ayudados por una orografía propicia a la defensa. Los primeros combates resultaron adversos a los españoles, pero la suerte les sonrió al año siguiente al capturar a Boabdil. Conociendo las peleas internas de Granada, los Católicos soltaron a Boabdil previo rescate y declaración de vasallaje. Y Boabdil, una vez liberado, volvió a contender contra su padre.

La lucha siguió penosamente, con avances hispanos débiles. Después de tres años, la estrategia cristiana se orientó a ir ganando una plaza tras otra, por negociación o asedio y con fuerte artillería. Ese año, 1485, *el Zagal* se impuso su hermano

Muley Hacén y a Boabdil, y demostró ser un guerrero más hábil que ellos. Pero solo gobernaría un año. Para rehabilitarse, Boabdil volvió a atacar a los cristianos, cayó otra vez prisionero, y en un nuevo vuelco de alianzas recibió tropas hispanas para recuperar la ciudad de Granada. Con ellas y las propias expulsó a su tío, pero este aún dominaba la mayor parte del territorio y lo defendió porfiadamente. La lucha se hizo más ardua y lenta, hasta que, en 1489, el acosado *el Zagal* no tuvo más opción que rendirse y declararse vasallo de los Reyes Católicos (dos años después se refugiaría en el Magreb, y allí el rey de Fez le arrancó los ojos, a sugerencia de Boabdil, amigo del magrebí).

Restaba la captura definitiva de la capital. Boabdil debía haberla entregado, pero sus súbditos sospechaban y se le oponían, de modo que los Católicos aplicaron una política de ataques menores, combinada con diplomacia y ofertas de condiciones de rendición generosas. Hacia finales de 1491, Boabdil había aceptado entregar la ciudad, pero contra la entrega se rebelaron parte de sus súbditos, siendo sofocado el movimiento por tropas del sultán y cristianas. Y el 2 de enero de 1492, los españoles entraban en Granada. Boabdil partió con los suyos y, según la célebre leyenda, se le saltaron las lágrimas al volver la vista a la ciudad. Su madre, Aixa, le reprochó: «Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre». Tras diez años de guerra, Al Ándalus se había derrumbado definitivamente, después de casi ocho siglos de dominio menguante en la Península Ibérica.

En toda la Cristiandad repicaron las campanas en saludo y celebración de un triunfo que compensaba en parte el desastre en el Mediterráneo oriental. Dentro de los nubarrones que oscurecían el paisaje, la toma de Granada aliviaba los ánimos, no

solo por el hecho en sí, sino porque estaba tomando forma una nueva potencia cristiana contra el empuje otomano. Aquella guerra originó una considerable literatura de romances y obras seudohistóricas. Otro efecto de gran alcance fue la constitución de un bregado y nuevo ejército español, uno de los cuerpos militares más brillantes de la historia, que pronto demostraría su excelencia militar en otros escenarios.

* * *

El recobro de Granada y el conjunto de las reformas dibujaron una nación y una sociedad nuevas, y un ambiente social optimista y audaz. Los Reyes Católicos fueron conocidos como reyes de España dentro y fuera del país, pero no se llamaron así oficialmente, por la costumbre de detallar cada uno de los títulos particulares. Además, Portugal seguiría reputándose español durante largo tiempo, manteniéndose la esperanza de culminar la unión algún día. Como observa L. González Antón, no es cierto el dicho orteguiano de que «Castilla hizo España», por más que desde el siglo XIII Castilla fuese hegemónica. España era una antigua realidad política, sin la cual difícilmente habría habido reconquista. Castilla no la había iniciado y se había culminado sobre todo por unión voluntaria; y *Castilla* incluía, como hemos repetido, varios reinos distintos de la Castilla originaria.

Claro que la hegemonía cultural, política y económica castellana en el siglo XV atenuaría las diferencias regionales creadas por las circunstancias bélico-políticas de los siglos pasados; su lengua absorbería a los romances leonés, aragonés y navarro, y su uso como lengua culta y política, en muchos casos popular, se extendería por Valencia, Cataluña, las Vascongadas y Galicia (incluso Portugal), hasta conformarse como idioma

común, el español por antonomasia, sin eliminar por ello el uso del catalán, el vascuence, el valenciano, el gallego u otros en las regiones respectivas.

Del mismo 1492 data un suceso cultural de la mayor significación: la gramática castellana de Nebrija, primera de una lengua nacional europea distinta del latín, y que serviría de modelo a otras. Isabel no le concedió mucha importancia en un principio, pero en sí misma refleja la potencia cultural y política que estaba adquiriendo España, la intención de que su lengua fuera aprendida por extranjeros y súbditos de países que algunos, el propio Nebrija entre ellos, aspiraban a conquistar, haciendo de España el núcleo de un imperio, del que la lengua sería «compañera».

* * *

Aun teniendo en cuenta lo anterior, si 1492 fue un año crucial en la historia no solo española sino mundial, se debió al descubrimiento de América. Aquel fue un año milagroso para España. El relato comienza en el monasterio de La Rábida, alzado en una pequeña altura sobre las desembocaduras de los ríos Tinto y Odiel y una gran extensión de mar, bien al oeste de las «Columnas de Hércules», en un paisaje de dunas, desolado y de especial dramatismo, hoy dulcificado por la repoblación forestal y desdibujado por industrias próximas. El sugestivo lugar se llamó antiguamente Peña de Saturno y, según parece, hubo allí un altar o templete fenicio dedicado a Melkart, dios de Tiro protector de la navegación, o quizá a Baal. En tiempos de Roma lo sustituyó otro templo dedicado a Proserpina, la diosa que vivía seis meses al año bajo tierra. Más tarde había sido un monasterio almorávide de monjes guerreros, de donde le viene el nombre (ribat, Rábida), para pasar por un tiempo a los

templarios y en el siglo XIII o quizá en el XV, a los franciscanos. Un día de otoño o invierno de 1485, el marino Cristóbal Colón, con su hijo Diego, aún niño (o tal vez el padre solo), llegó en condiciones precarias al lugar, huyendo de Portugal, y allí los frailes Antonio de Marchena y Juan Pérez, aficionados a la astronomía o «estrelleros», le acogieron y se entusiasmaron con sus proyectos.

Colón era un personaje singular. No por su vida aventurera, pues había muchos así entre la gente de mar, ni por sus aficiones místicas y espirituales, sino por su magno plan: llegar a Asia a través del Atlántico cuando este océano desafiaba al hombre como una inmensidad enigmática por lo que las frágiles naves de la época preferían no alejarse mucho de la costa, por más que el uso de instrumentos ya antiguos, como el astrolabio o la brújula, esta de origen chino, permitían navegaciones en alta mar.

Quizá no llegara Colón a La Rábida en precario, sino con recomendaciones, pero lo relevante es el apoyo que halló, por primera vez. Su plan suponía una tierra no plana, como creía el vulgo, sino esférica, según pensaban los navegantes y los expertos, aun con problemas como explicar cómo andarían los antípodas cabeza abajo. Y no era solo aventurado sino con las distancias mal calculadas, y sin imaginar siquiera la existencia de un continente gigantesco, más de cuatro veces mayor que Europa, entre la costa atlántica europea y Cipango (Japón).

El proyecto tenía vertiente económica: abriría una nueva ruta comercial seguramente provechosa, pues los turcos y sus socios italianos habían monopolizado y restringido el viejo tráfico con India y China, de donde llegaban las especias, seda y otras mercancías valiosas. Los portugueses, precisamente,

buscaban otra ruta contorneando África. En la mente de Colón el interés utilitario iba mezclado, o más bien supeditado, al religioso de evangelizar aquellos territorios y dar con la tierra del «Preste Juan», rey sacerdote de un legendario país cristiano aislado por la marea islámica, que tal vez correspondiese a Etiopía; también contaba la expectativa de encontrar el Paraíso terrenal y ayudar de un modo u otro a recuperar Jerusalén, ambición mística y casi obsesiva en Europa, que había movido a varios reyes, emperadores y masas populares a cruzadas concluidas en costosos y cruentos fracasos. En su *Libro de las profecías*, Colón indica que «había de salir de España quien había de reedificar la casa de Sion», en referencia a sí mismo, pues creía profético su nombre, Cristóbal «el que lleva a Cristo». Una Sion cristiana.

De primera intención, Colón había ido con su proyecto al rey de Portugal, Juan II, dado que su país era entonces el más avanzado en exploraciones africanas y progresaba sistemáticamente hacia el sur atlántico. Los consejeros del rey estimaron, con acierto, que el futuro almirante erraba en sus cálculos, pues las distancias a recorrer debían ser mayores, y en definitiva excesivas. Por algún asunto oscuro, Colón debió huir de Portugal y buscar refugio en España. Los monjes de La Rábida y la abadesa del convento de Santa Clara, en Moguer, Inés Enríquez, tía de Fernando, le respaldaron y en 1486 pudo exponer su plan a los monarcas. Los expertos castellanos dictaminaron en contra, como los portugueses, y además las exigencias de Colón en títulos y dinero sonaban desmesuradas. No obstante Isabel se interesó, por más que la campaña de Granada absorbía su atención y recursos. Cansado de aguardar, Colón volvió a probar suerte en Portugal en 1488, sin resultado

porque Bartolomé Díaz había llegado al extremo sur de África, abriendo por fin la ansiada vía al Índico. La ruta propuesta parecía muy incierta y Portugal no tuvo reparo en cedérsela a su vecina. Colón, a través de su hermano Bartolomé, también buscó patrocinio en Inglaterra y Francia, sin éxito.

En 1491 una nueva junta de expertos castellanos rechazó el proyecto, pero Fernando lo hizo consultar a Hernando de Talavera, confesor de Isabel, de familia conversa, y a Diego de Deza, futuro Inquisidor general, que apoyó estrechamente a Colón, interesando de paso al cardenal Mendoza. Con ello, el proyecto se abrió paso, máxime cuando el valenciano Luis de Santángel, de origen converso como Talavera, ofreció adelantar de su peculio un millón largo de maravedíes, la mitad del dinero preciso, pues la guerra de Granada había vaciado las arcas reales. Se ha dicho que la empresa fue solo castellana, pero en ella intervinieron no menos decisivamente el rey Fernando y otros personajes de Aragón, por lo que fue conjunta, precisamente española, si bien con predominio castellano. Colón reclamaba el título de virrey de las tierras a descubrir, un título a su vez de origen catalán. Por fin, el 17 de abril de 1492, en las capitulaciones de Santa Fe, los reyes acordaron la inmediata puesta en marcha. Colón obtenía el título de virrey y almirante de la mar océana, equivalente al de almirante de Castilla, con un 10 por ciento del beneficio de las operaciones mercantiles en los nuevos territorios (el quinto, un 20 por ciento, para la corona) y otras ventajas.

La expedición debía organizarse en Palos de la Frontera, pero allí no pensaban cumplir la orden regia, y fueron los hermanos Pinzón, marinos muy avezados, quienes reclutaron la tripulación, unos noventa hombres, y aportaron dinero. El 3 de

agosto zarpaban dos carabelas, *Pinta* y *Niña*, capitaneadas por los Pinzón, Martín Alonso y Vicente Yáñez, y la nao *Santa María*, por Colón. Tras hacer escala en la isla canaria de La Gomera se internaron por el mar desconocido. La navegación seguía una rutina religiosa: al amanecer un grumete entonaba un canto piadoso y todos rezaban, y al anochecer volvían a orar y cantaban el *Salve Regina*. Las muchas singladuras sin ver tierra y la inseguridad del objetivo motivaron un conato de motín en la *Santa María*, abortado en ciernes por la energía de Martín Alonso. La historia ha hecho poca justicia a los hermanos Pinzón, que jugaron un papel de primer orden en el descubrimiento; y Vicente Yáñez sería luego el primero en llegar al río Amazonas.

El 12 de octubre, dos meses largos después de dejar Palos, la expedición avistó tierra en las islas Bahamas, de las que tomó posesión en nombre de los reyes. Siguieron explorando, descubrieron Cuba, que tomaron por tierra continental, y una gran isla a la que llamaron La Española. En esta embarrancó la *Santa María* y con sus restos montaron un fuerte, primer asentamiento español en América.

A finales del año emprendieron el regreso, muy accidentado por las tormentas, yendo a parar la *Pinta* a Bayona de Galicia, el 1 de marzo, y la *Niña*, mandada por Colón, a Lisboa, donde el almirante se libró por poco de ser apresado o asesinado. El 15 de marzo volvieron las dos carabelas a Palos, donde murió a los pocos días Martín Alonso, y en abril fue Colón a Barcelona a dar a los reyes cuenta de sus descubrimientos.

Colón realizó tres viajes más terminando el último en 1504; en ellos amplió la exploración por el mar de las Antillas y las actuales Venezuela, Colombia y América central. Creía estar en

las Indias y no en un «nuevo mundo».

Son de sobra conocidos los problemas y conflictos de Colón acusado de gobierno tiránico y brutal en las nuevas tierras. E ignorado el origen de él mismo, dado que ni él ni los reyes pusieron empeño en aclararlo, más bien al contrario, se le han atribuido, de modo puramente especulativo las patrias más diversas, desde Grecia a Noruega, pasando por Galicia, Baleares o Cataluña, o la condición de judío, siendo la versión más común su cuna genovesa, como parecen probar algunos documentos y alusiones. Sin embargo, esta atribución resulta también difícil por diversas causas que no vienen aquí al caso. Como fuere, la empresa fue española, él escribió en español con algunos lusismos y sin italianismos, escribió muy escasas palabras en un italiano deficiente y obró con patriotismo hispano. Si nació fuera de España se naturalizó prácticamente en ella.

Como sabemos, desde la Guerra de los Cien Años Castilla se había convertido en una gran potencia naval en el Atlántico, especialmente en el golfo de Vizcaya, y también en el Mediterráneo, por lo que el descubrimiento de América entra en una tradición. E iban a continuar las empresas navales más extraordinarias de la historia humana, con nuevos descubrimientos, travesía del Pacífico, primera vuelta al mundo, establecimiento de relación y rutas comerciales por mar entre todos los continentes habitados. Si se pregunta en cualquier lugar, incluida España, a qué nación cabe atribuir primacía en la historia naval del mundo, probablemente se señalará Inglaterra, pero resulta mucho más veraz atribuirla a la España salida de la reconquista. Los ingleses solo prosperaron en el mar sobre los descubrimientos, cartas náuticas y experiencia de los españoles.

También en el plano militar suele recordarse el fracaso de la Gran Armada en 1588 y no la derrota, mucho más desastrosa, de los ingleses en su Contraarmada al año siguiente. Los reveses infligidos a la piratería y la marina militar inglesa hasta principios del siglo XIX no fueron menos duros que los contrarios, sin contar la lucha en el Mediterráneo contra los turcos.

Por alguna razón algo sospechosa, habitualmente se estima la caída de Constantinopla como el hito que separa la llamada Edad Media de la Edad Moderna. Sin embargo, aquel suceso, con toda su enorme repercusión, constituyó una tremenda derrota europea, menguó el comercio con el oriente asiático, repercutió algo en el Renacimiento italiano y señaló un apogeo del poder turco que condicionaría la evolución del continente. Pero esos efectos se agotarían en poco más de un siglo y medio. Por el contrario, el descubrimiento de América no solo fue una victoria absolutamente sin precedentes para la Cristiandad, estimulante de una multitud de hechos culturales y económicos, sino que cambió la concepción general y conocimiento del mundo y abrió procesos históricos de la mayor envergadura, cuyas consecuencias duran con fuerza creciente hasta hoy mismo. En España ese descubrimiento, conjugado con la reconquista de Granada y la conversión de España en gran potencia capaz de lidiar con los turcos y con Francia, siempre se consideró el gozne entre las dos edades. Y ello parece mucho más razonable a todos los efectos que el empeño en situarlo en el fin del Imperio bizantino.

* * *

Con la toma de Granada culminaba la reconquista en cuanto a la expulsión del Islam, pero no en la vertiente política

de restauración de la unidad nacional anterior a la invasión de Tárik y Muza, pues dos reinos, Portugal y Navarra, quedaban al margen. Fernando e Isabel persiguieron con enorme tesón ese objetivo. Por el tratado de Alcáçovas la primogénita de los reyes, Isabel de Aragón, quedó comprometida con Alfonso, el príncipe heredero de Portugal ambos niños todavía. La boda, meramente política como todas las de su estilo, se efectuó en 1490, en plena guerra de Granada, ella con diecinueve años y él con quince, y al parecer se enamoraron realmente. Pero el idilio duraría poco, pues al año siguiente Alfonso fallecía por una caída de caballo. Isabel, tremendamente afectada, se retiró a un convento renunciando a un segundo matrimonio. Contra su decisión, sus padres insistieron con perseverancia para que aceptase un nuevo matrimonio político con el nuevo rey portugués Manuel I. Ella terminó aceptando, aunque muy deprimida, y seis años después de muerto Alfonso contraía segundas nupcias. Por entonces murió Juan, único hijo varón de los reyes, con diecinueve años, quedando Isabel heredera de la corona, con lo que la unión con Portugal se hacía posible. La pareja tuvo pronto un hijo, en agosto de 1498, a quien llamaron esperanzadamente Miguel de la Paz, pero Isabel falleció del parto y el niño vivió menos de dos años, frustrándose así una operación política de vasto alcance.

No obstante, los monarcas persistieron en el designio de unirse con Portugal, y en 1500 Manuel volvió a casarse con otra hija de los Reyes Católicos, María, cuya sucesión terminaría dando derechos a Felipe II ochenta años más tarde. Con Felipe II se conseguiría la unidad peninsular, pero esta duraría solo sesenta años: ciertas diferencias entre las dos naciones se habían asentado demasiado y Francia y sobre todo Inglaterra, estaban muy interesadas en debilitar a España, por lo que apoyaron

decisivamente la secesión portuguesa, que se haría definitiva un siglo y medio después de la victoria sobre Boabdil. La integración de Navarra, en cambio, se produciría solo veinte años después de Granada.

43. ESPAÑA EN EUROPA, RIVALIDAD CON FRANCIA Y COMIENZO DEL SIGLO DE ORO

Se ha dicho que la reconquista había creado una «sociedad de frontera» y por tanto una «sociedad para la guerra». Es difícil decir si en aquellos siglos hubo más guerras en la península o en la Europa transpirenaica, la competencia será en todo caso muy reñida. Más cierta parece la sociedad de frontera, con sus ventajas y desventajas, pero debe relativizarse el aserto: conforme la frontera iba descendiendo hacia el sur, quedaban al norte muy extensas regiones que ya no eran de frontera y podían vivir con menos emociones fuertes y otros modos de vida. Hasta los Reyes Católicos, los estados españoles habían permanecido un tanto absorbidos o ensimismados por su empresa clave contra Al Ándalus, y por las pendencias entre ellos, participando de modo marginal en los asuntos de allende los Pirineos. Un ensimismamiento relativo pues no deben olvidarse las empresas de la corona de Aragón en el Mediterráneo sin la acción de Castilla en el Atlántico.

Pero si España ejerció un influjo débil más allá de los Pirineos, en cambio recibió del exterior constantes influencias que la incorporaban, con muchas particularidades, a las corrientes generales europeas, como la del románico, el gótico, las universidades o el humanismo renacentista. El origen de estos movimientos fue principalmente Francia, que, primero en Borgoña y después en París, se hizo por largo tiempo el mayor

foco intelectual, y en un sentido más amplio cultural, de Europa del oeste. En el siglo XV el mismo papel correspondería a Italia.

Como ya señalamos, el peso cultural franco y francés no estorbó a la reconquista mientras España la asimiló, pero la perjudicó, sobre todo políticamente, cuando en vez de ser asimilada desplazó a los elementos culturales propiamente hispanos y promovió la secesión de Portugal y de Navarra. Pues hay una diferencia entre asimilar y ser asimilado. En estos efectos pesó mucho el poderío político de Francia, que periódicamente alcanzaba hegemonía en el centro-oeste del continente. Italia, en cambio, y con dolor patriótico de sus humanistas, carecería de unidad nacional y de peso político exterior que completase su magnífica eclosión de alta cultura; y a ese respecto su influjo sobre España no tendría los costes de los anteriores. Máxime cuando España pasaría en el siglo XV del relativo ensimismamiento a condicionar decisivamente en los destinos europeos y aun mundiales proyectándose poderosamente a través de los océanos Atlántico y Pacífico.

* * *

En aquel siglo se delimitaron más las tres Europas, del este, centro y oeste, esta última la hemos definido como la de las naciones, por contraste con las de los imperios. En la parte más oriental, los imperios en formación ruso, polaco, lituano y húngaro, apenas tenían relación comercial, política o intelectual con España, más allá de la común profesión del cristianismo, diferenciado el ortodoxo de la mayoría de los eslavos. La declaración de Moscú como tercera Roma solo afectaba en el plano retórico siendo España, aunque no Rusia, hija de aquel antiguo Imperio romano llegado a su fin en Constantinopla. Por lo demás había un nexo que se haría más y más preciso: la

amenaza turca sobre Hungría, en menor medida sobre Polonia y Lituania, que también afectaba al Sacro Imperio en su parte austríaca y a España.

La Europa ultrapirenaica se había venido desarrollando en tensiones fuertes y a menudo bélicas entre el Sacro Imperio, Francia e Inglaterra, siendo Italia más bien escenario que no agente en ellas. El Imperio había ido perdiendo más de un tercio de su superficie original y era una construcción extraña, en la que los emperadores gobernaban de modo real solo sus territorios propios, centrados en Austria, mientras el resto funcionaba a base de pequeños estados prácticamente independientes, aunque el conjunto podía reunir fuerzas temibles en caso de urgente necesidad. La elección de los emperadores dependía en gran medida de la capacidad de los aspirantes para sobornar a los príncipes electores. En los años ochenta estalló la guerra de Austria con Hungría, en la que los húngaros llegaron a tomar Viena, ocupando Austria hasta 1490. Por las fechas en que «Granada era ganada», el Imperio parecía al borde de la desintegración; pero en 1495, la Dieta (parlamento nobiliario) de Worms, acordó algunas reformas a fin de mantener cierto grado de unidad. No cambiaron esencialmente la estructura anterior, pero evitaron un derrumbe.

Más al norte, el Báltico era un escenario político y económico propio, dominado de tiempo atrás por la opulenta y enérgica Liga Hanseática, compuesta de ciudades comerciales alemanas en continuo enfrentamiento con la escandinava Unión de Kalmar, hegemonizada por Dinamarca. Las actividades de la Hansa se extendían al mar del Norte, es decir, a Inglaterra y Países Bajos. Su incidencia sobre España era escasa, aunque en algún momento las rivalidades comerciales habían causado una

batalla en que las naves castellanas desbarataron a las de la Hansa e inglesas. Hacia finales del siglo tanto la Hansa como la Unión de Kalmar sufrían una crisis terminal, culminada en las primeras décadas del siglo XVI, aunque la agonía de la Hansa se prolongaría aún hasta el siglo XVII como una sombra del viejo esplendor. También se encontraba en decadencia la Orden Teutónica, embrión de Prusia, después de su derrota de Grunnwald o Tannenberg frente a los polacos y los lituanos, en 1410; batalla de la mayor transcendencia en la historia polaca. El declive teutónico se arrastraría penosamente aún durante algo más de un siglo. Para los vencedores la batalla constituyó un hito histórico que abocaría un siglo y medio más tarde a la Confederación polaco-lituana, un imperio extendido del mar Báltico al Negro y en conflicto con Rusia.

Estos sucesos, obviamente quedaban muy lejos de España, pero no deja de ser llamativa la diferencia de ciclo, de integración y auge para España y de desintegración para las fuerzas hasta entonces tan potentes y prósperas de en torno al mar Báltico.

Mucho más cerca caían a España los conflictos y evoluciones de la Europa más occidental. A lo largo del siglo, Inglaterra había terminado derrotada por Francia y sumida a continuación en una muy larga guerra civil de la que solo había salido en 1487, cuando se acercaban en España el fin de Al Ándalus y el descubrimiento de América. Y Francia había estado muy cerca de quedar dividida en dos o incluso bajo poder inglés, aunque al final se había recompuesto e incrementado con rapidez su potencia. Italia se hallaba dividida en quince estados distintos, ente repúblicas —las principales las de Génova, Venecia y Florencia—, más los ducados de Milán y Saboya, y los reinos de

Sicilia, Nápoles y Cerdeña, aparte de los estados pontificios y otros menores. Las continuas reyertas, alianzas y contraalianzas entre unos y otros, en particular las contiendas de Lombardía, y el temor a la vecindad de los otomanos habían propiciado el tratado de Lodi, en 1454, cuyo objetivo era asentar un equilibrio de poder entre los distintos estados, reconociéndose las fronteras de cada uno. El tratado aminoró los conflictos, pero no los eliminó, y uno de sus principales actores en discordia fueron los papas, que se conducían exactamente como los demás príncipes renacentistas.

* * *

En tal panorama, las nupcias secretas de los príncipes Fernando e Isabel en 1469, pronto conocidas, causaron conmoción internacional. Francia temió la formación de un poderoso estado castellano-aragonés, por sus posibles consecuencias en Navarra e Italia, sobre las que el monarca francés tenía ambiciones. Y Portugal por sus propias aspiraciones con respecto a Castilla y por el fortalecimiento de un estado potencialmente hostil. De momento aquellos temores no tuvieron mucha repercusión, excepto la implicación portuguesa en la guerra por la sucesión castellana; pues Fernando e Isabel debieron concentrarse en afrontar los graves problemas internos y luego en la ofensiva contra Granada. Mas todo cambió en los años noventa.

Por entonces se produjo un cambio transcendental en la política española, que ya no será de Castilla o de Aragón. Tradicionalmente Castilla había tenido pocos roces con Francia, más allá del disgusto popular con los prepotentes franceses instalados tiempo atrás en cargos clave del país; y en la Guerra de los Cien Años se había aliado con el vecino del norte contra

Inglaterra, a la que había golpeado seriamente en el mar. Por el contrario, Aragón, sobre todo la parte catalana, había sostenido largas pugnas con los franceses. Estos habían expulsado a Aragón del sur de Francia y retenían los condados catalanes de Rosellón y Cerdaña, mientras que los aragoneses habían expulsado a Francia de Sicilia y Nápoles. Fernando, como soberano de Aragón, recogió la herencia aragonesa, aunque sería Castilla, mucho más fuerte, quien llevara el peso de la acción. La rivalidad con Francia iba a caracterizar la política europea de España durante más de dos siglos, y uno de sus efectos, entrado el XVI, sería la victoria del catolicismo frente al protestantismo en el país ultrapirenaico.

Por sí sola, Francia, superaba demográfica y económicamente a España. Su población quizá triplicaba la española y su suelo era mucho más fértil y llano, fácil de cultivar frente a la montañosa y más seca Península Ibérica, en un tiempo en que la agricultura constituía la base de la riqueza de los países. Por tanto, disponía de más recursos y reservas, y se había dotado de un fuerte ejército, modernizado con una excelente artillería que le había dado la victoria sobre los ingleses. Como enemigo resultaba en extremo peligroso. Por ese motivo la estrategia de los Reyes Católicos buscó envolverlo y neutralizarlo mediante una diplomacia de alianzas, casando a sus hijas con los herederos del Sacro Imperio y de Inglaterra. Así, en 1496 su hija Juana fue casada con el borgoñón de la casa de Habsburgo Felipe *el Hermoso,* primogénito del emperador Maximiliano. Otra hija, Catalina de Aragón, contrajo matrimonio en 1501 con el Príncipe de Gales Arturo, el heredero inglés.

Con estos enlaces, España se aseguraba en principio el apoyo

o la neutralidad de estos países, estableciendo un cerco en torno a Francia, que debía facilitarle mejores bazas en la contienda que estalló muy pronto por Italia.

España reivindicaba los condados de Rosellón y Cerdaña, cedidos provisionalmente por Juan II a cambio de un préstamo, y a causa de ello había habido una guerra. Pero Fernando quería evitar el encontronazo y solventar el asunto por las buenas y con las buenas artes del cardenal Mendoza, los dos territorios fueron devueltos.

El acuerdo fue posible por otra razón de peso. El papa Inocencio VIII había invitado al monarca francés Carlos VIII a hacerse con el reino de Nápoles, entonces en manos de Fernando I, hijo de Alfonso el Magnánimo de Aragón, y por tanto pariente del Católico. Carlos preparó con cuidado la invasión, poniendo en pie un nutrido ejército provisto de medios de asedio y de una artillería muy reforzada. Su intención oficial era utilizar Nápoles como base contra los turcos y para reconquistar Tierra Santa. Los preparativos incluyeron la negociación de treguas con Inglaterra y el Sacro Imperio, a fin de evitar que estos le atacasen por la espalda. La devolución de Rosellón y Cerdaña fueron parte de esas negociaciones, a cambio de que el Católico permaneciera neutral, excepto en el caso de que el papa resultase agredido por los franceses.

Inocencio, fallecido en 1492, poco antes de la partida de Colón, admitió la persecución de las brujas, revocando una decisión eclesiástica que siglos antes condenaba la creencia en brujas y a sus perseguidores, tachados de herejes. Como sabemos, la Inquisición española siguió más bien aquellas antiguas y razonables normas en vez de las de Inocencio. Sucedió a este Alejandro VI, el Rodrigo de Borja que tanto

había hecho por la unión de Isabel y Fernando. Alejandro resultó un mecenas espléndido, para quien trabajaron Miguel Ángel, Bramante, Rafael y otros grandes artistas; y asimismo reformó en buen sentido la curia, promocionó la enseñanza y acogió a unos miles de judíos expulsados de España. Era también un excelente conversador y argumentador, y poseía atractivo para las mujeres, que no se privaba de ejercer. También en lo demás se condujo como un típico príncipe renacentista: corrupto, nepotista, lujurioso, con varias amantes e hijos, siendo acusado de otros mil vicios, incluido el incesto, de lo que no hay pruebas. Y no tenía escrúpulos en azuzar discordias entre otros príncipes y cambiar de alianzas por puro oportunismo. Parte de su mala fama le fue creada por su encarnizado enemigo y sucesor Julio II. A su muerte, un epitafio de un poeta checo lo tildaba de intrigante fomentador de querellas, capaz de perturbar el mismo infierno si este cometía el error de acogerlo.

Alejandro mantuvo la invitación a Carlos de Francia, supuestamente para atacar a los turcos, y admitió el tránsito de su ejército por los estados pontificios. Carlos marchó en 1494 con 25.000 hombres, de ellos 8.000 reputados mercenarios suizos capaces de desbaratar con sus largas picas a la caballería pesada. Su avance iba siendo un triunfal paseo militar que volatilizaba los equilibrios de poder de Lodi. Se alarmaron los príncipes italianos, el Sacro Imperio y desde luego Alejandro, pues, entre otras cosas Carlos había hablado de deponerle por simonía, acusándole de haber comprado el papado con sobornos. Desesperado, Alejandro buscó alianzas incluso con los otomanos, que no resultaron. Al entrar Carlos en Roma, el papa se mostró tan agradable y obsequioso que el francés renunció a su intención. Y tan pronto Carlos partió hacia Nápoles, su

supuesto amigo forjó una Santa Liga contra él entre varios estados italianos, el Sacro Imperio y el propio Fernando el Católico. Este adujo que el ataque al Papa, considerando además a Nápoles vasallo de Roma, era motivo para romper el tratado que le había facilitado la devolución de Rosellón y Cerdaña; y desconfiando del pretexto francés de la ofensiva antiotomana, recordó que como monarca de Aragón tenía derechos en Nápoles, acerca de los cuales debía resolver Alejandro… cuya decisión ofrecía pocas dudas. Comenzó así la guerra de Italia, primera de las que iban a enfrentar a España y Francia durante sesenta y cinco años casi siempre con victoria hispana.

Carlos dejó en Nápoles un gobierno profrancés y volvió a su país, librando en el camino una batalla indecisa contra la Liga. Los reyes de España reunieron una flota en el Cantábrico al mando del almirante catalán Galcerán de Requesens, y enviaron a Italia a 7.000 hombres dirigidos por Gonzalo Fernández de Córdoba. Este se había distinguido en la campaña de Granada, donde Isabel, con excelente tino para distinguir las cualidades de sus colaboradores, le dio cargos sobre otros que tenían precedencia burocrática. Tras la victoria francesa de Seminara, en la «bota» italiana frente a Sicilia, el Gran Capitán dispersó sus tropas en una guerra de guerrillas y las organizó con piqueros y arcabuceros. El arcabuz, entonces en sus comienzos, tenía poco alcance, era lento en la recarga y de manejo peligroso, pero Fernández distribuyó a los tiradores en tres filas sucesivas que disparaban y cargaban alternativamente, logrando una alta cadencia de fuego. Los italianos llamaron a Fernández *el Gran Capitán* apodo que le quedaría ya.

En combinación con las naves de Requesens, el Gran Capitán obligó a los franceses a retirarse al cabo de tres años y

libró a Roma del bloqueo impuesto por un corsario al servicio de Francia, que se jactaba de no ser francés, sino español y vizcaíno. Una vez en Roma, Alejandro VI osó expresar quejas de los españoles, replicándole el Gran Capitán con brusquedad que más le valdría cambiar sus escandalosas costumbres.

* * *

Más o menos por las mismas fechas en que terminaba la primera guerra de Italia se publicaba *La Celestina* o *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, atribuida a Francisco de Rojas; una de las obras magnas de la literatura universal y comienzo del llamado Siglo de Oro de la cultura española, que se prolongaría hasta bien entrado el siglo XVII. Cierto que ya se habían producido en el siglo XV obras tan notables como las *coplas* de Jorge Manrique o el *Tirant lo Blanch*, de Joanot Martorell, quizá el mejor libro de caballerías, junto con el bastante anterior *Amadís de Gaula*, aunque muy distinto de este. Los libros de caballerías se harían enormemente populares en España y algo menos fuera. Parecen combinar elementos del tema de Bretaña y de relatos bizantinos, y su culminación, entre melancólica y sarcástica, será el *Quijote*. Pero dejando este último aparte, *La Celestina* alcanza ya otra dimensión. En ella están descritos con intensidad que no impide un leve toque irónico, dos formas de pasión amorosa, la poética y propiamente humanizada de Melibea y la casi puramente carnal y algo animalesca de Calisto, cuya conjunción termina en la muerte vulgar del amante y el suicidio de Melibea. Con la misma intensidad se refleja la angustia desesperada de Pleberio, padre de Melibea, ante los golpes de un destino de intención inescrutable; o las artes brujeriles de «la puta vieja» Celestina, cuya avaricia y discurso miserable —y sin embargo muy agudo

— arrastran a la tragedia para sí y para sus cómplices; o la cháchara justificadora propia de los bajos fondos, pues todo el mundo necesita justificar sus actos.

El argumento viene a ser: Calisto encuentra casualmente a Melibea y se enamora de ella, pero ella le rechaza con duras frases. Los dos son nobles. Ella es culta e ingeniosa, y parece percibir claramente el carácter de Calisto. El mancebo parece volverse loco y amenaza matarse, pero su criado Sempronio le propone recurrir a los servicios de la vieja alcahueta Celestina para seducir a Melibea. Celestina tiene en su casa un pequeño burdel con una ramera joven, Elicia, liada con Sempronio, que quiere compartir con Celestina las ganancias que extraerán a Calisto por su «trabajo». A partir de ahí los hechos siguen una lógica impuesta por las pasiones y caracteres de los protagonistas. Otro criado de Calisto, Pármeno, es corrompido por Celestina, que le ofrece trato sexual con la prostituta Areúsa, y termina entrando en el negocio.

Mediante tretas y magia, Celestina parece lograr que Melibea se enamore de Calisto, aunque en realidad la joven, bajo su desdén inicial, ya se había sentido atraída por él y aprovecha la ocasión que le brinda la alcahueta. A esta, aunque muy sagaz, la codicia le pierde. Los dos cómplices van de madrugada a su casa a reclamar su parte y al negársela ella, la asesinan. Los gritos y estruendo atraen a los guardias, Pármeno y Sempronio saltan por una ventana y se descalabran, siendo capturados y decapitados por la mañana. Calisto ve su honor arruinado, pero está citado en el huerto de Melibea la noche siguiente, y allí va con otros dos criados. Las amantes de los dos ejecutados intentan vengarse y contratan a un rufián, Centurio, para que mate a Calisto cuando vaya a la cita. Centurio piensa

engañarlas, concertando con unos amigos un alboroto que le justifique y permita huir al enamorado. Pero el resultado será otro. Calisto, creyendo que sus criados son atacados, deja a Melibea para socorrerles, y con las prisas y la oscuridad cae de cabeza de lo alto del muro y se mata. Melibea, desesperada, sube a la torre de la casa y se tira de ella. La obra termina con la lamentación de Pleberio, padre de Melibea, mientras la madre de esta, Alisa, parece que muere de la impresión.

En una obra literaria o más en general artística, hallamos al menos tres planos: el estético-moral, el social-histórico y el técnico. Los dos últimos, más concretables, suelen atraer el análisis. La técnica artística, en este caso el género (tiene algo de novela y de obra teatral, sin ser una ni otra), los recursos literarios, las influencias, etc., muestran notable originalidad. Y reflejan ciertos conflictos y peculiaridades de la sociedad del momento, centrando un enfoque muy en boga a partir del marxismo. Pero el valor real de una obra no depende ante todo de sus habilidades expresivas, pues quedaría en puro artificio, ni de su visión de la sociedad del momento, pues apenas podría ser apreciada o entendida en otra sociedad o época. *La Celestina*, como obra grande, traspasa las épocas y las sociedades y va al meollo del destino humano. Rojas, consciente de ello, la elogia como un libro «jamás en nuestra castellana lengua visto ni oído», destacándolo sobre los italianos, pues no procedía «de las grandes herrerías de Milán» sino de «los claros ingenios de doctos varones castellanos». Y declara ufano cómo la sutileza y brillantez del trabajo da pie a muchas interpretaciones, otro rasgo de una obra lograda.

La ética y la estética mantienen entre sí relaciones oscuras pero ciertas, no muy desemejantes de las existentes entre ética y

religión. Parte del valor de *La Celestina* proviene de los caracteres, tan individualizados y tratados con penetración; o de episodios como las últimas palabras de Melibea a su padre y la desolación de este, tan conmovedoras, aun si para el gusto actual puedan sonar algo retóricas. Otra escena de poderosa sugestión es la del último encuentro de los amantes. Melibea viene cantando quedamente en la oscuridad, unidos el ansia de placer y el sentimiento poético:

> Mira la luna, cuán clara se muestra. Miras las nubes, cómo huyen. Oye la corriente de esta fuentecilla, cuánto más suave murmullo lleva por entre las frescas hierbas. Escucha los altos cipreses cómo se dan la paz unos ramos con otros por intercesión de un templadico viento que los menea. Mira sus quietas sombras, cuán oscuras están, y aparejadas para encubrir nuestro deleite.

Su última observación encierra un augurio inconsciente, pues el ciprés simboliza la muerte y a ella saludan cuando se «dan la paz».

La poesía se trunca de pronto por los celos, al reprender a su criada Lucrecia que, ayudando a Calisto a quitarse la armadura, lo abraza en demasía: «¿Tórnaste loca de placer? Déjamele, no me le despedaces». Y aún más cuando reprocha a Calisto, mientras se rinde a él: «Tus honestas burlas me dan placer, tus deshonestas manos me fatigan cuando pasan de la razón. Deja estar mis ropas en su lugar»; para obtener la zafia respuesta: «Quien quiere comer el ave, quita primero las plumas». Quizá hay ahí una parodia del amor cortés, pero zafiedad y elevación se complementan para crear un clima al mismo tiempo chocante y moral.

El relato roza a veces la pornografía, sin llegar a chabacano. La alternancia constante entre lo trágico y lo cómico, lo poético y lo vulgar, la parodia y la reflexión moral, el lenguaje elevado y el soez, la pasión amorosa y la atracción del dinero, funciona de tal modo que ningún elemento destruye al otro, manteniendo

un original equilibrio. Por la mezcla de pasión física y nobleza de espíritu, Melibea aprecia en Calisto cualidades ilusorias, sin por ello quedar por necia. Calisto parece más bien un apuesto chisgarabís encaprichado y de cierta bajeza (su recurso a Celestina lo define). Su muerte debida a un error de percepción o quizá a un hastío momentáneo tras satisfacer su deseo con Melibea, carece de tono heroico o trágico, en contraste con el final de su amante.

Todos los personajes, salvo Melibea (y su familia) conciben el amor como ansia egoísta de goce. «Todas las cosas son creadas a manera de contienda o batalla», explica Rojas en el prólogo. El amor es también contienda, y crea un ambiente sórdido, plagado de pendencias y engaños entre quienes se pretenden amigos o benefactores. Pero ello no les impide, destacadamente a Celestina, perspicacia para penetrar en la psique ajena, en sus puntos flacos y en los intereses verdaderos bajo la retórica; ni razonar y defender su propia causa y supuesta dignidad, invocando incluso la religión. Y así invierte los valores en una constante ironía grotesca y cómica que construye un mundo al revés. Tiene algo común con la tragedia griega, cuyos héroes explican y justifican racionalmente sus motivos que, sin embargo, los conducen al desastre. Pero aquí el desastre procede, excepto en Melibea, de la insinceridad esencial de sus discursos: viven una farsa, y la argucia ingeniosa no les saca de una existencia ruin.

Celestina, el gran modelo, lo aclara al seducir a Pármeno prometiéndole los favores de Areúsa. La finada madre de Pármeno, amiga y maestra de Celestina, le había abandonado de niño y él se había criado un tiempo con la misma Celestina; pero había conservado una inteligencia y honradez esencial. La

alcahueta le cuenta hazañas de picaresca y brujería de su madre que disgustan al muchacho, el cual pregunta si las dos eran cómplices cuando la justicia había prendido a Celestina: «Juntas lo hicimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, juntas nos dieron la pena esa vez». Cosa sin importancia, indica ella, porque «son cosas que pasan por el mundo. Cada día verás quien peque y pague, si sales a ese mercado». «Verdad es —replica el mozo—pero del pecado lo peor es la perseverancia; que así como el primer movimiento no está en la mano del hombre, así el primer yerro; donde dicen que "quien yerra y se enmienda", etc.». La respuesta de Celestina da la clave de toda la obra. Dice para sí: «Lastimásteme don Loquillo. ¿A las verdades nos andamos? Pues ahora espera, que yo te tocaré donde te duela», y en voz alta insiste:

> Hijo, digo que sin aquella prendieron cuatro veces a tu madre, que Dios haya, sola. Y aun la una le levantaron que era bruja (…). Y mira en qué poco lo tuvo por su buen seso, que ni por eso dejó en delante de usar su mejor oficio (…). En todo tenía gracia; que en Dios y en mi conciencia…

La parodia es magnífica. Nada más inconveniente en la vida que «andarse a las verdades». Como llorará Pleberio ante el cadáver de su hija, el mundo se presenta como «un laberinto de errores».

Sería erróneo ver en *La Celestina* una descripción de la sociedad, extendida a toda ella. La literatura tiende a fijarse en los extremos y a menudo en lo insólito, y de ahí extrae implicaciones psicológicas y morales en que todos pueden reconocerse en mayor o menor medida, aunque no las compartan en la práctica. Precisamente en ese punto resalta la mayor falla de verosimilitud de la *Tragicomedia*, Calisto y Melibea: ambos pertenecían a la misma clase social, sus familias se conocían y no aparecen obstáculos a que sus amores se

encauzasen al matrimonio, como normalmente ocurría, evitándose así la tragedia. Que Melibea afirme preferir ser «buena amiga que mala casada» no cambia nada en el contexto. Una posible buena interpretación la expone Enrique Baltanás: para Calisto se trata de una conquista parecida a un trofeo de caza, y ella termina dejándose llevar yaciendo ahí la lógica de la historia. O acaso sirva aquí el enigmático o burlón comentario de Helena de Troya: «Zeus nos dio mala suerte, a fin de que sirvamos a los hombres venideros de tema para sus relatos».

Por lo demás, el libro está escrito cuando Colón realizaba su tercer viaje a las Indias, progresaba una reforma para elevar el nivel cultural y moral del clero, menudeaban los conflictos con moriscos y conversos, y con los franceses en Italia… nada de lo cual refleja la obra, como de otros muchos sucesos. Aquella vitalista sociedad estaba generando numerosos personajes extraordinarios en la política, las letras, las armas, el pensamiento, la navegación, el arte. El propio autor de *La Celestina* y el vigor creativo de su obra también reflejan el espíritu del tiempo, siempre contradictorio.

44. CULMINACIÓN DE LA RECONQUISTA

Si la *Tragicomedia* no retrata al conjunto de la sociedad, la propia vida de su autor, aun conocida muy sumariamente, proporciona bastantes indicios y señales para entender el espíritu de su tiempo. Nació en la Puebla de Montalbán en torno a 1474, y hacia los quince años de edad fue a estudiar a la Universidad de Salamanca, que debía de contar con unos cinco o seis mil estudiantes. Allí pasaría una primera etapa obligatoria de tres años en la facultad de Artes, con estudios de Aristóteles y sus comentaristas, de latín y retórica, y probablemente de escritores griegos y romanos (La *Tragicomedia*, como tantas obras de la época, está repleta de referencias y erudición clásica, no menos que de refranes populares). Después hubo de inscribirse en la prestigiada facultad de Derecho, otros seis años preceptivos de severos estudios, después de los cuales debía ocuparse un año o dos más como ayudante en la enseñanza dentro de la facultad. Así, habría recibido el título de bachiller no mucho antes de 1500, época en la que debió de entrar en aquella universidad Hernán Cortés, otro personaje de futuro nada común.

Sería en Salamanca, durante la última década del siglo, donde conociera el primer acto de la *Comedia*, si realmente la escribió otro y no fue un artificio literario para encubrir o hacer más interesante su autoría. No mucho más tarde se instaló en Talavera de la Reina, donde vivió hasta su muerte en 1541. Parece haber disfrutado de una posición de hidalgo próspera y

sin dificultades, llegó a alcalde de la ciudad, perteneció a una cofradía mariana y en su testamento ordenó ser enterrado, con hábito de San Francisco, en el convento de la Madre de Dios.

Lo que sabemos de él no autoriza versiones difundidas que atribuyen su supuesto nihilismo a no menos supuestas aflicciones ocultas de converso. No fue converso porque nunca fue judío, sino cristiano de tres generaciones atrás. Se casó con la hija de un converso y su suegro sí tuvo algunos encontronazos con la Inquisición; pero no Rojas, como observa Peter E. Russell, al punto de que su suegro alegó a los inquisidores su parentesco con el autor de la *Tragicomedia*, dato indicativo de que este gozaba de prestigio ante la Inquisición, entre cuyos integrantes no faltaban conversos, como es bien sabido. La idea de que los conversos estaban muy inquietos generaliza en exceso: la mayoría, probablemente, se había cristianizado en serio, y no faltaban entre ellos partidarios de mano dura contra los judaizantes.

Por otra parte, el éxito de *La Celestina* fue inmediato y sin igual en la literatura española de esos siglos. Hasta mediados del XVII hubo al menos 109 ediciones en castellano, algunas de ellas publicadas en Italia, Países Bajos o Francia; también 24 ediciones en francés, 19 en italiano, 5 en flamenco, 2 en alemán, y otras. Ello plantea otro problema: ¿cómo pudo ocurrir tal cosa en una sociedad descrita a menudo como rígida y de espíritu estrecho, máxime con un libro tan expuesto a interpretaciones contradictorias? Pues, en efecto, bastantes clérigos y laicos lo tacharon de inmoral, y esa impresión persiste en la crítica de hoy: el texto sería nihilista, materialista y ateoide, ajeno al cristianismo y a la noción de pecado. Todo lo cual, deducen, revelaría una cristianización social muy deficiente o inexistente

en amplios ámbitos; o bien los verdaderos sentimientos de Rojas. Pero en tal caso la Inquisición se habría ocupado de censurar la obra, cuando lo cierto es que ni siquiera la incluyó en ningún índice de libros prohibidos hasta finales del siglo XVII. Es obvio que la mayoría de sus lectores, aun si sorprendidos o escandalizado por la crudeza moral y los agudos discursos justificativos de los personajes, los entendían en relación con el catastrófico final. O, como lo calificaría Cervantes, «libro divino si encubriera más lo humano».

La obra expone asimismo la amplia difusión de la cultura humanista en ámbitos cultos, y de rebote en los populares: debe mucho a autores latinos e italianos, especialmente a Terencio y Petrarca. También se encuentra en ella familiaridad con la tradición española representada por el Arcipreste de Hita, particularmente en la alegre desvergüenza y moralidad ambigua en muchos trozos; salvo que el Arcipreste nunca abandona el tono festivo, mientras que Rojas conduce la farsa a la tragedia.

* * *

La política de los Reyes Católicos de cercar a Francia para dificultar sus ambiciones en Italia, aunque bien diseñada, iba a dar malos resultados. El príncipe de Gales, Arturo, con quien se había casado Catalina en 1501, falleció prematuramente. Ocho años después la princesa española volvió a casarse, esa vez con el nuevo rey Enrique VIII. El buen juicio y prudencia de la esposa le ganaron la estima del pueblo inglés, pero el matrimonio terminaría en una doble ruptura de Enrique, con ella y con la Iglesia de Roma. Y la boda de Juana con Felipe *el Hermoso*, heredero del Sacro Imperio, traería pesadas complicaciones.

Francia, lógicamente, tenía mucho interés en disputar la alianza con el Imperio, y en este existía un partido borgoñón-

flamenco muy adepto al monarca francés y muy opuesto a los designios de España. El matrimonio de Juana y Felipe, en 1496, se impuso contra los intereses franceses; y sin embargo, este aparente triunfo iba a redundar en mil dificultades hasta amenazar toda la labor unitaria de los Reyes Católicos. Como al año siguiente fallecía Juan, único hijo varón de los reyes, y al otro Isabel, la primogénita, y poco después el niño Miguel de la Paz, Juana se convirtió en Princesa de Asturias, heredera del trono español.

Juana, llevada a Flandes, se encontró de pronto en una corte derrochadora, amiga de fiestas, bebida y escarceos amorosos, bien distinta de la sobria y austera corte castellana. Las infidelidades de su esposo hicieron nacer en ella celos que se harían patológicos, pues debió de tener propensión al desequilibrio mental, por herencia de su abuela portuguesa Isabel, autora mayor de la desgracia de Álvaro de Luna. Juana tuvo seis hijos con Felipe, entre ellos quien había de ser Carlos I de España y V del Sacro Imperio. Por su parte, Felipe suscitó pronto inquietud en los Católicos, especialmente en Fernando, porque demostró desprecio hacia España y afición a imponer en ella a su entorno borgoñón.

El Hermoso parece haber tenido la ambición de llegar a convertirse en mayor emperador de la historia, no solo con el Sacro Imperio, sino también con el Imperio americano en vías de rápida formación. Muy profrancés, en 1498 llegó a prestar vasallaje a Luis XII de Francia, con quien negociaba sin consentimiento de los reyes españoles, lo que enturbió aún más las relaciones. En 1502 llegó por primera vez a España donde él y Juana fueron jurados herederos de la corona, en Toledo y en Zaragoza. Visiblemente España no le agradó y decidió

marcharse cuanto antes, desoyendo los ruegos de sus suegros, que querían aclimatarlo un poco al país. Además, dejó atrás a su esposa, que estaba embarazada. Volvió por Francia, pese a estar ese país nuevamente en guerra con España, y firmó con Luis XII, en 1503, el tratado de paz de Lyon, rebasando los poderes otorgados por los Católicos. El tratado perjudicaba a España y Fernando lo rechazó. Por entonces los españoles iban ganando en Nápoles.

* * *

Pues entre tanto se desarrollaba la segunda guerra de Italia. Luis XII mantuvo la política de su antecesor Carlos VIII, y como él procuró asegurarse las espaldas con el Sacro Imperio e Inglaterra. Escarmentado por el fracaso anterior, no pensó en desplazar a España, sino en repartirse con ella el sur italiano, llegando a un acuerdo al respecto en Granada, en 1500. El objetivo teórico consistía en preparar una ofensiva concertada contra los turcos y en auxiliar a Venecia, cuyas posesiones griegas peligraban. Luis empezó ocupando Milán en 1499 y en 1501 franceses y españoles se dividían Nápoles. El Gran Capitán navegó por las islas del mar Jónico y recuperó Cefalonia para los venecianos. Pero al año siguiente comenzaron las fricciones por las zonas debidas a unos y otros, animados los franceses por la superioridad de su ejército. El Gran Capitán, consciente de la desigualdad, resistió a la impaciencia de los napolitanos y de sus propios soldados y mantuvo la defensiva en la plaza fuerte de Barletta mientras aguardaba refuerzos, obligando a sus adversarios a dispersar sus tropas por medio de golpes de guerrilla a sus comunicaciones.

El año 1503 mostró mejor cara para los hispanos, ayudados por un contingente alemán. En febrero, la flota francesa en

Italia fue eliminada por el guipuzcoano Juan de Lezcano, y el Gran Capitán, sintiéndose más fuerte, contraatacó, venciendo en la segunda batalla de Seminara. Luego capturó un gran depósito de suministros enemigos en Ceriñola, se fortificó a toda prisa y esperó a sus contrarios con una nueva táctica: los piqueros resistieron la embestida francesa mientras los arcabuceros maniobraron por los flancos para aplastarla. Fue una batalla clásica en la historia militar, por inaugurar una nueva forma de guerra, en la que los arcabuceros desempeñaron un papel decisivo y la infantería se hizo superior a la caballería pesada, principal arma tradicional. Los franceses tuvieron 4.000 muertos contra 100 los españoles. Un nuevo ejército enviado por Luis XII a finales de ese año corrió la misma suerte en el río Garellano, con una derrota aún más tremenda, perdiendo 4.000 hombres y otros tantos heridos y prisioneros, contra 900 sus contrarios. Fueron victorias impensables frente a la primera potencia europea. Poco después los franceses eran expulsados de Nápoles y el reino reintegrado a la corona de Aragón, con el Gran Capitán como virrey. Luis XII volvió a fracasar en una ofensiva por el Rosellón, repelida por el propio Fernando.

El Gran Capitán venció en clara inferioridad numérica, recordando algo al Cid. Aunque este breve resumen no hace honor a su mérito, en todas sus campañas demostró intrepidez, paciencia, astucia y genio organizador, y se le consideró modelo de guerrero caballeresco. Por su visión estratégica, habilidad de maniobra, rapidez y eficacia para sacar máximo partido de medios relativamente escasos, suele valorársele como el militar europeo más sobresaliente hasta Napoleón. Aunque Napoleón perdió varias batallas cruciales y finalmente la guerra, mientras que el Gran Capitán ganó la guerra y solo perdió la primera

batalla. Y no brilló menos como organizador. Estableció la coronelía, unos 6.000 hombres, de ellos 3.000 piqueros, 2.000 infantes y «rodeleros», estos encargados de introducirse bajo las picas enemigas para herir a sus portadores, y 1.000 arcabuceros. Los piqueros luchaban en el centro y los arcabuceros en las alas. Dos coronelías formaban una división o ejército, apoyado con 22 cañones, 800 jinetes ligeros y una compañía de infantes más. Las coronelías, constantemente entrenadas, fueron embrión de los tercios hispanos, casi siempre invencibles durante siglo y medio.

Otros monarcas quisieron valerse de los servicios del Gran Capitán, pero este permaneció siempre fiel a los suyos, a pesar de que Fernando, por creer calumnias o por celos, lo colmó de honores pero le hizo volver a España, sin darle nuevos encargos. Para entonces se había producido otro hecho de suma repercusión: la muerte de Isabel, la mayor protectora del Capitán.

* * *

Los éxitos políticos de los Reyes Católicos se habían visto ensombrecidos en los últimos años por algunos fracasos envueltos en dolorosas desgracias familiares: la muerte de su hija Isabel, su hijo Juan y su nieto Miguel, que frustraban la posible unión con Portugal; o la de su yerno inglés, que dejaba en la incertidumbre la suerte de Catalina; o los desplantes y desobediencias del *Hermoso* combinados con la inquietud sobre el equilibrio mental de Juana. La reina Isabel, con cincuenta y tres años, enfermó gravemente en el otoño de 1504, sintió que iba a morir y dictó sus últimas voluntades.

Su testamento, de especial relevancia histórica, retrata su personalidad religiosa, legalista, realista, afectuosa y atenta a los

detalles. Mandaba funerales y duelos «sin demasías», ayudas para doncellas menesterosas, etc. Encargó a Fernando conservar las joyas y cosas de ella que más le agradasen «porque viéndolas pueda tener más continua memoria del singular amor que a su Señoría siempre tuve y aun porque siempre se acuerde de que ha de morir y que lo espero en el otro siglo, y con esta memoria pueda más santa y justamente vivir». Frases así denotan un espíritu de la época. Ordenó ser enterrada en Granada, si su esposo no decidía otra cosa; y que cuando este falleciera, las dos sepulturas estuvieran juntas.

Con la preocupación de evitar la vuelta a la disgregación anterior, el documento procuraba asegurar y reforzar la hegemonía de la corona sobre los nobles, rescatar rentas, posesiones y privilegios concedidos a oligarcas con dudosa legalidad en momentos de apuro del trono; destacaba el caso de Gibraltar, consciente de su valor estratégico, mandando que en ningún caso se enajenase ni cediese a nadie (pensaba particularmente en los duques de Medina Sidonia, sus anteriores poseedores). Recogía la necesidad de asegurar la justicia de los súbditos frente a los magnates y apoyaba a la Inquisición contra la herejía. No menciona la expulsión de los judíos —ella había sido poco favorable hasta que Torquemada convenció a Fernando— señal de que terminó por creerla necesaria. También propugnaba la conquista y evangelización del norte de África, lo que se venía justificando en nombre de las posesiones del reino hispanogodo en la zona; conquista precisa, en todo caso, para garantizar la seguridad de España frente a eventuales nuevas invasiones. Pero al mismo tiempo resultaba una misión poco factible, por la dispersión de los esfuerzos del país: se acometería con éxito inicial pero nunca definitivo.

Dentro de la política común, Isabel se había interesado especialmente por las tierras descubiertas al otro lado del Atlántico, que habían preocupado menos a Fernando, inmerso en los asuntos europeos. Disposición clave fue la extensión de la calidad de súbditos a los naturales de las tierras descubiertas y por descubrir, lo que prohibía esclavizarlos:

> Por ende, suplico al rey mi Señor muy afectuosamente y encargo y mando a la dicha princesa (Juana) y al dicho príncipe su marido que no consientan ni den lugar a que los indios, vecinos y moradores de las dichas Indias y Tierra Firme (…) reciban agravio alguno en sus personas ni bienes.

Doce años después del Descubrimiento, progresaban nuevas exploraciones, conquistas y colonizaciones por las Antillas y costas aledañas. Las nuevas tierras debían ser incorporadas al «Reino de Castilla y León» de acuerdo con las bulas de Alejandro VI, por las que las tierras por descubrir se dividirían entre Castilla y Portugal, según el tratado de Tordesillas, de 1494. La medida parecía excluir a Aragón, pero, como indica Luis Suárez, buscaba impedir la intromisión imperial, previsible a través de Felipe *el Hermoso*; por lo demás los aragoneses estaban equiparados a los castellanos desde 1487.

En América no faltaron atrocidades de algunos conquistadores, como ha ocurrido en todas o casi todas las conquistas; pero tampoco faltó empeño legal de la monarquía por impedirlas, cosa mucho menos frecuente en procesos de ese tipo. El derecho a ocupar tierras no cristianas se fundaba en la tarea evangelizadora y los esclavistas habían sido castigados. Y la evangelización no era un pretexto: se iba a realizar con afán y sacrificio casi inverosímil y a menudo peligroso.

Se percibe en el testamente cierta inquietud por el futuro. Quedaba heredera su hija Juana, con Felipe en condición de consorte. La desconfianza hacia *el Hermoso*, cuya foraneidad destaca («de otra nación y otra lengua») brillaba en el mandato

de que todos los cargos políticos o religiosos de cualquier nivel recayeran en naturales del país y no en extranjeros. Esta exhortación es muy significativa, pues recoge la experiencia de tiempos en que la intromisión borgoñona-francesa-papal había desnaturalizado en gran medida la idea de la reconquista. Cuando Carlos I, criado en el ambiente de Flandes, viniera a España, catorce años después de fallecida Isabel, provocaría la guerra de los Comuneros al infringir ese mandato de su abuela y repartir cargos entre los oligarcas flamencos. La reina recomendaba a Juana y Felipe ser «muy obedientes y sujetos al Rey mi Señor (Fernando) (…) a sus mandamientos y consejos». Sin duda sospechaba lo contrario, por los precedentes. *El Hermoso* acababa de intentar que Juana le firmase la cesión de todos los poderes, sin conseguirlo. Isabel no debió de tener conocimiento de ello, pero ya sabía bastante de la conducta del príncipe.

Juana sería la reina y Fernando quedaría como regente cuando ella estuviese fuera o se le diagnosticase de algún modo incapacidad para el cargo. La decisión la habían aprobado las Cortes de Toledo, Madrid y Alcalá, así como un consejo de obispos y grandes. Por lo tanto, en ambos casos Fernando, y no Felipe, se ocuparía de «regir, administrar y gobernar los dichos mis Reinos y Señoríos (…) hasta en tanto que el Infante Don Carlos mi nieto (…) sea de edad legítima, a lo menos de veinte años cumplidos, (…) y estando en mis Reinos y venga a ellos». Pero las cosas iban a discurrir de distinto modo, poniendo en serio peligro toda la obra de los Católicos.

La causa de la muerte de Isabel parece haber sido cáncer de útero. Fernando la sobreviviría doce años, envueltos en muy serios riesgos, pero que finalmente resultaron fructíferos gracias

a la sagacidad y destreza política del monarca.

* * *

Pese a los grandes éxitos que habían cosechado para Castilla los Reyes Católicos, un sector numeroso de la oligarquía castellana, que había perdido bastantes prerrogativas, añoraba los buenos tiempos de Enrique IV, cuando la autoridad regia apenas existía en amplias zonas de España, como Andalucía. Entre ellos destacaban los duques de Medina Sidonia, de Nájera y de Béjar, el marqués de Villena, el conde de Benavente o Juan Manuel, señor de Belmonte (incidentalmente, casi un siglo y medio más tarde la casa de Medina Sidonia tendría papel decisivo en la secesión de Portugal, en alianza con Inglaterra, con intento simultáneo de secesión de Andalucía). Fernando contaba con apoyo de las ciudades, parte del clero, la burocracia y algunos nobles, destacadamente el duque de Alba. Los nuevos reyes no llegarían hasta un año y medio después de fallecida Isabel, y Fernando gobernaría Castilla, pero la hostilidad de los oligarcas citados y otros se manifestó desde el primer momento, tratando de socavar su regencia y agrupándose en torno al *Hermoso*, cuya procedencia imperial hacía previsible una mayor dispersión del poder entre ellos. Respaldaron a Felipe, por tanto, como nuevo monarca, en contra del testamento isabelino, que solo le otorgaba prerrogativas de rey consorte, sin poder efectivo. Con lo cual respaldaban una usurpación de funciones.

Por su lado, Felipe pactaba con Luis XII con vistas a reforzar su posición en España y desplazar definitivamente a Fernando. Por el tratado de Blois de septiembre de 1504, dos meses antes de morir Isabel, el francés se comprometía a apoyarle en sus pretensiones al trono español y en la pugna prevista contra Fernando. Además, para Luis se abría la posibilidad de que los

manejos de Felipe concluyeran en la separación de Aragón y Castilla, con el debilitamiento consiguiente de ambas: desde la misma boda de Isabel y Fernando, esa unión había despertado inquietud en París.

Para Fernando no se trataba de una simple lucha personal por el poder, pues veía el enorme alcance político de la jugada. Había escrito: «El dolor de ella (Isabel) y de lo que perdí yo y lo que perdieron estos reinos me atraviesa las entrañas». Nótese la frase «lo que perdieron estos reinos», reflejo de su ansiedad. Así que, bien advertido de los manejos de su yerno, y en posición cada vez más difícil por la enemistad e insolencia de los potentados, en una rápida maniobra trató de neutralizar la del *Hermoso* acercándose a su vez a Luis XII: en otro tratado de Blois, en octubre de 1505, firmó con él la paz y se casó con Germana de Foix, sobrina del monarca francés. Fernando hizo constar notarialmente que la boda, solo once meses posterior al deceso de Isabel, se había hecho por razones exclusivamente políticas. Los derechos sobre Nápoles pasarían a Germana y luego a sus hijos si los había, y en otro caso volverían a Francia. Fernando se aseguraba al menos la corona de Aragón frente a Felipe, y jugaba desde una posición de debilidad y con riesgo de que todo acabase en una nueva separación de las dos coronas. En 1509 tuvo un hijo con Germana, que podría haber sido rey de Aragón y quizá provocado la secesión, pero murió a las pocas horas de nacer.

Los levantiscos oligarcas entendieron estas nupcias del *Católico* como un intento de impedir a Felipe y Juana reinar en Aragón, lo que aumentó su furia. Pues, en efecto, en Aragón Juana podía transmitir derechos y reinar como consorte, pero allí Fernando prevalecía. No obstante, en noviembre Fernando

intentó la *Concordia de Salamanca*, firmada por él y un representante de su yerno e hija, de modo que los tres gobernarían en Castilla. Una concesión penosa, pero inevitable, ya que Felipe no tenía más derecho a gobernar que el de la fuerza otorgada por los magnates. Evidentemente, el acuerdo no podía funcionar. En abril de 1506 Juana y *el Hermoso* llegaban a España por La Coruña, aclamados por la mayoría de los nobles. El Católico, a quien no permitieron entrar en Benavente y Astorga, intentó un nuevo acuerdo, pero su yerno estaba resuelto a quitarle la regencia. Dos meses después, un frustrado Fernando renunciaba a la regencia y se retiraba a Nápoles con su nueva esposa. Su rival había ganado la partida.

Sin embargo, de modo inesperado el conflicto tomó otra dirección. El nuevo rey de Castilla, que inevitablemente habría devuelto el país al caos, tuvo la delicadeza de finar en septiembre, solo cinco meses después de arribar a La Coruña, por alguna indigestión o acaso por la peste, que por entonces asolaba al país. Los años 1506 y 1507, después de unos inviernos muy secos, la península sufrió una terrible epidemia de peste bubónica, que diezmó a la población. Las estimaciones son muy vagas y algunos hablan hasta de la mitad de los habitantes fallecidos entonces, aunque ello suena muy exagerado. Como fuere, 1507 quedó en el recuerdo durante muchos decenios como «el año de la peste». Y el siguiente trajo graves hambrunas que remataron la catástrofe.

Muerto Felipe, el mayor peligro quedó conjurado. La perturbación mental de Juana se hizo entonces del todo evidente, no dejando otra opción que otra regencia. Una nueva pugna surgió entre quienes querían darla al emperador Maximiliano, padre del Hermoso, y los que preferían cumplir el

testamento de Isabel, dándosela a Fernando. El cardenal Cisneros quedó encargado momentáneamente del poder e hizo llamar a Fernando desde Nápoles. Juana se empeñaba en gobernar a toda costa, lo que ya nadie admitía. Fernando demoró su vuelta hasta el verano de 1507 y mientras tanto autorizó a Cisneros a obrar en su nombre.

Los años siguientes, Fernando dedicó parte de su atención a expediciones a la costa del Magreb, de donde partían constantes ataques piráticos. En 1497 se había establecido Melilla en tierra abandonada; en 1505 se tomó Mazalquivir, y entre 1508 y 1510 Vélez de la Gomera, Orán, que permanecería dos siglos en poder de España, y Bugía, sometiendo a vasallaje a Argel y Túnez. El programa quedó interrumpido por una nueva guerra de Italia, promovida por el belicoso papa Julio II, que quería recuperar territorios pontificios ocupados por Venecia. Para ello promovió la Liga de Cambrai en 1508, que, siempre so pretexto de luchar contra el turco, trataba de repartirse los dominios de Venecia en Italia. Participaron en la liga, entre otros, Francia, Aragón y el Sacro Imperio. Las dos primeras y el papado tras ganar una serie de plazas, abandonaron la lucha, dejando solo al Imperio. Los venecianos se rehicieron, derrotaron a los imperiales y recobraron parte de lo perdido. Julio, entonces, temió la hegemonía francesa en el norte y procedió a aliarse con Venecia contra Francia. Esta, a su vez, se alió con el emperador en noviembre de 1510, y Julio organizó una nueva Santa Liga, en la que embarcó a Inglaterra y España además de Venecia y los temibles mercenarios suizos. La lucha continuó con alternativas hasta diciembre de 1516, pero para entonces Fernando llevaba muerto casi un año.

* * *

En sus años de segunda regencia de Castilla, Fernando rindió un nuevo servicio a España culminando la reconquista con la incorporación de Navarra, en 1512, mientras permanecía la posibilidad, si bien ya no cercana, de Portugal.

El pequeño reino de Navarra había desempeñado un papel clave en algunos momentos de la reconquista, hasta realizando una pasajera unificación de casi todos los estados cristianos por Sancho III *el Mayor*, a caballo entre los siglos X y XI; o con una intervención destacada en la crucial batalla de las Navas de Tolosa, con Sancho VII *el Fuerte*. Pero desde el siglo XIII Navarra había entrado en la órbita de Francia, aun conservando autonomía y rasgos castellanos y aragoneses. Así llegaron a formarse dos bandos, agramontés, partidario de Francia, y beamontés, inclinado a Castilla, habiéndose suscitado guerra civil entre ellos con motivo de la lucha ente Juan II de Aragón y Navarra, y su hijo el Príncipe de Viana; contienda en la que los partidarios de Francia mostraron mayor debilidad. Entre 1504 y 1505 la peste redujo la población del reino y los conflictos se enconaron.

Dadas las casi continuas hostilidades entre España y Francia, a comienzos del siglo XVI Navarra se jugaba la integración en una u otra nación. Fernando, como hijo de Juan II, se atribuía derecho al trono navarro. Y al casarse con Germana invocó los derechos de ella como hermana de Gaston de Foix, aspirante asimismo a reinar en Pamlona y fallecido sin hijos en 1512, en las guerras de Italia. La reina efectiva era Catalina de Foix, con su esposo Juan de Albret. Los agramonteses pactaban con Francia para reforzar su posición y asimilar el reino al vecino país, con lo que la hostilidad entre los partidarios de una y otra nación subió de punto. Fernando se adelantó en julio de 1512,

entrando desde Guipúzcoa con un ejército de navarros, aragoneses, vascos y castellanos al mando del duque de Alba, Fadrique Álvarez de Toledo. Las tropas fueron bien acogidas por muchos nobles y el pueblo, Pamplona se entregó enseguida y la operación quedó resuelta en cinco días. En octubre los franceses contraatacaron con un ejército de franceses, suizos, alemanes y un millar de agramonteses, repelidos ante San Sebastián y Pamplona. Desde esta última, Fadrique los persiguió hacia el norte y los guipuzcoanos aplastaron a los franceses en retirada. Para finales de año, Fernando quedó dueño del campo y juró los fueros navarros. Entonces pudo haber unido Navarra a Aragón, pero prefirió hacerlo a Castilla, pese a la malquerencia que le habían mostrado muchos oligarcas castellanos. Los franceses intentaron nuevas ofensivas hasta 1521, que resultarían baldías, si bien incorporaron a Francia la transpirenaica Baja Navarra.

Con esta acción, más la conquista de las islas Canarias en 1496, quedaba constituida la España que, con escasas modificaciones, se mantendría hasta hoy, un caso de permanencia de fronteras muy excepcional en Europa.

* * *

Poco antes de fallecer, Fernando el Católico ordenó ser enterrado en Granada, al lado de Isabel, lo que revela, aparte de sus sentimientos, su conciencia del papel histórico cumplido por ambos. Al matrimonio se debe la transformación de unos reinos caóticos y hostiles entre sí, en una potencia decisiva en Europa y el mundo, capaz de afrontar retos muy difíciles en todas las direcciones y alzarse a la hegemonía en Europa.

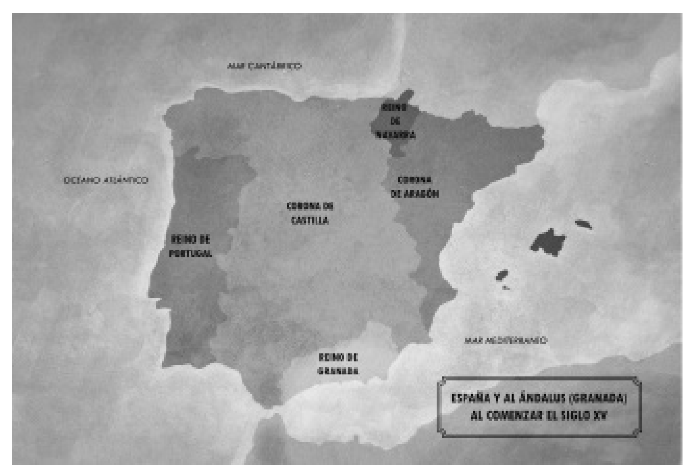
Los pilares de la hegemonía hispana demostrarían su robustez durante largo tiempo: reforma religiosa que la apartó de las convulsiones europeas; estado renovado mucho más eficaz

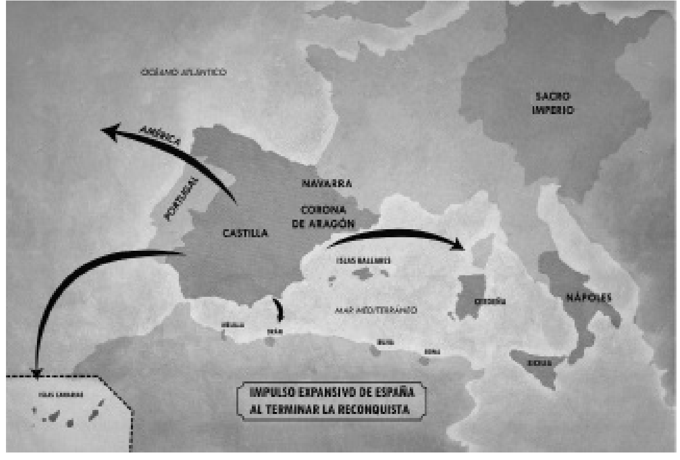
y menos disgregable; impulso a la alta cultura y a la enseñanza, que harían de España el país con mayor proporción de universitarios (ejemplo fue la nueva Universidad de Alcalá de Henares debida a Cisneros, la más prestigiosa de España con la de Salamanca); un ejército de nueva concepción, superior en organización, técnica y moral a cualquiera de la época; una economía mucho más sólida que antes y un espíritu entre heroico y práctico. Pilares construidos por los Reyes Católicos.

Aun así, la llegada de Felipe y Juana pudo haber desbaratado la labor previa. Por ello Fernando, decepcionado por la deslealtad e ingratitud de los oligarcas castellanos, no solo a él por ser aragonés, sino a Isabel, cuyo testamento conculcaron, trató de garantizar la corona aragonesa, aun a riesgo de otra separación, por más que el hijo suyo y de Germana no sería necesariamente rey de Aragón, sino de Nápoles.

Tres años antes del óbito de Fernando, el funcionario, diplomático y escritor florentino Maquiavelo escribía sus reflexiones y consejos sobre el poder en *El Príncipe.* Allí entendía un poder basado en el éxito al margen de escrúpulos morales o religiosos (él mismo no fue buen modelo para su teoría, pues su vida, si acaso la quiso vivir según esos criterios, vino marcada por dos detenciones, tortura y exilio, para terminar pobre y olvidado). Maquiavelo describió al *Católico* como «rey de España, que de ser un monarca débil se ha convertido por su fama y por su gloria en el primer rey de los cristianos». Lo habría conseguido como paradigma de su *príncipe*: maniobrero, calculador, despiadado, que usaba la religión solo como pretexto. Desde luego, Fernando tuvo un éxito sin precedentes, y demostró capacidad de maniobra y de cálculo, pero es muy dudoso que fuese tan amoral como sugiere

Maquiavelo. A lo largo de la historia abundan los *príncipes* con virtudes «maquiavélicas», pero pocos triunfan. Y la religiosidad de aquel rey admite pocas dudas, aunque fuera menos intensa que la de su esposa. La cual, por cierto, no desmerecía de él en talento y altura de estadista, si bien de una clase algo distinta. De Fernando diría Felipe II: «Lo debemos todo a él». Fernando ha sido el rey más destacado en la historia de España, en rivalidad si acaso con el propio Felipe II o con alguno anterior desde Leovigildo, como Alfonso II o III de Asturias.


MAR CANTÁBRICO
OCÉANO ATLÁNTICO
REINO DE NAVARRA
CORONA DE ARAGÓN
CORONA DE CASTILLA
REINO DE PORTUGAL
REINO DE GRANADA
MAR MEDITERRÁNEO
ESPAÑA Y AL ÁNDALUS (GRANADA)
AL COMENZAR EL SIGLO XV


OCÉANO ATLÁNTICO
SACRO IMPERIO
AMÉRICA
PORTUGAL
NAVARRA
CORONA DE ARAGÓN
CASTILLA
ISLAS BALEARES
MAR MEDITERRÁNEO
NÁPOLES
IMPULSO EXPANSIVO DE ESPAÑA
AL TERMINAR LA RECONQUISTA

45. RECAPITULACIÓN

A los Reyes Católicos se debe, en fin, la culminación de la Reconquista en lo que resultó finalmente posible, completa en lo que se refiere al poder islámico, y en lo principal en cuanto a la unificación política.

A lo largo de los siglos anteriores se percibe con claridad una doble dinámica, de combate contra Al Ándalus, y de integración-disgregación entre los reinos hispanos. Debe reiterarse este punto: todos se consideraban españoles, lo que remitía en definitiva al reino de Toledo como justificación y objetivo de una lucha secular. Esa identificación constituía una fuerza ideal que empujaba hacia la unidad; pero al mismo tiempo las circunstancias habían creado varios estados, asiento de intereses particulares, tanto de los reyes y sus oligarquías como de tipo social: diferencias idiomáticas, dispersión de leyes y costumbres, etc. Las presiones disgregadoras, por tanto, tendían a fortalecerse con el paso del tiempo y a comienzos del siglo XV parecían plenamente dominantes, complicadas además con graves discordias en el seno de cada estado. Ello permite calibrar mejor las ciclópeas dificultades que hubieron de afrontar los Católicos, el derroche de tesón y talento necesario para restablecer la España anterior a la islamización, consiguiéndolo en parte esencial y dejando en Portugal un germen unificador que podría fructificar a más largo plazo.

Los Reyes Católicos encarnan también el triunfo de un vigoroso espíritu hispanogótico sobre las influencias «francas», plasmado en el plano político en la rivalidad con Francia,

convertida en el enemigo principal rompiendo la vieja alianza castellana. En los siglos anteriores hemos esbozado la tensión «godo-franca», con períodos alternados en que la parte «goda» se fortalecía asimilando el influjo franco y otros en que este desbordaba y avasallaba, semiparalizando la médula hispanogótica o propiamente hispánica e intensificando las tendencias disgregadoras. Los períodos de hegemonía franca solían venir subrayados por una agresiva desvaloración y despego hacia el legado hispanogótico, hecho bien claro en el siglo XI-XII desde Alfonso VI, cuando más que una asimilación se produjo una invasión cultural borgoñona-papal. La denigración de lo propiamente hispano ha acompañado incluso hasta hoy los períodos de predominio cultural «franco» (actualmente anglosajón). Antes de Fernando e Isabel, el recuerdo e invocación del reino de Toledo había palidecido un tanto, y con ellos se revigorizó intensamente. Desde muy pronto los títulos de Rey español y Rey godo eran equivalentes (lo fueron hasta 1812), y al tomar Castilla la iniciativa en la Reconquista, hizo equivalente *Rex Hispaniae*, *Rex Gothorum* y *Rex Castellae*. Los españoles comunes se consideraban igualmente godos en sentido cultural-político, como ha mostrado Menéndez Pidal.

Sin embargo, en Italia, de donde procedía el humanismo, los godos no eran estimados como un pueblo noble, sino simplemente bárbaro. Y, ansiosos de unificar a Italia, tachaban de bárbaros también a sus ocupantes, franceses o españoles, a pesar de ser estos últimos su principal defensa contra los otomanos. Ese prejuicio italiano llevó a algunos humanistas en España a sustituir a los godos por los antiguos hispanos (*prisci hispani*) como la auténtica fuente de legitimidad y origen real de los españoles, negando o dejando en segundo orden a los

visigodos. Algunos estudiosos actuales han considerado el goticismo como un «mito», en el sentido de falsedad, pero lo cierto es que los *prisci hispani* carecían de algo parecido a unidad política, lingüística o cultural, la cual les vino dada por Roma; y que aun en tiempos de Roma carecieron de estado, pues incluso teniendo en cuenta sus muchas particularidades no dejaban de ser una dependencia del Imperio romano. En cambio, no tiene nada de mito la constitución de un estado no ya simplemente visigodo, sino hispano a partir de Leovigildo. Ni tiene nada de extraño que la rebelión contra los conquistadores islámicos se hiciera invocando la legitimidad política anterior. Lo extraño habría sido lo contrario.

En la influencia «franca» pesó, además de haber sido Francia durante siglos el principal centro intelectual y artístico de Europa, su posición como potencia política mayor en algunos períodos, y de ahí el tinte dominador que había tenido en España. Con Italia, en cambio, no había ese problema, pues como potencia política no existía y España ejerció el poder en gran parte de la península, si bien permitiendo una amplia autonomía. Ello volvió la relación cultural más fluida y productiva.

La Reconquista contra los musulmanes duró casi ocho siglos (aunque lo esencial se había alcanzado en cinco). Le dieron forma muchas generaciones, personajes y acontecimientos de todas clases, y al final la sociedad, idéntica en su configuración religiosa y política y en otras bases culturales, había cambiado profundamente, como en toda Europa Occidental. Su economía difería sustancialmente de la inicial pobreza de medios técnicos y poco más que autoabastecimiento. La España final disponía de los medios técnicos comunes a Europa, de conocimientos

científicos recogidos en parte de los árabes, en parte de origen europeo y propio, que permitieron, entre otras muchas cosas, las empresas oceánicas. La sociedad de *oratores*, *bellatores* y *laboratores*, entendiendo por estos últimos casi exclusivamente los campesinos, siervos muchos de ellos, se había diversificado enormemente debido al comercio, a numerosos nuevos oficios nacidos del desarrollo técnico, y la ocupación de tierras más productivas y la eliminación progresiva de la servidumbre. El país había obrado como la principal barrera al Islam en la Edad de Supervivencia o Alta Edad Media, que también cabría llamar de los monasterios o de las invasiones. Había desarrollado instituciones comunes en Europa y otras particulares, construido universidades y catedrales, fundado o refundado ciudades, participado en los grandes movimientos románico, gótico, finalmente en el humanismo y renacimiento, guardando siempre rasgos propios; y en todos estos procesos, como por lo demás en los del resto del continente, la guerra había tenido un papel crucial.

Culminada la Reconquista se produjo un fenómeno inesperado: la apertura de todos los horizontes al país. Señala Julián Marías la extravagancia de que…

> … Incluso los libros que estudian la *preponderancia* o la *hegemonía* hispana acumulan desde el principio los factores negativos *que la hubieran hecho imposible*: pobreza, despoblación, ociosidad, orgullo nobiliario o pretensión de hidalguía, fanatismo religioso, eliminación de los únicos habitantes diestros y eficaces (judíos y moriscos). Si esto es así, ¿cómo en pocos decenios es España la primera potencia de Europa, con dominio efectivo sobre enorme porción de ella?, ¿cómo descubre, explora, conquista, puebla organiza, incorpora a su monarquía una inmensa porción de un mundo hasta entonces desconocido?

A lo largo del siglo y medio posterior a los Reyes Católicos, España tuvo su edad de oro cultural en arte, literatura, pensamiento… Al mismo tiempo defendió a Europa contra los turcos y al catolicismo contra los protestantes, poniendo límites

al expansionismo de ambos y contendiendo de paso con Francia e Inglaterra, estados muy poderosos; organizó el ejército de los tercios, uno de los mejores de la historia; descubrió el mundo como conjunto en las empresas navales más audaces y transcendentales de la crónica humana; organizó el primer imperio interoceánico y puso en comunicación por mar a todos los continentes habitados, estableciendo nuevas rutas comerciales; conquistó y colonizó vastas tierras, fundó ciudades y universidades, evangelizó América y partes de Asia… Con actitud similar a la de quienes niegan la evidencia de la reconquista o la condenan, pese a que sin ella ni ellos mismos habrían llegado a existir, predomina hoy en España el desprecio hacia tales logros: «naderías», vienen a decir o implicar. Contra las tesis de Sánchez Albornoz sobre la «herencia temperamental», debe admitirse que el carácter, el temperamento y el espíritu de un mismo pueblo puede variar enormemente de unas épocas a otras, y la inferioridad pretenciosa de las generaciones actuales, condenando o despreciando a unos antecesores que tanto les superaban, prueba de modo indiscutible una penosa decadencia. Pero, en fin, justo antes de los Reyes Católicos ocurría algo semejante, indicio de que tales situaciones no tienen por qué ser irreversibles.

Resumiré las tesis principales de este libro:

1. El término «Reconquista» describe adecuadamente un proceso en cuyo curso un país perdió su cultura y nacionalidad por una invasión y la recobró tras una muy larga lucha política, armada y cultural.
2. La Reconquista española es un fenómeno en varios aspectos único en la historia de Europa, incluso del mundo, por lo que se hace difícil estudiarlo a partir de

ejemplos o reglas generales. Ello no impide que, con todas sus particularidades, España participase de los movimientos culturales que forjaron Europa: el monaquismo, el románico, el gótico y el humanismo.

3. La Reconquista no puede entenderse sin el previo reino hispanogodo creado por Leovigildo y Recaredo: su recuerdo, invocación y legado cultural sirvió permanentemente como legitimación e impulso a la lucha. Así, la Reconquista no construyó España, sino que la reconstruyó.
4. Con la invasión islámica y la resistencia tomaron forma en España dos naciones que eran realmente dos mundos distintos y antagónicos en todas las facetas de la cultura: religión, idioma, política, economía, estructura social, música, vestimenta, culinaria, concepción de la familia, de la mujer, de la personalidad, del estado y de la guerra… Por más que un contacto tan prolongado entre españoles y andalusíes ocasionara ciertos préstamos mutuos, estos fueron poco numerosos y predominó una intensa hostilidad entre ellos.
5. En la cultura de élite o alta cultura, los árabes superaron a los españoles (y en general a los europeos) hasta el siglo XII-XIII, cuando Al Ándalus se estancó, tomando España la delantera a partir de las universidades. En cuanto a la cultura popular, nunca hubo superioridad andalusí sino todo lo contrario, medida por los criterios hoy más aceptados.
6. Tiene poco o nada que ver con la realidad la extendida idea que hace de Al Ándalus, en particular el emirato-califato de Córdoba, un paraíso de libertad, tolerancia y

progreso. Fue siempre un estado tiránico no solo sobre los cristianos y judíos, sino sobre los mismos conversos indígenas o muladíes; apoyado en un ejército de extranjeros y esclavos, en guerra civil casi permanente e ignorante de la libertad personal, característica en cambio de los hispanos.

7. Otro rasgo del proceso fue la tensión entre el desarrollo a partir de la legitimidad y del legado hispanogodo, y las influencias transpirenaicas, fundamentalmente franco-papales. Esa influencia enriqueció culturalmente a los reinos hispanos, no sin algunos costes importantes, pero políticamente perturbó a menudo las tendencias unitarias, por ejemplo, retrasando la incorporación de diversos condados a la Reconquista o provocando la secesión de Portugal, reforzada después por Inglaterra, o satelizando a Navarra. Es lo que he simplificado como «tensión godo-franca».
8. La Reconquista tuvo dos vertientes: religiosa y política. Si bien estrechamente unidas, no fueron lo mismo. La faceta religiosa, compartida por el resto de la Cristiandad, solo implicaba la expulsión del poder islámico, aun si el resultado pudiera ser una dispersión de estados cristianos. La política perseguía la restauración de una nación extendida sobre la península e interesaba exclusivamente a los españoles. De ahí que política y religión interfirieran a veces entre sí.
9. Pese a la común identificación como españoles y godos, las contingencias históricas impusieron muy pronto una división entre la España cantábrica, muy dinámica y expansiva, y la pirenaica (Marca Hispánica, sobre todo

los condados orientales), más ensimismada durante tres siglos debido a la tutela franca. Tomaron forma así varios estados, empezando por Asturias-León, Pamplona y Aragón, más tarde Portugal. Finalmente, Castilla cobró mayor protagonismo encabezando una corona que englobó a León, Galicia, Andalucía y reinos menores.

10. No parece aceptable el aserto orteguiano de que «Castilla hizo a España y la deshizo» ni el de Sánchez Albornoz de que «España deshizo a Castilla». Castilla culminó una tarea empezada mucho antes y heredó el papel de León, compartió la tarea con Aragón y otros, y con muchos matices. El Camino de Santiago, creado por Oviedo, fue también un elemento clave, y a León se deben instituciones tan cruciales como el Fuero y las Cortes, de proyección europea. En los dos últimos siglos la corona castellana llegó a ser la principal potencia peninsular en extensión, población, auge cultural y riqueza, y de ahí su hegemonía.
11. Debido a los intereses particulares creados en los diversos reinos, brotaron entre ellos hostilidades, a veces bélicas. La Reconquista no fue solo una historia de lucha con el Islam, sino también de una continua tensión entre impulsos disgregadores y reunificadores, pudiendo haber prevalecido estos últimos. Que finalmente no fuera así, salvo el caso de Portugal, se debe por una parte a la persistencia del ideal de reconquista y por otra a la excepcional constancia y habilidad política de los Reyes Católicos.
12. De algún modo la Reconquista permitió una acumulación de energías sociales que encontraron su

expansión creativa con los Reyes Católicos. Así se inauguró el «Siglo de Oro» (más de siglo y medio realmente).

13. La negación o denigración de la Reconquista guarda una relación estrecha con las tendencias separatistas en algunas regiones y favorables al separatismo en el conjunto nacional. Suponen una extraña atracción por situaciones caóticas semejantes a las que vivieron los reinos españoles inmediatamente antes de los Reyes Católicos.

Nota bibliográfica

Curiosamente hay pocas obras dedicadas a la Reconquista como tal, aunque la bibliografía especializada en tales o cuales aspectos o períodos o reinos de ella, o sucesos o personajes concretos, así como de Al Ándalus, es muy abundante, incluyendo la de quienes niegan haber existido algo semejante a una reconquista, a pesar de que ninguno o casi ninguno de ellos es islámico o de lengua árabe. Esta bibliografía especializada en asuntos parciales, en libros y artículos es realmente vasta y está en continuo crecimiento, por lo que llevaría mucho espacio simplemente mencionarla. A varios de ellos los he citado en el capítulo I o a lo largo del libro, y por lo demás es fácil encontrarlos hoy en Internet. Cuestión de especial interés es la del origen de la Reconquista, tratada por A. Besga Marroquín, *Orígenes hispano-godos del Reino de Asturias* (Oviedo, 2000), contra las tesis «indigenistas». Un estudio que sigue siendo esencial en torno a la idea espiritual o si se quiere ideológica de la Reconquista es el de J. M Maravall *El concepto de España en la Edad Media* (Madrid, 1950).

No obstante señalaré aquí algunas obras básicas de conjunto. Una de las primeras o la primera en tratar la Reconquista como tal fue la titulada precisamente *La Reconquista (The Reconquest of Spain)* de D. W. Lomax (Barcelona, 1984). Más reciente es la de J. Valdeón Baruque *La Reconquista. El concepto de España, unidad y diversidad* (Madrid, 2006), F. García Fitz, *La Reconquista* (Granada 2011). J. J. Esparza le ha dedicado asimismo la trilogía: *La gran aventura del reino de Asturias,*

Moros y cristianos, y Santiago y cierra España (Madrid, 2009 y 2013) M. Lara Martínez *La Reconquista, ocho siglos de mestizaje y batallas* (Madrid 2015). Y siguen siendo imprescindibles los estudios de R. Menéndez Pidal sobre aspectos literarios e históricos especialmente de Castilla.

También viene tratada, dentro de un ámbito temporal más amplio, en *Historia de España en la Edad Media*, coordinada por Vicente A. Álvarez Palenzuela (Barcelona, 2002) o la *Historia de España antigua y media*, de Luis Suárez Fernández (Madrid, 1976). Por supuesto, siguen siendo de gran interés las obras de la polémica entre Américo Castro *España en su historia: cristianos, moros y judíos* (Buenos Aires, 1948, Barcelona 1983), cuyo título ya es sobradamente indicativo, o *La realidad histórica de España* (Buenos Aires, 1954, Méjico, 1987), y Claudio Sánchez Albornoz (*España, un enigma histórico*, Buenos Aires 1954, Barcelona 2000). De interés también, Eugenio Asensio, *La España imaginada de Américo Castro* (Barcelona 1976).

Sobre al Ándalus, la obra clásica de Reinhard Dozy *Historia de los musulmanes de España* (Leiden 1861, Madrid 2016) dio lugar a una nutrida bibliografía más o menos entusiasta del islam peninsular. Más recientes son P. Guichard, *Al Ándalus. Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente* (Barcelona, 1976). *De la expansión árabe a la Reconquista: esplendor y fragilidad de al Ándalus* (Granada 2002), observándose hoy una reacción más moderada en obras críticas como la de Serafín Fanjul, *Al Ándalus contra España: la forja de un mito* (Madrid 2000), *La quimera de Al Ándalus* (Madrid 2004) o la de Darío Fernández Morera *The myth of the Andalusian paradise*, Wilmington, 2016)

Índice